
LUX
LIBERTAS


LUX
LIBERTAS



Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XI

TOMO XXXI
(ENERO A ABRIL, 1923)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Carlos de Velasco.
Julio Villoldo.
José S. de Sola.
(† 6 febrero 1916.)
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.
Leopoldo F. de Sola.
Francisco G. del Valle.
Enrique Gay Calbó.
Dulce Mª. Borrero de Luján.
Emilio Roig de Leuchsenring.
Alfonso Hernández Catá.
Luis Rodríguez-Émbil.
José Antonio Ramos.
Bernardo G. Barros.
(† 20 mayo 1922.)
Juan C. Zamora.
Ernesto Dihigo.

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXI. La Habana, enero 1923. Núm. 121.

NUESTRA PRIMERA DÉCADA

L día 1º de enero de 1913—hace en esta fecha diez años—, circuló profusamente por todo el territorio de la República el primer número de CUBA CONTEMPORÁNEA, creada por la iniciativa y el esfuerzo de Carlos de Velasco, Julio Villoldo, José Sixto de Sola y el que esto escribe—primeros copropietarios de la revista—, quienes recabaron y obtuvieron la valiosa y decidida cooperación de Ricardo Sarabasa y Max Henríquez Ureña, quedando así formado el grupo de los redactores fundadores de esta publicación, el que, por unanimidad, designó a los dos cuyos nombres se mencionan en primer término, como Director y Administrador, respectivamente.

La preparación y organización de la empresa acometida no fué —ni podía serlo, dadas su índole y magnitud—, el resultado de una labor unipersonal y rápida en su desenvolvimiento. "Obra, no de la iniciativa de un hombre, sino de la cristalización de un concurso de voluntades", como ya se dijo cierta vez en estas páginas, requirió más de tres años de trabajos preparatorios, para llegar a la realización del propósito durante largo tiempo acariciado por sus fundadores, a quienes guiaba la firme, inquebrantable resolución de que la nueva revista no tuviera—como otras varias publicaciones de índole parecida, aunque de distinto género—, una existencia breve, casi fugaz; y de impedir que culminara en un fracaso aquel proyecto—concebido como un ideal—,

cuyo éxito permanente y definitivo importaba asegurar de antemano, entre otras razones, como una reafirmación de la capacidad cubana para acometer y sostener por largo tiempo empresas arduas y difíciles, aun tratándose de aquellas que, cual la emprendida hace diez años por los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA, son ajenas a todo interés material y espíritu de lucro.

Hacíase preciso, pues, asegurar la vida de la nueva publicación sobre sólidas bases económicas, y a tal objeto proveyeron sus iniciadores los fondos suficientes para mantenerla por varios años, aun en el supuesto—improbable, pero no imposible—, de que no fueran bastantes a cubrir los crecidos gastos de su sostenimiento las cuotas mensuales de suscriptores y anunciantes, únicos recursos con que se contó siempre para asegurar la existencia de CUBA CONTEMPORÁNEA, la cual puede hoy ufanarse, después de diez años de brega en un medio indiferente, casi hostil, de no haber recibido un solo centavo que no proviniera de aquellas fuentes de ingreso, las únicas de lícita recepción para cualquier periódico que quiera conservar su independencia de criterio y mantener una diáfana actitud dentro de un ambiente, como el nuestro, maleado por múltiples y complejas causas, determinantes de inexplicables claudicaciones y concupiscencias.

Por la razón antes expuesta, cuando al finalizar el primer año y practicarse un balance de entradas y dispendios, pudo comprobarse que, después de cubiertos absolutamente todos los gastos, existía en caja un remanente cuya ascendencia bastaba a cubrir el importe del capital aprontado para el esfuerzo inicial de la publicación, más que como un triunfo nuestro, consideramos aquel hecho, significativo y alentador, como un éxito alcanzado por una parte de la sociedad cubana, que hacía posible el sostenimiento, dentro de los más rígidos cánones de la honestidad y decencia periodísticas, de una publicación de la índole de CUBA CONTEMPORÁNEA, a la cual habíanle negado, en cambio, su apoyo y su concurso quienes acaso más obligados estaban a prestárselos.

La empresa acometida, sin embargo, requirió con el transcurso del tiempo, nuevos elementos, para darle mayor amplitud y desarrollo; y cinco años después, en 4 de mayo de 1918, quedó constituída la *Sociedad Editorial Cuba Contemporánea,* a la cual

dió su nombre esta revista, cuya propiedad fué traspasada por sus fundadores a la nueva Compañía, obteniéndose de la manera expuesta la ventaja de tener imprenta propia y magníficos talleres, dotados de maquinarias modernas y de todos los adelantos hasta la fecha conseguidos en la industria tipográfica. Bastó, por consiguiente, un lustro para que la empresa iniciada modestamente en 1913 por un grupo de jóvenes tildados de "idealistas" se consolidara de modo definitivo, para honra de una parte de nuestro pueblo, cuya favorable acogida hizo posible la transformación realizada, y pesar y amargura de quienes, fracasados o envidiosos, sienten contrariedad y disgusto ante el éxito ajeno...

*

No hemos de repetir ahora la sucinta relación de todos los hechos atañederos al origen y primeros tiempos de existencia de CUBA CONTEMPORÁNEA, porque ellos quedaron ya consignados en sus páginas al conmemorar, evocando gratos e ingratos recuerdos, *Nuestro primer aniversario* (1); pero sí queremos cumplir el deber de consignar en esta oportunidad aquellos acontecimientos posteriores a la publicación del citado artículo, que por estar relacionados con la existencia de esta publicación han ejercido influencia acerca de la misma, haciendo vibrar fuertemente, en alternativas emociones de pesar y de alegría, los sentimientos de sus iniciadores.

Entre esos hechos, y señalándolo como un suceso extremadamente doloroso e inesperado, merece recordarse el casi repentino fallecimiento, acaecido el 6 de febrero de 1916, de uno de los fundadores de esta revista, José Sixto de Sola, en quien concurrían las cualidades de apóstol y adalid, patriota sincero y hombre sin tacha, paladín entusiasta del ideal nacionalista, ciudadano ejemplar y de extraordinario civismo, cuya pluma dejó escritos muchos de los más valiosos trabajos publicados hasta la fecha en las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA. Según ya dijimos en otra ocasión,

> fué él el primero en emprender la ruta de lo desconocido hacia la vida espiritual, exenta de pesares y dolores, como también había sido el

(1) Véase el número 13 (enero, 1914), tomo IV, págs. 5-11, de CUBA CONTEMPORÁNEA.

primero en su aportación monetaria para que fuera una realidad la existencia de esta publicación; en la infatigable laboriosidad de su mente poderosa, germinadora de grandes ideas y altos pensamientos, que luego exteriorizaba por medio de su acerada y cívica pluma; por su fe inquebrantable en el triunfo de lo bueno, de lo bello y de lo noble; por su optimismo, en fin, que le hacía ver y admirar con arrobador entusiasmo las grandes virtudes de nuestro pueblo, por encima de sus no menos grandes defectos, confiando siempre en un mañana más venturoso que el ayer; seguramente porque tuvo la dicha de morir sin llegar a conocer y palpar ciertos hechos y realidades posteriores, dolorosos y tristes, amargos y desalentadores, capaces por sí solos de enervar la fe más arraigada y perenne.

El golpe recibido por CUBA CONTEMPORÁNEA con la muerte de Sola, aunque fatal y rudo, no fué motivo, sin embargo, para causar desfallecimientos en el grupo de sus fundadores, del cual entró a formar parte, ocupando en lo material y en lo espiritual el hueco que dejara abierto la desaparición del adalid caído, su hermano el Dr. Leopoldo F. de Sola, quien desde el 1º de abril de 1916 forma parte de nuestra redacción.

Tres años más tarde, al comenzar el de 1919, los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA creyeron conveniente y justo estrechar aún más los vínculos que los ligaban a varios de sus más distinguidos y asiduos colaboradores, que en el transcurso de los seis años anteriores habían dado inequívocas pruebas de estar plenamente identificados con los altos ideales que inspiraron la fundación de esta revista; y desde aquella fecha formaron parte de nuestra redacción Dulce María Borrero de Luján, Alfonso Hernández Catá, Luis Rodríguez-Émbil, José Antonio Ramos, Francisco G. del Valle, Bernardo G. Barros, Enrique Gay Calbó, Juan C. Zamora y Ernesto Dihigo, cubanos todos, de quienes se dijo entonces con justicia que, en diversos aspectos de la actividad mental,

constituían unos legítima gloria y otros legítima esperanza de esta patria por cuyo mejoramiento luchamos aquí desde un campo neutral, libre, limpio y amplio, sin envidias ni ninguna otra baja pasión, guiados por el mayor bien de Cuba e inspirados en las enseñanzas de quien es hoy la más alta cumbre del intelecto nacional y uno de los más eminentes americanos: Enrique José Varona, a quien debemos este público testimonio de reconocimiento por habernos dado desde el primer número de CUBA CONTEMPORÁNEA su aplauso caluroso y valiosísimo, y

por haber mantenido con el grupo fundador de esta revista las más estrechas relaciones, haciéndonos el alto honor de ser para nosotros, sin pretenderlo él, algo así como un director espiritual,

frases que ahora repetimos con legítima satisfacción y disculpable orgullo, al conmemorar el décimo aniversario de la fundación de CUBA CONTEMPORÁNEA, haciendo constar de paso, ya que la oportunidad se presenta, que esos reiterados testimonios de estimación y aplauso, acompañados de alentadoras voces de aliento y estímulo que nos ha prodigado durante una década el más insigne de los intelectuales de nuestra patria, testimonios a los cuales podemos añadir los que constantemente recibimos, en público y en privado, de los más notables pensadores y literatos de América, así como de importantes y prestigiosas Corporaciones y publicaciones científicas, literarias y artísticas de ambos hemisferios, al solicitar las unas con interés nuestra revista, y reproducir las otras, traducidos muchas veces, sus trabajos, son suficientes a contrapesar, y de ellas nos indemnizan con creces, las muy señaladas descortesías y pretericiones de que es víctima frecuentemente CUBA CONTEMPORÁNEA en nuestro propio país, donde muchos pretenden proscribirla, o ignorar por lo menos su existencia, rivalizando en esta labor—semejante a la "conjura del silencio" formada en derredor de cuanto sobresale o estorba—, algunos altos funcionarios de la Administración Pública con otros elementos de pobre mentalidad, cuyo proceder ha explicado de manera gráfica, en sólo tres líneas, el insigne Varona, en uno de esos chispazos arrancados al pedernal de su profunda filosofía *con el eslabón* de su maravilloso intelecto...

El nombramiento de Carlos de Velasco para un cargo de la carrera consular, al finalizar el año de 1920, obligándolo a ausentarse de Cuba por tiempo indefinido, y el viaje a Europa proyectado en la misma época por Julio Villoldo, dieron lugar a un cambio en la dirección y administración de esta revista, al presentar ambos las renuncias de sus cargos respectivos, las que fueron aceptadas con sentimiento por la Sociedad Editorial propietaria de CUBA CONTEMPORÁNEA, siendo nombrados entonces Director quien estos párrafos escribe, y Administrador el Dr. Francisco G. del Valle, los que comenzaron a desempeñar como tales sus funciones en 1º de enero de 1921, habiendo tenido a su cargo, por lo tanto,

los intereses de esta publicación durante los dos últimos años de su primera década.

Otro claro en las filas, también inesperado y muy sensible, prodújose el 20 de mayo de 1922 al caer víctima de una cruel dolencia, nuestro compañero Bernardo G. Barros, primero colaborador y más tarde redactor de Cuba Contemporánea, arrebatado violenta y prematuramente a la vida cuando su clara inteligencia se disponía a producir nuevos frutos, salidos de su bien cortada pluma, que consagró por entero a la literatura y al arte. La muerte de Barros fué un nuevo motivo de tristeza para sus compañeros de trabajo y de ideales, conturbados al ver que otro de los que integraban el reducido grupo se alejaba definitivamente de nuestro lado, en la plenitud de la vida, llevándose consigo un mundo de tristezas e ilusiones...

Y al finalizar el décimo año, dos crespones de luto señalan los sitios que ocuparon a nuestro lado los compañeros desaparecidos, en tanto que los supervivientes nos disponemos a continuar manteniendo anhiesto el pabellón levantado al comenzar el año de 1913, habiendo vuelto a laborar con nosotros, después de su viaje por Europa, nuestro compañero Julio Villoldo, nombrado recientemente, a propuesta del que estos párrafos escribe, Jefe de Redacción de Cuba Contemporánea, creándose al propio tiempo el cargo de Secretario de Redacción, para el cual fué designado Enrique Gay Calbó.

Tal ha sido, descripta a grandes rasgos, la vida interna de esta publicación en su primera década, felizmente concluída sin que entre sus mantenedores haya ocurrido una sola discrepancia en lo fundamental, y sin que de su grupo se hayan disgregado otros elementos que aquellos a quienes la muerte, cruel e implacable, arrebató de nuestro lado: ejemplo único, acaso sin precedente en Cuba durante estos últimos tiempos, de un haz de voluntades, de un núcleo firme y compacto, cuya cohesión ha sido puesta a prueba en múltiples ocasiones, sin que se haya roto, ni resquebrajado siquiera su sólida estructura, a diferencia de tantos otros casos que podrían citarse como pruebas fehacientes de indisciplina personal y colectiva, espíritu de rivalidad y tendencia a la disociación.

*

Motivo de júbilo es para Cuba Contemporánea haber cumplido fielmente, durante diez años consecutivos, su programa. No fué éste una obra improvisada, hecha con festinación y producto de la insinceridad o ligereza, como tantos otros que se lanzan al público con el deliberado propósito de no atemperarse a ellos, o con la reserva mental, por parte de sus redactores, de faltar al cumplimiento de lo ofrecido cada vez que las circunstancias o la ocasión así lo exijan. Para no caer en este defecto, tan frecuente como dañoso, el proyecto del Programa que había de presidir la fundación de Cuba Contemporánea fué analizado y discutido en todas sus partes, retocado y corregido con esmero, dándosele a cada palabra su exacto valor, verdadero significado y recto sentido, para no hacer ninguna afirmación o promesa que fuera imposible o difícil cumplir en lo futuro. Y cuando el Programa quedó así concluído, se dió a la publicidad por medio de prospectos profusamente repartidos y de la prensa diaria, con seis meses de antelación a la fecha señalada para la aparición del primer número de esta revista. Entonces dijimos:

Las páginas de Cuba Contemporánea quedan abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno, sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad, sin más requisito que el exigido por las reglas del buen decir: he ahí nuestro programa.

Nuestra razón de ser parece justificada, ya que no hay en la prensa cubana, fuera de las publicaciones de carácter oficial y las circunscritas a determinadas materias, ninguna revista que cada mes dé al público trabajos escritos con menos premura que la requerida por las imperiosas exigencias de los periódicos diarios y aun por las no menos apremiantes de los semanarios.

Información general de todo lo que pueda interesarnos en cualesquiera de los múltiples aspectos de la inquieta vida de las actuales sociedades; noticia extensa o breve, según la importancia de cada libro y las condiciones del momento, de cuantas obras se publiquen en Cuba y fuera de ella, especialmente en lengua castellana y atañederas a nuestra historia, así como a la del resto de América; inserción de documentos antiguos y modernos que con la de Cuba se relacionen, y, en particular, expresa dedicación al estudio de nuestros problemas en lo administrativo, en lo político, en lo moral y social, en lo económico, en lo religioso: tales son los asuntos que preferentemente ocuparán estas páginas.

Campo abierto a todos los elevados empeños de buena fe, no habremos de rechazar ningún trabajo que pugne con nuestras opiniones

personales o con pareceres aquí emitidos en trabajos anteriores, porque CUBA CONTEMPORÁNEA surge sin exclusivismos de ninguna especie, no tiene compromisos de ninguna clase, ni abriga la presunción de imponer su criterio. La único que impone es la condición, ineludible, de que todos los trabajos sean firmados por sus respectivos autores, ya con su propio nombre o ya con seudónimo, simpre que, en este caso, la persona del autor se nos dé a conocer. Y empiezan por dar el ejemplo quienes la fundan: fuera de ciertas breves notas editoriales, el mismo director de ella está obligado a estampar su firma al pie de los artículos suyos que aquí vean la luz. Que cada cual tenga el valor de responder de cuanto escriba.

La parte puramente literaria y artística merecerá también especial atención, puesto que las manifestaciones de las letras y de las artes son muy alto exponente del grado de cultura de los pueblos. En el nuestro parece que hay, en lo literario, un resurgimiento digno de nota, y muchos cultivadores a quienes faltan estímulos y espacio para exponer sus frutos. Aquí les brindamos los unos y el otro, lo que también hacemos con los demás escritores de lengua castellana que quieran honrarnos con su colaboración.

Quienes deben y pueden, ¿corresponderán a este esfuerzo que realizamos? Creemos que sí. De ellos depende, más que de nosotros, el buen éxito de esta revista que aspira, por lo amplio de su programa y de sus tendencias, a emular aquellas inolvidables publicaciones que dirigieron Cortina y Varona: la *Revista de Cuba* y la *Revista Cubana.*

Los que acometen esta empresa no tienen la vanidad de creerse preparados como tan ilustres compatriotas; no han pensado, ni por un solo instante, que alcanzan la talla intelectual de esos dos próceres que han dado a Cuba, cada uno en su esfera, honra y fama. Pero sí se consideran con tantas fuerzas como ellos para exponer lo que creen la verdad y tratar de revivir las adormecidas energías de sus conciudadanos; para, con vigor de juventud, sin temores femeniles ni vacilaciones cobardes, seguir el camino que a todos los hombres de buena voluntad señala, imperiosamente, la sagrada herencia puesta en grave peligro por la concupiscencia de unos, la mala fe de otros, el alejamiento y el desdén de muchos, la ignorancia de no pocos y la culpa de casi todos.

Careceremos de conocimientos bastantes, pero sóbrannos voluntad y honradez de pensamiento y de acción. Están nuestras conciencias tan limpias como nuestras manos. Seremos, tal vez, inexpertos; pero abundamos en buenos deseos de ser útiles a nuestros compatricios y al país, como creemos que debe ser útil todo ciudadano a su patria: con la rectitud, la honestidad del propósito por norma. Podremos errar, pero no a sabiendas. Y si se nos demuestra el error, no seremos sordos a las advertencias nobles ni desatenderemos el consejo leal de quienes saben más que nosotros.

A éstos, pues, y a cuantos quieran exponer sus ideas en relaci´n con los difíciles problemas interiores y exteriores de nuestro país, pues

la vida internacional de Cuba tiene también para nosotros excepcional importancia, pedimos apoyo y cooperación; apoyo y cooperación que a la vez impetramos, y esperamos, de quienes constituyen esa esfinge que se llama público.

¿Fueron vanas las promesas hechas? ¿Se han cumplido en todas sus partes los propósitos anunciados? Contestemos a estas preguntas mostrando nuestra colección, formada por treinta volúmenes de más de trescientas cincuenta páginas cada uno, donde aparecen numerosos trabajos, inéditos hasta la fecha de su inserción en CUBA CONTEMPORÁNEA y referentes a múltiples y diversas materias; pudiendo afirmarse con ellos a la vista que, en particular, todos los problemas que afectan a Cuba en los órdenes político, económico, religioso, social e internacional, sin descuidar los asuntos puramente literarios y de carácer histórico, han sido abordados, estudiados y ampliamente discutidos, muchos de ellos desde varios y muy distintos aspectos.

Nuestra revista, por otra parte, ha servido de tribuna libre y campo neutral a los pueblos hermanos de la América latina para tratar algunos de sus importantes problemas de orden interno o internacional. Escritores peruanos, chilenos, colombianos y dominicanos han utilizado estas páginas "abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno", para alegar y defender derechos y libertades, al no encontrar muchas veces en sus patrias respectivas vehículos de publicidad dispuestos a acoger y difundir algunos de esos hermosos alegatos hechos en pro de ideales francamente nacionalistas...

Ha sido también esta publicación portaestandarte y paladín del punto de vista netamente cubano en lo atañedero al problema de la independencia nacional, puntualizando y reivindicando en numerosos escritos debidos a las plumas de redactores y colaboradores, los derechos de Cuba al libre ejercicio de su soberanía, actualmente limitada por la ingerencia extranjera en nuestros asuntos internos, y demostrando que, de acuerdo con los preceptos y obligaciones pactados entre nuestra República y los Estados Unidos de América, el Tratado Permanente de Relaciones entre ambos países, celebrado en 1903, constituye una garantía y no una restricción de la independencia de Cuba.

Por lo que respecta a nuestros problemas interiores, ya tuvimos ocasión de decir una vez (2), y queremos repetir ahora, que

En medio de una labor política, social y administrativa un tanto disolvente y peligrosísima; en un ambiente de violencias e intolerancias recíprocas, en el cual, so capa de campañas partidaristas, se olvidan los más elementales respetos que en toda sociedad culta y civilizada deben guardarse hombres del mismo origen y educación; en torno de esa atmósfera caldeada y asfixiante, CUBA CONTEMPORÁNEA, ecuánime y serena, ha proseguido su camino y ha cumplido, al pie de la letra, el amplio y cubanísimo programa que se trazó desde su aparición en 1913.

Y en cuanto a la parte final de dicho programa—la de más difícil cumplimiento, porque ella implica y demanda un espíritu de profundo respeto a todas las opiniones honradamente expuestas y mantenidas—, no creemos que pueda señalarse un solo caso de inobservancia de lo que en aquélla prometimos.

Aun en materia religiosa, la que más hondamente divide y separa a los hombres, por ser de carácter sentimental más que de raciocinio, ha prevalecido siempre un espíritu de amplia tolerancia y transigencia, lo mismo durante la época en que se hallaba al frente de CUBA CONTEMPORÁNEA su primer Director—cuyo glacial ateísmo conducíalo a la negación de las verdades dogmáticas y a la entusiástica defensa, hecha siempre de buena fe y con sinceridad absoluta, de toda tendencia laica y anticlerical—, que durante los dos años últimos, desde que asumió la dirección de CUBA CONTEMPORÁNEA quien estos párrafos escribe, cuyos principios y convicciones religiosas, mantenidos dentro de la más pura ortodoxia cristiana, no han logrado entibiar siquiera los estudios de carácter científico, ni las lecturas de obras contrarias al credo que honradamente profesa; y quien, a pesar de su sincero y ferviente catolicismo, no ha tenido reparo en acoger y publicar no pocos trabajos de fines y tendencias opuestos a sus personales opiniones, cumpliendo así el programa de CUBA CONTEMPORÁNEA, cuya amplitud de criterio ha servido para dar un ejemplo práctico de transigencia y tolerancia recíprocas, en todos los asuntos, aun en aquellos que, como los de carácter religioso, son causas determinantes todavía de cruentas luchas y encarnizadas

(2) Véase el número 85 (enero, 1920), tomo XXII, pág. 111, de CUBA CONTEMPORÁNEA.

persecuciones entre los pueblos que profesan principios y creencias en pugna.

*

Para referirnos ahora al único aspecto que queda por analizar, ésto es, la significación y trascendencia de la labor realizada por CUBA CONTEMPORÁNEA y en derredor suyo durante la década transcurrida, acerca de las cuales ya dijimos en la oportunidad antes citada que esta revista,

sin tener en cuenta sordas hostilidades ni desvíos y frialdades mal encubiertos, ha abierto un surco profundo en nuestra vida intelectual y ha servido de faro y guía en el intenso movimiento que en el orden de las ideas se viene operando en nuestro país, de cierto tiempo a la fecha,

queremos ceder la pluma a un distinguido y muy culto escritor, de espíritu imparcial y ecuánime, el Dr. Federico F. Falco, transcribiendo los siguientes párrafos del primer capítulo de su obra *Veinte años después del Grito de Baire,* editada en Génova (Italia) en 1915, y que por no ser un elogio franco e incondicional, sino por el contrario, una labor de crítica serena y en algunos aspectos de inconformidad—puntualizada en los capítulos subsiguientes—con opiniones expuestas por algunos redactores de esta revista, tienen esos párrafos todo el valor que le imprimen el sano criterio y la imparcialidad de juicio de su autor. Dicen así:

Observando las manifestaciones que caracterizaron el movimiento de la vida intelectual cubana al terminar el año 1913, sobresale un hecho que, por su relieve de singular importancia, debía despertar interés extraordinario y llenar de sincera satisfacción el ánimo de cuantos siguen con atento estudio y afectuoso interés las varias vicisitudes del destino de esa tierra y la obra de progreso de sus mejores hijos.

Un esfuerzo admirable en pro del adelanto de la cultura y del mejoramiento moral del país, se ha iniciado en ese año y sigue realizándose con severa dignidad de intentos y férvida actividad por una agrupación de hombres nuevos, que no pretende ser un partido, no se anuncia como una escuela, ni presume del título de academia; pero que del partido, de la escuela, de la academia va explicando las funciones más nobles, resultando partido en su más elevada misión de indicar y encauzar un elevadísimo programa de ideas y principios para la opinión y el Gobierno, escuela sana y fecunda de purificación de las conciencias y educación de los sentimientos, academia virtuosa de perfeccionamiento que,

con varia y bien escogida colaboración de inteligencias y voluntades, mira a ensanchar los horizontes de la cultura nacional en los principales ramos del saber, con aplicación preferente a las especiales exigencias morales de la actualidad cubana.

Semejante índice elocuente del progreso intelectual y moral de la nueva generación de Cuba nos lo ofrece la revista CUBA CONTEMPORÁNEA.

Los críticos inexorables podrían quizás encontrarle algún defecto de contextura orgánica, por la unidad de intentos que se necesita en la dirección ideal de una obra perfecta de este género; notar también particulares que hubiera convenido omitir y otros que habrían podido tratarse de manera diferente para conseguir efectos de mayor alcance práctico en pro de los fines públicos que la Revista evidentemente persigue. Nosotros mismos que hemos aplaudido con verdadero entusiasmo tan generosa empresa y le deseamos todo el éxito que se merece, no admitimos, y desde luego tendremos que impugnar, algunas ideas fundamentales y otras de detalles que contrastan con el tono general, las cuales se sostienen en uno u otro trabajo de los autores que forman las columnas maestras de su redacción y que, por supuesto, están unidos y animados por la simpatía de un mismo fin científico, moral y político que resulta al cabo ser el motivo dominante que derrama los grandes estímulos de una vida saturada de nobilísima pasión en todas las partes de la obra, no tratándose, como modestamente se anuncia, de un mostrador impasible de opiniones diversas, de una seca revista ecléctica de estudios varios, de una colección de noticias e informaciones generales sobre argumentos importantes, de una reseña apática de ciencia y arte examinando *todas las orientaciones del espíritu moderno,* sino de una iniciativa que, a pesar de las declaraciones que encabezan su programa, revela en el curso de su desarrollo una muy viva y férvida comunión de sentimientos y aspiraciones traducida en un apostolado activísimo de cultura social que obedece a cierta unidad de criterio, no siempre bien definido, pero con brotes bastante claros en muchos puntos para que pueda negarse.

Estos y otros reparos que pudieran hacerse, tienen una importancia muy limitada para infundir en el juicio general que, por varios méritos de excelencia indiscutible tanto de particulares como de conjunto, obliga a reconocer en ésta el valor de una obra intelectual y patriótica destinada, por sus grandes líneas ideales, a quedar como la primera de su clase en Cuba.

Las iniciativas de épocas anteriores en trabajos colectivos de semejante índole merecen una consideración altísima por el momento histórico en que se efectuaron y el valor extraordinario del empeño de darle al pueblo cubano, entre las gravísimas dificultades de la crisis moral y política del régimen colonial, la conciencia de una personalidad autónoma, e insinuar en su ánimo la fe constante en un nuevo destino aprovechando la experiencia de los países libres, y atesorando las en-

señanzas que en sus escritos, en sus discursos y en sus actos habían ido dejando los precursores y maestros de la patria. Allí donde no era permitida la propaganda abierta del principio de libertad e independencia, había que sumar cuantos elementos de cultura se pudieran encontrar en dondequiera, que concurrieran a levantar la mentalidad cubana, para formar la conciencia nueva del país. El examen de un sistema filosófico, la crítica de una obra de arte, una reseña histórica de un acontecimiento importante, un estudio sociológico extranjero, una novela, una poesía, una discusión de asuntos económicos internos, eran otros tantos elementos útiles que, a veces sin quererlo directamente sus autores, servían a orientar las aspiraciones cubanas, corroborando con la eficacia de la ilustración, los cimientos de una nueva base de sentimientos sobre la que debía descansar el carácter nacional, que se afirmaría luego vigorosamente en la revolución libertadora.

Pero las especiales circunstancias en que aquellos valerosos esfuerzos de preparación moral se llevaban a cabo, no permitían emprender una obra orgánica y perfectamente acabada de educación general política, por las dificultades que hacían imposible una obra completa, y las enormes contrariedades que obstaculaban una amplia y eficaz repercusión del apostolado en todas las esferas sociales del país, dominado y perturbado por una situación anormal.

La *Revista de Cuba,* la *Revista Bimestre,* las *Hojas Literarias,* y algunas otras, son jalones gloriosos en el camino del desenvolvimiento de la cultura cubana, debiendo señalárseles con el prestigio de nobles manifestaciones precursoras. Creo, sin embargo, estar en lo cierto que la historia intelectual de Cuba, que se esmalta con los valores de primer orden de Varela, Heredia, Luz Caballero, Saco, Varona, Merchán, Cortina, Poey, Piñeyro, Sanguily, Montoro y otros hombres notables—y que en el fulgor mágico de la alborada maravillosa del nacimiento de la patria enseña un nombre que por sí solo bastaría a justificar la grandeza intelectual y sentimental de un país, Martí—, no contaba todavía con una obra de colaboración sólidamente organizada de alta y variada cultura, y que por realizarse en condiciones de ambiente normal, lograra sin exclusivismos doctrinales, hacer accesibles a todas las mentes ávidas de luz y verdad sus elevados fines ético-sociales, como la que estos jóvenes se han propuesto acometer presentando una perspectiva de luminosas esperanzas halagüeñas, tanto por el seguro provecho que el éxito de tal esfuerzo llevado adelante con la misma nobleza de intentos que ha distinguido sus inicios, habrá de traerle a la vida moral de la nación, como por haberse dado a conocer con este motivo algunas nuevas personalidades de ciudadanos sobresalientes por valiosas dotes, a quienes la sociedad cubana podrá entregar mañana, con plena confianza, la suerte ulterior de su destino.

Sin escatimarles el mérito que en justicia les corresponde a varias otras revistas de otro género que han cooperado hasta hoy a mantener

brillantemente el crédito de la ilustración cubana, desde el decano *Fígaro* y *Cuba y América,* hasta la *Revista Universitaria, Letras* y *Universal,* no me parece atrevido afirmar que la iniciativa de CUBA CONTEMPORÁNEA es primera y única en su género especial y sin antecedentes de igual fuerza en el país.

A pesar del eslabonamiento que se intenta establecer en el anuncio de su programa con la obra interrumpida por ilustres predecesores, a mí se me evidencia ésta como absolutamente original y nueva, tanto en los fines, como en el método. Y creo que esto constituya su mayor mérito, pues si ennoblece el saber continuar con dignidad una hermosa tradición heredada, para enriquecerla, mucho más honroso es iniciar una tradición nueva, demostrando el afán de ocupar el primer puesto en las más útiles y elevadas manifestaciones de la civilización moderna, mediante una misión reformadora de la conciencia pública.

A las dos generaciones revolucionarias que fecundaron con su generosa sangre la idea nacional de Cuba, concurriendo con abnegados esfuerzos a derribar el régimen colonial y fundar la República, debía seguir una generación más intelectualmente activa, que inspirándose en el pensamiento de los egregios varones que en medio de las tinieblas del despotismo no dejaron apagar nunca la llama de su idealismo regenerador, infundiendo un alma nueva en un pueblo envilecido bajo una explotación sin comparaciones en la historia del siglo, fomentara instituciones sólidas de educación y cultura, que secundando los impulsos democráticos de la nueva nación, desenvolviera una actividad perseverante de indicación, control y propulsión, encauzando con tino y perspicacia el desarrollo racional de todas las fuerzas sociales del país.

A esta generación se le presenta un programa tan vasto y arduo, que basta citar sus primeras líneas para excitar la admiración y gratitud más intensas en favor de los que tuvieran valor de actuarlo. Destruir paso a paso las estratificaciones de los prejuicios heredados de la administración colonial; estudiar los métodos de otras organizaciones sociales sin dejarse llevar por la sugestión de imitarlos en todo; contar con los elementos conservadores, reservándose de reaccionar franca y enérgicamente contra las preponderancias de la aristocracia del dinero; mantener en un país de la América latina un gobierno respetuosamente fiel al propósito de poner siempre, y a costa del sacrificio de intereses individuales o de partido, el derecho de la fuerza como sostén y garantía de la fuerza del derecho...

No obstante las grandes dificultades para resolver problemas tan importantes en la nueva Cuba, los nobles empeños que hoy se anuncian de esos hombres nuevos, y que comprueban la asombrosa elasticidad de la inteligencia cubana, nos traen vivos alientos de confianza en que paralelamente a los medios que ofrece la evolución natural de una República bien administrada, se logrará una prudente y hábil preparación

de los ánimos con la fe y la cordura que demuestran esos jóvenes, para que la realidad corone nuestros deseos.

....

¿Será, acaso, demasiado optimismo el considerar como síntomas halagadores de un despertar saludable, a raíz de los contrastes, tropiezos y percances que dificultaron los primeros pasos de la República, y un vigorizamiento de propósitos de adelantarse por el derrotero señalado, esas obras intelectuales nuevas que anuncian el sobrevenir de aquella generación que se esperaba para practicar el patriotismo como se debe en una nación surgida en pleno progreso social del siglo XX?

Un positivo título de consideración y admiración en este sentido, ha de reconocerse al movimiento que está asomando por iniciativa de ese grupo de jóvenes, que se atreven con franco entusiasmo a abordar las más graves cuestiones del presente y porvenir cubano, y ojalá no titubeen en su difícil tarea de impulsar con una activa escuela de civismo y atinada propaganda de principios progresistas, la vida de la República a subir, a subir siempre más alto, a un grado de elevación en el que todas las energías del pueblo puedan concurrir por completo a su mayor dignificación e incremento.

¿Qué más podríamos añadir por cuenta propia a lo anteriormente expresado? ¿Que a Cuba Contemporánea deben muchos jóvenes, cuyos nombres eran hasta hace poco tiempo totalmente desconocidos en el mundo de las letras, el haber podido dar a la publicidad sus trabajos y conseguir, merced a ellos, un puesto prominente entre nuestros escritores mejor conceptuados o entre nuestros investigadores más laboriosos y pacientes? ¿Que en Cuba Contemporánea han tenido siempre franca aceptación y favorable acogida todos los trabajos de valor intrínseco positivo, sin prejuicio alguno respecto de la personalidad de sus autores, muchas veces ignorada en el campo de la literatura, en el que hasta hace algunos años sólo tenían fácil ingreso, codeándose con los cubanos eminentes ya "consagrados" por sus años y sus obras, los escritores y poetas extranjeros llegados a nuestra patria con aureola no siempre merecida y casi siempre aceptada sin discusión, por un sentimiento de hospitalidad o un espíritu de benevolencia llevado a sus útltimos límites? ¿Que la labor de Cuba Contemporánea no es, en muchos aspectos, de resultados inmediatos, sino por el contrario, de gran lentitud, como es siempre prolongado el lapso que media entre la época en que el surco se abre y se arroja la semilla, y aquella otra en que la planta sembrada fruc-

tifica? ¿Que Cuba Contemporánea actúa en una sociedad muy compleja y dentro de un ambiente poco propicio a esta clase de empeños culturales, propenso en cambio a toda labor demoledora con el auxilio de la maledicencia y la columnia, que suelen clavar con frecuencia injustamente sus dardos? ¿Para qué recordar éstas y otras parecidas circunstancias, sabiendo que es inútil tratar de vencer el rumbo desviado de la brújula cuando las corrientes que producen la anomalía son subterráneas, ocultas, y por lo tanto invencibles?...

"Cuba Contemporánea—ha dicho recientemente el muy notable escritor y crítico norteamericano Isaac Goldberg—es más que una revista; es el símbolo de la juventud cubana progresista" (3), y debemos procurar que continúe siéndolo mediante la prosecución del esfuerzo hasta la fecha realizado. Seguiremos, pues, nuestra ruta, sin apartarnos de ella, venciendo obstáculos y orillando dificultades; recibiendo los elogios de quienes juzguen favorablemente nuestra labor, tan sólo como voces de aliento y estímulo, sin llegar por ello a envanecernos; aceptando agradecidos las censuras y los reparos atendibles que nos demuestren los errores en que hayamos incurrido, sin sentirnos por ello lastimados; cumpliendo, en fin, nuestro intangible programa, sin separarnos de él, para que al cumplir nuestra revista su segunda década, si nos es dable mantenerla hasta entonces, resulte todavía justo y acertado el juicio de Goldberg: "Cuba Contemporánea *is more than a magazine; it is the symbol of Cuba's advancing youth.*"

La Dirección.

---

(3) *The Freeman*, Boston, E. U. de A., 5 de julio, 1922, pág. 405.

EL SOCIALISMO EN YUCATAN

HACE algunas semanas que, a título de atendible actualidad, publicamos en la acreditada revista *El Fígaro*, de esta capital, una información, ilustrada con notas fotográficas, acerca de ciertas manifestaciones del movimiento socialista yucateco, que, dueño de los autonómicos poderes locales—ejecutivo y legislativo—, políticamente domina en la gran entidad federativa mexicana, vecina de Cuba.

Al comienzo de la mencionada información, después de afirmar que en la América latina apenas nos conocemos, por lo que los hechos han de ser de extraordinaria importancia y los hombres tienen que descollar extraordinariamente, para que nos ocupemos en su estudio y comentario, dijimos:

A menos de dos centenares de millas de nuestras costas está Yucatán, la región mexicana que, por los vínculos de todos los órdenes que naturalmente nos unen, es acreedora a nuestro interés y nuestras simpatías mayores, y sin embargo, pocos somos los cubanos que a ciencia cierta sabemos de la riqueza histórica y arqueológica, del sugestivo exotismo de costumbres e indumentaria popular, de la evolución social y política de tan cercanos vecinos nuestros.

Y a esto, ya para entrar en materia, agregamos:

En estos momentos, no obstante lo dicho, no obstante hallarse la capital yucateca a cuarenta horas de la capital cubana [insistimos, para hacer bien visible el caso], mientras nos ocupamos en observar y analizar con cierto interés la inquietadora crisis rusa, inadvertimos el estado de cosas que actualmente existe en Yucatán, y que tan notable similitud de origen, aspectos, trascendencia y probabilidades finales, guarda con el que prevalece en el lejano país de los soviets.

Apenas habíamos escrito lo anterior, cuando sentimos la fuerte sugestión del tema para un trabajo de empeño y dimensiones mayores que los que eran propios de una revista del tipo y del número de páginas de *El Fígaro,* y obligadamente pensamos en Cuba Contemporánea, este otro valioso y eficaz exponente de la cultura cubana, que por su formato y su índole podía favorecernos con la publicación de un artículo de cierto alcance sobre asunto de actualidad e interés general tan evidentes.

No es posible hacer el más somero estudio del socialismo yucateco, sin aludir al estado social y político de todo el país mexicano en los años inmediatamente anteriores a la Revolución que Madero iniciara con un programa político, y que condiciones de ambiente interno y del momento histórico en todo el mundo pronto convirtieron en la primera cristalización revolucionaria, en realidad importante, de la propaganda socialista universal. Porque —y bien vale que se detenga la atención del lector en esta primordial afirmación—fué en México donde primero se manifestó el *bolchevismo;* si no, desde luego, con ese nombre, ni con la resonancia y trascendencia de la crisis rusa, sí, como se ha dicho con respecto a Yucatán, obedeciendo a condiciones internas análogas y a los mismos impulsos deterministas de la época. La preocupación universal con motivo de la Guerra Europea, surgida cuando más recia era la contienda civil en México; el caudillaje aún endémico en ciertas latitudes americanas; condiciones desfavorables de situación geográfica y correlación internacional y, más tarde, el formidable estallido *bolchevista,* no sólo desvirtuaron las fuerzas propulsoras, más o menos conscientes, de la Revolución mexicana, sino que las hicieron y aun las hacen pasar inadvertidas, en su verdadera naturaleza, a los ojos del sociólogo, del publicista y del apóstol societario, que pudieran hallar en aquélla un sugestivo caso de estudio.

"En México hace falta otro Porfirio Díaz", dicen muchas personas que, con la razón de que el pueblo mexicano está incapacitado para la vida democrática, aún creen que la férrea autocracia del viejo soldado oaxaqueño constituyó la ejemplar administración política que, para su progreso en todos los órdenes, necesita la tierra de Juárez y Nervo; sin advertir los que tal piensan que es ahora cuando, trabajosamente, comienza a salir aquélla de un

largo y doloroso caos anárquico, surgido tan pronto como se vino al suelo el "paternal" gobierno que, para una obra de cultura y dignificación del pueblo, mantuvo durante veinticinco años, ininterrumpidos, un poder dictatorial absoluto.

Es innegable que durante el régimen porfirista, y máxime en los diez y siete años de gabinete "científico", el país tuvo un notable progreso material: construcción de importantes ferrocarriles y extensiones y ramificaciones valiosísimas de las líneas primitivas; puertos artificiales en el Pacífico y el Atlántico; útiles y costosas canalizaciones en los campos; de la bancarrota del Tesoro Público de 1893, se pasó, en 1910, a un alto crédito exterior, con la deuda pública a la par, y un interés de sólo el cuatro por ciento al año, y de la antigua ciudad capital, con imprescindibles trabajos sanitarios, de acueducto y alcantarillado, con edificios y monumentos públicos, y las residencias particulares, lujosas y elegantes, surgidas al calor del inusitado esplendor económico, se hizo la bella metrópoli que justificadamente mereciera el brillante título de Ciudad de los Palacios.

Pero ¿acaso todo, o casi todo, lo que necesita un país para que en realidad pueda considerársele rico, próspero y civilizado, es tener buenos ferrocarriles, puertos amplios y seguros, una capital plena de paseos, villas y monumentos, y taumaturgos de las finanzas como aquel señor don José Ives Limantour, tan insustituible en el Ministerio de Hacienda como su protector el General Díaz en la Presidencia de la República? ¿Qué era, en medio de tanta grandeza, la instrucción pública? ¿Dónde estaban las instituciones de previsión social? ¿Cuántas organizaciones de defensa y mejoramiento del proletariado existían en el país? ¿Cómo estaban la higiene y el bienestar económico entre la gran masa de los ciudadanos pobres? ¿Cuál, en fin, era la vida del noventa por ciento de los mexicanos en medio de todas aquellas bellezas cantadas por los panegiristas del México de Don Porfirio?

Casi nadie lo ignora; pero muchos lo olvidan.

En las poblaciones, la gente jornalera sucia, viciosa y miserable contrastaba sensiblemente con el lujo y distinción de una minoría de privilegiados. En casi todos los casos eran algo así como dos civilizaciones antitéticas dentro de una misma ciudad. En la Capital, muy cerca de los famosos palacios, de las perspec-

tivas parisinas de los paseos, de los grandes almacenes de estilo neoyorquino y de las amplias avenidas pobladas de transeuntes y vehículos de puro corte civilizado, hallábanse los oscuros y pestilentes callejones donde los garitos, burdeles y pulquerías, tan faltos de aseo como el populacho que los llenaba, mezclábanse con las perreras antihigiénicas en que se hacinaba una multitud trabajadora, que apenas ganaba para vestir, como los otros, una indumentaria extravagante, andrajosa y escasa. Este contraste fué más visible para el extranjero cuando la grandeza porfiriana llegó al cenit de su gloria: en las grandiosas fiestas del Centenario. Mientras, de un lado, entre la policromía de arcos, banderas, uniformes y colgaduras y el refulgir de armas y arreos del ejército, en el estrépito de las bandas militares, brillaban y triunfaban las sedas, los plumajes, los entorchados y las condecoraciones de altos dignatarios nacionales y extranjeros, jinetes en piafantes corceles de guerra o arrastrados en imperiales carrozas, del otro lado el observador que se separaba un tanto de los aparatosos y miméticos desfiles podía tropezarse con montones de "pelados", trapientos y descalzos, echados sobre los zarapes en las losas de las plazuelas y en los pórticos de los templos, o con grupos de soldaderas, en gitanesca penuria de colorines, espulgando a los mocosos y desnutridos arrapiezos, a la entrada de algún cuartel, o con un apelotonamiento de cuerpos chorreantes de mugre a la puerta de cualquiera taberna, donde un "ex hombre" del taller, la hacienda o el ferrocarril, acabase de apuñalear a otro feliz conciudadano de Don Porfirio, por causa de un trago de pulque, de más o de menos.

En los campos, la situación bien mereció aquel *México Bárbaro,* el célebre libro que escandalosamente descubriera al resto de América los horrores del Valle de México y otras regiones del país. Los indios forman la masa campesina de México, y por tradición conservan el recuerdo de un estado semicomunista en que vivieron sus antepasados antes de ser sometidos por los españoles, y en el que viven todavía los habitantes de algunas regiones apartadas, que no han sido del todo sometidos. Las tierras sobre las que el indio vivía, cultivándolas en provecho propio y de los suyos, después de pasar al gobierno colonial, convirtiéronse en latifundia, y de éstos, a veces sin grandes subdivisiones, surgieron las famosas haciendas. A las haciendas fué llevado el me-

xicano indígena, y allí se le obligó a trabajar de sol a sol, descalzo, semidesnudo, hambriento, sujeto a terribles castigos corporales, convertido en verdadera bestia de trabajo. Al quedarse el escaso salario en las célebres tiendas de "raya", el indio nunca saldaba con su amo la "cuenta'—otra institución no menos celebérrima, sostenida al través de todas las *democracias* republicanas—, y como mientras estaba en deuda con la hacienda no podía abandonarla para buscar trabajo en otra, quedaba convertido de hecho en un verdadero esclavo; esclavitud virtualmente hereditaria, porque lo era la deuda, que iba de padres a hijos indefinidamente.

De este deplorable estado de cosas naturalmente resultó una vida campesina pareja en miserias físicas y morales con la horrible vida popular de los centros ciudadanos. Al lado de una opulenta clase de propietarios territoriales, de comerciantes monopolizadores, de jefes políticos que muchas veces no eran más que feroces perros negreros, vegetaba miserable la gleba proletaria, víctima de todos los abusos y privilegios, a que sometíanla el ajeno egoísmo y la propia ignorancia. Y si, con anterioridad a la Revolución, en las ciudades habíanse producido hechos aislados y superficiales en sus efectos, pero muy significativos en su fondo, de protesta contra un régimen social que así convertía al obrero en un desheredado de la civilización, mayores y de más hondo alcance fueron las manifestaciones de rebeldía en los campos, donde los "leaders" populares tuvieron, como base de su propaganda revolucionaria, no solamente la evidencia de tantas injusticias y dolores, sino el tradicional rencor de la raza indígena en contra de los que, al arrebatarle la tierra y la dignidad de pueblo libre, levantáronle un ideal de reconquista del honor colectivo, de aquella su única riqueza y de los derechos por tanto tiempo conculcados. La proclama que allá por el año de 1873 sublevó a los veinte mil indios del Nayarit y las doctrinas y los procedimientos zapatistas, cuarenta años más tarde, pueden ser citados como dos de los hechos más notables y conocidos en relación con los apuntes históricos anteriormente expuestos.

Y ahora, pasando con mayor amplitud a lo que es esencial en este trabajo monográfico, o sea a lo que exclusivamente se refiere a Yucatán, comenzaremos por reproducir parte de lo que, como estudio de la evolución histórica de las condiciones del trabajo en

aquella región, con anterioridad a la caída de la Dictadura, expone un distinguido intelectual yucateco, el Dr. Miguel Castillo Torre. Esta cita y la transcripción de algunos párrafos propios, escritos hace más de siete años, vendrán a ser como una exacta pintura de detalles en el cuadro general antes esbozado, y demostrarán cómo, dentro de un gran país que vivía en tan irritante condición de injusticia social, fué posible que Yucatán adquiriese, sosteniéndolo hasta muy entrado el presente siglo, su triste renombre como tierra de esclavitud y barbarie medioevales. Porque Yucatán constituyó durante muchas décadas el modelo más característico y asendereado de un oprobioso régimen feudal, que duró tres siglos, y por ello ha sido el terreno mejor dispuesto para la siembra revolucionaria, hoy hecha perdurable, a despecho de todos los obstáculos, con fe y vida siempre crecientes, por un pueblo que parece convencido de que detenerse en la marcha es volver a los horrores del pasado.

Así como en otra ocasión—escribe el Dr. Castillo Torre—procuré presentar, rebuscando datos históricos y tratando de interpretarlos a la luz de las modernas orientaciones sociales, la triste y miserable condición del indio trabajador durante el período colonial, en esta vez estudiaré con no menos empeño, encuadrándolo en los límites estrechos que naturalmente debe tener toda plática de vulgarización, esta misma condición a partir del momento en que rotos los vínculos seculares que nos ataban a España, comenzamos a vivir nuestra azarosa e inquieta vida de pueblo independiente.

La restauración de la Constitución de Cádiz el año veinte no produjo los efectos saludables que el año doce. Durante los seis años transcurridos, las clases acomodadas de la península diéronse cuenta de que el decreto de igualación, que convirtió en ciudadanos del Reino a todos los indios de América, haría caer por su base el formidable y despótico edificio de explotación, que con tan provechosos resultados construyeran desde los primitivos tiempos de la Colonia; y preparáronse de un modo inteligente a la defensa de sus intereses de clase.

Para conseguir esto, sus hombres representativos tornáronse Constitucionalistas exaltados y se infiltraron cínicamente en los *Clubs* y en las logias masónicas, logrando por este acto de mimetismo político ahogar los ideales de liberación del indio de los primitivos sanjuanistas, emprendiendo crudelísima campaña contra su principal sostenedor, el venerable cura Velázquez, al que acusaron primero de exaltado y fanático y colgaron finalmente el sambenito de la locura.

La labor de este hombre, acremente denostada por los ricos de su

época y sólo fragmentariamente conocida, reálzase, magnifícase con clarividencias apostólicas, en el correr de la historia, porque representa indudablemente el primer empeño espiritual del Socialismo en Yucatán, la primera vez que nuestros parias oyeron cantar la dulce e inefable canción del comunismo, empeño si se quiere romántico e informe, inconsciente y difuso como todo renuevo espiritual, pero en el que había una visión tan clara y justa de las cosas, que las ideas directrices continúan siendo las mismas a pesar de los años transcurridos: la abolición de la propiedad privada de la tierra y la de que ésta fuese dada únicamente a los indios, es decir, a aquellos que la cultivaban personalmente, suprimiéndose así la intervención de los explotadores del peón de campo.

Y el ideal quedó aprisionado una vez más entre las marañas sutilísimas de los detentadores de la tierra y el indio, a pesar de su carácter de ciudadano y de las órdenes reales en que se prevenía la puntual observancia del decreto igualitario, continuó obligado a la prestación de servicios personales y al pago de las obvenciones parroquiales, engrosando las pingües rentas de los curas de aquella época, entre otras la que al venerable cura Villegas, exaltadísimo liberal y consejero áulico de la administración de entonces, le producía su curato de San Cristóbal.

Al perder Yucatán su carácter de Provincia española, el indio continuó atado al potro de la servidumbre obteniendo tan sólo una ventaja aparente, la de la supresión del tributo que de conformidad con la legislación española pagaba a las arcas reales; y repito, esta ventaja fué únicamente aparente, pues habíasele sustituído con antelación por otro tributo, al que se dió pomposamente el nombre de contribución patriótica.

Las clases explotadoras adueñadas de la administración política y poseedoras de los medios de producción, no encontraron dificultad alguna en anudar a la cadena del sistema de explotación capitalista del período despótico y absolutista, la cadena igualmente férrea que los obreros y campesinos de todos los países han venido arrastrando desde hace más de cien años: lo mismo en la democrática Francia que en la autocrática Prusia, en la liberal Inglaterra que en las llamadas democracias libres de América.

Viene luego el período que comprende hasta la iniciación de la guerra racial. Lucha apocalíptica en que chocaron propiamente no *dos razas* sino *dos clases:* la aborigen, constituída de trabajadores explotados cruelmente como bestias de carga, y la llamada raza blanca, compuesta de los descendientes de los conquistadores, clase depositaria de la civilización según nuestros historiógrafos, pero que había entendido este depósito sagrado en el sentido de constituirse en una sociedad, en la que ellos, los dominadores por la violencia, disfrutaban de todos los privilegios, no pensando en otra cosa sino en explotar al indio implacablemente, obligándolo a agotar sus fuerzas en un trabajo constante.

Este estado de iniquidad social no podía perdurar de un modo inde-

finido. El indio daríase cuenta algún día de que el país que fuera de sus mayores no era ciertamente para ellos el mejor de los mundos posibles; daríase cuenta de que sus opresores habíanlo establecido sobre bases nefandas de desigualdad, en la que los hombres barbados y blancos tenían el privilegio de todos los monopolios: capital, poder y tierras; no reservando para ellos otro que el de fecundar la tierra de una manera forzada y a costa tan sólo de un poco de pan para matar el hambre y unos retazos de tela para cubrir su desnudez.

Este día no tardó en llegar: las prédicas absolutamente desinteresadas de los sanjuanistas y que no pudieron llevarse a la práctica por el afán inmoderado de lucro de las clases poseedoras, evitando así que la transición se verificase lentamente y sin sacudidas trágicas; los ofrecimientos que los jefes de motín de esta época turbulenta e inquieta hicieron a los indios de proveerlos de tierras y de libertarlos del pago de las gabelas y de todos los yugos políticos y religiosos que sobre ellos pesaban, ofrecimientos casi nunca cumplidos y hechos con el único objeto de engañarlos y de lanzarlos contra la facción política enemiga. Todos estos hechos aunados, despertaron el espíritu envilecido del indio por el hábito de una larga servidumbre e hiciéronle conocer que era un sér humano como sus opresores y que como ellos podía matar y convertirse de siervo en amo.

Y fué entonces cuando estalló esa lucha titánica y sangrienta conocida en los fastos de nuestra historia bajo el nombre de guerra de castas, y en la que, si debe culparse a los oprimidos por el carácter sangriento y brutal que imprimieron a la contienda y los incontables actos de salvajismo que cometieron, merecen también nuestro anatema los opresores que durante más de tres centurias sólo supieron hacer del indio un animal salvaje al que explotaban y dominaban como se doma a las fieras de los circos: con la fuerza del hambre y restallido del látigo.

Y los veinte años largos que duró esta horrible tragedia que empurpuró y convirtió en ruinas humeantes nuestros campos y poblados y que pudo haber sido una epopeya libertaria de ser otra la condición social y humana de nuestros parias, fueron tiempo perdido en la obra de renovación social.

El hervir de las pasiones y el desatamiento de la violencia, determinaron como consecuencia lógica, no ya el anublamiento, sino la ausencia completa de todo empeño espiritual para mover al indio del triste estado de abyección y de esclavitud en que vivía; y esta exaltación de las pasiones adquirió caracteres verdaderamente monstruosos, cuando a partir del célebre decreto expedido en el mes de noviembre del año 1848 por el Gobernador Don Miguel Barbachano, sancionado luego por el Gobierno Federal, el Gobierno de Yucatán, bajo el pretexto de arbitrarse fondos para el sostenimiento de la guerra, se convirtió en traficante de esclavos.

La revolución de Ayutla y los gobiernos liberales que de ella emanaron, trataron de fomentar la pequeña propiedad agrícola dividiendo los inmensos bienes arrebatados al clero y los bienes comunales de los pueblos en pequeñas parcelas. Este procedimiento, como era de esperarse, no dió los resultados apetecidos; no se tuvo en cuenta que en materia de legislación agraria la tierra debe ser poseída únicamente por el que la cultiva y la hace fructificar con su trabajo; aparentóse ignorar que para el fomento de la pequeña propiedad agrícola, no basta proporcionar tierras a los labradores, sino que es asimismo una necesidad ingente proporcionarles medios para cultivarlas: dinero, aperos de labranza, semillas, abonos, etc., y libertarlos de las rutinas agrícolas enseñándoles métodos modernos de cultivo; se cometió el error de repartir los bienes comunales de los pueblos, último vestigio del colectivismo agrario de la época colonial y que debía conservarse a toda costa, porque podía ser en el futuro el germen de una distribución equitativa de la tierra; finalmente y con un desconocimiento absoluto de la cuestión agraria, no tan sólo no se practicó la división de los grandes latifundios y se puso un valladar a su crecimiento, sino tampoco se evitó que las tierras repartidas fueran de nuevo adquiridas por los grandes propietarios.

Y nuestros campesinos, a pesar de su carácter de ciudadanos de un país libre y democrático, y de su igualación en derechos y obligaciones políticas, continuaron siendo explotados insaciablemente por los poseedores de la tierra.

Los treinta años de dictadura no hicieron otra cosa que perfeccionar este despotismo, convirtiendo a los hacendados de Yucatán en verdaderos señores feudales, con derechos de pernada, capillas y calabozos y centenares de siervos sobre cuyas espaldas tostadas por el sol agitábase con frecuencia la soga vaquera del *mayocol.*

Y hétenos ya en plena historia contemporánea, historia vivida por nosotros mismos y cuyos hechos crueles e injustos han influído decisivamente en el encauzamiento de Yucatán hacia el socialismo.

Para comienzo de esa historia contemporánea que dice el Dr. Castillo Torre, daremos preferencia, según hemos ofrecido, a lo que, tomado del natural años antes, escribimos en una serie de artículos publicados por el importante diario habanero *Heraldo de Cuba,* en el año de 1915, durante la contrarrevolución yucateca, encabezada por Ortiz Argumedo y secundada por los elementos conservadores de aquella parte de la República, con el fin de evitar que llegaran a la misma las influencias de la Revolución, ya por entonces marcadamente socialista.

De Yucatán puede decirse, con mayor razón que de ninguna otra

parte, que la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, sólo se encuentra en la Constitución, en los labios de los oradores políticos y en las producciones de poetas, escritores y periodistas, fáciles a los entusiasmos líricos. Singularmente, de los indios que trabajan en las haciendas henequeneras, se puede afirmar que, en la práctica, son tan esclavos como lo fueron, por ejemplo más a mano, los negros de los campos y las ciudades de Cuba hasta fines del siglo último.

El régimen, si no tiene patente de originalidad, para mantenerse hasta estos días del siglo veinte, en pleno Continente americano, se practica en una maravillosa forma, desaprensiva y sistemática. Al igual que ocurre en las otras regiones del país de que se ha hecho mención, a cada trabajador se le lleva una "cuenta" en los libros de la hacienda. En tanto el trabajador está en deuda, no puede abandonar la hacienda, porque las autoridades—sobornadas, directamente o por el servilismo que es allí condición de vida—, le detiene y reintegran a la propiedad del amo, tan pronto como le ven en un pueblo, o en un camino, y averiguan que el infeliz anda en busca de nueva ocupación. Siendo esto así, el amo procura, en toda hora propicia, aumentar el "debe" de sus sirvientes. Para ello siempre está listo a acceder a la menor solicitud de anticipo, cuando no lo ofrece o impone solícitamente, por lo general en artículos de la tienda propia—ron, dulces, pólvora, telas de colorines—a la hora en que es preciso bautizar al heredero de la "cuenta", en las fiestas del santo patrón del lugar, cuando llega el matrimonio concertado entre los siervos de la misma finca, con la venia del señor feudal, interesado directamente en la "selección" y multiplicación de su vasallaje. Claro que, tratándose de gente que sólo habla su primitiva lengua, con un vocabulario de cien palabras castellanas como total complemento de su cultura, el hacendado que quiere, y no son pocos los que lo quieren, puede hacer de la "cuenta" de *sus* indios, la cuenta del Gran Capitán. Y así es como el indio, cuyas necesidades se limitan a una choza, dos raciones de maíz, chile y frijoles, otras tantas mudas de ropa, el anisado y las sandalias tachueladas para los días de repicar gordo; ese indio que durante medio siglo trabaja la misma tierra trabajada cincuenta años por su padre, cuando muere deja al hijo, que ha de reemplazarle en la servidumbre, una deuda de centenares de pesos al amo de aquella tierra, de cuyos límites no ha salido nunca la miserable familia trabajadora.

En las regiones apartadas, este inhumano sistema se practica con el más absoluto desprecio por las "formas"; en las zonas cercanas a los poblaciones y grandes vías de comunicación donde es preciso guardar aquéllas, el procedimiento es, generalmente, el que se explica en seguida.

So pretexto de la ley contra la vagancia, se detiene a todo trabajador que transite por los caminos o las calles de las poblaciones en horas de trabajo. Un breve interrogatorio basta para fijar la identidad del dete-

nido y el lugar de su procedencia, y una vez en la prisión se le pone en la disyuntiva de volver a aquélla o disponerse a ingresar en el ejército. Hombre con familia, apegado al terruño y, al igual que todo hijo de vecino, "respetuoso" de todo cuanto huela a cuartel, el indio ruega que lo lleven de nuevo al lugar de donde se ha escapado y en donde espera que han de darle una buena paliza, seguida de la correspondiente, larga encerrona, como bien merecido escarmiento: para que nunca más pueda sentir la diabólica tentación de ser un hombre libre.

Si pretendemos ser irónicos es porque no deseamos enfadar al lector con otra actitud; pero hemos presenciado la comedia, y la comedia, en verdad, es a veces criminal. Hela aquí, como anécdota que puede contribuir a la mejor ilustración del presente trabajo.

El indio, encarcelado por vago, cuando venía del trbaajo e iba en busca de trabajo—su sólo destino en la vida—ha pedido a gritos, al través de las rejas del calabozo, que le traigan al amo, que arrepentido y escarmentado, quiere pedirle perdón y rogarle que, con su gran poder de hombre rico le saque de allí y le reintegre a la finca, de la cual jura que no ha de salir en los días de su vida. Enterado desde el primer momento, por una nueva llamada telefónica, el amo se presenta en escena, y el indio, al verle, se echa a sus plantas suplicando la misericordia de su señor a lágrima viva. Este simula hallarse, a la vez, profundamente conmovido y profundamente indignado.

—¿Ya lo ves?—declama—. Así son todos ustedes. ¡La libertad! ¡El derecho! ¡Soy un ciudadano libre, y me quiero ir de esta finca! ¿Y dónde has vivido desde que naciste? ¿No te tratamos como a uno de la familia? ¿Qué tal de buena ha sido hasta la pobrecita de mi mujer contigo y tu gente? Bien. Sin embargo; vamos a ver ahora qué se hace. Por lo pronto esto costará dinero, y luego, aunque con dolor de mi corazón, tendré que mandar que te den "tu" castigo, para escarmentarte y que no cunda el mal ejemplo.

Después continúa la farsa entre el señor hacendado—por lo regular un religioso *enragé*—y unas autoridades que en las grandes fiestas patrióticas se llena la boca de Democracia, Justicia y Derecho, todo con mayúscula: el hacendado hace como si soltara cincuenta o cien pesos en soborno de los otros; los cincuenta o cien pesos van a la "cuenta" del indio, y éste al llegar a la hacienda, recibe el castigo merecido por haber creído una vez en su vida en todo aquello de la Igualdad y la Libertad que imperan en su patria, desde que hay República—también con mayúsculas todas estas bellezas.

En fin, tanto considera el hacendado al indio como cosa suya, que al enumerar las buenas condiciones de una finca, no ya sólo de palabra, sino en anuncios públicos, dice: "Esta hacienda tiene tantos mecates, tantos planteles en producción, tantas cabezas de ganado y tantos sirvientes." Dicho lo cual, tratándose de estas alturas y estas latitudes, sale sobrando cuanto pudiéramos agregar en prueba de nuestras afir-

maciones relacionadas con el ignominioso estado de esclavitud en que vive el trabajador campesino de Yucatán.

Pasemos, pues, a ver las condiciones en que ha vivido hasta el último día del régimen porfirista el proletariado de Mérida, la única ciudad yucateca de alguna importancia.

La "servidumbre doméstica", se compone en su casi totalidad de elemento femenino, escogido entre las muchachas de mejor presencia y aspecto más inteligente en lo que allí se llama, despectivamente, "la indiada" y "el mestizaje". Estas criadas casi nunca tienen un sueldo en numerario, sino que, a eterno título de menores, reciben, además de la alimentación y las medicinas en caso de enfermedad, la ropa escasa y nada costosa que usan las de su clase, escogida aquélla casi siempre por la señora de la casa, que es quien la paga y junto con los otros gastos de la muchacha, los carga en la "cuenta" correspondiente. Las señoras se sienten con el derecho de castigar, impunemente, de palabras y obras a las sirvientas, las cuales no pueden cambiar de empleo, y si alguna se atreve a escaparse del conventual caserón que es comúnmente, por lo inmensa, silenciosa y hermética, toda mansión de rico yucateco, en seguida se da cuenta a la policía y, como si tratárase de un perrito de casta fina, se publican las señas de la fugitiva, con una enumeración de sus defectos físicos, si los tiene, y con la advertencia de que así como será gratificada la persona que dé cuenta de su paradero, será demandado quien la retenga en su poder.

Las agrupaciones obreras, antes de 1910, no tenían otro programa que el de un anacrónico mutualismo de la clase que ya se ha dicho que sólo servía para curar enfermos y enterrar muertos. Opiados en la caridad cristiana y esperanzados en las bienandanzas ultraterrenas, por los hombres de iglesia que los organizaban y les peroraban desde la tribuna societaria, así convertida en púlpito, aquellos Gremios Católicos eran verdaderos baluartes del poderío capitalista. Los directivos de estos gremios confesaban y comulgaban antes de tomar posesión de sus cargos, y a veces venían a constituir un magnífico servicio de espionaje y delación, que comenzaba en las tertulias gremiales e iba hasta el confesonario, teniendo por blanco obligado las personas y los intereses del obrerismo que se resistía a comulgar con ruedas de molino.

El orgullo de aquellas agrupaciones de obreros católicos, su finalidad más visible, radicaba en los alardes de pueril ostentación que, en gran competencia, efectuaban en determinadas fechas del año, con motivo de las, entonces, abundantes solemnidades religiosas. Servían éstas de pretexto para que cada gremio hiciera los mayores sacrificios pecuniarios, a fin de eclipsar a los otros con el esplendor de sus aparatosas manifestaciones, en las cuales era de carácter obligatorio pasear por las calles la imagen bajo cuya advocación estuviera la colectividad; asistir a misas, rosarios y sermones; organizar bailes en salas divididas por insalvables barreras de clase, libar bebidas alcohólicas hasta llegar a

todas las degradaciones de la embriaguez, y tener intervención en el "bronceo".

Esto último venía a ser la parte más notable de los esparcimientos gremiales, pues que el "bronceo" resultaba simplemente un sistema de "correr la pólvora", al lado del cual, por tratarse de lo más céntrico de la ciudad, reducíase a una bagatela el usado por las kábilas del Riff, y quedaban como risible puerilidad las famosas "tracas" valencianas, de abolengo genuinamente africano.

Se verificaba el "bronceo" en la Plaza de la Independencia, en pleno corazón de Mérida, la ciudad capital. En las cuatro cuadras que flanquean dicha plaza, y rodeándola totalmente, colocábanse dos o más rosarios de cohetes de respetable tamaño, y de trecho en trecho, y unidos a los otros por sus correspondientes mechas, otros petardos de imponente volumen. En cada una de las cuatro esquinas, también unidos a la mecha central, poníanse los cuatro papás de los petardos, espantables paquetes rojos de ocho a diez pulgadas de longitud, y de medio pie de diámetro. Se suspendía el tráfico por aquellos alrededores. Cafés, barberías y otros establecimientos cerraban sus puertas, y al salir los gremios de la Catedral, en el momento en que el reloj de la misma desgranaba las doce campanadas del mediodía, un estampido enorme anunciaba el comienzo de un bombardeo monstruoso, que por espacio de media hora convertía aquel centro ciudadano en moruno aduar.

Como detalle típico del fanatismo religioso de aquellos Gremios Católicos, cabe citar el hecho de que durante el novenario del Cristo de las Ampollas, precisamente el novenario en el cual se realizaba el "bronceo", el timbre de honor que con mayor empeño se disputaban dichas entidades, era el de entrar a la Catedral por una puerta bautizada con el elocuente nombre de "Puerta del Perdón", puerta que sólo se abría mediante trescientos pesos, que en este caso, salían de los fondos del gremio obrero.

El alcoholismo, uno de los azotes que más reciamente han dañado a México, causaba en todo Yucatán grandes estragos, que, como es lógico que ocurriese, se dejaba sentir con peores consecuencias en la masa triste y famélica de los trabajadores.

Y, junto con el alcoholismo, el juego, explotado con la Lotería por el Gobierno, y en infinidad de garitos, por empresas particulares, completaba la nefanda labor del envilecimiento popular.

En tales condiciones, no es difícil comprender que el obrero consciente, de las ciudades, no pudiera presentar la más pequeña resistencia a la inicua explotación de los capitalistas y a los atropellos de las autoridades; porque los pocos hombres que tomaban la delantera en materias de unificación y propaganda con fines netamente progresistas, sentían en seguida sobre sus espaldas todo el peso de la maquinaria burocrática, de las influencias caciquistas y de la política clerical. Y

cuando no cejaban ante la formidable combinación de fuerzas enemigas; cuando las cesantías prolongadas, las detenciones por el menor pretexto, los sobresaltos y las lágrimas del hogar, no eran bastantes para domeñarles, si eran mexicanos, la cárcel, la horca o la "ley de fuga", era su recompensa; si extranjeros, en los casos de "piedad" gubernamental, se les aplicaba el célebre Artículo 33 de la Constitución. Ello, cuando a unos o a otros, no se les "suicidaba" en una comisaría; habiéndose llegado en estos casos a hechos tan inauditos como el de hacer aparecer como suicidas a hombres heridos con pistolas y rifles, no obstante el registro que se hace a toda persona que entra en una prisión.

La jornada corriente de trabajo era de once a doce horas; en algunos oficios únicamente se holgaba en los días de gran solemnidad religiosa; los patronos imponían los jornales a su antojo, y pagaban cómo y cuándo les parecía oportuno; porque, para imponer su criterio en toda disputa sobre asuntos de jornales, contratos y adelantos en efectivo, contaban con el jefe político y sus secuaces, que se hallaban a un toque de teléfono. Las huelgas, como toda otra forma de defensa de los derechos proletarios, se consideraban como exótica rareza, impropia de un país tan caritativo y tan bien gobernado como era Yucatán en aquella época.

Aun comparados con nuestras cortes correccionales, los tribunales de faltas, de Yucatán, allí llamados de "la calificación" resultaban realmente pintorescos, por decirlo de algún modo. En nuestra "calificación" se oye a los testigos de descargos, se permite una breve defensa y el funcionario que "califica" es invariablemente un letrado. Allí el "calificador" era el jefe político, pocas veces un abogado, muchas un militar de generación espontánea, quien ponía a los acusados en fila y los despachaba, poco más o menos, en la siguiente forma:

—¿Fulano de Tal?

—¡Presente!

—A usted lo acusa el doctor X, de haberle faltado al respeto. ¡Diez días!

Y, sin más trámites, ni apelación alguna, el indio o el mestizo pobre iba a la prisión a trabajar como un mulo y a comer y dormir como un perro, por todo el tiempo de la sentencia.

Para ultimar el cuadro con un detalle gráfico, bien ilustrativo de lo que era entonces la desigualdad de derechos ciudadanos, la soberbia de la clase rica yucateca, contaremos un sucedido en el cual fué protagonista un cubano pobre.

Frente a cierta regia casa señorial, de dos pisos, que hacía esquina en uno de los lugares más céntricos de la ciudad, hallábase situada una botica, en cuya puerta principal reuníase tarde y noche un animado cenáculo de profesionales, periodistas y amigos de unos y otros. Entre estos últimos hallábase en los días de nuestro caso, un joven cubano,

agente de específicos de algunas farmacias meridanas, a quien, como merecida tomada de pelo, por su idiosincrático donjuanismo, los otros comenzaron a darle la broma de que una de las bellas y ricas jóvenes que cada tarde asomábase a los balcones del palacial caserón frontero, estaba enamorada de él. Esto hizo que nuestro conterráneo, noche a noche, mirase con visible insistencia a la joven del balcón; que ésta, intrigada por aquella mirada casi fija, a su vez bajase los ojos, a cada momento, con dirección a nuestro hombre, y que éste, por tal actitud de la joven y por lo que le decían sus contertulios, persuadido de que el bocado, doblemente rico, estaba al alcance de su mano, escribiera una carta con la clásica declaración y las señas de la dama consabida. El efecto no se hizo esperar; pero fué un efecto inesperado y desastroso. La joven, sorprendida, entregó la carta a su padre; éste, indignado, se la llevó al Sr. Jefe Político, pidiéndole una pena ejemplar a la altura de la ofensa, y el Jefe Político, compartiendo la indignación del quejoso, hizo conducir a su despacho al atrevido enamorado, a quien por "*sauteneur* de henequeneras" (palabras textuales del sulfurado funcionario), le fué dado un plazo de tres días para abandonar la ciudad, so pena de alguna otra medida un tanto más drástica, que el aludido tuvo a bien no aguardar, desde luego.

Descuéntense ahora todas las excepciones que, precisamente. han de confirmar la regla; réstese al hacendado de noble espíritu y humanitarios sentimientos que no usa y menos abusa de sus prerrogativas de hombre rico para ser injusto y soberbio; atenúese la culpa de los que son soberbios e injustos, por inconsciencia, porque hacen lo que es normal en el medio que les rodea, echando la mayor parte de aquélla sobre el régimen y no sobre determinadas personas, y, a pesar de todo, dígasenos, en verdad, en conciencia, qué República podría ser la República soñada por los ricos que han empollado y alimentan hoy la contrarrevolución argumedista.

La República más retrógrada, más indigna del título, que haya podido soñar el espíritu más teocrático y reaccionario de la tierra.

No obstante aquel medio tan desfavorable, perennemente recordado por un aforismo regional, de insuperable graficismo sintetizador del espíritu que prevalecía en aquella sociedad: el entonces popularísimo "En Yucatán deja las cosas como están", las ideas de regeneración social germinaban y lograban vivir, siquiera fuese de un modo lánguido, por las propias rebeldías, latentes en algunas conciencias puras, y por el contagio venido del exterior con los aires libertarios que, desde cuarenta años antes, soplaban ya de todas partes.

Eran los hombres que no comulgaban con ruedas de molino,

a que hicimos referencia en aquella crónica nuestra de *Heraldo de Cuba,* cuando afirmamos que los gremios católicos de Mérida eran centros de espionaje y delación al servicio de la oligarquía imperante. Eran los escasos intelectuales, de amplia visión y sentimientos honrados, que con un número muy corto de ricos, progresistas y filántropos, fundaron luego la *Liga de Acción Social,* para actuar de acuerdo con lo que ya el título de la institución ofrecía; pero cuyos frutos quedaron reducidos, desde el comienzo, a labores puramente académicas, sin trascendencia alguna fuera de los salones sociales, exactamente igual a lo que ocurriόles siempre a las logias masónicas locales, en cuyo seno surgieron y encontraron calor, entonces, ideas y proyectos de defensa popular. Eran los hombres de trabajo, del campo y las poblaciones, que más tarde figuraron prominentemente en la efervescencia revolucionaria, y unos han persistido después con creciente relieve, por su fe y su tesón inquebrantables, y otros se han entibiado o se han convertido en cismáticos, por los egoísmos, las decepciones infundadas o las impaciencias del radicalismo político, que no faltan nunca después de conseguidos los ideales inmediatos de la lucha. Eran, en los campos, hombres de alma tan grande como medrados eran sus cuerpos, que por milagro patente de no sabemos cuáles dioses laicos resistían inconmovibles periódicos "compontes", perdigonadas alevosas, deportaciones en cordillera y largos veraneos de bartolina: Julián Garma y Tomás Ponce. Eran, en Mérida, Rafael Gamboa, vehemente y temerario sembrador de rebeldías, que disfrutaba con su camarada Arjona de una significativa homonimia: ambos llevaban el sobrenombre de *Ravachol;* Valentín Carrillo, lector dilecto de obras "decentes"—calificativo de él—que hacía de la sala de su casa Logia de conspiradores, reunidos frente a media docena de estantes repletos de Darwin, Spencer y Reclus, de Grave, Lorenzo y Kropotkine, de Zola, Dicenta y Máximo Gorki; Carlos Escoffié, periodista invulnerable a toda clase de amenazas y persecuciones; Héctor Victoria, Anatolio B. y Buenfil, Diego Rendón, los hermanos Sacramento, que hacían labor de proselitismo constante, pareja con una labor de preparación propia para empeños mayores cuando llegasen los días propicios, y un grupo de propagandistas extranjeros, entre los cuales descollaba por su actividad como importador y distribuidor de revistas y pan-

fletos revolucionarios el catalán Francisco Ros Planas, a quien el Dictador aplicara el Artículo 33 de la Constitución, en la más característica de las expulsiones de "perniciosos" que allí se recuerdan; porque hiciéronle embarcar, en invierno, con la ropa de dril que traía encima cuando le detuvieron, dejando por detrás algunos intereses y una numerosa familia, totalmente abandonados a la solidaridad de sus compañeros. Eran, en Progreso, Nabor Fernández, Santiago Loría y Carlos Palomo, suicidamente empeñados en organizar a sus compañeros del puerto. Era, finalmente, en la provinciana ciudad de Motul, importante centro henequenero, y a merced del caciquismo rural más ensoberbecido, aislado del apoyo solidario y de la caricatura de legalidad de la ciudad capital, Felipe Carrillo Puerto, el presente Gobernador socialista del Estado, que entre intermitencias de "limpias", prisiones y destierros, predicaba su evangelio de emancipación a los indios de las haciendas, junto con los cuales trabajaba de crepúscuo a crepúsculo, y que luego en las noches reunía ocultamente a media docena de catecúmenos para leerles trozos de *El Dolor Universal, El hombre y la Tierra, La Conquista del Pan* y algún número borroso y cuarteado de *Tierra,* de La Habana.

Cuando Madero, favorecido por oportunas circunstancias (llamémosle así también al factor a que primordialmente se debió la cristalización maderista: el *reyismo* heroico y precursor) izó victoriosa la bandera de "Sufragio efectivo; no reelección", aquellos hombres de ideas y acción, progresistas, de Yucatán—obreros y quienes sin serlo sentían los justicieros anhelos de los otros—se agruparon en torno de aquella enseña política, que brindaba relativas ventajas de ambiente, en el principio, y que más tarde, movida por las ansias de profunda redención popular que agitaban al país, ofrecía, además, "tierra y libros". Y en aquella región sureña encontró el maderismo hombres de partido que le dieran calor, proporcionándole figuras representativas de primera magnitud; surgió la lucha política en que demócratas de oro legal y demócratas de similor, dividieron al pueblo en dos bandos antagónicos, con todo y que ambos hicieron banderín de enganche de las propias doctrinas, que un mismo clamor general de reformas sociales y agrarias imponía inevadiblemente; los caudillos societarios salidos de las masas jornaleras, y que brillaban prestigiosos

entre ellas, se fueron con este o con el otro grupo político, distanciándose de los ortodoxos del obrerismo que, enemigos de todo empeño electoral, dieron vida a la Casa del Pueblo, especie de Bolsa del Trabajo de los gremios de resistencia que inmediatamente surgieron en todas las poblaciones, y entre las cuales fué la más activa, la que mayor carácter revolucionario imprimió a todas las demás, la que siempre mereciera ser considerada como el más firme baluarte del *ya* (no es vicioso este subrayado) naciente socialismo yucateco: la "Unión Obrera de los Ferrocarriles de Yucatán". Mas todos los que eran verdaderamente demócratas creían en Madero; esperaban con Madero el paso de avance, radical, decisivo que hiciese a la Revolución digna del honroso título, y también con singular fervor creían y esperaban en Madero los indios, aun entonces atados a la "cuenta"; esperaban entreviendo con más o menos claridad, con mayor o menor inconsciencia

la vuelta del Sol; el espejismo tantas veces paseado ante sus miradas absortas, por los factores de todas las revoluciones políticas habidas en el país: *la posesión de la tierra.*

Pero Madero era un hombre demasiado bueno: un mediano talento imbuído de filosofías sentimentales, muy limitadas y reñidas con las verdades sociológicas sobradamente puestas en evidencia en la época en que a él tocárale figurar con fuerte relieve en la vida política de su país. Ni supo presentir las irresistibles fuerzas propulsoras que, en el fondo, tendría *su* Revolución, ni pudo rendirse, más tarde, a la verdad de las cosas, llevadas más allá de los que fueron sus cálculos por los jefes de los núcleos populares, armados y organizados. Se clamaba por el cumplimiento de ciertas reformas, principalmente agrarias, que en momentos de prueba habían sido formuladas, y como éstas tardaban en venir, en tanto que los enemigos naturales de la Revolución debatíanse temerariamente por llevar la Reacción al poder, con Madero o en contra de Madero, los obreros de las ciudades y de los campos, que encabezaban a las masas rebeldes, se decidieron a continuar la lucha, dándole un carácter francamente socialista, con la cuestión del reparto de tierras como factor principalísimo.

Retrato de aquella situación y prueba del carácter revolucio-

nario-socialista de las fuerzas verdaderas que la impulsaban, está en este recorte de un diario capitalino de la época:

¿Cuál es el crédito que debemos conceder a la situación actual? Su grito de guerra es un grito colérico y lleno de rencores. ¡Abajo las Haciendas! ¡Abajo Madero! ¡Muera Madero!—gritan las chusmas ebrias de coraje.

Pasan por ranchos y villas los nuevos libertadores... y el rico ve saquear sus graneros, sus siembras perdidas y abandona sus trabajos y sus negocios para ir a refugiarse en los centros grandes.

¡El peón, el jornalero y el indígena no tienen amor a la tierra! Nada hay más falso. ¿No sabe el señor de León que el problema del Yaqui surgió y está en pie por el despojo que sufrieron los indios de sus tierras y por el amor y el deseo grandes que tienen de recuperarlas? ¿Y qué dice de los indios de Ocuila, de Durango, agricultores amantes de sus tierras y sublevados por el despojo? ¿Y qué de los de Metztitlán del Estado de Hidalgo? Y así, Estado por Estado de la Federación, puede irse señalando como un teatro de uno o grandes despojos de tierras, y de escenas de desesperación y de rebeldía de los propietarios despojados, que la mayoría de los casos han sido indígenas.

En cuanto a que los jornaleros no creen en repartos, tampoco es exacto, porque el gran cebo de la revolución pasada, hecha con carne de jornaleros, fué el reparto de tierras, que algunos cabecillas empezaron a hacer por cuenta propia en la Laguna. Y ese cebo sigue funcionando, y para que no se gaste la fe en los repartos y en las dádivas, es mantenida viva por el ejemplo y las prácticas cuotidianas. El ganado y los cereales son propiedades de los revolucionarios por donde van pasando, pues por la buena o por la fuerza se verifica el reparto, no sólo entre la soldadesca del ejército libertador, sino también entre el hampa que lo sigue sin armas y sin conciencia y alimentada con saqueos.

Lógico que, dados estos antecedentes, Yucatán no pudiera sustraerse a la atmósfera nacional antes descripta: los reaccionarios apretaban para acabar de torcer el rumbo de las cosas y apretaban los revolucionarios para desviarlas en sentido opuesto, a fin de que no perdiesen el impulso adquirido, arrollando para ello a los enemigos naturales de su causa y a los que, por error o egoísmo, inclinábanse a un inadmisible término medio, que por lo mismo, y a la postre, reduciríase a cero. Entre estos rebeldes hallábase Felipe Carrillo, quien dió entonces una de las notas más célebres y simpáticas pruebas de su accidentada vida de apóstol de la liberación de los indios, al traducir a la lengua maya la Constitución de la República, a fin de que los indios pudieran exigir del nuevo

régimen el disfrute de los fueros de hombre civilizado que el Código Fundamental del país les concede. Excesivas pretensiones eran éstas para los maderistas "aún", y Carrillo por alentarla tan públicamente fué una vez más a la Penitenciaría, con todo y haber vencido la Revolución.

Por fin la Reacción encontró a su hombre en la persona de un general que había batido con fortuna a los "rebeldes" de los Estados del Norte; confirmándose de este modo una regla cien veces probada en tierras indolatinas: la del caudillo militar ambicioso que depone al Jefe del Estado y usurpa sus funciones. Todo el mundo sabe cómo ocurrieron los acontecimientos. En los primeros días de 1913 estalló en la Capital de la República un movimiento reaccionario. El General Victoriano Huerta, Jefe de las fuerzas armadas, ansioso de mayor poder, huérfano de toda noción de lealtad, lejos de defender a las altas autoridades de la República, como era su deber, hizo acudir a las fuerzas leales a los lugares de más peligro, a fin de diezmarlas y, luego, con toda impunidad, hacer prisioneros suyos al Presidente y Vicepresidente de la República, exigirles las renuncias de sus altos cargos y así convertirse, de hecho, en jefe del Estado. Realizados estos designios, Huerta, a instancias del Cuerpo Diplomático acreditado en el país, movido en tal sentido por el ilustre escritor Manuel Márquez Sterling, Ministro de Cuba, aparentó consentir en respetar la vida de sus ilustres presos, si éstos accedían a dejar el país a bordo del crucero *Cuba* que, hallándose a la sazón en Veracruz, fué ofrecido para tan noble objeto por Márquez Sterling. Pero Huerta, siguiendo los expeditivos procedimientos porfiristas, ordenó un inesperado e injustificable traslado de los prisioneros, a media noche, y con la fácil excusa de que un grupo maderista había intentado el rescate, les aplicó la ley patentizada en el país para tales casos: la ley de fuga. De los veintisiete Gobernadores, sólo el de Coahuila, Venustiano Carranza, desconoció al usurpador, encabezando en seguida la Revolución, viva de un modo más o menos visible en todo el país.

Y volvamos a Yucatán, en tanto la Revolución cobra bríos en el Norte y Centro del país, con el único programa y los únicos procedimientos posibles para cobrarlos: las reformas sociales, principalmente la básica, la decisiva como incentivo del sentimenta-

lismo popular: la reforma agraria. Por su radicalismo en esta materia—conviene recordarlo—se hizo fuerte, inexpugnable en su disidencia, el famoso caudillo agro-comunista Zapata.

Al someterse el Gobernador de Yucatán—al menos así fué en sus efectos inmediatos—los elementos revolucionarios intentaron moverse para la resistencia, pero se hallaron con una realidad incontrastable y por demás adversa. Las tropas de guarnición se declararon huertistas. Los trabajadores campesinos, sin organización, sin armas, sin exacta conciencia, en su mayoría, de la situación, eran factor inútil, con la probabilidad, mediante ciertas circunstancias, de ser contraproducente. En las poblaciones había una gran masa de ciudadanos, inconmovibles en una indolencia hecha habitual por la paz varsoviana que allí reinara durante tantísimos años: se veían, generalmente con pasividad e indiferencia inalterables los sucesos políticos del "centro", aunque trajeran implícitos los más bruscos e impopulares cambios de las autoridades del Estado.

Respiró, pues, fuerte y satisfecho el "Continuismo", que al fin salía indemne de la peligrosa situación maderista. Mientras que, con el apoyo de la iglesia y las nuevas autoridades, resurgían entusiastas los gremios católicos, el obrerismo de resistencia y los centros libertarios empezaron a sentir la asfixiante presión del cambio: en la falta de trabajo de sus jefes, en las exigencias de los propietarios de las casas donde funcionaban agrupaciones, en la franca hostilidad de las autoridades, más ostensible aquélla en una sistemática vigilancia policíaca. En vez de los propagandistas del socialismo y el librepensamiento, como Belén de Zárraga y otros, empezaron a llegar oradores para las tribunas de los centros "aristocráticos" y periodistas para un grande y flamante rotativo clerical. Los defensores de los indios pronto tuvieron que abandonar los campos para irse, los que pudieron, a engrosar las filas rebeldes que operaban en lejanos lugares y para refugiarse, los otros, en Mérida, donde vivieron con las dificultades y peligros que experimentaban los "leaders" ciudadanos. Felipe Carrillo—después de permanecer en la Penitenciaría desde la famosa traducción de la Carta Fundamental hasta la caída de Madero—vivió entonces en una calle orillera de la ciudad, procurándose el sustento propio y el de los suyos como agente de

suscripciones de un diario local, esto es, penosamente; sin dejar por ello, no obstante las persecuciones de que hacíasele objeto, de predicar a los indios que hallaba en su camino y de reunirse con sus colegas meridanos para leer a Réclus y conspirar osada y fervorosamente. Los elementos de la "Unión Obrera de los Ferrocarriles" continuaron siendo *alma mater* del movimiento revolucionario, y en contra de la creciente fuerza del enemigo, que así ahondaba más el rencor y alimentaba la sed de desquite, denodadamente bregaban por mantener vivo el fuego sagrado: alentando a los pusilánimes, reuniendo a los dispersos, denunciando a los malos ante los ojos de los buenos, editando hojas sueltas y folletos, defendiendo los restos de la cohesión colectiva.

CARLOS LOVEIRA.

(Concluirá.)

INFLUENCIA DE LAS BELLAS ARTES EN LOS PUEBLOS

(Discurso leído en la sesión inaugural del curso académico de 1922 a 1923, en la Escuela Normal para Maestras, de La Habana, el 1º de Octubre de 1922, por la señora Julia Crespo de Aguado.)

Señores:



L tema que trataré de exponeros hoy, no ha sido escogido al azar, por la necesidad de cumplir un deber impuesto, no; es el criterio que sustento sobre la influencia que las Bellas Artes ejercen sobre los pueblos que las practican, y he aprovechado la oportunidad de poderme dirigir a tan crecido número de personas, dedicadas todas, directa o indirectamente, a la educación de nuestro pueblo, para tratar de influir en sus ánimos, llevándoles al convencimiento, si posible fuera, de lo que yo pienso y creo con sincero entusiasmo.

Usamos la palabra Arte, únicamente, cuando nos referimos a una labor realizada intencionalmente con determinado fin. Así, los colores esparcidos sobre un lienzo con habilidad tal, que semeja determinada persona o lugar; el golpear con cincel o martillo un bloque de piedra, o moldear la arcilla para convertirlos en la reproducción de la imagen viva; hacer surgir de las entrañas de la tierra, templos y palacios; rimar palabras para expresar ideas; combinar sonidos...

Pero no solamente en dichas manifestaciones encontramos arte. Existe en la naturaleza: bien sea la exuberante vegetación

de los trópicos con sus colores intensos; bien las brumas y los hielos de los países del norte; ya la roja bola de fuego que, al ocultarse en el horizonte, convierte en inmensa amatista la transparente superficie del mar; la barca del pescador, y el hortelano en su huerta; todo en fin, siempre que nuestro espíritu esté preparado para comprenderlo, y esta preparación es la que necesitan tener los pueblos para rendir una labor productiva.

La felicidad reside en nosotros mismos; la desgracia nos viene de fuera. El hombre que ha cultivado su espíritu y sabe encontrar la satisfacción que produce la contemplación de lo bello, es feliz. Castelar pone esta frase en boca de Petronio: "Todo lo bueno es bello; todo lo bello es bueno". Efectivamente, enseñamos al hombre a encontrar la felicidad en la contemplación de lo bello y en la práctica de las bellas acciones; de su tranquilidad de espíritu vendrá el bienestar de la familia, y como los concéntricos de las ondas hertzianas, hallaremos sucesivamente el bienestar en las relaciones de familia, en la población de que ellos formen parte y en la nación misma.

En las Bellas Artes se ha buscado siempre la influencia que ellas han recibido de la raza, del medio ambiente y de la época. En las épocas primitivas, y hasta la Edad Media, puede admitirse esta creencia; actualmente, la teoría debe invertirse y son ellas, las artes, las que influyen en los pueblos que las cultivan.

Las artes, como las religiones, nacieron de la naturaleza, del sentimiento; a las transformaciones que la actividad del hombre impuso a la representación de lo bello, es a lo que llamamos Arte; las modificaciones sufridas en la idea de lo infinito, de lo grande y de lo bueno, es lo que ha producido las distintas religiones. Todos los pueblos para conservar su bienestar espiritual han de tener bien arraigada una religión y con ella, como agua del mismo manantial, el gusto de la contemplación de lo bello, de la comprensión artística. Aceptando aquella definición que dice: "Arte es la habilidad reducida a teoría", tendremos que hay arte en toda labor realizada por el hombre. Pero este arte, es el resultado de la comprensión de la belleza, obtenida por el estudio y la práctica de las Bellas Artes.

Las artes, en todos los países, han marcado el principio de la civilización. No puede determinarse el período de la historia

en que aparecen las manifestaciones de arte. Los egipcios, griegos y chinos, expresaban el pintar y el escribir con la misma voz. Y es que, como todos sabemos, la escritura egipcia era realmente formada por jeroglíficos. La pintura y la escultura no tenían como finalidad imitar la naturaleza, sino expresar ideas; cuando se representaron imágenes sin pensar en su expresión gramatical, es cuando puede decirse que comenzó el arte, tal como lo entendemos hoy.

Platón dice que en Egipto no estaba permitido a los pintores y escultores innovar las costumbres nacionales, abarcando también esta prohibición a la música. Faltaba, pues, al arte el más importante de sus elementos: la libertad.

En Egipto y en la India, el arte que mayor desarrollo alcanzó fué el arquitectónico. Entre los egipcios sobresalen los monumentos funerarios y los templos; ellos, como los griegos, inspiraban su arte en la idea de la religión y en el culto a la belleza; no así los indios, que admiraban la naturaleza por su inmensidad, no por su belleza, y parece como que el pensamiento religioso y el amor a la naturaleza estuviesen ligados de tal suerte, que se hiciese imposible separarlos.

El templo Kailac es una demostración de ello. Toda una montaña fué labrada interiormente por la mano del hombre: es un dédalo de templos, corredores y capillas, donde se encontraron columnas macizas de proporciones gigantescas; y a la vez, la ornamentación fina y delicada en los detalles parece pertenecer más bien a un trabajo de orfebrería, que a la escultura monumental. Le sigue en turno la escultura, por la estrecha relación que guarda con la anterior y se caracteriza entre los egipcios por su estilo geométrico. La pintura es inferior a la escultura; el dibujo es tosco y desconocían por completo el arte del colorido, pues sólo empleaban los colores puros sin gradación y sin sombras.

Entre los asirios y caldeos el arte pictórico se revela principalmente en los ladrillos esmaltados. Representaban escenas de la vida ordinaria, ceremonias religiosas y de la corte, o asuntos puramente decorativos, empleando tonos claros, acentuados por un perfil oscuro.

Los monumentos griegos se diferenciaban de los egipcios, y éstos a su vez de los indios, pudiéramos decir por el espíritu que

los creó. En los monumentos indios todo es variado; la ornamentación está demostrando el pueblo de imaginación ardiente; los egipcios, por el contrario, nos descubren con la severidad de sus líneas, un cerebro pensador y calculista; la obra de los griegos encanta, subyuga, por su belleza y naturalidad.

Por ser la civilización egipcia una de las más antiguas, se ha buscado en ella el origen del arte musical, y si bien se ha visto gradualmente el desenvolvimiento y desarrollo de los instrumentos, nada se ha encontrado que demuestre haber existido entre ellos una representación gráfica de los sonidos. Los instrumentos hallados en el subsuelo de Egipto y representados en sus monumentos son incontables: en las épocas más remotas sólo aparecen los crótalos, especie de castañuela o címbalo, según el tamaño; luego los instrumentos de viento; más tarde los de cuerda y finalmente cupo a un egipcio la gloria de idear el más completo y grandioso de los instrumentos modernos: el órgano.

En la India existía verdadero amor y entusiasmo por el arte musical, demostrándolo el gran número de obras escritas sobre la materia y los numerosos sistemas musicales que han ido desenvolviéndose sucesivamente. Ellos, como los griegos, poseen leyendas maravillosas, concediendo poder sobrenatural a los tañedores de instrumentos, y tanto en la mitología griega como en la india ocupa la música un papel importantísimo.

Entre los griegos la instrucción se dividía en dos partes: la música, que tenía como finalidad formar los espíritus, y el gimnasio que modelaba el cuerpo. Estos dos estudios marchaban siempre unidos y estaban asociados en el fin común que perseguían: el conocimiento de la medida y la armonía de las formas. A juicio de los griegos, la belleza de la forma humana, la equidad en los juegos, la templanza en las costumbres, la claridad del lenguaje, y hasta el movimiento de los astros, no eran otra cosa, que el resultado de la relación armoniosa de las medidas, y ellos consideraban el orden moral de las sociedades y el orden físico del mundo, como un inmenso concierto de fuerzas distintas, agitándose cual melodías, que se suceden destacándose, de una sola armonía.

El estudio de la música abarcaba también la política, astronomía, las bellas artes, ciencias naturales, gramática y filosofía. La

ciencia del gimnasio comprendía los ejercicios atléticos encaminados a desarrollar en los hombres jóvenes la salud, la fuerza y las bellas proporciones: era el arte que reglamentaba los movimientos del cuerpo. La danza tenía un importante papel en la educación.

Había en música dos tendencias o escuelas: la de Pitágoras y la de Aristóxeno. El primero defendía la escritura musical y el segundo la condenaba. Felizmente para el arte, no triunfaron por completo ninguna de las dos tendencias, pero sí lo bueno de cada una de ellas, desarrollándose la escritura y gozando los artistas de una libertad que tiene como consecuencia la inspiración.

Precisamente el amor a la libertad ha sido la característica del pueblo griego y fué este amor el que dió vida al régimen democrático, y los dos unidos dieron al arte una misión seria, teniendo la expresión de un pensamiento general, que no estando subordinado a los caprichos de un príncipe ni a las variaciones de la moda, resolvió el problema de una libertad ilimitada en la concepción individual con una obediencia religiosa a principios lógicos e invariables. Y esta libertad espiritual, unida a una técnica perfecta, teniendo por finalidad una belleza ideal, tuvieron como resultado un arte real lleno de vida, un arte que no ha superado ningún artista moderno.

Los artistas griegos al ejercer el arte, rendían culto a sus dioses; de ahí la idealización de sus figuras. Las divinidades religiosas eran representadas por la figura humana porque no conocían nada más perfecto, pero creaban al ejecutar sus obras, una raza superior, haciendo mayor el ángulo facial de sus figuras. En el museo Pío Clemente de Roma, existe una cabeza de Júpiter, cuyo ángulo facial es de 100º. Esta idealización de la figura humana no era calificada de quimera por algunos filósofos de la época, pues según ellos la idea que de la belleza tenemos, varía con los pueblos, y también frecuentemente con los individuos.

Entre los griegos el culto estaba asociado a todas las acciones de la vida y el arte se confundía siempre con el culto. Los cultos locales desaparecieron a medida que las ciudades libres fueron absorbidas por la unidad romana.

Con la dominación de los griegos por los romanos, vino la implantación del arte en la península italiana. Y aquel pueblo

que desdeñaba las artes por considerarlas indignas de su atención; que sólo estimaba como propios de su gran valer el manejo de las armas y la conquista de los pueblos, hizo suyo el arte griego, lo adaptó a las necesidades de su espíritu, llegando a competir en el arte arquitectónico con los griegos, y practicando en su vida diaria los más exquisitos refinamientos. Es éste el primer ejemplo que nos presenta la historia de la transformación que por influencia de las Bellas Artes puede sufrir un pueblo. Los habitantes de Roma llegaron a convertirla en una ciudad de arte: el circo, los juegos, las termas, el teatro, la danza, eran sus únicas ocupaciones, y, para satisfacer las necesidades y los caprichos que ellas inspiraban, fué preciso que se comunicasen periódicamente con todos los países del mundo conocidos en aquella época, para lo cual construyeron caminos que conservaron con admirable laboriosidad. El descubrimiento de Pompeya y los monumentos que guarda Roma, tales como el Coliseo, el panteón de Agrippa y otros muchos, nos han dado a conocer la suntuosidad y el refinamiento de arte que les rodeaba.

El arte griego y el romano marcharon tan estrechamente unidos, que casi se confunden. A los tres órdenes arquitectónicos usados por los griegos añadieron los romanos, como es sabido, el toscano y el compuesto; pero no siendo el primero sino una reproducción bastarda del dórico griego y el segundo de una variante del capitel corintio, resulta que en realidad el arte romano es arte griego.

También en música aceptaron los romanos la teoría de los griegos y, como en los órdenes arquitectónicos, introdujeron sus modificaciones, simplificando el sistema hasta hacerlo relativamente fácil.

Y después de pasar el período llamado de la decadencia, que a pesar de su calificación legó a la humanidad obras tan portentosas como el grupo de Laocoonte y sus hijos, sonó la hora de la muerte para el arte antiguo. La invasión europea, de una parte, y el fanatismo religioso de la otra, hicieron desaparecer durante un siglo toda manifestación artística y, como en desagravio a tal desdén, son precisamente los representantes del cristianismo quienes lo cultivan nuevamente. Las artes se refugian en los con-

ventos y allí reciben la influencia oriental. Mientras Bizancio modifica las manifestaciones artísticas en las ciudades de Italia, el arte árabe se introduce en España y una ola de orientalismo invade la Europa.

En la Edad Media la pintura fué un arte puramente docorativo. El cuadro, tal como lo conocemos hoy, comenzó en el Renacimiento. En el período de la influencia bizantina, los artistas se copiaban unos a otros sin pensar en la naturaleza, y "cuando se abandona el modelo vivo—dice Hipólito Taine—o la receta de la vida, se va del sentimiento verdadero al amaneramiento y la decadencia."

Los siglos X y XI, fueron pródigos para las Bellas Artes: el estilo gótico favoreció el desarrollo de la escultura y la pintura como ornamentación mural, y ambas fueron perdiendo paulatinamente la rigidez de sus figuras, observándose la tendencia a la imitación de la naturaleza. Llegó la brillante época del Renacimiento con Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Ticiano y Rafael el Divino; la música a pasos agigantados trataba de alcanzar a sus hermanas, pero habiendo sido abandonada al comenzar el cristianismo, para ser cultivada luego solamente en los conventos y estando allí limitada a las funciones rituales, fué preciso que en el siglo XI se bifurcase el arte en sentido religioso y pagano, para que avanzase rápidamente, pudiendo decirse ya en el siglo XIV, que no hay ciudad importante que deje de tener su escuela de canto y música.

Pudiera hacerse sin gran esfuerzo, paralelamente la historia de estas dos artes: música y pintura. Nada nos queda de ellas en la gran civilización occidental: son por tanto artes nuevas, que como nacidas ayer han marchado lentamente, hasta poder correr.

Hasta esta época, vemos formarse las Bellas Artes por la influencia del ambiente y hasta del clima: la diferencia que hay entre el arte flamenco y el arte italiano es la misma que existe en el clima de estos dos países. Formado y perfectamente desarrollado el arte, es como un árbol que hubiese sido cultivado con esmero desde que germinó hasta su total desarrollo: en los primeros tiempos, sólo trabajo y ningún beneficio reportaba al hortelano; luego, cuando sus raíces vigorosas penetraron en la tierra, cuando sus ramas se multiplicaron cubriéndose profusamente de

hojas, fué cuando brindó, con sus frutos y su sombra, compensación a los desvelos pasados.

Al llegar a su completo desarrollo, las artes han influído poderosamente en los pueblos que las cultivan. De la pintura y la escultura surgió el arte industrial, fuente de riqueza en los pueblos libres, y descontando la influencia moral que ejerce la música en los pueblos, queda la importancia industrial y comercial que representa. Ligada a la historia del desenvolvimiento musical se halla la fabricación de instrumentos, que si bien en los siglos XVI y XVII eran pequeñas industrias a las cuales se dedicaban solamente un corto número de operarios, constituyendo a veces una familia como los Anatti, Guarnerius, Stradivarius, hoy constituyen industrias poderosas en las que laboran centenares de obreros.

"La pintura—decía Miguel Angel—es un manantial del cual nacen ríos, como la escultura y arquitectura, y arroyos, como los oficios mecánicos."

Hoy podríamos añadir que estos arroyos, afluyendo, han formado las artes industriales.

¿Qué sería de las grandes industrias sin los artistas?

Toda la cerámica del Renacimiento, fué decorada por los artistas más notables. ¿Qué importancia daríamos a las célebres porcelana de Sèvres sin Watteau y Boucher? ¿Qué interés tendría para nosotros el tallado más o menos exquisito, más o menos sensible del cristal, si éste no se emplease en darnos una perfecta impresión visual del diseño realizado anteriormente por la mano hábil de un artista?

Vemos, pues, cómo el arte de grandes vuelos influye en el arte secundario, determinando en éste el buen gusto, que se demuestra no sólo en las grandes industrias, sino también en otras de menos importancia, como la fabricación de muebles, el estampado de las telas, y otras muchas.

Actualmente, en los países que marchan a la vanguardia de la civilización, encontramos en los programas de sus escuelas, alternando en el horario con las asignaturas científicas y literarias, el dibujo, el modelado y la música. Y esto que parece ser un progreso pedagógico, o una imitación, tal vez, de la educación griega, puede demostrarse que ha existido siempre. En una descripción

de los conocimientos que debía de poseer un caballero del siglo XVI, después de enumerar los estudios de letras, lenguas, historia, etc., se dice: "No me sentiría satisfecho de nuestro caballero, si no fuese además músico." Y se añade: "Hay una cosa que estimo de gran importancia: es el talento de dibujar y el conocimiento de la pintura."

Todos los artistas del Renacimiento cultivaron a la vez distintas artes: Leonardo de Vinci es músico, poeta y pintor inmortal y también sobresalen en artes diversas Miguel Angel, Benvenuto Cellini, Guido de Arezzo, y otros mil que no alcanzaron la fama de los anteriormente citados.

En la escuela, las artes tienen distintas influencias en el educando. El dibujo y el modelado son siempre enseñanzas individuales; forman la base para convertir luego al niño en un hombre, útil a sí mismo.

En estas dos artes, cada alumno realiza su labor, que es perfectamente independiente; ninguno de los compañeros influye en el otro y cada cual puede expresar y conservar su carácter y personalidad. No sucede así en la música, cuya enseñanza en la escuela ha de ser puramente colectiva. La limitación de conocimientos, o la forma en que este arte debe ser enseñado en la escuela primaria, no ha sido aún bien definida. Los pedagogos no saben música y los músicos, sólo veían en la música una manifestación de arte, sin pensar ni comprender tal vez la música como lenguaje, como expresión del sentimiento popular, y la influencia moralizadora que ejerce en los pueblos que le dedican su atención.

La música y el gimnasio tienen exacta finalidad moral y disciplinaria. Cada niño que toma parte en el coro o ejercicio es responsable de su labor, relacionada siempre con la de los otros. En ambos casos el niño aprende a interesarse y amar la labor colectiva, admirando, sin envidiarlos, a los compañeros que sobresalen por sus condiciones excepcionales. Por el contrario, los que llaman la atención por la especialidad de su talento han de practicar forzosamente virtudes como la modestia y la tolerancia.

Como vemos, la influencia que en los niños tienen la música y los ejercicios físicos, es una influencia moral útil a la colectividad, es decir a la sociedad y a la patria.

"Si se quiere saber si un reino está bien gobernado y si las costumbres de los que lo habitan son buenas o malas, examínese su música", dijo un musicógrafo español del siglo XVII. Efectivamente, sólo con observar las producciones musicales de fines del siglo pasado a nuestros días, vemos la relación que guarda con las leyes que rigen al país y las tendencias que predominan en él. ¡Qué diferencia entre la obra de Beethoven y la de Strauss! Si observamos una sinfonía de Mahler, nos recuerda, por sus dimensiones gigantescas y el gran número de instrumentos y voces que se necesitan para su ejecución, los zepelines y los obuses.

La música francesa, por el contrario, ha conservado sus líneas clásicas y, dentro de las libertades de la armonía moderna, ha tenido el buen gusto de conservarse siempre francesa.

Por este motivo, cuando sus enemigos contaban, para vencerla, como factores importantes sus costumbres y su vida bohemia, saltó palpitante de heroísmo ese sentimiento que creían muerto, pero que sólo se hallaba dormido entre las perfumadas flores del arte: el patriotismo.

Nuestro pueblo tiene el gusto de las manifestaciones artísticas; pero ese gusto no ha sido cultivado y su elección es casi siempre errónea. Es preciso cultivar el gusto artístico de nuestro pueblo. Al realizar esta labor, debe tenerse como punto de vista, como finalidad, no sólo las manifestaciones artísticas, sino también la influencia que ellas ejercen en el desarrollo de las industrias, que hacen la vida y la riqueza de los pueblos, y el amor a nuestra libertad.

"El arte—ha dicho Pi y Margall—no ha podido medrar nunca sino en pueblos libres." Por esto, tal vez, es nuestra libertad enfermiza y desmedrada. Eduquemos a nuestro pueblo enseñándole a distinguir las verdaderas manifestaciones artísticas de las burdas imitaciones, y si bien es cierto que no obtendremos el resultado inmediato traducido en algo material, veremos, en cambio, surgir una generación con ideales, teniendo el verdadero concepto de la moralidad.

Yo pido a nuestro Congreso, al Ejecutivo, a las autoridades y pedagogos encargados de regir la enseñanza pública, que presten a las Bellas Artes toda la atención que ellas merecen, y nuestras

alumnas, que serán las encargadas de forjar el espíritu de nuestro pueblo, deben realizar con entusiasmo esta labor que engendrará ciudadanos conscientes de nuestros derechos y nuestra libertad.

Artista por temperamento y por educación, la señora Julia Crespo de Aguado, autora de este interesante trabajo, hasta ahora inédito, ha estudiado y cultivado desde sus primeros años la música, el dibujo y la pintura—estas dos últimas, en la Academia de San Alejandro, de La Habana—, habiendo sido profesora de Dibujo en las Escuelas Públicas de nuestro país. Alumna sobresaliente en los estudios de piano, violoncello, canto y armonía, obtuvo a los diez y ocho años primer premio y medalla de oro en el Conservatorio del Maestro Carlos Alfredo Peyrellade, donde terminó sus estudios. Actualmente es Profesora titular de Música en la Escuela Normal para Maestras, de La Habana, cargo que obtuvo por oposición en 1916. CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en publicar este bello discurso suyo, en el cual se hacen atinadas consideraciones sobre la influencia que ejercen las bellas artes en los pueblos que las cultivan.

LOS ULTIMOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS EN CUBA


LA aparición del libro de Mr. M. R. Harrington titulado *Cuba before Columbus,* que ha visto la luz pública bajo los auspicios de la *Heye Foundation,* o sea del *Museum of the American Indian* de Nueva York, en cuyo análisis ya nos hemos ocupado anteriormente, la honradez científica con que ha sido escrito, lo valioso de las exploraciones que le sirven de base y lo oportuna que ha sido la redacción de un estudio sintético sobre esa rama de la ciencia cubana, nos han movido a comentarlo ampliamente, llevándonos a preparar un resumen de la *Historia de la arqueología cubana* (1), en el que siguiendo el rumbo trazado por Harrington, como antes lo fuera por el notable arqueólogo norteamericano Fewkes, hacemos reseña de los descubrimientos publicados hasta el día, damos la bibliografía fundamental de nuestra paleoetnología, ampliando con sendas citaciones el breve ensayo de Harrington, e indicamos cuáles fuentes de estudio son de estimarse como más convenientes para una provechosa interpretación de los datos y monumentos arqueológicos a nuestro alcance.

A esa introducción histórico-bibliográfica Harrington dedica los cinco primeros capítulos de su obra. Los siguientes están consagrados a las exploraciones realizadas en Cuba por encargo de la ya recordada institución científica neoyorquina, en estos últimos años; y su examen es de sumo provecho para el arqueólogo cubano.

---

(1) Véanse los números 117 y 118 (septiembre y octubre, 1922) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

En la extremidad oriental

El capítulo sexto, titulado *La extremidad oriental de Cuba,* comprende una exposición de lo que fué el campo de las investigaciones arqueológicas en 1915, o sea el territorio de la República comprendido desde Guantánamo hasta el cabo de Maisí.

Harrington describe sobriamente, pero con notable precisión, la naturaleza montañosa de aquella abrupta región cubana, sus farallones y sus escalonadas mesetas de caliza cuaternaria, penetradas por cuevas profundas y superficiales, frecuentadas por cubanos de nuestros tiempos y por los indios, que una colonización cruel extinguió por completo.

Las principales exploraciones arqueológicas se efectuaron en ese distrito de Maisí y término de Baracoa, de difíciles comunicaciones; donde el transporte rodado es casi desconocido; donde la agricultura se mantiene, en medio de la vegetación lujuriosa de la virginidad tropical, sin arados, ni rastrillos, ni tractores, ni carretas siquiera, sino a fuerza de machetes, hachas y azadones; donde no hay caña; donde sólo los cafetales y cacaguales han sobrevivido de las viejas plantaciones de los primeros siglos de la colonia.

Harrington describe el territorio de Maisí, sus ríos, su suelo, la Gran Tierra de Maya, y señala la extraña diferencia de clima entre la alta meseta, húmeda y fría en las noches, y la costa baja, seca y cálida. Esta diferenciación climatérica puede haber influído, dice el autor, en la distribución de la población india. Los *ciboneyes,* de atrasada cultura, trogloditas en su mayor parte, alimentados principalmente de pejes y tortugas, habitaron la costa. En cambio, los conquistadores *taínos,* más civilizados, ocuparon las altiplanicies para poder dedicarlas a los cultivos y construir sus poblaciones estables, no penetrando en las cavernas sino como refugios transitorios, ocultación de riquezas y enterramientos. Acaso Harrington pudo añadir la dedicación religiosa de las cavernas, y no simplemente la funeraria; pero de los templos subterráneos de nuestros indios habrá de tratarse en otra ocasión.

En algunos lugares, sigue Harrington, *taínos y ciboneyes* han confundido sus huellas, pero no es esto lo usual; aunque los cursos

de agua potable, aquí como en todas partes, han influído muy mucho en la selección de lugares habitables por ambos pueblos.

Harrington reseña la vegetación más importante; los pejes y mariscos que alimentaban a los indios, los *cobos,* las *sigüas,* los caracoles de tierra o babosas, los cangrejos de tierra, las tortugas o *jicoteas,* los insectos, los pájaros, las *jutías.*

Dedica un párrafo al *perro mudo* de los cronistas de estas Indias, del cual asegura haber hallado restos, que con los dientes de mono hallados por Montané, en una cueva india, un hueso de mapache descubierto por Poey, y un hueso de pecarí, especie de cerdo, encontrado por Harrington en un depósito aborigen cerca de Maisí, aseguran la existencia de esos animales en Cuba, acaso esporádica, y domésticos quizás entre los indios.

Otro animal, cuyo contacto con los *ciboneyes* debe presumirse, a juzgar por los frecuentes hallazgos de sus huesos, juntamente con desechos humanos, en antiguas cuevas, es el *megalocnus,* que debió de pesar algunos centenares de libras y proporcionar abundante alimento a los primitivos cazadores. El naturalista Prof. Barnum Brown, de Nueva York, cree que esas bestias debieron extinguirse en Cuba bajo la persecución de los indios.

Harrington, analizando la población presente de la región, cree que no es rara la sangre india. "Uno puede encontrarse varias personas de pronunciadas funciones indias en una jornada y en casi todas direcciones, en el distrito de Baracoa." En casi todos los casos se trata de individuos con sangre blanca mezclada; pero alguna vez que otra puede verse algún tipo que parece puro. La mezcla india con sangre africana no puede estimarse, porque la huella negra borra los perfiles indios, y sólo raramente se ve un mestizo con facciones indianas.

En Yateras, Harrington cree hallar grupos de casi pura ascendencia india, así como en Yara y Playa Blanca, cerca de Jauco. donde en 1915 existía una familia de estirpe aborigen, que habitaba en una gruta.

Entre los habitantes de esa zona explorada aún se notan supervivencias indias, además de sus casas, sus métodos agrícolas, y hasta, en cierto sentido, su género de vida. Hasta en su lenguaje se encuentran más vocablos *taínos,* que en el corriente vocabulario guajiro. De todo ello tratará Harrington en la segunda

parte de su obra, que en breve verá la luz pública, y que será, por lo prometido, altamente instructiva.

En la región de Jauco

El capítulo séptimo dedícalo el autor a las exploraciones realizadas cerca de Jauco, comenzadas en enero de 1915 por Harrington, siguiendo instrucciones del benemérito servidor de la ciencia Mr. George G. Heye, debiendo seguir el plan que trazara el malaventurado arqueólogo Mr. Theodor de Booy.

El explorador visitó la Cueva del Muerto en Siboney, sorprendiéndose de hallar, lo que por lo leído no debía esperarse en Cuba, trozos de silex o pedernal, además de cenizas, conchas, huesos animales, tiestos, percutidor de piedra y un pendiente de otro inesperado material, de hematites.

Después, Harrington visitó una cueva en Aguadores, cerca de Guantánamo, y un depósito de desechos en Cajobabo, hallando en ambos, restos de pedernal, rascadores, tiestos, hachas, majadores y otros objetos, que no parecerían fuera de lugar, por ejemplo, en una colección arqueológica procedente de Long Island, en Nueva York.

El autor pasa luego a narrar con amenidad, a la vez que con precisión científica, sus descubrimientos en la costa de Maisí, entre Jauco y Punta Caleta. Este capítulo, como toda la obra, está ilustrado con detallados mapas, minuciosos planos, multitud de fotografías y dibujos del natural, que reproducen los más típicos e interesantes objetos entre los hallados.

Harrington encontró prontamente dos distintas culturas, la de la costa y la de la "tierra alta", en relación a los lugares donde se hallaban sus restos distintos, las cuales pueden llamarse la *ciboney* y la *taína.*

En Mesa del Sordo, donde fué hallado hace años un magnífico *dujo,* que hoy posee el Coronel Federico Rasco, encontró un amuleto o *cemí* en perfecto estado.

En Mesa Buena Vista fué hallado el único lugar de población *ciboney* al aire libre, en Oriente, pues los otros restos de ese pueblo se hallaron siempre en las cuevas de la costa. También

en esa *mesa* se encontró Harrington un cráneo *taíno* artificialmente formado, y restos humanos.

En una cueva, media milla al este de Jauco, ocupó una vasija y restos de un *dujo* de madera.

En Cueva Caletica se hallaron dos capas de desechos, la superior con restos de vasijas *taínas*, la inferior con *gubías* y otros utensilios hechos de concha de caracoles marinos o *cobos*, característicos de la civilización *ciboney*.

Entre éstos, algunas vasijas hechas de grandes *cobos* y otros univalvos, arrancándoles la espina interior, como los encontrados años atrás por Cosculluela, Montané y el que esto escribe en el *mound* o caney de Guayabo Blanco, en la costanera norte de la Ciénaga de Zapata. Además, cuentas hechas de nácar, sumergidores de redes, majadores, morteros y bruñidores de piedra, dientes de tiburón, astillas de pedernal y raspadores de silex con el corte cóncavo, probablemente destinados a trabajar puntas de lanza.

En unas grutas del río La Caleta, en un yacimiento *ciboney*, hubieron de adquirir, entre otras menudencias, un pinjante con perforación en un extremo, hecho de la columela de un *cobo*, cuentas hechas de caracolitos y conchas marinas, morteros de piedra, etc. Llamaron la atención unos morteros *estacionarios*, grabados en la roca.

En otra cueva, que se llamó *de los huesos*, al lado izquierdo de la Caleta, halló un depósito de huesos humanos quemados, pertenecientes a multitud de individuos, lo que hace suponer que se trata de un lugar de cremación o *enterrorio* de huesos quemados.

La caverna de La Caleta fué recorrida en gran parte, sin hallar el fin; pero en un rincón de una de las *salas* y cerrado por gruesas piedras, hallaron un esqueleto de indio, y a la salida de la gruta, en un depósito de huesos y conchas, algunos restos de *megalocnus*.

De la región de Jauco obtuvo Harrington un ejemplar, único, de anillo o sortija de barro, simulando una cabeza humana, un plato hecho cuidadosamente de concha (por lo que no parece *ciboney)*, un pasador y una lezna de hueso, etc.

En Monte Cristo y Ovando

El capítulo octavo se titula *Exploraciones en Monte Cristo y Ovando.*

En Montecristo hay un lugar de población, con algunos lometones de desechos, y allí se encontraron varias vasijas de barro en buen estado, con ornamentación *taína,* asas con cabezas humanas o de animales, hachas petaloides, rascadores de concha y de silex, pinjantes de concha, incrustaciones de nácar para ídolos de madera, trozos de metates, etc. En cuevas próximas se halló el mejor cacharro de la colección de Harrington, un bastón de madera con el puño imitando la cabeza de un caimán, y una especie de pala de madera con incisiones decorativas; todo ello de cultura *taína.*

También halló Harrington un terraplén paralelográmico artificial y dos caneyes o *mounds.*

En la boca del río Ovando, de muy difícil acceso, vieron cuevas primitivas y sitios de población, algunos ya explorados años atrás por el Dr. Carlos de la Torre. En una de esas cavernas se descubrieron varios esqueletos humanos, uno de mujer, restos del de un niño, y otros de varón, unos con la cabeza hacia el Sur, otro hacia el Noroeste. El mal estado de conservación de los huesos, a pesar de la sequedad de la cueva, y la normalidad de los cráneos, hacen opinar a Harrington que se trata de esqueletos de *ciboneyes.*

Entre los objetos desusados aquí descubiertos se relacionan una placa de concha perforada al centro, que se halló cerca del pecho de un esqueleto; muy elaborados majaderos de cuarzo; un pequeño quijarro o *china* redonda, con decoración en un lado, parecido a los dados usados por algunas tribus de Norteamérica; y una puntiaguda herramienta de concha.

En una cueva, entre Punta Quemada y Punta Maisí se halló el más característico depósito de restos *ciboneyes* en Oriente, sin un solo objeto *taíno.* Entre cenizas y millares de huesos de tortuga y unos pocos humanos dispersos, encontrándose numerosos pedernales elaborados y los demás objetos propios de la cultura *ciboney,* unas cuentas de concha, en forma nueva, un doble mor-

tero de piedra y su piedra majadero, "todavía roja de moler hematites para pintura". Además, dos morteros *estacionarios*, como dice Harrington, cavados en un bancal de la roca, usados para moler la hematites.

En una de las planicies de la Gran Tierra, lugar llamado La Patana, se descubrieron otros sitios de población y cuevas. Allí se verificó el mejor hallazgo de la expedición, según Harrington, consistente en un plato, fuente o artesa de madera labrada. Este "extraordinario" objeto, así dice el arqueólogo, es de *guayacán*, madera muy resistente y de larga duración. En la cara interior cerca del mango, está cuidadosamente grabado con abundantes motivos ornamentales, simétricamente dispuestos, y parece que un tiempo tuvo cuatro incrustaciones de nácar, como también en los ojos de la grotesca cabeza, que figura en el asidero.

Harrington observando el ornamental carácter del grabado y la cabeza esculpida en el asa, la cual representa probablemente un *cemí* o deidad, cree probable que ese plato figurase en alguna ceremonia religiosa, o al menos debió de ser la fuente donde comía algún personaje *taíno*. Nos permitimos comentar aquí que estimamos como indudable el carácter religioso del adminículo ceremonial descrito por Harrington, por varias razones, que en otro trabajo arquelógico trataremos de publicar en breve.

Las exploraciones de De Booy en Oriente

En el capítulo noveno del libro analizado, el autor abre un paréntesis para narrar los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la Gran Tierra por otro explorador etnógrafo, Mr. Theodor de Booy, en 1914, por encargo del mismo museo de la *Heye Foundation*. Es un justo homenaje a su memoria.

El infortunado arqueólogo examinó unos de esos amontonamientos de desperdicios de la alimentación o *cocinas*, que se llaman *conchales*, *middens*, *kjökkenmöddings*, *sambaquis* o *paraderos*, en la finca Sitges, de la Gran Tierra, y de sus observaciones comparativas con investigaciones hechas previamente en Jamaica y Santo Domingo, dedujo que los indios iban a la costa del mar a buscar mariscos con que alimentarse, que allí en la playa extraían el animal *(Strombus gigas)* de su concha y que regresaban a su re-

sidencia mediterránea llevando sólo la carne alimenticia. Así se explica, según Booy, la comparativamente escasa acumulación de conchas en los *middens* propiamente dichos, a la vez que explicaría los conchales de *guamos* y *cobos* tan frecuentes en las costas de las Antillas, alguno de ellos en el cabo de Maisí. Que los indios iban al mar por alimentos, lo prueba la presencia de huesos de pescados en los *middens*.

Booy halló también algunos tiestos de alfarería de barro amarillo rojizo con alguna ornamentación, declarando que no los había hallado hasta entonces en sus exploraciones por las Antillas, excepto en las islitas Caicos.

En Aserradero descubrió vasijas de barro *boat-shape* o sea en forma de bote, o *navicular,* que le recordaron otras análogas de Jamaica.

Llama la atención acerca de lo numerosas que son las cabezas de mono en la ornamentación de la cacharrería indígena, habiendo sido objeto de viva discusión entre los arqueólogos antillanos, el uso de ese animal como motivo por los alfareros indios.

Ultimamente, dice, gracias a las investigaciones del Dr. L. Montané, quien encontró en Cuba la mandíbula de un mono en un depósito aborigen, se ha probado concluyentemente que los primitivos pobladores de Cuba tenían monos domesticados y hasta podría ser que estos animales hubiesen sido venerados por los indios en sus ritos.

En la finca *Caridad* encontró también Booy otros objetos curiosos. Un pinjante pequeño y plano, de nácar, perforado para su suspensión, probablemente uno entre muchos objetos semejantes que formaron un collar. Quien estas líneas escribe, permítese anticipar su idea de que se trata de un pequeño amuleto o joya religiosa, como explicará en otra oportunidad.

Otro dije halló, que califica de amuleto; y otro amuleto de piedra tubular le fué regalado por el Dr. I. Llamas, de Baracoa. Este ejemplar es muy interesante, análogo a los pendientes tubulares *taínos o aruacas* de Jamaica y Puerto Rico, descritos por Charles W. Mead, o hallados por Booy en otras Antillas. El amuleto ha sido perforado horizontal y verticalmente para la suspensión y en el centro tiene una grotesca cabeza grabada en alto relieve. El arqueóologo considera este ejemplar como uno de los mejores de piedra encontrados en Cuba.

Otro curioso ejemplar de piedra es una cabeza esculpida y ornamentada, de unas 5 pulgadas de altura, que parece fué destinada a ser montada en un bastón para usos ceremoniales. También en este caso creemos que se trata de un adminículo ritual.

Descubrimientos en La Patana

Con el capítulo X comienza el volumen II de la primera parte de la obra de Harrington. Está dedicado al lugar de población y cuevas de La Patana en la Gran Tierra de Maya. Después de referirse a las trochas que tuvieron que *picar* para abrirse un camino seronero, y a los recios trabajos para alcanzar esa meseta, cuenta de los hallazgos: restos de univalvos terrestres y marinos, piezas de alfarería (algunas restaurables) muy decoradas y con las grotescas cabezas ornamentales en las asas, tan propias de los *taínos,* pinjantes, cuentas de concha y piedra coralífera, etc. Halló, además, el adorno de orejas u *orejera,* característico de los indios, hecho de concha; algún pequeño ídolo o muñeca de barro; un plato hecho del hueso de algún gran cetáceo, con buenos grabados, varias hachas petaloides y los bruñidores de piedra usados para construirlos; en resumen, halló una pequeña pero típica y valiosa colección de la cultura *taína.*

En La Patana se encontraron varias cavernas funerarias o enterrorios. En la llamada No. 1 se descubrió el esqueleto de un viejo, que se clasificó como *taíno* por su cráneo aplanado. Observa el explorador que esos esqueletos de cráneos artificialmente deformados se hallan en las oquedades más internadas de las grutas, mejor conservados que los depositados en capas inferiores del piso de las mismas, que no tienen deformaciones en las calaveras; lo cual induce a pensar que esos cráneos aplanados pertenecen a la raza *taína,* distinguiéndose de la precedente o *ciboney.*

Otros esqueletos se hallaron y dos depósitos de huesos descoyuntados, pertenecientes a tres individuos.

Al fondo de la cueva No. 2 vieron una especie de plataforma construída con ramas de árbol, cortadas y trabajadas con hachas de piedra y, salvo en un caso, sin auxilio del fuego. Aunque eran de madera dura, su antigüedad las había casi descompuesto, tanto que sólo las extremidades de algunas pudieron ser llevadas para

el museo. Bajo esa plataforma había dos capas superpuestas de guano de murciélago y de tierra y cenizas. La capa superior contenía huesos humanos en muy mal estado, que parecían caídos de la rústica plataforma, descompuestos en forma desusada, como lo estaban los atravesaños de la pequeña *barbacoa,* por la acción química del guano. En la capa inferior, la tierra y la ceniza estaban mezcladas con fragmentos de esqueletos humanos quemados, sin restos de ningún artefacto.

En la gruta No. 3 hallóse un depósito de cenizas y restos de millares de huesos humanos quemados, tampoco con restos de artefactos de la industria del hombre.

Otra serie de cavernas de La Patana, merece ser llamada por Harrington la más notable de toda la excursión arqueológica.

La serie de cavernas comprendía varias grutas que penetraban la roca en varias direcciones y niveles, formando corredores o túneles, pozos, rotondas, superpuestos a veces. En aquellas cavernosas profundidades el naturalista cubano Dr. Rodríguez pudo capturar un majá, murciélagos, alacranes sin cola, etc. La atmósfera enrarecida, que llegaba a apagar las luces de los exploradores, hizo también la vida imposible a los indios en aquellas oscuras anfractuosidades subterráneas; pero la ruda labor de los exploradores fué recompensada al regreso, en el salón de entrada donde se sorprendieron con el hallazgo de interesantes petroglifos.

La cueva se llamó del *cemí,* por haberse descubierto una gruesa estalagmita de unos 4 pies de altura, en cuya parte superior estaba grabada una ruda cara, con sólo dos ojos y narices. Este rostro *miraba* hacia el Oeste. En la misma estalagmita y mirando al este, había otra cara, mejor compuesta, con ojos, nariz y boca. Otros grabados formaban círculos alrededor de esta cara oriental, como una banda, y otros sugerían el símbolo de unos genitales masculinos.

La posición de esta cara es interesantísima pues, por disposición de la naturaleza, en cierto tiempo, durante la mañana, al menos en junio y julio, un rayo de sol filtra por una grieta, cae sobre el ídolo y lo ilumina por unos minutos.

La parte sur de la estalagmita ofrece una tercera cara indicada por tres oquedades artificialmente excavadas. Y el costado norte, aparte de una estría que parece indicar la oreja de la

gran cara oriental, contiene rudimentos de una cuarta cara. Las fotografías insertas por Harrington dan una idea de la importancia del objeto descubierto, que se encontraba a la salida de esas profundas y escalonadas cavernas, visible a la luz del día. Ello explica cómo pudo ser grabada por los indios y utilizada indudablemente para fines religiosos, a pesar de no habitar aquéllos la parte interior de esas grutas por lo enrarecido e irrespirable de su ambiente. Esto, unido al misterioso ruido de millones de cucarachas y millares de murciélagos, añadía un nuevo aliciente a la religiosidad del lugar, escogido, sin duda, como templo por aquellos primitivos terrícolas.

El notable ídolo fué aserrado cuidadosamente en cinco trozos, pues pesa unas 900 libras, envasado y llevado a Nueva York, donde habremos de ir a admirarlo los cubanos y a estudiarlo, si queremos trabajar en la arqueología nacional.

Además, esa caverna está decorada con varios patroglifos, esculpidos en las paredes. Harrington los reproduce en fotografías; pero su interpretación nos parece prematura y fuera de esta ligera reseña y comentarios. Creemos que éste fué el descubrimiento más importante de todas las expediciones Booy-Harrington.

En la propia boca de la gruta, donde estaba el ídolo llamado *cemí,* se halló frente a la imagen un depósito de tierra denegrida con cenizas, huesos de jutías, tortugas, pejes y unos pocos pedernales y tiestos lisos. En otros lugares de la gruta ocuparon los exploradores dos bastones aparentemente elaborados por los indios, tiestos, percutidores de piedra; pero nada, excepto un trozo de cazuela, un bruñidor y una hacha imperfecta, indicaba cuál era la cultura de los antiguos frecuentadores de la caverna; si bien esos pocos remanentes parecían indicar el paso de la civilización *taína.* Probablemente, concluye Harrington, *taínos* y *ciboneyes* estuvieron en esa cueva, que fué llamada del *cemí;* pero que los habitantes del lugar llaman de la *Cucaracha* o de los *Bichos.*

En una de las cuevas de esta serie de La Patana, se descubrieron multitud de *siguas* y *cobos,* un pedernal y huesos de *megalocnus* y unos pocos restos de alfarería con esa decoración "*cross-hatch*", similar a la hallada en Jamaica, y en los depósitos *ciboneyes* del mismo Oriente de Cuba. También, y fué lo de mejor interés, se hallaron huesos humanos dislocados, de adultos y niños.

El conjunto de los objetos obtenidos en esta excavación demuestra una base *ciboney,* con unos pocos restos *taínos* superpuestos.

La zona de La Patana, de tan fructuosas excavaciones, tuvo que ser abandonada sin agotar sus ricos filones arqueológicos, y es de esperar que comprobada su valiosa significación como indudable centro de poblamiento indio, se emprenda la exploración de nuevo con suficientes medios, tiempo y sistema, como en general, la de toda la rica comarca de Cabo Maisí. Y que sea por cubanos.

Descubrimientos en El Paredón, Oriente

El capítulo XI del libro de Harrington, ilustrado por mapas, planos, dibujos y fotografías, se refiere a los hallazgos de Big Wall Site, como él dice, o sea de El Paredón, como podremos traducir, en San Lucas, lugar al norte del Río Maya y más cerca del Cabo Maisí.

Lo notable del lugar es un largo terraplén o *mound* de tierra, de 260 pies de longitud por 30 o 40 de anchura y unos 6 de altura. Cerca de cada extremo del *paredón,* existe un pequeño montículo o *lometón* circular, y otro hay, más pequeño, hacia el centro.

La abundancia de restos del antiguo centro de población india se da en todas partes, especialmente en el oeste. Las trincheras abiertas demostraron una primera capa de tierra roja, después una capa de tierra oscura de 14 a 27 pulgadas de espesor conteniendo desechos de la población, como cenizas, tiestos de alfarería, algunos de éstos decorados, adornos de concha, univalvos marinos y terrestres, huesos de animal, etc. Más abajo, un depósito de "bocas" de cangrejo, pequeñas conchas y cenizas, y al fondo, el subsuelo rojizo. Análoga conformación encontróse en todas las excavaciones, demostrando que el *paredón* está construído totalmente de residuos de la población, con algunas piedras, y los llamados por los arqueólogos, "restos de cocina".

Lo mismo ocurrió en los lometones, en los que se halló un raro cuchillo de pedernal.

Algunos esqueletos fueron descubiertos. El primero fué enterrado encorvado sobre el lado izquierdo, con la cabeza al Este. Su brazo izquierdo doblado, y el derecho descansando sobre el abdomen. El cráneo era de los artificialmente aplanados, la pri-

mera evidencia, dice Harrington, que liga la deformación craneana de los indios de Maisí, sobre la cual tanto se ha escrito, con la cultura *taína-aruaca.*

El segundo esqueleto reposaba sobre su costado derecho, con la cabeza hacia el nordeste, el brazo derecho sobre el abdomen, y el izquierdo bajo la barba. El cráneo, aunque en muy mal estado, parece ser también de los aplanados.

El esqueleto tercero, de un viejo, estaba doblado sobre su lado derecho, con el cráneo hacia el Sur y *mirando* al Este, con la mano izquierda en el codo derecho, y la mano derecha en la pelvis. El cráneo también es aplanado. Este esqueleto con su enterramiento, puede verse en el Museo de Antropología de la Universidad Nacional, hábilmente preparado por el Dr. Víctor J. Rodríguez, habiendo sido donado este valioso ejemplar por Harrington a la Universidad.

El cuarto esqueleto mostró el frontal aplanado, acostado sobre el lado izquierdo, cabeza hacia el Norte, cara hacia Oriente, y los brazos y piernas doblados.

El quinto esqueleto, también de cráneo deformado, ofreció una variante en su posición, estando boca arriba, con la cabeza al este-nordeste y la cara hacia el sur, con las piernas dobladas sobre el cuerpo y cruzadas.

Otros dos esqueletos fueron hallados, demostrativos todos, por lo *taíno* del lugar y por los usuales artefactos *taínos* hallados en su alrededor, que esos huesos pertenecieron a indios *taínos,* con el cráneo artificialmente aplanado en la frente.

Esos artefactos son principalmente tiestos de cerámica, de barro, con decoraciones característicamente *taínas,* las típicas asas con cabezas grotescas, de las cuales una, muy interesante, es burda estilización de una figura femenina. Hallaron asimismo los exploradores restos de una cerámica dura y blanca, de carácter aborigen, a juzgar por su estilo decorativo.

Los objetos de piedra eran los corrientes: piedras de moler, martillos, hachas petaloides, astillas de pedernal, cuentas, etc.

De hueso y concha se recogieron cuentas, puntas de flechas, pendientes, cucharas y los característicos "*swallow sticks*" que bien pudiéramos llamar en castellano, por razón de su forma y

destino, "espátulas vómicas", con las cuales se purificaban interiormente los indios en sus religiosos ritos.

Nueve cascabeles de concha, conjuntamente hallados, pertenecieron a una especie de liga o adorno de las rodillas, como los que aún usan hoy algunos indios de los E. U., o sean los indios Pueblos, del Suroeste.

Fué, también, importante el hallazgo de un depósito de trece hachas petaloides, *taínas,* "sin terminar su construcción" y algunas herramientas para hacerlas, como percutidores y bruñidores.

Entre los restos animales, además de los corrientes en esos yacimientos, se catalogaron huesos del hoy raro *almiquí (solenodon),* de una especie de ballena, y de verdaderos *perros,* lo cual prueba que los famosos *perros mudos,* hallados por los conquistadores, y que algunos, por haberse ya extinguido esos animales, supusieron que se trataba de otra alimaña, eran realmente perros.

Lo espeso de las capas de residuos exploradas, y lo arcaico de algunos de los restos de cerámica que se hallaron, parecen demostrar que el primitivo poblamiento de este sitio por los *taínos,* debe ser tenido por uno de los primeros ocupados en Cuba por esos invasores. Un solo objeto de origen español, una punta de venablo hecha de hierro, prueba que el pueblo existía aún cuando el descubrimiento; pero siendo ése el único hallado de tal origen, se deduce que la población fué prontamente extinguida.

En "El Lindero", "Laguna Limones" y otros lugares

El capítulo XII analiza los descubrimientos en El Lindero, Laguna Limones, Maisí, y otros lugares menos importantes de Oriente.

Cuenta Harrington que los guajiros nativos de los alrededores de su campamento hicieron pesquisas para encontrar objetos y vendérselos después. Así recogió varios ejemplares arqueológicos y supo de algunos yacimientos no explorados. En su segunda excursión, la de 1919, supo de otros dos lugares de población india, en Mesa La Papaya cerca de La Patana, y Mesa Limonal, cerca de Los Llanos, que permanecen inexplorados.

En El Lindero se descubrió mucha cerámica, algunos objetos

de la cual pudieron restaurarse, de carácter marcadamente *taíno*. Y son notables, entre éstos, un fetiche de piedra, con una cruz grabada en el cuerpo, un pectoral de concha grabada y una espatulita vómica.

En Laguna Limones fué localizada una construcción rectangular de terraplenes, de 2 a 3 pies de altura por 14 de anchura. El cercado restangular es de 502 pies de largo por unos 260 de ancho, con entrada en la esquina sudeste. Según Harrington, trátase probablemente de un recinto ceremonial, para baile o juegos de pelota, como los de Haití y Puerto Rico.

De los objetos aquí encontrados, todos *taínos*, los más curiosos son los de concha, cuyo arte parece haber tenido en este centro de población su mayor progreso. Una pequeña máscara y un pájaro, bellamente grabados, parecen haber sido pendientes. Harrington no reproduce ni cataloga siquiera, los demás objetos de concha grabada, que también califica de *"fine"*; y es de lamentar. Esperamos que lo haga en la segunda parte de su obra. Algunos raspadores de piedra arenisca, que debieron de usarse en el trabajo de las conchas, son también característicos de este depósito arqueológico.

En Maisí, las ligeras excavaciones hechas demuestran las dos culturas, la *taína* y la *ciboney*.

Lo mismo ocurrió en la Cueva Yumurí, cerca de Baracoa.

El Dr. Rodríguez en Veguita, en el río Jojo, cerca de Imías, halló otro lugar de población, con terraplenes, y apenas cavóse algo descubriéronse objetos de cerámica, uno de los cuales, una asa con una figura de brazos, según dicen, en actitud de baile, es muy interesante y digna de estudio. Pero el sitio no pudo ser explorado y queda intacto con sus tesoros arqueológicos.

Cerca de Santiago de Cuba

El capítulo XIII del rico libro de Harrington se titula *Exploraciones cerca de Santiago*. La *Cueva del Muerto* en Siboney, de la Juraguá Iron Co., fué visitada con provecho. Halláronse astillas de pedernal en forma de cuchillos, raspadores, uno de éstos con el corte cóncavo, muchos percutidores de piedra, mor-

teros y majadores de cuarzo. Además, algunas piedras de pintura o hematites, y un pendiente de piedra también.

La cerámica fué escasa, y ninguna decorada. Y escasos también los objetos de concha como gubías, etc. todos ya muy descompuestos.

Entre los huesos, restos de un cráneo deformado artificialmente, el único, dice Harrington, cráneo aplanado encontrado en relación directa con productos de la cultura *ciboney*. Otros huesos fueron ocupados, humanos y de animales, pero en muy mal estado. Sólo dos artefactos de hueso fueron hallados: una lezna y una cuenta hecha con un hueso horadado, el primero de este estilo encontrado en Cuba por las exploraciones de la *Heye Foundation*.

Otra cueva fué recorrida, llamada de La Virgen, por una cara grabada por los indios en una estalagmita, y de la cual no se da reproducción en el libro. Parece que alguien intentó arrancar la estalagmita, pero sólo consiguió destruir casi el petroglifo. Esta cueva por su ídolo, su población de murciélagos y cucarachas, recuerda la de La Patana, llamada *del Zemí* por Harrington.

El Sr. Manuel Tamayo coleccionó para Harrington, en Mayarí, cerca de Nipe, una gran cazuela, una gran hacha petaliforme y otros objetos; pero no pudieron emprenderse exploraciones en forma allá en Mayarí, a pesar de los hallazgos y de las recomendaciones del Dr. Carlos de la Torre.

Este capítulo de la obra de Harrington, así como algunos párrafos del anterior, demuestran cuánta riqueza arqueológica se tiene ya localizada y que no ha podido salir a luz por el abandono de nuestros gobiernos hacia empresas culturales de ese género. La naturaleza de este trabajo nos impide más comentarios.

Las exploraciones de Booy y Harrington en Cuba, aun con haber sido tan fructíferas, han revestido un carácter de orientación general. Por esto el arqueólogo americano hizo también exploraciones en la región occidental de Cuba, en Pinar del Río, no contentándose con los seguros éxitos de Oriente.

Descubrimientos en Vueltabajo

El capítulo XIV refiere la excursión científica a Pinar del Río, comenzando por el valle de Luis Lazo. En Hoyo Valteso, en un "refugio" de roca, se excavó, encontrándose algunos tiestos de barro muy toscos, y utensilios de pedernal y piedra. Harrington interpreta el depósito diciendo que debió ser un "refugio" temporalmente ocupado en tiempos históricos, o sea en los "últimos cien años" por los perseguidos supervivientes de los indios de esa región, "los últimos de los cuales fueron matados sin compasión por los blancos allá al mediar el siglo XIX". No documenta Harrington esta tesis histórica, y es de lamentar, porque *prima facie* no parece del todo verosímil que en el siglo XIX hubiese indios en Pinar del Río. Los escasos datos que ofrece Harrington no permiten formar juicio exacto de su interpretación; pero, repetimos, nos sentimos inclinados a tenerla por precipitada. Acaso se trata de un palenque de cimarrones en un *refugio rocoso,* aprovechado también por indios, en otro tiempo anterior al siglo último. Pero Harrington insiste más adelante en esta supervivencia de indios vueltabajeros en el siglo XIX, y la constante acuciosidad de sus datos nos impone reserva en el juicio.

En otras cuevas de San Carlos, Harrington vió con disgusto que habían sido excavadas, para aprovechar el material en abono de las vegas de tabaco; y que dondequiera que algo del suelo primitivo había sido accidentalmente respetado y dejado intacto, allí se encontraban o restos de huesos humanos o astillas de pedernal, etc.

En la Cueva de los Indios, situada en El Pesquero, en la ribera oeste del Cuyaguateje, se descubrieron huesos humanos, algunos de los cuales al parecer pintados de rojo; y tres objetos de madera, aparentemente palos puntiagudos, usados como armas arrojadizas o flechas.

Una gruta, cerca de Portales, descubrió algo inesperado, el *santico de la cueva,* o sea una estalagmita de parecida figura a la humana, que los campesinos *adoran actualmente* como una milagrosa imagen del Niño Jesús. En esa cueva, una de las muchas que allí hay, está el *santico* y a su alrededor centenares de exvotos,

que llenan una bóveda de la caverna. Entre esas ofrendas se ven varios velos de novia (!), allí colgados por muchachas que han logrado casarse con los novios de su agrado, y por cuyo desposorio habían hecho *promesa* al *santico.* Allí se ven muletas de cojos, hojas de tabaco imitadas en plata, etc. Y el *santico* sigue recibiendo en pleno siglo XX el mismo homenaje que debió recibir, mil años atrás, del salvajismo *ciboney.*

En esa *Cueva del Santico* halló Harrington unos morteros cavados en la misma roca, un majador, y un gran depósito de cenizas, conchas, jutías y "bocas" de cangrejo indicando que la gruta fué habitada durante un largo período. Al iniciar las excavaciones tuvo Harrington que abandonarlas y embarcar para Nueva York, lamentando perder las posibilidades de interesantes descubrimientos.

En 1919 volvió el incansable explorador americano a las "cuevas de Portales", esta vez con el Dr. Víctor Rodríguez, y a su nueva exploración dedica el capítulo XV de su libro.

Describe la naturaleza de la zona de Guane y los depósitos arqueológicos allá encontrados.

Todos son muy primitivos: amontonamiento de cenizas con utensilios de piedra, como percutidores, morteros, adornos, guijarros, etc. y residuos de animales, como jutías, jicoteas, pájaros, caracoles, cangrejos, etc. Nada de cerámica. En su lugar se encontraron los objetos de concha, característicos de los *ciboneyes* de Oriente; los mismos hallados por Cosculluela, Montané, Rodríguez y quien esto escribe, en las costaneras de la Ciénaga de Zapata.

El pedernal era usado sólo en forma de raspadores o cuchillos, sin más arte.

Algunos esqueletos se hallaron en mal estado de conservación, presentando como característicos los cráneos sin deformaciones artificiales y algunos huesos con huellas de haber sido quemados.

Las cuevas exploradas fueron la del *Santico,* la de los Murciélagos, la de Cenizas, la del Obispo y la Oscura. De todas ellas se obtuvo la prueba de la identidad de cultura entre estos indios de Pinar del Río y el *ciboney* de Oriente.

Descubrimientos en "Los Remates" y "La Güira"

El capítulo XVI continúa la reseña de la exploración en Los Remates y La Güira.

El maestro José Díaz Camejo llamó la atención de Harrington acerca de algunos objetos hallados en esa zona, de más arte que los descubiertos en las cuevas antedichas. Entre esos objetos presentados por Díaz Camejo había dos hachas petaliformes de serpentina, de tipo evidentemente *taíno.* Estas hachas no son únicas, sino que otras se han encontrado en Mantua, al N. O. de Guane y en San Vicente, al N. de Viñales. Además, se hallaron dos majadores de hematites y una piedra de moler granos.

El hallazgo de objetos de madera, en 1900, en Remates, consiste en un plato, una flecha y otros, hizo que Harrington y Rodríguez se dirigieran a la laguna de Malpotón, cerca del cabo de San Antonio. Allí se hallaron, en poder del dueño de la finca, esos objetos que Harrington describe.

Uno de ellos es un ejemplar único en Cuba, de bastón ceremonial, con tipo de grabado y decoración no hallado hasta ahora en las Antillas, y que recuerda unos análogos de los indios del nordeste de Sur América y hasta otros de Polinesia. Mide el bastón 22.6 pulgadas, y es de madera dura, quizás de cierta especie de palma. Es de forma cilíndrica con diámetro poco menos de una pulgada. A uno de sus extremos, en la base, forma como un disco de 2.5 pulgadas. El resto es liso, hasta unas 5 pulgadas del extremo superior, donde ostenta un grabado de rayas y puntos geométricos, que cubren casi toda la extremidad y la protuberancia en que ésta consiste. El dibujo consiste en series alternativas de incisiones verticales y horizontales, e hileras de puntos. El conjunto es de bello efecto y cuidadosamente trabajado, con las difíciles herramientas de aquellos pueblos y tiempos.

Harrington cree que se trata de un bastón ceremonial, y no habiéndose hallado nada similar atribuíble a los *taínos,* puede ser estimado como una buena muestra, la única, del arte decorativo del pueblo más primitivo de Cuba.

La flecha cubana, descubierta también en Malpotón, es de 3 pies y 5 pulgadas, con un diámetro máximo de una pulgada.

Es de madera dura y negra, y parece trabajada con astillas de pedernal, presentando una punta aguzada casi pulimentada, y una base preparada para ser apoyada en la cuerda del arco y cogida con los dedos al tener que dispararse. Harrington habla nuevamente de los indios flecheros de Pinar del Río, al mediar el siglo XIX, que según la popular tradición eran avezados a matar reses del ganado de los guajiros, y por éstos batidos y exterminados; demostrativo ello del uso de las flechas en esta región de Cuba, a pesar de que el uso de esas armas por los indios cubanos no es cosa averiguada por los cronistas, excepto la afirmación de que los indios del extremo oriental *aprendieron* el arte del arquero de los *caribes,* sus enemigos.

También fueron extraídos del légamo de la laguna de Malpotón un palo de los usados para hacer fuego, y otros varios, que se describirán en la segunda parte de la obra *Cuba before Columbus.*

Asimismo, algunas tazas o recipientes de madera, que parecen hechos por medio del fuego, quemando la porción inutilizable del trozo de leño y extrayendo lo carbonizado por medio de gubias de concha.

En la región circundante se hallaron morteros y majadores de piedra.

En Cayo Redondo, en la bahía de La Fe, descubrieron un conchal de *Strombus pugillus,* casi todos perforados, y huesos de tortugas, ostiones y cangrejos. Solamente un martillo de piedra se significó entre los artefactos del "mound".

Harrington opina que el indio de La Fe, el de los Portales de Guane y el de Baracoa tenían la misma cultura, es decir, que todos eran *ciboneyes.*

En el Cabo de San Antonio

A las exploraciones arqueológicas del Cabo de San Antonio, dedica Harrington el capítulo XVII de su libro.

En la región del cabo, y precisamente en el vallecito de San Juan, junto a una laguna esquidistante del Golfo de Méjico y del Mar Caribe, halló la expedición de Harrington dos sitios de población con lometones de residuos. En uno solo, con una superficial exploración, pusieron al descubierto treinta gubias, diez y

ocho cuentas de concha horadada, un fragmento de mortero de piedra, algunas astillas de pedernal, unas pocas vasijas de concha, algunos rudos majadores y un diminuto fragmento de cerámica aborigen; todo ello junto con cenizas y despojos de cangrejos, jutías, caracoles, tortugas y pescados.

Entre las cuentas, algunas fueron hechas con vértebras de pejes. Una consiste simplemente en el hueso, ampliada su perforación por taladramiento artificial. Otra, con igual barrenado agujero, adornada la superficie periférica con una ranura circular. En otra, en fin, el hueso ha sido tan gastado alrededor, que ha perdido su semejanza con la vértebra originaria. Las más son trocitos de caracoles y bivalvos marinos toscamente perforados y redondeados, en todo semejantes a los encontrados en los lugares *ciboneyes* de la región de Baracoa.

Harrington dedica un párrafo, muy sentido, a la hospitalidad cubana, que siempre lo acompañó en toda la nación y en todas las clases sociales, aun en las menos cultas. Por la sinceridad con que está redactado, merece nuestra gratitud. ¡No siempre se nos hace justicia!

En Cueva Funche, a unas cinco millas al este-sudeste del valle de San Juan, hallaron reliquias cubanas de la gloriosa guerra de independencia, más abajo, en la excavación, otros restos del período colonial, y bajo de todo, algunos recuerdos de la ocupación por los indios, unas gubias y dos grandes vasijas de barro sin decoración alguna, que con las descubiertas en Hoyo Valtoso, fueron las únicas obtenidas en Pinar del Río.

Estos y otros sitios fueron señalados por Harrington para una futura excursión arqueológica, que dada la afortunada pericia, auguramos que se verifique cuanto antes en provecho de la cultura científica cubana.

Descubrimientos en Viñales

Al "distrito de Viñales" consagra el autor su capítulo XVIII.

Fueron varias las cuevas visitadas en el pintoresco valle por los excursionistas, algunas inhabitadas por los aborígenes, por ser realmente inhabitables.

Recorrieron la Cueva de los Santos, llamada así porque ciertas

estalactitas recuerdan con sus perfiles las esculturas de las iglesias católicas. En esta gruta encontraron un percutidor de impura hematites, con muestras de mucho uso, una rota vasija de concha y depósito de residuos.

En una cueva cerca de San Vicente vivió una familia cubana hace pocos años, pero junto con sus restos halláronse otros prehistóricos, como astillas de pedernal, fragmentos de vasijas de concha, aparte de los usuales residuos de cangrejos, caracoles, jutías y demás animales que sirvieron de alimento.

En un lugar de Arroyo de las Vueltas, que mostró algunas reliquias paleolíticas, fueron halladas tiempo atrás unas hermosas hachas petaliformes de carácter taíno, de la colección del Dr. García, en Pinar del Río.

Cerca de San Vicente y la mina *Constancia,* visitaron una construcción ruinosa conocida como el *horno de los indios.* Consiste en una construcción circular de unos 8 pies de diámetro interior, de piedras y barro, con una estrecha entrada al este. En el centro tiene una hoya de cinco pies de diámetro, recubiertas sus paredes con piedras revestidas de fango. No encontróse signo alguno de haberse empleado allí el fuego, ni tampoco residuos de poblamiento en sus proximidades. La tradición local dice que la extraña construcción fué hallada por los primeros que allí desmontaron, pero no el uso para que se destinó. Otros análogos, se dice que se encuentran en la región, y su estudio sería indispensable para aclarar su origen. Harrington supone que es un horno fabricado por los antiguos pobladores hispanos para extraer la brea de los pinos, abundantes en el país.

El arqueólogo norteamericano concluye diciendo que Pinar del Río se ha caracterizado arqueológicamente por la rudeza y primitividad de cultura de sus aborígenes, idéntica a la descubierta en Baracoa y en la Ciénaga de Zapata, lo cual concuerda con el dicho de los cronistas conquistadores, al asegurar que en el extremo occidental de Cuba vivía un pueblo muy atrasado, el de los *guanahatabibes,* cuya civilización era más primitiva que la de los *taínos,* que ocupaban la mayor parte de la isla, y cuyo lenguaje era distinto. Harrington dice que los *guanahatabibes* eran los supervivientes del pueblo *ciboney,* que en época anterior

ocupó toda Cuba y que había sido en buena parte dominado por los *taínos* procedentes de Haití.

El hallazgo en Vueltabajo de unas pocas piedras petaloides de origen *taíno,* puede explicarse por importación de *taínos* fugitivos cuando la conquista; acaso por alguna colonia *taína,* último avance de la invasión *aruaca;* o por comercio de los *ciboneyes guanahatabibes* del Oeste con los *taínos* del Este.

LAS DOS CIVILIZACIONES INDOCUBANAS: CIBONEY Y TAÍNA

Los dos últimos capítulos de la obra a que nos venimos refiriendo son de interesantes conclusiones. El XIX se titula *Civilizaciones halladas en Cuba.*

Por lo menos fueron dos, dice Harrington, las civilizaciones cubanas prehistóricas. Fewkes ya lo creía; pero la expedición de la *Heye Foundation* ha servido para demostrar la certeza de esa tesis arqueológica; y Harrington las representa con los apelativos de *Ciboney* y *Taíno,* basándose en los antecedentes de los historiadores y en el uso de los paleoetnólogos contemporáneos.

Harrington pasa a analizar, y ésta es acaso la parte más importante de su trabajo, las características de cada una de ambas civilizaciones.

La *civilización ciboney* se caracteriza:

1º Por sus *herramientas:* la gubia hecha de concha, muy abundante; el *hacha* (2) de concha también, más rara; el percusor de piedra y la piedra mortero con una poco profunda concavidad.

2º Por sus *vasijas,* siendo típica la hecha de un *guamo* u otros grandes caracoles marinos *(strombus gigas, triton nodiferus, cassis tuberosus,* etc.), por extracción de su espira y volutas interiores.

3º Por sus *ornamentos,* como los pinjantes hechos toscamente de la columela de un caracol marino o de piedra, perforada en un extremo para su suspensión; y toscos discos pequeños de nácar, concha o piedra.

4º Por su *habitación;* allá en Baracoa en los refugios rupes-

---

(2) Adoptamos este vocablo, siguiendo el uso de los arqueólogos españoles e hispanoamericanos de traducir por *hacha* la voz *celt,* que usan con significación más precisa los etnólogos anglosajones. El vocablo castellano no es del todo propio.

tres, en la boca de las cavernas a lo largo de la costa y en las gargantas de los ríos, si bien algunas veces se encuentran lugares de población *ciboney* en campo abierto; en la región occidental, en lugares abiertos y en cuevas cerca de corrientes fluviales.

5º Por sus *costumbres funerarias,* enterrando sus muertos en el suelo de las cavernas, sin regularidad en cuanto a profundidad, posición u orientación; pero en la Ciénaga de Zapata, en los enterrorios de los caneyes, los esqueletos parecen colocados con la cabeza hacia al Este.

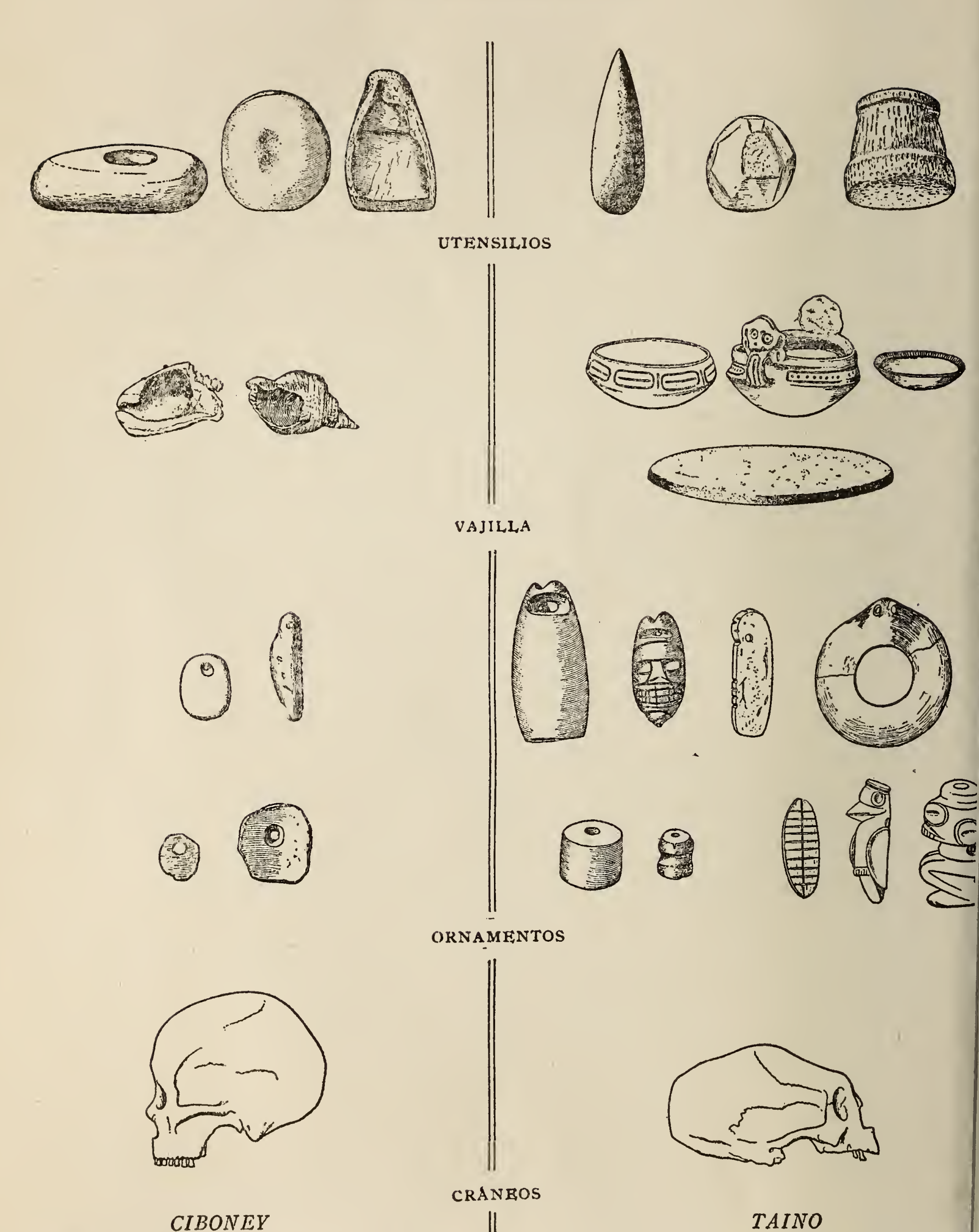
6º Por sus *cráneos* que no ofrecen ninguna deformación artificial.

La *civilización taina* se caracteriza, análogamente:

1º Por sus *instrumentos,* como el hacha petaloide o amigdaliforme perfectamente simétrica y muy pulimentada, por lo general; el majador de piedra, bien construído y a veces con algún grabado de figura humana o animal; el bruñidor de piedra, frecuentemente de forma globular, de diorita o pedernal, mostrando su uso en trabajar hachas y otras piedras; y pequeñas lajitas de piedra arenosa usadas como alisadores de superficies ásperas, y limas o herramientas para ranurar en conchas, huesos o maderas duras.

2º Por sus *vasijas* de cerámica, comprendiendo formas de cazuela, tazas, platos y, alguna vez, de botella, etc., frecuentemente decoradas con incisiones curvas por lo general, formando dibujos, o con asas modeladas, por lo común de forma grotesca, imitando efigies de seres humanos o animales, y a veces mostrando combinaciones de dos o tres formas de ornamentación. Además, por sus *burenes* planos y circulares para el casabe, de unas 20 pulgadas de diámetro y unos tres cuartos de pulgada de espesor.

3º Por sus *ornamentos* numerosos: orejeras de concha; pinjantes de concha y nácar, usualmente en forma de disco o de garra *(claw-like);* sonajas hechas de conchas de *oliva* con la espina destruída; amuletos en forma de figuritas hechas de piedra o concha; cuentas finamente acabadas y ornamentadas de ambos materiales; óvalos de nácar con incisiones representando dientes, destinados a ser incrustados en la boca de las figuras esculpidas en madera; largos y frágiles objetos de hueso, en forma de mango de cuchara, a menudo bellamente grabados, conocidos por *swallow-sticks,* que



CUADRO GRAFICO DE LAS CULTURAS *CIBONEY* Y *TAINA*, MOSTRANDO LOS RESPECTIVOS ARTEFAC[TOS] Y FORMA CRANEANA.

(Favor de la *"Heye Foundation."*)

nosotros, como ya se dijo, nos permitimos traducir por "espátulas vómicas"; y, en fin, sus trabajos en madera, con sus típicos motivos ornamentales y las grotescas cabezas, que recuerdan las de su cerámica y sus grabados de concha, entre ellos los *dujos,* los ídolos, las bandejas y las palas.

4º Por su *habitación,* que allá en la zona de Baracoa se fijó invariablemente en las *mesas* o mesetas superiores, donde hay lluvia abundante y segura para sus plantaciones de maíz y yuca, y cerca de agua potable. Los lugares de población *taína* están marcados por lometones de residuos y terraplenes. Alguna vez se encuentran reliquias *taínas* en las costas.

5º Por sus *costumbres funerarias,* que se reducen a dos formas de enterramiento: una en las afueras de la población, en los lometones, conchales o caneyes, en posición doblada y con frecuencia vuelta la cara al Este; y otra, depositando el cadáver en una cueva y, siendo practicable, cerrando la entrada de la concavidad por medio de piedras.

6º Por sus *cráneos,* pues todos los hallados por las expediciones arqueológicas de Harrington, en depósitos de artefactos *taínos,* presentan la famosa deformación artificial por aplanamiento frontal.

Harrington ha trazado un cuadro comparativo y sintético de ambas culturas. En su obra viene representado por la lámina CVIII, la cual reproducimos como ilustrativa de este trabajo, traduciendo sus términos, por cortesía de su autor, que expresamente agradecemos. Es una gráfica representación, al alcance del menos documentado en estos estudios arqueológicos, que hará sin duda época en la historia de la arqueología cubana.

En ese cuadro comparativo de las culturas *ciboney* y *taína,* cuya caracterización ha quedado ya por la obra de Harrington definitivamente fijada, se distinguen los instrumentos primitivos, las vasijas, los adornos y los cráneos, prescindiéndose atinadamente de los objetos que pueden ser tenidos como de ambas civilizaciones, tales como las astillas de pedernal usadas como cuchillos, puntas de armas arrojadizas, taladros, raspadores o raederas, buriles, etc. Estos instrumentos encuéntranse en los depósitos arqueológicos de ambas civilizaciones, pero acaso una de sus formas pueda escogerse como típicamente *ciboney:* una raedera biselada por un solo

lado en la cual el filo raedor es cóncavo, a propósito para raspar las varas de madera dura, con que hacían las flechas y jaras.

Otros objetos, que pueden considerarse como comunes a las dos culturas, son los pesos de piedra, tenidos por *net-sinkers* o "sumergidores de redes"; los majadores cilíndricos de piedra; leznas hechas de huesos agudizados; cuentas de caracolitos marinos, de vértebras de peces y de concha.

Algunas reliquias arqueológicas son aún de dudoso origen, tales como las vasijas de barro generalmente lisas, pero a veces decoradas con simples motivos angulares, o toscas vasijas de forma globular aplanada y del tipo conocido por *"boat-shape"* o navicular. Ambas formas, semiglobular y navicular no son desconocidas en la cerámica *taína;* pero es significativo que tales formas, y únicamente ésas, sean las que se encuentren aparentemente asociadas a la cultura *ciboney.*

El examen de la antigua cerámica jamaiquina sugiere a Harrington la posibilidad de que algunas colonias de primitivos indios de Jamaica se establecieran en Cuba antes del arribo de los *taínos;* o de que algunos grupos *ciboneyes* absorbidos por la conquista *taína* aprendieran de éstos la alfarería y aplicaran como decorativos los mismos simples motivos angulares, que acostumbraban usar en otras labores. Esto explicaría, al parecer, que en la mayor parte de los yacimientos *ciboneyes* no se encuentren ni tiestos ni rastros de cerámica. De todos modos, ello merece ulterior estudio, porque la alfarería *ciboney* aún no puede darse por probada, y los ejemplares hallados en sus depósitos pueden ser intrusos.

También pueden estimarse como de dudosa procedencia las hachas o *celts,* pues aunque se encontraron en sitios *ciboneyes* de Baracoa y hasta una muy tosca en la Ciénaga de Zapata, generalmente se hallaron en lugares donde debe de sospecharse una superpuesta ocupación *taína,* y, de todos modos, nunca de forma petaloide.

Asimismo son de dudoso origen las toscas esculturas en las estalagmitas y las paredes de las cuevas, si bien cree Harrington que, al menos las más rudas, sean *ciboneyes.* Lo mismo ocurre con los majadores cónicos, de los cuales acaso deba de creerse que fueron empleados por ambos pueblos.

Tampoco pueden catalogarse como *taínos* los reseñados objetos de madera, descubiertos en Malpotón, pues no ofrecen ninguno de sus típicos patrones decorativos, como sus ondeantes curvas, sus ojos convencionales, y sus grotescas cabezas; pues el único objeto decorado es el referido bastón ceremonial y su ornamentación es completamente extraña a los métodos y tipos *taínos.*

Todos esos objetos dudosos, provisionalmente, a los efectos de su simple exposición en museos, pueden comprenderse entre los *ciboneyes,* a reserva de una definitiva clasificación.

Además de los lugares de población, que fueron primeramente *ciboneyes* y después *taínos,* en los cuales naturalmente se encuentran objetos mezclados de ambas civilizaciones, se observa alguna vez que en depósitos *taínos* aparece algún aislado objeto típicamente *ciboney;* y esto se explica fácilmente bien porque fuese llevado como curiosidad o trofeo, o bien porque perteneciese a algún infeliz *ciboney* sirviente o esclavo del *taíno.*

Esto sin contar, podría añadir Harrington, que el uso de algunos objetos *ciboneyes,* como la vasija hecha de un *guamo,* o el *fotuto* como instrumento de música, ha sobrevivido hasta nuestros días entre los blancos, y por más poderosa razón pudo alguna vez ser adoptado por algún grupo *taíno.*

De las investigaciones de Harrington y de los anteriores descubrimientos arqueológicos se deduce que la cultura *ciboney* comprendió toda la isla, desde Oriente a Occidente, y que la *taína* ocupó desde Oriente hasta Morón. Desde este punto hacia el Oeste sólo se tienen algunos esporádicos hallazgos de hachas petaloides en Sancti-Spíritus, Zapata, Matanzas, San Miguel en la Habana y en Pinar del Río.

La cultura *taína* hállase también en Haití y en las Bahamas y, en forma más avanzada, en Puerto Rico. En cambio los *taínos* de Jamaica debieron de ser menos adelantados a juzgar por sus restos arqueológicos, hasta el punto de que su cultura puede ser bien llamada *sub-taína.* Hállanse, asimismo recuerdos *taínos* en las Antillas Menores, si bien allí aparece otra cultura, la *caribe,* la cual no está aún debidamente estudiada en su arqueología.

En cuanto a la extensión de los *ciboneyes* por otras islas, parece encontrarse igual cultura, según datos históricos, en Guacayarima, al Oeste de Haití.

El autor de estos renglones puede añadir que la cultura *ciboney* ocupó también la Isla de Pinos, como demostrará en próximo estudio dando cuenta de sus descubrimientos en las cavernas de aquella Antilla casi olvidada, a pesar de que por su extensión no puede considerarse de las menores del gran archipiélago, después de Jamaica.

Harrington explica las razones para el empleo de las voces *ciboney* y *taíno,* respectivamente, como denominativas de ambas culturas. La voz *ciboney* fué usada por Fray Bartolomé de las Casas, como apelativo que daban los indios de Oriente a un pueblo que tenían sometido como sirviente y del que había población en la parte occidental de Cuba. El vocablo *taíno* se debe a la relación de Pedro Martyr de Angleria, quien refiere cómo en el segundo viaje de Colón, se le acercaron a éste ciertos indios de la Española diciéndole que eran *taínos,* o sea buenos y no caníbales. Los autores han escogido ambos términos para significar las dos culturas reseñadas.

Sus contactos con otras culturas

Los arqueólogos cubanos, dice Harrington, discuten si hubo en Cuba colonias de *caribes,* sosteniéndose por lo común la afirmativa desde Poey, sobre la base de que los muchos cráneos deformados, que han sido hallados en la parte oriental de la isla, son sin duda *caribes.* Esta teoría descansa en la creencia, que todos han aceptado, menos Bachiller y Morales, de que tal deformación craneana es costumbre exclusiva de los indios *caribes.*

Harrington se declara contra esa tesis, por el hecho de haberse descubierto iguales cráneos deformados frecuentemente en las islas *taínas,* como Haití, Jamaica y Bahamas. En Cuba, además, siempre tales cráneos se han encontrado en enterramientos típicamente *taínos* con remanentes de esta cultura. Por otra parte Oviedo y Charlevoix históricamente demuestran que los indios de Haití practicaban ese apalanamiento del frontal; y así lo asegura para los indios borinqueños Fray Iñigo Abad.

Además, en estas Grandes Antillas, por lo general, no se han descubierto restos que puedan calificarse como típicamente *caribes.* En Cuba, añade Harrington, sólo tres destrales de piedra

pueden tenerse por *caribes,* a juzgar por su forma: una hallada en Baracoa, otra en Banes y otra en Matanzas, lo cual basta para pensar en posibles correrías *caribes* por la costa, pero no en colonias.

Fewkes piensa que en Cuba pudo haber una tercera cultura, además de la *taína* y la de los trogloditas o *ciboneyes,* raza de pescadores, habitantes de los cayos. Harrington cree que éstos eran los mismos *ciboneyes.*

Queda por definir la cultura de los indios que habitaron los palafitos hallados por Cosculluela en la Laguna del Tesoro; pero se requerirá una minuciosa exploración, aunque *prima facie* puedan suponerse *ciboneyes.*

A las influencias de las culturas continentales en Cuba, Harrington dedica breves párrafos.

Todavía no se ha descubierto un objeto que permita suponer una influencia del arte *Maya* de Yucatán.

En cuanto al sudeste de los Estados Unidos, algunos sostienen que la cultura *taína* pasó de las islas al continente y no viceversa, hallándose en esa zona, desde el Golfo a Tennessee y del Atlántico a la parte oriental de Tejas, la típica *cazuela taína,* y algunas hachas petaloides se han descubierto hasta en Georgia. Holmes llama la atención acerca de que los característicos motivos decorativos de la cerámica *taína,* encuéntranse entre los indios de esa región norteña, suponiendo una influencia meridional traída de las Antillas. Aun en la Florida los *seminoles* usan el bohío cubano, que es aborigen, y el uso alimenticio de la raíz de *coonti* rayado recuerda el casabe de los indios de Cuba. En cambio, en las Antillas no se encuentran las puntas de flechas de pedernal, las pipas, ni otros objetos típicos de esa zona de los Estados Unidos. Esto, en cuanto a la cultura *taína.*

Fewkes, refiriéndose a la cultura primitiva de Cuba, la *ciboney,* dice que la conexión de los pescadores de Cuba con la población de los cayos de la Florida es íntima, pero aun no puede determinarse cuál procede de la otra. Harrington añade que en el museo de la *Heye Foundation* se tienen objetos indios idénticos a los del cabo de San Antonio, encontrados en los conchales de la Florida, y las mismas gubias, hachas y vasijas de caracol, similares a las *ciboneyes* de Cuba. Si pudiera demostrarse que los pueblos pes-

cadores de Cuba recibieron su cultura de los de Florida, habría que pensar en un antiguo poblamiento norteamericano de Cuba y Haití, cuando menos, combatido más tarde y dominado por una invasión suramericana de *aruacas* o *taínos.* En cuanto al origen de la cultura *taína* no cabe duda que hay que estudiarlo en Sur América, donde *aruacas* y *caribes* aún viven numerosos. Pero en cuanto al origen *ciboney* nada puede asegurarse, y su procedencia norteamericana es posible.

El desarrollo histórico de Cuba y demás Antillas sugerido por el estado actual de la arqueología, lo resume Harrington suponiendo tres sucesivas invasiones; la primera, del pueblo *ciboney;* la segunda, la *taína,* desde Sur América, alcanzando todo su esplendor en Puerto Rico, y no pasando del oriente de Cuba y las Bahamas; y la tercera, la *caribe,* que conquistó las Antillas menores, y que cuando la invasión de estas Indias por los europeos, estaba en auge, amenazando con extenderse hacia el norte conquistando las Antillas mayores.

Hasta aquí la reseña de los descubrimientos de Booy y de Harrington, y sus conclusiones. El libro termina con un minucioso índice y una relación bibliográfica.

La notable obra *Cuba before Columbus,* por la amplitud de sus observaciones, por la base original de exploración, por lo acucioso de los análisis y por la novedad de sus conclusiones sintéticas *hace época* en la historia de la arqueología cubana. Creemos que no pocas ideas, antes vagas y borrosas, se han consolidado, y que hemos al fin sobrepasado la época de la arqueología basada en inducciones más o menos dialécticas y caprichosas sobre los datos históricos de los cronistas del siglo XVI, para entrar en una era de segura orientación, con las exploraciones sobre el terreno como base y la etnografía y la lingüística comparadas como guías.

La segunda parte de la obra, que estudiará la sociedad cubana precolombina, promete ser digno remate de esta parte inicial, que tanto provecho trae a la ciencia cubana. Que pronto vea la luz pública es nuestro cordial augurio.

FERNANDO ORTIZ.

La Habana, 1922.

EL CREDO DE UN INCRÉDULO

(DE LAS "CONVERSACIONES DE ANATOLE FRANCE" DE PAUL GSELL) (*)

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE GAY CALBÓ

ANATOLE France estaba a punto de publicar su *Juana de Arco.*

Le había costado su obra veinte años de esfuerzos... Cada página había sido tachada, rehecha, tallada a golpes de cincel.

Es la manera del Maestro.

Cuando se pasa la vista por sus manuscritos se siente asombro sabiendo la labor que produce esa aparente facilidad y esa gracia que se entrega. Gran lección para los principiantes.

Multiplica las correcciones, invierte las frases, emplea nuevas transiciones, destroza las cuartillas hasta hacer un rompecabezas, pone al principio lo que estaba al final, arriba lo que estaba abajo, y lo une todo con la brocha de la goma.

Ciertas partes ya compuestas fueron reescritas, y después recompuestas ocho o diez veces en pruebas.

France suprimió muchas lindas afectaciones. Quería, anhelaba, la mayor sencillez.

A la lectura de su primer texto sus amigos le habían dicho:

(*) De las *Conversaciones de Anatole France* hay una traducción industrial, sin belleza y sin el perfume que en francés tienen las pláticas del gran ironista. El autor de esta traducción ha emprendido la versión de esas hermosas páginas, con el propósito de rendir un homenaje de cariño, que también es de desagravio, al autor de tantas admirables obras.—*N. del T.*

—¡Es encantador! ¡Exquisito! ¡No lo toque: puede echarlo a perder!

Y de ensayo en ensayo se vieron obligados a reconocer un progreso continuo hacia la perfección.

Sin embargo, France no se decidía a dejar emprender su vuelo a esta *Juana de Arco*.

Sospechaba que la obra, escrita sin prejuicios, únicamente con el respeto a la verdad, satisfaría sólo a un número escaso de lectores.

Ese día, lo encontramos melancólico.

Conversaba con Pedro Champion, el sabio biógrafo de Carlos de Orleans y de Francisco Villon.

Ha trasladado a este joven erudito la viva amistad que profesaba a su padre, muerto recientemente.

El digno editor Honorato Champion, establecido en el muelle de Malaquais, conoció al padre de Anatole France, el librero Thibault, quien, cerca de allí, en el muelle de Voltaire, había tenido también tienda de libros, con la divisa: *A las armas de Francia.*

Pedro Champion es a la vez sonriente y desengañado. Su voz es cariciosa y lejana. Sueña siempre. No vive con sus contemporáneos, sino con las sombras de otros tiempos. Casi siempre va abrigado con una bufanda, sin duda por miedo de resfriarse en las húmedas tinieblas de la Historia.

Como el siglo XV es su cantón y él lo ha cruzado por todos sus caminos, por todos sus senderos y sus callejuelas, ayudaba a Anatole France a releer las pruebas de *Juana de Arco*.

—Bien—preguntó—¿cuándo aparecerá?

FRANCE:—*Yo quisiera que fuera pronto. Pero Ud. sabe, mi querido amigo, que las crisis hepáticas me han demorado mucho en estos últimos tiempos, y temo ser detenido de nuevo.*

Entonces Juan Jacobo Brousson, secretario del Maestro, indagó con un tono de interés filial:

—¿Sufre Ud. todavía?

FRANCE:—*Sufrir no, pero estoy inquieto. Usted no ignora cómo ese mal entorpece el trabajo, porque Ud. lo ha sufrido también. Es por eso que se ha interesado por mí: porque nos compadecemos de los demás al través de nosotros.*

BROUSSON:—No, mi querido Maestro: yo no lo compadezco.

Si la Naturaleza, que le ha prodigado los tesoros de la inteligencia, martiriza un tanto su cuerpo, sólo hace justicia.

France:—*¿De veras?*

Brousson:—Si yo fuera genial como Ud., soportaría alegremente las más crueles enfermedades.

France:—*Este muchacho no sabe lo que dice.*

Champion:—Sí lo sabe bien. Pero volvamos a su *Juana de Arco:* me parece que tardan mis aplausos por su triunfo.

France:—*Su amistad les engaña. No será bien acogido mi libro. No hay en él nada de lo que buscarán. Yo sé lo que se espera de mí: una narración llena de truhanerías hipócritas. Y se equivocarán.*

Yo debía, por ejemplo, insistir sobre la virginidad de mi heroína, sobre las pruebas a que la sometieron, sobre el examen de las matronas comisionadas para ello por los jueces.

Y no he querido hacerlo.

Sin embargo, era muy fuerte la tentación.

Entre las piezas del proceso de rehabilitación, hay algunas sabrosas deposiciones sobre la castidad de la Doncella.

Los capitanes que fueron sus camaradas de armas y que durmieron junto a ella a la intemperie en los campos, presentan al Cielo como testigo de que ningún mal deseo los soliviantó. Se asombran con candor. Ellos, que ponían todo su pundonor en mostrarse siempre galantes con el sexo opuesto, se pasman de su reserva ante las miradas de la santa muchacha. En su presencia, según declaran, su carne estaba insensible. Eso es para ellos el más sorprendente de los milagros y la prueba manifiesta de una intervención divina.

Jacinto Loyson (1):—¿Entonces le parece cierto, Maestro, que ella conservó su pureza?

France:—*En verdad, de eso no queda la menor duda.*

Las matronas de Poitiers aportaron a su favor una afirmación concluyente, aunque sobre el asunto, Salomón, con su prudencia, aconseja al sabio que jamás decida.

Piense, por otro lado, que para los contemporáneos esa virtud conservada en medio de los peores bellacos era un motivo de gran

(1) Jacinto Loyson, que acaba de morir, era hijo del célebre cura disidente.

admiración. El menor desfallecimiento habría sido pregonado en seguida.

En fin, cuando Juana cayó en poder de los ingleses se enfermó. Y los médicos que la cuidaron no dejarían de comprobar lo que interesaba tanto a los jueces.

Si el examen hubiera producido confusión, sus acusadores habrían podido legítimamente, según las ideas de entonces, declararla hechicera y poseída de Satán. La estrategia de Belcebú era en efecto sencilla e infalible. Si quería dominar a una mujer empezaba por tomarle lo esencial. Parece que después de ese primer sacrificio no le negaría nada. Se convertiría en la esclava más sumisa.

Y en esta superstición había un fondo de verdad, pues las mujeres obedecen ciegamente a quien se apodera de sus sentidos.

LOYSON:—En suma, querido Maestro, ¿qué piensa Ud. de Juana?

FRANCE:—*Que fué una valiente muchacha, muy devota a su rey. Me siento entusiasmado por su bravura y horrorizado por la tremenda barbarie de los teólogos que la mandaron a la hoguera.*

DREYFOUS (2):—¿Usted participa, pues, de hecho, los sentimientos de Michelet?

FRANCE:—*¿Por qué no?*

DREYFOUS:—¿Pero Ud., por lo menos, no está enamorado de Juana? Michelet soñaba con ella. La veía, la oía. No mostraba sorpresa ante esas visiones. Ella se le aparecía.

Oiga un hecho de que fuí testigo.

Un día, de paso por Ruán, ví al viejo Michelet sentado sobre un poste al pie de la gran torre en donde Juana estuvo cautiva.

Me acerqué para saludarlo y advertí que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—"¿Qué tiene usted?"—le pregunté muy conmovido.

—"¡Ella está dentro!"—contestó mostrándome la torre.

Pero de pronto, como si despertara:

—"¡Oh, perdón, mi amigo, no sé dónde tengo la cabeza!"

FRANCE:—*Me gusta esa anécdota, en la que está entero el buen Michelet. Para escribir la historia procedía de buen grado por alucinaciones.*

---

(2) Dreyfous, muerto ya, era un tratadista constitucional, *cartista*, reputado.

CHAMPION:—¡Linda palabra!

Loyson trató de poner a nuestro huésped en un compromiso.

—Francamente,—preguntó—¿su admiración por Juana no está disminuída por sus *Voces?*

FRANCE:—*De ningún modo.*

LOYSON:—¿Cómo? ¿Sus visiones no le parecen desatinadas?

FRANCE:—*Pero, mi amigo, todos tenemos visiones.*

LOYSON (desconcertado):—¿Cómo es eso?

FRANCE:—*¿Quiere Ud. ejemplos contemporáneos? Recuerde el asunto Dreyfus. Nuestro amigo Francisco de Pressensé invocaba entonces la Justicia y la Verdad. Hablaba de ellas como de personas vivas. Estoy seguro de que las veía.*

¿Y Zola no proclamó que la Verdad estaba en marcha? También él la trataba como a una persona real.

Se le aparecía, según pienso, con los rasgos de una bella mujer trigueña, con rostro severo. Acaso se le parecía a la señora Segond-Weber. Estaba vestida con un peplo blanco, como las actrices del Teatro Francés cuando representan diosas antiguas, y llevaba muy alto un espejo reluciente.

Pero me equivoco: la Verdad de Zola debía ser más naturalista. Y recordaría tal vez a la Mouquette enseñando... lo que ustedes saben.

En todo caso, él la veía como yo lo veo a Ud.

Y no obstante, le pregunto, mi amigo: ¿la Justicia y la Verdad existen?

LOYSON:—En carne y hueso, es evidente que no, pero existen.

FRANCE:—*Ahí tiene cómo también Ud. es visionario.*

La Justicia y la Verdad, mi querido Loyson, no existen mientras los hombres no las desean. Y cuando las desean es con tibieza.

Y si Pressensé y Zola se dejaron guiar por divinidades imaginarias, ¿nos burlaremos de Juana de Arco a propósito de sus Santos, de sus Santos y de toda su milicia celestial?

Loyson abría la boca para una objeción.

Pero France agregó rápido:

—*Usted me dirá que ella sentía diez millones de ángeles en torno suyo y que eso es demasiado. Evidentemente, es más que*

cuanto vieron Zola y Pressensé. Pero, después de todo, ¿por qué disputar sobre el número?

Nos echamos a reir.

France siguió:

—*En el siglo XV todos los espíritus estaban llenos de quimeras. Si Juana "veía sus voces", como decía ingenuamente, los jueces, que procuraban culparla de hechicería, creían tercamente en los demonios.*

Pero mientras que las visiones de Juanita eran radiantes y la impulsaban a las más nobles empresas, las de sus verdugos eran obscenas, infames y monstruosas.

Tranquilícese, sin embargo, mi querido Loyson. Si excuso y admiro las visiones de la pobre pastorcita, no quiere decir que al hacer su historia yo haya agregado fe a los milagros.

Por el contrario, he recordado siempre que el deber del sabio es el de explicar todos los hechos con razones naturales.

Y me he esforzado en poner bien en claro lo que hace lógicamente posible la misión de Juana.

Desde luego, y sobre todo, con respecto a la credulidad de la época, que se encontró fortificada en los Armagnacs por las profecías de Merlin y de Beda el Venerable, sobre una Doncella que debía salvar el reino.

Juana fué, para las tropas del Delfín y para los hombres de armas, una mascota cuya sola presencia despertaba su fanatismo, y que les hizo olvidar el peligro y les dió la victoria.

Y por el contrario, su nombradía de maga inspiraba un increíble temor a los ingleses, que hasta entonces fueron muy temidos por el pueblo de Francia, y que eran denominados comunmente les Coués, *es decir: "los diablos con cola". Se creía, en efecto, que tenían una pequeña cola en la espalda.*

Todo el poder de Juana, que sin duda fué grande, vino del ascendiente que tuvo, sin saberlo, sobre la inferioridad mental de sus contemporáneos. Agregue el ejemplo del heroísmo que la brava muchacha daba en todo momento.

Cuando se analiza minuciosamente su aventura maravillosa, se siente la misma sorpresa que ante una estrella muy brillante vista con lentes astronómicos cada vez más poderosos: cualquiera que sea su grosor, el astro siempre es un punto sin diámetro.

Juana, por sí sola, fué muy poca cosa, pero la leyenda que crearon en seguida alrededor de ella fué resplandeciente y no cesó de brillar.

Es preciso decir que su misión fué acaso más fácil de lo que se piensa, pues los ingleses se hallaban cansados y eran poco numerosos.

No olvidemos la gran habilidad de Carlos VII y de sus consejeros. Todo me persuade de que Carlos VII, si no fué en modo alguno un guerrero, fué por lo menos un muy entendido negociador, que ganaba más entre los burgueses de las ciudades por la dulzura que por la violencia, y se afirmaba más en la diplomacia que en las armas; uno de esos buenos soberanos, en fin, que hicieron la grandeza de la antigua Francia por su prudencia, su finura y su tenacidad en los Consejos.

CHAMPION (con voz muy dulce) :—No dude, mi querido Maestro, que le censurarán haber expuesto humanamente esa historia piadosa y haber proscrito los *charismos,* para servirme de un término teológico.

Oigo ya a sus adversarios habituales. Dirán que sus manos de escéptico no tenían el derecho de tocar esa imagen santa.

FRANCE (con repentina vivacidad) :—*¡Escéptico! ¡Escéptico! En efecto, me llamarán todavía escéptico. Y para ellos es la peor injuria.*

Mas, para mí es la más halagüeña de las alabanzas.

¡Escéptico! Todos los maestros del pensamiento francés lo han sido. Escépticos: Rabelais, Montaigne, Molière, Voltaire, Renán... Escépticos, todos los más altos espíritus de nuestra raza, todos los que yo venero tembloroso y de los que no soy más que un discípulo humilde.

La voz de France en ese momento había perdido su acostumbrada indolencia; se había tornado súbitamente vibrante y su rostro, de ordinario malicioso, estaba afilado y movible.

Continuó:

—*¡El escepticismo! Se hace de esta palabra un sinónimo de negación y de impotencia.*

Pero nuestros grandes escépticos fueron los más afirmativos y a menudo los más esforzados de los hombres.

No negaron más que las negaciones. Atacaron todo lo que

amarra la inteligencia y la voluntad. Lucharon contra la ignorancia que embrutece, contra la intolerancia que tiraniza, contra la crueldad que tortura, contra el odio que mata.

Se les acusa de haber sido incrédulos. Sería preciso saber primero si la credulidad es una virtud y si la verdadera firmeza no es la de poner en duda aquello que no hay razón para creer.

Y no sería difícil probar que los genios franceses llamados escépticos, profesaron el más admirable "credo".

Cada uno de ellos formuló un artículo.

Rabelais, bufón lleno de gravedad, proclamó la majestad de la tolerancia.

Como él, el pirrónico Montaigne se prosternó devotamente ante la sabiduría antigua. Olvidando las oscilaciones de "Que sais-je?", hizo el llamamiento a la piedad contra la ferocidad de las guerras religiosas y contra la barbarie de los suplicios judiciales. Sobre todo, rindió homenaje a la santidad de la amistad.

Molière se inflamó contra las pasiones y las irregularidades que hacen odiosos a los humanos y predicó el buen evangelio de la sociabilidad.

En sus piruetas más locas, el incrédulo Voltaire jamás pierde de vista su ideal de razón, de ciencia, de bondad... sí: de bondad. Ese gran satírico no fué maligno sino para los malvados y los tontos.

Y finalmente, Renán fué siempre sacerdote y no hizo más que depurar la religión. Creía en la divinidad, en la ciencia, creía en el porvenir de los hombres.

Así, todos nuestros escépticos estuvieron plenos de fervor, todos laboraron para librar a sus semejantes de las cadenas que los abruman. Fueron santos a su modo.

Alguno dijo:

—*San Renán:* ese es el título de un capítulo de los *Recuerdos de infancia y de juventud.* Pero no se ha hablado todavía de San Voltaire ni de San Rabelais.

Sin atender a la pulla, France continuó:

—*Se ataca a esos gigantes por haber confiado demasiado en la razón humana.*

Por mi parte, no concedo a la razón una confianza excesiva. Sé cómo es débil y vacilante.

Pero recuerdo el espiritual apólogo de Diderot: No tengo—dijo—para guiarme en la noche por un bosque espeso, más que una lucecita vacilante. Un teólogo viene y me la apaga.

Sigamos primero la razón, que es lo más seguro. Ella misma nos advierte sus flaquezas y nos enseña sus límites.

Además, lejos de ser incompatible con el sentimiento, lo dirije.

Cuando los más escépticos pensadores han meditado mucho ante la inutilidad del movimiento eterno del Universo, ante lo insignificantes que son los tristes hombres, y ante los sufrimientos absurdos que se infligen entre ellos durante el tan breve sueño de la existencia, son presa de una profunda conmiseración por sus semejantes.

De esa conmiseración al amor fraternal sólo hay un paso, que es dado pronto. La piedad se agranda, y el que se creía apartado de todo se lanza frenéticamente al combate para socorrer a sus hermanos infelices.

Sí, mis amigos: esos son los sentimientos de los escépticos

Todos escuchamos en silencio esa ardiente profesión de fe.

Y France, excusándose casi:

—*Me exalto, ¿verdad? Es que los pobres escépticos son realmente poco conocidos.*

En suma, son los más idealistas de los mortales. Y ellos son los únicos idealistas anatematizados.

Como sueñan con una humanidad mejor, se afligen al ver a los hombres tan diferentes de lo que debieran ser. Y su habitual ironía es sólo la expresión de su desencanto. Ríen, mas su alegría oculta siempre una tremenda amargura. Ríen por no llorar.

En seguida, Pedro Champion, medio chanceándose:

—Si Juana de Arco hubiera sido una escéptica de la buena escuela, todo es posible, habría tal vez cumplido por amor a la humanidad las magnánimas acciones que le inspiró la fe.

—*No, sin duda;*—contestó France sonriente—*porque sólo los visionarios hacen muy grandes cosas.*

Pero, malicioso Pedro Champion, advierta que el más irreligioso de los hombres, Voltaire, supo ser muy animoso también al perseguir, contra todas las potencias eclesiásticas y judiciales, la rehabilitación de Calas, de Sirven, del caballero de la Barre y de Lally-Tollendal.

Note que si cometió el pecado de escribir "La Doncella, ese descreído fué el primero en pedir altares para Juana de Arco (3).

Fíjese aún que si los jueces de Juana de Arco, en vez de ser fanáticos devotos, hubieran sido filósofos escépticos, seguramente no la hubieran quemado.

Concluya, mi querido amigo, reconociendo que el escepticismo inspira los sentimientos más humanos y que en todo caso prohibe los crímenes.

He predicado mi credo. ¡Amén!

---

(3) Anatole France hace alusión a esta frase de la Historia Universal:

En fin, acusada de haber tomado una vez el traje de hombre que se le había dejado exprofeso para tentarla, sus jueces, que no estaban seguros de tener derecho a juzgarla, porque ella era prisionera de guerra, la declararon herética, relapsa, e hicieron morir a fuego lento a la que por haber salvado a su Rey, habría tenido altares en los tiempos heroicos en que los hombres engrandecen a sus libertadores.

UN LIBRO VALIOSO: "ENSAYOS DE DERECHO ADMINISTRATIVO"



UNCA ha sido entre nosotros ni copiosa ni de alto valor la producción jurídica, y, si se exceptúan las obras escasísimas de tres o cuatro maestros de la ciencia de Justiniano, queda reducida nuestra especulación en esta rama de los conocimientos humanos a un corto número de monografías de mediano mérito, cuando no a abominables apuntes tomados en el aula universitaria y que, con títulos tan presuntuosos como impropios de su contenido, vienen publicándose.

Este fenómeno, que no es nuevo y menos inexplicable, se enlaza directamente con un problema trascendental por demás, no estudiado como se merece por los pensadores cubanos: el de nuestra capacidad para la obra metódica y paciente, horra de toda gala imaginativa y ajena a todo lucro inmediato. Cuando se estudie entre nosotros científicamente nuestro problema nacional—¿no diríamos mejor "nuestro derecho a ser"?—, la consideración de este asunto ha de ser dato obligado para la acertada resolución del problema.

Pero, dejando de lado estas consideraciones que nos llevarían de la mano a campos muy distantes, es lo cierto que nuestra producción jurídica resulta pobre si se la compara con la exuberante y lozana que en otras disciplinas hemos dado al mundo. Hace varios años, un ilustre pensador y jurista nuestro señalaba de modo magistral las causas de nuestra penuria científica en lo que al Derecho respecta: durante la dominación española—hacía notar el Dr. Mariano Aramburo y Machado—el carácter mercantil de la factoría sacrificó al lucro material toda especulación men-

tal; conseguida nuestra independencia, el carácter utilitarista que afectó el ejercicio de la abogacía, pasando a ser el bufete "tienda abierta", hizo difícil el desarrollo de la pura especulación jurídica.

No han mejorado ciertamente las circunstancias desde que el ilustre publicista consignaba, dolido, esta triste realidad. De entonces acá, nuestro medio se ha hecho más ingrato aún a la labor especulativa. A ello han contribuído varios factores a los que el Maestro no pudo referirse cuando escribía, entre los cuales merece señalarse la acentuación del carácter materialista de la abogacía, debida a la inevitable influencia de un pueblo práctico por antonomasia, al lucro fabuloso y fácil en nuestra breve y pasada prosperidad, y a la labor desorientadora de nuestro superior Centro de cultura que, apegado a planes y procedimientos desechados en todas las naciones cultas, y sin un concepto claro y definido de su misión, no forma, ni jurisperitos conocedores profundos de la ciencia del Derecho, llamados a emprender la necesaria reforma integral de nuestra legislación, ni profesionales de la Ley, conocedores del Derecho positivo y de su práctica aplicación.

En medio tan desalentador, toda labor seria en el campo del Derecho es doblemente valiosa y debe ser aplaudida sin reservas. El libro recientemente publicado por los Dres. Antonio Lancís y Sánchez y Joaquín Martínez y Sáenz, merece este aplauso que sinceramente le tributamos.

Representa la obra de los jóvenes profesores un esfuerzo serio y el coronamiento de una labor empeñada y difícil, en una de las más áridas ramas de la enciclopedia jurídica.

No se han propuesto los autores de los "*Ensayos de Derecho Administrativo*—como lo declara en el prólogo el profesor Guas Inclán—la publicación de una obra original y nueva, dedicada a la discusión de los problemas capitales de la ciencia de Goodnow y Duguit que preocupan hoy a los Profesores de América y Europa. No pudo ser éste, en modo alguno, el propósito de los noveles autores, sabedores como son, de que en el terreno—vedado para los más—de la alta crítica jurídica, sólo puede penetrarse con éxito después de largos y detenidos estudios, cuando no al cabo de una vida dedicada por entero al estudio de la ciencia del Derecho. Sabiendo además la dificultad, rayana en lo

imposible, de innovar en estas disciplinas, están muy lejos estos jóvenes letrados de seguir el ejemplo pernicioso de algunos pseudo-publicistas europeos que, por el hecho de explicar una Cátedra, o de ocupar un puesto prominente, se creen en el deber ineludible de publicar "su obra", aunque en ésta no se haga más que repetir en forma desmayada lo que otros ya dijeron de modo magistral, formándose así una copiosa bibliografía mediocre, que llega a veces a desorientar al estudioso, apartándole de obras verdaderamente provechosas.

Pero, aun sin aspirar a tan altos fines, tiene la notable obra de los jóvenes Profesores de la Academia de Derecho, méritos más que suficientes para ser recibida con aplauso y señalada como un raro esfuerzo en nuestra producción jurídica. Viene tal obra a llenar una necesidad sentida, no ya por el estudiante universitario, sino también por el que ejerce la abogacía.

Siendo el Derecho Administrativo el más nacional y típico de todos, el que con más facilidad refleja un cambio político o social, posee, anexos a estos caracteres, incontables obstáculos para su completo estudio. Lo son, entre otros, la dificultad de conocer científicamente las innumerables leyes especiales que en gran parte constituyen esta rama de los conocimientos, y, lo que es más importante aun, la ausencia de un cuerpo legal que, como en el Derecho Penal o el Civil, marque una ruta y haga armónico el estudio de las disposiciones dispersas.

Formado nuestro Derecho Administrativo por antiguas leyes coloniales y por modernos injertos de extraña procedencia, la desorientación se hace mayor sin que nuestro Poder Legislativo ponga mano, no ya en la necesaria reforma de nuestro derecho privado, sino en las más primordiales mutaciones que nuestro radical cambio político demanda.

Ante esa desorientación, sin obras adecuadas que señalen un derrotero cierto y un método de estudio fructífero, han vacilado constantemente nuestros estudiantes entre la consulta de obras extranjeras, sólo aprovechables en el campo abstracto de la doctrina, y las notas tomadas en las conferencias de un Profesor de sabiduría indiscutible, pero que, encerrado dentro de las exigencias de nuestro desdichado plan de estudios universitarios y sin tiempo para desarrollar cumplidamente su programa, ha de refe-

rirse solamente a lo más saliente de las leyes que organizan nuestra administración. Por otra parte, nos parece supérfluo poner de relieve las deficiencias de esas notas, que corren de mano en mano, desvirtuando cada vez más la competencia magistral que en un principio las inspiraba.

No son menores los servicios que la obra de los Dres. Lancís y Martínez Sáenz viene a prestar al abogado, al presentar en forma metódica y en un solo volumen las leyes administrativas de diaria aplicación, acompañadas de la jurisprudencia atinente y del acertado comentario.

Compréndase por lo dicho lo que viene a representar la obra en que nos estamos ocupando.

De una simple ojeada saltan a la vista dos características de este libro: de una parte, el propósito de los autores de hacer un trabajo preferentemente didáctico, sin que por ello se cierren las puertas a la discusión doctrinal de los problemas capitales; de otra, el deseo, logrado cumplidamente, de hacer el estudio de tan árida disciplina fácil y atrayente, lo que se ha hecho posible mediante la cuidadosa metodización de las materias y la precisión y claridad en la exposición, para lo que les habrá servido en no escasa medida, a los jóvenes autores, la diaria tarea en la cátedra de la Academia de Derecho.

Únese a las anteriores excelencias la del fácil manejo de las distintas cuestiones que en la obra se desarrollan, logrado por esa serie de metódicas distribuciones que, en su estructura, vienen a caracterizar el libro moderno, como son la numeración de los párrafos y la variedad de índices, que, aunque méritos extrínsecos, prestan servicios inapreciables al estudiante en la localización de la materia que se quiere refrescar, y a los profesionales en la rápida consulta al derecho aplicable al caso práctico.

Al trazar estas líneas creemos cumplir un deber, mostrando a los que empiezan ahora el difícil estudio del Derecho y a los que lo ejercen como noble profesión, una obra de indiscutible autoridad; y, en lo que a los autores se refiere, nos mueve el deseo de alentarlos en la labor emprendida y de aplaudirlos sinceramente.

Pero, sobre todas estas razones apuntadas, de orden especial, existe una más alta y trascendental: la de señalar el verdadero

mérito, separándolo de la habladuría pedantesca, para tratar de desterrar el error en que todos estamos al aplaudir, impulsados por la natural tolerancia nuestra, todo lo que sale de nuestras imprentas, igualando así todos los valores, con lo que se logra no reconocer ninguno, al confundir lastimosamente el fingido oropel con el oro de buena ley.

Por estas consideraciones, bueno es señalar a nuestro público culto, un esfuerzo tan notable, prometedor, para no lejana época, de más sazonados frutos.

JUAN MARINEL-LO VIDAURRETA.

La Habana, diciembre, 1922.

Abogado joven, inteligente, culto y estudioso, el Dr. Juan Marinel-lo Vidaurreta, autor de este artículo de crítica bibliográfica, ha pronunciado varias conferencias sobre asuntos jurídicos en la Academia de Derecho, de la cual es profesor en la actualidad. CUBA CONTEMPORÁNEA le da las gracias por su colaboración, que estima y agradece.

BIBLIOGRAFIA (*)

Biografía de la señora Ana Aguado de Tomás. Por Juan Beltrán. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1922. 8º, 242 p.

Para optar a uno de los premios del concurso iniciado por la Comisión del centésimo tercer aniversario de la fundación de Cienfuegos, el Sr. Juan Beltrán escribió una biografía de la señora Ana Aguado de Tomás, distinguida artista cienfueguera que honró a su pueblo y trabajó con fervor por la independencia de Cuba. El jurado adjudicó el premio al trabajo del Sr. Beltrán, que es una extensa relación de la vida notable de la gran cubana.

En esta biografía, además de los pasajes que se refieren a la actuación de la Sra. Aguado, hay datos históricos de la música en nuestro país. Traza el Sr. Beltrán la figura de la artista y muestra aspectos del cuadro musical cubano. Poco se conoce del pasado artístico, y es en verdad mucho y muy digno de atención lo que podría salvarse de la desaparición completa. Ha habido ensayos locales, como el de Laureano Fuentes, titulado *Las artes en Santiago de Cuba,* agotado y no conocido en el resto de la nación, y ahora el del Sr. Beltrán, que abarca algunas épocas de Cienfuegos, de La Habana y de los emigrados cubanos en los Estados Unidos. La Academia Nacional de Artes y Letras debe desenterrar y reproducir las mejores obras de los musicógrafos que, por pasatiempo y sin otro propósito ulterior, hicieron arte verdadero en una sociedad poco propicia y a veces hostil.

Bien merece la señora Aguado de Tomás el homenaje que le rindieron, por medio de las fiestas del centenario, su paisana la señora Petrona Hernández de Hernández, creadora del premio, y el Sr. Beltrán, autor de esta completa biografía. La labor de patriota y de artista de la señora Aguado fué realmente grande, aun sin tener en cuenta las

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

relatividades de nuestro medio. Como cantante triunfó en España y en los Estados Unidos. Y como cubana se consagró amorosamente a la Patria en la emigración, y trabajó en numerosas veladas y fiestas patrióticas para recaudar fondos que contribuyeran a dar fuerza a la Revolución.

La enmienda Platt. Estudio de su alcance e interpretación y doctrina sobre su aplicación. Por Luis Machado y Ortega. Abogado del Colegio de La Habana. Doctor en Derecho Civil y Público de la Universidad de La Habana. Ex-Attaché a la Delegación de Cuba en las Conferencias de la Paz de Versailles. Con un prólogo del Dr. Rafael Montoro. Ex-Secretario de Estado de la República de Cuba. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1922. 8º, 152 p.

¿Tiene el Gobierno de los Estados Unidos derecho a intervenir en las cuestiones cubanas de carácter interno, como lo ha venido haciendo en los últimos años? El Dr. Luis Machado examina con serenidad el problema y responde a la pregunta con una negativa.

Desde la implantación de nuestra República, nacida por los esfuerzos heroicos de los cubanos, hubo en la América, y en el mundo, desconfianza acerca de la personalidad de la nueva nación. Esa desconfianza no fué obstáculo para las relaciones diplomáticas ni para la aceptación de nuestros delegados en los congresos internacionales. Los representantes de Cuba en muchos pueblos han tenido que realizar verdaderas campañas aclaratorias de nuestra situación, para demostrar que somos un pueblo independiente, constituído de modo normal y en el libre ejercicio de todos los atributos de la soberanía. Pero la desconfianza persiste, y hasta ha llegado a ciertas clases de la sociedad cubana, como en extensión de contagio o como protesta por la mala administración. Es, pues, necesario exponer de una manera irrebatible la verdad que tan espantable parece y que no tiene ese horrible aspecto. El doctor Machado se impuso la importante labor, y ha hecho bien. Su libro aclara conceptos, da interpretaciones lógicas, establece las diferenciaciones precisas entre los deberes que tenemos para con los Estados Unidos y el límite que pone el decoro a esos deberes.

El Dr. Machado contesta ampliamente a estas interrogaciones: "¿Cuál es el alcance de la Enmienda Platt? ¿Cuándo puede intervenir en Cuba el Gobierno americano? ¿Quién puede decretar la intervención? ¿Qué derechos tiene Cuba para oponerse a la intervención? ¿Es Cuba un pueblo libre y soberano o un protectorado de los Estados Unidos?"

Durante los Gobiernos cubanos de Don Tomás Estrada Palma y el general José Miguel Gómez, la Enmienda Platt, convertida en Tratado Permanente el 22 de mayo de 1903, sólo tuvo el carácter de un con-

venio de mayor amistad y de mutuas garantías entre las dos naciones. En los cuatro años últimos de los dos períodos presidenciales del general Mario G. Menocal, el Tratado fué una cadena para Cuba. La Cancillería permitió al representante diplomático de los Estados Unidos que se dirigiera airadamente a los cubanos sublevados por una serie de circunstancias internas, extrañas a todo lo relacionado con los asuntos que previene el Tratado Permanente. Y después de las proclamas del Ministro González, vino un jurisconsulto militar, el general Crowder, a reformar nuestra legislación electoral, obra y recuerdo del propio funcionario, dejados durante el último período interventor. La nueva ley, maravillosa por sus complicaciones y sus increíbles dificultades, también ha sido inútil para garantizar la pureza del voto. Luego vinieron otras intervenciones en nuestros asuntos, ilegales todas ellas y casi todas injustas. Se ha llegado "a examinar y criticar nuestros presupuestos y a darnos consejos sobre nuestros asuntos públicos en una forma que no podría hacerlo el Gobierno Federal con los propios Estados que integran la nación vecina". Se invoca para ello el Tratado Permanente, que se levanta sobre las cabezas de los cubanos como una espada amenazadora, cuando lo cierto es que el Tratado autoriza sólo a los Estados Unidos a interesarse por nuestros problemas para "preservar la independencia y proteger la vida, la propiedad y la libertad" en los "casos graves de invasión del territorio o anarquía por no existir en Cuba gobierno legalmente constituído". El Dr. Machado estudia las relaciones especiales entre Cuba y los Estados Unidos, la génesis de la Enmienda Platt, la manera impropia y perjudicial para Cuba de cumplir sus cláusulas, los sacrificios que han hecho los cubanos para compensar a Norteamérica su intervención en nuestro pleito con España. "No hay país en el mundo—dice—que haya pagado más cara su independencia que Cuba. Para expulsar a España de nuestro territorio tuvimos que sacrificar la vida y la hacienda de tres generaciones de cubanos. Para conseguir que se retirara de nuestro suelo el generoso vecino que se brindó espontáneamente a ayudarnos, hemos tenido, como si fuéramos nosotros los vencidos, que pagarle con jirones del territorio nacional", en los que han establecido carboneras como base de operaciones navales. Esas carboneras impiden la neutralidad de Cuba en todo conflicto internacional que afecte a los Estados Unidos, aunque por tal razón "el Tratado Permanente pierde su apariencia de tutela para convertirse en Tratado de Alianza, disipando así muchas de las dudas con que se mira aún nuestra personalidad internacional". No obstante, el Dr. Machado piensa que "nuestros verdaderos intereses nacionales aconsejan la orientación de nuestra política internacional hacia la neutralización permanente de Cuba". Habla luego de la Isla de Pinos, histórica y geográficamente cubana y cuya suerte futura está pendiente de un tratado resurgido ahora en una Comisión senatorial norteamericana, en donde durmió tranquilamente por espacio de tres lustros; de

la necesidad imperiosa de no contratar empréstitos en los Estados Unidos, de la conveniencia de fijar al artículo primero del Tratado la interpretación favorable a Cuba "de que los Estados Unidos son nuestros aliados para atender a nuestra defensa territorial y que tienen no ya el derecho, sino la obligación de intervenir en nuestro favor en caso de que seamos invadidos por otra nación". Se refiere al derecho de intervención reconocido por el Tratado Permanente, a los casos en que procede la intervención, que ya he mencionado; y a los casos en que es ilegal la intervención. El Sr. Root dijo en 1901 a la Asamblea Constituyente cubana que "la intervención es incompatible con la existencia de un Gobierno cubano y que sólo tendría lugar en el caso de que en Cuba se llegara a un estado tal de anarquía que significara la ausencia de todo Gobierno, salvo en el caso de mediar una amenaza extranjera, asegurando que la cláusula tercera no podía significar la destrucción, sino la conservación de la independencia de Cuba." Pero la práctica ha venido a destruir la hermosa teoría del Sr. Root, desconocida muchas veces por los gobernantes de su propio país. Termina el Dr. Machado su libro con la enunciación de una doctrina acerca de la aplicación de la Enmienda Platt, que copio íntegramente:

"Primero: El Derecho de Intervención que establece el artículo tercero de la Enmienda Platt no puede ejercitarse por los Estados Unidos más que en estos dos casos:

(a) Para preservar la independencia de Cuba contra un ataque por una potencia extranjera.

(b) Para preservar la independencia de Cuba contra la disolución nacional por un estado de anarquía interior.

Segundo: Para que los Estados Unidos puedan intervenir en Cuba, será necesario:

(a) Que lo pidan los cubanos, por una Ley de su Congreso.

(b) Que a falta de ese consentimiento, lo disponga así un Tribunal de Arbitraje, una resolución de la Asamblea de la Liga de las Naciones o un fallo del Tribunal Permanente de Justicia Internacional.

Tercero: La intervención a que se contrae el artículo tercero del Tratado Permanente, tendrá el carácter de temporal, únicamente para preservar la independencia de Cuba, y durará el tiempo estrictamente necesario para entregar de nuevo el Gobierno de Cuba a su pueblo.

Cuarto: Todas las cuestiones que surjan entre los Estados Unidos y Cuba sobre interpretación, aplicación, alcance o cumplimiento del Tratado Permanente y que no puedan resolverse por los medios ordinarios de la diplomacia, deberán ser resueltas previamente, antes de que los Estados Unidos puedan ejercitar el derecho de intervención, por cualquiera de los siguientes medios pacíficos:

(a) Por el arbitraje.

(b) Por la Asamblea de la Liga de las Naciones, si la cuestión es de índole política.

(c) Por el Tribunal Permanente de Justicia Internacional, si la cuestión es de carácter jurídico.

Quinto: Si los Estados Unidos o Cuba rehusan la resolución de sus divergencias internacionales por estos medios pacíficos y legales, la otra parte deberá ponerlo en conocimiento de la Liga de las Naciones a los efectos del artículo 16 del Tratado de Versailles."

El libro del Dr. Machado contiene cinco apéndices: Resolución Conjunta del Congreso de los Estados Unidos, de 19 de abril de 1898, en que se reconoce el derecho de Cuba a su independencia y se declara la guerra a España; el Tratado Permanente; los dos Convenios sobre las carboneras, y el tratado pendiente sobre la Isla de Pinos.

Queda en *La Enmienda Platt* fijada la situación de Cuba con respecto a los Estados Unidos. El Dr. Montoro se pregunta en el prólogo qué fin práctico puede tener el estudio del Dr. Machado, aunque piensa que "desde el punto de vista de los principios, de las doctrinas del Derecho Internacional,... ha de ser siempre interesante y provechoso..." El fin práctico está conseguido plenamente al precisar el alcance de los tratados que nos ligan a Norteamérica. Nuestro pueblo, en su mayor parte ignora la verdad de la situación internacional de Cuba. Mostrarla sin atenuaciones es hacer obra de patriotismo, porque así los cubanos sabrán cuál debe ser su actitud ante la conducta tortuosa y llena de peligros de gobernantes o diplomáticos que permitan con mayor frecuencia cada vez las intromisiones ilegales de nuestros vecinos. Y el pueblo de Norteamérica, que en estos problemas de Cuba es más ignorante que el cubano, puede llegar a conocer por medio de esta obra sus deberes y derechos con relación a nuestra patria. La utilidad del esfuerzo del Dr. Machado sería entonces indiscutible, y por ello sólo merecería la gratitud y las alabanzas de todos sus compatriotas.

Paul Rougnon. Profesor del Conservatorio. LA MÚSICA Y SU HISTORIA. París. Casa Editorial Garnier Hermanos. 6, rue des Saints-Pères, 6. 1922. 8º, 408 p.

Interesante y útil, este libro del profesor Rougnon es una completa guía para los aficionados a la música, y a la vez una fuente de conocimientos para los profanos. Se comprobará esa afirmación enumerando sólo los capítulos: *Consideraciones estéticas sobre la música y su historia; La melodía; Las ciencias armónicas; La notación musical; Los instrumentos de música antiguos y modernos; Instrumentación y orquestación; El drama lírico y la ópera; La ópera cómica. La opereta. Los teatros líricos e italianos; La música de concierto; La música religiosa. El oratorio. Poemas líricos y odas sinfónicas; Música de danza y ballets; La enseñanza musical; Resumen histórico. Las épocas.* Ter-

mina el libro con un índice de materias y una tabla alfabética de autores.

Hay en *La música y su historia* noticias del arte musical, desde los tiempos más remotos hasta el presente. El hombre, desde que emitió sonidos y los distinguió de un modo más o menos perfecto, expresó sensaciones por medio del canto vocal. La memoria fué trasmitiendo esas melodías primitivas, que desaparecieron al morir la civilización en que habían nacido. Así, nada sabemos de la música de los antiguos pueblos de Oriente, aunque se "cree que los egipcios tomaron de los indios y hebreos sus procedimientos musicales, desarrollados después por los griegos a quienes los habían trasmitido." Con la trasmisión de la escritura ha sido posible conocer el estado de la música entre los helenos, las reglas para la composición del canto aplicado a la poesía. Y desde entonces es relativamente fácil la historia de la música. Los tiempos modernos son, pues, los que más han ocupado al profesor Rougnon, quien aporta datos de interés acerca de la música y sus diferentes evoluciones, y acerca de los cultivadores del maravilloso arte y de los numerosos instrumentos utilizados para interpretar las obras musicales. Todo ello expuesto en forma clara, sencilla, exenta de tecnicismos y de suficiencia didáctica.

E. G. C.

La Habana, diciembre, 1922.

NOTAS EDITORIALES

LA SOCIEDAD DEL FOLK-LORE CUBANO

En la noche del 6 de diciembre último tuvo lugar en los salones de la Sociedad Económica de Amigos del País, de esta ciudad, una importante reunión, a la que concurrieron muchos de los más distinguidos representantes de la intelectualidad cubana, con el objeto de constituir la Sociedad del Folk-Lore nacional, secundando con entusiasmo la patriótica iniciativa del Dr. José María Chacón y Calvo.

El acto fué presidido por el Dr. Enrique José Varona y entre los numerosos concurrentes a él se hallaban Monseñor Manuel Arteaga, en representación del Obispo de La Habana; el Subsecretario de Instrucción Pública, Dr. Antonio Iraizoz; los Sres. Ramón A. Catalá y Néstor Carbonell, en representación de la Academia Nacional de Artes y Letras; el Dr. Francisco de P. Coronado, Director de la Biblioteca Nacional; los Dres. Ramiro Guerra y Carolina Poncet, profesores de la Escuela Normal para Maestros y Maestras, respectivamente; el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Jefe de Redacción de *Social;* el Dr. Francisco G. del Valle, redactor y Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA, en representación de esta Revista; y los Sres. José Antonio Cosculluela, Fernando Ortiz, Joaquín Llaverías, Adrián del Valle, José Antonio Fernández de Castro, Manuel Pérez Beato, Emilio Teuma, Calixto Masó, y otras muchas distinguidas personalidades, escritores, artistas, profesores, etc., habiendo excusado su asistencia, por distintos motivos, pero mostrándose conformes con el propósito perseguido y ofreciéndole su apoyo, los Sres. Antonio S. de Bustamante, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, Carlos M. de Céspedes, Evelio Rodríguez Len-

dián, Juan M. Dihigo, Salvador Salazar y Gustavo Sánchez de Galarraga.

El Dr. Chacón y Calvo dió cuenta de los trabajos preparatorios hechos y de la excursión por él realizada a varias regiones de Cuba, entre ellas las de Bayamo, Camagüey, Trinidad y Sancti Spíritus, adonde fué como comisionado de la Secretaría de Instrucción Pública para iniciar la obra de recopilación folk-lórica, habiendo tenido ocasión de organizar los primeros grupos que en Cuba se dedican a esta clase de estudios y trabajos.

Después de aprobadas las bases de la nueva Sociedad, cuyo fin es eminentemente cubano y de amplia reconstrucción nacional, se procedió a la designación de la Directiva, resultando electos, por unanimidad: Presidente: Fernando Ortiz; Vicepresidente: Alfredo M. Aguayo; Secretario: Emilio Roig de Leuchsenring; Tesorero: Manuel Pérez Beato; Bibliotecario-Archivero: Juan M. Dihigo; Delegado de los Grupos Folk-lóricos: Ramiro Guerra; y Vocales: Carolina Poncet, Carlos de la Torre, Monseñor Manuel Estrada, Antonio Iraizoz, Francisco de P. Coronado, Joaquín Llaverías, Eduardo Sánchez de Fuentes, Gaspar Agüero, Salvador Salazar, Francisco G. del Valle, Ramón A. Catalá, Néstor Carbonell y Adrián del Valle. Asimismo fué nombrado miembro honorario de la Sociedad el Dr. Francisco Zayas y Alfonso, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y fueron elegidos Presidentes de Honor los señores Enrique José Varona, Manuel Sanguily y Raimundo Cabrera.

Cuba Contemporánea aplaude la constitución de la nueva Sociedad, cuya utilidad no es necesario señalar y cuyos éxitos son de esperarse en un porvenir no lejano, y felicita calurosamente a su iniciador, el Dr. José María Chacón y Calvo, lamentando que, por impedírselo el desempeño de su cargo de Secretario de la Legación de Cuba en Madrid—motivo de su próxima ausencia de nuestro país—, no figure entre los directores de la Sociedad quien tanto ha laborado por su creación, hasta dejarla ya organizada.

ELECCION DE MIEMBROS EN LA ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

Un alto espíritu de justicia y muy notable acierto han presidido las últimas designaciones hechas por la Academia Nacional de Artes y Letras, en sesión celebrada el día 18 de diciembre último, para cubrir varias vacantes existentes en sus Secciones de Literatura, Música y Escultura. Para la primera de dichas Secciones han sido electos: el Dr. José A. Rodríguez García, catedrático de Literatura Preceptiva e Histórica en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, Director de la Revista *Cuba Intelectual* y uno de los cubanos de más positivo mérito, cuyas numerosísimas obras le han dado muy alta y merecida fama, por sus grandes conocimientos gramaticales y literarios, y también como etimólogo y lexicólogo eminente; el Ldo. Raimundo Cabrera, el más popular acaso de todos los escritores y publicistas cubanos de estos últimos tiempos, cuyos numerosos libros han alcanzado copiosas y frecuentes ediciones, estando dedicadas muchas de ellas—impresas en la época colonial—, a mantener vivo el sentimiento patriótico de nuestro pueblo y a defender el buen nombre de Cuba y de los cubanos, mereciendo esa intensa labor por él realizada durante largos años, que en la actualidad se organice un justo homenaje nacional, consistente en el obsequio de una corona de oro costeada por suscripción pública, como merecido premio a los servicios prestados a nuestro país por tan esclarecido escritor y periodista; y el Dr. José María Chacón y Calvo, quien a pesar de su juventud ha logrado conquistar un alto puesto en el mundo de las letras, autor de varias obras que le han dado fama, no sólo en Cuba sino también en la América y en España, donde se han editado sus últimos valiosos libros, siendo considerado en la actualidad como uno de los cubanos más competentes en asuntos literarios. Para cubrir la vacante existente en la Sección de Música fué electo el Sr. Joaquín Molina, músico de gran valer y notable artista que como tal se ha dado a conocer en Cuba y en el extranjero; y, finalmente, fué electo miembro de la Sección de Escultura el Dr. Ernesto Dihigo, redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA y crítico de arte concienzudo, cuyos conocimientos se han puesto de ma-

nifiesto en varios trabajos por aquél publicados después de recorrer los principales Museos de Europa, y de un prolijo estudio de las obras artísticas que forman sus valiosas colecciones.

Cuba Contemporánea felicita a la Academia Nacional de Artes y Letras por las últimas designaciones hechas, y se congratula de que uno más entre sus redactores haya alcanzado el honor de ingresar en tan prestigiosa Corporación.

HONRANDO LA MEMORIA DE CESPEDES

La iniciativa de Cuba Contemporánea, dada a conocer hace próximamente dos años, al pedir que se diera el nombre de Carlos Manuel de Céspedes a la llamada Plaza de Armas de esta capital, como un homenaje a la memoria del patriota que dió el grito de Yara, ha sido recogida en fecha reciente por el Sr. Ruy de Lugo Viña, Concejal del Ayuntamiento de La Habana, quien presentó a la Cámara Municipal, en 11 de diciembre último, la siguiente moción que muy gustosamente transcribimos para que quede en estas páginas una constancia de ella y para legítima satisfacción del edil que la presentara. Dice así:

Al Ayuntamiento:

En la edición de la revista Cuba Contemporánea correspondiente al mes de marzo de 1921 (número 99, tomo XXV) se inserta la siguiente nota editorial:

Por uno de esos olvidos, tan frecuentes, que demuestran la ingratitud de los pueblos respecto de sus grandes hombres, Carlos Manuel de Céspedes, el patriota insigne que lanzó el grito de La Demajagua, en la fecha memorable del 10 de octubre de 1868; el prócer que sacrificó vida y hacienda en aras de la libertad de Cuba; el mártir de San Lorenzo, que prefirió la muerte, antes de caer prisionero en poder de los dominadores de su patria, por él tan amada, no tiene aún en nuestra República, a los diez y nueve años de constituída ésta, un recuerdo digno de su augusta memoria.

Cuba Contemporánea, *que en 1917 sugirió la idea de un homenaje al Libertador de la América nuestra, el inmortal Bolívar, proponiendo que se diera su nombre a la avenida de esta capital que aun entonces se denominaba de la Reina, iniciativa que tuvo éxito completo, al acordarse, pocos meses después, dicho cambio de nombres por el Ayuntamiento de*

La Habana, estima cumplir ahora un deber patriótico al sugerir la idea de que se dé el nombre glorioso del iniciador de la Revolución de Yara a la llamada Plaza de Armas, de esta capital, y que sea allí, frente al Palacio que sirvió de residencia a los Gobernadores Generales de la Colonia, donde se erija la estatua que Cuba ha de levantar a Carlos Manuel de Céspedes.

Puesto que tal iniciativa—en lo que respecta al cambio de nombre—no fué acogida en su oportunidad por este Consistorio, yo deseo hacerla mía, y como nunca puede considerarse fuera de tiempo, la amplío en el sentido de que la calle de Oficios, que naciendo en la alameda de Paula muere en la dicha plaza de Armas, tome también el nombre del apóstol, caudillo y mártir, para que, si inexcusable fué el olvido, sea la reparación digna de su memoria al perpetuarse en Plaza y Calle a la vez, allí mismo donde estaba el corazón de la ciudad colonial, el recuerdo inmarcesible del Fundador.

En La Habana, a 11 de diciembre de 1922.

La preinserta moción fué aprobada por el Consistorio habanero en una de sus últimas sesiones y sancionada por el Alcalde Municipal, habiéndose elegido la fecha patriótica del 24 de Febrero próximo, aniversario de la Revolución de Baire, para efectuar solemnemente el cambio de nombre de la antigua Plaza de Armas.

Cuba Contemporánea, que en épocas anteriores pidió y obtuvo la sustitución del nombre de la Calzada de la Reina por el de Simón Bolívar, según queda dicho, y que se diera el nombre de México a una de las calles de esta capital, se complace del éxito alcanzado por esta su última iniciativa, agradeciendo al Sr. Ruy de Lugo Viña, muy estimado amigo y culto compañero de labores en la prensa, que la patrocinara y defendiera en el seno del Consistorio, para reparar con ella la injusticia inexplicable de que aún no se hubiera rendido ningún homenaje en la capital de la República al patriota insigne que cayó gloriosamente en los campos de la revolución de 1868, luchando por la independencia de Cuba.

UN NUEVO REDACTOR: EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

Desde este mes forma parte de la Redacción de Cuba Contemporánea el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, intencionado escritor de costumbres, y abogado joven e inteligente cuya compe-

tencia en cuestiones de Derecho Internacional ha sido demostrada en numerosos libros, folletos y artículos, casi todos ellos dedicados a defender la personalidad cubana en el orden internacional, habiendo dado a conocer muchos de sus trabajos de esta índole en las páginas de Cuba Contemporánea, a la cual le ha prestado siempre su colaboración asidua y valiosa, especialmente durante los dos últimos años.

El ingreso del Dr. Roig de Leuchsenring en la Redacción de Cuba Contemporánea no ha hecho más que anudar los lazos que ya de antiguo lo ligaban a nosotros, tanto por los vínculos de una estrecha amistad, como por la absoluta identificación y estrecha solidaridad que ha venido demostrando y manteniendo con los ideales defendidos por esta revista desde su fundación.

Sea bienvenido el nuevo compañero.

NOTICIAS

Ha muerto recientemente en Inglaterra, a una avanzada edad, Wilfrid Scawen Blunt, una de las figuras más originales, uno de esos verdaderos "excéntricos", de los que tan pródiga se muestra la nación inglesa.

Sir Scawen se casó con una nieta de Lord Byron; fué viajero infatigable; verdadero árabe por simpatía y adopción; escribió las siguientes obras en contra del imperialismo británico: *El porvenir del Islam, Historia secreta de la ocupación inglesa del Egipto, La India bajo Lord Ripon, Gordon en Khartum* y *Guerra de Irlanda.*

*

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica, ha aprobado una ley por la cual "son prohibidos todos los juegos en que la pérdida o la ganancia dependa de la suerte o del acaso y no de la habilidad o destreza del jugador."

Quedan también prohibidos los juegos "en que intervenga el envite."

*

En Río de Janeiro, un grupo selecto de intelectuales brasileños fundará una institución cultural denominada "Círculo Iberoamericano."

*

La señora Laura G. de Zayas Bazán, tiene el propósito de fundar, en La Habana, una revista que será una exacta reproducción de la que publica el grupo "Clarté", en París, traduciéndose al castellano, para darlos a conocer en América, todos los trabajos que inserta esa notable publicación francesa, que inspiran Anatole France y Henri Barbusse.

*

La marcha sobre París, por el General A. von Kluck, es un interesantísimo libro que ha sido traducido al francés, con un excelente prefacio escrito por el General Debeney.

Esta obra, que ha sido muy comentada en Francia, aclara muchos puntos dudosos, en relación con la marcha del famoso jefe teutón.

*

Una de las mejores traducciones que existen de las obras completas de Arquímides, ha sido hecha al francés por M. Paul Ver Eecke.

*

El Estado francés ha aceptado, por medio del *Diario Oficial,* la donación que le ha sido hecha por el célebre pintor Claude Monet de las diez composiciones que forman diez y nueve *panneaux* conocidas por las *Nymphéas.*

*

Con el título de *El Mundo Ibérico* ha comenzado a publicarse en París, una revista redactada en castellano.

*

En las últimas exposiciones de escultura que han tenido lugar en París, ha sido muy celebrado el joven escultor español Mateo Hernández, quien, a más de sus bustos, expuso unos curiosísimos animales esculpidos en granito negro, un hipopótamo y una otaria, que llamaron mucho la atención de los "amateurs" y de los críticos.

*

Los Estados Unidos consumen un promedio anual de catorce mil millones de sellos postales.

*

Vida Mexicana es una revista mensual que se ha empezado a publicar en la capital de la vecina República azteca.

Trata de ciencias, religión, filosofía, política y arte.

*

El mayor Hotel del mundo será erigido, dentro de breve plazo, en Chicago, con un costo de quince millones de dólares.

*

En un informe presentado a la Academia de Ciencias de París por los señores Virville y Obaton, se afirma que es el calor, y no la luz, como hasta ahora se había sostenido, el que provoca que las flores se abran o se cierren.

*

El 6 de noviembre último se conmemoró solemnemente en Annecy, Francia, el centenario del nacimiento del ilustre químico Berthollet.

*

En el Museo de Etnografía que existe en el Palacio del Trocadero de París, ha tenido lugar una exposición de antigüedades mexicanas, ofrecidas a dicha institución por el Sr. Augusto Génin.

*

Juana la cloche sonnera... es un drama lírico en un acto, música del maestro Alfredo Bachelet, que ha sido estrenado en la Opera Cómica de París, con gran éxito.

En el propio teatro fué representada una comedia lírica en un acto, inspirada en un texto de Paul Verlaine, que lleva por título *Les uns et les autres* y con música de Max d'Ollone.

*

En París ha tenido lugar bajo la presidencia de M. Strauss, el IX Congreso de Higiene.

*

Con motivo de la exhibición de películas cinematográficas, en las cuales aparecen las corridas de toros, tales como tienen lugar en España, M. Bellan se ha dirigido al Prefecto de Policía de París preguntándole si la vista de los caballos perforados y la muerte lenta de los toros, pueden tener un efecto moral sobre una concurrencia integrada en su mayor parte por gente joven.

En vista de esta interpelación, se ha dispuesto que se supriman todas aquellas escenas que lastimen "el sentimiento público."

*

Los críticos literarios franceses hacen referencia al cuarto centenario de Joaquín du Bellay, autor de las *Antiquités de Rome,* poeta que está considerado como uno de los más exquisitos de la lengua francesa.

*

En el mes de octubre último se cumplió el 24º aniversario de la fundación de la excelente revista argentina *Caras y Caretas,* cuya colección consta ya de setenta y dos volúmenes.

*

Bajo la presidencia del Sr. Antonio R. Zúñiga, se ha constituído en Buenos Aires la *Primera Sociedad Astronómica Argentina.*

*

El diputado francés Pedro Even, ha presentado un proyecto de ley a la Cámara, por el cual a todos los padres que lleven niños menores de tres años a los espectáculos públicos, les será negada la entrada al teatro.

*

El conocido escritor francés Leon Daudet, ha dirigido una carta al Cardenal Dubois, Arzobispo de París, diciéndole que en vista de que ciertos pasajes de una novela suya eran susceptibles de escandalizar a las almas timoratas, había resuelto retirar esa obra de la circulación.

*

En el centro de la ciudad de Nueva York, se está instalando una estación radioeléctrica para la difusión de las informaciones de carácter comercial.

*

En Dinamarca se está utilizando la radiotelegrafía para proteger a los buques contra el peligro de los "icebergs".

El centenario de Luis Ménard—"el último pagano", como lo llamó Felipe Berthelot—, ha pasado casi inadvertido en París.

Este escritor—que también fué químico y pintor—era amigo de la infancia de Leconte de Lisle. Entre sus obras más notables merecen citarse la *Morale avant les philosophes,* el *Polythéisme helénique, Hermès Trismégiste* y *Rêveries d'un païen mystique.*

Ménard, que nació en octubre de 1822, fué tenido en gran estima por Sainte-Beuve, Michelet, Renan y Marcelino Berthelot.

*

Hace algunos meses, Sir Bazil Zaharof creó un premio literario por valor de 20,000 francos, que lleva por nombre "Premio Balzac".

Un jurado presidido por Paul Bourget ha dividido este premio entre Emilio Baumann, autor de la obra *Job le Prédestiné,* y Juan Giraudoux, por su trabajo titulado *Siegfried et le Limousin.*

El fallo del Jurado, por disposición expresa del fundador del premio, debe ser discernido sobre trabajos manuscritos.

*

En la Academia de Medicina de París acaba de instalarse un aparato cinematográfico, hecho que, teniendo en cuenta el espíritu tradicionalista de la prestigiosa institución, ha sido muy comentado.

*

En la Sociedad Vegetariana de Francia se viene dando una serie de conferencias, que comenzada en octubre último, terminará en el mes de mayo del año actual.

*

En el pabellón Marson de París, ha tenido lugar una interesante exposición del arte decorativo francés contemporáneo.

*

Hace poco falleció en París, M. Ricardo Arapu, redactor científico del periódico francés *Le Temps.*

*

M. Abel Hermant, el renombrado escritor francés, ha publicado una obra titulada *Entretiens sur la grammaire,* libro escrito en forma de diálogos platonianos.

*

En 1921 concurrieron a la Universidad de París 21,185 estudiantes, de los cuales 17,993 son hombres y 3,192 mujeres. En 1922 esta cifra se ha elevado a 21,612, contándose 18,066 hombres y 3,546 mujeres.

*

El famoso comediógrafo Henry Bataille expuso en su testamente el deseo de que en su tumba se le erigiera una reproducción de la famosa

escultura *Le Squelette* de Ligier-Richier, obra conservada en la iglesia de San Pedro, en Bar-le-Duc.

*

La dirección de la *Fronde* y el Club de mujeres periodistas de París, ha organizado una exposición consagrada exclusivamente a las mujeres célebres francesas, que se distinguieron durante el siglo XIX.

*

En una de sus sesiones trimestrales, el Instituto de Francia ha nombrado, por unanimidad, a Paul Bourget, el famoso novelista, Conservador del Museo Condé, de Chantilly, en substitución de M. Lavisse, el célebre historiador francés, que falleció hace algunos meses.

*

Las asociaciones pacifistas alemanas vienen haciendo actualmente una campaña para evitar que en las escuelas públicas de Prusia y otros estados alemanes se sigan empleando los mismos textos de historia y libros de lectura, que en la época del Kaiser, "lo que equivale a seguir instruyendo a la nueva generación en las ideas que tan caro han costado a Alemania"...

*

M. Maurice Barrés se ha dirigido a M. Léon Bérard, Ministro de Instrucción Pública, pidiéndole que se destine a la *Societé de gens de lettres* de París, el edificio que la Baronesa de Rothschild legó al Estado francés.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXI. La Habana, febrero 1923. Núm. 122.

JOSÉ JACINTO MILANÉS Y SU OBRA POÉTICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL LICEO DE MATANZAS, EL DÍA 28 DE DICIEMBRE DE 1922, POR LA SEÑORITA CAROLINA PONCET Y DE CÁRDENAS.)

Señoras y Señores:



ENTRO de breves momentos voy a tener el honor de comentar ante vosotros la obra literaria de uno de vuestros más queridos poetas, de uno de aquellos bardos cubanos que grabaron con resplandecientes caracteres el nombre de nuestra patria en los fastos de la poesía hispanoamericana del siglo XIX. Voy a recordaros, con la reducida extensión que la brevedad del tiempo requiere, la obra literaria de José Jacinto Milanés, el poeta romántico que cantó *La fuga de la tórtola,* que suspiró las ternuras de *El beso* y que lloró las desventuras de *Leonor* en *El Conde Alarcos.*

Pero no me reduciré a evocar ante vuestra atención la figura del poeta matancero realzada únicamente por las cautivantes cualidades que caracterizaron la escuela literaria en que, siguiendo las corrientes de su época, militó durante su corta vida artística; me esforzaré en recordaros al mismo tiempo otro Milanés más olvidado, más oscuro, menos poeta, pero más patriota que el Milanés romántico: el Milanés moralista y educador, el Milanés que trazó con

mano insegura, pero generosa, el cuadro de sus injustamente olvidados *Mirones*.

No temáis oir de mí en esta ocasión un discurso de erudición minuciosa, ni un juicio crítico concienzudamente severo sobre este suave cantor, cuyos acentos, ya sentidos, ya pueriles, arrancaron lágrimas a nuestras abuelas. Por el contrario, reduciendo a silencio las más de las veces el espíritu escudriñador y exigente que con frecuencia marchita la emoción de la lectura, me limitaré a abrir con mano devota la obra del poeta matancero, más que para aquilatar el valor intrínseco de su producción, con el fin de desentrañar de ella algunas páginas palpitantes de patriotismo, ricas de colorido local, con cuya elocuencia conmovedora cuenta la patria para mantener vivos y cálidos los sentimientos nacionales en el corazón de sus hijos.

*

Hacia el año de mil ochocientos treinta y tantos, esta pintoresca ciudad de Matanzas comenzaba a gozar de tan próspero período de actividad industrial y comercial, que muchos optimistas no vacilaban en augurar que muy pronto habría de rivalizar con la capital de la isla, acaso restándole importancia. En sus bellísimos campos levantaban sus macizas moles los primeros grandes ingenios de azúcar, y las ventajas del libre comercio concedido a su puerto desde principios de siglo, aumentaba la afluencia de buques que arribaban cargados de toda clase de mercancías extranjeras y que partían henchidos de los ricos productos de esta fertilísima comarca.

El creciente florecimiento de la ciudad, la fama de su imponderable campiña y la fácil comunicación marítima con La Habana, hacían que muchos habaneros ricos y casi todas las celebridades que venían a nuestro país, juzgasen indispensable visitar a la que aun hoy día llamamos "la gentil Yucayo". Seducido por la promesa de pingües negocios, quizás buscando la apacible tranquilidad, propicia al trabajo de la inteligencia, y acaso también atraído por el afecto de familiares suyos establecidos en Matanzas, intentó en el año de 1834 establecer en esta ciudad su residencia un distinguidísimo hombre de letras, que si era venezolano por su nacimiento, fué siempre cubano por su obra y por su corazón. Todos habréis comprendido que me refiero a Don Domingo Del Monte y Aponte.

No obstante sus proyectos, la permanencia de Del Monte en Matanzas fué breve; aunque en dicho año de 1834 había escrito a su amigo y más tarde cuñado, el literato Don José Luis Alfonso:

no trocara yo ahora mi retraída y deleitosa ermita puesta entre dos clarísimos y abundantes ríos... por las suntuosas alcobas de pérsicas alcatifas alfombradas... que ostenta vuestra rica, pero solitaria mansión de la calle de Aguiar (1),

lo cierto es que en el año de 1836 estaba de regreso en la Habana. Si no prosperó el flamante bufete, que según Eusebio Guiteras, abrió Del Monte en la ciudad de los dos ríos, al menos para bien de nuestras letras estrechó los vínculos de simpatía que desde anteriores visitas le unían a literatos residentes en Matanzas, discutió con ellos en la redacción del periódico *La Aurora,* o en la tertulia de las señoritas Gómez (2) y, además, tuvo entonces oportunidad de conocer en casa del literato bogotano Don Félix Tanco Bosmeniel, a un joven poeta matancero, de unos veinte años de edad, de aspecto tímido y reservado, cuya fisonomía dulce y soñadora estaba iluminada por unos ojos negros y profundos. Ese joven era, lo habréis adivinado, José Jacinto Milanés.

Hijo de padres laboriosos, de modesta fortuna, Milanés había comenzado muy temprano la lucha por la vida, siendo en aquel año de 1834 empleado de un escritorio de comercio. Pero si ganaba el diario sustento en esas ocupaciones prosaicas, en cambio, todos sus ratos de ocio pertenecían por entero a las Bellas Letras: Milanés leía y componía infatigablemente.

Bien pronto comprendió Domingo Del Monte que en aquel joven poeta latía el corazón de un verdadero artista, por lo que decidió auxiliarle con su vasta ilustración: "Yo lo brujuleé cuando vivía en Matanzas—dice hablando de Milanés en una carta de 1837 al citado Alfonso—le di a leer mis libros y le inspiré mis ideas literarias y políticas" (3). Y cuando el exquisito venezolano regresó a la capital, estaba convencido de que dejaba en Matanzas un discípulo decidido y ferviente.

---

(1) *Revista de la Biblioteca Nacional,* La Habana, julio y agosto, 1909. Epistolario del Sr. José Luis Alfonso, Marqués de Montelo. Cartas de Domingo del Monte. VIII.

(2) Eusebio Guiteras, *Milanés y su época,* publicado en *Cuba y América,* 1909.

(3) Revista cit., enero y febrero, 1910. Carta nº XXVII.

Todos habéis oído hablar de la tertulia literaria que acostumbraba congregarse en la Habana en el estudio de Don Domingo Del Monte, y que él llamaba festivamente la *pandilla estudiantil.* A un literato de la época, Don Anselmo Suárez y Romero, debemos el recuerdo de aquellas interesantes reuniones, en las que, con objeto de discurrir sobre arte, historia, literatura, filosofía, ciencia, política, abolicionismo, etc., se reunía lo más granado de la juventud intelectual cubana: allí concurrían González del Valle, Villaverde, Echeverría, Cárdenas, Betancourt, Zambrana, Palma, *Plácido,* y otros muchos jóvenes literatos sobre todos los cuales ejercía Del Monte cierta amable jefatura intelectual que le habían conquistado su claro juicio crítico, su depurado gusto literario, su vasta cultura, y la simpatía atrayente y sugestiva que emanaba de toda su gentil persona.

Los trabajos de una parte de aquella selecta *pandilla,* vieron la luz en publicaciones dirigidas por algunos de sus miembros. En una de ellas, el *Aguinaldo Habanero* que en 1837 editaron Palma y Echeverría, aparecieron, junto a composiciones de literatos ya consagrados, tres poesías del hasta entonces desconocido vate matancero: *Cita nocturna, La Madrugada* y *Requiescat in pace,* las cuales fueron acogidas con general beneplácito de la tertulia y con especial complacencia de Domingo Del Monte, quien encantado con los francos progresos de su discípulo, le invitó a pasar unos días en su propia casa. Y así fué puesto Milanés en contacto con la sociedad literaria habanera, con la cual no es probable que se hubiera relacionado en su breve y accidentada visita de 1832.

Esta y otras escapatorias semejantes parecen haber sido lo único que alterara la vida que en su ciudad natal llevaba el joven poeta. Pero esas visitas a la tertulia de Del Monte, ¡cómo confortaban su alma, templada en los ardores del Romanticismo, ansiosa de regeneración, pródiga de harmonías! ¡Cuánto ampliaba Milanés sus horizontes, y cómo afianzaba su personalidad literaria bajo la protección del prócer venezolano! Los periódicos habaneros se disputaban sus rimas; un teatro capitalino encendía sus candilejas para la representación de uno de sus dramas, y el nombre de Milanés era citado—¡exagerada exaltación!—junto al de Heredia.

Pero pocos años después de tan brillante inicio, Milanés enmudecía: no más su labio modularía el verso "manso como un arro-

yuelo", ni lanzaría las iracundas estrofas con que intentara curar la "rica de errores humanidad". El poeta había enloquecido...

Fué en 1843, el mismo año en que Del Monte abandonaba la Isla de Cuba, cuando Milanés quedó privado de la razón. ¿Pudiera haber existido alguna relación, más o menos remota, entre la ausencia del maestro y la demencia del discípulo, huérfano de una tutela intelectual que parece haberle sido tan necesaria y decisiva? ¿O tal vez, como aquel famoso hidalgo manchego que perdió el juicio meditando hazañas caballerescas, este melancólico hidalgo del romanticismo fuera arrastrado a la insania por los extravíos y violencias de su propia escuela literaria que desarrollaron en él definitivamente ciertos gérmenes morbosos, tal vez reflejados aquí y allí en las poesías de sus años de fecundidad? Lo cierto es que su demencia fué definitiva. Llevado en 1848 a los Estados Unidos y a Europa con el fin de distraerle y de consultar algunas eminencias médicas, sólo se logró con ello sacudir la atonía de su inspiración, que produjo, de 1848 a 1851, unas pocas composiciones que denotan casi todas el desequilibrio mental de su autor. Nada fué ya remedio para aquel loco silencioso y displicente que vivió el resto de sus días—¡veinte años!—sumido en una triste y mansa inconciencia, tal como lo evoca nuestro excelso Varona al comenzar con esta estrofa una composición dedicada a Milanés:

Allá va con su triste y dulce calma,
con su cabeza joven y sombría,
con sus ojos espléndidos sin alma,
tu víctima, Poesía!

*

Casi toda la producción literaria de José Jacinto Milanés está comprendida entre los años de 1835 a 1843. Queda, por consiguiente, encerrada en el período romántico de la literatura española, el cual se extendió desde 1830 a 1833, hasta algo más que mediada la centuria, pues aunque sus fulgores perduraron hasta bien adelantada ésta, fué ya sólo en forma de relámpagos más o menos vivos, más o menos deslumbrantes, más o menos espaciados, mientras que durante aquel período, el Romanticismo había sido algo así como un sol vivificante que reanimara la literatura deprimida por el yugo del neoclasicismo francés, imperante en el siglo XVIII.

Mucho se ha escrito y discutido sobre el concepto del Romanticismo desde Schlegel y Mme. Staël hasta nuestros días, lo que se explica teniendo en cuenta la índole compleja del movimiento romántico, cuya definición completa habría de abarcar, como afirma Benedetto Croce, no sólo su aspecto artístico, sino el moral, el filosófico, y acaso también el político, en virtud de cuya amplia extensión pudiera descubrirse tendencias románticas en épocas históricas a veces muy anteriores al romanticismo, y fases, ya románticas, ya clásicas, en un escritor determinado. Mas para las necesidades de esta conferencia es suficiente recordar el concepto histórico literario—que todos conocéis—del Romanticismo, o sea el que le considera como aquella escuela literaria nacida en Alemania a fines del siglo XVIII y extendida por Europa y América en la primera mitad del siglo XIX, escuela que, si bien presentó distintos caracteres en los diversos países cuyas literaturas intentaba renovar, tuvo siempre entre sus rasgos más peculiares el de sustituir los asuntos tomados de la antigüedad clásica, por temas nacionales, especialmente medioevales, y el de oponerse a la observancia de los cánones literarios imperantes, que estaban más o menos fielmente basados en las antiguas literaturas griega y romana, tenidas en aquella época como la suma expresión de la perfección artística.

En rigor, España nunca se había sentido decididamente atraída hacia los serenos modelos de la antigüedad clásica; y si forzando su natural inspiración se dejó seducir por ellos durante el siglo XVIII y los principios del XIX, o sea durante el período llamado del pseudo-clasicismo o neoclasicismo, fué únicamente por imitar a los franceses, tradicionales admiradores del arte clásico en una época en que todo lo francés se generalizaba en tierra española bajo la influencia de la dinastía borbónica. Si al surgir en Europa y especialmente en Francia el movimiento romántico, España se mantuvo en un principio algo alejada de él, fué a causa del riguroso despotismo que ahogaba así las ideas como las acciones durante el reinado de Fernando VII; pero libre de tan duro régimen a la muerte del monarca, en 1833, se apresuró a seguir la nueva tendencia literaria. Y ésta, por lo que tuvo de impetuosa y de renovadora, formó parte del movimiento de reacción general por medio del cual España se resarcía del período de mordaza y extendía sus miembros, aparentemente libres de grilletes y cadenas. Y—como

si quisiera ganar el tiempo perdido—su incorporación algo tardía al romanticismo fué en algunos aspectos tan brusca y violenta, que Larra no podía menos de sorprenderse y exclamar al notar sus efectos en ciertas manifestaciones del arte escénico: "Estamos tomando el café después de la sopa"; "en vez de andar y caminar por grados procedemos por brincos."

Pero es que España se lanzaba al Romanticismo llena de legítimo orgullo: los románticos alemanes, al encomiar la excelencia de los asuntos nacionales, habían vuelto los ojos a España y señalado la rica poesía del Romancero y del Teatro Español del Siglo de Oro, bellamente originales, y por tanto libres ambos de imitación helénica o romana. De manera que al arrojarse a la corriente romántica, siguiendo un impulso que coincidía con atávicas tendencias, los españoles pudieron afirmar, por boca de un famoso literato, que el Romanticismo era cosa de España.

Víctor Hugo había dicho en el prólogo de una de sus más conocidas obras que el Romanticismo era la libertad en la literatura, afirmación más que suficiente para hacer que Cuba, aherrojada colonia entonces, simpatizara con la nueva escuela. En efecto, nuestros literatos se apresuraron a secundar el movimiento, y aun pudiera decirse que tomaron cierta parte en su iniciación, pues ya en el año de 1829 publicaba Del Monte en *La Moda* sus romances cubanos, y en 1830 veía la luz en La Habana *El Puntero Literario,* semanario que fué, durante su cortísima vida, un defensor de los principios románticos. Toda la joven generación se sentía cautivada por lo que de impetuoso, de apasionado, de rebelde, tenía el Romanticismo, y hasta en el tranquilo recinto de los colegios, los jovenzuelos tomaban abiertamente su partido.

> Nosotros—dice Eusebio Guiteras, alumno entonces de un colegio habanero—éramos románticos, y podíamos recitar el coro de Carmagnola, el Combate de Mudarra, y el Sueño del Trovador. El atavío exterior no le iba en zaga al interior: parecíamos unos energúmenos con aquellas melenas medio desgreñadas. (4)

Uno de los más genuinos representantes del Romanticismo en Cuba es indudablemente José Jacinto Milanés. La inclinación decidida que sintió desde su niñez por los clásicos españoles del Siglo

(4) Loc. cit.

de Oro, había preparado notablemente su espíritu para ello, e hizo el resto la dirección literaria de Del Monte, que alentó entre nosotros—como dice Menéndez y Pelayo—los primeros ensayos románticos. Y como, por otra parte, el enmudecimiento del poeta ocurrió en 1843, su producción queda, de hecho, libre de otras influencias literarias posteriores a esa fecha.

La poesía de Milanés presenta, en efecto, casi todos los caracteres de la escuela romántica: mezcla de los géneros literarios entre sí; inobservancia de las leyes interiores de cada género; falta de ajustamiento al técnicismo de los neoclásicos; gran libertad en la elección de los asuntos y en la manera de desarrollarlos; despreocupación absoluta de las tradicionales reglas del buen gusto; metrificación y estrofas muy variadas, diversas combinaciones rítmicas dentro del mismo poema; elocución parca en figuras, rica de colorido local, y tan sencilla y familiar que llegó a desagradar a algunos de sus contemporáneos.

Las faltas de lenguaje que tú le supones—dice Del Monte a propósito de Milanés en una carta a José Luis Alfonso—no lo son para él ni para mí que en este particular somos absolutamente de la misma opinión de Salvá en su prólogo al Moro Expósito del Duque de Rivas.(5)

No parece inoportuno decir que esa sencillez degeneró en algunas producciones de Milanés en el más desagradable prosaísmo, defecto a que fué arrastrado por el natural abandono de carácter que le reconocieron sus contemporáneos, y que no bastó a enmendar el ejemplo vivo del pulcro y atildado Del Monte.

*

Bajo tres diferentes aspectos se puede considerar a José Jacinto Milanés: como *poeta lírico*, como *poeta dramático* y como *prosista*. Pero su reducida labor en prosa—formada por ligeros escritos sobre asuntos literarios, por unos pocos estudios de más seria crítica y por algún artículo de costumbres, no exento de observación y donaire—queda fuera del tema de mi conferencia, que se refiere exclusivamente a la obra poética de Milanés.

Comencemos por estudiar su producción lírica que corresponde

(5) Revista cit. enero y febrero 1910. Carta XXVII.

a todo el período de su actividad literaria y que aun se continúa después de varios años de mutismo, con unas pocas composiciones escritas entre 1848 y 1851, de las cuales no trataré especialmente en esta conferencia, limitándome a señalar, en la *Traducción del Salmo XII de David* y en la titulada *Dios existe,* el predominio del sentimiento religioso que, en los buenos tiempos del poeta, sólo había inspirado su breve y fervorosa improvisación *Al convento de San Francisco.*

Un somero análisis de la poesía producida por Milanés durante sus años de cordura (1835 a 1843), permite señalar las tres principales fuentes de su inspiración lírica: el *amor a la naturaleza,* el *amor a la mujer* y los *sentimientos filantrópicos y morales.*

Era Milanés un adorador de la naturaleza tropical, de nuestros ríos tranquilos, de los árboles centenarios—más escasos cada vez en nuestros campos—de los gráciles bambúes y de las empinadas palmeras que caracterizan los paisajes cubanos. Este sentimiento se refleja constantemente en su poesía de una manera particular que se distingue, no por el entusiasmo, la elevación o la intensidad emotiva del tono, sino por una deliciosa frescura de impresión y una nunca amanerada ingenuidad de expresión. Cierta especie de vaga melancolía, puramente subjetiva, vela, en sus fragmentos descriptivos, los violentos rasgos luminosos que de suyo tienen nuestros paisajes, haciendo de Milanés un poeta de crepúsculos, de momentos imprecisos de la naturaleza. Sus conocidas composiciones *De codos en el puente, Bajo el mango* y *El alba y la tarde,* se desenvuelven sobre fondos crepusculares, y es "un alba dulce de abril" lo que el poeta se jacta de saber pintar en el poemita *Su alma.* Es preciso, no obstante, convenir en que esos agradables cuadritos suelen tener algo de convencional y que reproducen a veces más que un original determinado, las líneas generales de los paisajes cubanos:

Yo podré cuando a mi anhelo
noble inspiración socorra,
hacer un verso que corra
manso como un arroyuelo.
Puedo en él pintar un cielo
azul, un lago tranquilo,
una selva, fresco asilo

de pajarillos cantores,
sembrando en todo las flores
espléndidas del estilo.

Podré con arte sutil
pintar el vago horizonte,
doble contorneado monte
como seno femenil.
Un alba dulce de abril
en que parezca brillar
el aire, una ronca mar
que en corvas hondas se mece,
y otras cosas que parece
que no se pueden pintar.

No es posible hablar de la inspiración "naturista" de Milanés sin recordar su idílica *Madrugada,* que fué, como llevamos dicho, una de las composiciones que le franquearon la amistad decidida de Del Monte. Muy discutida en los días de su publicación, aun hoy sorprende—después de todo lo que se ha visto en materia de libertad poética—la extremada naturalidad de estilo, rayana a veces en desaliño. Hay que darse cuenta de la impresión que hubo de producir en los literatos habaneros de aquel tiempo, no libres completamente de las preocupaciones clásicas, el desenfado lírico del joven provinciano que tan llanamente rimaba sus entusiasmos matinales:

Necio y digno de mil quejas
el que ronca sin decoro
cuando el sol con rayos de oro
da en las domésticas rejas!
¿Puede haber cosa más bella
que de la arrugada cama
saltar, y en la fresca grama
del campo estampar la huella?

El mismo estilo candoroso se mantiene en toda la composición, que sigue en su desarrollo el proceso natural de un pensamiento nada complejo, sin que ello impida al poeta esbozar a veces consideraciones de cierta elevación, como cuando se detiene a contemplar la multiplicidad de formas que la naturaleza toma en el reptil, en las fieras, en las gotas de rocío, en las flores y en los frutos.

Pero la parte más bella de *La madrugada* está contenida en las últimas redondillas y corresponde al momento en que el motivo de inspiración se hace más íntimo y personal y en que el poeta, al mismo tiempo que describe lo que del mundo externo le cautiva, lamenta su propia soledad y abandono, hasta deshacer su cuita en un sollozo final, más bien desolado que angustioso:

Con todo, mis cicatrices
se ensangrientan y suspiro
adonde quiera que miro
dos amadores felices.
Y aun con menos ocasión:
si oigo el susurrar alterno
de dos palmas, en lo interno
se me angustia el corazón.
Si en un ramo miro a solas
dos aves cantar querellas,
si relucir dos estrellas,
si rodar dos mansas olas,
si dos nubes enlazarse
y por el éter perderse,
si dos sendas una hacerse,
si dos montes contemplarse;
me paro y con ansiedad
recuerdo que a nadie adoro,
miro tanto enlace, y lloro
mi continua soledad...

El sentimiento amoroso que aparece tan delicadamente cantado en las últimas estrofas de *La madrugada,* inspira, como antes dije, muchas de las poesías de Milanés. Y se explica, ¡que no en vano era él joven y romántico! Pero debo advertir que, aunque afiliado a dicha escuela poética, no tienen sus versos eróticos ni el ímpetu ni la fogosidad que caracterizaron los de la mayor parte de sus cofrades literarios; antes al contrario, parece que tuvo especial empeño en oponer al derroche de pasión y vehemencia de que aquéllos hacían gala, la inocente y apacible naturaleza de su inspiración amatoria, como puede deducirse de las musicales espinelas en que explica a su novia—acaso algo desconcertada ante la tradicional timidez de su soñador enamorado—la naturaleza del afecto que ella le inspira:

.... ese amor, frenesí,
que las entrañas devora,
hoguera atormentadora
que rompe fuera de sí,
no es amor digno de ti
ni digno de mi laúd;
sino el que es placer, salud,
paz, esperanza, consuelo,
apacible, como el cielo,
dulce, como la virtud.

Amor que ni arruga cejas
ni deja crecer desvelos
sembrado de bellos celos
y de enamoradas quejas.
Rico de memorias viejas
que las guarda una por una;
que ríe al ver una cuna,
que al ver una tumba llora,
adorador de la aurora,
bendecidor de la luna.

También se reflejan especialmente la delicadeza y espiritualidad amorosas de Milanés en su lindo poemita *El beso,* que dice así:

De noche en fresco jardín
sentado estaba a par de ella:
yo, joven: joven y bella
mi serafín.

Hablábamos del negror
del cielo, augusto y sin brillo,
del regalado airecillo
y del amor.

Hablábamos del lugar
en que primero nos vimos;
y sin querer nos pusimos
a suspirar.

A suspirar y a sentir
gozo en volver a juntarnos:
a suspirar y a mirarnos,
y a sonreir.

Porque amor casto entre dos
es colmo de las venturas,
y unirse dos almas puras
es ver a Dios.

Una mano la pedí,
porque en sus lánguidos ojos
y en medio a sus labios rojos
brillaba el *sí*.

Ella, al oirme, tembló,
y en mí largo tiempo fijo
su dulce mirar, me dijo
tímida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son
pone el corazón risueño:
un *no* celeste, halagüeño,
sin negación.

Por eso yo la cogí
la mano, y con loco exceso
a imprimir sobre ella un beso
me resolví.

Beso que en mi alma crié
en sueños de gloria y calma,
y que por joya del alma
siempre guardé.

Puro como el arrebol
que orna una tarde de mayo,
y ardiente como es el rayo
del mismo sol.

Pero al besarla sentí
mi labio sin movimiento,
porque un negro pensamiento
me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor
de mi boca osada, ansiosa,
no iba a secar ya la rosa
de su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel
beso, otro labio vendría
que ambicioso borraría
las huellas de él?

Así pensé... y fuíme en paz,
dejándola intacta y pura;
y lágrima de dulura
bañó mi faz.

¡Nada más distante de los desbordamientos apasionados de Espronceda o de la intensa emotividad de la Avellaneda—para no citar más que dos de los principales poetas eróticos de la escuela romántica española—que la tranquila inspiración de Milanés, que merece ser tenido como uno de los más castos bardos amatorios de todos los siglos!

No sólo inspiró la mujer a Milanés poesías que exteriorizan los sentimientos de su corazón enamorado, sino que también le atrajo como asunto de observación objetiva y desapasionada. A través de toda su obra poética parece persistir el empeño de pintar a la mujer cubana, propósito que, en su epístola a Galbán, declara haber tenido al crear el tipo de Leonor en *El Conde Alarcos:*

El dulce corazón de la cubana
pinté no más, si reparar quisiste,
en aquella hermosura sevillana
hija infeliz de mis ensueños tristes.

Pero, en verdad, no se descubre en *Leonor* ninguno de los caracteres distintivos de la cubana—como no sea el que señaló José de Armas y Cárdenas a casi todos los personajes de dicho drama: el sello de la humillante esclavitud que pesaba sobre nuestro suelo—pues el extremado lirismo en que se desarrolla el papel de la desdichada condesa, obscurece y falsea algunos rasgos naturales con que sin duda el poeta quiso embellecerla.

Mejor éxito tuvo Milanés, si no como artista, como observador, en las varias ligeras psicologías femeninas que engalanan algunos de los cuadros de *El Mirón cubano,* en los cuales solía presentar, en pocas pinceladas, gentilísimos bocetos; ejemplo de ello son la discreta y paciente Doña Luz de *La Mujer dictando;* la viva y afectuosa Doña Encarnación y aun la pedante Doña Juana de *La mujer*

de talento. Pero quede para su oportunidad el estudio de Milanés como poeta dramático y volvamos a sus poesías líricas, en las cuales se hallan también muy graciosas imágenes femeninas. No desdeñaba él tipo alguno de mujer, por bajo y mísero que fuese, si le ofrecía oportunidad para dar libre curso a su vena de moralista; si bien reservaba los toques más delicados de su pincel para pintar las encantadoras jóvenes matanceras del año 35 al año 43, las cuales se deslizan por sus rimas ya "meciendo en un quitrín lujoso su talle peregrino"; ya abrigadas en manta escocesa, tocadas con gorras de paja y armadas de galanos parasoles, "graciosas cubanas en traje francés", o bien en actitud reposada, junto a la mesa de caoba, leyendo a la vacilante luz de las bujías un libro conmovedor. Asimismo, en algunas de las composiciones contenidas en *El Cancionero de Tristán de Medina,* aparecen agradables tipos femeninos de clases populares: ya la llorosa jovencita que no ha podido bailar a su gusto porque la martirizaba un corsé demasiado ceñido; ya la acongojada *guajirita del Yumurí,* que espera inútilmente, bajo el frondoso mango, a su olvidadizo galán; ya la tierna esposa a quien sobrecogen los presagios de la tempestad estival. En todas estas composiciones se refleja la profunda simpatía—y adviértase que ahora no digo cortesanía ni amor—que por la mujer experimentaba nuestro poeta, simpatía debida tal vez a delicadas afinidades psicológicas que pudieran asimismo explicar aquel "no sé qué de lánguido y femenino" que encontraba Menéndez y Pelayo en muchas de las composiciones de Milanés.

Pasemos a considerar las poesías derivadas de la tercera fuente de su inspiración, o sea de los sentimientos morales, y del concepto de la *misión* encomendada al poeta, cuyo oficio de faro de la humanidad y director de naciones fué puesto en boga nada menos que por el pontífice máximo del romanticismo, Víctor Hugo. Esta nueva senda poética había sido señalada a Milanés también por Del Monte, quien en carta de septiembre de 1836 (6), aconsejaba a su joven amigo que tratase de aplicar la poesía al remedio de los males sociales y a la depuración de las costumbres, teoría que aparece más explícitamente desarrollada en un artículo del mismo Del

(6) Transcripta por E. Blanchet en su artículo *Domingo del Monte como poeta y como literato.* CUBA CONTEMPORÁNEA, septiembre 1914.

Monte que vió la luz en *El Album* (1838), en el que declara cuál ha de ser, a su juicio, el papel del poeta en el siglo XIX:

Con voz sonora y persuasiva elocuencia—dice—enseñará la virtud al ignorante; confundirá al malvado, dará enérgico y poderoso conhorte al desvalido, y empeñará en fin recia y perenne lucha en favor de esa misma humanidad tan calumniada y tan digna de la sublime lástima del poeta.

Inspirado en estos principios, que si son más que discutibles desde el punto de vista del arte, tienen en cambio un serenísimo valor ético, formuló Milanés en diversas ocasiones su credo artístico:

La sonoridad viene a ser al verso como el color a las flores—dice en 1842 en su artículo *La redondilla y la octava*—el color da hermosura a las flores, pero no les da vida. La savia es la que sostiene todo el árbol: no basta pues que el verso tenga colores, es menester que tenga savia, que encierre grandes ideas sociales.

En la poesía dedicada al suicidio de Larra, había lanzado también su fórmula *misionista,* erigiendo al poeta en adalid y antorcha del pueblo, en luchador invencible contra los embates del mal; y en *El poeta envilecido* (composición que en el sentir de Del Monte alude a *Plácido*) recrimina de esta suerte al vate que no cumple su alto destino:

Torpe!... que a su pensamiento,
siendo libre como el viento
por alto don,
le corta el ala, lo oculta,
y en la cárcel lo sepulta
del corazón.

....

Bien que en frente tan mezquina
nunca aureola divina
resplandeció;
ni inspiración alta y bella
vino, a posarse sobre ella
ni la arrugó.

....

Ni si el déspota le oprime,
oye el susurro sublime
de libertad;
ni con gritos tronadores
cura la rica de errores
humanidad.

Despiadado fué con *Plácido* en esta poesía—y acaso también en otra—el dulce Milanés, que sólo en contadas ocasiones dejó de disculpar las debilidades humanas; pero abandonemos estas consideraciones, para recordar el esfuerzo hecho por el poeta a fin de someter a tales principios casi toda su producción de 1837 a 1838. Mas careciendo de la profundidad de pensamiento, de la amplitud de concepción, de la entonación elevada, de la serenidad psíquica indispensable para abordar un género de poesía tan erizado de escollos, fracasaron completamente sus ensayos; y es indispensable convenir en que desde el punto de vista artístico, sus poesías filosófico-morales son—exceptuando alguna que otra en que sentimientos de otra índole se sobreponen al desarrollo de la tesis moral—lo peor que produjo su inspiración. En casi todas esas poesías (*El Mendigo, La Madre Impura, A una Coqueta, El Expósito, El Hijo del Rico, El Ebrio, La Cárcel, A Larra, La Hija del Pobre, El Bandolero,* y algunas más) el estilo, más que grave, es duro; la dicción, baja; las imágenes triviales y la versificación incorrecta y desmañada, como si la preocupación moral que embargaba al autor pusiese freno a sus innegables cualidades líricas.

Menéndez y Pelayo, que juzga estas poesías como "abortos de una demencia literaria que desgraciadamente era precursora de otro género de demencia", señala en ellas la funesta influencia de "la acre poesía socialista" de Espronceda en *El Mendigo, El Reo de Muerte y el Verdugo.* Pero la profunda diferencia que existe entre los caracteres de esos dos hombres—y no digo poetas, porque como poeta no puede en ningún sentido compararse el tímido vuelo de Milanés con el de aquella águila caudal del romanticismo español—hubo de marcarlas muy hondas en la parte *tendenciosa,* que es lo principal en este género de poesía. Pesimista y algo misántropo Espronceda, se muestra mordaz y sarcástico en casi todas esas composiciones, que son algo así como el grito violento de los que están más o menos fuera de la sociedad contra la sociedad consti-

tuída; optimista y de filantrópicos sentimientos Milanés, tienen sus críticas casi siempre el tono moralizante del que cree de buena fe en el mejoramiento social que aconseja expresa o tácitamente. A mi juicio, la influencia ejercida por Espronceda sobre Milanés debe haberse reducido en todo caso, a un par de esas composiciones morales, *La Cárcel* y *El Bandolero,* en las que se descubre una inclinación hacia el socialismo, tal como parece haberlo entendido Espronceda; pero semejante tendencia fué en nuestro poeta un cambio de orientación filosófica que alarmó, por cierto, a Domingo Del Monte:

...si V. no vuelve en sí—le dice en una carta escrita en noviembre de 1837 (7)—y se atiene a los principios eminentemente sociales y conservadores del Cristianismo o a los serios y enérgicos del estoicismo, degenera [su moral] en la laxitud peligrosa de Byron.

Después del año 1839, la obsesión concionante, que diría Valera, se apaga algo, o acaso busca en sus ensayos dramáticos otra vía de expansión; y aunque alardea de sus principios en las poesías que dedica a Palma, y filosofa un poco en el poemita *Su Alma,* y un mucho en su tan conocida meditación *De codos en el puente,* se advierte una especie de regreso a las anteriores fuentes de inspiración, que son en él las verdaderamente poéticas. Entonces escribe, además de las dos composiciones citadas, *La fuga de la tórtola,* que es a pesar de su deliciosa puerilidad, de lo más bello y correcto que produjo su musa; *El nido vacío,* en que se percibe cierta encantadora fragancia del cancionero español; y por último, *El Alba y la Tarde,* y *Bajo el mango,* que contienen pequeños fragmentos descriptivos de un pintoresco e intenso color local, difícilmente sobrepasado en nuestra literatura.

Como dice muy bien Eusebio Guiteras, el concepto de la *misión* del poeta comprendía en Cuba, no sólo cuanto significase amor a la patria y al progreso, sino también labor abolicionista. A esta última finalidad responden muchas insinuaciones contenidas en la obra de Milanés y en especial su composición en décimas titulada *El Esclavo,* en las que glosa la redondilla que el gran Lope había hecho célebre en *La esclava de su galán,* y su romance cuba-

(7) Transcripta en parte por D. Figarola-Caneda en *Milanés y Plácido.* CUBA CONTEMPORÁNEA, agosto, 1914.

no *El esclavo alzado.* Asimismo, las ansias de independencia patria inspiraron sus décimas de arte mayor *Después del festín* en las que, bajo forma simbólica, clama contra la inacción política de sus conciudadanos, que se apartan del festín (la vida) y se entregan al sueño, sin haber tenido un gesto heroico para la patria oprimida, dejando a su prole el horizonte preñado de nubes; composición, por otra parte, algo desconcertante en la que alguna que otra frase parece anunciar la faltal demencia cercana. Más claramente expresa sus ideales cuando en su poesía *Dos laúdes,* dedicada al poeta Ramón de Palma, suspira por el progreso de la patria, concepto que encerraba el de libertad para Milanés y sus amigos:

Ambos latimos con afecto puro
por esta Cuba en que la noche mora
y como el ave entre el ramaje oscuro,
al horizonte ensordecido y duro
ambos pedimos la benigna aurora.
Ambos con entusiasmo y embeleso
notamos ya la claridad que asoma,
y con el gozo en el semblante impreso,
vemos que al pie de la difícil loma
clava la planta el vencedor progreso.

Y si queremos escuchar a nuestro poeta, clamando sin ambages por la independencia patria, acudamos a la poesía en que contesta las sentidas estrofas que le dirigió el poeta Galbán a propósito de *El Conde Alarcos:*

Con ella iré sin rémora ni traba
ya muerda el yugo o la venganza vibre,
con ella iré mientras la llore esclava,
con ella iré cuando la cante libre!
Buscando el puerto en noche procelosa
puedo morir en la difícil vía;
mas siempre iré contigo, Cuba hermosa,
y apoyado al timón, espero el día!

Figuran también en la producción lírica de Milanés cuatro poemas lírico-novelescos que tituló leyendas: *Rodulfo y Clotilde, La promesa del bandido, Vengar el honor sin sangre* y *Desengaños en amor,* esta última incompleta. El primero de dichos poemitas contiene las quejas de un cruzado a quien una ingrata abandona, y

que mientras canta sus cuitas al pie del castillo en que ella mora, cae atravesado por traidora saeta. Las restantes contienen más abundante elemento narrativo, y reflejan a trozos aquella especie de *adivinación* de la España de capa y espada que descubría Menéndez y Pelayo en algunas obras de Milanés, fenómeno que se debe a un curioso proceso de asimilación, cumplido a través del teatro de Lope. La última de las citadas leyendas es la que más carácter español tiene: hay en ella escenas de rapto, cambios de trajes, galanes que escalan muros y allanan alcobas, padres engañados, tahures, doncellas burladas, conventos, frailes, embozados, traiciones, muertes violentas y hasta una noche de San Juan. El asunto, tanto en esta composición como en *La promesa del bandido,* suele resentirse de alguna inconsistencia y falta de lógica. Mejor soldado está el argumento de *Vengar el honor sin sangre,* cuyo título calderoniano ya dice que se trata de un marido justamente celoso.

De cualquiera de esas narraciones pudieran extraerse fragmentos de muy fácil y sonora versificación, y asimismo señalarse en todas, los giros vulgares, las frases impropias, los abandonos característicos de la poesía de Milanés. La necesidad de abordar cuanto antes el estudio de su producción dramática, me impide detenerme en estas composiciones, cuyo estudio, por otra parte, poco nuevo añadiría al concepto que tenemos formado de su obra lírica.

*

Aunque bien puede afirmarse que la influencia romántica se reflejó en todos los ramos de la literatura castellana, es indudable que el terreno de sus más efectivos y brillantes triunfos fué, en España, el teatro. El lisonjero éxito que alcanzó el *Macías* de Larra, fué seguido por el efecto algo desconcertante de *Don Alvaro* del Duque de Rivas, por el triunfo delirante de *El Trovador* de García Gutiérrez, y por el entusiasmo que despertaron *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch, obra doblemente gustada porque hacía florecer de nuevo en la escena española una rancia y conmovedora leyenda nacional.

La fama de estas cuatro obras que aseguraron el triunfo del Romanticismo en el teatro español en poco más de dos años, y el renombre que ganaban en Madrid otros dramas españoles y extranjeros de la misma tendencia, llegaban tentadores a nuestra

patria, promoviendo en ella una intensa actividad dramática, de carácter marcadamente romántico; y así en los años de 1838 a 1840, los habaneros aplaudieron en sus teatros entre otras obras dramáticas, el *Don Pedro de Castilla* de Francisco J. de Fojá; *Gonzalo de Córdoba,* de Francisco Gavito; *Clotilde Bolti,* de Domingo Montalvo; *El Doncel,* de López Consuegra; *La vuelta del Cruzado,* de Ramón de Palma, y la joya de ese movimiento: *El Conde Alarcos,* drama caballeresco en tres actos y en verso de José Jacinto Milanés.

En una de sus visitas al *salón* literario de Del Monte, Milanés había dado lectura a una traducción suya en verso castellano, de algunas escenas del drama *Cristina* de Dumas, y los literatos allí presentes, advirtiendo la fácil elocución dramática del poeta, le animaron a que compusiera un drama original dentro de la escuela a que ya pertenecía por sus composiciones líricas.

Tenía, en efecto, Milanés brillantes condiciones para la poesía dramática, y a no haber muerto su inteligencia tan prematuramente, hubiese acaso elevado su nombre hasta cerca del de nuestra famosísima Tula Avellaneda; al menos así parecen indicarlo las innegables bellezas que—en medio de defectos debidos más que nada a la inexperiencia—, engalanan su producción escénica; el desarrollo dramático que daba a los asuntos de sus leyendas, y hasta la peculiar manera que tenía nuestro poeta de traducir en acción el sucinto contenido de algunos refranes castellanos, los cuales sugerían a su mente, según él mismo nos refiere en su artículo *Refranes dramáticos,* un verdadero cuadro dramático, "con su exposición, enlace, desenlace, y por consiguiente, con su idea moral."

Alentado, pues, por sus amigos, se determinó Milanés a ensayar sus aptitudes para el género dramático, escogiendo como asunto para su obra un tema que había ya inspirado a varios autores del siglo de oro y aun a uno de los patriarcas del romanticismo alemán: el romance del Conde Alarcos y de la infanta Solisa, que comienza:

> Retraída está la infanta—bien así como solía
> viviendo muy descontenta—de la vida que traía,
> por aquese Conde Alarcos—por amor que le tenía...

En dicho romance se refiere cómo cierta princesa—a quien había seducido y abandonado el conde Alarcos—confiesa su falta al

Rey, pidiéndole que para remediar su honra, haga morir a la esposa del seductor y le dé a éste como legítimo consorte. El Rey ordena al culpable que sin pérdida de tiempo dé muerte a su esposa y la infeliz es asfixiada en el lecho, con sus tocas, por su marido. El romance termina con una escena de emplazamiento tomada, como dice Menéndez y Pelayo, de la leyenda de los hermanos Carvajales: Alarcos, el Rey y la Infanta mueren poco tiempo después, y

allá fueron a dar cuenta—a la justicia divina.

Algo se separa Milanés en su obra del fondo del romance, y a más de amplificarlo cuanto era necesario para transformar una simple balada en drama romántico, introduce otras modificaciones más o menos caprichosas: así suprime, con muy buen acierto, la escena del emplazamiento, terminando su obra con la muerte de la esposa de Alarcos, Leonor en el drama. La princesa no pide a su padre—como hace Solisa en el romance—la muerte de la condesa, pues no podía concebir Milanés que mujer alguna llegara a tales excesos de crueldad—sino que es el rey quien concibe el plan y dispone su ejecución, que se cumple, no como en el romance por medio de Alarcos,—que eso fuera hacer antipático al protagonista—sino por medio de un verdugo enviado por el soberano.

Dos influencias literarias sutilmente fundidas, refleja *El Conde Alarcos* de Milanés: la una procede del teatro español del siglo de oro, la otra de la escuela romántica. La primera se observa más bien en detalles de factura: a ella responde la división del drama en tres actos (y no en cinco, como era corriente en la época); la marcada preferencia concedida al octosílabo sobre otros metros y la ausencia de los diálogos y monólogos en prosa que con tanta fruición intercalaban los dramaturgos románticos entre los recitados en verso. Asimismo, siguiendo un procedimiento muy generalizado durante el siglo de oro, se complació Milanés en poner en boca de los personajes de *El Conde Alarcos,* algunas paráfrasis del romance popular que servía de base a su drama, empeño éste que realizó a veces con acierto sumo, como puede apreciarse comparando los dos fragmentos a que voy a dar lectura, el primero de los cuales procede del romance español, y el segundo del drama de nuestro compatriota:

—¿Qué habéis, el conde Alarcos, —por qué lloráis, vida mía,
que venís tan demudado—que cierto no os conocía?
No parece vuestra cara—ni el gesto que ser solía.
Dadme parte en el enojo,—como dais del alegría.
Decídmelo luego, Conde—no matéis la vida mía...
Sentóse el Conde a la mesa—no cenaba ni podía,
con sus hijos al costado—que mucho que los quería,
echóse sobre los brazos,—hizo como que dormía,
de lágrimas de sus ojos—toda la mesa cubría.

TEODORO...... Madre mía,
¿Ves como padre nos oye,
sin cenar? la mesa cubre
de lágrimas que le corren.
LEONOR. Oh! qué tenéis, vida mía,?
¿qué pena os aflige, Conde?
tan demudado os contemplo
que cierto, nadie os conoce,
ni es ese vuestro semblante,
ni ésos son vuestros colores...
Como oí vuestra ventura
quiero oir vuestros dolores.
Oh, no me dejéis así,
a que mi afán me detroce!
No matéis la vida mía,... etc.

También puede señalarse en *El Conde Alarcos* la influencia, no ya del teatro del siglo de oro en general, sino la que en particular parece haber ejercido en su composición una obra determinada de dicha época literaria. Me refiero al drama de Don Luis Vélez de Guevara, *Reinar después de morir,* cuya protagonista es Doña Inés de Castro, la desventurada esposa del infante Don Pedro de Portugal, que murió asesinada por orden del rey Don Alfonso IV. Hay en efecto una correspondencia fácil de advertir entre los personajes de una y otra obra, en varios pormenores escénicos y en algunos recursos artísticos y situaciones culminantes, correspondencia que pudiera tener como causa, no sólo la imitación más o menos consciente, pero indudable a mi juicio, de la obra de Vélez de Guevara, sino también en parte la semejanza que existe entre el romance de Alarcos y algunos de los que narran la muerte de aquella dama gallega, a los cuales hubo de acudir Vélez para la composición de su precioso drama.

La influencia romántica en cambio ha actuado especialmente sobre el espíritu de la obra: romántica es la atmósfera desoladora y triste en que se desarrolla la acción; romántico el intenso elemento patético encarnado en *Leonor;* romántica la violencia del amor enfermizo de la infanta *Blanca,* que todo lo atropella; románticos los conmovedores acentos con que *Alarcos* intenta desarmar a la ofendida princesa, y aquellos otros dolorosísimos con que se despide de *Leonor* en la escena de las tocas; romántico en fin, ese trovador provenzal que Milanés ha mezclado a la trama de su obra, no tanto por necesidades de la fábula dramática, como quizás por una especie de tácito homenaje que de este modo rinde a la obra más admirada y popular del teatro romántico español.

Considerado *El Conde Alarcos* desde el punto de vista de su adaptabilidad escénica, es indispensable convenir en que su acción es frecuentemente lánguida y penosa; en que contiene alguna que otra escena innecesaria, que no añade belleza a la trama; en que los parlamentos largos se prodigan, y en que los personajes adolecen de cierta monotonía de sentimientos, especialmente *Leonor,* que es demasiado constante en su ternura, en sus presagios y en sus quejas. No mucha más variedad tiene el protagonista de la obra, *Alarcos,* personaje melancólico y sombrío, ligado al rey por un terrible juramento de honor que le impide acudir a procedimientos extremados para salvar la vida a su desgraciada esposa; situación ésta que, si pudiera ser explicable dada la época en que se supone que tiene lugar la acción, siglo XIII, pugna en cambio con el carácter rebelde e indómito de los héroes del romanticismo. Más rico juego escénico tiene la princesa *Blanca,* la cual se muestra verdaderamente apasionada en algunos momentos, como en la escena IV del acto II, en que confiesa al rey su amor por Alarcos:

REY: Oídme: nombres tan bellos
y nobles hay en París
como el suyo.
BLANCA: ¿Qué decís?
¿Delante de él, qué son ellos?
Esos magnates se cubren
de relumbrantes honores
que deben a sus mayores,
porque de ese modo encubren
su nulidad; pero él puede

mostrar, aunque noble nace,
que la nobleza se hace
sin que ninguno la herede.
El combatió contra el moro
en la Siria. ¡Y aunque no
combatiese, le amo yo!
REY: ¡Le amáis?
BLANCA: ¡No padre, le adoro!...
Si hay palabra en nuestra lengua
que pinte una pasión loca,
que ni la ausencia la apoca,
ni el mismo dolor la amengua,
dime esa palabra y ésa
dirá lo que siento en mí.

La dicción poética de *El Conde Alarcos,* aunque a veces afeada por versos vulgares y por voces empleadas con cierta impropiedad, es muy harmoniosa y flúida, sobre todo en los diálogos entre *Alarcos* y *Leonor,* algunos de los cuales, como el que sigue, son verdaderos idilios de tierno y sencillo amor conyugal:

LEONOR: ¡Y si vieras qué frescura
hay en las campiñas hoy!
Desde que en la Francia estoy
no ví mañana tan pura.
Al ver cómo todo brilla
me acordé (sábelo el cielo)
de aquel jardín de mi abuelo
y de mi dulce Sevilla.
De mi madre me acordé
y mis antiguas doncellas
y de ótras memorias bellas
que allá por siempre dejé.
Pero ¿qué importa?... contigo
soy más que una emperatriz,
porque me has hecho feliz
con tu amor... y te bendigo!
ALARCOS: ¡Tú me bendices! ¿Por qué?
El honor me esclavizó
a un hombre, y bárbaro yo
conmigo te esclavicé.
Eras libre, eras felice,
y en tu candoroso seno
lanzó mi amor un veneno
con que tu calma deshice.

Y cuando a un hombre te ligas
que tanto bien te quitó
quieres bendecirle?... No:
no Leonor: no me bendigas!
Pura, inocente corría
tu gallarda mocedad,
y por candor y beldad
eras flor de Andalucía.
Yo arranqué la hermosa flor
del jardín en que nació:
yo voy a secarla!... No:
no me bendigas Leonor!
(Acto I, escena VI.)

Apreciado en su conjunto, *El Conde Alarcos* tiene, a pesar de los defectos que hemos indicado y de otros que pudieran señalársele, indiscutible valor literario: es una obra que interesa y cautiva, que arranca lágrimas a los ojos más duros, que satisface muchos de los ideales del público romántico. Por eso creemos que debe ser considerado como obra de real mérito artístico, si bien hay que confesar que le falta mucho para que pueda colocarse, como afirmaba benévolamente Hartzenbusch, junto a las mejores que se escribían en España por entonces.

Añadiremos como detalles curiosos que *El Conde Alarcos* se representó, a poco de escrito, en el teatro de Tacón, por la compañía del actor Duclos, quien hizo el papel de *Alarcos,* estando encomendados los de *Leonor* y de *Blanca* a Doña Rosa Pelufo y a Doña Vicenta Lapuerta respectivamente; y por último que produjo a su autor catorce onzas de oro (8), cantidad nada despreciable, y hasta elevada, dados los tipos de cotización literaria de la época.

Los éxitos alcanzados mediante la representación de *El Conde Alarcos* estimularon a Milanés para la producción de otras obras dramáticas, y comenzó a poco una muy bonita imitación de Lope, titulada *Por el puente o por el río,* que dejó incompleta; y escribió el proverbio dramático en tres cuadros *A buena hambre no hay pan duro,* cuyo protagonista es Miguel de Cervantes, y la obra en tres actos *Un poeta en la corte,* que el autor calificó de drama, pero que es más bién comedia dramática, pues no sólo hay en

(8) Revista cit. julio y diciembre 1910. Carta nº XLI.

ella escaso juego de pasiones, sino que predominan las situaciones y los tipos cómicos. La obra tiene fondo moral, siendo, como dice Mitjans, una lucha de amor entre la pobreza virtuosa representada por el poeta *Pereira* y la grandeza envilecida que encarna el viejo *Duque de Miranda.* Ambos pretenden a la inocente *Inés* con fines diversos, pues mientras el *Duque* la quiere para pasatiempo, *Pereira* la adora con todas las idealidades de su espíritu soñador. Para salir adelante con su indigno propósito, el *Duque* dispone sobornos y amenazas, prepara un rapto y combina un asesinato; pero todos esos negros planes fracasan, y la niña queda para el adorador joven y honrado. El argumento está bien concebido; pero al traducirse en acción dramática, se articulan sus partes de manera algo recia y poco natural. El primer acto, que es el mejor de los tres—Milanés tenía gracia para echar a andar una pieza dramática—contiene escenas muy bonitas, especialmente la de la *academia,* en la que se da lectura, en presencia de *Inés,* a dos sonetos a ella dirigidos, uno gongorino, del *Duque,* y otro natural y llano que resulta ser de *Pereira.* La parte verdaderamente dramática de la obra está encerrada en unas cuantas escenas del último acto, especialmente en los diálogos amorosos de *Pereira* e *Inés,* que recuerdan algo los de Leonor y Alarcos, y en una escena de reto entre el *Duque* y *Pereira,* que Milanés aprovecha para poner por las nubes a los poetas y a los humildes, y para lanzar sus sátiras contra la nobleza y contra el rey Felipe IV, en cuya época coloca el autor la acción de la obra.

Algunos críticos han opinado que *Un poeta en la corte,* es superior a *El Conde Alarcos;* pero aun cuando el movimiento escénico sea en aquella obra algo más vivo que en ésta, no nos parece que la concepción dramática sea tan amplia, ni la versificación tan fácil, ni los personajes tan hondamente sentidos, todo lo cual hace que *Un poeta en la corte* no produzca en el lector tanta emoción artística como *El Conde Alarcos,* al cual debió Milanés principalmente el renombre de autor dramático de que gozó entre sus contemporáneos.

*

También figura entre las obras dramáticas de Milanés *El Mirón Cubano,* nombre que dió a una serie de doce cuadros, escritos en

verso octosílabo, casi siempre asonante, los cuales han sido mirados con indiferencia, cuando no con menosprecio, por la mayoría de nuestros críticos. Nada más injusto: no sólo ellos permiten apreciar aspectos muy interesantes de su obra, sin los cuales quedaría como incompleto el perfil literario del poeta matancero, sino que, además, algunos de los citados cuadros son, como afirma el ilustre literato Don José de Armas y Cárdenas, "muy notables por su espíritu de observación y justa crítica."

Producidos en los años de 1840, 41 y 42, coinciden con la época en que palidece el tono moralizador de su inspiración lírica, por lo que pudiera suponerse que, convencido de sus disposiciones teatrales por el buen éxito alcanzado con sus primeros ensayos dramáticos, y pensando que la escena era más adecuado medio para un poeta *misionista* que los límites forzosamente estrechos del poema lírico, a ella trasladó su cátedra.

Todos los cuadros de *El Mirón Cubano* están bordados sobre una especie de *canevas* común: El Mirón—un observador escrupuloso y crítico celante, que encarna al propio Milanés—presencia una breve escena doméstica, de la que es nombrado juez, o él mismo se instituye árbitro de ella. Los personajes desfilan, poniendo al descubierto sus cualidades; El Mirón observa y juzga, lanzando aquí y allí sus críticas y consejos, que se concretan casi siempre con más precisión al final de cada cuadrito. (9)

Desde dos puntos de vista ha de ser considerado *El Mirón Cubano,* puesto que constituye un ensayo hecho para adaptar a la acción cómica el artículo satírico de costumbres, tan caro a

---

(9) Existe en la literatura española una obrita anónima titulada *Entremés de los Mirones* en la que aparece el tipo, del Mirón, con carácter en cierto modo semejante al que le da Milanés. Véase la explicación que figura en boca de dos de los personajes:

LICENCIADO. En suma, señores, es una niñería inventada para entretenimiento por no sé cuantos estudiantes mis discípulos, que el otro día... dieron en que por estos días se fundase una cofradía que llamasen de *los Mirones,* cuyo instituto fuese éste: que repartidos como frailes por barrios de la ciudad, de dos en dos, vayan a lo disimulado, mirando con atención todas las ocasiones o sucesos que tienen más del gusto y del extravagante... Y acordamos que se llamasen *Mirones* los cofrades porque van desojados por las calles mirando lo que pasa, para traer qué contar y qué reir.

DON DIEGO. ...¿no os parece agraciada invención sin perjuicio de nadie, y con entretenimiento y aun provecho de los que fueren de esta cofradía porque con ir advertidos y *mirones,* van cultivando los ingenios y adquiriendo experiencias de todo lo que ven para hacerse prudentes?

(Colección de Entremeses, loas, etc., desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII), ordenada por Don Emilio Cotarelo y Mori. Tomo 1o, vol. 1o, Madrid, 1911, pág. 162.

los cubanos de la pasada centuria, quienes, como es sabido, nos han dejado en páginas llenas de gracejo y donosura una copia enérgica de la sociedad colonial de que formaron parte. Pensaba Milanés, con mucho juicio, que la lección habría de resultar más provechosa y la sátira más viva, si tomaba forma material mediante los personajes y el movimiento escénico. Mas para salir completamente airoso de tal empeño, era necesario, indudablemente, que las condiciones dramáticas de nuestro autor hubiesen llegado a un grado de madurez no alcanzado jamás por él en su corta vida artística. Si, como hemos visto, hasta la más importante y trabajada de sus piezas teatrales adolece de cierta languidez, no es de extrañar que la acción dramática de unos ensayos en que todo está subordinado a una tesis que casi siempre tiene carácter de precepto doméstico, resulte con frecuencia floja, lenta y forzada.

Fundándose en esto, la generalidad de los críticos han negado todo carácter dramático a los *Mirones* de Milanés, juicio que, aunque parezca riguroso, es justo, si se aplica en particular a algunos de ellos, como por ejemplo, a *Hijo y padre literatos;* pero que resulta excesivo si se generaliza a toda la serie, en la que figuran algunos cuadros que, por la vis cómica de los personajes, por la naturalidad y el desenfado de ciertas partes del diálogo y por la gracia discreta que tiene a veces la acción, pudieran ser considerados como verdaderos entremeses.

Pero aun concediéndole determinados caracteres dramáticos, es indispensable convenir en que el elemento *costumbrista* es siempre predominante en *El Mirón Cubano,* por cuyas sabrosas páginas desfila una graciosísima serie de tipos populares, casi todos pertenecientes a la clase media y su servidumbre, admirablemente copiados del natural. Allí aparecen el padre autoritario y el tolerante; el esposo despótico y la esposa prudente; el joven laborioso, el viejo hipócrita, el mozo libertino; la joven ignorante, la mujer hacendosa, la pedante, la manirrota, la pretenciosa; el niño bien educado y *l'enfant terrible;* el guajiro, la negrita, el negrito, en fin, tipos que, aunque presentados casi siempre con intención satírica, aparecen delineados con cierta delicadeza de rasgos, pues la inspiración de nuestro poeta era opuesta a la caricatura grotesca y exagerada.

Dos son los procedimientos que utilizaron preferentemente nuestros escritores de costumbres durante el siglo XIX: unos emplearon casi únicamente la burla jocosa para poner de relieve los aspectos ridículos de los tipos que caían bajo sus aceradas plumas; eran, más que moralistas, escritores festivos, y provocaban en el lector no tanto la meditación como la risa franca y regocijada; otros, en cambio, de índole más moralizadora que festiva, escogían sus tipos con la intención premeditada de provocar en el lector la reflexión y la enmienda, presentando, junto al vicio, la censura; junto al veneno, la triaca. A esta última clase de escritores pertenece Milanés, y ello permite conocer con mayor facilidad, a través de *El Mirón,* algunas de sus opiniones sobre defectos y necesidades, ya particulares, ya generales, de su época.

Así pues—dejando a un lado lo que de alusiones personales más o menos veladas encierra *El Mirón Cubano,* para observar especialmente lo que de crítica y observaciones de general aplicación contiene—le veremos lanzar diatribas contra los escritores improvisados y plagiarios en *Hijo y padre literatos;* proclamarse contra la desigualdad social en *El hombre indecente;* fustigar duramente la esclavitud y sus consecuencias en *El hombre de bien* y aun esbozar teorías de lo que me atrevería a llamar tímido feminismo en *La mujer dictando.* Pero el tema que principalmente aborda en sus *Mirones* es el que se refiere a la educación de sus conciudadanos.

Milanés tiene una fe absoluta en la obra de la educación, y cree que su defecto arrastra al hombre a los últimos peldaños de la escala social, juicio éste que se ve repetido acá y allá en su poesía tendenciosa, en la que con frecuencia resuena un vago clamor por la difusión gratuíta de la enseñanza. Pero es en *El Mirón Cubano* donde bosqueja con más precisión, si no sus ideales pedagógicos—pues la frase resulta ambiciosa para las modestas miras de nuestro poeta—al menos lo esencial de sus ambiciones educativas. Nada nos impondrá mejor acerca de ellas que un ligero examen de algunos de los cuadros en que el poeta se muestra más explícito sobre este asunto.

Comencemos por *El tú y el su merced,* título que alude a los tratamientos que daban los hijos a sus padres, y que emplea Milanés para representar, con el uno, la antigua educación rigorista,

a base de servilismo humillante, y con el otro, los sistemas educativos modernos, fundados en relaciones de afecto entre padres e hijos. Partidario de la antigua fórmula es *Don Lucas,* hombre iletrado, de ideas atrasadas, que no consiente a su pequeño *Aniceto* otro tratamiento que *su merced,* clave para él de todo respeto y obediencia filiales. En cambio, *Don Nicolás,* hombre docto y progresista en materia educativa, permite a su *Nicolasillo* que le tutee. Ambos padres discuten ante el *Mirón* sobre las ventajas de sus respectivos sistemas, cuyos resultados se ponen de relieve al ocurrir la siguiente escena:

NICOLASILLO: Señores, si me permiten
ustedes, diré a mi padre
una palabra.
ANICETO: No estires
los cumplimientos, y empieza:
que si es verdad que él lo dice...
NICOLASILLO: ¡Calla tú!
ANICETO: Me callaré;
pero haré lo que me oíste.
DON NICOLÁS: ¿Qué ha habido?
NICOLASILLO: ¿Es verdad, papá,
como Sinforiano dice,
que tú...
DON LUCAS: (Jesús! ¡qué palabra.)
NICOLASILLO: me has mandado que no empine
el papalote?
DON LUCAS: (Esta falta
de respeto es insufrible.)
DON NICOLÁS: Yo lo mandé, porque el sol
tal está, que no es posible
que deje de hacerte daño.
NICOLASILLO: ¿Sabes tú lo que dió origen
a dudarlo, y a venir
a saber si lo dijiste?
Habernos dicho el criado
que el Sr. D. Lucas dice
que lo permite empinar,
cuando tú no lo permites.
Y aunque yo puedo en el patio,
sin que el sol me mortifique,
volarlo, bajo el alero
del cuarto nuevo que hiciste,
hasta la tarde, papá,

no quiero ya divertirme.
DON NICOLÁS: Espérate: si es verdad
que en ese cuarto los abrigue
contra el sol, yo les permito
que en el momento lo empinen,
si es que lo consiente Lucas.
DON LUCAS: (Este quiere que le imite)
No señor. Hasta la tarde
no es bien que se verifique
lo del volarlo.
ANICETO: *Taitica,*
¡su merced es insufrible!
DON LUCAS: ¿Qué me has dicho?
ANICETO: Su merced
trata sólo de aburrirme,
y yo...
DON LUCAS: ¿Qué dices, *guanajo*?
ANICETO: Que el *guanajo* es más creíble
que lo sea su merced,
pues cuando no me permite
empinar el papalote,
yo hallo modo de salirme
con la mía.
DON LUCAS: ¿Cuál es?
ANICETO: Este:
no dejando ni los güines!
(rompe el papalote).

Esta palmaria demostración convence al fin a *Don Lucas* de la ineficacia de la educación rigorista, y el *Mirón* concluye el cuadro clamando porque:

...ojalá motive
este suceso algún cambio
en las costumbres civiles,
reconociendo que el hombre
sólo por amor se rige!

A tan sano principio de educación moral pueden añadirse otros, declarados en *El colegio y la casa,* cuadro compuesto con el propósito de hacer propaganda en favor del colegio "La Empresa" que dirigía en Matanzas Echeverría, y que contaba entre sus profesores a los literatos Palma y Villaverde. Este cuadro encierra una crítica a la educación doméstica y un elogio a la educación

colectiva, afirmando que a veces ciertas influencias del hogar desvirtúan y anulan la eficacia de la escuela. Milanés clama porque, depurada de sus defectos la educación doméstica, se unan e intensifiquen entrambas fuerzas, como único medio de que resulte eficaz la acción que ejercen sobre el niño. He aquí la parte en que *D. Norberto* informa al *Mirón* del comportamiento de su hijo, que siendo en el colegio excelente muchacho, resulta insufrible en el hogar:

Usted dice que celebra
el aire modesto y serio
con que respondió al examen..
Y diga usted: acá dentro
de mi casa, ¿de qué nace
que es tan loco y majadero?
Acá todo lo revuelve,
nunca puede estarse quieto;
si le llamo a que me lea
para notar sus progresos,
algún libro, no hace caso;
y por más que le reprendo
se está con el papalote
al sol poniéndose negro.
El arriate está sin flores
y vacío el gallinero,
y éstas son hazañas suyas.
petulante y pedigüeño,
todo el día está comprando,
cuando le damos dinero,
dulces que siempre le tienen
el estómago indispuesto.
En fin, si el colegio, amigo,
no sólo instruye al que es necio,
sino que pule costumbres
y morigera los genios,
estas dichosas ventajas
¿dónde están que no las veo?

En este punto aparece en escena el travieso chico, haciendo gala de todas sus bellaquerías ante el *Mirón,* que puede ya dar a su amigo la siguiente respuesta:

usted...
echa a perder en la casa
lo que adelanta el maestro.

En el colegio se vedan
por especial reglamento
los castigos corporales:
usted, por contrario acuerdo,
no tan sólo los sanciona,
sino permite muy fresco
que un niño de doce años
pegue sin razón a un negro.
Allá las malas palabras
sufren perpetuo destierro,
y se habla según ordenan
los gramáticos preceptos:
aquí a su padre y su madre
el niño las está oyendo...
Dígame usted: dos sistemas.
Uno malo y otro bueno.
¿Qué influirá sobre el muchacho
que está bajo el poder de ellos?
¿Piensa usted que el bueno triunfe,
cuando en la experiencia vemos
que cuanto al bien somos tardos,
tanto al mal somos ligeros?
Por eso renuncia usted
a ver, señor Don Norberto,
que den sazonados frutos
morales advertimientos,
cuando no vayan a un fin
único, seguro y cierto,
las públicas instrucciones,
los paternales ejemplos:
cuando no se den la mano
las casas y los colegios.

También trató Milanés de algunos puntos relativos a la educación de la mujer en sus cuadros titulados *Saber algo* y *El inconsecuente cuerdo*. De la lectura de ellos se deduce que para nuestro poeta, como para los más de sus contemporáneos, el fin supremo de la educación femenina era la preparación para el matrimonio. No discutamos si debe ser éste, en efecto, o si la mujer tiene derecho a que se la eduque también para sí misma, para que viva su propia vida, pues tales consideraciones habrían de arrastrarnos fuera de nuestro tema; convengamos sí, en que ése era el criterio de su siglo, y aun sigue siéndolo, en parte, del nuestro. Y Milanés entiende que la falta de preparación intelectual y moral

aleja a la joven del matrimonio, argumento de que se vale, tanto para inclinar al estudio a sus lindas amiguitas, como para alarmar a los papás casamenteros. He aquí cómo presenta sus puntos de vista en *Saber algo*.

Don Luis, rico hacendado matancero, está preocupadísimo a causa de que su hija Sofía no encuentra novio. Le urge colocarla cuanto antes, porque él—aunque según confiesa tiene ya cincuenta y dos años—desea contraer segundas nupcias con... una jovencita, tan pronto como logre casar a su niña. Y un buen día le pide al *Mirón* que le averigüe las causas de un celibato que va prolongándose demasiado. El *Mirón,* que tiene que hacer casi de adivino, pues conoce poco a Sofía, toma como punto de partida para sus investigaciones el nombre de la joven:

Este nombre es de discreta,
y si a esto añado en seguida
que dice el padre que es fea,
no tiene duda, la niña
debe haber dado en pedante.

Mas una criada que entra a buscar en lo que el *Mirón* creyó librero y que es armario de ropa, varios objetos de su señorita, le dice que

...niña Sofía
nunca lee.

Viendo entonces una guitarra, se pone a divagar sobre supuestas aficiones filarmónicas de la joven, y más tarde, por otros detalles, la juzga consumada pintora. Pero incidentalmente se entera de que no son las bellas artes las que absorben el interés de Sofía y la alejan del matrimonio, porque no sabe dibujar, ni tañer la vihuela, ni tampoco coser, ni bailar, siendo además perezosa y desordenada. Y cuando el atribulado padre viene a enterarse del resultado de las pesquisas, el *Mirón* le dice:

Si no toca, si no pinta,
si no lee, si no cose,
si está ociosa todo el día,
¿qué más causa quiere usted
que su matrimonio impida,
que ser un inútil mueble
que a todas luces fastidia?

A esta crítica contra la defectuosa instrucción de las jóvenes añade, en *El inconsecuente cuerdo,* otros reparos de carácter predominantemente moral: la joven Merced es una coquetuela inconsciente, y si no es enemiga de la lectura, maneja algún libro de dudosa moralidad; y todo ello es debido a la descuidada crianza materna, lo que hace exclamar a Milanés desde el fondo de su alma:

¡Pobres doncellas cubanas,
con qué descuido se os cría!

Resumiendo en pocas palabras—para terminar—las ambiciones educativas de Milanés, repetiré que nuestro autor clama por que todos sus conciudadanos reciban educación, pues está convencido de la trascendencia de la obra educativa en la vida toda del individuo. A su juicio, la educación debe abarcar, a más de la instrucción, la corrección de maneras sociales y la educación moral propiamente dicha, comprendiendo en este último concepto, especialmente, el cumplimiento de los deberes hacia los padres y hacia el prójimo, palabra que emplea en su más alto y cristiano sentido. Cree que la base de todo sistema educativo es el afecto, pues "el hombre sólo por amor se rige" y en consecuencia entiende que los recursos disciplinarios deprimentes, tales como castigos corporales y palabras injuriosas, deben suprimirse en absoluto. Afirma, además, que para que los resultados de la educación sean fecundos, deben cooperar en su obra el padre y la madre, la escuela y el hogar. Para la mujer cubana, pide una instrucción general que, sin pecar de demasiado profunda—pues a su juicio pudiera con ella desviarse de los problemas domésticos el interés de la joven—sí sea lo suficientemente completa para hacer de la mujer cubana una digna compañera de su esposo. Reclama una dirección moral más intensa de parte de los padres, y fustiga duramente a éstos por la culpable apatía con que se abstienen de intervenir en la educación de sus hijas.

Desde luego que pudieran tacharse de vulgares y caseros los ideales educativos de Milanés, y aun añadirse, con razón, que en su época se habían señalado otros más amplios y elevados, ya por nuestros compatriotas, ya por autores españoles y extranjeros, cuyas obras sobre educación aquí circulaban a veces con cierta pro-

fusión. Pero antes de hacer estas y otras críticas más o menos pertinentes, es indispensable recordar que quien hacía propaganda educativa desde el ligero tablado del *Mirón Cubano,* no fué nunca pedagogo ni filósofo, sino poeta romántico; y que su obra no estaba dedicada a moralistas ni a maestros, sino a un público heterogéneo, moralmente maleado por la esclavitud y poco inclinado al estudio, al cual había que dar la enseñanza a pequeñas dosis y sin rebasar la altura de su mentalidad, poco elevada como la de casi todas las multitudes, pues de otro modo hubiera vuelto el rostro y doblado la hoja con gesto aburrido, sin llegar a recoger la enseñanza pacientemente sembrada por el autor para la futura edificación de sus conciudadanos.

*

Mucho más pudiera decirse, señoras y señores, de la obra poética de José Jacinto Milanés; pero no es posible abusar por más tiempo—que harto lo he hecho ya—de la paciencia de que habéis dado prueba escuchándome durante el tiempo en que me he esforzado en señalar, a través de la producción del cisne matancero —como lo llamaba Calcagno—la inmaculada pureza de su alma y la nobleza del propósito regenerador que lo animaba.

Si, para concluir esta conferencia, quisiera determinar el matiz especial que caracterizó a Milanés entre los siete bardos que Piñeyro llamó la pléyades cubana del siglo XIX, os diría que si es muy inferior a Heredia, que le excede en todos sentidos por la excelsa grandiosidad de su inspiración lírica; y a la Avellaneda, infinitamente superior por su admirable elocución poética e insuperable talento de composición; si le aventajó Luaces en la amplitud de entonación, y Zenea, en la profundidad del sentimiento y del pensamiento filosófico; y hasta *Plácido* en una más constante facilidad, y Mendive en refinada elegancia, Milanés los sobrepasó a todos en el carácter cubanísimo de su obra, siendo, según la oportuna expresión de Longfellow, "el más intensamente cubano de todos."

Y lo es, no sólo por la naturaleza de su inspiración, por su dicción poética y por su gracioso localismo; eslo también por su constante preocupación en los problemas de su patria. En obsequio a esa patria adorada, se convirtió Milanés en paladín del

progreso y de la moral, obligando a marchar por sendas escabrosas a la musa inocente que había nacido más bien para refugiarse en el "escondido y pintoresco valle" que pinta en *Bajo el mango;* para soñar a la sombra de la "embovedada verde techumbre" de los bambúes; para platicar con las "auras cargadas de frescos aromas", o para embriagarse en aquellas tres grandes dichas que ambicionaba ardientemente su alma romántica: "¡el cielo azul, la libertad y el aire!"

De muy clara inteligencia y una sólida preparación literaria, la Srita. Carolina Poncet y de Cárdenas es uno de los más valiosos elementos de la juventud cubana actual. Alcanzó en la Universidad Nacional, después de brillantes estudios, los títulos de Doctora en Pedagogía y en Filosofía y Letras. Ha sido Directora de la Escuela Normal para maestras, de La Habana, en la cual desempeña el cargo de Profesora de Gramática y Literatura, obtenido por oposición en 1915. Entre sus obras publicadas merecen citarse *Lecciones de Lenguaje,* de texto en las Escuelas Públicas de Cuba y premiada con medalla de plata en la Exposición de Saint Louis, Estados Unidos de América, y *El Romance en Cuba,* premiada por la Academia Nacional de Artes y Letras en concurso celebrado el año 1913. También es autora de una *Biografía de Joaquín Lorenzo Luaces y estudio crítico de sus obras,* premiada en 1910 por el Colegio de Abogados de La Habana. CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en publicar esta conferencia—hasta ahora inédita—, acerca de la obra poética de uno de nuestros más insignes bardos.

EL SOCIALISMO EN YUCATAN

(Concluye)

LLEGO el día en que los reaccionarios, incapaces cada vez más de toda tolerancia justa y saludable, sintiéndose definitivamente seguros, dispusiéronse a rematar de un solo golpe, acabando con el último reducto libertario. Los "leaders" de la "Unión Obrera de los Ferrocarriles", todos empleados de importancia en los talleres ferroviarios, fueron dejados cesantes, juntos, de una plumada, y con el estreno de un método originalísimo en el arreglo de las cuestiones entre el Capital y el Trabajo. A saber: el general Prisciliano Cortés, Gobernador del Estado, envió a los talleres un piquete de soldados, con una ametralladora, y en manos del oficial que mandaba las fuerzas, la orden de cesantía y la advertencia a "leaders" y agremiados de que con sus cabezas responderían los que intentasen ripostar con un paro, mitin o cualquiera otra manifestación de protesta en defensa de los caudillos gremiales. El péndulo del viejo símil se fué entonces al extremo de la derecha, furiosamente, y a partir de aquel momento las ansias de libertad no tuvieron otra válvula de escape que las publicaciones clandestinas, muy ocultas; las reuniones de algunos cuantos temerarios, sigilosa y arrinconadamente, y la lectura en secreto de diarios, discursos y manifiestos procedentes de la Revolución, que llegaban a convertirse en ilegibles por los dobleces y la suciedad que adquirían al pasar de mano en mano con mil dificultades y precauciones.

Triunfante Carranza, lo que es decir: arrojado Huerta del poder y del país, Yucatán sintió un segundo amago de revolución, más franco que el precedente. De acuerdo con el programa cons-

titucionalista, impuesto por el sentimentalismo socialista de la Revolución, vino a gobernar la península un yucateco, el Mayor de Ingenieros Eleuterio Avila. Reglamentó éste los cultos religiosos, con vistas a la limitación de la influencia del clero fuera de su campo natural. Dió fuertes y certeros golpes al juego y al alcohol, y golpes mortales a la prostitución reglamentada e inició otras reformas abiertamente radicales, después de abolir la esclavitud de los jornaleros del campo (Decreto No. 1), declarando saldadas todas las "cuentas", con los "considerandos" más indicados en aquel caso: no podía deberle dinero a determinada hacienda quien pasara dentro de sus límites toda una vida de trabajo; no había ley moral o escrita que pudiera establecer la privación de libertad individual por deudas en aquella forma. Como el hombre comenzaba bien para los revolucionarios yucatecos, éstos desde el primer momento vinieron a darle calor político y colaboración entusiástica e inteligente. Pero... Avila estaba muy lejos de ser lo que se esperaba que fuese, y, muy al contrario, vino a resultar algo así como un anticipo de lo que, en un momento oportuno años después, fuera su digno jefe el Sr. Carranza; tanto que si entonces éste mismo no advierte a tiempo el cambio dado por su representante en Yucatán, es de creerse que el último habría terminado por acaudillar la contrarrevolución que, semanas más tarde, encabezó el arrivista Ortiz Argumedo, poniendo una efímera, descabellada y trágica intermitencia en el dominio constitucionalista (sígase entendiendo intrínsecamente socialista) de Yucatán. Con una acertada expresión yucateca, diremos que Avila fué *mareado* por los reaccionarios yucatecos, maestros en esta clase de encantamientos, según afirman sus naturales enemigos. El Decreto libertador de los indios campesinos fué enmendado por una segunda disposición que virtualmente anulaba el alcance revolucionario del primer documento. Avila comenzó a presentarse, con el uniforme de soldado de la Revolución, en actos religiosos y en las fiestas de los colegios a cargo de la gente de tocas y sotanas, y mientras franqueaba el acceso a su despacho a los henequeneros mal mirados por el pueblo, a los monopolizadores del comercio con el exterior, a periodistas ultramontanos y "científicos" derrotados, sometía los elementos de filiación revolucionaria a toda clase de trabas, demoras y alejamiento del favor gubernamental, ha-

ciendo incompatible con el decoro y los intereses de los últimos toda ayuda moral y de fuerza política procedente del pueblo. Opuestamente, los socialistas, que a cada intermitencia favorable sacábanle un poco más de cohesión y fortaleza, fuéronse como pudieron en queja a los revolucionarios del "centro" y, como va apuntado, Avila fué destituído. Los valores esenciales de aquella agitación revolucionaria ganaban terreno visiblemente, no dejando la menor duda en cuanto a la real naturaleza de la misma.

Sustituyó a Eleuterio Avila el general Toribio de los Santos, tipo del "ciudadano armado" que por su lealtad y consecuencia idealista en momentos de hervor revolucionario llega a los más altos puestos en las filas del pueblo; pero cuya concepción de los ideales es sectaria y difusa, tanto como su conciencia de las responsabilidades del gobernante. Con de los Santos vinieron algunos consejeros áulicos y "secretarios" ultrajacobinos: cultos y sinceros, unos; simuladores del talento y las convicciones, otros. Los últimos, de una clase que ha sido bien definida en la Revolución mexicana: los pescadores en río revuelto que a título de intelectuales han rodeado a los caudillos que lo han permitido, llevándoles muchas veces a las excentricidades más trágicas o más ridículas, cuando no a los dos extremos, a la vez. Y fué en aquellos días que la sociedad yucateca sintióse conmovida profundamente, por primera vez, con el terror revolucionario: préstamos forzosos, expulsión de sacerdotes, nuevo decreto radicalísimo de liberación de los indios, mítines y conferencias del más subido calor y color, rojos; persecuciones sistemáticas de la gente de dinero y de cuantos eran tenidos como enemigos de las nuevas doctrinas; expropiaciones violentas de casas y terrenos en alguna forma requeridos por la Revolución, y ruidosas y calofriantes manifestaciones populares, de millares de obreros y campesinos, por las calles de Mérida, a los acordes de *La Internacional,* entonando himnos ravacholescos, fulminados por discursos incendiarios en cada esquina céntrica y por grandes lienzos desplegados en las plazas públicas, con leyendas truculentas: "Jugar con el pueblo es jugar con dinamita", "Saquemos los papeles del Registro de la Propiedad y démosles fuego dentro de las iglesias y los Bancos"... Los socialistas prácticos, menos inflamables, más constructivos, aprovechaban la nueva intermitencia propicia, y reorganizaban los centros proletarios en las

ciudades y grupos campesinos en los lugares henequeneros más poblados; hacían circular intensamente a Reclus, Malato, Kropotkine y Juan Grave, y establecían relaciones idealistas y de colaboración material con los altos "leaders" obreros que en Orizaba, Veracruz y otros lugares, vigorizaban al Primer Jefe y sus Generales en contra de Villa, con los "batallones rojos" de la Revolución indesviablemente socialista aún, de buen o mal grado, de Don Venustiano Carranza.

Aquel terror espantoso, que a los espíritus superficiales parecíales algo así como un sueño absurdo, un inconcebible y bárbaro exotismo, no obstante estar tan justificado por la historia de la península—como los horrores de la nobleza justificaron el terror francés del siglo diez y ocho, con su gran siega de cabezas cortesanas, y las atrocidades de la Siberia han justificado los desquites del bolcheviquismo en Moscow y Petrogrado—, fué de efectos nulos, si no contraproducentes, para la Revolución, por la alarma y el descrédito en el exterior, y porque muy fundadamente hizo de reactivo en los elementos conservadores de la región, presas de un miedo que era capaz de los mayores heroísmos, dicho sea sin rebuscada paradoja. Y surgió Argumedo con su contrarrevolución. Efímera, porque sólo duró un mes y cinco días; descabellada, porque afirmándose en cierto vago e informe sentimiento separatista, pretendía sustraer la península de las influencias de una revolución basada en principios de liberación popular, que agitaba a todo el país y que alentaba vigorosa en aquella región, sin contar para ella con gente de fila, avezada a las empresas bélicas; trágica, porque costó la vida de muchos jóvenes, ingenuos y animosos y de muchísimos indios llevados a pelear en contra de sus propios intereses, por el ignominioso procedimiento de las levas en masa y a punta de fusil. No puede decirse que, aquí, hubo eclipse en el movimiento socialista, ni período de reacción. Los revolucionarios, encabezados por los tenaces luchadores de la "Unión Obrera de los Ferrocarriles", se ocuparon en resistir a los reaccionarios, batiéndose en retirada, por la superioridad numérica de éstos, hacia las regiones en que esperaban hallar refuerzos de sus partidarios; y los otros vivieron una vida de constante ajetreo bélico, hasta que el empuje de la Revolución reconquistadora, después de deshacer la fuerza militar del enemigo, hizo echarse a las aguas del

Estrecho, rumbo a Cuba, a Ortiz Argumedo, cargado con media millonada en oro, rodeado de un grupo de "secretarios", fugitivos como él en un barco de dos centenares de toneladas. E hizo, en esta coyuntura, un nuevo capítulo de historia mexicana el crucero *Cuba*, porque hallándose en el puerto de Progreso con la misión, cierta o aparente—que hay dudas al respecto—de recoger a los cubanos amenazados de hambre y de un peligro inminente por la aproximación de las fuerzas constitucionalistas que venían sobre Mérida y el puerto citado, sirvió para traer, junto con ciento cincuenta de aquellos repatriados, doscientos cincuenta yucatecos ricos, mujeres y niños en su mayoría, que hablaban de imaginarios saqueos y violaciones horribles por parte de los constitucionalistas, en un miedo absurdo a temibles represalias, de las cuales, todavía en la Estación cuarentenaria de La Habana, no sentíanse del todo seguros. Tal era el morboso terror que les infundía, dándoles pesadillas de hazañas infernales, sobrehumanas, el "monstruo" conductor de los sanguinarios facinerosos que, a sangre y fuego, encimábase sobre las empavorecidas ciudades yucatecas.

El "monstruo" era el general Salvador Alvarado. Sus "monstruosidades", al menos en Yucatán hasta entonces, no pasaban de simples creaciones fantásticas, hijas del pánico de los vencidos.

Alvarado entró en Yucatán con los títulos de Jefe militar de los Estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, y de Gobernador *de facto* de este último; títulos que sostuvo en los dos años más sangrientos y caóticos de la contienda, durante los cuales era su deber y fué su propósito implantar, en un primer ensayo trascendente, las innovaciones revolucionarias. Para tan seria empresa tuvo Alvarado poderosos recursos de acción: fué dictador absoluto, gracias al comodín del "período preconstitucional"—imperante mientras él gobernó—que permitía introducir en el país las más radicales reformas sin enredarse en insuperables conflictos con las leyes fundamentales del mismo; tuvo a su disposición la caja de la "Comisión Reguladora del Mercado de Henequén", institución que dominaba toda la vida económica del Estado, y que a causa de los altos precios de la Guerra florecía en manojos de billetes de banco, y con el apoyo moral y la colaboración franca y resuelta de los "leaders" populares y demás fuerzas afines, exceptuando a Felipe Carrillo, desconfiado aún de todo lo que tuviese parentesco

con el maderismo. Carrillo, con grave quebranto de su causa, así demorada en su arraigo definitivo, estuvo alejado del alvaradismo por sus impacientes rebeldías, quizá no del todo justificadas, y que hiciéronle estar preso primero y alejado de Yucatán después (durante su época de ensayo agro-comunista con Zapata) cuando en Yucatán germinaba pletórico y persistente como nunca hasta entonces, el poder socialista.

Alvarado, hombre extraordinario (no cabe negarlo), en dos años de rotunda dictadura, dentro de las condiciones y con los deberes y propósitos antes apuntados, llegó a ser una de las figuras más salientes de la Revolución mexicana y (no cabe ignorarlo) la más saliente de todas en aquel culminante y crítico período de la lucha. Lo fué, tanto por el encumbramiento idolátrico a que lleváronle sus amigos, partidarios y admiradores, de dentro y fuera del país, entre los cuales no faltaron profesionales y capitalistas, como por la enconada execración de sus detractores, quienes procedieron no sólo del elemento naturalmente enemigo del hombre y sus ideas, sino también—como en el caso de Carrillo—del lado de los apóstoles de la emancipación popular. Insistimos en decir que, quizá si por esa misma polarización de odio e idolatría, fué Alvarado uno de los hombres más visibles de la Revolución, y así han podido juzgarlo cuantos elementos neutrales se han interesado en el estudio de aquella fuerte conmoción social y sus hombres representativos.

Para sus amigos, partidarios y admiradores, hoy en número muy corto (ídolo caído) Alvarado fué tipo ejemplar del dictador talentoso y bien intencionado: consecuente con sus ideas luchó denodadamente por verlas realizadas en la práctica, poniendo a contribución toda la fuerza material de que disponía, un valor cívico y militar rayano en lo temerario, una laboriosidad tan a prueba de las solicitaciones sensualistas del poder absoluto, como la limpieza moral de su carácter naturalmente refractario a los placeres viciosos. Si Alvarado—han opinado los alvaradistas que fueron y aún opinan los que continúan siéndolo—no pudo cuajar nunca, en la práctica, sus innovaciones salvadoras, debióse cada vez, de modo exclusivo, a las resistencias de un medio incontrastablemente adverso, y de ninguna manera a la incapacidad, la mala fe y el

egoísmo susceptible de todos los crímenes, atribuídos al dictador socialista por sus acérrimos enemigos.

Para éstos, aquella incapacidad, aquella mala fe, aquel egoísmo, capaz de todos los crímenes, no tuvieron nunca atenuantes por el reconocimiento de una sola virtud en Alvarado y sí grandes defectos de su condición de ser, rotundamente aborrecible. Además de ignorante, falsario y egoísta, a decir de sus enemigos, el dictador fué, en toda su dictadura, un megalómano imponderable, un déspota atrabiliario e irascible para todos, socialistas y reaccionarios: gran tartufo de unas ideas a las cuales era innatamente refractario su temperamento y de las cuales estaban muy lejos sus estupendas ambiciones.

Para el observador sereno—aunque no fuese imparcial—que pudo serlo de cerca, sintiendo junto a él sus impulsos, buenos o malos, pero reveladores siempre de un tipo de hombre nada común, Alvarado tuvo, en sus días de Yucatán, y en insólito contraste, digno del más cuidadoso estudio, muchos de los grandes valores positivos que enzalsan sus admiradores y muchos de los grandes defectos que le enrostran los que le odian. El observador, aun el íntimo de que antes se habla, sólo se desorienta con Alvarado en uno de sus aspectos más ostensibles y más apasionadamente discutidos: la severidad en la represión de todo brote de rebeldía o simplemente de desafío a su persona, que era todo su poder, motivara éste o aquél un sano anhelo político o un desesperado golpe de anarquía y pillaje. Cuando trae maniatado, desde Quintana Roo, al General Garcilazo, disidente de manifiestas intenciones torvas, haciéndole entrar en la ciudad, a pie y maltrecho, entre soldados victoriosos, a cuyo frente marcha él, Alvarado, jinete en brioso caballo, seguido de una turba excitada y curiosa, para fusilarle días después, estando aún herido de gravedad el prisionero; cuando cuelga de la rama de un árbol a la entrada del Paseo de Montejo a un irresponsable, a un analfabeto que en un rapto de bestialidad desgarra a una impúber tan miserable como su asaltante, con todo y el drástico bando revolucionario que impone pena de muerte para toda clase de delitos graves; cuando hace fusilar una mañana a un grupo de oficiales y de jóvenes ciudadanos, descubiertos como preparadores de un cuartelazo con fines inevitablemente reaccionarios, si no eran de saqueo y depredación, no

obstante la ardiente y casi general solicitud de indulto de la sociedad meridana; cuando ante la inminencia de una guerra con los Estados Unidos, ordena sumarísimamente la ejecución de dos policías que se niegan a cargar unas cajas de víveres, en los preparativos que se hacen para la defensa del Estado, sin tener en cuenta la avanzada edad de aquellos infelices, muy cercanos en analfabetismo al ahorcado de Montejo; cuando Alvarado procede con semejante violencia de carácter y dureza de sentimientos, desoyendo a sus propios colaboradores, a los más cercanos, que tienen el valor honroso de aconsejarle en contra, invocando los más fundamentales principios e intereses de la causa común, no se sabe a ciencia cierta si esa impiedad en momentos críticos surge irresistible de connaturales inclinaciones, impropias de un espíritu capaz de concebir el alto concepto humano de las doctrinas socialistas, o si como afirmaba él en tono que tenía fuerte calor de honradez, esos procedimientos constituyen una necesidad imperiosa en tales estados de violencia en que constantemente peligra la vida propia, la de los hombres civiles y militares del partido y, por consecuencia, la de la causa a que aquellas vidas se consagran. Esto, y la frecuencia de casos análogos en todo el país—y en el propio Yucatán con Avila—, antes, entonces y después, es un descargo considerable para Alvarado; aunque el observador sincero haya sufrido hondamente con la indeclinable norma alvaradista, de la cual, como sistema para todos los casos y en todos los momentos, siéntese el último ingenuamente incapacitado.

Tienen razón innegable los enemigos de Alvarado cuando dicen de él que mientras ejerció la dictadura en Yucatán fué soberbio, avaricioso de poder y gloria, atrabiliario irreplicable en el manejo de las personas e intereses del bando adversario, y del bando propio, y podrían agregar, como modalidad de aquella absorbente megalomanía, que para Alvarado los hombres que luchaban junto a él no tenían ni podían tener personalidad propia, ni aspiraciones de bienestar y adelanto dentro de la causa, siquiera fuese en beneficio de ésta; porque en el tablero donde actuaba, los hombres, aun los más estimables y sobresalientes, no pasaban de simples peones que él movía, mejoraba o desechaba, siguiendo sólo las conveniencias de su juego, con la más expeditiva desconsideración. "Alvarado no hace coronel a nadie", era la frase con que se co-

mentaba en Mérida lo anterior. Pero están muy lejos de la verdad los que desconocen en Alvarado grandes virtudes. Al menos en Yucatán fué siempre hombre frugal, sencillo en la casa y en el traje, de una laboriosidad infatigable, que teníale dictando, escribiendo, aconsejándose con sus amigos, despachando con autoridades y comisiones, mientras se vestía, o se afeitaba, o se trasladaba de un lugar a otro, en la mesa, en la oficina, en el automóvil. Y hoy podrá aparecer aburguesado, enemigo del obrero, si se quiere, cuando más bien puede ser que esté reñido con ciertas fórmulas y determinados hombres del obrerismo, dejándose llevar de la irrefrenable vehemencia que pone él en todas sus pasiones, buenas y malas; mas no admite discusión para los que en Mérida le trataron de cerca y prolongadamente, que junto y a pesar de su egolatría, Alvarado sentía su socialismo y multiplicadamente su anticlericalismo: gozaba (es la expresión) cuando tenía entre manos un decreto revolucionario, con *considerandos* kropotkinistas y disposiciones ultrarrojas, y máxime cuando decretos y otras medidas agrarias, obreristas, anticlericales, ponían en azoro y alboroto a los elementos reaccionarios. Gustaba entonces de conocer los efectos en todos sus detalles: lo que decía el padre Tal, el porfirista H, el hacendado Z, y radiaba de júbilo si todo iba a medida de sus deseos; o ponía la dominadora influencia de su sincero apasionamiento en vencer cualquier resistencia, personal o de medio ambiente, a determinado golpe anticlerical o socialista de los incontables que caracterizaron su gobierno. Inteligente, con algunas lecturas y una asimilación amplia y rápida, hacía un buen papel entre sus colaboradores mejor preparados, a los cuales presentaba con frecuencia los trabajos de cálculo y pluma casi terminados; tanto que muchos de sus decretos, proclamas y declaraciones, más famosos, fueron de su exclusiva redacción. En la tribuna, era incorrecto, pobre de condiciones naturales de orador; pero daba siempre la impresión de que decía la verdad y en todo momento el auditorio sentía con él una fuerte corriente de atracción y dominio. Por todas estas condiciones de triunfo, y no obstante las taras negativas de hombre tan singular, si Alvarado hubiese venido a Yucatán de dictador socialista más cerca de los cuarenta años de edad, que como vino; con lecturas más abundantes y metódicas que las que trajo; con un socialismo de sólida base científica y

humana, en vez del socialismo sentimental, impracticable en el medio y las condiciones de que dispuso, y con un carácter más dominable por la propia y ajena razón, sus empeños de regeneración popular y de progreso en todos los órdenes, hubieran sido más firmes, duraderos y trascendentales, y su prestigio en el país y fuera de éste, habríale llevado al más excelso puesto en la vida de México y en la historia del Continente. Que nunca tuvo un hombre excepcional circunstancias de poder, época, ambiente universal y plataforma descollante más favorables para un ensayo consagrador que los que tuvo el General Alvarado en Yucatán durante los dos años de su ruidosa dictadura.

Y no fué tanto, pero sí es de asegurarse que el paso de Salvador Alvarado por Yucatán, en las condiciones y circunstancias expresados, marcó la primera etapa firme y de mayor trascendencia en la manifestación del socialismo latente de un modo impreciso y sin norte alguno hasta entonces en la gran masa social del proletariado yucateco. Los elementos estaban allí; los primeros apóstoles populares encargados de dar forma a la protesta en contra de la injusticia y a las ansias de reivindicación que latían en el alma del pueblo, hallábanse en sus puestos de honor y heroísmo desde años antes; pero fué necesario un hombre del temple y el poder incontrastable de Alvarado para poner la realidad en marcha, y mantenerla andando, intensa y prevaleciente, durante el tiempo necesario—que no tuvo en anteriores intentonas—para crear alas de difícil si no imposible amputación en el futuro. Sin Alvarado ¿habría hoy socialismo y socialistas en Yucatán, con el número, el arraigo, el predominio y la autonomía de acción con que hoy cuentan la causa y sus hombres en aquella región? He ahí una pregunta que nos parece afirmativa. Alvarado fué el primero que hizo firme y tangible en la realidad la emancipación del indio, de las famosas "cuentas", porque con una larga práctica en la libertad de moverse en todos sentidos, de opinar independiente, de agruparse en torno de los propagandistas revolucionarios, que peroraban en maya y que el dictador esparció por todos los pueblos y haciendas de la península, la masa campesina comenzó a "atreverse", y cada indio a acostumbrarse a la idea de que era un ciudadano en verdad libre y de que el hacendado no tenía más poder para retenerle a su servicio que el poder de un jornal bueno y un tratamiento digno.

Con Alvarado comenzó en gran escala la sindicalización obrera en las poblaciones, que llegó a los gremios de más ínfimo número, por la exigencia de la agremiación como único medio de disfrutar de los beneficios de la legislación obrera y el Departamento del Trabajo (creaciones ambas de Alvarado) y por la ayuda económica y de todos los órdenes para la propaganda y la organización del movimiento. Con Alvarado fué una verdad la supresión del juego, el alcoholismo y la prostitución reglamentada, y la apertura de centenares de escuelas y de algunas bibliotecas populares con los libros que antes fueron base de la preparación revolucionaria de los iniciadores; fué una verdad por primera vez el acceso rápido y fácil de los ciudadanos más pobres a todas las oficinas del Gobierno, sin excluir las del propio Gobernador. Con éste no hubo más prensa que la prensa revolucionaria, totalmente a la disposición de los "leaders" obreros y socialistas, quienes no tenían la menor crítica pública en contrario, de parte del enemigo, amarrado muy corto por la paradójica, pero en tales circunstancias inevitable dictadura libertaria.

Después de Alvarado es que ha sido posible Felipe Carrillo, a quien, por lo demás, se reconoce como el único hombre que en la historia y desarrollo del socialismo yucateco, se nivela con aquél en influencia y significación, superándole acaso en la consecuencia, desde algunos puntos de vista, con la nobleza y desinterés de su causa.

Detrás de Alvarado, y como resultado del primer triunfo electoral de los socialistas, obtenido en las primeras elecciones generales de la *post* revolución, el obrero Carlos Castro Morales, miembro fundador de la famosa "Unión Obrera de los Ferrocarriles" y colaborador entusiasta y consecuente en la labor realizada por Alvarado en el país, sucedió a aquél en el Gobierno civil del Estado. La tarea recaída sobre Castro Morales fué difícil y abrumadora. Terminado el "período preconstitucional", en vigor las leyes fundamentales de la República y en normal funcionamiento los tres poderes constitucionales de la misma, el nuevo Gobernador sintió concentrados sobre él los fuegos de sus copartidarios más impacientes y ensoberbecidos y de los enemigos, quienes al amparo de la normalidad constitucional realizaban una vengativa y escandalosa campaña de oposición, que lógicamente tenía por blanco prin-

cipal de sus diatribas y recriminaciones la figura del Gobernador, y que con fuerza progresiva fomentaba la reacción. Los radicales de marras querían procedimientos de ordeno y mando en contra de los reaccionarios, a estilo alvaradista, y querían asimismo mantener, algunos de los más inconsecuentes, sus privilegios caciquistas, sus sinecuras y *grafts,* hasta entonces intocables; pero Castro Morales no era Alvarado, no estaba en las condiciones de Alvarado: éste, además de Gobernador civil, fué siempre General en Jefe del Ejército del Sureste, en tanto que Castro Morales era sólo la autoridad civil hasta extremo muy riesgoso a merced de un Jefe Militar del Estado, que disponía de las fuerzas armadas casi dictatorialmente, y que desde un principio estableció cierta chocante rivalidad de poderes con los mimados elementos socialistas, único apoyo político de Castro Morales. Alvarado gobernaba en país conquistado, con poderes unipersonales: era a la vez única autoridad legislativa, judicial y ejecutiva, y Castro Morales tuvo que atenerse a lo que limitábanle las leyes del Estado y del Poder Federal. Dentro de tales circunstancias, sobre no haber tenido fuerza moral, ni tiempo aparte del que requería la casi anárquica situación del Estado, ni medios económicos en la medida necesaria, ni recursos expeditivos de qué echar mano en momentos desesperados, para continuar y mejorar las reformas y el afianzamiento socialistas; muy al contrario, se vió obligado a transigir excesivamente con los que exigían la derogación de las leyes en contra de los vicios explotables, y con las subversivas campañas de los reaccionarios, complementados muy eficazmente por la clerecía, cuyo poder fué restablecido junto con el resurgimiento legal del garito, la taberna y el prostíbulo. Como resumen del paso de Castro Morales por el Gobierno del Estado de Yucatán, puede afirmarse que, en apariencia, fué desastrosa etapa para el socialismo yucateco, pero que, en el fondo e involuntariamente para aquel hombre vencido por circunstancias contrarias, superiores a sus fuerzas, su gobierno constituyó un período importantísimo en el ulterior avance de la causa proletaria en aquel Estado: Felipe Carrillo, electo Diputado a la Cámara Local y luego Presidente de la misma, pudo completar la extensa organización de las Ligas de Resistencia del proletariado, federadas en seguida bajo su presidencia, que fueron base de una intensificación arrolladora de la propaganda socialista,

salvaguardia de la causa en largos días de peligro y actual baluarte de su poderío político. Y si surgió, matando políticamente a Castro Morales, la Reacción, impetuosa y sangrienta, su efímera prevalencia, ruidosamente fracasada, sólo sirvió para demostrar de un modo alentador para el socialismo que es mucha la velocidad adquirida por las ideas y los hombres del proletariado yucateco para que las cosas puedan volver a moldes de corte antiguo, o de hechura cercana a los mismos.

La caída de Carranza se debió a razones análogas a las que precipitaron el desplome de Madero. Nadie que haya seguido de cerca el proceso de la Revolución mexicana y que quiera tener un momento de imparcialidad puede negar que Carranza, olvidado de las reformas sociales y agrarias, cuya promesa fué el cebo único con que pudo atraer a los obreros y campesinos que le hicieron la Revolución y que le permitieron subsistir militarmente cuando la defección villista, al cabo fué doblegándose, de un modo riesgosamente desaprensivo, a las fuerzas de la Reacción, entre las cuales podían contarse, al menos por los efectos depresivos de sus campañas, muchos de los demócratas que le rodeaban y que nunca han dado una demostración práctica de su decantada democracia, y que los elementos que hoy constituyen el progresivamente fuerte bloque de gobierno, primeros actores en el drama que tuvo trágico epílogo en Tlaxcalantongo, son elementos representativos de la gran fuerza de opinión, defraudada por Madero al principio, por Carranza después, y que con creciente empuje predomina en México desde que la Revolución la puso en pie y le dió impulso arrollador.

Con Carranza cayó en Yucatán la Reacción, llamada de Zamarripa por la dureza de procedimientos que caracterizó a uno de sus principales "leaders": el torvo militar de aquel nombre, y entró a dominar en el Estado, dominando hasta el momento en que se escriben estas líneas, la fuerza de opinión antedicha: la fuerza política del jornalerismo y de los demócratas avanzados que dieron al traste con Madero y Carranza, representada en la península por las Ligas de Resistencia, en fuerte federación que dirige y preside el actual Gobernador: Felipe Carrillo Puerto.

Felipe Carrillo es hombre de cuarenta y ocho años. Alto, fornido, de aspecto saludable y mirada inteligente, toda su figura dimana fuerte influencia simpática. Por la consecuencia inaltera-

ble con que vive su socialismo, aun en las facetas de la moral personal que practica, contrariando valientemente rutinas y preocupaciones y por el aislamiento de toda seducción social en que se mantiene, da influyente ejemplo disciplinario a sus colaboradores y prosélitos; por sus continuados y fervorosos esfuerzos en pro de la emancipación moral, material e intelectual de los indios, a precio de la miseria propia y de los suyos, de persecuciones y destierros en los años de opresión y tiranía más o menos disfrazadas: con Díaz, con Madero y con Huerta; porque, hoy, sin marearse con las alturas del Poder, sigue pasando la mayor parte de su tiempo entre *su* gente de los pueblos y las haciendas, procurando mejorar sus condiciones en todos los órdenes; porque, como en épocas anteriores y según va dicho, se pone siempre en contacto con los suyos en la lengua de los mayas, que habla con fluidez y casi con la pureza primitiva, en pláticas fraternales, apostólicas, mientras vive las costumbres sencillas de la raza; por todas estas sugestivas razones, los indios le idolatran con invulnerable fervor, dándole un poder social que le hará, indefinidamente, en tanto no se rinda, ni violenta o dolosamente le rindan los adversarios o las malas compañías, factor decisivo e imprescindible en todo movimiento político en el Estado de Yucatán.

Su fortaleza ha quedado probada en distintas ocasiones en que la enemiga tenaz e inescrupulosa de sus adversarios o, en algunos casos, la demagogia extremista e irresponsable de sus lugartenientes más atrabiliarios, le han puesto en crisis de descrédito exterior y de disgusto con las altas autoridades federales. Un caso crítico de los apuntados, que más ruidosa trascendencia ha tenido dentro y fuera del país, fué el llamado de "los folletos", porque tratóse de unos folletos neomalthusianistas (instrucciones con notas gráficas ilustrativas, para evitar la procreación más allá del deseo de los jefes de familia) que algunos espíritus aviesos, loyolescos, hicieron circular en los colegios de niños y niñas, cuando en realidad sólo fueron editados como unos de tantos impresos de propaganda y divulgación de conocimientos, de determinados núcleos socialistas que actúan dentro de las Ligas de Resistencia. Fué tal el escándalo; tan fuerte y cerrada la campaña; tan formidable el cargo de anarquía moral y desquiciamiento social que implicaba semejante propaganda, patrocinada por un gobierno, entre los niños de las

escuelas públicas y de otros centros docentes, que sólo un poder temible, reciamente arraigado en una gran mayoría popular, habría sido capaz de resistir inconmovible.

Antes de que Carrillo ocupase el puesto que hoy desempeña, el abogado Manuel Berzunza, miembro fundador del Partido Socialista y de las Ligas de Resistencia, hoy Secretario General del Gobierno del Estado y en todos los momentos activo y fidelísimo colaborador del primero, tuvo una interinidad como Gobernador, que fué significativo inicio de la nueva situación socialista en aquella región. La cuestión agraria, que como ya creemos haber probado fué eje y motivo primordial de la Revolución y que más que ningún otro aspecto de la misma le ha dado carácter de revolución socialista por los repartos de tierras repetidamente iniciados en distintos lugares del país, en Yucatán había fracasado con el alvaradismo, en cuya época de predominio se quiso abordar de frente el problema por medio de una Ley Agraria que puso en alborotado zafarrancho de combate a los capitalistas y a la prensa conservadora de los países cercanos, que veían un peligroso foco de contagio en aquella audaz medida de Alvarado. El señor Berzunza encaró la cuestión desde el primer día de su gobierno interino, y en un breve período de meses repartió cerca de doscientas mil hectáreas entre los indios campesinos, instituyendo para realizar los repartos y hacer propaganda en afianzamiento de la pequeña propiedad y del eficiente cultivo, unos "jueves agrarios", que aún se mantienen con el entusiasmo inicial y a los cuales no falta una sola vez el Gobernador Carrillo. Estos repartos de tierras incluyen: los ejidos de los pueblos, de que fueron despojadas las primeras comunas campesinas por los precursores del latifundismo mexicano; los terrenos pertenecientes al Gobierno, que no se hallan en explotación, y algunos otros de posesión privada dudosa y cuyo reparto no esté en conflicto con la producción agrícola del momento. Los "jueves agrarios" aprovéchanse además para llevar a cabo alguna obra de beneficio común con el trabajo colectivo, gratis, de los que en determinados días y con ese fin se reúnen. De esa forma de trabajo—franco ensayo de comunismo—han salido luego obras de importancia, como la carretera de Mérida a Kanasín, valiosísima para el desenvolvimiento de una importante comarca cercana a la capital, y la que, ya iniciada, pronto habrá de poner en fácil y rápida

comunicación a la propia capital con las distantes ruinas mayas, inapreciables documentos históricos y arqueológicos, casi inaccesibles hoy para el artista y el hombre de ciencia que no disponen de recursos especiales para la investigación y el estudio.

Sin abandonar la labor de proselitismo político y de solidificación del credo socialista, que ha hecho extenderse al vecino Estado de Campeche la influencia de dicha labor, al extremo de tener ya los socialistas campechanos algunos diputados locales y nacionales, el Gobierno yucateco impulsa activamente la instrucción pública, a base de una escuela laica, racionalista, extendida por toda la región, y que en determinados núcleos ciudadanos afecta una forma franca, radicalmente ferrerista; así como con la celebración de torneos pedagógicos y con la creación de Normales, pequeñas bibliotecas, proyectos de edición de obras de autores yucatecos y otros medios que los gobernantes socialistas creen adecuados, y sin que por ello se quebrante con impuestos excesivos el desenvolvimiento de las riquezas industriales y agrícolas de la región, que merecen especial cuidado de parte de aquéllos.

En la Liga Central de Resistencia, establecida en Mérida y que es Cuartel General de la actividad gremial y política de los socialistas, tiene su oficina principal, la que más frecuenta y en la cual despacha casi todos los asuntos del Gobierno, Felipe Carrillo, el hombre que tiene sobre sus hombros la responsabilidad de este movimiento político-social de importancia sin paralelo en la vida latinoamericana del presente. En la Liga Central de Resistencia se editan y distribuyen periódicos y folletos de propaganda, se celebran los torneos pedagógicos, literarios y científicos de que antes se hiciera mención, se fomenta el feminismo y se teoriza sobre la homicultura, el *birth control,* las universidades populares, el pacifismo, la eugenesia y "hasta" el futurismo. Allí se celebran los llamados bautizos socialistas, que consisten en la presentación "en sociedad" del niño, o la niña, desnudo, cubierto de flores rojas, por medio de un discurso que generalmente pronuncia Carrillo, cuyas palabras de igualdad, fraternidad y amor, son epilogadas con los acordes de *La Marsellesa* o *La Internacional.* En la Liga Central de Resistencia se organizan las campañas electorales, poniendo a contribución para el triunfo todos los medios que ponen en todas partes del mundo los políticos de combate, y asimismo se organizan

en aquel bullicioso centro los Congresos Obreros, anuales, en que se discuten temas teóricos y de procedimientos en la práctica diaria.

En el Congreso Obrero recientemente celebrado en la ciudad de Izamal, se trataron temas que ilustran claramente acerca de las orientaciones máximas de aquellos obreros socialistas que en la actualidad constituyen gobierno, y gobierno que disfruta de una independencia muy apreciable en sus relaciones con las leyes y autoridades federales de la República. En este Congreso, presidido por el propio Gobernador Carrillo, que allí fué consagrado Presidente nato de las fuerzas socialistas del Sureste de México, el temario presentado fué el que a renglón seguido se reproduce:

I.—Medidas que deben tomarse para asegurar la fidelidad de los socios y de las Ligas de Resistencia del Estado al credo socialista.

II.—Conveniencia de establecer el Consejo Federal de las Ligas de Resistencia e integrarlo con representantes de ellas que no sean funcionarios públicos.

III.—Acordar que los representantes políticos de las Ligas de Resistencia en el Congreso del Estado se opongan a la reelección de funcionarios, no aprobando credenciales de compañeros que se reelijan.

IV.—Fijar las cualidades sociales que deben reunir los candidatos a funcionarios públicos y las que deben reunir los representantes de las Ligas en el Consejo Federal.

V.—Fijar los preceptos de moral societaria que deben imperar en las Ligas de Resistencia del Partido Socialista.

VI.—Medios que deben emplear las Ligas para arbitrarse fondos y proporcionar los suficientes a la Liga Central o al Consejo Federal para su vida económica, no olvidando sobre este punto lo acordado en el Congreso Obrero de Motul.

VII.—Determinar las finalidades comunistas, que desde el punto de vista agrario, industrial y económico, deben perseguir las Ligas de Resistencia.

VIII.—Estudiar y fijar los medios para que la riqueza agrícola e industrial del Estado vaya pasando a manos de las Ligas de Resistencia hasta controlarla en su totalidad.

IX.—Procurar entretanto se realiza lo anterior, que el Gobierno socialice los servicios públicos, desempeñados ahora por empresas privadas, como tranvías, luz y fuerza eléctrica, &.

X.—Fijar el tiempo que deben durar en sus funciones el Presidente del Partido Socialista y los componentes del Consejo Federal de las Ligas.

XI.—Conveniencia de evitar que los socialistas se *autopostulen* para

los puestos públicos, y establecer para lograrlo las sanciones correspondientes.

XII.—Constituir la Federación de las Ligas del Partido Socialista del Sureste y las del Partido Socialista Agrario de Campeche.

XIII.—Medidas tendientes a levantar el nivel económico y con éste el nivel moral e intelectual de los socialistas.

XIV.—¿El Partido Socialista del Sureste debe o no debe adherirse a la Tercera Internacional de Moscow?

El Congreso no se adhirió a la Tercera Internacional de Moscow, por entender que era más amplio y abierto a las aspiraciones de "la revolución que hoy impera en la tierra", declarar "enfáticamente estar de acuerdo con todos los movimientos encaminados a la transformación social del Universo."

El Tema VII obtuvo este acuerdo, bien significativo:

1º—La finalidad comunista que desde el punto de vista agrario deben perseguir las Ligas de Resistencia, es la expropiación de la tierra, sin indemnización de ninguna especie, efectuándose la explotación de ellas por los habitantes de la misma, según el sistema particular que se adoptará en esa oportunidad.

2º—La finalidad comunista que desde el punto de vista industrial deben perseguir las Ligas de Resistencia, es la expropiación sin rescate de los elementos de la producción industrial en beneficio del Estado proletario; ya que estos elementos de producción industrial deben ser explotados por los trabajadores y para los trabajadores.

3º—La finalidad comunista que desde el punto de vista del reparto de la producción deben perseguir las Ligas de Resistencia, es la supresión del intermediario entre el productor y el consumidor, llamado comerciante, el que será sustituído por el intercambio socialista.

El primer acuerdo recaído sobre el Tema VIII, dice:

Debe prevenirse a los Gobernadores de los Estados que envíen a sus respectivos Congresos Locales un Proyecto de Ley, tendiente a obtener las siguientes facultades ejecutivas: (a) para adquirir propiedades rústicas e industriales con sus respectivos medios de explotación; (b) para ponerlas bajo la administración de las Ligas de Resistencia, o para enajenarlas a las mismas gratuitamente, y (c) para que sean explotadas por los trabajadores.

Por último, el Tema IX promovió este acuerdo, no menos ilustrativo de la situación que el anterior:

1º—El Ayuntamiento de Mérida, y los ayuntamientos restantes, deben presentar una iniciativa al Congreso Local, con el objeto de que éste ordene la expropiación por causa de utilidad pública, de los servicios públicos aludidos; asimismo solicitarán autorización para contratar los empréstitos con el fin de indemnizar a los propietarios de dichos servicios.

Los socialistas de Yucatán y Campeche, además de ser Gobierno, como se ha dicho, en el primero de dichos Estados—donde tienen el Gobernador y el Congreso Local—y parte del Gobierno en el segundo, cuentan en la actualidad con dos senadores y seis diputados al Congreso Nacional, y a juzgar por todos los indicios, en las elecciones parciales que están al celebrarse, su triunfo será completo en todos los puestos a cubrir.

Creemos haber escrito lo necesario para dar una idea del movimiento socialista yucateco, que insistimos en calificar como la situación político-social de mayor importancia en la vida latinoamericana de nuestros días, contando con que el lector no habrá de perder de vista la autonomía de que disfrutan las entidades federativas de la República, sacudida hoy en sus centros más populosos por una intensa efervescencia roja. Con esa creencia tenemos, a la vez, la de haber probado nuestra afirmación inicial de que, en su verdadera naturaleza, fué la Revolución mexicana la primera cristalización de la propaganda socialista universal, aunque condiciones geográficas, internacionales, de composición interna y de actualidad histórica, no obstante la similitud de antecedentes, le impidieran tener la resonancia y trascendencia de la crisis rusa. México fué bolchevique antes del bolcheviquismo.

A esta significativa reafirmación, y ya para terminar, vamos a permitirnos decir que si de todo México se ha dicho que ninguna empresa política, ni régimen gubernamental alguno, pueden tener éxito y menos perdurar mucho tiempo sin el apoyo y la concurrencia del proletariado militante, en lo sucesivo de Yucatán puede aseverarse: que será muy difícil relegar a un plano secundario los intereses y aspiraciones de las masas obreras y campesinas; que es absurdo pensar en un resurgimiento de la feudal oligarquía de los tiempos prerrevolucionarios, y que en aquel Estado se ensaya actualmente, con insólitos recursos de independencia, cuanto por el momento pueden hacer los socialistas mexicanos, dentro de las

realidades nacionales y universales en esta crítica etapa de la evolución humana. De México puede decirse algo parecido a lo que pronostica nuestro favorito Ingenieros con respecto a la Revolución rusa: a la postre se habrá obtenido un franco, aunque relativo avance democrático-social, con amplios y luminosos horizontes para el porvenir. Tanto más acertado será el pronóstico, en cuanto a México, si los que conducen el ensayo yucateco no malgastan las circunstancias propicias de que en la actualidad disponen, pretendiendo adelantarse demasiado a lo que permiten el medio americano, la proximidad de la poderosa e influyente plutocracia yanqui, la presente dependencia económica del país y, más que otra cosa, la escasa preparación intelectual del *demos* que ha de fundar y practicar su democracia socialista. Las estridencias radicales pudieron estar justificadas en los momentos en que roto el dique de la tiranía latifundista y del enervamiento del fanatismo religioso, el odio secular de las masas irrumpió en los baluartes de aquélla hasta dejarla inerme y maltrecha. Ahora que, a costa de un mediano esfuerzo, pueden los socialistas obrar con harta soltura, es preciso darse a construir sobre la base sólida, perdurable, de una ejemplar práctica de la sinceridad y la justicia en todos los casos y con todos los hombres, y la suprema de hacer conciencia en el pueblo, por medio del libro, la cátedra y el periódico, que no sólo den enseñanza socialista, sino enseñanza amplia, abierta, libre de todo sectarismo moral e ideológico.

Como dijimos en anterior ocasión, lo deseamos cordialmente, para que México sea una República rica, fuerte, ejemplar, en el orden social y económico, como lo es con sus gloriosos poetas, literatos y oradores, en el orden artístico y literario.

CARLOS LOVEIRA.

La Habana, noviembre de 1922.

EL LENGUAJE INFANTIL Y SU DESARROLLO



A extraordinaria complejidad que significa el hecho del lenguaje, hace que este fenómeno sea de importancia tal, que desde remotas épocas ha preocupado al hombre saber el inicio de ese conocimiento, es decir, el momento y la forma de su aparición.

Por eso es que en un principio los filósofos, y después los psicólogos y lingüistas, han dirigido y dirigen sus pasos a las profundas investigaciones que las ciencias permiten para dar con el origen del lenguaje. Y nada más natural que el hombre preste atención al preciado y valiosísimo instrumento que posee para comunicarse con sus semejantes.

El habla, la voz articulada como signo del pensamiento, se diferencia notablemente de la voz pura, laríngea e inarticulada, común al hombre y al animal.

La articulación permite la gran variedad de timbres que eran necesarios para un sistema fónico completo, y que corresponde a la gran variedad de ideas que el hombre tiene necesidad de expresar.

En ser signo del pensamiento se diferencia de la voz de los animales, que es el signo de las sensaciones simplemente.

El hombre, por medio de la palabra no expresa las sensaciones, sino sólo en cuanto son aprehendidas por la mente. De ahí que sea signo del pensamiento.

En el siglo décimoctavo los filósofos de la Enciclopedia se interesaron vivamente por estos estudios, atribuyéndoles gran importancia. Y ya desde fines del siglo decimoséptimo, Locke, colocando en su *Ensayo* el estudio de las palabras al lado de las ideas, y Leibnitz, cooperando con nuevos ensayos en esta empresa

interesante y consignando en ellos las notas de verdadero valor, llamaron la atención de los pensadores del siguiente siglo.

Leibnitz—dice Müller—con admirable penetración de espíritu entrevió los rasgos esenciales del método histórico comparativo y adivinó sus más elevadas aplicaciones.

Gran número de filósofos franceses, entre los que se hallaban Condillac, Maupertin, Rousseau, Turgot y Volney, abordaron más o menos directamente los problemas relativos al lenguaje; pero como resulta comúnmente, limitaron sus investigaciones al campo de las cuestiones teóricas, antes de entregarse resueltamente al estudio paciente de los detalles pasivos. Se creyó satisfacer por una hipótesis superficial una de las más graves dificultades de la Psicología, y no se pensó sino en crear una teoría del lenguaje sin el estudio comparativo de las diversas lenguas. Esto, como se ha dicho por modernos lingüistas, era renovar la temeridad de la física antigua, que aspiraba a crear un sistema general del mundo y su origen antes de adquirir los conocimientos especiales sobre cada una de las partes del Universo.

Aquellos filósofos del siglo decimoctavo tenían una marcada tendencia a las aplicaciones artificiales en todo cuanto hacía referencia a los orígenes del espíritu humano. Se consideraba al hombre con el mecanismo actual de sus facultades y se transportaba este mecanismo al pasado, sin pensar en las diferencias profundas que debieron existir entre las primeras edades de la humanidad y el estado actual de la conciencia. Parecía que el hombre siempre había reflexionado, combinado, razonado igual que en la época actual, y cada vez que aquellos filósofos quisieron representar al hombre primitivo, lo hicieron como el hombre moderno con su rico desarrollo de las facultades racionales. De esta manera, para aquéllos, el lenguaje venía a ser invención, o mejor, constituía una *invención* como cualquiera otra.

Para ellos el hombre había imaginado un día la palabra como cualquier arte de las llamadas útiles. Inventó el lenguaje porque quiso, a voluntad. Y esta *invención* estaba sujeta a las mismas leyes del progreso sucesivo que todos los productos de la inteligencia reflexiva. Pero los deseos más simples de la sociedad condujeron, desde luego, a la creación de un *lenguaje natural,* con-

sistente en ciertas expresiones de la fisonomía, en ciertos movimientos del cuerpo, en ciertas entonaciones de la voz y a medida que las ideas se multiplicaron, se llegó a la conclusión de la insuficiencia de un lenguaje tal y se buscó otro medio de comunicación que ofreciera mayor comodidad. Se pensó entonces en la palabra; se establecieron las convenciones amistosamente, y así nació el *lenguaje artificial.*

Este primer lenguaje fué, como todas las creaciones humanas, defectuoso y pobre en su origen; pero se fué completando y llegó al grado de riqueza en que se halla poco más o menos, según las comparaciones de Adelung, que establece en la introducción a su *Mithridate,* del modo que la canoa del salvaje ha llegado a ser la embarcación o el buque de las naciones civilizadas. Así, el lenguaje pasó por todos los grados de un perfeccionamiento acompasado. En opinión de Smith, se compuso primero sólo de sustantivos; según otros, empezó por la interjección, y todos llegaron a creer que fueron necesarios muchos centenares de años para llegar a la conquista de sus elementos constitutivos.

Esta teoría, sustentada por un buen número de filósofos, es quizá, dice Renán, de todas las ensayadas para explicar el origen de la palabra, la más falsa. Los que la propusieron habían comprendido, es verdad, que el hombre fué sólo interventor en la invención del lenguaje, que es del ejercicio natural de sus facultades y no del exterior donde ha recibido el don de la expresión; pero cometían un error atribuyendo a las facultades y a una combinación voluntaria de la inteligencia un producto espontáneo de esa fuerza viva que ocultan las facultades o poderes humanos, que no es ni la consideración ni el cálculo que produce su efecto de sí misma y por su propia tensión.

La reacción filosófica que anunció, o mejor, que señaló el principio del siglo decimonono, se hizo sentir en la solución dada al importante problema del lenguaje. Una de las escuelas que ensayaron el restablecimiento del espiritualismo, presentó el lenguaje como de origen divino, es decir, que el hombre lo obtuvo por *revelación divina.*

Vemos, pues, que sobre el origen del lenguaje se han sustentado tres teorías, defendidas con gran calor por sus partidarios: la *natural,* la *artificial* y la *divina.* La que se acepta hoy, por la

generalidad, es la *natural,* y entre los sostenedores de esta teoría existe una división formada por evolucionistas y no evolucionistas. Aquéllos hacen arrancar el lenguaje del grito animal de los primeros hombres, del cual por evolución fónico-semántica y por selección y eliminación de elementos, como dice Julio Cejador, surgió el habla racional, y de la confusión salió el orden; de lo indistinto, lo distinto; de lo indeterminado, lo determinado; pero de manera que cuando aquellas interjecciones llegaron a ser signo del pensamiento puro, del lenguaje racional, ya habían dejado la natural relación que podían tener con los movimientos anímicos internos y externos y expresivos, siendo por lo mismo signos enteramente convencionales.

Curti, citado por Obradores, al notar exclusivismos de la teoría general evolucionista, trata de aplicarla y presenta seis fuentes.

Primera: Interjecciones o gritos animales inconscientes.

Segunda: Interjecciones concomitantes de acciones naturales.

Tercera: Onomatopeyas fundadas en los ruídos gesticulativos de la boca al comer, beber, cantar, respirar, estornudar, etc., que dan nombre a estas acciones.

Cuarta: Onomatopeyas fundadas en sonidos remedadores de los gritos de los animales, que sirven para designarlos.

Quinta: Sonidos onomatopéyicos de los fenómenos naturales, como del viento, del agua, etc.

Sexta: Términos simbólicos, no propiamente imitativos.

Los no evolucionistas sostienen que el habla brotó en el hombre tan natural como el comer y el beber; para ellos, poseía el habla desde su propia aparición. Contradice esta teoría la muy famosa y universalmente aceptada, de Darwin, sobre el origen del hombre.

Todo esto ya nos introduce, aunque lentamente, en la importancia del estudio del lenguaje infantil, aparte de que por el conocimiento de éste, pudiera llegarse a obtener alguna luz sobre la adquisición del lenguaje por el hombre, cualquiera que fuera la teoría que se aceptase, como reconoce nuestro muy amado maestro el Dr. Aguayo, si aceptamos la ley biogenética, según la cual el desarrollo del niño es una recopilación, un resumen del desarrollo de la raza.

Filogenesia.—La evolución filogenética del elemento estático

nos señala sintéticamente la formación relativamente tardía de los órganos cerebrales correspondientes a la función del lenguaje. No se ha diferenciado en su aptitud, sino como resultado de una larga evolución. Buscar el sonido articulado, de la misma manera que buscar el origen común de los sonidos de las lenguas, equivaldría a investigar el tronco común de los sonidos inarticulados primitivos, puesto que no puede concebirse el lenguaje como una formación repentina, surgiendo en un momento dado, sino como resultado del perfeccionamiento lento y sucesivo de las *estefonías* de tal suerte que las lenguas o el lenguaje no articulado, considerado así el problema, resulta que habría que erigir al lenguaje en carácter genérico y aun más, como una característica de la familia de los *hominideos,* y por tanto extenderlos a épocas.

Concepto.—La complejidad del lenguaje no es de difícil demostración. Una frase cualquiera, como la que sirve de tipo al profesor Aguayo en su tratado de Metodología *París inundado por el Sena,* que es la que aparece leyendo un adulto, nos hace de muy fácil inteligencia el asunto. Esas palabras hacen surgir en la mente del adulto lector múltiples representaciones; imagina una ciudad grande, muy bella, atravesada por un río cuyas aguas están cubriendo las calles, plazas, pisos bajos, etc. Asimismo medita el lector sobre la desgracia que habrá ocurrido; sobre la suspensión de las faenas en la hermosa ciudad y sobre el cuadro de miseria que presentaría, sin duda, aquella población. Al comunicar la noticia a los familiares, surgen en la conciencia de cada uno de ellos imágenes, recuerdos, traducciones mentales de las palabras que han oído proferir. Pues bien, los que conocen la ciudad de que se trata se representan fielmente el espectáculo de tristeza. También los que por descripciones de viajes u otros medios han podido conocer el lugar, se representan el cuadro; mas el niño, escolar, pero que no conoce nada de geografía ni ha oído mencionar la capital citada, nada ha podido asociar. Para él todo aquello que oye es desconocido. Ninguna de aquellas palabras está asociada a una representación mental; queda pues, el niño, en tal estado de indiferencia como lo pudo estar antes de oir el relato. Y ahí se nos presenta de modo típico la prueba de la complejidad del lenguaje. Y claro está, porque en primer término es una función de carácter fisiológico; una variedad de funciones—agrega el doc-

tor Aguayo—, ejecutadas por diversos órganos: el de *fonación* (emisión de la palabra hablada); el de la *audición,* necesario para la percepción de las palabras que otros pronuncian; el de la *visión,* sin el cual no puede leerse la palabra escrita; los exigidos por el movimiento de la mano durante la escritura. Organos estos que se hallan bajo la dependencia de ciertos centros motores o sensoriales dispuestos a una zona situada en la parte izquierda del cerebro; este es el centro motor de articulación. En el órgano de la palabra, descubierto por Broca después de mediar el siglo anterior; de ahí que haya tomado su nombre. El asiento de este órgano se encuentra en la tercera circunvolución frontal izquierda.

El centro auditivo verbal, o centro de receptividad de las imágenes auditivas verbales, fué revelado por las investigaciones del profesor Kussmaul.

El centro visual verbal, fué localizado por Charcot; y el centro motor-gráfico, que admiten aún todos los fisiólogos y psicólogos, de aceptar el aserto de Exner se halla al pie de la segunda circunvolución frontal izquierda. Todos estos centros se hallan unidos por fibras nerviosas que los enlazan entre sí y con los otros centros de asociación.

No es el lenguaje solamente un acto fisiológico. Está comprendido también como un fenómeno psicológico; porque la palabra hablada o escrita no son inteligibles si no evocan en nuestra mente representaciones, ya sean visuales, ya acústicas o motrices, que son siempre producto de nuestra experiencia adquirida, de nuestra experiencia anterior.

Dicen los psicólogos y pedagogos que, entender lo que nos dicen es traducir en lenguaje de imágenes las palabras que oimos. Decir lo que pensamos o sentimos es convertir en sonidos articulados las representaciones mentales que a esos sonidos se encuentran asociados. Y leer, es cambiar en imágenes los signos escritos, estén o no impresos.

¿Basta el hecho psicofisiológico para explicar la existencia del lenguaje? No, porque no puede olvidarse que el lenguaje es un fenómeno social, que sirve para la mutua comunicación de los hombres. Y el desarollo del lenguaje se efectúa en sociedad y sólo puede desarrollarse así, y es análogo lo que sucede con el pensamiento superior. En este sentido—dice Höffing—el len-

guaje es un producto social, y en efecto, tan inseparables de la sociedad humana son los elementos constitutivos del lenguaje, que su carácter, evolución y perfeccionamiento se encuentran subordinados al progreso de la vida colectiva.

El Dr. Aguayo resume el concepto del lenguaje manifestando que es un movimiento de expresión, un conjunto de representaciones mentales, un medio de comunicación con nuestros semejantes, un tesoro espiritual que da carácter a toda una civilización.

Esta variedad de aspectos: fisiológico, psicológico, social, lógico, estético, no permite gran facilidad en la enseñanza de esta disciplina.

En el niño, pues que es un hombre en formación, que hay que preparar para la vida, es de importancia suma el estudio del lenguaje. Para ello nos presta grandísimo apoyo a la Psicofisiología.

Asegura Compayré que el niño tiene su parte real de espontaneidad y de invención en la creación del lenguaje. Y no es menos cierto que se guía, sobre todo, por sus impresiones auditivas y por la imitación. Lo que su oído oiga, su boca terminará por repetirlo; pero con una condición, cual es que gracias a las operaciones que se realizan en el cerebro, lo que hasta ahora era excitación de los nervios acústicos se convierte en impulso motor de los nervios y de los músculos vocales. La acción de los órganos del cerebro es, pues, necesaria, para hacer posible la comunicación, para que las impresiones exteriores del oído puedan transformarse en imágenes mentales, que a su vez darán lugar a movimientos apropiados en los órganos de la palabra. Y el cerebro del niño no adquiere de pronto el desarrollo necesario para ejercitar esta acción.

Pero cuando los resortes materiales del mecanismo vocal están por fin suficientemente desarrollados para poder funcionar, no está todo hecho. La vida de la palabra no ha comenzado. Los sonidos emitidos por el niño no tienen nada de expresivo. Los produce de modo mecánico, inconscientemente, sin darle sentido; todo lo más por jugar, por el placer que le proporcionan los movimientos de la lengua, de los labios y de otros órganos de la voz. El niño no añade a nada de esto ningún sentido. Por otra parte, los sonidos que oye, no los comprende; y también le cuesta gran trabajo poder distinguirlos y reconocerse en sus impresiones audi-

tivas. Se cuenta que el hijo del gran psicólogo Preyer tenía diez y seis meses de nacido cuando su padre le señaló una oreja diciéndole: "¿dónde está la otra?", y al guiarle con frecuentes repeticiones para que le indicase concretamente ambas orejas, el niño le señaló un ojo; al preguntarle dónde estaba el otro, le señaló la otra oreja. Y es, dice Preyer, que había formado la asociación entre *oreja y otro* (entre estas dos palabras).

Aunque en la facilidad para expresarse, en la precocidad o tardanza para realizarlo, presentan los niños muy grandes diferencias; aunque así es, repito, balbucean sus primeras palabras inteligibles hacia la mitad del segundo año, y en el tercero según Senet, adquieren todo lo esencial de la facultad de hablar. Y Compayré asegura que, desde el momento que nace el niño aprende a hablar y ya desde las primeras horas comienza ese trabajo de preparación. Durante dos o tres años, desde esta fecha, ningún día habrá dejado, ni ningún momento habrá perdido en el laborioso aprendizaje de la palabra.

Veamos los períodos principales y progresos sucesivos en el desarrollo del lenguaje infantil. Se establece, desde luego, un primer período en que las manifestaciones vocales del niño tienen un doble carácter.

Primero: Son absolutamente espontáneas; el niño no imita ni repite.

Segundo: No tienen para él ningún sentido, ninguna significación intencional, siendo puramente acciones mecánicas en las cuales no toma parte la inteligencia. En esa gesticulación del niño hay que distinguir, además, por un lado los gritos, que expresan los estados corpóreos, sensaciones desagradables o agradables; de frío, de sed, de hambre, de calor. Y por otro lado los sonidos emitidos sin causa precisa, no son más que una especie de gorjeo, un ejercicio instintivo de las cuerdas vocales; una manera de juego muscular.

Y esos gritos que se complican de día en día y que se matizan progresivamente, son obra de la naturaleza, del instinto. Tienen, en efecto, pocas relaciones con las palabras de la lengua usual. Prueba de ello es que el niño los produce mucho antes no sólo de comprender, sino de discernir sobre la voz de la propia madre. Ésta podrá interpretarlos, pero el que los emite no los entiende. Este primer período se denomina la *edad del grito no articulado.*

El segundo período llamado del *balbuceo,* es aquel en que las manifestaciones vocales, que en su origen han sido sólo acciones espontáneas y automáticas, se convierten, y bastante pronto, en acciones reflejas determinadas por las impresiones acústicas.

Antes de la edad en que pueda repetir las palabras, que oirá cada vez más distintamente, el niño es impulsado por una especie de imitación difusa, a gritar, a emitir sonidos; es provocado, por decirlo así, por el ruido que hiere poco más o menos confusamente su oído; y de muy buena gana hace oir su charlatanería, como respuesta a los que le hablan. Esta nueva fase comienza ya en el segundo mes del nacimiento. Los sonidos que produce son articulados: *ar, arra, bu, apa,* que pone el Dr. Aguayo en su *Enseñanza de la lengua materna.*

El tercer período, que es el que llaman los psicólogos *del lenguaje infantil propiamente dicho,* empieza en el segundo año del nacimiento. Hasta aquí, ya por sí mismo, ya porque se le provocare, el niño sólo ha producido sonidos a los que no añade él mismo ningún sentido, aun cuando tenga alguno para las personas que le rodean. El lenguaje, que es un comercio, un cambio inteligente de emociones y de ideas, una comunicación constante entre dos pensamientos; el verdadero lenguaje, no ha empezado todavía. Para que comience es necesario que el niño, cualquiera que sea la insuficiencia de sus medios de expresión, quiera, no importa cómo, decir o por lo menos significar alguna cosa.

En este tercer período es cuando ya notamos ese lenguaje en el niño; los sonidos indistintos del balbuceo ya se convierten en signos verdaderos que emplea para expresar lo que siente y lo que quiere. Ahora, ya comprende la palabra de otros antes que la suya.

Es un punto comprobado por los psicólogos que la inteligencia de los signos precede siempre al empleo de los mismos. En esto, dice Romanes, el niño no va más allá que el animal. El perro, en efecto, comprende los nombres con que lo llama su amo. Es cierto que es probable haya llegado a esto gracias al influjo de una larga domesticidad y por efecto de su contacto permanente con el hombre.

Los evolucionistas reconocen también que la transformación psicológica del perro es obra de la sociedad y de la educación hu-

mana. Agrega Romanes en esta cita, que no se ha probado que el perro comprenda alguna vez la palabra *látigo,* pero que se le amenace con éste y en seguida se pondrá a salvo.

En el tercer período, el niño llega a expresar, como se ha dicho, sonidos articulados en los que lo ayudan, para su enriquecimiento, los propios padres, que se valen de los sonidos inventados por aquél y toman los que forman parte de la lengua materna. Llama al perro *guaguau;* a la hermanita u otro niño, *nené,* etcétera.

Llegamos al cuarto período, denominado de la *lengua materna.* En éste muestra el niño ya su inteligencia no solamente en la interpretación de los signos que percibe, sino en el empleo de los que emite.

Téngase presente que antes que las mismas palabras sirvan para significar los deseos, las emociones, las ideas del niño, son los gestos los que se emplean para este uso. El lenguaje mímico prepara el lenguaje de la palabra, ha dicho Romanes, y así es, en efecto; y cuando hace con la cabeza un signo de negación, cuando señala con la mano el objeto que desea se le dé, el niño trata de expresar lo que quiere o lo que no quiere.

Recordemos los gestos del niño inteligente mucho antes de que hable; pero esto, a condición, dice Compayré, de que no se olvide que antes de ser inteligente, antes que la inteligencia haya establecido una relación entre la mímica y tal sonido, los gestos de un niño han sido automáticos e instintivos, o por lo menos desprovistos de la significación que han de tener más tarde.

En estos primeros tiempos del lenguaje los gestos vienen muchas veces en ayuda de la palabra todavía imperfecta. Un niño de quince meses, que había sido enseñado a levantar la mano cuando se le preguntaba: "¿cómo eres tú de grande"? no teniendo aún bastante facilidad de articulación para decir, *grande,* la levantaba siempre que tenía que señalar algo *grande.*

Preyer asegura que el niño aprende a hablar de dos maneras: o bien la idea ha germinado en su espíritu con ocasión de una percepción cualquiera y a esa idea refiere una palabra con frecuencia, cogida al vuelo; o bien, por el contrario, la palabra precede a la idea; esa palabra la ha oído, la retiene, pero sólo muy poco a poco, y después de muchos tanteos, el niño le aplica su sentido.

El lenguaje materno comienza, según la generalidad de los psicólogos, sobre los veinte meses de nacido el niño. Ya hemos visto el proceso que sigue en este período de su lenguaje.

El progreso del lenguaje no puede representarse por una línea recta continua, sino por una quebrada retrocediendo a veces sobre sí mismo antes de seguir más adelante. Aun en la edad en que el niño con muchos esfuerzos articula distintamente, se ve que reaparecen los sonidos inarticulados; y lo mismo la charla inconsciente cuando ya puede decir algunas palabras inteligibles; el monólogo cuando ya puede dialogar, dentro de ciertos límites; y hasta la incapacidad para repetir o comprender ciertas palabras cuando imita o interpreta las más difíciles. Todo se mezcla y se embrolla en los pasos que da el niño para adquirir el lenguaje.

Y diversas facultades interesadas no van nunca al mismo paso. Y así el mecanismo material de la palabra, puede ser aún muy imperfecto, mientras que la inteligencia, adelantándose, puede ya darse cuenta del sentido de muchas palabras.

J. SAIZ DE LA MORA.

Doctor en Pedagogía y en Filosofía y Letras, antiguo periodista en La Habana, Director de la revista *Stvdio*, de Pinar del Río, y Presidente de la Asociación de la Prensa en dicha Provincia, el Sr. Jesús Saiz de la Mora es actualmente catedrático, por oposición, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Río. Ha publicado, entre otros varios libros y folletos de carácter histórico, literario y pedagógico, *Las cenizas de Colón*, *El periodismo* y *Rudimentos de historia de América*. CUBA CONTEMPORÁNEA le da expresivas gracias por el envío de este interesante trabajo que ha tenido la bondad de remitirle.

EL FASCISMO (*)

TRADUCCIÓN DEL DR. JULIO VILLOLDO

ENETRANDO continuamente más y más al través de la vida política italiana, esforzándose cada vez más en dominarla, el fascismo sigue siendo, no obstante, mal conocido en sus orígenes, en su esencia, en su propósito, en su probable futuro. En parte, a causa de los intereses encontrados que falsean su definición, ya exaltándola, ya denigrándola; debido también a que el fascismo es un fenómeno de hora en hora más complejo y en vía de transformación, dudosa e incierta en cuanto a su orientación precisa y en lo que respecta a su modo concreto y definitivo de realización.

Poco conocido en Italia, es natural que lo sea aún menos en el extranjero, ora por la frecuente mala fe de los informantes italianos, ora por todas las razones que impulsan a los hombres a deformar los hechos "extranjeros" y a comprenderlos mal.

Deseo ser aquí sincero y objetivo, y puesto que esta intención es evidentemente un propósito común, espero poderlo probar en mi exposición y en las consideraciones que la acompañan.

Cualquiera que sea hoy en día la organización fascista, el fascismo ha nacido de una revuelta exasperada de idealismos, para defender los resultados de la guerra y de la victoria, contra aquellos

---

(*) En el número correspondiente al mes de noviembre último de *La Revue de Genève* se ha publicado, vertido del italiano al francés por los Sres. Aldo Dami y Valerio Jahier, este importantísimo estudio que CUBA CONTEMPORÁNEA ha creído conveniente traducir a su vez del francés al castellano, por la pluma de uno de sus redactores, para contribuir a la divulgación del conocimiento, imperfecto todavía, de ciertos antecedentes relacionados con los orígenes del *fascismo*, la nueva orientación política italiana que tan resonante éxito está llamada a alcanzar en todo el orbe, así como de sus finalidades y propósitos, expuestos en este trabajo con notables claridad y precisión.

que habían acumulado obstáculos en el camino de la primera, haciéndola por tanto más dura; que habían censurado la segunda y tratado de reducir a la nada sus hermosos resultados; que habían perseguido, en fin, por todos los medios, materiales y morales, a los que regresaban de las trincheras, a los heridos, a los mutilados, a las familias de los más gloriosos muertos...

Esta reacción se ha dirigido particularmente contra los socialistas, quienes, sin diferencia alguna de matiz, realizaron esta persecución o la facilitaron, favoreciendo de este modo el advenimiento del bolchevismo; aun aquellos que no creían en él o que lo detestaban desde el fondo de sus corazones.

El fascismo tomó así un carácter marcadamente antisocialista, pero también envolvió en su menosprecio y en su cólera a otros partidos aun más neutrales o defectistas que, después de la guerra, han calumniado el esfuerzo de la nación, al propio tiempo que hacían fortuna a expensas del país, el cual se ha engrandecido a pesar de ellos.

Italia, como es sabido, entró, después de múltiples obstáculos, en el conflicto europeo. Los que trataron de oponerse a esto, no cejaron jamás. Le crearon al país un sinnúmero de dificultades (disfrazadas, sin embargo, por su contribución a esta inmensa prueba, cuando era peligroso negársela); después, en tanto que las hogueras de júbilo en honor de Vittorio Veneto ardían aún, ellos dieron comienzo a su desquite.

Cansados y decepcionados por mil causas, los italianos que hasta entonces habían cumplido su deber, fueron fácilmente arrastrados por los neutrales y se convirtieron en dócil instrumento de los que tenían la intención de apoderarse del poder, explotando así, gracias a esta fatiga y decepción, los restos de la antigua hostilidad contra la guerra.

Los intervencionistas y los patriotas que habían sido los más agotados por esta larga prueba, un poco mortificados también por los exiguos resultados del concurso y por los primeros signos de la desproporción que existía entre lo heroico y sangriento del sacrificio realizado y los frutos obtenidos, no estuvieron en condiciones de afrontar el descontento general que agudizaban los terribles sufrimientos provocados por la guerra y el inmundo enriquecimiento de los que, a salvo, habían hecho una especulación.

De esta suerte, con Austria derrotada, reconquistadas las provincias invadidas y las tierras irredentas unidas de nuevo a la madre patria, Italia, que debió haber erigido arcos triunfales a sus soldados y experimentar el orgullo de sus hazañas, cayó en una depresión, en una profunda irritación, y fué entonces cuando el bolchevismo, sostenido por la peor burguesía, apareció amenazador. ¡1919 fué un año de pasión para Italia! ¡De pasión, debido a las peripecias de la conferencia de París; de pasión, a causa de lo que se conoce por *rinunciatarismo* (1), debido a la ilusión wilsoniana, a causa de la amnistía de los desertores, debido a la todopoderosa demagogia socialista apoyada por el gobierno (2), motivada por la odiosa discusión en la Cámara relativa a la investigación del desastre de Caporetto, a causa de las injurias del Sr. Nitti contra Gabriel d'Annunzio y sus legionarios, debido al llamamiento tendencioso a los campesinos y a los obreros!

Fué en marzo de 1919 cuando tuvo lugar en Milán la primera reunión fascista y cuando el fascismo estableció las bases de su organización regular.

Tres declaraciones fueron votadas en el curso de esta sesión:

PRIMERA DECLARACIÓN.

La reunión del 23 de marzo dirige su primer saludo y sus pensamientos agradecidos y respetuosos a los hijos de Italia que han caído por la grandeza de la patria y por la libertad del mundo; a los mutilados y a los inválidos; a todos los combatientes; a los antiguos prisioneros que cumplieron con su deber; y se declara dispuesta a sostener las reivindicaciones de orden material y moral que sean formuladas por las asociaciones de combatientes.

SEGUNDA DECLARACIÓN.

La reunión del 23 de marzo declara que se opone al imperialismo de otros pueblos a expensas de Italia, y al eventual imperialismo italiano en menoscabo de otros países; acepta el postulado

(1) Campaña del *Corriere della Sera* y del *Secolo* contra el señor Sonnino y el anexionismo dalmata.
(2) El gobierno de Nitti.

supremo de la Liga de las Naciones, que presupone la realización de cada uno de estos ideales; realización que, respecto de Italia, debe cumplirse en los Alpes y en el Adriático por la reivindicación y la anexión de Fiume y de la Dalmacia.

TERCERA DECLARACIÓN.

La reunión del 23 de marzo obliga a los fascistas a combatir por todos los medios las candidaturas de los neutrales de todos los partidos.

He creído oportuno recordar la triple declaración que fija los caracteres "patrióticos" del fascismo y que nos lo muestra inmediatamente ligado al movimiento de reacción contra el descrédito de la victoria.

Este carácter ha sido subrayado por el creador e inspirador de las *fasci* (fasces o haces) en uno de sus discursos en el teatro comunal de Boloña, en 1921.

¿Cómo ha nacido—dijo Mussolini—este fascismo alrededor del cual existe un rumor tan vasto de pasiones, de simpatías, de odios, de rencores y de incomprensiones? No ha nacido solamente de esta reunión que celebramos en marzo de 1919 en una pequeña sala de Milán.

Ha nacido de una necesidad profunda y eterna de esta cepa ariana y mediterránea que es la nuestra, la cual, en un momento dado, se ha sentido amenazada en las razones esenciales de su existencia por una locura trágica y por una fábula mítica que se desploma hoy con estrépito en el mismo lugar de su nacimiento. Sentimos entonces, nosotros que no éramos Magdalenas arrepentidas, nosotros que siempre tuvimos el valor de exaltar nuestra intervención y los motivos de las jornadas de 1915, nosotros que no nos avergonzábamos de haber derrotado al Austria en el Piave y de haberla deshecho en pedazos más tarde en Vittorio Veneto, nosotros que quisimos una paz victoriosa, sentimos de repente, desde que cesó la exaltación de la victoria, que nuestro deber no había terminado, y yo mismo sentí que mi deber no había concluido. En efecto, a cada nueva sesión se dice que mi tarea y la labor de los que me siguen ha terminado. En mayo de 1915, cuando las *fasci* de acción revolucionaria habían barrido la neutralidad *parecchista* (3) de todos los caminos, de todos los lugares y de todas las calles de Italia, aun en las

(3) Se dice que, durante las negociaciones de 1915, Giolitti había declarado que Italia, si permanecía neutral podía obtener de Austria *parecchio* (alguna cosa) en Trento o en la frontera del Isonzo.

más pequeñas aldeas, se declaró: Mussolini no tiene ya nada más que decirle a la Nación. Pero cuando llegaron las trágicas y tristes jornadas de Caporetto, cuando Milán se encontraba gris y terroso, porque sabía que si los austriacos pasaban y llegaban a la ciudad de las Cinco Jornadas, esto significaría el fin de toda Italia, entonces comprendimos que aun teníamos una palabra que decir. Y después de la victoria, cuando surgió la tesis del renunciamiento, más o menos democrático, que tendía a amputarla, a reducirla, nosotros, fascistas, tuvimos el supremo valor de despreciar el prejuicio de llamarnos imperialistas y anti-renunciatarios, y esta fué la primera batalla que libramos en el teatro de la Scala (4), en enero de 1919.

¿Cómo? ¡Habíamos combatido y vencido para todo el mundo, habíamos sacrificado la flor de nuestra juventud, y se nos presentaba las cuentas del usurero! Se nos disputaban los límites sagrados de la patria, y había en Italia demócratas cuya democracia consistía en jugar al imperialismo para los otros y negárnoslo a nosotros los italianos; demócratas que nos lanzaban esta tonta acusación, simplemente porque nosotros pretendíamos que la frontera norte de Italia debía ser el Brenner, en donde permanecerá en tanto que exista en Italia la sangre de un italiano.

Nosotros creíamos que la frontera oriental debía estar en Nevose (5), porque es allí donde se encuentran las fronteras naturales y justas de la patria, y porque no fuimos sordos a la pasión de Fiume, y compartimos de corazón las angustias de nuestros hermanos de Dalmacia, y, en fin, porque sentimos vivientes y palpitantes estos lazos de raza que no nos unen tan sólo a los italianos de Zara en Ragusa y Cattaro, sino que nos unen también a los italianos del Cantón del Tessino (6), y también a aquellos italianos que ya no quieren serlo, a los de Córcega, a los que están más allá del Océano, a esta gran familia de cincuenta millones de hombres que quisiéramos unificar en un solo orgullo de raza.

Ya comenzaban a surgir los prodromos de la ofensiva fascita. El 16 de febrero, Milán había asistido, en medio de la consternación terrorífica de una burguesía débil y temblante, a un desfile de 20,000 bolchevistas, quienes, después de haber aclamado a Lenine desde lo alto de las esclanitas del castillo, manifestaron que la revolución bolchevista era eminente.

Nacido en 1919, el fascismo tenía cierta conexión con la *fascia parlementare* que se había constituído en diciembre de 1917 en

(4) Alusión a una conferencia "renunciataria" del señor Bissolati, quien era partidario de renunciar al Alto Adigo y a la Dalmacia, y fué interrumpido por hoes y silbidos.

(5) Cumbres de los Alpes Julianos al norte de Fiume.

(6) Los suizos se dieron por aludidos, y declararon que, al igual de los italianos, ellos no poseen menos orgullo y valor para defender lo que les pertenece.

vista de la resistencia después de la retirada. En 1919, el fascismo no desplegó una actividad notable, pero en el transcurso de ese año formuló el programa que hemos reproducido aquí sumariamente. Es necesario darle acta de este estado civil, pues ciertos razonadores, más o menos bien intencionados, afirmarán que es falso que el fascismo haya nacido de la arrogancia dominadora del maximalismo y de una viva llamarada de patriotismo.

*

El 16 de noviembre de 1919 tuvieron lugar las elecciones generales.

La disolución de la Cámara se producía en condiciones que no podían dejar de ser en ventaja de los elementos revolucionarios y antinacionales. Y 156 candidatos del partido socialista fueron electos, con un programa de crítica sectaria de la guerra, de encarnizada lucha de clases, de solidaridad con la Rusia de los Soviets, y de envilecimiento de la victoria italiana y de sus artesanos.

El señor Nitti, Presidente del Consejo, tuvo la oportunidad de alabar la calma con que se había desarrollado la campaña electoral, durante la cual *no hubo un solo muerto*. La tranquilidad de las elecciones fué simplemente el resultado de la desproporción de las fuerzas entre los concurrentes, que no permitieron a los que podríamos designar como patriotas de enfrentarse con los otros.

Fué únicamente en Milán en donde los fascistas, obteniendo tan sólo un número reducido de votos de mayoría, se impusieron y actuaron libremente en los comicios.

Como ya queda dicho, los socialistas electos fueron en número de 156, y hubo más de 100 "populares" (7), partido que se llama conservador, pero que se aproxima a los bolchevistas por la actitud extremista (se le ha podido nombrar el "bolchevismo negro"), que asumió después del armisticio una actitud muy parecida a la de muchos de sus correligionarios antes de la guerra y después de ella.

La vigesimoquinta legislatura fué un infierno.

El que escribe este artículo (y que perteneció hasta 1912 al

---

(7) El partido popular italiano (P. P. I.), o partido católico, cuya ala izquierda dirigida por el diputado Maglioli (de Bergamo) preconiza las medidas agrarias más avanzadas.

partido socialista y fué durante dos legislaturas el representante socialista reformista (8) del Colegio de Alejandría) fué entonces electo diputado del grupo del *Rinnovamento.* Tiene siempre delante de sus ojos el Gehena, el lago de fuego en el cual se desarrollaron los trabajos (!) parlamentarios desde noviembre de 1919 hasta abril de 1921.

Hoy se protesta de los excesos fascistas, olvidando por completo lo que fué el maximalismo parlamentario sostenido por el del arroyo, tiránico hasta el punto de convertir las discusiones en verdaderos pugilatos.

En la sesión real, los socialistas hicieron una demostración antimonárquica muy violenta, y profundamente ultrajante; después, durante diez y seis meses, se mostraron de tal manera que quien pudo observarlos en aquella ocasión no los olvidará jamás. Los excesos de su impunidad llegaron a los peores extremos, y nada nos fué ahorrado, desde la apoteosis del desertor Misiano, hasta los furores cómicos desencadenados contra la hora legal (9).

Los moderados y los extremistas rivalizaron en insolencia. El maximalismo había tomado la delantera. El señor Turati protestaba permaneciendo fuera del salón de sesiones y quedándose en la biblioteca del primer piso, cuando sus correligionarios lo disgustaban por sus excesos. No referiré aquí la crónica de las muchedumbres fanatizadas de 1920; pero ella explicará por qué la represión fascista de hoy ha tomado un carácter de dureza tan implacable. No se tienen en cuenta los ultrajes infligidos al sentimiento nacional, los insultos al pabellón tricolor, a los monumentos públicos, a las lápidas de los muertos en la guerra, ni tampoco las más bestiales violencias llevadas a cabo contra los oficiales del ejército.

Por fin un rayo de sol resplandeció cuando tuvo lugar la conmemoración de la Victoria en noviembre, primer acto de recobro que será proseguido hacia adelante, con energía, por los fascistas.

---

(8) El partido reformista, poco numeroso, tuvo por jefe a los señores Bissolati y Bonomi e hizo la campaña para la entrada en la guerra. Cuando el armisticio, se dividió en lo tocante a la política extranjera, siguiendo los unos la política Mazziniana, wilsoniana y "renunciataria" de Bissolati (muerto ya), y asistiendo los otros a la formación del nuevo partido del *Rinnovamento* (renovación social) y de los combatientes, que es el origen propio del fascismo.

(9) La hora de verano.

La caída de Nitti debilitó el dominio absoluto de los socialistas; en tanto que el continuo aplazamiento de la revolución devolvía el valor a la burguesía envilecida, que por fin se dió cuenta de que estaba en presencia de un enemigo demasiado conservador para darse el lujo de presentar una batalla resuelta y decisiva contra el régimen que concedía a los proletarios y a sus abogados semejante cosecha de fortunas burguesas.

Pero el furor antiitaliano no concluyó con el año 1920, y las violencias continuaron sin interrupción, alcanzando su paroxismo en la acción de esos locos de Cavarzare, que redujeron a fragmentos una sencilla columna conmemorativa dedicada a los soldados muertos, y de estas hienas de Empoli, que asesinaron con inauditos refinamientos a los marinos que transitaban por las calles de esa población, hasta entonces considerada como civilizada.

En 1920, los fascistas aumentaron en número y se dieron una "constitución".

En el curso de su reunión de mayo, aprobaron un programa que contenía como principales postulados:

"El panegírico de la última guerra nacional—el valor efectivo de la victoria—y la resistencia y oposición a las degeneraciones teórica y práctica del "socialismo politicastro."

En 1920 y en los primeros meses de 1921 continuó la atroz guerra civil.

El lector será llevado tal vez, por una apreciación superficial de las cosas, a formar un juicio severo sobre los italianos "sanguinarios" y "facciosos".

En realidad, en esta lucha interior, Italia ha realizado y está en vías de realizar, vertiendo la menor cantidad de sangre posible, una profunda revolución.

Italia es uno de los países que más han sufrido con la guerra; ha sido tomado como punto de mira principal por Rusia y por los comunistas, como centro de radiación del Leninismo. Los italianos han tenido que luchar, habiéndoles fallado el socorro de sus aliados, contra enormes dificultades económicas y financieras, contra el asalto de fuerzas revolucionarias, seguras de encontrar en las angustias y en la miseria del pueblo el fermento necesario para el triunfo de un ideal de disolución social.

En medio de todo esto, si ha habido llamas de incendio, muer-

tos, heridos y desórdenes, se ha tratado siempre de fenómenos interiores bastante localizados y circunscritos, y estos incendios permitirán que la Nación viva y se reponga en seguida de las sacudidas que ha venido experimentando sucesivamente.

Y es el fascismo "salvaje" en el que recae el mérito de haber reducido por medios que no eran ciertamente evangélicos y también, en más de un caso, tampoco indispensables, al reprimir una serie de revueltas, una revolución total que no se hubiera circunscrito, ciertamente, a Italia.

Volvamos a 1920-21. Emboscadas comunistas y expediciones fascistas se sucedieron sin interrupción, hasta el punto de culminar en un pacto de pacificación, que fué concluído el 3 de agosto de 1921 entre fascistas y socialistas, gracias a la intervención del Presidente de la Cámara (10).

Esto no fué más que una ilusión.

Los socialistas no cesaron en sus arrogancias verbales y los comunistas en sus celadas, y no hubo más que una transformación en la violencia, que se fragmentó en innumerables y sangrientos encuentros personales.

En mayo, habiendo sido disuelta la Cámara, las nuevas elecciones llevaron treinta y cinco fascistas al parlamento, y ciento treinta y ocho socialistas fueron electos en lugar de los ciento cincuenta y seis de la vez anterior. Ciento treinta y ocho socialistas suavizados, que no contaban ya con el apoyo de la plaza pública, anulado por el garrote fascista, y un poco desencantados, por otra parte, de la embriaguez leninista.

Los fascistas condujeron fuera del salón de sesiones al desertor Misiano y prohibieron definitivamente a la extrema izquierda su conducta de 1920.

A partir de este momento, es inútil entretenerse y perder el tiempo en detalles históricos que no son necesarios más que para determinar los orígenes del fascismo, particularmente frente a sus adversarios y a sus acusaciones.

En noviembre de 1921, el fascismo se constituyó en partido, en Roma, y se dió unos estatutos.

Sus iniciadores y sus fieles comprendían que su obra—movimiento nacional y garantía contra toda tentativa disolvente—, era

---

(10) El Sr. de Nicola.

siempre indispensable; también comprendieron que, en vista de esta labor, y a causa de su desarrollo lógico hacia otro fin de reconstrucción del país, convenía darle una organización concreta; cimentarla más allá de su fe ideal, en un programa político y social que permita la adhesión de nuevos prosélitos y oponga a los programas de los adversarios una línea de conducta positiva; era preciso, al mismo tiempo que se rechazaban las teorías consideradas como erróneas y funestas, reemplazarlas por un sistema de principios y de reglas correspondientes a las necesidades y a la salud del pueblo italiano.

Naturalmente, la fuerza propulsora sentimental que, como hemos visto, había determinado principalmente el aliento y la génesis del partido fascista, no podía ya presidir en un nuevo desarrollo; y los intereses ligados no solamente a las vicisitudes inmediatas sino también a todo el pasado, entraron en juego.

Las líneas generales del partido nacional fascista pueden resumirse de la manera siguiente:

Oposición al socialismo y a toda forma de fetichismo de la masa, pero no al proletariado que trabaja y produce.

Estímulo al sindicalismo económico y nacional destinado a dar fisonomía al Estado futuro.

Restauración económica mediante la libertad de toda opresión de las energías activas del país.

Efectividad de la victoria.

Subordinación de la cuestión del régimen a los intereses morales y materiales presentes y futuros de la Nación, considerada en la realidad de su evolución.

Oposición a los hombres y a los métodos de la burguesía política que se ha revelado insuficiente y refractaria a la renovación de la vida pública italiana, cuyo principal problema es de orden moral.

Igualamiento jurídico de todas las organizaciones de trabajo.

Emancipación del Estado y de las Comunas de toda forma de "estadización" y municipalización.

Supremacía de la autoridad del Estado en el sentido de que el interés, la dignidad, el prestigio de la colectividad nacional predominen, sin posibilidad de oposición, sobre las luchas de clases y de partidos.

Acción de propaganda metódica con vistas a purificar la vida nacional a fin de enseñar al pueblo a concebir con la mayor nobleza y espiritualidad su función histórica en conexión con los fenómenos políticos, económicos y morales de la vida nacional e internacional.

"Antilatifundismo" (11) *o sea oposición a las grandes propiedades, en agricultura, y acción política tendiente a multiplicar las granjas, la "mezzadria"* (12), *la subdivisión progresiva de las tierras según las condiciones de lugar y de desarrollo de la actividad y del conocimiento agrícolas en las diferentes regiones de Italia.*

Empleo rigurosamente honrado del dinero de los contribuyentes.

Guerra sin cuartel a todas las formas de la finanza demagógica.

Desarrollo de todas las energías sanas del país, apelando a lo que existe de mejor en todas las clases.

Instrucción para todos; habituar al pueblo italiano al respeto de la inteligencia, de los valores jerárquicos, de la disciplina individual y colectiva; educación física por medio de todas las formas conocidas de deportes, para lo cual se necesita obtener del Estado el estímulo y la ayuda material.

En política extranjera, llamar la atención de los ciudadanos y del Estado para que consideren, según la guerra y la victoria, la entidad nacional enfrente de los demás países; colocando de ese modo a Italia en su justo lugar en el concierto de las grandes naciones del mundo. Ningún imperialismo, pero tampoco ningún renunciamiento. Ninguna complacencia para la alianza plutocrática franco-anglo-sajona disimulada con el nombre de Liga de las Naciones, ni para con las internacionales, que se cuentan en lo sucesivo por docenas, ni para con las ideologías pacifistas del desarme. En vez de esto, revisión de los tratados de paz que han puesto de manifiesto su injusticia y que no han conseguido la pacificación de las naciones que estuvieron en guerra; política europea de equilibrio y de aproximación a las naciones ex enemigas; intensificación de nuestras relaciones con el Oriente; reju-

---

(11) Oposición a los *latifundia,* o grandes propiedades.

(12) Contrato de repartición de los productos de la tierra entre el propietario y el campesino.

venecimiento y renovación de nuestra representación diplomática por elementos más comprensivos de la grandeza y de los destinos de la patria. Protección firme, asidua e inteligente del italiano que se expatria. Liberación de toda forma de sometimiento frente a las naciones plutocráticas de Occidente, que influyen en nuestra vida pública por sus ingerencias financieras y por sus suministros de materia prima.

*

Tal es el fundamento de la política fascista.

No habiendo cesado los comunistas en sus agresiones, los fascistas, a su vez, no cesaron de rechazarlas con una violencia implacable; esta reacción les permitió desarrollar su programa. Los socialistas, apoyados por una parte de la prensa burguesa, y principalmente "nittiana" y también por los "populares", no desperdiciaron una sola ocasión de concitar el odio y el desprecio del público sobre la cabeza del fascismo, calificado de innoble instrumento de reacción a expensas del proletariado y en apoyo del capitalismo, sobre todo agrario.

De esa suerte, nos encontramos en presencia de otro aspecto del fascismo. Su elevación al rango de partido lo ponen enfrente de los partidos que tenían y tienen motivos para ver en él al instrumento de su propia derrota, es decir, los comunistas, los socialistas, los populares y algunas fracciones de democracia liberal.

El Estado, en presencia de todas estas agrupaciones políticas, permanece indeciso, y, privado de directivos, trata de resolver con medidas policíacas el problema más potente de orden público.

La cosa no es fácil, porque el fascismo, a causa de la debilidad del Estado frente a frente de elementos subversivos a los que halaga constantemente con fin de aplacarlos, se ha dado una poderosa organización militar, ante la cual el mismo Estado se ha visto obligado a ceder.

El fascismo es, efectivamente, un ejército. El señor Giolitti decía en 1921, en la Cámara, que el fascismo estaba registrado en el Ministerio del Interior con una fuerza de 187,000 hombres; Mussolini le contestó que se elevaba a más del doble.

Hoy en día no son menos de 400,000, perfectamente organizados.

Los "camisetas negras" se movilizan con extrema rapidez y su ardor es impresionante. Llevan a cabo frecuentes revistas. He contemplado tres, dos de ellas de más de 30,000 participantes, en Roma y en Milán, y una de más de 40,000 en Florencia.

Marchan rápidamente de tres en tres. Son, en su mayoría, ex oficiales y soldados, pero los "burgueses" también son muy numerosos. Los campesinos abundan, los obreros son menos. Hay igualmente muchos estudiantes, y junto a una mayoría de jóvenes, un gran número de hombres de edad madura; y también ancianos que fluctúan entre los setenta y setenta y cinco años, que marchan emocionados y orgullosos en las grandes paradas. Tienen gran cantidad de himnos marciales, siendo el más típico y popular el conocido con el nombre de *Giovinezza* (Juventud), melancólico y guerrero. Les profesan a sus muertos un respeto y un amor extraordinarios.

Las escuadras llevan los nombres de sus mártires, de los muertos en la guerra, de sus jefes, o bien expresiones enérgicas como éstas: *la disperata, la disperatissima,* o irónicas como *me ne frego.* Cada escuadra tiene una bandera, un guión.

Hay ciclistas, jinetes... y aviadores fascistas. Existen también mujeres fascistas.

En tanto que los enemigos del fascismo reclaman a grandes voces que el Estado aplique la ley, esperando de ese modo la destrucción del fascismo que, en la forma, es ilegal, los fascistas replican: sí, nosotros también queremos el respeto a la ley, pero antes que nada, el respeto preferente a la nación, es decir, al Estado nacional, que los elementos anticonstitucionales han minado y continúan socavando en vista de una internacional utopista y para terminar con la instauración de una burguesía socialista, que no es aún el socialismo.

Si el Estado es agnóstico y profesa una neutralidad ridícula frente por frente de sus demoledores, el fascismo proclama el derecho de cumplir sus funciones, y puesto que este derecho, sin el empleo de la fuerza no tendría más que un valor platónico, él se ha creado a sí mismo esta fuerza, que despliega hasta el límite de la insurrección.

Los "populares", los socialistas y sus parásitos aliados son el anti-Estado en el propio sentido de la palabra; el fascismo es el

anti-Estado para la restauración del Estado, es decir, que está contra el Estado porque quiere que éste se afirme y no se anule por un desconocimiento tenaz de su propia personalidad.

Los socialistas en su desesperación adoptan precisamente la táctica más extremista: denuncian a los fascistas como hunos, como los lansquenetes al servicio de las clases más reaccionarias; ofrecen al Estado su colaboración, lo que significa abandono, al menos en promesa, de los postulados más avanzados de su doctrina; empujan a la huelga general, insurreccional, con la intención de una huelga general legalizada...

Los "populares" están más o menos de parte de los socialistas, colocados en el dilema de dar la ventaja, bien a su internacionalismo bolchevista, o bien a su "conservadorismo" orgánico. Los demócratas están con los fascistas que los defienden del comunismo y contra los fascistas que agitan teorías purificadoras, inquietantes... La situación es evidentemente extraordinaria, y el drama del fascismo, que la resume, es verdaderamente angustioso.

Definir sin ambigüedad la revolución que realiza el fascismo para defender a la nación y confundir el maximalismo, no implica que se cierren los ojos sobre los problemas del fascismo, que no deja de comprender por sí mismo las dificultades de su obra. Los errores tácticos de los socialistas no impide que ellos tengan razón cuando señalan el callejón sin salida donde pueden terminar los fascistas llegados a la cumbre de su fortuna política.

El fascismo se apoya políticamente en la derecha, es decir, volviéndoles las espaldas a todas las ideologías humanitarias que han impregnado al socialismo, y que han llenado la cabeza de los hombres, a la vez, de altruísmo superficial y de egoísmo fundamental, en tanto que le dan a la vida una interpretación materialista.

Sin embargo, colocado enfrente de partidos de masas, tales como son el partido popular y el partido socialista, el fascismo ha concluído por dirigirse él también a las masas, es decir, a la izquierda.

Y la naturaleza de esta antítesis no es fácil de explicar.

El sindicalismo fascista es nacional, pero... sindicalista, y el sindicalismo tiene en la sangre socialismo puro y simple. El pase

de las ligas y de las cooperativas rojas a las filas del fascismo ¿es una traición probable o un nuevo enriquecimiento?

El viejo socialismo estaba puesto en entredicho por el sindicalismo, puesto que éste excluía el equilibrio de intereses al cual aspira el socialismo integral; pero, en su naturaleza íntima, el sindicalismo tiende a realizar el socialismo, ya sea colocando en las manos de los trabajadores técnicamente capaces la dirección y la gestión de la producción, ya sea destruyendo este beneficio que es la médula de la sociedad individualista.

¿Cómo podrá el fascismo en el poder contentar a la derecha y a la izquierda, las dos almas que, de acuerdo con la novela de Edgar Poë recordada por Arturo Labriola en un congreso socialista, están constreñidas a vivir juntas, o bien a morir, si se separa la una de la otra?

ADOLFO ZERBOGLIO.

Nacido en Turín en 1866, el Sr. Adolfo Zerboglio fué profesor de derecho y de procedimiento penal en la Universidad libre de Urbino Zerboglio y ha pertenecido en dos ocasiones a la Cámara italiana. Orador notable y partidario decidido de la intervención de Italia en el conflicto europeo, tomó parte muy activa en la lucha interior contra la revolución. Ha publicado numerosas obras de Derecho, y la circunstancia de ser un teniente de Mussolino y un disertador del *fascismo* le dan gran importancia a etse trabajo, en el cual demuestra un profundo conocimiento de los hechos que determinaron la tendencia *fascista* y contribuyeron a su reciente triunfo en Italia.

LAS SIETE JORNADAS

Lunes. *Propósito.*

Hoy mis ojos de júbilo cantaron,
la promesa del sol y su riqueza.
Supe mirar las palmas de mis manos;
y palpando mis músculos viriles,
ambicioné ser hombre en la tarea...
"Al agua fresca, mi pereza", dije.
El lecho, blando y tibio,
llegó a cansarse de tender los brazos!
Cuando puse los pies en el camino
a medida que andaba, iba cantando.
Nunca supe por qué la gente dijo
que iba loco, camino del trabajo!

Martes. *Fuerza.*

Es la alondra que canta!
Un nuevo día, por delante tengo.
¿Por qué toda mi fuerza también canta?
Han pasado corceles por mi sueño.
Van pasando corceles por mi puerta.
La fuerza se reparte entre las manos,
tanto a la diestra como a la siniestra.
Las fraguas, trilladoras y martillos
me embriagan con su canto;
y es la tierra labrada, mi dominio.
Por la camisa abierta,
las doncellas que adornan mi camino,
vieron mi pecho y se sintieron llenas!

MIÉRCOLES. *Cariño.*

Más temprano que el sol, he amanecido.
Las palmas de mis manos,
huelen a sol,
a tierra, a siembra!
He sentido el orgullo de ser hijo,
y el no ser padre aún, he lamentado.
Es necesario que en mi carne sienta
la superioridad de mi progenie!
He aprendido a mirar la tierra estéril
y con los ojos, he trazado surcos!
Cantó el atardecer canto de gloria.
Me vieron pensativo con mi dicha
y el suspiro del día fué profundo.

JUEVES. *Esperanza.*

Al volver del trabajo, en el camino,
ambos nos demoramos...
Sin mirarme, quizás, ella me ha visto.
(Llevo en el corazón la sombra de algo
que llevaba en el pecho la doncella...)
Si de sueños perfuma mi camino.
la tierra, con el cielo, será nuestra!

VIERNES. *Multiplicación.*

Anoche, no he dormido,
pero el descanso fué de los mejores.
Soñé con un camino;
con música de árboles; con huertos;
con luces de cien soles;
y con púberes blondas y morenas
portando recios cestos
cargados de racimos que embriagaban!
En mi camino hallé mil cosas bellas;
en mi trabajo, fuerzas duplicadas!

SÁBADO. *Reparto y encuentro.*

Señor! Señor! No sé con quién gastarlo,
este montón de estrellas!
Llevo el zurrón repleto y cómo aguardo,
del camino a la vera,
el paso arrobador de mi doncella!
Hasta un pájaro muerto,
le vería cantando de contento!
El camino a lo lejos se desdobla,
y son muchos caminos a lo lejos
los que invitan a irse...
¿Quién está triste? ¿Existe la tristeza?
Toma una estrella, caminante triste.
Ya viene la doncella!
Ella sabe que ha tiempo que la guardo!
¡Oh qué bueno es saber con quién gastarlo,
este montón de estrellas!

DOMINGO. *Embriaguez.*

Déjame acariciar tu cuerpo intacto
con mis manos que huelen a cosecha.
Traigo en los ojos la visión del campo,
y el campo está de fiesta.
Hay una carcajada en cada parva,
una palabra recia, en los arados;
de la corva seguir, la risa daña
y el trigo está dormido entre los sacos!
Mira las nubes blancas, no son nubes,
es que vuelan bandadas de palomas!
¿Me besarás, doncella, cuando escuches
el canto sin igual de las alondras?
En el sol... en el aire... en todo, hay besos;
hay en la hierba, dulce olor a vida!
Eres, amada mía, el surco abierto
en espera del don de mi semilla!

ENRIQUE M. AMORÍM.

Buenos Aires, 1922.

Enrique M. Amorim es uno de los poetas jóvenes de la literatura argentina, de los que ponen emoción y belleza en una poesía clara y armoniosa. Ha publicado con el título de *Veinte años* un libro de versos que es su canto de juventud; y prepara actualmente otro volumen suyo, más personal, que se titulará *Amorim*. CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en publicar esta hermosa composición, que el autor ha tenido la bondad de remitirle desde la República del Plata.

BIBLIOGRAFIA (*)

Biblioteca interamericana. IV La política exterior de los Estados Unidos. Basada en declaraciones de Presidentes y Secretarios de Estado de los Estados Unidos y de publicistas [norte] americanos. Compilación hecha por James Brown Scott. Nueva York. Doubleday, Page and Company. 1922, 8º, XVII, 330 p.

Contiene este volumen trozos de mensajes presidenciales y documentos de Secretarios de Estado y publicistas norteamericanos, que tratan de la política exterior de los Estados Unidos. Al comentar este libro, alguien ha dicho que con la parte no transcripta de esos propios mensajes y documentos podría cualquiera formar otro grueso tomo de doctrinas y prácticas completamente opuestas a las proclamadas en el que ha lanzado a la publicidad el ilustre internacionalista Sr. James Brown Scott. En efecto, es cosa fácil componer más de un cuerpo de doctrinas contradictorias con los fragmentos de mensajes del ejecutivo de cualquier nación. El curioso puede comprobar que en *La política exterior de los Estados Unidos* del Sr. Brown no hay un solo pedazo de los mensajes que sin duda fueron enviados al Congreso acerca de la guerra desmembradora de la República mexicana, ni los relativos a la ocupación injusta y arbitraria de Santo Domingo, ni los que tratan del canal de Panamá o de la situación especial de Nicaragua. Y seguramente existen esos documentos. Por lo tanto, la compilación del Sr. Brown es ineficaz para demostrar buena fe, que nunca se probaría con declaraciones más o menos altisonantes, buena fe que es preciso afirmar con hechos, con una política tradicional de altruísmo, de cooperación, de cordialidad.

Llama la atención el poco espacio que dedica el compilador a los períodos de los primeros presidentes norteamericanos. Sólo veintiocho páginas ocupan los fragmentos de mensajes de los jefes de aquel Es-

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibimos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

tado desde Washington hasta James K. Polk. Los iniciadores de la orientación política de los Estados Unidos, entre los que está el propio Monroe, sólo hicieron, al parecer, leves indicaciones que otros presidentes más formados como estadistas desarrollaron en toda su extensión.

Como libro de propaganda, está bien esta obra únicamente para la propia tranquilidad de los que de algún modo han contribuído a formarlo. Sólo para eso, porque a ningún hispanoamericano convencerá nadie que le diga, como el Presidente Buchanan dijo en 1858 sobre México:

"Siempre hemos alimentado los mejores deseos por la ventura de esa república y acariciado la esperanza de que, después de las pruebas por que ha pasado, llegue al fin a gozar de paz y prosperidad bajo un gobierno libre y estable. Nunca hasta ahora hemos intervenido directa ni indirectamente en sus asuntos internos, siendo deber que nosotros mismos asumimos el de proteger la integridad de su territorio contra la ingerencia hostil de cualquier otra potencia."

Lo anterior lo remitió al Congreso el Presidente Buchanan el 6 de diciembre de 1858, diez años después de la guerra de conquista contra México en la que esta nación perdió enormes y riquísimos territorios.

Las páginas siguientes hablan con gran elocuencia de la política americana de los Estados Unidos. Según Roosevelt, la doctrina de Monroe obliga a Norteamérica a ejercer funciones de policía internacional. Según Root, la doctrina de Monroe es necesaria para proteger a los Estados Unidos. No para proteger a la América; no una doctrina que reconozca derechos y deberes por igual, sino una doctrina protectora de los Estados Unidos. En verdad, nunca ha sido de otra manera, y no podía dejar de ser así. Las relaciones puramente altruístas de pueblo a pueblo sólo han florecido en la América hispana, y muy pocas veces. Cuando el filibustero norteamericano Walker se apoderó de Nicaragua, las demás porciones del Istmo contribuyeron a la acción del Presidente Mora, de Costa Rica, para vencerlo y restablecer la República. No pidieron las otras cuatro naciones concesión alguna a cambio de ese favor. Cuando antes Bolívar, San Martín, O'Higgins se esforzaron por libertad regiones distintas de la América, no exigieron una compensación territorial o una sumisión humillante.

Pero son los nuestros, países que sienten la solidaridad, que se saben llamados a un mismo destino y que advierten la necesidad de una compenetración mayor cada día, firme y sincera. Y para lograrla, nada mejor que una política desinteresada, inspirada por la más insospechable franqueza.

La obra del Sr. Brown, si está justificada desde el punto de vista del Norte, no lo está desde nuestro punto de vista, porque es incompleta y no da la impresión exacta de la verdadera política internacional de los Estados Unidos. No es un espejo, sino una caprichosa combinación de cristales que trasmiten una visión imperfecta de la realidad.

Selección de novelas breves. Alfonso Maseras. LA CONVERSIÓN DE LEUKAINOIA. Traducción del catalán por Vicente Clavel. Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. [1922], 8º, 168 p.

"Gran escritor a la vista"—dijo Eugenio d'Ors cuando hace tiempo leyó *La conversión de Leukainoia.* Y eso es efectivamente Alfonso Maseras: un gran escritor de alto sentido humano, de visión extensa y segura, de lenguaje artístico. En la biblioteca de *L'Avenç* publicó el novelista algunos ensayos, como *Delirium* y *La fi d'un idili,* que lo anunciaban como uno de los más notables cultivadores de la novela en Cataluña. En *La conversión de Leukainoia* y en los otros tres cuentos que forman el volumen ahora publicado por la Editorial Cervantes, se manifiesta vigoroso el talento de Maseras. Se admira la cultura del novelista, y se disfruta un verdadero placer intelectual con la seguridad técnica del autor.

Gabriel Picón-Febres, hijo. ANÉCDOTAS Y APUNTES. Impreso por Primitivo Quero Martínez. 1921. [Caracas?] 8º, 210 p.

Son anécdotas y apuntes lo que contiene este libro, esbozos y sucedidos que forman parte del cuadro de la historia americana, que va surgiendo de todas esas contribuciones de nuestros publicistas. Aquí la escena en que se muestra a Bolívar joven desmontándose de su caballo para besar la mano de una anciana que ofrece sus joyas a la Revolución; la prodigiosa sucesión de heroicidades del coronel Luis María Ribas Dávila; la reivindicación del coronel Vicente Campo de Elías; la corta vida de proezas del coronel Antonio Rangel; la actuación patriótica del canónigo Cortés de Madariaga en Mérida; la noticia del terremoto que el 26 de marzo de 1812 destruyó a Caracas, Barguisimeto y Mérida; la biografía del gran orador sagrado padre Tomás Zerpa; los rasgos más salientes del carácter de Tulio Febres Cordero, maestro, orador y hombre de vida serena y noble; la vida sencilla de la maestra Dorlisa Guerra Campo Elías; la descripción del asalto dado por los presos criminales de Trujillo a la guardia de la cárcel; y leyendas, y cuentos de la tierra venezolana, en estilo claro y preciso de escritor acostumbrado a expresar con sencillez sus pensamientos.

Manuel Ugarte. MI CAMPAÑA HISPANOAMERICANA. Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. [1922]. 8º, 236 p.

Con una perseverancia sin desfallecimientos, con una serenidad plausible y con una absoluta precisión de datos, Manuel Ugarte ha seguido desde 1910 su labor convenientísima que condensó al año siguiente en

su libro *El porvenir de la América latina.* Resultado también de esa cruzada política es *Mi campaña hispanoamericana,* formada con sus conferencias y artículos, dados a conocer en las distintas capitales de la América. Como se aprecia debidamente la obra del distinguido americano es tomándola en conjunto y luego examinándola en detalle. El escritor se revela en cada uno de estos trabajos, el estadista previsor, el patriota, el hombre de convicciones.

Todos los problemas americanos han sido tratados por Manuel Ugarte: los políticos, los sociales, los económicos, los étnicos, los culturales, los pedagógicos, los científicos, etc. No ha descuidado ningún aspecto de las múltiples cuestiones que interesan a nuestros países. Y sobre todo, ha sabido hablar a tiempo, iniciar su cruzada en los momentos oportunos. Después de algunos años, las advertencias de Ugarte serán innecesarias, porque la América irá rodando hacia el peligro si no ha sabido practicar la unión, si no se siente inspirada por la más noble y previsora solidaridad.

Ugarte recomienda la acción diplomática principalmente para imposibilitar la acción imperialista del Norte. El diplomático de nuestra América debe tener siempre abiertos los ojos sobre las intenciones del poderoso vecino, debe imponer un Derecho Internacional para el Continente, que obligue por igual a unos y a otros; debe ser algo más que un funcionario frío y correcto, muy indiferente a cuanto ocurre en nuestros países.

"Lo que precisamente caracteriza la acción diplomática—dice—es la posibilidad de disentir sin chocar y de obtener ventajas o disminuir las del adversario sin utilizar un solo grano de pólvora, manejando exclusivamente la sutileza, el razonamiento, el interés, o movilizando las fuerzas extrañas que gravitan sobre cada asunto y pueden contribuir a esclarecerlo... No hemos tenido diplomacia, porque a menudo la dirección de los asuntos públicos en nuestras naciones ha estado en manos de hombres que han pasado precipitadamente de situaciones poco preparadas a la dirección altísima de los negocios internacionales... No ha habido, tampoco diplomacia en el sentido de que no hemos logrado unidad de acción, punto de mira, propósito determinado, programa preconcebido; y se ha obrado siempre al azar, según los acontecimientos. El resultado es la situación de nuestra pobre América, que no está en el lugar que nosotros quisiéramos hacerle dentro de nuestras almas y dentro de la humanidad." Luego afirma: "...con los sistemas sinuosos, empleados últimamente, no hay la posibilidad de esas flexiones salvadoras y nos encontramos ante un tutor que no extrangula a su pupilo para quedarse con su fortuna, pero que pone a su alcance todos los vicios, todas las transgresiones a la moral, que si es posible lo hace contaminar de enfermedades que lo llevarán a la muerte, para poder quedarse sin responsabilidad ante el mundo, ni ante la Historia, con la totalidad del patrimonio."

Quiero copiar otros dos fragmentos de este libro, que tienen gran importancia, que retratan nuestros males en toda su crudeza y su verdad:

"En cuanto al reproche de las revoluciones, es el más artero que se nos puede hacer. Se necesita audacia para formularlo, cuando es precisamente el imperialismo el que ha abierto en Nueva York y en Nueva Orleans una especie de bolsa de revoluciones, donde se especula con el desorden, con el hambre y con la ruina de muchos países hispanoamericanos... La verdad es que tenemos el enemigo en casa, en nuestra propia indisciplina, en nuestras disidencias de barrio, en nuestras guerras civiles, en nuestra vida desordenada y estéril. Y el mal nos devora de tal suerte que se diría que el invasor nos está estrangulando con nuestras propias manos."

Tales son las orientaciones que marca este libro fuerte y sereno; tales son las verdades dichas en las más importantes poblaciones de la América, incluyendo algunas de los propios Estados Unidos; tal es la propaganda del escritor argentino, hecha en los mejores años de su juventud y seguida aún hoy con talento y constancia plausibles y merecedores de aplauso y cariño.

LA FUENTE SONORA. Por Ciana Valdés Roig. J. García Monge, Editor. San José de Costa Rica, A. C. 1922. 8º, 80 p. Con retrato de la autora, por Valderrama.

Los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA conocen algunos de estos poemas en prosa de Ciana Valdés Roig, publicados en uno de los recientes números de nuestra revista. Y los aficionados a la literatura en la América los conocerán también, por la acogida que han alcanzado en importantes publicaciones, como *Nosotros,* de Buenos Aires, *Ateneo de Honduras, Hispano-América,* de Tegucigalpa, *Variedades,* de Guadalajara, México. En todas partes ha habido elogios para la poetisa, para la mujer de talento que con un solo libro pequeño ha logrado ocupar ya un sitio entre los escritores americanos.

Sin ser nuevos, ni de originalidad sorprendente, tienen los poemas de *La fuente sonora* una gran cantidad de belleza, una sencillez deliciosa y un encanto que produce admiración. Y tienen igualmente un perfume de fruto propio, americano, un sabor inconfundible, que contribuirán decisivamente al éxito de la autora. En la literatura americana, que cuenta ya con brillantes personalidades de mujer cuyo número aumenta cada día asombrosamente, será Ciana Valdés Roig una de las más distinguidas por su exquisitez y por la serenidad marmórea y el calor humano de su verso y de su prosa clara. Y el tiempo fijará con mayor fuerza su nombre, porque él habrá ido dando más seguridad a la joven inteligencia de la poetisa.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, enero, 1923.

NOTAS EDITORIALES

"CUBA CONTEMPORANEA" ANTE LA OPINION DE LA PRENSA NACIONAL Y EXTRANJERA

No podemos dejar de consignar en estas páginas el testimonio de nuestro agradecimiento a todos los periódicos que en estos últimos meses han hecho elogios de la labor que viene realizando CUBA CONTEMPORÁNEA, y especialmente a aquellos que han dedicado frases de aliento y estímulo para sus redactores, con motivo de haber cumplido esta revista una década de existencia y entrado en el undécimo año de su publicación. Entre esos colegas a los que somos deudores de gratitud merecen especial mención: el *Diario de la Marina,* periódico habanero de existencia casi secular y decano de la prensa cubana, que al acusar recibo de uno de nuestros números anteriores, hizo constar, en su edición matutina del 25 de noviembre último, que

> CUBA CONTEMPORÁNEA es la única revista en su clase que se edita en Cuba. Es también la única que se preocupa de nuestros problemas políticos, sociológicos y literarios, llevando a sus páginas las palpitaciones de nuestra vida ideológica, expresadas a través de nuestros intelectuales de más méritos y nombradía. No es además la suya una labor limitada meramente a nuestro pequeño mundo intelectual, pues CUBA CONTEMPORÁNEA es la revista cubana más conocida y considerada en el extranjero y de un modo especial entre los países hispanoamercianos;

el importante periódico *El Diluvio,* de Barcelona, que durante diez años consecutivos ha tenido la bondad de reproducir, sin faltar un solo mes, los sumarios de todos los números de CUBA CONTEMPORÁNEA, con atinados comentarios acerca de cada artículo, dedicando siempre frases de encomio al Director y los redactores de esta publicación; la gran revista mensual ilustrada *Social,* alto exponente del notable progreso obtenido por las artes gráficas en

Cuba y cuya labor literaria y artística no es superada en la actualidad por ninguna otra publicación de su índole, la cual revista reprodujo en su número correspondiente al mes de diciembre último un grupo de los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA, insertando a continuación el siguiente bello artículo, que queremos recoger en estas páginas como un ejemplo de bien entendido compañerismo periodístico y de alteza de miras, propia de quienes nada tienen que envidiar ni se conduelen del éxito ajeno:

En este mes de diciembre celebra CUBA CONTEMPORÁNEA sus primeros diez años de existencia. Los estrechos lazos de amistad y compañerismo que nos unen con los redactores de esa excelente revista, y la identificación de ideales patrióticos y culturales que entre ellos y nosotros existen, hacen que celebremos regocijados ese aniversario que ahora conmemora tan estimado colega.

Que una revista doctrinal, seria, alejada de la política, sin propósitos lucrativos ni apoyos gubernamentales, haya alcanzado en el medio mercantilista y práctico en que vivimos, diez años de existencia es, ya de por sí, triunfo extraordinario y no logrado hasta ahora por publicaciones análogas.

No se puede escribir la historia de nuestras letras en estos dos últimos lustros, sin mencionar en primer término a CUBA CONTEMPORÁNEA, digna heredera en este sentido de lo que en otras épocas representaron la *Revista de Cuba* y la *Revista Cubana,* de Cortina y Varona.

Reconocida y estimada, tal vez, más fuera de Cuba que en nuestro propio país, CUBA CONTEMPORÁNEA ha sido paladín constante y esforzado de todo noble y elevado empeño, no sólo en pro de nuestra patria sino también de toda la América Latina.

Fieles al programa que se trazaron al fundarla, sus redactores han tenido siempre abiertas las páginas de la revista "a todas las orientaciones del espíritu moderno, sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad, sin más requisito que el exigido por las reglas del buen decir."

En los treinta gruesos volúmenes que forman hasta hoy la colección de esa revista se conservan los trabajos de los más insignes escritores y pensadores de América y se han recogido las palpitaciones todas del movimiento intelectual contemporáneo, no sólo de nuestro Continente sino del mundo entero.

Debido a la iniciativa de los señores Carlos de Velasco, Julio Villoldo y Mario Guiral Moreno, secundada eficazmente por José Sixto de Sola, Max Henríquez Ureña y Ricardo Sarabasa, apareció el primero de enero de 1913 el primer número de la revista bajo la dirección del primero, desempeñada hasta el mes de diciembre de 1920, en que la renunció al ausentarse de Cuba, encargándose entonces de la misma,

al no poderla desempeñar por idéntica causa el Dr. Julio Villoldo, el Ingº Mario Guiral Moreno, actual director.

En 1919 entraron a formar parte del cuerpo de redactores la señora Dulce María Borrero de Luján y los señores Alfonso Hernández Catá, Luis Rodríguez-Émbil, José Antonio Ramos, Francisco G. del Valle, Bernardo G. Barros, Enrique Gay Calbó, Juan C. Zamora y Ernesto Dihigo. De todos ellos hoy sólo faltan, arrebatados por la Intrusa, José Sixto de Sola y Bernardo G. Barros. Los demás continúan firmes, animosos y decididos, laborando en pro de los más altos y nobles ideales culturales y patrióticos.

Ayer Velasco y hoy Guiral han sido expertos e incansables directores en esa empresa, ardua e ingrata, en la que ambos han logrado triunfar, pese a la indiferencia de los más y la envidia de unos cuantos.

Que prosigan todos, para bien de nuestra República y de la América Latina, sosteniendo y llevando adelante por muchos y largos años, a Cuba Contemporánea.

Nosotros así lo deseamos muy sinceramente.

Y finalmente, damos también gracias expresivas al diario *La Prensa,* de esta ciudad, por el encomiástico suelto que dedicó a Cuba Contemporánea en su número correspondiente al día 22 de enero último, con ocasión de haber cumplido esta revista diez años de vida "laborando sin tregua por la cultura patria y por cuanto implica dignificación y enaltecimiento del país cubano."

NUESTROS ULTIMOS ARTICULOS COMENTADOS Y REPRODUCIDOS

Una vez más es para nosotros motivo de complacencia, poder dar cuenta en estas páginas de haber sido favorablemente comentados, y en varios casos reproducidos por importantes publicaciones de Cuba y el extranjero, algunos de los trabajos últimamente publicados en Cuba Contemporánea. Cuéntanse entre ellos: la nota editorial titulada *Una descortesía de Francia con Cuba,* inserta en el número de noviembre, que fué extensamente comentada en la sección editorial *Resumen de la semana* del diario habanero *La Discusión,* número correspondiente al 3 de diciembre del año próximo anterior, y en la titulada *Baturrillo* del *Diario de la Marina,* edición vespertina del día 8 del propio mes; el interesante trabajo de Lorié Bertot *Al través de la Literatura Inglesa. Marjorie*

Flemming, la niña extraordinaria, inserto en el mes de marzo de 1922 y reproducido por la revista *Nosotros,* de Buenos Aires, en su número de noviembre último; la nota bibliográfica sobre *La casa de los cuervos,* de Hugo Wast, también reproducida por dicha revista en su número de diciembre próximo pasado; el magnífico estudio crítico de nuestro colaborador Federico García Godoy sobre *"El conquistador español del siglo XVI" por Rufiino Blanco Fombona,* publicado en el número de agosto de 1922, y las dos extensas notas bibliográficas acerca de las obras *Historia de Cuba,* de Ramiro Guerra y Sánchez, y *Cartas a Morazán,* de Vicente Sáenz, que aparecieron en el número de septiembre último de CUBA CONTEMPORÁNEA, reproducidos los tres trabajos en el número de noviembre de la *Revista de Filosofía,* de Buenos Aires, aunque con el nombre del autor suprimido en el primero de dichos artículos y sin indicar la procedencia de ninguno de ellos, seguramente por una omisión involuntaria y en extremo sensible.

CUBA CONTEMPORÁNEA agradece los honores de la transcripción dispensados a los referidos trabajos.

UNA GRAN PERDIDA: CARLOS DE VELASCO

En los momentos de entrar en prensa el último pliego de este número, nos llega de París, trasmitida por el cable, la triste noticia de haber fallecido en aquella capital nuestro muy querido amigo y compañero Carlos de Velasco, redactor fundador y primer Director de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Profundamente contristados por la infausta nueva, que tan intensamente nos afecta a todos los que fuimos sus compañeros de labor en esta revista, nos limitamos por ahora a consignarla en sus páginas, doloridos, enviando el más sentido pésame a los familiares del camarada extinto y prometiendo dedicar a su desaparición, en el número del mes de marzo próximo, toda la atención que ella merece, por la importancia que tiene tan doloroso suceso: para las letras cubanas, para CUBA CONTEMPORÁNEA y para Cuba.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA



1884-1923

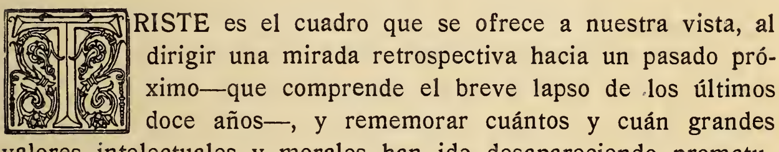
Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXI. La Habana, marzo 1923. Núm. 123.



CARLOS DE VELASCO (*)



TRISTE es el cuadro que se ofrece a nuestra vista, al dirigir una mirada retrospectiva hacia un pasado próximo—que comprende el breve lapso de los últimos doce años—, y rememorar cuántos y cuán grandes valores intelectuales y morales han ido desapareciendo prematuramente, uno tras otro arrebatados por la muerte, ávida al parecer de juventud y empeñada en la selección de sus víctimas, entre las cuales se cuentan algunos de los mejores hijos de Cuba, cuyas vidas han sido tronchadas en los instantes en que sus servicios eran más preciados y útiles. A Jesús Castellanos, joven enamorado de todos los bellos ideales y cultivador insigne de las letras, caído el 29 de mayo de 1912, antes de cumplir treinta y cuatro años de edad, cúpole la ingrata suerte de inaugurar la serie a que me he referido; desapareció después José Enrique Montoro, robusta mentalidad, plena de sólidos conocimientos jurídicos y magníficamente preparada para la gran labor cultural que ya había iniciado con éxito cuando murió, a los veintiséis años, el 22 de marzo de 1915; siguió más tarde José Sixto de Sola, el más joven

(*) Trabajo leído por su autor en la velada que en memoria de Carlos de Velasco celebró el 28 de febrero de 1923, en el salón de actos del diario *La Discusión*, la Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA.

de los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA, patriota fervoroso y escritor notabilísimo, que bajó a la tumba, cuando apenas contaba veintiocho años, el 6 de febrero de 1916; tocó a su vez el turno a Emilio Heredia, relativamente joven también, entusiasta y animoso, trabajador infatigable que en su empeño de labor artística puso todas las energías de una voluntad, recia y perseverante, sorprendiéndole la muerte, antes de llegar a los cuarenta y cinco años, el 29 de julio de 1917; cayó después Alfredo Rodríguez Morejón, uno de los mejores y más sanos elementos con que contaba la actual generación cubana, inteligencia preclara y conciencia límpida, espíritu rectilíneo y trabajador incansable, cuya labor científica y didáctica se desenvolvía oscuramente, por la extraordinaria modestia de quien la realizaba, víctima también de una cruel dolencia que lo llevó al sepulcro, antes de cumplir cuarenta y siete años, el día 15 de octubre de 1921; fué más tarde un compañero nuestro, otro de los redactores de CUBA CONTEMPORÁNEA, Bernardo G. Barros, quien siguió la ruta emprendida por aquéllos, muriendo el año último, en la fecha patriótica del 20 de mayo, cuando apenas había cumplido treinta y dos años de edad; y es hoy Carlos de Velasco, el más joven entre los fundadores supervivientes de CUBA CONTEMPORÁNEA y precisamente aquel a quien cupo el honor y la satisfacción de dirigirla durante sus ocho primeros años, el que nos da su adiós para siempre, alejándose definitivamente de quienes fuimos sus compañeros de ideales y labores, al apagársele la vida en París, la ciudad por él tan querida y admirada, en la madrugada del día 1º de febrero de 1923, a la temprana edad de treinta y ocho años.

Fué Carlos de Velasco un hombre hecho por sí mismo, que todo lo alcanzó en vida por su personal esfuerzo, realizado casi exclusivamente por medio de la pluma. Espíritu de muy recta orientación, impulsado por una voluntad de acero; perseverante en el esfuerzo inicial de sus diversas y fecundas actividades; de una impasibilidad extraordinaria y sorprendente; tenaz en la lucha, animoso en presencia de los obstáculos, optimista aun en medio de la adversidad, duro e inflexible en sus juicios y determinaciones, de una probidad indiscutible, laborioso y activo, consecuente y digno, tuvo Velasco una personalidad vigorosa e inconfundible, cuyas bellas cualidades se destacaban por encima de sus

pequeños defectos, dando por resultado de esa impresión de conjunto la sensación de una gran superioridad intelectual y moral, cualquiera que fuera el punto de vista elegido para tomarla.

La obra literaria de Velasco y su labor periodística pueden encerrarse dentro del período que limitan los años de 1907 y 1920, que marcan el principio y el fin de sus trabajos culturales, puesto que con anterioridad al primero su actuación apenas es conocida, limitada como estuvo a trabajos oficinescos o de índole privada; y con posterioridad al segundo de los citados años, su labor se concreta a las funciones del cargo consular que desempeñaba, sin más excepción que algunos cortos artículos, traducciones y correspondencias enviados a varios periódicos habaneros, que ningún mérito habían de agregar a su ya bien ganada reputación de escritor y periodista. Mas para aquilatar las cualidades personales de nuestro compañero extinto, estudiar su carácter, medir el vigor de su mente y conocer el temple de su alma, tan grande como el de su pluma, es necesario remontarse a los primeros años de su niñez, verlo desenvolverse en la adolescencia, repasar su juventud, observarlo en la edad madura y llegar hasta el postrer instante de su vida, escuchando, si posible fuera, de sus labios balbucientes, la *Oda a la Muerte* que recitaba en sus últimos días, como un canto de amarga resignación en tan duro trance, para quien, de haber sido poeta, hubiera compuesto, sin duda, un *Himno a la Vida.*

*

Nació Carlos de Velasco y Pérez en la ciudad de Santa Clara, capital de la provincia del mismo nombre, el día 14 de agosto de 1884. Vástago segundo de un matrimonio formado por miembros de dos antiguas y distinguidas familias villareñas, transcurrió su infancia en la citada ciudad, y allí, en el colegio *Santa Ana,* recibió la instrucción primaria de los profesores Mariano Clemente Prado y Juan Clemente Zamora, para los cuales tuvo siempre Velasco palabras de gran afecto, expresándose respecto de ellos, cada vez que los nombraba, en términos reveladores de un profundo respeto y muy honda gratitud (1). La niñez de Velasco

(1) Véase el artículo que con el título de *Educadores* publicó en CUBA CONTEMPORÁNEA, enero de 1918, tomo XVI, págs. 5-10.

coincidió, sin embargo, con una época de gran penuria en el hogar, motivada por la ausencia del padre, que había marchado a los campos de la Revolución, formando en las filas del Ejército Libertador con el grado de Capitán; y nuestro compañero, niño de pocos años entonces, salía diariamente a la calle para vender los productos de una industria casera cuyas utilidades servían para subvenir a las más perentorias necesidades de la familia. Este episodio de su infancia fué relatado por Velasco al grupo de sus íntimos amigos, con cierto orgullo y grato recuerdo, satisfecho de haber contribuído al sostenimiento de los gastos domésticos, desde edad tan temprana, mientras que el autor de sus días tomaba participación directa en la guerra de independencia de Cuba. Por la misma época, ya adolescente, tuvo su primer empleo en una farmacia, donde aprendió con buena voluntad el preparado de las fórmulas de medicina.

Año y medio después de terminada la guerra, en 1900, se trasladó con su familia a la ciudad de La Habana, en la cual había de radicarse definitivamente, siendo esta circunstancia propicia al desenvolvimiento de las favorables condiciones de inteligencia y aplicación que concurrían en el segundogénito de aquel feliz matrimonio, y Velasco dió principio a sus estudios de Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de nuestra capital, donde fundó, en unión de varios compañeros, entre los cuales se contaba su íntimo amigo Julio Villoldo, la revista *El Estudiante* (1901).

Un violento choque de palabras entre el entonces alumno y cierto profesor de dicho plantel, sin importancia en el fondo aunque sí en la forma, determinó el alejamiento definitivo de Velasco del citado Instituto, al negarse a continuar recibiendo clases del catedrático cuyo proceder había sido, a su juicio, manifiestamente injusto. Este pequeño incidente, demostrativo ya de la altiva dignidad y entereza de carácter de Velasco, torció indiscutiblemente el curso de su vida, desviándolo de los estudios previos indispensables para la obtención de un título universitario y conduciéndolo por otra senda muy distinta. Y Velasco, que a pesar de su juventud era ya considerado hombre de carácter serio y juicioso, fué nombrado para desempeñar un cargo de relativa importancia en la Secretaría particular del primer Presidente de la República, Don Tomás Estrada Palma. Allí, al lado de este

excelso ciudadano, cuyas grandes virtudes privadas y públicas sólo en momentos de pasión han podido ser discutidas, aunque nunca negadas; junto a aquel probo gobernante, ufano de presidir una República que tenía mayor número de maestros que de soldados; en ese ambiente sano y de gran honradez administrativa, se fué moldeando el carácter de Velasco, en el que entonces arraigaron fuertemente los rectos principios de moral que él siempre había mantenido; y en aquel cargo, subalterno del entonces Secretario del Presidente de la República, Ldo. Jorge Alfredo Belt, empezó a conocer Velasco las máculas de la humanidad, pudo apreciar el doblez y la falsía de los hombres, sus debilidades y sus pasiones, que en vano hubieran pretendido ocultarse a la penetración de un espíritu tan perspicaz y observador como el de aquel joven imberbe, pequeño de cuerpo, de piel trigueña y mirada fija, cuyo entrecejo frecuentemente contraído daba a su rostro una expresión dura, que sólo a veces se convertía en amable, cuando algún suceso venía a provocar la risa en quien, teniendo la falsa apariencia de un hombre hosco, no era, en realidad, más que un sér inalterable, con un dominio extraordinario de sí mismo, cuyos impulsos y sentimientos sólo se exteriorizaban en el grado, oportunidad y forma que su recia voluntad lo permitía.

No es posible negar que así como el referido incidente de la vida estudiantil de Velasco torció en cierto sentido la ruta de su vida, al no poder conseguir un título profesional que lo capacitara para el ejercicio de determinada carrera, su permanencia durante varios años al lado de Tomás Estrada Palma, su gran afecto y devoción hacia él, y, sobre todo, su identificación con los altos ideales patrióticos—no con los políticos—de este ilustre gobernante, influyeron de modo decisivo sobre la vida de nuestro compañero desaparecido, no sólo respecto de su proceder y actuación futura, sino especialmente en relación con los enemigos y adversarios de aquél, quienes a su vez se tornaron en adversarios y enemigos de Velasco al levantar éste, movido por un espíritu de justicia hacia el prócer caído, la bandera de la vindicación de su nombre inmaculado como patriota fervoroso y ciudadano insigne por la rectitud de sus propósitos, aunque sin dejar de reconocer los errores en que incurrió y las responsabilidades que contrajo

como gobernante, influenciado por falsos amigos y equivocados consejeros...

*

Por esta época realizó Velasco su enlace con la bella y virtuosa señorita Margarita Lamar y Gálvez, perteneciente a una distinguida familia matancera residente en La Habana, e hija del entonces Secretario de Instrucción Pública en el gabinete de Estrada Palma, celebrándose las nupcias en la Iglesia del Santo Angel el día 4 de mayo de 1906, sin haber llegado a tener descendencia en su matrimonio.

De la influencia que tuvo este suceso en la vida de Velasco, él mismo dió elocuente y sincero testimonio al leer su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras, la noche del 4 de enero de 1919, en el cual discurrió acerca de *El esfuerzo femenino,* afirmando que "ningún poder sobre la tierra, ninguna fuerza humana tiene la virtud de influir tan extraordinaria y profundamente sobre el hombre como la mujer", y diciendo, respecto de la que era su esposa, estas sentidas palabras:

Hay otra [mujer] cuyo nombre de flor no dirán tampoco mis labios, que sin duda—y sin saberlo ella—ha influído más poderosa y constantemente que ninguna en la realización de este acto al cual es ajena por completo, y al cual, sin embargo, ha cooperado impulsándome a estudiar, a aprender y a combatir. Su sola presencia, y aun su impuesta ausencia de otro tiempo, han sido mi estímulo. Por ella he luchado y luchó, estudio y aprendo; por ella—que nada me pidió jamás—he sufrido, he gozado y pude vencerme al vencer ella en mí; por ella, buena y abnegada, sencilla y paciente, silenciosa y dulce, es mayor todavía la emoción que ahora siento...

Caído el primer gobierno republicano en el mes de septiembre de 1906, siguió Velasco desempeñando su cargo al continuar en el suyo de Secretario el Ldo. Belt cediendo al consejo y reiterada súplica del ex Presidente Estrada Palma, quien, interesado siempre en la suerte de Cuba, creyó conveniente y útil a los intereses nacionales que continuase al lado del Gobernador Provisional extranjero, desconocedor de nuestros problemas y de nuestros hombres, quien como Belt había dado tantas y tan relevantes pruebas de fidelidad, competencia y discreción en su triple carácter

de funcionario, consejero y amigo. A esta circunstancia se debió que Velasco prestara también sus servicios al Gobierno interventor norteamericano hasta el día de su cesación, el 29 de enero de 1909, fecha en que fué instaurada la República, ocupando el poder el Partido Liberal, adversario del que había llevado a cabo la reelección forzosa de Estrada Palma el año de 1905. Declarado cesante en su cargo titular de la Secretaría de Instrucción Pública, a principios de febrero de 1909, fué Velasco a trabajar al lado de Belt, en el bufete de abogado que instaló éste en el edificio de la Lonja del Comercio, continuando así la estrecha unión y sincera amistad que siempre los unió, y que en todo tiempo se mantuvo inalterable.

*

Dije antes que la labor periodística de Velasco comenzó en 1907, época en que todavía prestaba sus servicios al Gobierno interventor, y debo añadir ahora que sus primeros escritos, publicados en los diarios *La Discusión* y *Cuba* justificando determinados actos del Presidente caído, fueron macizos alegatos en pro de la verdad histórica, desconocida o alterada, en momentos de pasión intensa, por los adversarios de la situación política derrocada por la Revolución de Agosto. Y ya en esos primeros trabajos dió Velasco relevantes pruebas de poseer las cualidades que más tarde habían de consolidar su reputación como escritor valiente, sincero, documentado y cívico; sobrio en la forma y correcto en el estilo; conocedor exacto del valor de los vocablos; intransigente con las erratas tipográficas y preocupado siempre por las faltas y descuidos. Tales fueron los rasgos más salientes de los trabajos de aquel joven cuya firma, hasta entonces poco conocida, aparecía de tiempo en tiempo, al pie de artículos que por su tendencia y sus finalidades constituían formidables ataques a la situación imperante, reacia en admitir atenuación alguna en sus juicios severos sobre el gobernante caído, de quien Velasco se erigió en vindicador desinteresado.

Velasco, sin arredrarse ante el número de sus adversarios y contradictores, continuó durante los años de 1907, 1908 y 1909, aprovechando todas las ocasiones favorables para restablecer la verdad histórica acerca de hechos que él conocía íntimamente en

todos sus detalles, movido tan sólo por un espíritu de justicia que lo llevaba a considerar como ataques personales a él, las infundadas inculpaciones que la pasión insana trataba de acumular sobre la memoria del solitario de *La Punta,* antes y después de su muerte, ocurrida en Santiago de Cuba el 4 de noviembre de 1908.

Fué en el mismo mes del siguiente año cuando Velasco y yo nos conocimos, con ocasión de haber entrado ambos a formar parte de la Redacción del diario *La Prensa:* él como encargado de una sección diaria que intituló *Espigando* y que redactó sin interrupción desde el 6 de noviembre de 1909 hasta el 12 de marzo de 1910; y yo, con mis compañeros el Ingeniero Cristino F. Cowan y el Dr. Julio Villoldo, como uno de los encargados de la sección semanal *Ornato Público,* cuya duración en dicho diario fué aproximadamente la misma que tuvo la fundada por Velasco, pues él y nosotros tres nos separamos de *La Prensa* con diferencia de pocos días, a fines del mes de abril de 1910. En aquella Redacción, establecida en la casa marcada con el número 83 del Paseo de Martí, nació la amistad que más tarde había de unirnos estrechamente por los vínculos de la mutua estimación y los lazos del más sincero afecto, formando con Villoldo un bloque de fuerte cohesión, hoy destruído en parte por la muerte del más joven de los tres. Y esa amistad, ya antigua entre Villoldo y Velasco, superficial y reciente entre este último y yo, no tuvo ocasión de estrecharse hasta que, en los primeros días de mayo del propio año, el que fué Director-propietario de *La Discusión,* Ldo. Manuel María Coronado, nos hizo saber a Cowan, a Villoldo y a mí, por mediación de Velasco, sus deseos de que prosiguiéramos en el gran periódico que él dirigía nuestra interrumpida campaña por la estética urbana y el arte cívico. Concertada la entrevista para el sábado 7 del último citado mes, a las doce de la noche, en un cambio de impresiones que se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada quedó convenido nuestro ingreso como redactores en este diario, sin más condiciones que la de una libertad plena, absoluta, para tratar todos los asuntos desde el punto de vista más favorable a los intereses capitalinos—pacto que fué en todo tiempo fielmente observado y cumplido—, y la página de *Ornato Público* con sus tres redactores fundadores, a los cuales se unió Velasco desde entonces, reapareció con espléndidos grabados y

todos los elementos informativos al alcance de un gran periódico moderno, el lunes 16 de mayo de 1910, fecha merecedora de recordación al ocuparnos en este estudio biográfico-crítico sobre la obra literaria y periodística de Carlos de Velasco, porque ella marca el inicio de una aproximación que más tarde había de tener fecundas raíces y que influyó de modo decisivo en el propósito de fundar una publicación mensual, seria, vaciada en nuevos moldes, con personalidad propia y sustraída por completo al influjo del mercantilismo. En esa fecha, pues, tuvo principio la hermandad espiritual que nos llevó a fundar, tres años después, la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, nacida en 1º de enero de 1913 bajo la experta dirección de Velasco.

Fué esa época, acaso, la de más asidua e intensa labor por parte del grupo que constituíamos Cowan, Villoldo, Velasco y yo, cuyas reuniones sabatinas, celebradas en mi domicilio y comenzadas invariablemente a las cinco de la tarde, solían prolongarse hasta después de las ocho de la noche. En ellas se leían los originales de los trabajos que cada cual escribía durante la semana; se analizaban y discutían los temas; había un intercambio de noticias e informes respecto de los atentados cometidos o proyectados contra la estética de nuestra urbe, cuyo estado de abandono y suciedad, por desidia de autoridades y habitantes, era realmente lamentable; escogíanse los clisés que habían de publicarse en la semana siguiente; se acopiaban materiales y se contestaban las cartas recibidas; y cuando la sesión había terminado, todos los originales se entregaban a Velasco, para que él, con su habitual pericia en la corrección y el pulimento de la forma gramatical, revisara los textos antes de entregarlos a la imprenta.

No creo apartarme de la verdad al decir que en esta cualidad que en Velasco descubrimos sus compañeros de entonces, reconociéndola y acatándola durante los siete años consecutivos que duró aquella ímproba labor—representada por 241 planas enteras de *La Discusión* a siete columnas—, tuvo uno de sus dos motivos la designación que hicimos de Velasco para que figurara al frente de CUBA CONTEMPORÁNEA cuando fué fundada esta revista. El segundo de los motivos a que acabo de referirme, fué la reparación que públicamente quisimos darle por una injusticia de que había sido objeto y en cuya narración he de ocuparme con algún dete-

nimiento, porque ella tiene íntima relación con un hecho saliente de la vida de Velasco, demostrativo de su rectitud de propósito, llevada conscientemente hasta el sacrificio personal, con abnegación y desinterés absolutos.

Carlos de Velasco, en quien la muerte de Estrada Palma no había hecho entibiar su cariño y veneración hacia él—fidelidad póstuma tan poco frecuente en esta época de claudicaciones y apostasías—, creyó oportuno publicar en la fecha correspondiente al segundo aniversario de su fallecimiento una serie de fragmentos de cartas inéditas, y por lo tanto desconocidas, que había escrito desde su retiro de *La Punta* el ex Jefe del Estado cubano a un amigo particular suyo residente en esta ciudad; y alentado por el propósito de vindicar la memoria del prócer en desgracia, dando a conocer de paso sus íntimos pesares y amarguras, escribió para *La Discusión,* con el título de *Honrando al caído* y el subtítulo de *Palabras de Estrada Palma,* una introducción y un final que sirvieron de comentario a los fragmentos de las mencionadas cartas, y ordenó la publicación de este trabajo para la fecha aniversario del 4 de noviembre. Y surgió entonces el conflicto a que antes hice referencia, por la circunstancia de coincidir esa publicación con la del Decreto Presidencial en que se designaba a las personas que habían de constituir la Academia Nacional de Artes y Letras, creada por Decreto de 31 de octubre anterior. Entre los individuos a quienes se honraba con la investidura académica nos contábamos los cuatro redactores de la sección *Ornato Público,* habiendo tenido conocimiento de este hecho por un compañero de redacción que nos trasmitió la noticia algunos días antes a la promulgación del citado Decreto. Mas alguien que leyó los originales del trabajo *Honrando al caído* y el texto de las misivas cuya publicación estaba dispuesta para la fecha luctuosa del 4 de noviembre, advirtió a Velasco que la publicación de esos documentos y de los párrafos que les servían de introducción y comentario, tendría como consecuencia forzosa, inevitable, su exclusión de la Academia, porque era lógico y humano esperar de los gobernantes en cuyas manos se hallaban los destinos de la República, que no se sintiesen dispuestos a conferir honor señalado y distinción altísima a quien de manera tan ostensible reafirmaba su condición de adversario de la situación imperante. Velasco, sin vacilar si-

quiera ante la perspectiva del hecho que se le anunciaba, firme en el propósito de hacer público lo que a su juicio serviría para honrar al caído y orientar en su favor la opinión pública, que hasta entonces se le mostraba adversa; con resignación anticipada ante la consumación de la represalia predicha, contestó serenamente a su interlocutor que nunca sería él capaz de cometer una acción o de renunciar a realizarla, por temor a un perjuicio personal, cualquiera que fuere su naturaleza y magnitud, y que no aceptaría la investidura académica si había de obtenerla al precio de una transacción indigna con su propia conciencia, porque ella entonces iría aparejada a un deshonor y a una cobardía...

Salió el artículo en la fecha señalada por su autor; se promulgaron los dos citados Decretos, el creador de la Academia y el que daba a conocer los nombres de los elegidos, este último también fechado en 4 de noviembre, y, como se temía, el nombre de Velasco apareció tachado en la lista de los académicos nombrados, habiendo tenido ocasión de examinar quien estas páginas escribe, una de las relaciones entregadas a la prensa por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la cual podía verse claramente el nombre de Carlos de Velasco borrado, y sobre él, manuscrito, el de la persona designada para sustituirlo en la Sección de Escultura.

Esta preterición, que ante el público colocaba a Velasco en un plano de inferioridad respecto de sus tres compañeros de labores que habíamos sido nombrados para formar parte de la Academia, fué la otra causa que influyó, al fundar CUBA CONTEMPORÁNEA, para que confiáramos su dirección al compañero preterido, como un desagravio por el desaire de que se le hizo víctima, a la par que como un justo tributo a su competencia y aptitud reconocidas.

*

El ingreso de Velasco en *La Discusión* como corredactor de la plana artística semanal, lo puso en contacto frecuente y cada vez más íntimo con su antiguo amigo Manuel María Coronado, quien, avalorando las condiciones personales de aquél, procuró atraérselo al periódico para que dedicara a éste todo su tiempo y energía, logrando al fin su objetivo, no sin cierta resistencia por parte de

nuestro compañero fallecido, que sentía el alejarse de Belt; pero entusiasmado en cambio ante la idea de poder consagrarse por entero al periodismo y a la literatura, para lo cual dispondría de mayor tiempo, se decidió a aceptar las proposiciones que le hacía el Director del "diario cubano para el pueblo cubano", y en el año de 1911 dejó de trabajar Velasco en el bufete de Belt para ocupar el cargo de Secretario de Redacción de *La Discusión,* desempeñado por él con gran competencia hasta el mes de mayo de 1913, en que lo renunció, por imposibilidad material de continuar desempeñándolo, al ser nombrado, sin requerimiento suyo ni gestión alguna de su parte, Secretario Particular del entonces Secretario de Gobernación Ldo. Aurelio Hevia y Alcalde, que fué designado para ocupar dicho elevado cargo al ocurrir el cambio de situación política determinado por el triunfo de la llamada "Conjunción Patriótica" en la contienda electoral de 1912.

Si los cuatro años que estuvo Velasco al lado del Presidente Estrada Palma sirviéronle de escuela práctica de la vida, conociéndola al través de las humanas imperfecciones, los cuatro años que permaneció en el puesto de confianza para el cual se le había nombrado y que comprenden el primer período de gobierno del general Mario G. Menocal, fueron suficientes para completar aquel conocimiento de los hombres que ya se había iniciado en él durante los años de su juventud. Y Velasco, que a pesar de su carácter luchador jamás tuvo afición a la política, tal como ésta se entiende y se practica en nuestro país, se vió sin embargo indirectamente arrastrado por ella y envuelto en un turbión de intereses personales en pugna, habiendo tenido la desgracia de actuar en la vida pública durante la época de mayor agitación y apasionamiento que se recuerda en nuestra corta historia republicana. En este período, él, que amaba a Cuba con sinceridad y que sentía como propios los grandes infortunios nacionales, sufrió intensamente al contemplar aquel torbellino de pasiones exaltadas, que también lo alcanzó a él, creando alrededor de su nombre una falsa aureola de fantásticas intransigencias...

*

Pero dejando a un lado su condición de funcionario, para estudiar otros más amables aspectos de la vida de Carlos de Ve-

lasco; colocados en presencia de su obra como escritor y publicista, proteiforme a pesar de la unidad que le imprimió su afición al estudio de los asuntos históricos y de los problemas sociales con preferencia al cultivo de todos los demás géneros literarios, hay que reconocer como tendencia predominante de casi todas sus obras publicadas una firme orientación nacionalista. Esta misma tendencia, inspirada en el bien de Cuba, fué la que lo llevó, acaso, a incurrir en ciertos errores, de importancia secundaria y muy relativa para que pudieran afear una labor de conjunto, digna por muchos conceptos de encomio.

Con su primer libro, folleto de pocas páginas que intituló también, como su comentado artículo, *Honrando al caído: Palabras de Estrada Palma* (1910), patentizó la nobleza de su corazón agradecido, al propio tiempo que demostró poseer una de las muchas cualidades que lo caracterizaron siempre: civismo; con la publicación de su siguiente obra *La Academia de la Historia de Cuba: Los Académicos de Número* (1910), se reveló compilador e investigador acucioso, al anotar cuidadosamente todos los trabajos que constituían la producción bibliográfica de las treinta personas designadas para integrar la entonces recientemente creada Academia de la Historia; con su tercer libro, *Estrada Palma: Contribución Histórica* (1911), reafirmó el carácter vindicatorio que tenía su actuación de aquella época en defensa del prócer bayamés, cuyo nombre comenzaba a ser nuevamente esclarecido ante la opinión pública como consecuencia de la tesonera labor de Velasco, quien demostró con dicha obra ser escritor bien documentado, ya que ninguna cita quedó allí estampada sin su correspondiente comprobación y nada afirmó sin presentar el documento fehaciente de su dicho; con las *Cartas Amatorias de la Avellaneda* (1914), reimpresas por él con una introducción, dió a conocer en Cuba interesantes documentos relacionados con un aspecto de la vida de nuestra gran poetisa; con su libro *Aspectos Nacionales* (1915), en el que compiló los mejores artículos que había publicado en CUBA CONTEMPORÁNEA, *El Fígaro, Gráfico, La Discusión* y *La Prensa* sobre nuestros más importantes problemas, dió una nota de intenso cubanismo que la opinión pública recibió con sincero aplauso; en el ensayo biográfico-crítico que escribió sobre *José Sixto de Sola* (1916), del que se han hecho cuatro edi-

ciones, dió pruebas del concepto que tenía de la amistad y de los deberes del compañerismo; con un volumen que tituló *Desde el Castillo de Figueras: Cartas de Estrada Palma (1877-1878),* publicado en 1918, añadió nueva contribución al estudio de la personalidad del que fué Presidente de la República de Cuba en armas, después de caer prisionero el 19 de octubre de 1876; con la traducción que hizo en 1919 de *La "resolución" de Su Santidad el Papa Benedicto* contribuyó a divulgar el juicio contrario a la actuación del Papado durante la Gran Guerra, expuesto por un escritor francés y por él compartido; dió prueba más tarde de su tendencia feminista al publicar, en folleto que tituló *A las mujeres cubanas* (1919), su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras; exteriorizó la delectación que sentía con la lectura de las obras de Eça de Queiroz, al traducir del portugués sus *Cartas Familiares y Billetes de París* (1919); y fué su último libro un esbozo biográfico de Martí, folleto de treinta y ocho páginas, del cual se hicieron dos ediciones, una en castellano y otra en francés, destinada la primera a los niños de las escuelas cubanas y la segunda a los niños asilados en la "Casa Familiar *José Martí*", orfelinato que con dinero de Cuba se ha erigido en Chaville (Francia), para dar albergue a los huérfanos de la guerra, y al cual se dió el nombre del apóstol de las libertades cubanas.

No me es posible señalar en detalle todas las bellezas que encierra cada una de las citadas obras, ni analizarlas separadamente para fijar sus méritos y defectos; pero puede afirmarse, sin temor de ser desmentidos, que en todas ellas puso Velasco una parte de su noble espíritu, ora se inspirara en el amor a Cuba, ora en su culto a la justicia, ora en sus elevados sentimientos o en sus aficiones puramente literarias. Fué sincero, aun en el mantenimiento de sus errores y equivocados juicios, y nadie, ni aun sus más sañudos detractores, podría dejar de reconocer en su obra de escritor el sello característico de una gran nobleza.

*

Los que sólo conocieron a Velasco por sus escritos, o por lo que llevo anotado en este estudio biográfico-crítico, podrían pensar

de él, equivocándose, que sólo fué un hábil manejador de la pluma; los que de cerca lo tratamos y conocimos íntimamente, siguiéndolo en todas las orientaciones de su vida, sabemos que fué también un hombre de acción y de grandes actividades. Basta recordar su actuación como Secretario de Canje y Correspondencia del *Ateneo y Círculo de la Habana* (1911), en cuya Directiva realizó una labor infatigable, librando con otros varios compañeros perseverantes campañas por el sostenimiento y auge de aquella institución cubana; basta refrescar el recuerdo de su labor como Secretario de la Comisión Popular que, bajo la presidencia del general Emilio Núñez, se constituyó en 1913, por iniciativa de los que entonces redactábamos la sección de *Ornato Público,* para gestionar la erección de un monumento al Generalísimo Máximo Gómez en nuestra capital; basta rememorar sus trabajos como Secretario del *Comité Pro-Avellaneda,* que, presidido por la notable poetisa Aurelia Castillo de González, organizó las fiestas conmemorativas del centenario de la más insigne de todas las mujeres que han cincelado versos en idioma castellano, y se ocupó en la publicación de todos sus trabajos, compilados en seis gruesos volúmenes (1914); basta recordar, en fin, su actuación en el seno de la *Asociación Cívica Cubana,* constituída en 1917, donde se reveló Velasco, si no como orador precisamente, a lo menos como un hombre dominador de la palabra, siempre fiel a su pensamiento, lo mismo cuando aceptaba la plena responsabilidad de todos los actos de su vida, que cuando rechazaba, con igual sinceridad, cargos e inculpaciones inmerecidos. Velasco decía siempre lo que pensaba, pensando lo que decía. En su actuación—es curioso observarlo—siempre se revelaba el escritor o el periodista, pues en todas las ocasiones procuró hacer propaganda de sus ideales por medio del diario, de la revista o del libro. A esta circunstancia, más que a ninguna otra, se debe seguramente lo copioso de su producción literaria y periodística. A casi todas las principales publicaciones cubanas le prestó su colaboración, pudiendo mencionar entre ellas, además de las anteriormente citadas, los diarios *El Día, El Tiempo* y *La Noche,* y las revistas *Cuba y América, El Fígaro, Letras, Revista de la Biblioteca Nacional, Gráfico* y *Social,* donde publicó sus últimos trabajos. Fundó en unión de su amigo Luis Marino Pérez la revista bilingüe *La Opi-*

nión Cubana (1909), que se editaba en español y en inglés, y de la cual se publicaron muy pocos números; fué Corresponsal en Cuba de *Le Figaro* de París, desde el mes de mayo de 1919, y colaboró en la *Revista de América* de dicha ciudad, en la que dió a conocer una muy completa y exacta biografía de Estrada Palma.

Carlos de Velasco recibió muchas y muy grandes distinciones, sin que ninguna de ellas fuera por él solicitada: la Academia de la Historia de Cuba lo eligió miembro de ella, no habiendo llegado a tomar posesión de su cargo, por aplazamientos sucesivos de su discurso de ingreso, en el que se proponía estudiar la interesante personalidad de Pedro José Guiteras; fué Miembro Honorario de la Real Academia de Ciencias y Artes de Cádiz (España); el Ayuntamiento de su ciudad natal lo nombró en 1915 "Hijo Distinguido" de ella; el Gobierno de Venezuela le confirió, en 17 de febrero de 1916, la condecoración de la Orden del Libertador; y finalmente, la Academia Nacional de Artes y Letras, reparando la injusticia de su exclusión inicial, ya explicada, lo eligió, en 24 de junio de 1916, Miembro de Número de su Sección de Literatura.

*

Si no es cierto que CUBA CONTEMPORÁNEA fuera obra personal suya, como erróneamente se ha creído y dicho por algunos, puesto que, según ya se ha explicado en varias ocasiones, la fundación de esta revista fué la resultante de un concurso de voluntades, sí es justo reconocer que la Sociedad Editorial que lleva aquel nombre se debió exclusivamente a su iniciativa y su esfuerzo. Velasco anhelaba llegar a ser publicista, no por la satisfacción de poder dar a conocer con facilidad los trabajos de su pluma, sino para contribuir al desarrollo de la cultura cubana mediante la constante publicación de buenos libros, y a este fin consagró, desde los comienzos del año 1918, todos sus entusiasmos, que eran muchos, y sus energías, que no eran pocas.

Por eso sonrió, lleno de intenso júbilo y se sintió triunfador al quedar constituída en 4 de mayo del citado año—fecha que parecía destinada a marcar en la vida de Velasco la cristalización de sus más caros ideales y amores—la *Sociedad Editorial Cuba Contemporánea,* que lo nombró su Gerente General y Director del Departamento Editorial.

Velasco trabajó entonces afanosamente, escribió sin interrupción, multiplicó sus energías y creó tres distintas bibliotecas: una con el nombre de *Cuba Contemporánea,* de la que llegó a publicar dos volúmenes, *Pensando en Cuba* de José Sixto de Sola, y el suyo *Desde el Castillo de Figueras;* otra que tituló *La Cultura Cubana,* inaugurada con la publicación de *Granos de Oro,* obra hecha por Rafael G. Argilagos con pensamientos seleccionados en las obras de Martí, y que continuó con la edición del libro de Varona *De la Colonia a la República;* y la tercera, que llamó de *Autores Europeos,* en la que incluyó su traducción de *Cartas Familiares* y *Billetes de París.* Fuera de estas bibliotecas editó otros varios libros, entre ellos una traducción de la obra *La cuestión del Divorcio,* de Alejandro Dumas, los estudios sobre *Rodó y Rubén Darío,* de Max Henríquez Ureña, y *Florencio Vilanova y Pío Rosado,* de Emilio Bacardí Moreau, y las interesantes novelas *Los Inmorales* y *Generales y Doctores* de Carlos Loveira, valioso escritor hasta entonces desconocido como novelista, quien debe a nuestra Sciedad editora su actual merecido renombre dentro y fuera de Cuba, labrándose con su pluma la reputación de que hoy disfruta, reafirmada recientemente con la publicación de su tercer libro, *Los Ciegos;* y fué la última obra del Departamento Editorial mientras que Velasco estuvo a su frente, el primer tomo de la obra titulada *Derecho Minero Cubano,* de José Isaac Corral, cuyo segundo volumen, por una de esas extrañas casualidades, terminó de imprimirse en la misma fecha en que lejos de nosotros expiraba el fundador del fenecido Departamento Editorial.

La falta de éxito en esta iniciativa suya no fué ciertamente un fracaso: fué la resultante del medio contra el cual quiso él luchar, esperanzado en el triunfo y fundado en cálculos viciados por un exagerado optimismo. Velasco no contó con esa innata tendencia nuestra a preferir la producción extranjera, no por sus méritos, sino tan sólo por el hecho de no ser cubana, y sufrió profundo desencanto al ver que su traducción del gran ironista portugués permanecía estancada en las librerías, mientras que otra traducción, deficiente e incompleta, de la misma obra de Queiroz, llegada a La Habana por aquellos días, era solicitada y casi agotada por el público, que, ignorante o desconfiado, pre-

fería el libro llegado de fuera, no obstante sus deficiencias, a la obra de procedencia nacional escrita por un cubano con toda la escrupulosidad de un traductor fidelísimo; Velasco no había contado con la voracidad de nuestros comerciantes libreros, que exigen el 25%, el 30%, el 35% y hasta el 40% de comisión por la venta de las obras, esto es, más de la tercera parte de su costo, lo que merma considerablemente la utilidad de los autores o los compele a fijar precios elevados a sus libros, devolviendo por regla general los ejemplares sobrantes en tales condiciones de suciedad y deterioro que pueden considerarse inutilizados para cualquier otra negociación posterior; Velasco, en fin, no pudo prever que el gran desequilibrio económico producido por la guerra europea había de provocar continuos y prolongados conflictos en todas las industrias, con la exagerada subida en el costo de la materia prima y los jornales, causante a su vez de sucesivas huelgas que paralizaron el trabajo en todas las imprentas de La Habana durante ciento cincuenta y cinco días en el transcurso de un año. No es de extrañar, pues, que al regresar de Europa nuestro infortunado compañero a principios de 1920, después de seis meses de ausencia y de recorrer las principales ciudades de Francia, España, Suiza e Italia, y darse cuenta de que no era posible continuar en tan desfavorables condiciones la marcha del Departamento Editorial; amargado su espíritu ante la gravedad de la situación política y del caos económico que se produjo a fines del mismo año; previendo graves acontecimientos en lo porvenir, lesivos para la soberanía de nuestra República por la ya entonces iniciada ingerencia extranjera; contrariado y triste, sin ninguna perspectiva en el horizonte, tratara de ausentarse de Cuba por algún tiempo, volviendo a la muy bella capital francesa, donde el destino teníale reservada la muerte.

Nombrado en 30 de noviembre de 1920, Vicecónsul adscripto a la Legación de Cuba en Cristianía (Noruega), único cargo vacante por aquella época, fué destinado en comisión a París, donde sus servicios habían de ser más eficientes y útiles.

Velasco tuvo entonces que sufrir, como consecuencia forzosa de su proyectado alejamiento, uno de los más intensos pesares de su vida: separarse de Cuba Contemporánea, fruto de sus esfuerzos y pedestal de su obra literaria; y renunció verbalmente

la Dirección de la revista en sesión celebrada por la Directiva de la *Sociedad Editorial Cuba Contemporánea* el 20 de diciembre del citado año, horas después de haber dejado de existir el que fué Director-propietario de *La Discusión* y excelente amigo suyo, Manuel María Coronado, cesando ambos el mismo día en la dirección de sus respectivos periódicos: por la muerte el uno; por su voluntaria separación el otro.

*

¿Tuvo Velasco el propósito de alejarse definitivamente de Cuba? ¿Fué su intención permanecer ausente por tiempo indefinido? Aunque así lo han creído muchos, ambas suposiciones son igualmente erróneas. Puedo demostrarlo con su propio testimonio, que fué en él casi una confidencia. Una noche, ya en vísperas de su viaje, fué a mi casa con objeto de entregarme varios documentos relacionados con sus pequeñas propiedades e intereses, que yo administraba por haberme nombrado su apoderado desde que hizo el primer viaje a Europa en 1919, y como si necesitara confiar a alguien su pensamiento, sin que mediara ninguna pregunta de mi parte, se expresó así:

Es verdaderamente cosa dura—díjome—hacer lo que yo voy a realizar. Alejarse del país de uno, de sus más queridos familiares, de sus amigos; dejar la casa en que se ha vivido felizmente, vender los muebles, prescindir de los libros, de todo, en fin, lo más que se quiere y se aprecia, sólo puede hacerse como yo lo he realizado: precipitadamente, atropelladamente. Si ello se piensa durante largo tiempo y se discurre, es casi seguro que no se haría... Me voy de Cuba porque creo que debo irme; dentro de algunos meses escribiré un artículo para la revista [CUBA CONTEMPORÁNEA] explicando los motivos de mi viaje. Dentro de dos años volveré en uso de licencia para ver de nuevo a mi país, a mi madre, demás familiares y amigos; y dentro de cuatro años regresaré de una vez, para radicarme aquí definitivamente y continuar trabajando como hasta ahora, después de descansar durante algún tiempo y de recuperar las fuerzas perdidas...

He procurado reconstruir fielmente en mi memoria aquellas frases inolvidables, en las que trazó Velasco un bello programa, con la absoluta seguridad de poder cumplirlo, y estoy seguro de haber interpretado su pensamiento expresándolo casi con sus mismas palabras. Ellas fueron consecuencia de su constante op-

timismo, que le hacía confiar en la inevitable realización de lo que su voluntad disponía... Por esto no creyó nunca que la enfermedad que minaba su existencia lo quebrantaría y mucho menos que la Muerte habría de vencerlo mientras él no estuviera dispuesto a recibirla.

Este optimismo acompañó a Velasco hasta el último instante de su vida, según nos lo ha referido su médico de cabecera, el Dr. Ezequiel de la Calle, en carta que ha tenido la bondad de dirigir a los redactores de CUBA CONTEMPORÁNEA, y cuyos principales párrafos he creído conveniente transcribir aquí, por ser una fidelísima información acerca de la enfermedad y muerte de nuestro malogrado compañero. Dicen así:

A pesar de su aparente robustez, nuestro amigo estaba destinado a morir joven: hacía ya catorce años que había tenido su primera hematuria; tiempo hacía, también que había tenido su primera hemoptisis; y tuvo otra, hace dos años, en el trasatlántico que lo trajo a Europa.

Apenas hubo desembarcado, vino a consultarme, creyéndose, tal vez, tuberculoso. Pude tranquilizarlo en cuanto a esta enfermedad; pero no por eso era menos grave el caso de Velasco. Sus antecedentes patológicos, su formidable presión arterial—a pesar de que nuestro amigo contaba apenas 38 años—, su poliuria, su albúmina, etc., todo presagiaba un desenlace fatal en tiempo no remoto.

Le hablé con franquea; le expuse lo seria que era su situación y le dije, que sólo siguiendo el plan que yo le indicaba y que, por encima de todo consistía en llevar una vida muy tranquila, podría prolongar su existencia. Fué entonces que le dí un certificado para la Secretaría de Estado en que decía que su traslado a Noruega era imposible.

Dejé de ver al enfermo durante mucho tiempo; pero sabía que se cuidaba poco y que llevaba la vida de un hombre que está bueno y sano.

Velasco tenía "los defectos de sus cualidades", como dicen por acá: hombre enérgico y resoluto, esperaba vencer, por medio de su voluntad de hierro, hasta sus males físicos.

En los últimos días de diciembre, me llamaron, con urgencia, para nuestro desventurado amigo, que hallé en plena hemoptisis. Entonces decidimos que embarcase para Cuba cuanto antes; y fijamos para ello el día 20 de enero.

Pero el estado de Velasco me pareció tan grave que, no queriendo asumir la entera responsabilidad de nuestra determinación, solicité y obtuve junta con el Profesor Fernand Widal [2], miembro del Instituto.

[2] Profesor de Clínica Médica de la Facultad de Medicina de París, que da sus lecciones en el Servicio Cornill, del Hospital Cochin.

De acuerdo con mi diagnóstico de nefritis hipertensiva y con el tratamiento que yo había instituído, el Profesor Widal aprobó nuestro propósito de embarcar a Velasco.

Pocos días después fuí llamado otra vez, con justificada urgencia, encontrando a nuestro enfermo con un ataque de edema agudo pulmonar. Desde aquel momento comprendí que era demasiado tarde para que pudiésemos entretener la idea de embarcar a Velasco.

¡Cosa singular: ni en aquellos trágicos momentos admitía Velasco que estaba de suma gravedad! ¡Jamás he visto, en un enfermo grave, tanto optimismo! ¡Apenas aliviado de su disnea, se mostró casi jovial y hablaba tranquilamente del porvenir!

Sin embargo, la gravedad aumentaba: esputos sanguinolentos, epistaxis, el corazón no recobraba su tonicidad...

Y en medio de tan crítica situación, nuestro compatriota continuaba entero, hablando de su regreso a Cuba, de su madre, que nombraba con frecuencia, y de un sobrinito que llegaba de Rusia y que debía ser su compañero de viaje.

Velasco estaba casi ciego, y esto era lo que más lo impresionaba.

A fines de Enero, los riñones principiaron a funcionar mal; los diuréticos no producían efecto.

Acudí otra vez al Profesor Widal, que tomó un vivo interés en el caso y que desde aquel momento me prestó su concurso, con una generosidad tal, que no encuentro palabras con que encomiarla. La carta que les remito adjunta les dará una idea del interés que se tomó por Velasco. En ella contesta a la carta que le escribí, anunciándole la muerte de nuestro pobre amigo.

Principió la uremia. Una mañana, al entrar en su cuarto, vi a su joven y noble compañera a los pies de él teniéndole las manos entre las suyas y, al acercarme más, me apercibí de que Velasco estaba recitando una Oda a la Muerte.

Se mantuvo entero hasta el último momento, demostrando que, ni aun entonces, le abandonaba su voluntad.

Murió en mis brazos. Su agonía fué corta. Quiso la casualidad que estuviésemos solos allí, su admirable compañera, tipo de la abnegada y amantísima mujer cubana, el enfermero y yo.

Era la una de la madrugada cuando falleció Carlos de Velasco.

¡Pobre compañero nuestro! Dijiste que volverías a Cuba dentro de dos años y, efectivamente, dentro de ese plazo que antes de ayer se ha cumplido, has emprendido el viaje de regreso a la patria; pero no eres ya el joven animoso y fuerte que pensaba volver a abrazarnos; son tus despojos mortales los que ahora se hallan en camino hacia Cuba y hemos de recibir dentro de muy pocos días. Y no será el reposo tranquilo y pasajero el que

habrás de disfrutar ahora, sino el descanso eterno en la tierra a la que tanto quisiste...

¡Oh coincidencias y tristes ironías! ¿Quién hubiera podido decirte el 28 de febrero de 1916, cuando terminaste la lectura del elogio fúnebre de José Sixto de Sola, nuestro primer compañero desaparecido, que siete años después, en la propia fecha, alguien haría tu panegírico, cumpliendo contigo en nombre de CUBA CONTEMPORÁNEA el mismo tristísimo deber que tú cumpliste respecto de Sola! Pero no importa: duerme tranquilo. Tu obra y tu ejemplo serán perdurables; los que fuimos tus amigos de ideales seguiremos laborando, con el estímulo de tu recuerdo, por los más altos intereses de Cuba; y tus enemigos, los que fueron tus adversarios y censores, no tardarán en hacerte justicia, reconociendo con nosotros, en un acto que no será de contrición, sino de sinceridad y de nobleza, que el día primero de febrero de este año perdió nuestra patria uno de sus mejores hijos y se vió privada nuestra República de uno de sus más útiles ciudadanos.

MARIO GUIRAL MORENO.

28 febrero 1923.



OFRENDA PÓSTUMA
A LA MEMORIA DE CARLOS DE VELASCO

> —¿Qué crimen ha cometido ese pobre hombre, para que lo muerdan tan ferozmente?
> —Sobresale.
>
> ENRIQUE JOSÉ VARONA.

AREA, más que difícil, imposible, es tratar de condensar en los estrechos límites de unas pocas cuartillas una amistad de más de veinte años, siempre mantenida y en ninguna ocasión enturbiada por rencillas ni resquemores.

Esta amistad entre Velasco y yo nació con el siglo, es decir, en 1901.

En la bohemia de la vida estudiantil, en una humilde y modesta habitación de alquiler de la casa situada en la calle de O'Reilly número 30, cuarto que ocupaba un camarada llamado Antonio Gómez (próximo allegado del Generalísimo Máximo Gómez), solíamos reunirnos, formando un bullicioso grupo, varios estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, con el fin de fundar una revista que se llamó *El Estudiante* y tuvo vida efímera y precaria.

Poco después, un incidente ocurrido entre un profesor de ese plantel y Carlos de Velasco, hecho que puso a éste en relación con Manuel Sanguily, quien en aquella época ocupaba el cargo de Director del Instituto, incidente que ambos comentaron regocijadamente años más tarde, alejaron a mi amigo del Instituto.

Por aquel entonces, Velasco habitaba en la casa marcada con el número 18 de la calle de Aguiar, muy próxima a mi domicilio de

la calle de Peña Pobre 14, circunstancia que contribuyó a que nos viéramos y nos saludáramos con frecuencia, pero sin mantener en esa fecha más que una cortés amistad.

Años más tarde, en 1907, la casualidad nos unió definitivamente. Después de los sucesos políticos de 1906, se fundó en esta ciudad de La Habana el llamado Partido Conservador, presidido en aquella época por lo más granado de la *élite* intelectual de Cuba; y ambos nos encontramos de nuevo en el Comité de ese Partido en el Barrio de San Juan de Dios, formando parte de una comisión que se nombró para redactar el Reglamento.

La actuación política de ese organismo primario—tal como se entendía entonces y se sigue poniendo en práctica en la actualidad—, tuvo para nosotros tan pocos atractivos, que algunos meses después abandonábamos, con carácter definitivo, toda actividad en ese sentido. Pero nuestra hermandad espiritual había quedado constituída. Y de ese afortunado encuentro en el seno de un organismo poco concordante con nuestra manera de apreciar e interpretar la política, surgió el inicio de nuestra prédica de ideales, de nuestra inextinta fragua de nobles y levantados proyectos.

Sería labor ímproba narrar nuestra actuación durante todo el lapso que media entre 1907 y 1920, año éste en que se alejó Velasco definitivamente para Europa. La sección de *Ornato Público,* mantenida en los periódicos *La Prensa* y *La Discusión;* la labor común en el *Ateneo y Círculo de La Habana;* la fundación de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA y de la Sociedad Editorial del propio nombre, y otras muchas actividades, desarrolladas en nuestras reuniones sabatinas y dominicales; en nuestras luchas contra hombres, instituciones y procedimientos políticos, requerirían, para ser relatados en todos sus detalles, extensas páginas, que no tienen cabida en el estrecho círculo de estos recuerdos.

Juzgar el carácter de un hombre es labor difícil, aun para aquellos que lo trataron y conocieron íntimamente.

Velasco fué un espíritu absorbente, dominador; tuvo, desde sus más tiernos años, una voluntad firme e inquebrantable que, tal vez, le flaqueó, por múltiples y complejas circunstancias, en los dos últimos años de su vida, y esto, sólo en ciertos aspectos. Quiso abrirse paso, y lo logró en plazo relativamente breve; éxito que, más que su supuesta actuación política (Velasco no fué político,

aunque otra cosa se pretenda), según parece no le han perdonado sus numerosos adversarios y algunos, aunque pocos, enconados enemigos.

Y entre sus virtudes, más que la voluntad, se destaca su lealtad a toda prueba: nunca combatió más que de frente, cara a cara, y con la visera levantada.

Consagró gran parte de su vida de escritor a vindicar la memoria de un gobernante, de un ciudadano ejemplar y puro, quien, si bien cometió errores políticos, fué siempre un hombre probo, lleno de virtudes: Tomás Estrada Palma.

Muchos creen que la pluma de Velasco, al combatir duramente a ciertos hombres, se movió por intereses de partido. Yo, que le conocía íntimamente, puedo asegurar que obedeció, más que a pequeños y mezquinos estímulos, al recuerdo del anciano inicua e injustamente maltratado en los aciagos días de su caída.

Velasco, pequeño de estatura, más bien débil, sin destreza ninguna en el manejo de las armas y sin estar amparado por inmunidades y sombras protectoras de ninguna clase, demostró, en muchas ocasiones de su vida, que poseía un valor sereno, frío y reflexivo.

Expuso siempre en sus escritos—y éste fué un don de su privilegiada pluma—cuanto quiso, y solamente lo que quiso decir. Jamás, ante el temor de una agresión o de una cesantía, dejó de exteriorizar lo que su conciencia le dictaba. Cometió ciertos errores de apreciación al juzgar hombres y acontecimientos políticos; pero lo hizo animado de la mejor buena fe y creyendo que la causa que defendía era la mejor—o menos mala—de las soluciones posibles.

Pocas veces se habrán encontrado en el rodar de la vida, dos temperamentos, dos caracteres más disímiles que el de Velasco y el mío. Sin embargo, en nuestra hermandad espiritual, a pesar del violento choque de ideas, tuvimos muchos puntos de contacto, debido a la absoluta franqueza que reinó siempre entre nosotros, pese a su carácter poco dado a la expansión. En ciertos aspectos nacionales de orden social, político y religioso, marchamos de perfecto acuerdo; en otros, sobre los mismos temas, discrepamos profundamente. Para nosotros la amistad no fué un intercambio de servicios, de recomendaciones mutuas, de ayudas recíprocas, sino

una sólida hermandad cimentada en el cariño y en el respeto que nos profesábamos.

Velasco se ausentó de Cuba, no como un prófugo, sino como un sér adolorido, profundamente desencantado; su voluntad, hasta entonces indomable, comenzó a flaquear en cuanto al problema de Cuba se refiere. Vió que la tarea reformadora que se extendía ante su vista era enorme, casi irrealizable; y la paciencia, que en ocasiones le faltaba, debido a su condición de hombre de acción, dejó de acompañarle. Más de una vez hubo de decirme: "Aquí van a ocurrir hechos muy lamentables, cosas muy penosas para el sentimiento y la dignidad de los cubanos..."

En 1919, se alejó de Cuba por primera vez; conoció, durante un bien aprovechado viaje de seis meses, muchas importantes ciudades de Europa, sociedades organizadas en forma distinta a la nuestra, amplios horizontes artísticos y literarios...

París, la ciudad atractiva y llena de encanto, la urbe que ya en 1845 hizo escribir a un cubano ilustre, Calixto Bernal, lo siguiente:

¡París!... ¿Qué es París?... ¿Quién podría explicar las sensaciones que produce? ¿Quién ha sabido conocerla? ¿Quién ha podido explotarla? ¿Quién alcanzará a definirla?... París es la capital del mundo civilizado: es la corte del buen gusto, la escuela de la cortesía; es el teatro de las reputaciones; es el templo de todos los placeres; el blanco de todos los deseos; el sueño dorado de la juventud; la realidad de todas las ilusiones; en fin, la palabra mágica que todo lo comprende, y todo lo significa.

Y este París, embellecido y remozado por una serie inacabable de reformas urbanas, por el delicioso espíritu del siglo XX, enamoró a Velasco, alma noble y sensitiva, espíritu artístico y selecto, bajo un ropaje al parecer áspero y rudo...

Cual nuevo teniente Saint-Avit, el interesante personaje que Piérre Benoit, nos presenta en su comentada novela *Atlántida,* conoció a Antinea y no cesó de pensar en la misteriosa y atrayente beldad.

—"Tu volverás, tu volverás,... pero te engañas si crees que volverás a ver tu mundo con los mismos ojos que cuando lo abandonaste..."

Y en Velasco se cumplió la fatal predicción del Targui; regresó a París, vió de nuevo a la fascinante Antinea, y dos años más tarde, en la helada madrugada del 1º de febrero, murió lleno de entereza.

¡Pobre amigo! sobre tu memoria, lo mismo que hice cuando ocurrió la muerte del inolvidable José Sixto de Sola, he derramado ardientes lágrimas. Ahora sólo me resta decirte:

¡Hermano, la paz sea contigo!

JULIO VILLOLDO.

*

Ante el recuerdo del amigo muerto, la pluma indócil no acierta a traducir las ideas que se agolpan, evocadas al conjuro del dolor, en la mente atribulada. Entrechócanse las evocaciones del pasado, reviven las horas muertas, y, en la conciencia, la imagen del desaparecido resurge, llena de vida, animada por su expresión peculiar, tal como ayer, cuando en tierra distante, le dijimos adiós, sin pensar en que nunca más habíamos de volver a estrechar su mano fraternal...

Estas líneas no son, no pueden ser más que un tributo de justicia y de afecto. La hora es de recogimiento para todos los que, junto con él, fundamos esta revista que en gran parte es obra de su iniciativa, de su esfuerzo, de su devoción al ideal cubano. Se abre un claro en nuestras filas y es preciso llenarlo con la duplicación del esfuerzo de cada uno, haciendo más intensa la cohesión espiritual que aquí nos congrega.

Múltiples fueron las actividades de Carlos de Velasco. Fué un hombre que nunca concibió la inacción y que supo poner sus iniciativas fecundas al servicio de nobles ideales de cultura y de patriotismo. Era sincero y firme en sus ideas. Su libro *Aspectos Nacionales* es una cátedra de civismo. Es un libro honrada y dignamente sentido. Sus empeños en la fundación de CUBA CONTEMPORÁNEA y en la posterior organización de la Sociedad Editorial que lleva idéntico nombre no deben pasar inadvertidos, pues son el fruto, nada frecuente en nuestro medio, de una labor titánica en favor del crédito intelectual de Cuba.

Fué, pues, un hombre útil, pero al mismo tiempo Carlos de

Velasco fué un hombre bueno, esencialmente bueno. Alma sencilla bajo coraza de acero, tuvo siempre por norma la virtud. Los que lo conocimos de cerca pudimos apreciar sus dotes de carácter y el temple de su espíritu, donde siempre albergaron puros y generosos ideales.

La juventud cubana ha perdido, con la muerte de Carlos de Velasco, uno de sus representantes más valiosos y útiles. Su ejemplo no debe olvidarse. A los que quedamos nos toca perseverar en su obra.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

*

Sensación extraordinaria de angustia y de dolor hemos experimentado. Las noticias, tardías y lentas, contradictorias a ratos, convenían en que su fin se acercaba; que aquella vida, a juzgar por la envoltura exterior, joven y vigorosa, estaba a punto de troncharse; que un mal, cuyas raíces no podíamos adivinar, la había minado de tal modo que a toda esperanza había sustituído el más absoluto y aterrador pesimismo.

Carlos de Velasco, el fraternal compañero a quien vimos partir gozoso, dos años atrás, rumbo a París, rendía su última jornada. Y no lo creíamos.

Lo veíamos ante nosotros sano de cuerpo y de espíritu. Tal como lo vimos días antes de tomar el transatlántico que había de llevarlo al país del ensueño; ¡que país de ensueño era para él Francia y en Francia París, después de haberlo conocido durante una breve temporada que precedió a su viaje definitivo; tan definitivo, que de aquel Carlos de Velasco animoso siempre, pleno de aspiraciones y de esperanzas, de vida y de ilusiones, sólo nos volverán pobres despojos, que, si algo representan todavía en un orden netamente material, es para proclamar que no queda nada de él: ni de su cuerpo—que parecía recio y fuerte—, ni de su espíritu exquisito sublimado con todas las facultades que elevan y dignifican al sér humano!

Sustitúyalo el recuerdo, siempre grato, que afectos pretéritos han de mantener en quienes convivimos por largo tiempo manteniendo iguales ideales, persiguiendo idénticas aspiraciones, lu-

chando por los mismos propósitos; o, venga el olvido ingrato—que es, a la par, enfermedad y medicina de nuestro espíritu—a borrar sus huellas, sólo quedará para todos, como realidad indiscutible, su desaparición; y, con ella, la pérdida de un verdadero valor social y moral, de que tan necesitados nos hallamos en la hora presente.

No importa que su carácter le hubiera mantenido alejado del centro en donde la turbamulta se agita tras los honores y los regalos, porque sus virtudes, entre las que figuraron como principales su patriotismo inmaculado y su acendrado amor a Cuba, le señalaron un puesto entre los mejores.

Era un carácter.

Denunciábalo a simple vista su aspecto. La reciedumbre de su cuerpo, pequeño y abierto; su cara, angulosa, en la que unos ojos pequeños y vivos parecían mirar siempre a través de sus arcos superciliares, que trataban de unirse mediante una contracción permanente, que mantenía permanentemente arrugado su entrecejo; sus labios finos, ligeramente contraídos, que se dilataban a intervalos, para dar salida a una sonrisa que era mezcla de ironía y de malicia a veces, y, siempre de desprecio cuando trataba de hombres y de hechos que afectaran u ofendieran sus sentimientos patrióticos. Y decía en voz alta lo que sentía y lo que pensaba de estos hombres y de estos hechos. Tal vez, por eso, no vino el triunfo a coronar sus esfuerzos ni a mitigar sus desazones.

Tipo relevante de la nueva generación que ya está en la liza—dijo de él nuestro ilustre Varona, en un artículo intitulado *Toque de llamada,* que escribió con motivo de la publicación de su libro *Aspectos Nacionales*—sabe todo lo que debe al pasado, y sin olvidarlo y porque no lo olvida, estudia con ahinco nuestros problemas de la hora actual, señala sin vacilar los peligros que envuelven y propone sus remedios... Puede asegurarse que no hay en Cuba al presente una sola cuestión de interés público que no sea tratada en este libro con plena franqueza y sano patriotismo.

Basta leer sus trabajos, numerosos, para comprobar que este patriotismo sano siéntese vibrar en todos ellos.

Patriotismo y civismo fueron las dos notas más salientes que dieron tono a su carácter, en el cual percibíase cierta aparente

rudeza, que le restaba las simpatías de quienes le juzgaran sin tratarle. Era, sin embargo, sencillo y dulce. Nos tratamos con gran intimidad desde el año de 1908, en que fuimos con Julio Villoldo y Miguel Carreras, a sostener en el *Ateneo y Círculo de La Habana,* de cuya directiva formamos parte durante algunos años, ideas renovadoras de métodos y de procedimientos en uso hasta entonces. Y en esa obra compartimos ratos de placer y de amargura: obtuvimos algunos triunfos, pero nos alcanzaron desazones y disgustos. Saboreando los primeros o apreciando el amargor de los últimos, fué siempre ecuánime. No recuerdo haberle visto excitado en ninguna ocasión. Razonaba en las discusiones con entereza, con brío, si era preciso, pero no había en sus palabras un solo desplante; no daba un solo grito: trataba de convencer y... después, una sonrisa dulce, capaz de borrar cualquier resquemor de haberlo producido, cerraba agradablemente el tema tratado o la cuestión discutida.

Es duro, por tanto, aceptar, que a los treinta y ocho años, en pleno vigor físico y mental, cuando todos esperábamos de él sus mejores frutos al volver del viaje, "quizá más útil", según su frase en carta que escribió para despedirse de nosotros, sus compañeros de Cuba Contemporánea, que fué publicada en el número de enero de 1921, con el título de *Hasta la vuelta*—, desaparezca en la nada. Que no hemos podido explicarnos todavía porqué la vida de los hombres útiles no se prolonga en beneficio de todos, para demostrarnos la existencia de una mano, de un pensamiento o de un corazón sobrenaturales, que guía y maneja a su antojo este rebaño.

A los veintiocho años de edad y, por rara coincidencia también en el mes de febrero, cayó José Sixto de Sola, aquel joven todo corazón y todo cerebro, que abrió el primer hueco en las filas del ejército, pequeño por el número pero grande por sus alientos, por su perseverancia, por su fe, por su amor a Cuba y por sus ideales, que dió vida primero y mantuvo después con pasión de enamorado esta Revista, que ha sido en Cuba y fuera de Cuba un paladín que ha mantenido con dignidad y con honor la bandera de un sano, de un generoso, de un bien entendido nacionalismo, proclamando a la vez, para honra de todos, nuestra cultura, nues-

tro civismo, y, sobre todo, lo que hemos tratado de mantener por encima de todo: nuestro amor a Cuba.

Siete años después, con una pequeña diferencia de días, ábrese un nuevo hueco en las apretadas filas y tócale el turno al pobre compañero que, si conservó su conciencia hasta el último momento, habrá muerto con un doble dolor: el primero y principal, el de Cuba, maltratada inicuamente por sus hijos concupiscentes e inmorales y por ellos llevada al descrédito de que tratamos de sacarla actualmente más por el auxilio extraño que por el propio esfuerzo; después, el suyo propio: porque luchó, se preparó, reuniendo en el arsenal de su cerebro y de su espíritu, las armas culturales de que se creyó necesitado para luchar por Cuba y cuando, apercibido para la lucha, se disponía a entrar en ella, se desplomó en lo insondable.

Terminemos estas líneas, expresión de nuestro afecto y de nuestro entusiasmo por él, con sus propias palabras escritas con motivo de la muerte de José Sixto de Sola:

> Y nosotros, los que alentamos y pregonamos con la palabra y el ejemplo ese ideal nacionalista odiado por quienes quisieran vernos tropezar siempre y vernos morir como ha muerto él, nosotros hemos perdido a un compañero excelente, y vemos, sentimos, palpamos el enorme claro que ha dejado en las filas quien marchaba en ellas alegre, cariñoso y feliz en nuestra compañía. Pero no importa, hermano. Si tú caíste, nosotros no te olvidaremos; tu recuerdo nos unirá más y hará que las filas se estrechen y los corazones se sientan latir más al unísono. El tuyo no late ya; pero tu espíritu, tu grande y noble espíritu, flota en nuestro ambiente y nos conforta, nos alienta y nos infunde nuevos bríos.

R. Sarabasa.

*

Mi hermano en ideales, el Director de Cuba Contemporánea, me pide que escriba yo también, como redactor, un par de cuartillas a manera de ofrenda para entre todos nosotros tejer una guirnalda y depositarla en la tumba de nuestro otro hermano, Carlos de Velasco, cuyos mortales despojos están ya en camino de nuestro suelo.

Y en medio de la vorágine de los prosaicos negocios de mi

profesión en que desde hace tanto tiempo me veo sumido, tengo que encontrar y encuentro una media hora para dictar estos improvisados renglones que sirvan de tributo modestísimo al fin deseado.

Carlos de Velasco también nos abandona. Bien ajeno estaba a la respuesta que el destino tenía preparada a la interrogación con que cerró su hermosa y sentida oración en la velada fúnebre del primero de los nuestros, caído siete años ha, cuando dijo:

> Jesús Castellanos y José Enrique Montoro, caídos ayer; José Sixto de Sola hoy. ¿Quién caerá mañana?

¿Qué decir sobre la tumba de un tal amigo? Lo más adecuado sería callar. Hay vibraciones del alma que no son susceptibles de ser traducidas en palabras audibles: hay sentimientos tan hondos y tan altos que no encuentran vehículo apropiado de trasmisión en el lenguaje articulado. Y así como hay vibraciones de la materia tan rápidas que producen la luz que impresiona la retina, y también otras mucho más rápidas que pasan completamente inadvertidas por la vista humana, así también hay vibraciones del espíritu tan hondas que nos hacen hablar y cantar y gemir, y otras que son demasiado profundas para producir síntoma audible; y lo único que cuadra a éstas es el silencio, el más solemne, respetuoso y absoluto de todos los síntomas del dolor.

El rasgo característico que más se destaca en la vida del que fué nuestro amigo es precisamente su carácter. Luchando con la pobreza en su niñez y primera juventud, esforzándose después por ganar un puesto en la esfera política y en la literaria, batallando más tarde por sus ideales político-sociales, teniendo siempre por faro y guía la salud de la patria, siempre fué el hombre sin tacha, de integérrima conducta, que supo escoger, cada vez que el camino de su vida se bifurcaba, la senda más ruda y recia del deber y de los principios, en vez de la blanda y suave de su conveniencia e interés, por la cual, sin embargo, sus altas dotes de intelecto y cultura le hubieran hecho fácilmente discurrir.

¡Bien corta es la vida humana! Es corta cuando dura su curso natural: que cuando sólo dura la de los que mueren en plena juventud, es momentánea. Pero los señalados por el destino para dejar su huella, la dejan, por efímera que sea la oportunidad

de que gozan para hacerlo. Y nuestro Carlos de Velasco es de los que han dejado huella indeleble. Sus ideales, su fortaleza moral, su ejemplo, sus escritos, su obra toda quedará en nuestro seno para ser fuente de inspiración a todos nosotros y norma de conducta a los que vengan después.

De su obra, la parte que más se destaca en el conjunto es su labor como Director de esta Revista desde su fundación hasta que, en busca de medio más propicio para desarrollar sus facultades, siempre en defensa de lo nuestro, partió para tierras extrañas, sin pensar en el perjuicio que en su ya quebrantada salud podrían producir, como desgraciadamente produjeron, los climas mortíferos de esas regiones frías de la tierra. Como tal Director fué, sin duda de especie alguna, quien más contribuyó a imprimir a nuestra muy querida Revista el carácter de seriedad, de altura, de patriotismo, de tolerancia, de cultura y de cubanismo *à outrance* de que goza—sin vanidad, pero con orgullo lo hacemos constar—, formando clase por si sola, en nuestro medio literario actual.

CUBA CONTEMPORÁNEA es el principal monumento de nuestro querido amigo fallecido: y en ofrenda a su memoria, los del grupo que aun quedamos, con nuestras manos enlazadas encima de sus pobres restos, le juramos eterna fidelidad a nuestros comunes ideales y recuerdo imperecedero en nuestros corazones de hermanos.

LEOPOLDO F. DE SOLA.

*

Mi amistad con Carlos de Velasco comenzó en enero de 1914, pues aunque desde muchos años atrás lo conocía de vista, hasta la fecha indicada no sobrevino la oportunidad que habría de proporcionarme el placer de conocerle y tratarle personalmente; trato que sólo interrumpió su ausencia de Cuba. Y la ocasión se presentó de esta manera: Preparaban los jesuítas, en La Habana, las fiestas del primer centenario del restablecimiento de la orden fundada por Loyola, cuando se me ocurrió la idea de que la sociedad cubana, la de esta capital principalmente, conociera, o recordara por lo menos, uno de los tantos incidentes a que habían

dado motivo, en Cuba, los hijos de don Iñigo López de Recalde, llamado también el "héroe de Pamplona".

Entre los papeles que dejaron mis antepasados, hay uno, que conservo cuidadosamente, en espera, todavía, de una oportunidad para reproducirlo, respecto del cual creí que había llegado ya el momento de sacarlo de nuevo a la luz, por estar próximo a celebrarse el centenario de la Compañía de Jesús y existir una revista, CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyo director no profesaba ninguna religión, y se lo envié a éste, por conducto de mi amigo Julio Villoldo, redactor fundador, junto con Velasco y otros, de la citada publicación. Esperé, lleno de impaciencia, el resultado, y a los cuatro o cinco días, por el mismo conducto, me fué devuelto el papel, manifestándoseme que no era posible insertarlo, porque la revista no daba cabida sino a trabajos inéditos; pero que el Director, a quien había gustado mucho aquél, vería con agrado que, en cambio, le escribiese un artículo sobre el propio asunto, o comentando lo dicho en el referido papel. Comprendí, desde luego, que no eran las ideas vertidas en el documento, las que se rechazaban, y me decidí a hacer un trabajo donde mencionaba el luminoso y bien documentado informe pronunciado por Antonio Govín y Torres, ante la Audiencia de esta capital, en defensa del periódico *El Fénix*, de Cienfuegos, denunciado por los jesuítas, mejor dicho, por el Fiscal, por ciertas frases y apreciaciones que se consideraban injuriosas para la orden de Loyola; el cual informe, con la sentencia absolutoria recaída en el proceso, fué lo que remití a la revista para su reproducción.

El 6 de febrero de 1914 ya estaba terminado mi artículo, que intitulé *La Compañía de Jesús,* y se lo envié a Velasco. Mi sorpresa fué grande al verlo publicado en el número de marzo, y, sin pérdida de tiempo, fuí a dar las gracias al Director, a quien, desde entonces, consideré mi amigo. Como su anticlericalismo era tan intenso como su nacionalismo, fraternizamos intelectualmente primero, por el afecto después.

Otros trabajos míos de igual índole dí a la revista, los que fueron bien acogidos por Velasco, y publicados en las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA, seguramente que con gran complacencia de parte de aquél, dado que estaban de acuerdo con su manera de pensar y contribuían a la campaña nacionalista y anticlerical que

con tanto entusiasmo, civismo y buena fe él había reanudado entre nosotros.

Velasco combatió con tesón por que la República se mantuviese siempre separada de la Iglesia, ajena a todo dogma o creencia religiosos; por que se cumpliera en esta parte el programa de la Revolución; de ahí que escribiera, con el título *El espíritu cubano,* un valiente artículo criticando la actitud tomada por varios veteranos de la Guerra de Independencia, que pedían a Roma declarase patrona de Cuba a la denominada Virgen de la Caridad del Cobre, y al Congreso cubano que consagrase a la nación como devota de dicha imagen. Protestó también de la campaña que, a favor del restablecimiento de la enseñanza religiosa en la escuela pública, hacía una parte de la prensa capitalina, empeñada en conservar en Cuba la tradición colonial; abogó por la reglamentación de la enseñanza privada, a fin de nacionalizarla, poniendo coto a la obra realizada en sentido contrario por importantes centros de educación; rompió lanzas por la implantación del divorcio, y habló en fin, del problema religioso, tal cual existe entre nosotros y que la indiferencia de los más, o conveniencia de algunos, no quiere ver, para llamar la atención del terreno que cada día gana la Iglesia en la República, si no en el orden vardaderamente espiritual, sí en el material.

Entusiasta defensor de la escuela pública cubana y de la educación laica en ella establecida, supo aprovechar la oportunidad que se presentó al dejar los señores Baralt y Edelman, en mayo de 1914, la redacción de la *Página de Educación,* de *Heraldo de Cuba,* y, sin pérdida de tiempo, para evitar que otros con tendencias contrarias al laicismo se valiesen de dicho periódico para su propaganda, vió a Manuel Márquez Sterling, director a la sazón del aludido diario, quien aceptó la designación que hizo Velasco de Federico Córdova y de mí, que ya habíamos sido previamente consultados, para redactar la sección que con el mismo título ya expresado, comenzamos a escribir en 3 de junio de 1914 hasta el 2 de diciembre del propio año.

Por creer que de este aspecto, de mucho relieve en la vida de Carlos de Velasco, su manera de pensar en materias religiosas, casi nadie hablará, y por las circunstancias ya referidas que fueron origen de nuestras relaciones personales y de simpatías mutuas

que nos profesamos, me he decidido a escribir sobre una materia *non grata* para unos y esquivada generalmente por los otros.

Francisco G. del Valle.

*

Carlos de Velasco fué un escritor público, según la concepción admitida y corriente hace un siglo. Se preocupó siempre, desde su juventud, por la marcha de los asuntos nacionales. Y los estudió con apasionamiento, con entusiasmo, con fe. Como escritor público luchó de los primeros, alta la visera y firme el pulso. Porque era también un carácter. Sereno y duro, sin flexibilidad y dobleces, combatió en favor de la República y de sus convicciones. Y durante su vida, que le fué pródiga porque se rindió a su voluntad, nunca retrocedió en el terreno de las ideas, jamás sintió cobardías para expresar sus sentimientos. Acaso por esa razón tuvo enconados enemigos, aunque también por la misma causa se conquistó amigos fervorosos, cordiales, íntegros.

Tal es, en reducida síntesis, el cubano que acaba de morir en París. Pero su rudeza, su hosquedad, eran únicamente máscaras a que recurría para salir victorioso e indemne en su trato con los muñecos de la farsa pública. Era franco y gentil con toda persona digna de ser su camarada. En Europa, lejos de la comedia de nuestra política, descubrió su temperamento, el que había ocultado celoso a las miradas de los indiferentes o de los traidores.

Carlos de Velasco creyó siempre. Creyó en la República, en nuestra facultad de renovación. Y creyó en él, en su juventud ávida y fuerte, que le hacía desdeñar la propia y terrible enfermedad.

Toda la vida de la personalidad que desaparece ha sido iluminada por la fe en Cuba y en sí misma, en la humanidad y en la belleza. Joven y esperanzado, tal vez tuvo en los últimos instantes el dolor de Renán, que impulsado por una invencible curiosidad dijo aquellas elocuentes palabras: "Siempre será mejor nacer más tarde". Sin duda Velasco pensó en el porvenir próximo, a que él podía llegar pleno de vigor; pensó en Cuba; pensó en la obra de nuestra revista; y pensó en la tristeza de morir cuando la vida prodiga generosa sus sonrisas y sus dádivas.

El cristal de su voluntad quedó roto en pedazos ante la muerte. Que es la muerte la separadora inevitable, la que destroza los sueños, la que destruye con frialdad e indiferencia toda la armazón de felicidades que el hombre se empeña en levantar durante el breve tiempo de su existencia.

Con Carlos de Velasco se van ideas e ilusiones, fúlgidas aquéllas, y un poco marchitas éstas; ideas, ilusiones, que con el correr de los días habríamos visto realizadas, esculpidas, a golpe de voluntad.

Es su obra no comenzada, sólo archivada en el almacén de su memoria precisa y ágil; es esa obra lo que debemos lamentar cuantos le conocíamos y le profesábamos inalterable estimación. La empresa no llevada a cabo de un escritor en fecunda madurez, dispuesto ya a comenzar, seguro del fin y de sus fuerzas. Porque Velasco habría cumplido su deber. Su carácter era poderoso, su laboriosidad incansable.

Ya nada de eso podemos esperar. Los que fuimos sus compañeros tenemos la noción exacta de lo que hemos perdido, de lo que ha perdido Cuba con su muerte. Y sólo nos resta, en su honor, en el nuestro y en el de Cuba, mantener el espíritu a la altura de sus ideales, los mismos que defendimos en su compañía, los que sostendremos siempre, alentados por la convicción y por la fe.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

*

Sin tiempo para más, sorprendida CUBA CONTEMPORÁNEA por la desgarradora noticia de la muerte de su fundador cuando ya estaba impreso el número correspondiente a febrero, sólo fué posible agregar al final de su última página un párrafo muy breve con este título: *Una gran pérdida: Carlos de Velasco,* en el que se concretaba a dar, con doloroso laconismo, constancia de su conocimiento, prometiendo dedicar a su desaparición en el número subsiguiente—que es éste de marzo—"toda la atención que merece tan doloroso suceso por la importancia que tiene para las letras cubanas, para CUBA CONTEMPORÁNEA y para Cuba."

Pocas veces se ha dicho nada tan cierto. Gran pérdida es para

las letras cubanas la que origina la muerte de Carlos de Velasco, porque, esquilmada en su médula, casi por completo, como está la literatura patria—que gana en abundancia y brillantez cuanto pierde en sabor y fisonomía netamente cubanos—, de su serena y vigorosa inteligencia podrían esperarse con razón obras de interés positivo para la reafirmación del sentimiento cubano, ya que inspiraban preferentemente su pluma los asuntos sociales y políticos a cuya fuente han venido a convergir los múltiples y diversos intereses de la nación, gobernada o desgobernada, mejor dicho, casi exclusivamente, por la fuerza desmesurada de elementos desentrañados de nuestra carne y extraños ya a nuestras necesidades primordiales, a nuestro dolor real, a nuestro ideal vivo y recóndito. En esta hora de confusión, la mejor obra literaria para nosotros, es aquella que sin distraer la mente en pormenores ideológicos de belleza ni endulzar vanamente nuestra emoción, nos reconduzca al viejo lugar en donde yace soterrada la belleza peculiar que hizo del carácter del cubano, en épocas pasadas, un tipo inmortal y digno de la admiración del mundo. Y de cuanto dejó escrito Carlos de Velasco puede sacarse abundante provecho en beneficio de tan elevado y perentorio fin.

Para Cuba Contemporánea la desaparición de Carlos de Velasco es una gran pérdida, porque nunca energía mejor sostenida sirvió de enlace a un grupo de espíritus más hondamente identificados con su anhelo de elevar en el aprecio de los demás países cultos del mundo, con los que estas páginas nos ponen en contacto, el concepto de nuestra mentalidad y de nuestra cultura; pues aunque estemos decididos a no variar un ápice en métodos ni planes, siempre habrán de resentirse las páginas serenas de esta Revista, de la falta de su vibrante colaboración, preciosa en todos sentidos, que esperábamos ver reanudada, ya sin intermitencias, enriquecida con nuevos tesoros de observación y sentimiento, después de su próximo regreso, crédulamente fijado por él para dentro de dos años...

Y para Cuba, por último y en primer lugar, representa la muerte de Carlos de Velasco una gran pérdida, porque, desgraciadamente, no abundan en la nueva generación que debiera ser reserva pura de su vida, hombres de las condiciones morales suyas, cubanos de más severa rectitud, más respetuosos de su

condición de ciudadanos de un país de limpia historia, mejor penetrados de los excelsos bienes de la libertad, de la dignidad patriótica, de la cohesión moral y humana que debiera ser ley de hombres y pueblos; en una palabra: de su inalienable derecho a la vida y al honor.

Dulce Mª. Borrero de Luján.

*

Una tarde, en el otoño de 1921, Carlos de Velasco y yo, después de haber visitado, creo que por vigésima vez, el Museo del Louvre, nos dirigimos, como de costumbre, a los grandes *boulevards* para presenciar el nunca bastante admirado espectáculo que a aquella hora y en aquel lugar ofrece París.

Tomamos asiento en la terraza de un café de moda. Mientras consumíamos sendas copas de licor veíamos desfilar ante nosotros una muchedumbre heterogénea, hombres y mujeres de todas las razas y todos los países, entre la que descollaban, como pintorescas y llamativas flores de ese jardín humano, las inquietas y risueñas *boulevardieres*.

Aquella tarde nuestra charla, superficial al principio, se fué haciendo cada vez más íntima y confidencial. Nos abrimos mutuamente nuestros corazones para contarnos detalles y particularidades de nuestras vidas: nuestras luchas, nuestros anhelos, nuestros sueños e ilusiones, los más de ellos no alcanzados, nuestros proyectos y esperanzas para el mañana.

Fué en aquella tarde cuando realmente se consolidó mi amistad con Carlos de Velasco. Más de diez años hacía que nos tratábamos. Durante ese tiempo había tenido ocasión de seguir muy de cerca su intensa labor intelectual y patriótica, realizada en diversas formas, pero principalmente por medio de la prensa y el libro. Había admirado la actividad y constancia que siempre puso en todo noble empeño acometido; la sinceridad y ruda franqueza con que expresaba sus ideas; su entereza de carácter para no transigir con cuanto su limpia conciencia no aceptase; y, por último, su optimismo, su grande y luminoso optimismo en los destinos de Cuba, optimismo que no era en el fondo sino una modalidad de su cubanismo. Velasco, patriota fervoroso, amaba de tal

manera a su tierra que, aun en los momentos de nuestras más agudas crisis, no se sintió nunca preso de vacilaciones ni desalientos en cuanto al porvenir de Cuba, porque en esas ocasiones, como siempre, veía el futuro no basándolo en la dolorosa realidad, sino a través de su intenso amor a Cuba, que no le permitía pensar siquiera más que en una patria grande, próspera y feliz.

El torbellino político de 1916 nos envolvió a Velasco y a mí, separándonos y distanciándonos.

—Usted y yo—me decía Velasco aquella tarde parisiense, recordando este incidente—sufrimos entonces la locura que padeció toda la sociedad cubana, locura de la que no se vieron libres las mujeres ni aun los niños. Con una diferencia: que usted y yo no éramos políticos en realidad, ni perseguíamos, como tantos otros, bastardos e interesados propósitos. ¡Cuán claro veo ahora —continuó mi amigo—nuestro error de entonces! Creímos que en el triunfo de uno de los dos hombres que se disputaban la presidencia de la República estaba la suerte de Cuba. Y usted y yo, aferrados ciegamente a esa lamentable equivocación, albergando en nuestros corazones los mismos nobles y patrióticos sentimientos, pensamos que para seguir siendo buenos cubanos teníamos que dejar de ser buenos amigos. No éramos políticos. De perseguir únicamente, como persiguieron éstos, no el interés del país sino el propio interés, tal vez usted y yo no hubiéramos roto nuestra amistad. Nos hubiéramos aliado como se aliaron después los dos hombres por los que nosotros—¡ciegos!—dejamos de tratarnos...

Velasco hizo una pausa.

Ya la tarde tocaba a su fin. Los *boulevards,* envueltos en ese tono violeta que a aquella hora, en el otoño, ofrece el clima de París, presentaban ante nuestra vista cosas y personas desdibujadas, sumidas en una tenue penumbra.

Mi amigo, después de contemplar unos instantes aquel maravilloso espectáculo, continuó diciéndome:

—¡Cuán beneficioso ha sido para mí, y tiene que serlo también para usted, este viaje que hemos realizado! El contacto con otros hombres y otras costumbres, ¡cómo ha cambiado mi carácter! Observados desde aquí ¡qué pequeños lucen muchos de aquellos hombres de nuestro país que nosotros creíamos grandes y dignos!

Y, sin embargo, ahora no nos inspiran odio ni rencor, sino compasión, porque prescindimos de ellos para no ver más que la patria, más pura e idealmente amada mientras más lejos se la contempla.

....

Desde aquella tarde, Velasco y yo no fuimos ya dos amigos, sino dos hermanos. En los restantes días de mi estancia en París maduramos proyectos que pensábamos desenvolver cuando los dos regresásemos a Cuba.

Pero el hado adverso ha tronchado por completo aquellos planes e ilusiones. Allá, en ese París del que él y yo tantos recuerdos inolvidables conservábamos, acaba de morir Velasco, cuando más útil hubiera sido a Cuba, cuando más necesaria me era su amistad.

¿Qué nos queda de él ahora? Unos cuantos libros escritos con un hondo sentimiento patriótico; una gran obra, la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, a la que él dió fuerzas, alientos y personalidad, de la que no se podrá nunca prescindir al hacer la historia de nuestro movimiento intelectual en la última década; y el ejemplo de una vida sincera y noble.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.

*

La muerte de Carlos de Velasco, sentimientos aparte, me excita dolorosamente la imaginación. Y sin embargo, pocas ideas se concretan en mi mente lo necesariamente claras para precipitarse en la expresión...

No siento, desde luego, no he de sentir por su muerte esa angustia de la ausencia irreparable que hasta los animales favoritos nos dejan, al cabo de vivir largo tiempo a nuestro lado. Hace mucho tiempo, cinco o seis años, que no nos veíamos. Ultimamente ni nos escribíamos ya.

Es curioso. La muerte de un sér diferente a nosotros, por mucho que haya sido nuestro cariño y por mucho que nuestro dolor sea "nuestro", egocéntrico, siempre se tiñe de un hermoso color de objetivismo, de romántico desinterés. En cambio, la muerte de un sér cuya cifra es nuestra cifra, cuyos son nuestros ideales, nuestras decepciones, nuestra vida espiritual casi íntegra:

el dolor por la muerte de un camarada en filas, de un compañero en la lucha, parece egoísmo. Es algo más frío por fuera, aunque por dentro sea más dilacerante y más hondo, tan hondo como es hondo el espíritu que lo sufre...

Hablen otros "in extenso" de la vida y hechos de Carlos de Velasco. Yo no puedo hacerlo porque en estos momentos es él lo que importa. Y yo no puedo negarme—no creo que la "deontología" benthamita sea una mera teoría desechada—que ahora pienso en mí mismo, en mi "caso". Soy yo quien se ha muerto, en tierra extranjera, destrozada el alma por un cáncer horrible: el recuerdo de Cuba!

En estos momentos además no siento sino debilidades y defectos en mí mismo. Este hecho, de escribir estas cosas en vez de un bonito artículo necrológico, florido y ceremonioso; como una de esas coronas caras que se ofrendan a un compañero, y se pagan después trabajosamente al encargado de la colecta... aun ahora me tortura la evidencia de mi gran defecto, el mismo de Velasco: ¡la falta de adaptabilidad, la irredimible sentencia que pesa sobre todos los seres vivos, desde el microbio hasta el complicado organismo de un Frederic Amiel!

Y en estos artículos no se habla sino de virtudes, de virtudes siempre...

Salga, sin embargo, la verdad. El rasgo sobresaliente de Velasco, más allá de sus grandes virtudes, de sus grandes energías, fué ese: su inadaptibilidad. Sus accidentales enemigos de un día —yo, por lo menos, no me conté entonces entre sus amigos—lo acusaron de "fulanista". ¡Pues ni eso fué Velasco: tampoco supo ser "fulanista"!

¿Cómo empezó su divergencia con el medio? Como siempre: cuando dejó de ser criollo gregario y sensual. Yo lo conocí de adolescente, bailador—como yo entonces—y despreocupado. Hace veinte y tantos años.

Y era alegre, jaranero, decidor. Nuestro patriotismo, entonces, se componía de un montón indefinible de vagos anhelos y generosos entusiasmos. Nuestra cultura de autodidactos y nuestra experiencia de la vida: un fárrago de diversas lecturas y la pacata existencia de nuestra juventud cubana pobre. Pero nada más. Los ojos de una hermosa trigueña o la boca de una linda

rubia con el compás de un danzón canalizaban por entonces nuestros entusiasmos.

Después ¿qué disciplinas, qué métodos, qué ejemplos, fuera de nuestro propio anhelo, de algo más noble, más universal? Dejamos de vernos algunos años, y nos hallamos otra vez, empeñados ya, inopinadamente, en hacer de la vieja colonia tropical hispana, económicamente la misma, intocada por los cándidos e impacientes organizadores de la República, un país ideal: como nosotros mismos no sabíamos donde ir a tomar el ejemplo!

Carlos de Velasco no fué político. Es decir: no se decidió nunca a aprender el oficio. Fué un irregular, un francotirador. Y sin embargo—aunque mi afirmación asombre y aun moleste a algunos—a Velasco lo destrozó la política. Su muerte—sin que yo niegue otras circunstancias materiales concurrentes—deberían sentirla sobre su conciencia los hombres que desde su poderío le brindaron falaz apoyo, y disfrutaron inconscientemente de sus generosos sentimientos, de su pura, heroica y desinteresada adhesión, de su buena fe y de su gran valor cívico.

La revolución del año seis destrozó sus bellos planes de entonces, y lo sometió a pruebas muy duras. Su carácter, aunque esencialmente el mismo para los suyos, se hizo hosco, casi huraño. La autoreelección del año 17 partió en dos irreconciliables tendencias su propia conciencia. Ya su impulso inicial comenzó a decaer. Aunque se juzgue esto una opinión mía, quizá infundada, lo que hizo Velasco, al aceptar su ingreso en la carrera consular fué huir, sencillamente huir.

Y la importancia de su obra en Cuba, sin embargo, es enorme. A pesar de su aparente autoritarismo, su obra no es personal y brillante—como la de tantos y tantos "divos" que hemos tenido, ególatras de una esterilidad civil casi absoluta—sino más bien obscura, paciente, maciza, esencialmente colectiva.

CUBA CONTEMPORÁNEA—y conmigo lo reconocerán hasta sus compañeros más eficaces—es, en el fondo, obra de Velasco. Nadie, fuera de Cuba, y ni aun muchos cubanos, tienen los antecedentes necesarios para darse cuenta de lo que significa publicar, año tras año, desde La Habana, una revista como ésta.

¿Para qué tratar de explicarlo? Velasco no lo descubriría tampoco a todo el mundo. No trataba siquiera de explicárselo a si

mismo, porque el fenómeno Cuba Contemporánea se parece demasiado a la realidad de su nombre para que nos halague la pública exposición de sus entíticas debilidades en un lenguaje a la altura de cualquier lector de "sports" o de crónicas sociales. Ambas viven sobre irreconciliables antinomias, sostenidas por una minoría increíblemente pequeña, sin base económica real, y conservando, a pesar de todo, limpio, inmaculado, el penacho.

Lo que sí puede decirse de Carlos de Velasco, no se puede decir, en cambio, de ningún gran jefe político cubano. Ni siquiera de Estrada Palma, a quien tanto admiraba Velasco: sumó voluntades, depuso ambiciones justas de amor propio, *y dejó en su obra lo mejor de sí mismo.*

Compárense sus pálidos honores en vida—y añádanse todos los mezquinos beneficios y prebendas que la pasión del momento quiso imputarle un día—con las ventajas y beneficios que cualquier rufián en nuestra patria obtuvo de su desvergüenza y su cinismo bien empleados...

No nos acusen, a sus compañeros doloridos de hoy, de emplear demasiadas flores sobre su tumba. Estas pobres flores nuestras, que harán dejar a un lado la Revista, tomada al azar, a tanto y tanto cubano ingrato y ciego.

José Antonio Ramos.

*

Cuba Contemporánea no ha sido sólo una revista destinada a fortificar el nacionalismo e interpretar las tendencias de la juventud cubana; ha sido, además, un todo homogéneo, al que cada uno de sus redactores ofrendó sus cualidades distintivas predominantes.

La identidad de ideales y la compenetración más perfecta entre el grupo de amigos que inició la publicación de esta Revista, hicieron nacer esa comunidad de aspiraciones, de propósitos, de sentimientos y de ideas, que crearon una conciencia colectiva, un alma común, unificando en una entidad distinta y nueva, las tendencias personales de cada uno de los individuos componentes del nuevo organismo así surgido. Fundada en un ambiente poco preparado aún para la labor que ella se proponía realizar, Cuba

Contemporánea sólo ha podido subsistir y triunfar gracias a esa unión y a ese espíritu de estrecha solidaridad entre los diversos miembros de su Redacción.

La Redacción de Cuba Contemporánea constituye un organismo vivo. Dentro de ese organismo, Carlos de Velasco representaba la función volitiva; Velasco aportaba, en provecho común, su voluntad dirigente, siendo su tenacidad admirable la que en todos los momentos sostenía y estimulaba la acción del grupo.

De aspecto serio, casi huraño, los que no le trataron estrechamente no podrán comprender la maravillosa labor que Carlos de Velasco realizaba en el seno de nuestra Redacción. Allí nosotros lo recordamos siempre amablemente irónico, acudiendo con una broma ligera o con la relación oportuna y atinada de algún chiste de origen portugués, a suavizar las asperezas y a evitar los rozamientos que fatalmente surgen a veces en todo grupo humano, por muy identificados que se hallen sus componentes. Velasco, no obstante la inflexibilidad de sus ideas, poseía condiciones magníficas para realizar con éxito esa labor discreta y hábil, pues tenía una visión penetrante y un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

Pero nada agota físicamente tanto como ese ejercicio atento y constante de la voluntad y de la acción; y Carlos de Velasco se agotó muy pronto. Cuando, en 1919, quiso ampliar el grupo primitivo de redactores, él se sentía ya débil y, presintiendo quizás su desaparición, trataba de reforzar su obra a fin de que ésta le sobreviviese. Cuando abandonó la dirección personal de la Revista, renunciando a la lucha en Cuba y buscando la tranquilidad apacible de nuestras legaciones en el extranjero, era que ya Velasco tenía próxima la muerte y su organismo le exigía una tregua, un descanso... Los últimos días que vivió en París lo evidencian así.

Él fué el verdadero creador de Cuba Contemporánea y su muerte es, por tanto, para la Revista, no sólo la causa del más hondo duelo, sino también la crisis más seria que ha debido afrontar hasta ahora; pero los cimientos fueron bien echados, el tiempo se encargó de afianzarlos y nosotros confiamos en que sabremos transformar nuestro dolor por la pérdida experimentada, en un nuevo y estrecho lazo de unión, que solidifique más aún la obra

que iniciara y a la que dedicara los mejores esfuerzos de su vida Carlos de Velasco.

JUAN CLEMENTE ZAMORA.

*

Desde el primer momento que con él se hablaba, Carlos de Velasco producía la impresión de un carácter.

De estatura más bien mediana, fuerte, de tez trigueña, ojos negros y pequeños, respiraba decisión y energía; su mirada viva y brillante, denotaba inteligencia y rápida comprensión, mientras su boca firme y apretada, acusaba un temperamento decidido, al par que vehemente, pero dominado por su fuerte voluntad.

Ocasiones tuve en que pude verlo, escuchando duros ataques de los que no compartían su criterio, sin que se alterase un solo músculo de su cara, sin que se trasluciera su pensamiento; aun me parece verlo en aquellas ocasiones, de pie, la cabeza un poco inclinada, la mirada atenta, mientras a él se dirigían, y después, con un firme movimiento de toda su persona, contestar con serenidad y energía, producto aquélla del dominio de sí mismo, sostenida la segunda por su carácter apasionado.

Más tarde le conocí mejor, en aquellas tardes en que, como una familia, nos reuníamos a diario en nuestra Redacción, para comentar las últimas noticias sobre los mil temas que el curso de la conversación ponía sobre el tapete, y en que cada uno mantenía su criterio propio dentro de la más absoluta independencia y la más atractiva cordialidad. Allí discutíamos los problemas de la paz europea y los acontecimientos nacionales, asuntos filosóficos o ligeros, en los que él intervenía, mostrando siempre su tendencia nacionalista y su espíritu irónico y observador.

Sentado a su mesa de trabajo, encantábale atender a múltiples cosas al mismo tiempo; revisaba la prensa, la correspondencia llegada y escribía sus trabajos, en medio de nuestras discusiones, interviniendo en ellas con una alusión alegre o mezclándose para exponer su opinión.

Fué un amante de la vida que quiso gozar con intensidad, hasta que ella, esquiva, lo abandonó en sus mejores años, en los momentos en que se disponía a regresar a la patria, cuando ale-

gres nos disponíamos a tenerlo de nuevo entre nosotros, después de una larga ausencia.

Su muerte ha herido profundamente a nuestra Revista que en él tenía uno de sus fundadores, un colaborador valiosísimo y uno de sus más fuertes sostenes. En los días en que nos reunamos todos, tampoco faltará él, que si materialmente ha desaparecido para siempre, espiritualmente continuará con nosotros, multiplicada su personalidad por el recuerdo imborrable que cada uno conservará del compañero inolvidable.

ERNESTO DIHIGO.

VERSOS INÉDITOS Y DESCONOCIDOS DE RUBÉN DARÍO

PARA "HIPSIPILAS"


RANSCURRE el tiempo, los valores literarios se suceden, cambian las modulaciones estéticas, se vuelve al camino abandonado, búscanse otras rutas; mas en medio de esa aparente desorientación, hay una cosa cierta: el culto a Rubén Darío.

Su recuerdo, lejos de amortiguarse con la distancia, cada vez se ensancha y ahonda más, ora con la publicidad de trabajos desconocidos, ya con la reimpresión de las obras editadas, bien con los comentos críticos o biográficos que aparecen a la continua sobre el hombre y su gesta.

La ciudad de León, en Nicaragua, consagra al aplonida la revista literaria *Darío,* dirigida por el entusiasta admirador del maestro y culto poeta, Sr. Juan F. Toruño, en torno de quien se destacan las figuras de Darío Zúñiga Pallais, Azarías H. Pallais, Luis H. Debayle y otros notables varones de aquella tierra en donde aun tiene alas la leyenda, todos esforzados mantenedores de la gloria del poeta.

La obra rubendariana se depura y esclarece. Su memoria es amada y mejor comprendida cada día. No se hace aguardar la consagración plástica. Ayer el desdichado proyecto de Lozano, muerto en ciernes—Rubén Darío y Amado Nervo unidos por el occipucio. Luego la nominación de la antigua Glorieta del Cisne, hoy de Rubén Darío en el Retiro, de Madrid, para lo que no debe contar la lápida infeliz de Rafael Vela. Últimamente, el soberbio

proyecto de monumento, debido al genial escultor Rafael Hidalgo de Caviedes.

Y corriendo parejas con los de bronce, mármol o granito, otro monumento más imperecedero, porque "esto matará aquello", es el que sus discípulos, seguidores y amigos le erigen en América y España.

Aparte las ediciones completas de sus obras, hecha una por *Mundo Latino,* y otra en publicación por *Renacimiento* (G. Hernández y Galo Sáez, impresores) (1), ambas disparatadas, desde su muerte acá se ha enriquecido la bibliografía de Darío con materiales en gran parte valiosos, aprovechables para el estudio *ne varietur* que aguarda para lo porvenir.

La intelectualidad literaria de los dos hemisferios acudió presta a rendirle al extinto un tributo inmediato. Y quedó aquella palpitación del pensamiento latino en tres libros, tres sillares para la fábrica futura, a saber: la *Ofrenda de Nicaragua a Rubén Darío,* colectada por Darío Zúñiga Pallais, que me es desconocida; *La Ofrenda de España a Rubén Darío,* por M. González Olmedilla; y la edición de *Nosotros* correspondiente a febrero de 1916, de la que conozco los trabajos en prosa y verso inclusos en *Sol del Domingo, El Mundo de los Sueños* y *Ramillete de Reflexiones.*

Después, el movimiento exegético no ha cesado. Su poesía se vierte a otras lenguas. Thomas Walsh y Salomón de la Selva publican los *Eleven Poems;* salen en París las *Pages Choisies;* Gabriel Alomar y Alfonso Maseras lo difunden en catalán. En francés lo explica Francisco Contreras en *Le Mondonovisme* y *Les escrivains contemporains de l'Amerique espagnole.* En inglés Humphrey, Coester y Golberg lo estudian en documentados trabajos de crítica. Universidades norteamericanas abren cursos sobre la lírica de Darío. Han pronunciado discursos, dicho conferencias o publicado artículos referentes a Darío y su obra, entre otros: Luis H. Debayle, Azarías H. Pallais, Luis Andrés Zúñiga, Leopoldo Lugones, Tulio M. Cestero, Alfonso Reyes, Arturo R. de Carricarte, Ricardo Jaimes Freyre, José de Armas, Luis G. Urbina, Osvaldo Bazil, Alfredo Elías, Eugenio Díaz Romero, Francisco Elguero, Ramiro de Maeztu, Pedro César Dominici, G. Ale-

(1) Después: "Biblioteca Rubén Darío, hijo."

mán Bolaños, Ventura García Calderón, Arturo Marasso Rocca, R. Cansinos Asens, José Rafael Pocaterra, Enrique Diez-Canedo, W. Jaime Molins, J. D. Venegas, Enrique Gómez Carrillo, Juan Ramón Avilés y Antonio Rey Soto, para citar uno malo.

Se han publicado además, como inéditos y desconocidos, los siguientes libros de Darío:

Rubén Darío en Costa Rica, dos volúmenes, ordenados por Teodoro Picado hijo, de la colección *Sarmiento,* editada por J. García Monge. Está pendiente de publicación el tercer y último volumen.

Hipsipilas, versos; y *El árbol del rey David,* prosas. Ambos colectados y editados por Regino E. Boti.

Páginas olvidadas, tres escritos en prosa, en el cuaderno 39 de las *Ediciones Selectas "América".*

*

Pero a lo que los diarios y revistas se han dado con mayor ahinco es a la exhumación de versos inéditos o desconocidos de Darío.

Sé de tres publicaciones que han insertado grupos de poesías de Rubén Darío:

La Pluma, Madrid, diciembre de 1920, trae tres: *Peregrinaciones, Chapelgorri* y *Flora.*

Debe descontarse *Peregrinaciones,* porque apareció con anterioridad en *Sol del Domingo.* Sobre *Chapelgorri,* Pedro Henríquez Ureña en nota particular me dice:

Como cayera en las manos de Darío una gorra vasca, se la puso en la cabeza, ensayando varios modos de colocársela, y declaró que se sentía vasco. De ahí el humorismo en dos estrofas.

El Universal, México, de 27 de agosto de 1922, con el epígrafe genérico de *Versos olvidados de Rubén Darío,* publica seis: *Cantares, Miel, La profecía de Horacio, El Cantar de los Cantares, Serenata* y *Amo, amas.*

Debe descontarse de los *Cantares,* siete, que con el título *Cantares andaluces* aparecen en *Sol del Domingo. El Universal* los copia como de Darío y Debayle. Diez-Canedo sostiene que son de Darío, basándose en *La Noticia,* de Managua, del 16 de

febrero de 1916. Carecen de valor literario—sin que tengan otro—y por tanto no los reproduciré.

Serenata no son versos olvidados. Eduardo de Ory los recogió en su estudio *Rubén Darío* (1918). Cotejando el texto de ahora con el anterior, se observa haberse cambiado la disposición tipográfica, así como que hay un salto en la imposición de aquélla. Al leerla en Ory le anoté como fecha posible 1882. La inserción de *El Universal* está fechada en San Juan del Sur, 1887. Me parece errónea. He aquí las noticias que sobre esos versos trae el libro de Eduardo de Ory:

Sin duda de esta época [de la de *Primeras Notas*] debe ser la poesía *Serenata,* que incluímos en un apéndice de este libro y que puede considerarse inédita por lo desconocida y rara. Sabemos que pertenece a la primera época literaria de Darío y está dedicada a Herminia Chamorro, una encantadora beldad de Rivas "ciudad jovial, conceptuada como el pensil de Nicaragua, por la belleza proverbial de sus mujeres". Hablando de esta bella composición dice el escritor que la "descubrió": "Reina indiscutida de la hermosura y, sobre todo, fuente de gracia seductora y bondad, fué Herminia. Darío compuso la *Serenata,* oriental y zorrillesca, en el risueño puerto de San Juan del Sur, donde se encontraba en la comitiva del Presidente Cárdenas. Rubén suspiró esos versos en una de esas noches inolvidables, ante espectáculo paradisíaco que jamás se borra del recuerdo de quien ha tenido la fortuna de contemplarlo a la luz de la luna, en esas voluptuosas horas nocturnas entre huríes, y rodeado, alegre, amable y feliz, de la cristiandad. En ese poema, de los muy primeros del poeta niño, apunta ya el maestro y mágico Darío."

La composición, que se califica de oriental y zorrillesca, es un remedo formal e ideológico de la *Introducción* a las Poesías de José Joaquín Palma. Y aunque en Ory no encuentro el nombre del autor del artículo, por la expresión "poeta niño" deduzco que es Vicente Quirós. (Véase *En el mar,* pág. 61 de *El árbol del rey David.)*

Valen estos versos para fijar en Darío el empleo del decasílabo mezclado con el dodecasílabo de seguidilla y los pies de éste.

Amo, amas tampoco son versos olvidados. Aparecen en *Cantos de vida y esperanza.* Ello no quita que la composición sea antigua. En ese mismo libro está también *Tarde del trópico,* que se publicó con el título *Sinfonía* en *El Heraldo de Costa Rica*

el 21 de junio de 1892; y *Ofrenda,* fechada en mayo de 1893, en Panamá, y publicada entonces con el título *Bouquet* en *La Habana Elegante* correspondiente al 8 de octubre del mismo año.

Quedan realmente como desconocidos los versos de *Miel, La profecía de Horacio* y *El Cantar de los Cantares.*

Miel debe ser anterior a 1885; y no es necesario ser un zahorí para descubrir en él—es un soneto—una declaración amorosa. Por su vocabulario resulta ser clásico-romántico. Por la súplica, puramente romántico. Las reminiscencias están a la faz: los Siglos de Oro, Becquer, Espronceda. Tiene alguna incorrección idiomática: "ninfa que sale a la reja, miel que es ambrosía."

La profecía de Horacio estaba bien en el olvido. Si se publicó, mejor no haberla reproducido. En Darío era frecuente—y por estos versos se colige que inveterada—la desgracia de escribir versos horrendos, de fealdad tal, que viéndolos aun bajo el lente de una moral benigna, darían siempre ocasión dolorosa a repetir la frase que José Jacinto Milanés le soslayó a *Plácido.*

Los versos de *La profecía* no recuerdan un buen momento ni un acto bello, aunque nimio y privado, de la vida del poeta. Son una dorada petición de pecunia. ¿Por qué exhumar esto? La ignorancia y el interés hicieron salir en *Elegancias* unos versos imposibles a San Pascual Bailón. En cambio Santiago Pérez Triana ocultó con respeto aquella torpe esquela en verso con la que el poeta se excusó de ir a almorzar en cierta ocasión con él y Vargas Vila. Yo repudié para la colección de *Hipsipilas* tres composiciones, sobre las que no hay que hablar. Y protesté contra los editores de *Sol del Domingo* en mi artículo de ese título publicado en *Universal Magazine* de octubre de 1918, pues dicho libro, pese a las opiniones favorables que ha motivado, carece de mérito literario, aunque tiene alguno como factor psicológico.

El Cantar de los Cantares es el florón del aporte de *El Universal.* Precioso soneto, no importa que escrito en 1883. Él indica que la luz del día—sea lírico o sidéreo—siempre se anuncia con un alba. Constituye uno de esos aciertos con que uno se adelanta a sí mismo. Darío gustó mucho de glosar—con pluma y vida—el Cantar de Cantares. Aparte cien sitios más, se refirió a él en la nota estampada en el álbum de la Sra. Neuhaus de Ledgard, que incluí en *Hipsipilas,* tomándola del *Almanaque*

Sud-Americano de Casimiro Prieto Valdés, correspondiente a 1899. Y los vive en las *Rosas Profanas* que aquí se reproducen.

Por la enumeración, *El Cantar de los Cantares* recuerda el soneto *Parsifal;* y atestigua que Darío no copió de Silva el procedimiento, sino que se copió a sí propio, siendo el *motiv* de su último soneto el anterior. La afirmación contraria la lanzó Rufino Blanco-Fombona en su ensayo sobre José Asunción Silva. El hallazgo no la confirma. Más bien la revoca. Va a continuación, y a título de curiosidad, el fragmento—lo único que conozco—citado por Blanco-Fombona.

PARSIFAL

Violines de los ángeles divinos,
sones de las sagradas catedrales,
incensarios en que arden nuestros males,
sacrificio inmortal de hostias y vinos;
Túnica de los más cándidos linos,
para cubrir a niños virginales,
cáliz de oro, mágicos cristales,
coros llenos de rezos y de trinos;
Bandera del cordero, azul y blanca,
tallo de amor de donde el liro arranca,
rosa sacra y sin par del santo Graal...
....

Con excepción de *Amo, amas, El Universal* de Caracas reprodujo la página de su homónimo de México con fecha 21 de septiembre siguiente.

En *Social,* de noviembre de 1921, bajo el rubro—y no disparato—de *Poesías desconocidas de Rubén Darío,* aparecen las cinco composiciones que son: *Balada sobre la sencillez de las rosas perfectas, La petite Isabeau, El cantar de los cantares, Como palomas* y *Flora.* Unos renglones de redacción advierten que están tomadas de la *Revista de Revistas,* de México, sin expresar la fecha. Es de presumirse que sea reciente.

La primera de dichas poesías, con el título de *Balada sobre la sencillez de las perfectas rosas,* y dedicada a Doña Carmen S. de Concha, apareció en el número de *Darío* consagrado a Rubén Darío en el cuarto aniversario de su muerte. El título según *Social,* queda más arriba. Pero hay una inversión de palabras

en él: rosas perfectas por perfectas rosas. Opto por la lectura de *Darío* para el título y la dedicatoria; y por la de ambas publicaciones para la composición, salvando las erratas. Eso no obstante, la de *Social,* que parece ser la más correcta, tiene que revisarse porque, aparte otros, es incongruente el verso:

noble visión hay en tiempos y frescos.

La *Balada* está escrita en endecasílabos trocaicos y anapésticos, mezclados. Ese renglón incongruo no es endecasílabo. El poeta debió escribir:

nobles visiones hay en templo y frescos.

Es lo mejor de *Revista de Revistas.*

La petite Isabeau, de lo menos consistente de lo descubierto, apareció antes en el *Repertorio Americano,* del 1º de abril de 1921. De ella relata Rafael Heliodoro Valle, en carta al editor Joaquín García Monge, lo siguiente:

La petite Isabeau fué escrita cierta vez que el poeta encontró un pájaro caído en mitad de la vía pública y quiso regalarlo a Isabel Huezo, hermana del amigo a quien debo la copia. El Señor de Nicaragua y demás Tierras Firmes e Islas Doradas de la Poesía Castellana se sonrojaría hoy de leer el poemita, pero se trata de un documento literario que tiene su hechizo.

Es notable que el primer verso no diga:

Este mi prólogo-preámbulo.

El Cantar de los Cantares, ya queda dicho, apareció en *El Universal,* de México.

Como palomas es una composición auroral. Se ve al través de su urdimbre al poeta párvulo que no puede desasirse del modelo: alejandrino zorrillesco—que no es de Zorrilla—con impar agudo:

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando al paso de su vacío ocupan
del zénit suspendido su tenebroso tul?

ZORRILLA.

Flora, asimismo, apareció antes en *La Pluma.* Reproduzco la lectura de esta revista, por ser la más cuidada. El primer verso del soneto en *Social* es:

A tus pies, Flora, Dea, su cornucopia.

Aparece luego revisado así:

A tus pies Triptolemo, dea, su cornucopia.

¿La mitología y la estatuaria representan a Triptolemo con cornucopia?

Al segundo verso en *Social* le falta la preposición "sobre".

El texto de *La Pluma* concuerda con el que me comunicó privadamente Pedro Henríquez Ureña; quien al remitírselo le puso al calce estas líneas:

Soneto facilitado a P. H. U. por Juan Ramón Jiménez en Madrid. Lo escribió Darío para un álbum que iba a regalarse a la esposa del escritor argentino Luis Berisso. El álbum—por curiosa peripecia—nunca llegó a manos de la dama. El soneto se publicó en *Málaga Moderna,* pequeña publicación del puerto andaluz, y no se ha reimpreso.

*

Hecho este recuento de las composiciones publicadas en grupos, paso a referirme a algunas de las que lo fueron aisladamente.

Leticia fué escrita en el álbum de la Srita. Leticia Menéndez, hija del entonces Presidente de El Salvador.

Mensajero sublime. ¿Se escribiría cuando el cuarto centenario del descubrimiento de América? Lo reproducido parece un fragmento, y lo tomé del *Diario de la Marina,* edición de la tarde del 6 de diciembre de 1921. Concluye así:

y a llevar la palabra de Cristo
con la insignia de brazos abiertos.

Y Jaimes Freyre en *Castalia Bárbara* compone:

Y sintió que se helaba su sangre
ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

Toast. Fué leído por su autor en el banquete celebrado al inaugurarse el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, dado en honor de Eduardo Schiaffino, su Director-fundador, el 26 de diciembre de 1896.

Elegía pagana. Esta bella composición fué muy reproducida, a partir de su publicación en algún impreso argentino, que no me ha sido dable conocer. Con los versos, en todo caso, ha corrido la siguiente nota:

Los numerosos amadores del "divino" Rubén habrán de saborear con deleite la maravillosa poesía que engalana esta página y que hemos hallado en un periódico argentino [2]. Esta hermosísima composición permanecía inédita en poder de don Arsenio López Decout, distinguido caballero uruguayo. He aquí la historia, plena de emoción, de la admirable *Elegía pagana.*

Veinticuatro o veinticinco años atrás, llegó a Buenos Aires una familia de la alta aristocracia rusa, los Bruville de Grotkofsky, compuesta de un matrimonio y de una hija como de veinte años de edad, de extraordinaria y turbadora belleza, a la que llamaban Mima en la intimidad. En muchos salones platenses perdura aún la honda impresión que esta beldad eslava produjo y el éxito mundano que acompañó a su presentación. Rubén Darío la conoció en un baile aristocrático, quedando fascinado por su hermosura. Solicitó Mima de Darío un ejemplar de *Prosas profanas,* que acababa de aparecer, accediendo galante el poeta, bien que a trueque de un guante de Mima. Varios días después recibió ésta el portentoso libro, encuadernado en piel de guante. Pasó algún tiempo. Los Bruville de Grotkofsky se establecieron en Asunción, y en octubre de 1897 anunciaban a sus amistades la próxima boda de Mima con un apuesto joven argentino. La fiesta nupcial debía realizarse en Buenos Aires a fines del mismo mes. Un día cundió en la capital la noticia infausta de que Mima había muerto, víctima de rapidísima dolencia. Fué en aquella ocasión, cuando Rubén Darío, que la admiraba tanto, al tener conocimiento de la inesperada y dolorosa nueva, compuso su canto, que tituló *Elegía pagana,* ausente de las excelsas obras del poeta.

Rosas profanas. Darío ensayó desde temprano el terceto trimónico. *El Faisán* es el antecedente de esta importante poesía. La sorpresa de los definitivos *A Goya* no fué otra cosa que la incidencia en un modo de expresión que le era familiar al poeta. Diez-Canedo le atribuye a *Rosas profanas* como fecha una que fluctúa entre 1899 y 1900. Por otra parte, su léxico justifica—si

[2] Dice *El Progreso,* de Santa Cruz de Tenerife, del 17 de mayo de 1921.

nuevas justificaciones se necesitasen—que los versos a la negra Dominga son de Rubén Darío. Su musa, obsedida por el Cantar de Cantares, loa en estos versos la boca que roza y muerde y besa; las pimientas fuertes de los labios; los dientes blancos que saben

mordiscos caprichosos y perversos.

Estas expresiones acusan la misma filiación que sus semejantes del *Fragmento.*

Y que los de *El Faisán:*

Vino de la viña de la boca loca,
que hace arder el beso, que el mordisco invoca,
¡Oh los blancos dientes de la loca boca!

Para Coconí. Estos versos sin importancia se los hizo Darío a una hija de Luis Bonafoux.

A Fabio Fiallo. Lo tomé del libro *Cantos de la tarde.* Son reminiscencias de este hermoso soneto los versos ocasionales que Darío escribió en el verano de 1912 para leer en la velada que el Ateneo de Madrid ofreció a *Mundial,* publicados luego en esta revista y recogidos más tarde en la pág. 148 de *Hipsipilas.*

Brindis. De este *in promptu* hay dos versiones, con variantes de poca monta. Entiendo que la mejor es la de *La Prensa,* de Nueva York, que reproduzco. Salió con esta nota:

La última vez que Rubén estuvo en España asistió a un banquete que algunos literatos y artistas dieron en Barcelona al ilustre escritor y paisajista catalán Santiago Rusiñol. A la hora de los postres algunos comensales pidieron al poeta de los cisnes que brindara en honor del festejado. Rubén algo mareado, según cuentan, por los vapores del champaña... no se hizo rogar e improvisó los (precedentes) alejandrinos. Ni en el estudio de Eduardo de Ory, en cuyas últimas páginas se incluyen algunas poesías inéditas o raras, ni en la *Lira póstuma* publicada en la colección de *Obras completas,* ni en el libro de González Olmedilla, *La ofrenda de España,* he visto estos versos, cuya copia ofrezco a los lectores de *La Prensa,* ni nada que se relacione con ellos. Tampoco tengo noticias de que hayan aparecido en ninguna revista. El dramaturgo Joaquín Montaner, que asistió al banquete, tuvo el cuidado de transcribirlos y gracias a eso no se han perdido. El verano pasado [3] en una visita que hice a Aranjuez con Henríquez Ureña

[3] El de 1920.

y el profesor Parmenter, encontramos allí a Rusiñol. Nos habló de Rubén y quiso recitarnos el famoso brindis, pero no pudo porque apenas se acordaba. J. R.

La otra versión se publicó en *Cosmópolis,* Madrid, julio de 1922, comunicada en esta ocasión también por el dramaturgo Joaquín Montaner.

Soneto pascual. Según Francisco Contreras—*Mercure de France* de 1º de noviembre de 1921—, apareció en *Revista de Revistas,* México, 7 de agosto del mismo año. La copia que poseo—un recorte de periódico—no tiene indicación de su procedencia ni fecha. Lo explica el suelto *Un soneto de Darío,* el cual, en parte, dice:

En condición triste y precaria llegó Rubén Darío por última vez a los Estados Unidos; pero no le faltó allí protección ni amistad. El millonario Huntington, entusiasta y eficaz propagandista del movimiento intelectual hispanoamericano, sostuvo al poeta enfermo y pobre durante varios meses que Darío pasó en su hotel y en la redacción de un pequeño periódico, *La Prensa,* lugar de reunión de un grupo de argentinos, mejicanos, chilenos y centroamericanos, que compartían con él sus días de bohemia.

Pero en uno de esos días, Darío desapareció de la reunión habitual, y su acostumbrado artículo a *La Prensa* faltó en las galeras que esperaban ver en el periódico. Su desaparición de la calle Stone, 24, preocupó a sus amigos, que, una vez impuestos de lo que ocurría, pidieron a Huntington protección para el poeta.

El rico filántropo proporcionó a Darío los medios necesarios para que saliera de los Estados Unidos, lo que hizo el fatigado artista, para dirigirse a su patria, para volver al solar nativo donde había de morir. Antes de embarcar para Nicaragua, Rubén Darío escribió en su encierro del hotel el... soneto, que conservó inédito uno de sus amigos de Nueva York, a quien le debemos su publicación. Escrito en los días de Semana Santa y en los precisos momentos de emprender viaje, quedó en el original espontáneo de sus versos tal como lo ofrecemos a nuestros lectores, con su sugestividad y su belleza unidas a aquella hora crítica...

....

*

Siendo lo que presento en conjunto una *addenda* a *Hipsipilas,* bien podría clasificar las composiciones de acuerdo con el plan de aquel libro; pero he preferido observar en lo posible un orden

cronológico, reservándole al lector acucioso la tarea de incorporarlas a su sección correspondiente. No es indispensable—aunque no huelga—anticipar que entre las diez y nueve piezas coleccionadas hay alguna baratija literaria, que es necesario recoger como dato, ya "que no se puede hacer un juicio exacto de Darío sin el estudio de sus primeros versos" (W. Jaime Molins). Ocho, para mí, y en este orden, son buenas: *Elegía pagana, Balada sobre la sencillez de las perfectas rosas, Rosas profanas, A Fabio Fiallo, Toast, Flora, Soneto pascual* y *El Cantar de los Cantares.*

Quiero dejar sentado que la mayor parte de lo que ofrezco, lo debo a la buena voluntad de mis amigos, a la vez que amantes del nombre de Darío, y a quienes reitero mis gracias por tan gentil contribución, los Sres. Enrique Gay Calbó, Pedro Henríquez Ureña, Federico de Ibarzábal, Higinio J. Medrano, Joaquín Navarro Riera *(Ducazcal),* Alfredo Soler Bataille, Juan F. Toruño y Rafael Heliodoro Valle.

REGINO E. BOTI.

Guantánamo, Cuba, 1º de enero de 1923.

*

COMO PALOMAS

Como palomas tórnanse los tigres de la Hircania
ante la rubia Cipria que enciende el corazón.
Ya se oye el ruido alegre del carro de Titania
que busca enamorada los besos de Oberón.

La fiesta de las rosas y el canto de los nidos
llenan los verdes campos y pueblan el vergel,
despiertan en las cumbres los pájaros dormidos
sobre las frescas hojas del lirio o del laurel.

Quién es ésa que llega tan bella como Flora?
Quién es esa divina adorable emperatriz?
Quién es ésa que tiene los labios de la Aurora,
la frente casta y pura como una flor de lis?

Cuando anda riega lirios; y cuando mira, estrellas.
Quién su sonrisa viera para morir después!
Quién fuera un bello príncipe para seguir sus huellas!
Quién fuera un dios amante para besar sus pies!

Un pájaro está triste por ella en la montaña,
porque sintió el perfume de la fragante flor.
La vió el cielo una noche magnífica y extraña
y un astro está por ella muriéndose de amor.

MIEL

Ninfa del prado que a la reja sales
vertiendo aromas y regando flores,
que te meces en juncos tembladores
a orillas de los plácidos raudales:

Que te bañas en líquidos cristales
al son del aire que murmura amores,
respóndeme: ¿has probado los dulzores
de la miel que se guarda en los panales?

Ninfa del prado, si probaste un día
la miel de los panales regalada,
¿no es verdad que esa miel es ambrosía?

Pues para el alma ardiente, enamorada,
hay una miel más dulce todavía,
y es el "sí" de los labios de una amada.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Aroma puro y ámbar delicado;
miel sabrosa que liban las abejas;
lo blanco del vellón de las ovejas,
lo fresco de las flores del granado;

el pétalo del lirio perfumado;
ojos llenos de ardor, bocas bermejas;
besos de fuego, enamoradas quejas;
caricias de la amada y del amado.

Fruición de gozo, manantial de vida,
reflejos de divinos luminares,
pasión intensa en lo interior nacida;

el himno celestial de los hogares.
Con eso sueña el alma entristecida
al rumor del "Cantar de los Cantares".

1883.

LETICIA

Alegría! Alegría! El sol, rey rubio,
cruza el azul con su diadema de oro,
van en el aire el ritmo y el efluvio;
canta el bosque sonoro.

Alegría! Sus arpas pulsa el viento.
Dice un ave en un árbol: "¡Soy dichosa!"
Y, rojos, dejan escapar su aliento
los labios de la rosa.

Alegría! La sangre se acelera:
la savia corre por el tronco henchido,
y saluda a la reina Primavera
la música del nido.

Alegría! Los pájaros cantores
sobre el fresco rosal lanzan el trino,
y arrulla en los eclógicos verdores
el buche columbino.

Alegría! Alegría! Un soplo yerra
que las almas levanta con su ardor,
"¡y se enciende la vida de la tierra
con la llama invisible del amor!"

1890.

MENSAJERO SUBLIME

Bajo un límpido azur, cuyo raso
flordelisan los astros de fuego,
como un dios, en su carro marino
que arrastraron cuadrigas del viento,
fué Colón el Mesías del indio
que llegó al misterioso hemisferio
a elevar el pendón de Castilla
del gran sol en el cálido reino,
y a llevar la palabra de Cristo
con la insignia de brazos abiertos.

LA PETITE ISABEAU

Este sin prólogo preámbulo
es un regalo precioso:
un poeta doloroso
te da un pájaro noctámbulo.
Tienes tres años, la rosa
que está en el tallo tiene eso:
tus labios florecen beso
y no comprenden la prosa.
Te doy el pájaro, niña,
mas, si lo matas ¡traviesa!
que tu madre que te besa
por el pobre, que te riña.
Ámalo, es un errante
poeta, quizá un reproche
lo hizo errar entre la noche
y caer agonizante.

Ave de los corazones,
senzontle del indio triste,
el duelo sus plumas viste,
la pena le da canciones.
En tu peine dejan hebras
hoy tus hermosos hechizos,
hazle un nido con tus rizos
al pájaro que celebras.
Y mañana, cuando a mí
gloria y pena dé la fama,
por la ingratitud de aquí,
por mi pájaro y mi llama
tendré un recuerdo de ti.

Managua, 1895.

TOAST

Que el champaña de oro hoy refleje en su onda
la blanca maravilla que en el gran Louvre impera,
la emperatriz de mármol cuya mirada ahonda
el harmonioso enigma que es ritmo de la esfera;

El bello hermafrodita de cadera redonda,
y del sublime Sandro la núbil Primavera,
y sonriente en el triunfo de su gracia hechicera,
la perla de Leonardo, la mágica Joconda;

Y el pórtico del templo que habita el Númen sacro,
el altar donde se alce su augusto simulacro,
y en teoría suave canéforas hermosas.

La victoria llevando su palma de oro fino,
y rompiendo la sombra sobre el carro divino
Apolo coronado de nubes y de rosas.

1896.

ELEGIA PAGANA

¿Sabéis? La Rusa, la soberbia y blanca rusa,
que danzó en Buenos Aires, feliz como una musa
enamorada, y sonrió mucho, y partió luego
a dar sol a sus rosas al Paraguay de fuego.
La rusa más hermosa de las rusas viajeras,
manzana matutina, flor de las primaveras,
diamante de los popes y perla de los zares.
La rusa que tenía su ramo de azahares
fresco, para la fiesta nupcial, Mima, no existe.
Que Menalcas, llorando, rompa la flauta triste;
que en desagravio a Venus se maten mil palomas;
rómpase el vaso alegre y los frascos de aromas,
y vierta el dulce véspero su elegía nocturna,
su elegía de oro doloroso en la urna
en que descansa aquella gentil carne divina.
No descansa en el lago de la muerte. Patina
la regia rusa; brillan sus patines de plata
al halago lunar. Mágica serenata
hace soñar un ruiseñor en lo invisible,
y Mima es ya princesa de un imperio imposible.
La llamaron las voces de un coro de rusalcas.
Partió, y echó en olvido la flauta de Menalcas,
los azahares y las tórtolas sonoras.
¿Recuerdas un día—amante que la lloras—
en que gozosa y orgullosa fué mi rima
encadenada al libro con un guante de Mima?
Propiciatoriamente yo invocaba a Himeneo.
Aún veo el libro todo blanco y oro. Aún veo
una noche a la eslava que tú adoraste ciego,
digna de amor latino como de culto griego.
Pues la petersburguesa, parisiense y latina,
tuvo todas las gracias, y, además, la argentina.
Como la Diana de Falguiére, ella ha partido
virgen a lanzar flechas al bosque del olvido.
Como la Diana de Falguiére, blanca y pura,
a cazar imposibles entre la selva obscura.

1897.

ROSAS PROFANAS

Sobre el diván dejé la mandolina,
y fuí a besar la boca purpurina,
la boca de mi hermosa florentina.

Y es ella dulce, y roza y muerde y besa;
y es una boca roja, rosa, fresca;
y Amor no ha visto boca como esa.

Sangre, rubí, coral, carmín, claveles,
hay en sus labios finos y crueles,
pimientas fuertes, aromadas mieles.

Los dientes blancos riman como versos,
y saben esos finos dientes tersos,
mordiscos caprichosos y perversos.

Dulce serpiente suave y larga poma,
fruta viva y flexible, seda, aroma,
entre rosa y blancor la lengua asoma.

La florentina es sabia, y ella dice
que en ella están Elena y Cloe y Nice
y Safo y Clori y Galatea y Bice.

Su risa es risa de una lira loca:
en el teclado de sus dientes toca
amor la sinfonía de su boca.

Y ese cáliz hallé de mieles lleno,
y él el placer y el mal puso en mi seno,
y en él bebí la sangre y el veneno.

A JUAN RAMON JIMENEZ

(Atrio de *Ninfeas*).

Tienes, joven amigo, ceñida la coraza
para empezar valiente la divina pelea?
Has visto si resiste el metal de tu idea
la furia del mandoble y el peso de la maza?
Te sientes con la sangre de la celeste raza
que vida con los números pitagóricos crea?
Y, como el fuerte Herakles, al león de Nemea
a los sangrientos tigres del mal darías caza?
Te enternece el azul de una noche tranquila?
Escuchas pensativo el sonar de la esquila
cuando el Angelus dice el alma de la tarde
y las voces ocultas tu razón interpreta?
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La Belleza te cubra de Luz y Dios te guarde.

París, 1900.

FLORA

A tus pies Triptolemo, dea, su cornucopia
vierte, mientras tus manos alzan sobre la testa
encrespada de oro la simbólica cesta
en donde el Iris mágico sus riquezas acopia.
El perfume que nace de tu substancia propia
unge los palpitantes senos de la floresta,
y la estación que ríe bajo su luz de fiesta
hace tus gracias suyas y tus sonrisas copia.
Pues al paso de Flora la Tierra se conmueve
y con formas de oro, de púrpura, de nieve,
de azul, la maravilla de su misterio expresa;
así, llena de música, la selva melancólica,
traduce por el canto de la flauta bucólica
lo que arde, lo que aspira, lo que ama y lo que besa.

Madrid, 1901.

PARA COCONI

Coconí, nombre de flor
o de pájaro, o de gema
de la Biblia. Es un poema
hecho de trino y frescor.

Coconí es el cocotal
y el picaflor y la miel,
y el mirlo sobre el laurel
al lado del manantial.

Flor de sol, botón de aurora,
pequeñita soberana,
maravilloso "mañana"
que eres un divino "ahora".

Junto a la amable tormenta
que tienes por padre, sueña
tu almita que está pequeña,
¡si vieras cuánto le alienta!

Quisiera ver, Coconí,
cuando tú seas mujer
la cara que has de poner
al acordarte de mí.

Tu linda boca dirá:
"Bellos versos me escribió
aquel señor que pasó...
y que quería a papá."

París, 1902.

CHAPELGORRI

Maravilloso champiñón decorativo
que floreciste tantas funciones sanguinarias
en las luchas carlistas, y que por ser tan varias
tus formas, te conviertes en tiara del esquivo;

hacia adelante, o hacia atrás, casco, aureola,
ya redondez de hongo, o arista de peñasco,
al ponerte en mi testa, me siento un poco vasco,
ya Iparraguirre, o bien Unamuno, o Loyola.

Madrid, 1905.

BALADA
SOBRE LA SENCILLEZ DE LAS PERFECTAS ROSAS

A Doña Carmen S. de Concha.

Esta visión de sonrosado encanto,
floral ternura de mil gracias llena
¿la he visto yo cubierta con el manto
que Dios conoce en la mujer chilena?
¿En miniatura de historia agarena?
¿En medioeval poema iluminado?
¿Bajo el azul, en una flor del prado?
¿O en una infanta de cortes fastuosas?
Yo no lo sé, pero en ella he encontrado
la sencillez de las perfectas rosas.

Celebrad prestigiosas Scherezadas
llenas de hechizos milianochescos,
dad vuestros versos a huríes y hadas,
o a reinas de otros reinos pintorescos.
Nobles visiones hay en templo y frescos
para loor de mil divinas cosas
que se han vivido o se han imaginado,
mas nada que a esto sea comparado:
la sencillez de las perfectas rosas.

Puede la orquídea hecha sueño o delirio
ser flor fatal que casi piensa y anda,
puede encantar con su blancor el lirio
o con su broche el tulipán de Holanda;

ritmo latino, flor de Italia escanda;
copla española, el clavel encarnado,
y que en David la Amada y el Amado
sean un sueño a vírgenes y esposas:
todo ello encierra haber aquí cantado
la sencillez de las perfectas rosas.

— Envío —

Carmen: el tiempo vuela apresurado,
mas se oiría algún pájaro encantado
como en hagiografías deleitosas
donde hay un monje lírico encantado,
cuando en tu rostro se haya contemplado
la sencillez de las perfectas rosas.

A FABIO FIALLO

Lo que había en el silencio de mi vida
de voz, canción, llamada, trino o queja,
no lo oirá ya Desdémona dormida
porque ya el ruiseñor no está en la reja.
La esencia de la sangre de mi herida,
el misterio profundo de mi queja,
y lo que puso, en mi panal la abeja
mientras parió la leona en su guarida;
Todo lo que hay en mí de complicado,
de pecador sutil o de perverso,
vino de amor o estracto de pecado,
abarcando en mi afán el universo,
todo eso lo he exprimido, y lo he brindado
en sacrificio, inspiración y verso.

París, 1910.

A BOLIVIA

En los días de azul de mi dorada infancia
yo solía pensar en Francia y en Bolivia;
en Francia hallaba néctar que la nostalgia alivia,
y en Bolivia encontraba una arcaica fragancia.

La fragancia sutil que da la copa rancia,
o el alma de la quena que solloza en la tibia,
la suave voz indígena que la fiereza entibia,
o el dios Manchaipuito, en su sombría estancia.

El tirso griego rige la primitiva danza,
y sobre la sublime pradera de esperanza
nuestro pegaso joven mordiendo el freno brinca.

Y bajo de la tumba del misterioso cielo,
si Sol y Luna han sido los divos del abuelo,
con sol y luna triunfan los vástagos del Inca.

BRINDIS

¡Gloria al buen catalán que hizo a la luz sumisa
—jardinero de ideas, jardinero de sol—
y al pincel y a la pluma y a la barba y la risa
con que nos hace alegre la vida Rusiñol!

1912.

LOS CAÑONES DEL MARNE

Os vi pasar un día con rumbo a la frontera!
¡oh, cañones de Francia! galanos y marciales;
donde los entusiastas nimbaban vuestra fiera
garganta, coronada, por manos virginales.

Vosotros, los guardianes de paso perentorio,
férreos predicadores de cláusulas rugientes,
pasábais, como aldeanos que acuden al jolgorio,
con la rosa o la dalia cogida entre los dientes.

¿Pues cómo tolerabais aquel arnés de flores...?
¿No era absurdo, felinos de rígidas espaldas,
que en tanto que avanzaban los toscos invasores,
marchaseis a su encuentro ceñidos de guirnaldas?

¡Oh, no, que en breves días, sus épicos racimos
os brindó la victoria, y entonces ¡oh! cañones;
todos, en un arranque de júbilo, sentimos
renacer vuestras rosas en nuestros corazones!

1915.

SONETO PASCUAL

María estaba pálida y José, el carpintero;
miraban en los ojos de la Faz pura y bella
el celeste milagro que anunciaba la estrella
do ya estaba el martirio que aguardaba al cordero.

Los pastores cantaban. Despacioso, postrero,
iba un carro de arcángeles que dejaban su huella.
Apenas se miraba lo que Aldebaran sella,
y el lucero del alba no era aun tempranero.

Esa visión en mí se alza y se multiplica
en detalles preciosa y en mil prodigios rica,
por la cierta esperanza del más Divino Bien.

De la Virgen y el Niño y el San José proscripto,
y yo, en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,
y sin la estrella ahora, muy lejos de Belén.

1915.

NOTAS EDITORIALES

LA PLAZA "CARLOS MANUEL DE CESPEDES"

Con asistencia del Vicepresidente de la República, de casi todos los Secretarios de Despacho, algunos Senadores y Representantes, miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en Cuba y del Poder Judicial, Alcalde Municipal y Concejales del Ayuntamiento de La Habana, altos funcionarios de la Administración, representación de la Universidad Nacional, de los Veteranos de la Independencia y Emigrados Revolucionarios, y un público enorme, del que formaban parte todas las clases sociales, tuvo efecto el día 24 de febrero último, a las diez de la mañana, el acto solemne de sustituir el nombre de la Plaza de Armas de esta capital por el de Carlos Manuel de Céspedes, cumpliéndose así el acuerdo tomado por el Consistorio habanero a propuesta del concejal señor Ruy de Lugo Viña, quien—atendiendo la solicitud formulada en 17 de noviembre del próximo pasado año por el distinguido periodista que con el seudónimo de *Julio Luis* redacta la sección titulada *Cultura Cívica* en el diario *La Discusión*—, se hizo eco en la Cámara Municipal de la iniciativa que tuvo CUBA CONTEMPORÁNEA, en nota editorial que bajo el título de *Homenaje a la memoria de Céspedes* publicó en su número del mes de marzo de 1921—año y medio antes de que el hijo del prócer fuera designado para desempeñar la Secretaría de Estado—, al solicitar del Ayuntamiento capitalino que diera el nombre del mártir de *San Lorenzo* a la Plaza de Armas, para que en ella se levantara algún día la estatua que Cuba debe erigirle.

Tanto por el deseo de que se conserven en estas páginas

todos los documentos y detalles informativos relacionados con la patriótica ceremonia efectuada en el último aniversario del Grito de Baire, como también para desvirtuar con pruebas fehacientes el error en que incurrió el diario *El Mundo*, de esta ciudad, al atribuir la iniciativa del referido homenaje, al actual Presidente de la Asociación de Emigrados Revolucionarios Cubanos, quien fué ajeno a él en lo absoluto, transcribimos a continuación la alocución dirigida por el Alcalde Municipal al pueblo de La Habana, invitándolo a concurrir a dicho acto, y los elocuentes discursos pronunciados por los señores Miguel Angel Carbonell, Ruy de Lugo Viña y Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, el primero en representación de la primera Autoridad Municipal; el segundo a nombre del Ayuntamiento habanero, y el último en su carácter de hijo del iniciador de la Revolución de Yara.

Alocución del Alcalde al pueblo de La Habana.

El glorioso día 24 de Febrero, a las 10 a. m., se efectuará el cambio de nombre de la Plaza de Armas por el de Carlos Manuel de Céspedes, como un homenaje que este Municipio rinde al Padre de la Patria en el mismo lugar que fuera el centro político y militar de la Colonia que él combatiera con su fe de apóstol y su ideal de cubano que, sin odio para los dominadores, anhelaba la absoluta libertad de su patria, que era para él símbolo de una doble liberación: la del ciudadano y la del esclavo.

En este acto solemne, que se debe a la iniciativa de la revista Cuba Contemporánea, hablarán los siguientes oradores: En nombre de esta Alcaldía el señor Miguel Angel Carbonell autor de *La Ruta del Fundador*. Por el Ayuntamiento, el concejal señor Ruy de Lugo Viña, autor de la moción por la cual se efectúa el cambio de nombre. Por los familiares del eximio patricio, el Secretario de Estado Dr. Carlos Manuel de Céspedes. Invito a todos los vecinos de esta ciudad, que habrá de honrarse dando a uno de sus lugares de mayor significación histórica el nombre nunca bien alabado de aquel cubano que fundó la base de nuestra nacionalidad con el alto ejemplo de su vida generosa, toda ella consagrada, así en el ideal como en la acción, al bien de esta Patria que le debe un monumento a su memoria imperecedera, y que en la fecha inmortal de Febrero, que no se habría producido sin su antecedente del 10 de Octubre, le habrá de recordar en el que fué corazón de la isla subyugada, allí mismo donde se hacía representar la Metrópoli con todos los errores ya olvidados, que de modo tan gallardo y noble combatiera Carlos Manuel de Céspedes.

Honremos al Apóstol y al Mártir con este acto, en cuya celebración

tengo especial complacencia por ser el último que habré de presidir como primera autoridad municipal en el día mismo que se vence el período para el cual fuí electo por esta muy querida ciudad.

Habana, febrero 21 de 1923.

MARCELINO DÍAZ DE VILLEGAS,
Alcalde Municipal.

DISCURSO DEL SR. MIGUEL ANGEL CARBONELL.

Doctor Carlos Manuel de Céspedes; Señoras y señores:

El señor Alcalde Municipal ha delegado en mí su autoridad para que levante la voz en este acto solemne de la subrogación del nombre de la Plaza de Armas por el de Plaza de Carlos Manuel de Céspedes, homenaje de devoto reconocimiento a la memoria veneranda del fundador de la República que tributa hoy La Habana, merced a la percusión que iniciativa generosa de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA encontrara en el concejal Ruy de Lugo Viña, alma plena de nobles entusiasmos por nuestro pretérito de glorias y paladín de la buena nueva republicana en quien concurren y se destacan a un tiempo mismo la fuerza de la mente, que inicia orientaciones lúcidas, y el corazón limpio y fervoroso que las estimula y las practica.

Si el culto a una gran memoria y el acatamiento sincero a lo que ella significa en el orden de la civilidad para seguirla con pasión de enamorado y no torcer jamás el rumbo que conduce a la afirmación de cuanto a ella esté ligado, es ejecutoria suficiente para cumplir la encomienda con que se me ha enaltecido en este día de glorificación, creo, y no es esto alarde vano de inmodestia, sino justificación plena de un acto, que no ha errado el señor Alcalde Municipal al resignar en mí su representación; y digo que no ha errado, porque si algún título de beligerancia puedo ostentar ante mis conciudadanos es, precisamente, el de no haber olvidado—en medio de los desastres morales en que nos hemos debatido, escépticos unas veces y como atacados de insania otras, en un delirio inconcebible de aniquilar las conquistas que el patriotismo rubricó sobre la roca granítica del martirio y de la gloria—, aquella figura patriarcal que se dilata ahora mismo ante mis ojos irguiéndose, en el frenesí del heroísmo, entre los conjurados de *San Miguel,* para proclamar, con voz que parecía tener la majestad del trueno sagrado sobre la cumbre del Sinaí, que la hora era solemne y decisiva, que el poder colonial estaba caduco y carcomido y que si aun nos parecía fuerte era porque hacía más de tres siglos que lo contemplábamos de rodillas; transfigurado, en el paroxismo de sus ensueños bélicos, respondiendo a los que inquieren por las armas: *¡se las arrancaremos al enemigo!;* destrozando con sus manos de padre, hechas a la ternura y al amor, las cadenas infamantes que atan al esclavo negro, abriéndole los brazos y llamándole su hermano para anun-

ciarle, conmovido, en aquella madrugada de *La Demajagua,* que pronto irradiará por sobre la cumbre del Turquino el primer lampo soberano; confiando, con una fe de iluminado, después del desastre de Yara, en que aun le quedan doce hombres y que bastan para hacer la independencia de Cuba; arrebatado de júbilo, cuando ve nutridas sus filas por las guerrillas insurrectas que surgen de todas partes al conjuro milagroso de su grito manumisor; entrando, con la majestad del genio triunfador, al son retumbante de los tambores insurrectos, vibrantes los clarines, cuyas notas transmuta en himno *Perucho* Figueredo, y coronado por una lluvia de flores, que valerosas manos de mujeres arrojan con ternura al paso de su libertador, en su amada Bayamo, que se engalana para recibirlo, mientras en las calles sus pelotones adiestrados aniquilan, en cargas tempestuosas a los últimos mantenedores de la plaza que a poco se le rinde con el Gobernador a la cabeza; surgiendo, como entre resplandores inmortales, del incendio colosal con que su bella ciudad emula los lauros inmarchitables de Numancia; con la investidura de jefe supremo, honrándola por la energía y la justicia con que se conduce, incapaz de utilizar en su propio provecho la centralización del mando, que depone al primer choque con sus implacables adversarios, ante los representantes del pueblo; ungido con la nominación presidencial, jurando acatamiento a la Constitución votada en Guáimaro; clamando por una guerra concordante con los sentimientos de humanidad y colmando con los prisioneros la medida de lo magnánimo para demostrar a sus circunstanciales enemigos que no le mueve el odio contra el español, sino la pasión por Cuba, a la que quiere ver "sentada en el consejo de las naciones, brindando por el amor y la concordia de los pueblos"; luchando, con una generosidad que no igualó jamás hombre alguno en circunstancias similares, y menos siendo de su vehemencia tempestuosa y de su celo por la conservación plena del carácter, con una Cámara agresiva que no advierte, al suponer en él tendencias dictatoriales, que la dictadura está en los principios jacobinistas que ella sustenta; acatando serenamente el mandato de esa Cámara cuando ve culminar la tormenta de rencillas que le envuelve en su deposición de la Presidencia de la República, mostrando una abnegación que bastaría para inmortalizar a un hombre ante la Historia al rechazar el propósito de sus parciales, entre los que se cuenta el jefe de la brigada más fuerte de la Revolución, de mantenerlo en la Presidencia, alegando que por su causa no se derramará una sola gota de sangre cubana; casi ciego y olvidado de los más en su solitario retiro de *San Lorenzo;* pobre, él que había sido potentado señor de esclavos; resignado a los caprichos arbitrarios de sus adversarios con mando, para demostrarles cuán digno era él de ejercer ese mando con la práctica del sacrificio, que es más bella y elocuente lección que la de la fuerza; cuando sorprendido por la tropa enemiga, se incorpora, empuña su revólver, dispara serenamente, y cuando sólo le queda en la

cámara humeante la última bala, vuelve el arma contra su pecho y decide, al borde de un barranco, con los ojos clavados en el horizonte como si quisiese abarcar el Océano y tender los brazos, desde aquella antesala de la Eternidad, al Norte, oscurecido por la bruma, donde en vano le aguardaba, al pie de la cuna del que había de ser digno hijo del mártir de *San Lorenzo,* la noble compañera, que emuló sus virtudes comprendiéndolas y estimulándolas con el fuego de su pasión, clavársela en el inmenso corazón, desplomándose sin vida por los flancos de la Maestra, Capitolio y Gólgota de su apostolado redentor, demostrando a propios y a extraños que sabía caer con el estrépito de una montaña que se derrumba... y una montaña era, en verdad, aquel hombre, pequeño de estatura y gigante de espíritu, dictador hercúleo de principios y voluntades, que siente, y no se equivoca, como que su pueblo culmina en él; aquel preceptor y mantenedor a un tiempo mismo de la libertad y Cristo generoso del esclavo infeliz; aquel idealista de sublimes arranques que por su temeridad parecía el dios de los espartanos y por su mente un ateniense del siglo de Pericles; aquel luchador indómito que en la antigua Roma hubiera vestido la toga de los Graco, que en tiempo de las Cruzadas habría emulado a Pedro el Ermitaño y en la Francia atormentada del ochenta y nueve hubiese sido el Vergniaud de la Gironda.

En todos los tiempos y bajo todos los cielos hubiese sido conductor de pueblos aquel invicto forjador de su patria. No fué Carlos Manuel de Céspedes un hombre de esos que, por raro sortilegio, se ven inesperadamente colocados en la cima donde fulguran los astros y aletean las águilas. No fué él una improvisación del medio, sino un forjador de él. Céspedes vino al mundo dotado de las facultades todas inherentes a los grandes caracteres: amplia la mente y como iluminada por divinas claridades; férrea la voluntad; desbordado el corazón de una vehemencia tempestuosa y oreada esa vehemencia por un cauce inagotable de tolerancia y de abnegación que, andando el tiempo, le hizo escribir poemas superhumanos; desbordada la ambición por la gloria, indispensable a los arrestos del altruismo; colmada la medida del valor, del verdadero valor, del que combate por el honor, no del que es pasaporte de credenciales en nuestro retablo político y que sólo se cotiza como tal por los que confunden la violencia con el carácter e ignoran que el valor ha de estar aliado siempre a la virtud, sin la cual su fuerza es negativa. Siendo grande y sintiéndose grande, ¿qué de extraño que aquel hombre, al abarcar el campo del separatismo, buscase al conductor y mirase a su interior, gozoso de encontrarlo en sí? Mengua fuera sentir en su propio sér la llama que ha de consumir la tiranía y reservarse egoístamente para no ser tachado de ambicioso. Céspedes precipitándose a la lucha en la madrugada de gloria del diez de octubre de mil ochocientos sesenta y ocho, sin preocuparse de lo que de su actitud pudiese opinar el impresionismo de un grupo, revela

su grandeza moral, porque hay que poseer esa cualidad extraordinaria para tener la fortaleza de desafiar la maledicencia humana con tal de ser útil, no sobre el pedestal en que se goza, sino sobre el ara en que se muere, a la libertad y a la República.

Sin envanecerse jamás por ello, sino gozoso de saber su pueblo en sí, Céspedes sentía como que Cuba vivía en él, y amaba el mando, porque le parecía que la estrella se apagaba si el mando iba a otras manos. Lo que sucedió cuando se operó el mutis, y ya no fué el Presidente de la República, sino el solitario de *San Lorenzo,* comprueba que no era falsa su visión. Apuró el martirio, porque tuvo la fuerza suficiente para sostener ante una juventud patriota, pero extraviada por la irrupción de las ideas liberales, sus previsoras ideas centralizadoras, ideas que han recibido la consagración del triunfo, en casos de guerra así en Cuba como en el mundo todo. Tuvo virtudes y tuvo, también, defectos; tuvo amigos que lo idolatraron como a un dios y tuvo adversarios implacables que lo combatieron con violencia. Sintió, a ratos, la lastimadura del dardo, y se tornó iracundo; pero ni fué capaz del odio ni en sus pasiones dejó de la mano nunca, posponiéndola a vanas satisfacciones del amor propio, la suerte de su patria. La misma circunstancia de haber sido un hombre real, un hombre al que no faltaron sus naturales horas de error, aunque fueron pocas, y siempre provocadas de fuera a dentro, hace a Céspedes más grande, porque hay que haber sentido alguna vez, y todos la hemos sentido, la ira provocada por la injusticia, para saber de qué anchura tuvo que ser el corazón en hombre del temperamento de Céspedes cuando triunfó de sus naturales pasiones al aceptar abnegadamente el mandato arbitrario que lo depuso, a sabiendas de que una protesta suya hubiera probado a sus adversarios que no estaba solo en aquel vórtice de intrigas el Presidente de la República.

Dos ideas de redención destacan la personalidad de Carlos Manuel de Céspedes: la una de trascendencia pública: la emancipación de Cuba de la tutela de España; de trascendencia universal la otra: la abolición de la esclavitud. Humano antes que todo, pues que pensaba, pensando bien, que no se podía ser patriota, aspirar a una República democrática, y mantener la infamia de la esclavitud como un principio social, su primer rugido emancipador fué en favor de los esclavos. Todo parecía sonreir a aquel hombre respetable y respetado que tenía fortuna para disfrutar de una vida fastuosa, que contaba con haciendas pobladas de esclavos, que poseía títulos intelectuales y era en la abogacía el triunfador, y, sin embargo, Céspedes era un gran triste, porque en nada estimaba el disfrute de una vida en el boato mientras sabía de una clase que a diario era maltratada; mientras contemplaba, iracundo en su impotencia para evitarlo, el comercio infernal con el hombre negro, arrebatado al cariño de la madre para ser vendido al mejor postor, sin que a la madre le fuera dable siquiera exteriorizar con una lágrima el dolor

de aquella separación brutal, porque en seguida el mayoral de entraña dura que un dueño egoísta escogía, por esta misma circunstancia, para que fuera ejemplar verdugo, descargaba sobre la infeliz mujer el látigo que le arrancaba, junto con los ayes desgarradores del dolor, las últimas preocupaciones de la dignidad. Fué, siendo Síndico del Ayuntamiento de Bayamo, cuando Céspedes irrumpió un día en aquel campo infernal con protestas favorables a los esclavos. Las autoridades coloniales se alarmaron, y, teniéndolo por rebelde peligroso, desplegaron sobre él el espionaje asalariado. ¿Cómo—se preguntaban los más, endurecidos en su egoísmo—; cómo es posible que Carlos Manuel de Céspedes, el rico señor de esclavos, el caballero de augustos timbres de nobleza, el primero siempre en toda fiesta social, el abogado de nota a quien España ungiría con las más altas representaciones políticas, cómo es posible que se ocupe en defender al siervo envilecido condenado a trabajo eterno? Ah!, era que no pensaban que Carlos Manuel de Céspedes pertenecía al grupo de los grandes altruistas, y la vida fastuosa, lejos de haber petrificado su corazón, le hizo, por contraste, conocer mejor el dolor de los desventurados sin abrigo y sin pan, el de los esclavos, obligados a vivir en el aprobio de una vida de privaciones y flagelos, el del colono, sojuzgado a la bota de amos insolentes. Era que no pensaban que en aquel dadivoso potentado había un poeta de ternuras hondas y de altiveces desconcertantes, y un tribuno arrebatado que sólo esperaba el Agora bendita en que poder convidar a su pueblo a la batalla por la doble sublime idea de hacer al negro hombre y llamarlo su hermano, y de hacer a éste y a los cubanos todos ciudadanos.

La patria y el mundo lo contemplaron más alto cuando, en armas ya, borró del cielo de América en su República naciente la mancha de la esclavitud, que cuando alzó una patria nueva sobre los hombros. Y no fué estéril su esfuerzo en el aspecto humano, como no lo fué en el aspecto político, aunque su causa no triunfara, ya que resultó la de la abolición de la esclavitud la única real conquista de la revolución al signarse el Pacto del Zanjón. Cierto que el reconocimiento sólo alcanzó al campo republicano; pero cierto, también, que la libertad del esclavo insurrecto sirvió de acicate a la otra parte irredenta, y que fueron las ideas de Céspedes las seguidas por los abolicionistas consagradores de su obra, de su obra, que alcanzará en el mundo más trascendencia que la de Lincoln en los Estados Unidos, porque mientras ésta sólo ha tenido hasta ahora validez en la ley, y no en la costumbre, en Cuba se hermanaron tan sólidamente las dos razas que juntas realizaron la emancipación y juntas son hoy puntal de la República por el magno redentor fundada. Y así se destaca Céspedes, ante nosotros que lo amamos como a un padre, y ante el mundo, que lo venera como redentor, heroico y valeroso como Bolívar y justo y abnegado como Cristo.

Bien ha hecho el Ayuntamiento de La Habana en honrar a Carlos Manuel de Céspedes, dando su nombre esclarecido a esta Plaza que fué centro, precisamente, de los poderes seculares por él combatidos. No importa la modestia del laurel que le depositamos hoy en el altar de nuestra gratitud: basta la oportunidad que ese laurel nos brinda para que nos juntemos hoy los cubanos; para que nos juntemos y nos purifiquemos con el fuego de su patriotismo incandescente y para que juremos, como el mejor tributo a su memoria, que liquidaremos con la democracia babilónica que hasta ahora hemos practicado, dispuestos a enaltecer y a perpetuar la República, la mejor ofrenda de Cuba a su propulsor, porque no está la talla de los redentores tan sólo en su natural grandeza: también en la altura que alcance la obra que forjaron con su martirio.

Discurso del Sr. Ruy de Lugo Viña.

Señor Alcalde Municipal; Señor Carlos Manuel de Céspedes; Señoras y señores:

Aunque su nombre está escrito en nuestros corazones, no lo busquéis, en cambio, en la topografía de nuestra ciudad. ¿Qué naciente avenida, qué escondida calle, qué oscuro parque lleva ese nombre? Ninguno. Y sin embargo, es el nombre preclaro de un patriota que fué genial como Martí, intrépido como Agramonte, desprendido como Marta Abreu, indoblegable como Máximo Gómez, perseverante como Aldama, precursor como Narciso López, soñador como José María Heredia, denodado como Antonio Maceo, docto en letras como Manuel de la Cruz, austero como Francisco Vicente Aguilera, investigador como Felipe Poey, evangélico como el Padre Varela, mártir como Zenea; estos diversos nombres, más tantos otros no menos rememorables, fueron salvados del olvido y ahí están exornando nuestras avenidas, nuestras calles y nuestras plazas, como si, al ser repetidos y divulgados por los hombres de las nuevas generaciones, quisiéramos transformar la nomenclatura de esta Habana que aun sigue siendo tan colonial, pese a nuestro deseo de ofrendarla a los héroes y a los mártires como el más digno pedestal de su glorificación. A través de veintidós años se ha tratado de ir borrando la tradición de nuestra urbe, como si, al hacerlo, pudiéramos dejar escrita en un gran libro la historia de una epopeya que culmina en el nombre de cada uno de sus titanes de la acción y del verbo, de la pluma y de la espada; y allí donde estaba la de la Reina Católica se ha erigido la estatua de Martí, y allí, casi junto a los muros donde el plomo insensato abatió a los estudiantes inocentes, se alza pensativo el bronce de José de la Luz y Caballero; y dondequiera que existía un nombre de evocación ingrata o de inadecuada significación se le ha trocado por otro que fuese agradable a los cubanos de la República, como si, en la red intrincada de arterias y

respiraderos urbanos, pudiese aprender el cubano de hoy lo que el subsistente cubano de ayer evoca en cada lápida de rotulación cívica ofrendada a la memoria de los próceres. ¡Pero es en vano que busquéis el nombre de Céspedes, pues que en parte alguna habréis de encontrarlo! Y yo me pregunto: ¿es que se repudia su obra o es que se olvida su memoria? Esa omisión inexplicable, cuya causa no debemos de investigar en este momento, debía ser reparada si es que en realidad tenemos una patria donde levantar columnas al recuerdo de los que nos emanciparon espiritualmente para darnos luego a gozar de un derecho que debemos usar para bien nuestro, pero siempre en nombre de ellos, los libertadores. Y por eso pedí al Ayuntamiento a que dejaré de pertenecer dentro de algunos instantes, que se apresurase a recoger por mis labios la iniciativa de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA donde se pedía el rescate de un olvido, no ya para poner la primera piedra de un monumento que no es aquí donde debe ser erigido, sino para dar un nuevo nombre de baustimo civil a esta legendaria Plaza de Armas donde el grito rebelde de Céspedes en *La Demajagua* y su acción generosa de *San Francisco* debieron repercutir tan angustiosamente como allá en las entrañas de la madre—buena o mala, pero madre al fin—que se desgarraba en el dolor de estos nuevos amores que hacen posible, y de una hermosa posibilidad que todos contempláis, el hecho de que el mármol de un rey de cetro y corona pueda seguir levantándose sobre este suelo de una plaza colonial que fuera vivac guerrero, donde a la sombra de la ceiba del Templete plantó Diego Velázquez el estandarte de Castilla y donde entre los recios muros de la centenaria fortaleza aun parece animar el ánima belicosa de los conquistadores, y que de ahora en lo adelante se habrá de llamar, al amparo del antiguo Palacio de los Capitanes Generales que es hoy la Casa Municipal de donde emana la resolución de celebrar este acto reparador, por la denominación de aquel legionario que aun no había enaltecido con su nombre las viejas piedras y el alma nueva de esta muy noble y heroica ciudad de San Cristóbal de La Habana: por el nombre de Carlos Manuel de Céspedes, vuestro padre, que es también padre de todos los cubanos que nos podemos llamar hermano vuestro.

¡Y ya no serán sólo a cantar la gloria de la epopeya el verbo de Martí, la voz de mando de Maceo, el estro de Heredia, la parábola de Luz y Caballero, porque ahora está ya aquí en nuestra ciudad, no viajero de Bayamo sino embajador de las huestes aguerridas del decenio estupendo, aquel caballero sin tacha, bien nacido y hecho para obra de todo bien, que no quiso dar su cuerpo a la muerte sin antes haber dado su vida a la inmortalidad! Bienvenido sea, porque aun no llega tarde. Venga hacia nosotros el patricio bayamés de suelta melena, de hidalga perilla, de alta frente, que, portando como arma única el caballeresco bastón de puño de oro, luce la traza señorial de aquellos hombres de nuestra época heroica que tenían tal dignidad en la figura y tal arro-

gancia en el gesto que a cualquiera de ellos creyérasele hombre de elevada alcurnia; y aquél lo era, no ya sólo por la prosapia del apellido y por la majestad natural de su hombría inmaculada, sino también por la luz interior que animaba sus gestos resueltos y sus palabras elocuentes en el Ayuntamiento de Bayamo, cuyo Síndico era, contra toda villanía y toda transgresión de las leyes racionales, y que le hacía ser en Palma Soriano, Manzanillo, Baracoa y Santiago, desterrado dentro del propio suelo nativo, el mismo adolescente rebelde que allá en España busca en la alianza de un general español y en los azares de una conspiración peninsular la mano ajena que luego habría de ser su mano misma y la conjura santa que por resolución suya habría de emancipar a los patriotas y romper las cadenas de los esclavos, libres los unos y los otros ante la patria y ante la humanidad. Y ese hombre que recorrió el mundo, pero para el cual el mundo no es tal con sus maravillas mientras exista una isla náufraga perdida en el Océano, es aquel prisionero del buque *Soberano,* resto inerme de la armada heroica que sucumbió en Trafalgar y entre cuyas maderas rajadas, el velamen roto y perdido el timón, debió pensar alguna vez que España en Cuba era ya tan soberana como aquel *Soberano* que en las aguas tranquilas del puerto de Santiago, enrojecidas más tarde por la sangre de una contienda horripilante, sólo podía rememorar como idos y muy lejanos sus días de augusto esplendor y de invencible poderío.

Venga hasta nosotros el patricio a través de las cumbres de la historia en esta fecha que puede decirse que es el día de Martí, pero que sería acaso uno de los tantos días sin luz y sin gloria a no ser por aquella otra fecha de Octubre que es el día de Céspedes, progenitor de los ideales de Martí y padre de una patria que hoy le evoca junto a estos muros seculares, bajo el plácido arrullo de la ceiba sacramental, como si del mármol de un rey español que abrió los puertos de Cuba al tráfico del mundo surgiese en suprema apoteosis de victoria la figura pequeña y enérgica, toda ella aureolada de nobleza, de aquel caballero de Bayamo que abrió el corazón de Cuba al amor de la humanidad, haciendo del amo, que lo era el español, un hermano, y del esclavo, que lo era el siervo negro, un semejante digno de que la campana libertaria y libertadora batiese por la liberación de sus cadenas tanto como por la bendita libertad que nos daba el derecho de propia y soberana ciudadanía. A ese galardón pudieron aspirar los cubanos de entonces, teniendo, como tenían en Carlos Manuel de Céspedes, el ejemplo de un ciudadano modelo que se arrogaba el privilegio de ser libre y hacer libres a todos los compatriotas que ya sabían sentir, como él, lo que era una patria, lo que es tener una patria como la que ellos se conquistaron sin llegar por eso a gozar de una patria como la que nosotros poseemos por él y por ellos, tanto como por el José Martí de este 24 de Febrero que habría sido imposible sin el 10 de Octubre de Carlos Manuel de Céspedes.

No se cumple aquí en toda su extensión la iniciativa de CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyos Director y Redactores se hallan presentes en este acto, porque no es aquí, en los propios cimientos donde se alza la estatua del soberano español, donde debe levantarse el monumento que la nación y no ya la ciudad le debe a Céspedes el Fundador, y que ojalá se ejecute muy pronto por la buena voluntad de todos los cubanos y no sólo por el impulso del cubano que es su heredero y que su nombre lleva; no es aquí donde se debe levantar tal monumento, aun cuando esas edificaciones fuesen derruídas para crear sobre sus escombros la dársena de desembarco que está necesitando el movimiento marítimo de este puerto de tan gran importancia; no es aquí, señoras y señores, porque estas paredes cierran el horizonte, limitan el espacio, reducen la magnitud de la perspectiva, quitando grandeza al sagrario que debe erigirse frente al mar que surcaron los expedicionarios de la epopeya y bajo este cielo claro que es también limpio y puro como aquel de Bayamo que vió nacer al hijo de casa rica, tan rico en ensueños de bienaventuranza y en denuedo de luchador. Dirigid, señoras y señores, vuestra mirada hacia la Avenida de Martí, que nace en la de Máximo Gómez y va a morir en la de Maceo; y más hacia el Oeste, pero siempre hacia el Norte, detenedla en el peñón de la Batería de Santa Clara, que está erguido frente al mar y casi en el acantilado y que, por sobre la línea de las edificaciones, se levanta ampliamente hacia el cielo. Es allí donde se debe de construir algún día el Templo de la Patria, como el santo tabernáculo en que habrán de convergir las estatuas de Maceo, de Martí, de Luz y Caballero, de Quesada, de Manuel de la Cruz, de Alejandro Rodríguez, de Estrada Palma, de Finlay, de Zenea, de todos aquellos cubanos que en la glorificación de su pueblo han obtenido ya el recuerdo imperecedero del mármol y del bronce, más el de todos aquellos que fueron olvidados y preteridos y para los cuales no habrá nunca en parques y paseos, y ni siquiera en los camposantos donde sus restos reposan, la perdurable ofrenda de la comunidad. ¡Este lugar es estrecho para la gloria de Céspedes! Y es allí donde el primer patriarca supremo que tuvo la República debe presidir, sobre el asiento que le ofrezca el brazo gallardo de Narciso López y bajo el palio del párroco bayamés Diego José Baptista, porque a ello tiene derecho el padre heroico de Oscar, el esposo amante de Ana de Quesada, el paciente maestro de la niña desamparada de *San Lorenzo,* que sabe ser hombre en toda la alta expresión humana que tiene esta palabra; el Síndico del Ayuntamiento de Bayamo, el aliado de Juan Prim, el émulo de Francisco Vicente Aguilera, que siendo inspirado poeta junto a Fornaris y orador centelleante junto a Antonio Zambrana, supo ser, antes que mártir, apóstol, soldado, trovador, tribuno, rayo en la llanura y en la cumbre sacerdote de toda resignación y magnanimidad; el que resigna el mando sin provocar rebeliones, el que somete a Donato Mármol, el que persuade a Ignacio Agramonte, el que, aunque escarnecido por los

mismos que debieron ensalzarlo, no puede ser tirano porque lucha por la libertad y el que no puede sentirse señor y dueño junto a aquellos sus esclavos que, aun debiéndole algo más que la vida al propietario de *La Demajagua,* no pudieron luchar cerca de él y por él en *San Lorenzo,* cuando solo, desamparado, rendido al peso de los años más que a la amargura del infortunio, en plena contienda dentro de la que él no pudo disfrutar de triunfos y esperanzas pero en la que tampoco se dejó arrebatar por odios y rencillas, herido una vez y otra vez y resuelto a morir libre antes que caer vencido, entrega su alma a la caricia de una pistola—¡más fiel que sus amigos!—y el cuerpo al derriscadero de un barranco—¡menos cruel acaso que la saña y el rencor y el encono de los que, al perseguirlo, exaltaron aun más su propia grandeza imperecedera poniendo espinas en aquella frente que debió siempre estar cubierta de laureles!

Y es allí, señoras y señores, en el Templo de la Patria que con sus columnatas votivas y su friso simbólico debe estar más alto en el corazón de los cubanos que las torres de las más altas catedrales, donde habrá de levantarse, tan sólo si vosotros lo queréis, el monumento a este hombre bueno, a este santo patricio, a este gran cubano de que ha hecho tan brillante apología el verbo magnífico de Miguel Angel Carbonell, que, si careciera de otros muchos méritos como escritor y como cubano, tendría siempre el muy alto de haber escrito *La Ruta del Fundador.* ¡Ojalá sean nuestras manos, unidas a las de su sucesor, las que pongan la primera piedra de esa deuda de la patria que debemos pagar los cubanos de la presente generación antes de que el altivo baluarte de la Batería de Santa Clara sea puesto a nivel del suelo por el progreso urbano de esta ciudad indiferente, que con mucha frecuencia se olvida, en su pujanza material, de mirar hacia el infinito donde Céspedes sigue aún estando más alto que nosotros por mucho que levantándonos sobre nuestro agradecimiento nos esforcemos por estar cerca de él y de él ser dignos! Es allá, señoras y señores, donde debemos colocar la primera piedra que en nuestro tributo le rindamos a los beneméritos de la libertad que sean capaces de figurar con propia historia junto a Céspedes en ese Templo de la Patria de nuestra devoción cívica fervorosa y perenne.

Discurso del Dr. Carlos Manuel de Céspedes y Quesada.

Señor Alcalde; Señores:

Hondamente afectado por la grandiosidad, así como por la trascendencia patriótica de este acto, no puedo precisar cuál de los dos sentimientos que en este instante me dominan es el más intenso y el más noble, ni en cuál de ellos habría más pura y elevada inspiración para corresponder mejor a los elocuentísimos y brillantes discursos pronunciados por los Sres. Carbonell y Lugo Viña, en nombre de nuestras

Autoridades Municipales; y es que, sin duda, no acierto a discernir, señores, en lo que siento que tan profundamente me conmueve, si en realidad de verdad hay alguna diferencia apreciable entre la gratitud que experimenta el hijo por el hermoso tributo rendido aquí a la memoria veneranda de su padre y la inmensa satisfacción del patriota por el espléndido homenaje de nuestra primera urbe al que, como fundador de nuestra nacionalidad y emancipador de los esclavos, quiso ser, por estos hechos, el padre de todos los cubanos. Esa vivísima gratitud, con que respondo a la nobleza de mis compatriotas y hermanos, se produce en mi ánimo y a todos se revela como una emoción profunda y religiosa de mi corazón filial, que la magnificencia de esta nueva consagración inspira poderosamente, y que es tan espontánea como natural en quien, por la inexorable complicidad de la gloria y de la muerte, perdió en una escena trágica al autor de sus días, el cual nos legara, cuando desapareció para siempre, a la vez que los agravios de Cuba esclava y la guarda de su honor, las responsabilidades y deberes que la magnitud de su empresa y la calidad de su herencia implicaban.

Como hijo de Céspedes y en nombre de todos sus descendientes y familiares, cúmpleme expresaros nuestro más sincero agradecimiento; pero como soldado de la última guerra de la independencia, como ferviente colaborador del divino Martí en sus portentosos trabajos de preparación para el movimiento revolucionario de 1895, como compañero de Máximo Gómez y Antonio Maceo, y de tantos y tantos héroes y mártires gloriosos que ofrendaron su sangre por la redención de nuestro pueblo y alumbraron el firmamento con la luz de su ejemplo, como cubano, en fin, orgulloso de serlo y de sentirlo, debo con vosotros experimentar, como experimento, intensa satisfacción, al inferir de las manifestaciones hechas por aquellos jóvenes oradores, siguiendo desde lejos la blanca toga del sublime Apóstol, que este acto luminoso no pasará inadvertido en la hora actual, porque lo que se ha hecho significa incuestionablemente que el numen de la revolución cubana continúa inspirando a los hijos de esta tierra con cuanto tuvo de más grande y sugestivo la epopeya, y viene a proclamar aquí, con voz clara y vibrante, el mismo dogma fundamental y los mismos principios inmaculados de dignificación y de justicia que un día llevaron a los cubanos a los campos de batalla, al cadalso y a la expatriación con el nombre que habéis dado a esta plaza en los labios y en su postrer mirada al horizonte encendido por las llamas purificadoras, la visión llena de promesas y consuelo de una patria libre y redimida.

Frente al pasado histórico de la nación, que aquel templete, aquella fortaleza y esos palacios representan, no sentimos ya las pasiones ardientes de la guerra ni el peso abrumador de las cadenas coloniales; pero el alma atribulada de nuestro buen pueblo, asediada por dudas e inquietudes aun recientes, ha querido buscar, en el origen de nuestra nacionalidad, algo que, simbolizando en este lugar—convertido ahora

en blasón glorioso de nuestra raza y residencia de poderes democráticos—, sus ideales y aspiraciones de libertad e independencia, hoy como ayer apasionadamente amados y tenazmente defendidos, tuviera la virtud de recordar a las generaciones actuales y venideras que no han de prevalecer contra la obra del 10 de octubre de 1868, reafirmada el 24 de febrero de 1895 y reconocida por el mundo el 20 de mayo de 1902, ni los radicales cambios de los tiempos e ideas, ni la infanda labor de la protervia, si los cubanos, cumpliendo el testamento del Fundador y unidos y juramentados en el servicio de la patria, vivimos resueltos a consolidar la independencia y la soberanía de nuestra tierra en la perfecta estabilidad de las instituciones de la República, la estabilidad de la República en la cordura, la honradez y la rectitud de los gobernantes, y estas virtudes cívicas en el patriotismo y la dignidad del pueblo cubano.

Debe ser, por lo tanto, y sobre todo, un cordial y vivificador espíritu de confraternidad y decisión patrióticas por cuanto interesa al triunfo de la buena causa, el que nos infunda el acuerdo que ahora se cumple del Ayuntamiento de La Habana, motivo de optimismo para el futuro de nuestra República, que—es grato señalar—sigue con éxito lisonjero el camino emprendido de rectificación y reconstrucción nacional. Perspectivas muy brillantes se descubren por su efecto para Cuba en este día ya famoso en los anales de la patria. ¡Continuemos alimentando el fuego sacro! En el templo en donde arde esta llama caben todos los cubanos. Y actos como éste, en que se reafirma la fe en nuestros destinos, vigorizan nuestra nacionalidad al tiempo que dan lustre imperecedero al nombre de Cuba y brindan a los heraldos de su fama los clarines de oro.

A pesar de las razones brillantemente expuestas en su discurso por el señor Ruy de Lugo Viña, abogando por que la estatua de Céspedes tenga un emplazamiento distinto del indicado por esta revista, CUBA CONTEMPORÁNEA mantiene el criterio expuesto en la nota editorial antes mencionada, no solamente por creer hasta cierto punto natural y lógico que el monumento del prócer se levante en la Plaza que lleva su glorioso nombre—reemplazando al del rey Fernando VII, que aún hoy existe allí y el cual debería haberse trasladado ya al Museo Nacional para ser conservado en él como un recuerdo histórico—, sino también porque, dada la significación histórica que ha de tener esa estatua, ningún lugar resulta más adecuado a su emplazamiento que el centro de la antigua Plaza de Armas, nombrada ahora "Carlos Manuel de Céspedes."

No debe olvidarse que en la situación de todo monumento hay que tener en cuenta dos circunstancias distintas: una, de estética o perspectiva, y otra de carácter ideológico o simbólico, mucho más importante esta última, en la generalidad de los casos, que la anterior. Respecto de la estatua de Céspedes, la primera condición no quedaría perjudicada al ser erigida en el sitio señalado por Cuba Contemporánea, porque el lugar es amplio, susceptible de embellecimiento, céntrico y muy frecuentado por cuantos extranjeros visitan nuestra capital; y, al propio tiempo, la segunda circunstancia, o sea el adecuado emplazamiento de la estatua, quedaría plenamente satisfecha al ser levantada frente al Palacio que durante varios siglos ocuparon los Capitanes Generales, representantes durante la época de la Colonia del Poder de España en Cuba, contra el cual llevó Céspedes a cabo su gloriosa rebeldía; frente al edificio donde tuvo lugar el acto trascendentalísimo y solemne de la cesación de la soberanía española en Cuba y en América, arriándose de sus astas, el 1º de enero de 1899, la bandera que simbolizaba la dominación de la Metrópoli, para que dos años después pudiera izarse en las mismas astas la enseña de Cuba. Y si se atiende también a que la estatua de Céspedes, caso de ser emplazada en el centro de la Plaza que lleva su nombre, quedaría en línea recta con la de Martí, y ambas en el eje central de las manzanas de casas comprendidas entre las calles de Obispo y O'Reilly, hoy nombradas Pi y Margall y Presidente Zayas, respectivamente, el simbolismo de ambos monumentos resultaría más acentuado aún, porque el de Céspedes, primero en lugar y también en tiempo, representaría el reto valeroso lanzado por él al poder colonial de España, el 10 de octubre de 1868; en tanto que el de Martí, situado en la misma línea algunas cuadras después, simbolizaría el grito de independencia lanzado por nuestro pueblo el 24 de febrero de 1895, como punto inicial de la cruenta lucha que años más tarde fué coronada por el éxito.

Cuba Contemporánea confía en que su criterio será al fin aceptado, y espera que no ha de transcurrir mucho tiempo sin que veamos levantada la estatua del primer Presidente de la República en armas, frente al histórico edificio donde tomó posesión de su cargo el primer Presidente de la República de Cuba, inde-

pendiente y soberana, al entrar en el concierto de las naciones el memorable 20 de mayo de 1902.

EL FALLECIMIENTO DEL EX DIRECTOR DE "CUBA CONTEMPORANEA" Y LA PRENSA NACIONAL

No solamente por un deber de cortesía, y como expresión de gratitud respecto de todos los periódicos que con motivo del fallecimiento de nuestro muy querido compañero Carlos de Velasco, se han ocupado en señalar sus merecimientos personales y la importancia de su obra como escritor y periodista, sino también porque queremos recoger en estas páginas—para que en ellas se conserven como un tributo a la memoria del primer Director de Cuba Contemporánea—, los juicios formulados en la prensa nacional acerca de su persona, sus trabajos y producciones, transcribimos a continuación los artículos que hasta la fecha conocemos, lamentando no estar en antecedentes de todos los trabajos que acerca del inolvidable camarada extinto han publicado los periódicos del interior de la República, para haberles dado cabida también en estas páginas.

A todos esos colegas, que han hecho justicia a Carlos de Velasco, ensalzando sus merecimientos; a cuantos han expresado su condolencia a la Redacción de esta revista, y finalmente, a todas las personas que por medio de telegramas y cartas han enviado su pésame con motivo de la gran pérdida sufrida, les hace presente Cuba Contemporánea el testimonio de su sincero agradecimiento.

*

CARLOS DE VELASCO.—Nota Necrológica por Arturo R. de Carricarte.—Expresa un aforismo latino que al borde de la tumba se encomian los merecimientos y se olvidan los yerros del extinto. Y si no es hábito moderno el de proceder así, tiene él explicación lógica en el espíritu de justicia instintivo en los hombres; cuando se ha rendido la jornada de la vida importa a ese espíritu justipreciar lo que ha hecho en bien de los demás el que ya no existe, y compulsando lo que de dañino realizó establecer el balance; si éste es favorable, nada im-

porta el mal realizado, pues el bien que ejecutó lo compensa pues le excede.

En el caso de Carlos de Velasco, cuya muerte prematura acaba de ocurrir, importa recordar lo que debe Cuba, lo que debemos los cubanos a su iniciativa y a su acción, y olvidar lo que en nuestra apreciación personal de hechos y de hombres puede parecernos equivocado o lamentable y aun acreedor a censura. Ese balance es enteramente favorable. De limitada ambición personal, dotado de la más rara de las cualidades que suele encontrarse en un cubano, la perseverancia, llevó a cabo obras empeñosas que requerían entusiasmo y labor asidua. Quedan de uno y de otro la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, la mejor en su índole de cuantas llevan pie de imprenta en el país, algunos trabajos históricos y sociológicos, de relativo valor, para los martiólatras, su protesta en Santiago de Cuba del olvido en que se tenía la tumba del Apóstol egregio y, por su estímulo, la organización de una sociedad generosa, formada por mujeres y niñas, maestras y discípulas de la admirable Escuela "Spencer" de la capital de Oriente, que coloca cada día las flores que paga el Consejo Provincial y cuida amorosa el escaso terreno que rodea al templete sagrado en que reposan los restos mutilados del prócer, el templete modesto que proyectó con ferviente celo y cuidó de su ejecución el ilustre artista José Bofill, ingenuo y noble por artista talentoso, buen cubano y buen amigo.

Durante años, en unión de Julio Villoldo y de Mario Guiral, redactó la página de cultura edilicia que inauguró *La Discusión* y los tres redactores dieron muestras de celo exquisito y competencia notoria en su perseverante aunque poco fructuosa propaganda.

De la obra de Carlos de Velasco nos quedan los ensayos a que he aludido, el libro *Aspectos Nacionales* y, sobre todo CUBA CONTEMPORÁNEA, que, si no ha alcanzado en los dos largos lustros de su existencia la influencia legítima que conquistó la *Revista de Cuba* primero y la *Revista Cubana* después, ha sido un gallardo vocero de nuestra capacidad actual y ha difundido, siquiera sea en estrecho círculo, algo de la cultura exterior de que estamos tan ayunos.

Prestó Carlos de Velasco su concurso desinteresado a todo intento de cultura y de arte, participando en multitud de empresas de esa índole con loable entusiasmo y con el escaso éxito que puede esperarse del lamentable período de historia patria que nos toca vivir, caracterizada por brutal mercantilismo, más que por el utilitarismo que definió Bentham y con el cual suelen los interesados disfrazar sus bastardas y mezquinas ambiciones.

Deja Velasco ejemplo de vida decorosa, de perseverante labor, de excelente propósito y un ejemplo que seguir. Vivió a tono con su medio y luchó noblemente por mejorarle con dosis infinitamente menor de egoísmo de la que es habitual y clara percepción de nuestras necesidades. Lo limitado de sus aspiraciones, una cierta modestia ingenua

encubierta bajo corteza de altivez agresiva, mantuvo su labor, fuera del campo periodístico y editorial, en círculo reducido. En ambos, empero, fué útil a Cuba, laboró con buena fe y con una constancia excepcional.

Quedamos, pues, en deuda con él: le debe la cultura, le debe el patriotismo porque a una y otro prestó su concurso positivamente valioso; le debemos, sobre todo, porque no llegó a envilecerse en un momento histórico en que el envilecimiento constituía una ejecutoria que garantizaba la riqueza y el poder...

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Febrero 1º de 1923.

(*Diario de la Marina,* La Habana, edición de la tarde, 2 febrero 1923.)

*

CARLOS DE VELASCO.—Un antiguo redactor de *La Discusión,* donde se le ha sabido apreciar siempre y admirar por su consecuencia, su talento y su laboriosidad, ha cesado de existir.

Carlos de Velasco por su educación, su carácter y su cultura fué un enamorado perpetuo del ideal de la Patria absolutamente independiente y digna. Con una dialéctica clara, nítida y sentida ha enaltecido la memoria de Don Tomás Estrada Palma, ofreciendo su ejemplo a los gobernantes que han venido sucediéndose desde la caída del Gigante de la Honradez y el patriotismo. Y en estas columnas, en las de CUBA CONTEMPORÁNEA que a su constancia y decisión se debe, y en folletos etc., supo enaltecer al ilustre primer Presidente de la República, despreciando los gestos de la envidia y las muecas de la traición y la calumnia.

Llevado por el Dr. Hevia a la Secretaría de Gobernación, prestó en su cargo valiosísimos servicios hasta ingresar en la carrera diplomática-consular para el desempeño de la cual reunía excepcionales condiciones.

Carlos de Velasco muere bastante joven, pero bien decepcionado. Hombre de rectos principios y de puro patriotismo no alcanzaba a ver en la lejanía el oasis ansiado. Con Don Tomás, desaparecieron para él, como para muchos cubanos, las más hermosas ilusiones.

¡Pobre Carlos!

(*La Discusión,* La Habana, 3 febrero 1923.)

*

LASCAS.—La Secretaría de Estado nos anuncia la inesperada muerte de Carlos de Velasco. Su desaparición es una verdadera catástrofe para las letras cubanas, porque Velasco, aparte sus indiscutibles méritos de escritor, fué el Arquímides de nuestro resurgimiento literario.

A su voluntad y entusiasmo débese la creación de la revista Cuba Contemporánea, tribuna excelsa de las letras, difundidora de nuestra cultura y gracias a la cual, nuestro prestigio se mantiene incólume en el extranjero.

A su tesón inquebrantable débese también el que no desmayáramos en nuestra fe patriótica. Carlos de Velasco fué también un paladín de la nacionalidad y un reconstructor, aquí donde todos nos empeñamos en destruir.

Su muerte nos afecta grandemente. Por muy grande que sea la gloria de un viejo luchador, su pérdida, respondiendo a una ley de la vida, no tiene otra significación que la de la fatalidad. Cuando la Parca troncha un roble en plena juventud y crecimiento no nos avenimos tan fácilmente con la resignación religiosa.

Por ello el triste acontecimiento de la muerte de Carlos de Velasco hiere tan profundamente nuestros sentimientos, los de sus amigos y colaboradores, sostenes de su obra, y representa para Cuba una pérdida irreparable, tan irreparable y tan injusta que casi nos lleva a rebelarnos contra el destino cruel.

(*La Noche,* La Habana, 3 febrero 1923.)

*

DUELO PATRIO E INTELECTUAL: CARLOS DE VELASCO.—En la tarde de ayer recibió nuestro querido amigo Max Henríquez Ureña, en dos palabras telegráficas de La Habana, la sorprendente y dolorosa noticia de la muerte de Carlos de Velasco, ocurrida en París, el día anterior, 1º de febrero actual. En seguida nos comunicó personalmente la infausta nueva el mismo Dr. Henríquez Ureña, y con él y con el ilustre prócer, Dr. Federico Henríquez Carvajal, aquí presente en tal momento, lamentamos cordialmente emocionados, la desgracia incontrastable que acaba de aniquilar, en plena juventud prolífica, una existencia tan útil y tan buena como la del noble patriota y sesudo y culto escritor, fundador y primer director de la excelente revista Cuba Contemporánea, autor de diversos libros, entre ellos, *Aspectos Nacionales;* antiguo y meritísimo funcionario del Gobierno de la República, y recientemente iniciado en la carrera diplomática, en la que hubiera cosechado, como en el campo de las letras y de la alta política de afirmación nacionalista, por virtud de su amplia inteligencia y de su tesonera voluntad, frutos preciados y honrosos para la patria cubana, a la que tanto amó y sirvió desinteresada y fielmente el malogrado Carlos de Velasco.

El Cubano Libre, donde siempre tuvo el benemérito patriota y escritor, cordiales amigos, compañeros y admiradores, deplora hondamente su temprana muerte, hace votos fervientes por la paz eterna de

su alma luminosa y simpática, y envía el homenaje de nuestro más sincero pésame a toda la familia del extinto, y, en particular a su esposa y a la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, de La Habana.

(El Cubano Libre, Santiago de Cuba, 3 febrero 1923.)

*

CARLOS DE VELASCO.—En París, donde se hallaba adscrito al personal de nuestra Legación en la capital francesa, falleció el viernes último Carlos de Velasco. Murió, lejos de la tierra nativa y en la plenitud de la vida, quien vivió siempre llevando a Cuba en el corazón y reverenciándola y enalteciéndola con devoción filial. Cuba pierde un buen hijo. La religión del patriotismo uno de sus mejores fieles. La causa del nacionalismo cubano, del nacionalismo sincero y sin exaltaciones circunstanciales de sospechosa autenticidad, uno de sus más nobles y más esforzados paladines.

Fué Carlos de Velasco un escritor brillante, sobrio y conciso en la expresión que fluía con elegante sencillez e impecable estlio. Su labor literaria, que tuvo por principal campo de acción diarios y revistas, no adolece del carácter fragmentario, ocasional, de los trabajos periodísticos. Toda ella se caracterizó por su acendrado amor a Cuba. Y como en Carlos de Velasco el pensamiento y la acción guardaron en todas ocasiones perfecta concordancia en el propósito fundamental de servir la causa inspiradora de sus ideales, en sus escritos sobre diversos temas hay una correlación que converge al empeño de exaltar las virtudes cívicas de nuestro pueblo y de enaltecer a la patria cubana.

Palenque de esas prédicas nobilísimas fué, y continúa siéndolo, la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, fundada por Carlos de Velasco, José Sixto de Sola, Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno, Ricardo Sarabasa y Max Henríquez Ureña. Monumento elevado a la cultura nacional y santuario consagrado a la devoción patria, las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA guardan fecundo y copiosísimo testimonio de la suma de esfuerzos que a Cuba consagró su inolvidable fundador.

Nosotros, que nos honramos contando a Carlos de Velasco en el número de nuestros compañeros de tareas, cuando en unión de Julio Villoldo y de Mario Guiral Moreno redactaba semanalmente en *La Prensa* una página consagrada al ornato urbano, atestiguamos a los familiares del malogrado amigo y a sus compañeros de CUBA CONTEMPORÁNEA nuestra identificación con su duelo, que sinceramente compartimos.

(La Prensa, La Habana, 4 febrero 1923.)

*

CULTURA CIVICA.—CARLOS DE VELASCO: UN CARACTER.— Los grandes dolores tienen sus exigencias: embargan la voz, nublan los ojos, oscurecen el pensamiento.

Las crisis del sentimiento necesitan un período de reposo mental para que el espíritu recupere la calma perdida y el cerebro vuelva a su normal funcionamiento.

La amistad para algunos, para la inmensa mayoría de los hombres, es un intercambio de servicios; para otros, los menos, es un sentimiento noble, elevado, que aproxima las almas y crea una indestructible hermandad espiritual, que resisten todos los embates de las malas pasiones, de los intereses mezquinos.

Allá en París, ciudad en la que bullen y se mezclan las más altas idealidades y los más bajos instintos humanos, falleció, en la glacial madrugada del primero de febrero actual, un hombre bueno, un espíritu selecto, un verdadero carácter de temple de acero: Carlos de Velasco y Pérez.

La Discusión, que fué uno de los primeros periódicos de Cuba que supo la infausta y luctuosa noticia, tuvo que reservarla, muy a su pesar, ante la demanda de amigos solícitos, quienes nos dieron a conocer que la venerable anciana, madre del extinto, que reside en la ciudad de Santa Clara, nada conocía de la enfermedad del hijo ausente e idolatrado; y que siendo *La Discusión* el periódico preferido de la buena progenitora, no era posible, sin antes prepararla convenientemente, que supiera la terrible e inesperada nueva por las columnas de nuestro periódico.

Fué Carlos de Velasco—quien muere a los treinta y ocho años y meses, pues nació en 14 de agosto de 1884, en Santa Clara—un hombre formado por su propio y único esfuerzo. Llevó en su ciudad natal, en los primeros años de su adolescencia, una vida humilde y trabajadora, debido a las dificultades creadas por la guerra emancipadora de 1895, que estalló cuando Velasco aun no había cumplido los once años.

Terminada la contienda, trasladóse a La Habana en unión de sus padres, quienes se establecieron definitivamente en esta ciudad.

No es nuestro propósito hacer una completa y acabada biografía del amigo desaparecido, pues este homenaje le será rendido a Velasco en el salón rojo de *La Discusión,* en velada fúnebre que organizan sus amigos y compañeros de CUBA CONTEMPORÁNEA, en una próxima fecha: el 28 del mes en curso.

Nuestra finalidad es rendirle, en nombre de este periódico del cual fué Jefe de Redacción muy querido, y brillante redactor durante muchos años, el merecido tributo de cariño y admiración por sus personales prendas de hombría de bien, de acrisolada honradez y de carácter firme y entero.

Le cupo el alto honor, a raíz de terminada la algarada de agosto

de 1906, de levantar la bandera en defensa de Estrada Palma, a quien conoció íntimamente y aprendió a amar y reverenciar.

Desde las columnas de los periódicos *Cuba, El Día* y *La Discusión,* libró rudas y memorables contiendas por la memoria de ese ilustre y probo anciano, que tanto hizo por la libertad de su patria.

Velasco, hombre de estatura reducida, que no manejó nunca otras armas que su acerada y bien cortada pluma, y que no estuvo jamás protegido por otra inmunidad que la de su conciencia limpia y transparente, combatió siempre de frente "sin temores pueriles y debilidades femeninas", granjeándose, a la postre, el respeto de sus propios adversarios políticos.

En la historia literaria de Cuba, Velasco ocupará un puesto prominente; y un nombre, al igual que los de Jesús Castellanos, José E. Montoro y José Sixto de Sola, malogradas inteligencias extinguidas en flor, será reverenciado por la juventud cubana que piensa y siente.

La Discusión hace llegar hasta sus familiares y amigos la expresión más sincera de su dolor, por una pérdida que considera como propia.

JULIO LUIS.

(La Discusión, La Habana, 6 febrero 1923.)

*

GLOSAS.—"HASTA LA VUELTA"...—"¡Pobre Carlos de Velasco", decía.

Miradlo bien. ¿Por qué él? La muerte no es pobreza; es una devolución. La conciencia que haya tras ella, será la conciencia de algo indiferente y mejor—conciencia de ganancia... Decid más bien. ¡Pobre Cuba!

Ésta sí ha perdido un elemento de riqueza. Carlos de Velasco fué, por sobre todo lo demás de su espíritu diverso, un trabajador. Algo opaco, algo recluído en segundos términos, nada de espectacular ni de brillante; pero sí el obrero típico de las grandes obras efectivas, el que alza valientemente los andamios y conoce y domina el vértigo de ellos.

De hombres así, capaces de vencer oscura y honradamente los menudos, ¡los formidables! obstáculos cotidianos, es de lo que anda en menester la patria.

Bregadores teatrales, los tenemos a porrillo. Son hombres inquietos, que derrochan energías y grandes gestos de barricada, y se creen hacedores del gran porvenir tan sólo porque improvisan discursos llenos de metaforones y ronqueras; o porque firman muchas escrituras y piensan que al traspasar bienes, mermándolos, los crean nuevos; o bien porque reparten a menudo, entre sus amigos, libros aparentemente sentenciosos y trascendentales, pero en lo hondo, desvirtuados por el divorcio de la voluntad y del cerebro, de la convicción y del apetito—

libros inmorales y llenos de citas, como casas de pecado... Trabajadores así hay muchos.

Pero Velasco fué de los otros. Se hubiera pasado la vida, como Spinoza, el gran judío de Amsterdam, haciendo lentes y filosofías, para que se viera a través de ellos después de su muerte... Su firma, me imagino que no tendría una de esas rúbricas ampulosas, decorativas, con que los menos quieren hacer valer su nombre. Tampoco su vida. No laboró por decorarse. Si prestigio tuvo, vínole de su obra, de esa CUBA CONTEMPORÁNEA sobre todo, que fué "su hija espiritual" y a la cual consagró todos sus oscuros desvelos; el ex-voto, como a un altar, de su tesón y de su anhelo ideal.

CUBA CONTEMPORÁNEA!... (En el extranjero sabrían de qué revista hablo: ¿hay quien la lea aquí?) Carlos de Velasco fué su primer director desde su fundación en 1913 hasta fines del 20. Por que—fuera de Cuba—no pensaran que no pensábamos, mantuvo, junto con los demás de la estirpe intelectual de José Sixto de Sola (el malogrado, cuyo séptimo aniversario—¡rara coincidencia!—se cumple hoy) esa antorcha que tanto ha vacilado, quizás porque nunca se avino a servir de tea.

Epocas hubo en que la obra de CUBA CONTEMPORÁNEA fué, a su manera, una dolorosa, pero digna ficción. Ella mentía una cultura que no teníamos. Su prestancia intelectual era tan depurada, su intención tan ideal, su espíritu de verificación tan serio, que los de fuera no creyeron que pudiera ser la labor menospreciada de un grupo selecto, sino la colaboración fecunda de todo un ambiente. Aquí, apenas se la leía; pero en todas las bibliotecas y redacciones exóticas, se elogiaba nuestro renacimiento intelectual y nuestro bravo espíritu nacionalista. Sin lucro y casi sin compensación de gastos, a duras penas podía sostener la revista su alarde de pulcritud gráfica; mas en el extranjero se hacían lenguas de lo bien que se debía editar en Cuba!

Esa ficción amargamente heroica, que extendió al ágora los prestigios de una torre de marfil, contribuyó mucho a salvar nuestro crédito intelectual, en plena bancarrota del pensamiento. Y fué la obra de Villoldo, de Guiral Moreno, de Henríquez Ureña y los Sola, con los demás del nuevo brío y la nueva dignidad; pero, sobre todo, la obra de Carlos de Velasco, trabajador oscuro.

A lo último de 1920, Velasco partía para Europa en misión consular. Y publicó, para sus colaboradores y amigos, a guisa de despedida, una epístola sentidísima, titulada "Hasta la vuelta", en la cual, por bajo de cierto tono apostólico que la sinceridad y la ocasión disculpaban, se ofrecía a seguir con los suyos en espíritu. "Me alejo, decía, con la seguridad de que mi ausencia de Cuba—temporal y para volver quizás más útil—no me separa sino materialmente de ella y de vosotros. Me alejo, pero no me voy." "Hasta la vuelta."

Y se fué. Y murió allá...

¿Pobre Carlos de Velasco? No; pobres nosotros, y CUBA CONTEMPORÁNEA, y Cuba a secas, si no resulta verdad que el espíritu de aquel obrero oscuro permanece entre nosotros, en esta nuestra patria, "donde hay—como él mismo decía—tantos voceros y tan pocas voces". Si no, habría que pensar en la gran hilaridad irónica de los dioses malos, cuando oyeron ese esperanzado "Hasta la vuelta".

JORGE MAÑACH.

(Diario de la Marina, edición de la tarde, 6 febrero 1923.)

•

CARLOS DE VELASCO.—La noticia de la muerte de Carlos de Velasco ha creado un doloroso sentimiento en la intelectualidad habanera, y especialmente entre sus muchos amigos que, conociendo la lealtad, la cordialidad y la honradez ejemplares de aquella alma, sienten la desolación que sigue a su marcha definitiva. Sus treinta y ocho años de vida tenazmente laboriosa son una viva lección de esfuerzo, de optimismo y de nobleza bellamente coronada. Estábamos también por escribir: un carácter, pues efectivamente, "un carácter", a la sólida manera nietzcheana, puede llamarse a aquel espíritu que tendía la vista a toda enminencia, marchaba a ella derechamente, y, tarde o temprano, veía florecer su voluntad sobre la altura apetecida.

En su obra—trece volúmenes—palpita insistentemente un honrado y puro sentimiento nacionalista. Las características de este escritor son la galanura del estilo, la valentía de sus afirmaciones, la onda emotiva y artística de su temperamento y, en el sentido personal, la lealtad, la sinceridad absoluta, hasta en su política, cosa que le granjeó—para mayor honra suya—muchas antipatías. Fué, en días ya lejanos, el fundador de aquella siempre bien recordada sección de *La Prensa,* titulada *Ornato Público* [1], y en el diario La Discusión desempeñó el puesto de Jefe de Redacción, antes de que dedicara todas sus energías intelectuales y sus dotes de organizador a la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, aumentada lujosamente con la Sociedad Editorial del mismo nombre.

En la Redacción de esta Revista se llevó a efecto una reunión, para tratar sobre la organización de un homenaje a la memoria de su antiguo director, homenaje que se verificará en el salón de honor de *La Discusión,* el día 28 de este mes, acto en que tomará parte el Dr. Enrique José Varona, el Dr. Guiral leerá un trabajo de carácter biográfico, y Dulce María Borrero leerá unos versos escritos bajo el doloroso sentimiento de la muerte de Velasco.

[1] En esto hay un pequeño error, pues la sección fundada por Velasco en *La Prensa* tenía el título de *Espigando.*

Pasan por los cenáculos habaneros muchos escritores de talento, muchos esforzados del ideal, muchos paladines de las bellas causas del intelecto. Es cierto. Pero raros en estos últimos tiempos como el autor de *Aspectos Nacionales,* tanto como por su fuerte pluma—llena tanto de optimismos reconfortantes como de purezas de estilo—como por su personalidad definida entre los sostenedores de la honradez intelectual. Sostuvo siempre sus ideas, sus opiniones, sus entusiasmos y sus ideales. ¡Valentía insigne!

Carlos de Velasco tuvo para nosotros la concurrencia de muchas virtudes, además de las del escritor: virtudes ciudadanas, virtudes filiales, virtudes de la amistad erigida en rito, virtudes eminentemente nacionalistas, al descubierto en sus páginas, en sus discursos, en sus simples charlas de cenáculo. Por todo esto somos sinceros como pocos al sentir la desaparición de un compañero de tanto valor como Carlos de Velasco, y prometemos ocuparnos en números sucesivos de *El Fígaro,* del acto-homenaje que se le prepara en el salón de honor de *La Discusión,* y del número especial que dedicado a su memoria prepara CUBA CONTEMPORÁNEA.

El Fígaro alza un crespón de luto sobre la tumba lejana del compañero caído, y envía su más sincera condolencia a su familia y a CUBA CONTEMPORÁNEA, los dos más grandes amores de su vida.

(El Fígaro, La Habana, 11 febrero 1923.)

*

Otra desaparición, para nosotros especialmente dolorosa, tenemos que registrar: la reciente del Sr. Carlos de Velasco, ocurrida en París. Carlos de Velasco ha sido uno de los cubanos de las actuales generaciones, que mayores servicios han prestado a la patria y a la cultura nacional; uno de los ejemplos más característicos que en Cuba pueden citarse, de nobleza de convicciones, honradez de conducta, laboriosidad intelectual, inquietud generosa y constante de espíritu, rebeldía moral contra los vicios sociales, culto entusiasta por las virtudes patrióticas, defensa y propaganda de los principios nacionalistas y de los grandes ideales humanitarios.

Carlos de Velasco consagró los mejores años de su noble existencia a la mejor dignificación de su cultura y al mejor provecho de la cultura y de la dignidad cubana. La dirección de CUBA CONTEMPORÁNEA, revista que fundó en compañía de Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno y otros paladines no menos esforzados de la conciencia nanacional, dió brillante relieve a sus cualidades intelectuales y patrióticas, y rodeó su nombre y su personalidad de merecido prestigio dentro y fuera del país, ya que es indudable que CUBA CONTEMPORÁNEA constituyó desde sus inicios, y sigue constituyendo, el exponente más óptimo,

más gallardo y más admirable y digno de estima por todos conceptos de la cultura nacional, y una de las tribunas más altas, más luminosas y merecedoras de respeto y gratitud, de cuantas el espíritu moderno puede contar no sólo en América sino en todo el mundo.

Ha sido realmente admirable y pasmosa la labor intelectual de Carlos de Velasco, pues ésta no se limitó a las múltiples atenciones que demandaba la Revista de sus amores, sino que compartía tan rudos y apremiantes empeños con la redacción y publicación de libros y ensayos originales, traducciones del francés, inglés y portugués— a las que se entregó como ampliación del estudio y adquisición de esos idiomas—; a la recopilación y comentario de documentos históricos (las *Cartas de Estrada Palma desde el Castillo de Figueras,* entre ellos) y al cuidado de otras ediciones magníficas con que enriqueció la Biblioteca de la Revista.

Ligados por amistad antigua y cordial al excelente cubano y publicista notable, sentimos profundamente su pérdida; y a la Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA así como a la señora viuda del estimado amigo y compañero, enviamos con estas líneas nuestro pésame.

(Revista Parlamentaria de Cuba, La Habana, febrero 1923.)

*

ENTRE LINEAS.—CARLOS DE VELASCO.—Fué un compañero. A nuestro lado discurrieron los primeros años de su vida intelectual y en esta casa empezó a realizar la severa labor que luego, por el constante estudio y el infatigable propósito de selección, le llevó a las más avanzadas filas de la joven intelectualidad cubana.

Como periodista, como escritor, como cubano enamorado del prestigio nacional en todas las esferas, Carlos de Velasco conquistó un nombre que traspasó las costas de esta Isla, surcó el océano y fué a ocupar sitio entre otros prestigios de Europa y América.

Era por el cariño que le profesábamos y por la admiración a su tesón, uno de nuestros orgullos, como lo fueron otros que también surgieron en *La Discusión* y la parca insaciable y cruel nos arrebató prematuramente. Era de cuantos han pasado por la casa del "diario cubano", uno de los que supieron emprender la cuesta-arriba y ganar alturas.

No hemos de señalar aquí, en estas notas que son rápidas impresiones y no juicios meditados, la brillante obra que en poco tiempo realizó nuestro amado compañero desaparecido.

Es muy conocido, además. Carlos de Velasco, dedicado al cultivo de su inteligencia desde muy joven, escribió artículos vibrantes, hizo crítica, tradujo en prosa afortunada a escritores de tanta fama como Eça de Queiroz, fundó la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, que es he-

raldo de la cultura cubana, y enriqueció las bibliotecas con diversos libros que mantendrán su nombre y el recuerdo perenne de su contribución a las letras patrias.

El nombre de Carlos de Velasco, afectiva e intelectualmente, estuvo, pues, unido a *La Discusión,* donde se iniciara prácticamente y a Cuba Contemporánea, que fundó con Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno, José Sixto de Sola, también malogrado en plena juventud, Max Henríquez Ureña y otros.

Estos dos periódicos, el de la diaria comunicación con el público y el que mensualmente habla al espíritu y al cerebro, de bellezas literarias o de jugosas cuestiones artísticas y científicas, consideraron como un deber unirse en el tributo al compañero caído para siempre.

Y en esta casa, mañana, día 28 de febrero, a las ocho y media de la noche, le ofrecerá la Revista de sus amores más íntimos una velada en homenaje a la memoria de quien supo dirigirla por sendero de triunfos...

Unámonos todos en tan justo tributo y detengamos la pluma ante el recuerdo del compañero que fué. Su nombre, tan intensamente amado, nos sustrae a otros asuntos y pone en nuestra pluma una tan sincera y honda pena, que sólo su nombre y su amor al bien, y su rectitud de ideas puede ocupar hoy nuestra sección.

Que si todos los días encontramos en las flaquezas humanas y en el universal desconcierto, motivos para que la vena irónica nos mueva a escribir, permítasenos esta huída al campo del dolor y del sentimentalismo.

En justa compensación a cuando los hombres y las cosas nos hacen reir, desgraciadamente.

(*La Discusión,* 27 febrero 1923.)

VELADA EN HONOR DE VELASCO

El día 28 de febrero último, a las nueve de la noche, tuvo efecto en el salón de actos del diario *La Discusión,* cuyas paredes decoran los retratos de casi todos los próceres de Cuba, la velada que en homenaje a la memoria del ex Director de Cuba Contemporánea, organizaron sus compañeros de Redacción, cumpliéndose así el acuerdo tomado en la junta que celebraron al día siguiente de haberse recibido en La Habana la noticia del fallecimiento de Carlos de Velasco, ocurrido en París el día 1º de dicho mes.

En la mesa presidencial, cuyo centro ocupó el actual Director

de CUBA CONTEMPORÁNEA, Sr. Mario Guiral Moreno, tomaron asiento, a su derecha, el Dr. Enrique José Varona, ex Vicepresidente de la República, y la insigne poetisa Sra. Dulce María Borrero de Luján; y a su izquierda, el Sr. Tomás Juliá, Director de *La Discusión,* y el Dr. Julio Villoldo, Jefe de Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, ocupando también sitios de preferencia, inmediatos a la mesa presidencial el Ldo. Jorge Alfredo Belt, ex Secretario Particular del Presidente Estrada Palma; el Ldo. Aurelio Hevia y Alcalde, ex Secretario de Gobernación; el Ldo. Erasmo Regüeiferos, Secretario de Justicia, y el Dr. Manuel García Garófalo Mesa, en representación del Alcalde Municipal de Santa Clara, ciudad natal de Velasco, quien ostentaba el título de "Hijo Distinguido" de aquella población.

Abierta la velada, el Dr. Varona pronunció desde su sitio las siguientes sentidas palabras que fueron escuchadas por el auditorio con profundo recogimiento e intensa emoción:

Señoras; señores:

Los redactores de CUBA CONTEMPORÁNEA y sus amigos se han reunido aquí esta noche, para honrar la memoria del primer Director de esta revista. Pronto llegarán a la patria los restos inanimados de Carlos de Velasco, quien la dejó bien poco hace, lleno de arrestos, encendido en su amor, buscando nuevas ocasiones de servirla. La muerte lo acechaba en su camino; y lo derribó cuando menos lo esperábamos. Ni su virilidad, ni su entereza le sirvieron de defensa; y en breves días se agotó una vida de la que aun podía y debía Cuba prometerse mucho.

No he de bosquejarla siquiera. La voz conmovida de un amigo y compañero, de un colaborador en su obra principal, os la ha de relatar con sinceridad y pleno conocimiento de todas sus circunstancias. Él os dará testimonio de lo que fué nuestro amigo; yo os voy a recordar únicamente la significación, la alta significación de la revista que dirigió, y en la que puso toda su alma.

En momentos de grande efervescencia patriótica, se reunieron los seis decididos compañeros que fundaron CUBA CONTEMPORÁNEA. Su propósito fué excelso. Elevarse por encima de los contrapuestos embates de los partidos, abrir un ancho campo neutral, donde pudieran venir a encontrarse inteligencias y voluntades, sin otra enseña que la del afianzamiento, adelanto y progreso de la joven República. Servir a Cuba, no a ningún hombre de Cuba, con el corazón y la pluma. Llevar el espíritu de Cuba, las ideas y aspiraciones de sus hijos, la palabra de sus escritores, la obra de sus artistas a dondequiera que hubiese simpatías prontas a despertarse, para entrar en comunicación

mental con nosotros. Y plenamente lo realizaron. CUBA CONTEMPORÁNEA ha sido un clarín resonante que ha proclamado por todas partes que aquí hay un pueblo que alienta, que se esfuerza, que trabaja sin descanso por afirmarse, por abrirse paso, por llegar a la meta que sus gloriosos precursores le señalaron. No la han detenido ni la frialdad de unos, ni la hostilidad de otros, con todo eso contaban; ha seguido firme, puestos los ojos en la patria. No ha considerado si nuevos y poderosos obstáculos querían detener el avance nacional; ha creído que éstos exigían mayores esfuerzos para vencerlos, y ha duplicado los suyos.

Corazones menos bien templados que los de sus redactores hubieran podido vacilar y encogerse. No, no es el mismo espectáculo que contemplaron al empezar su carrera, el que ahora se les ofrece. Cunde el desaliento en los más obligados por su posición a mantenerse firmes; y avanza sin contraste aparente la intromisión depresiva de los extranjeros. Extraña atonía invade las partes más visibles de nuestro cuerpo social, cual si no lo amenazara el mayor de los daños, la merma de su autonomía. El egoísmo miope de los más ricos productores los ciega, y no los deja ver la total pérdida futura, ante la ganancia próxima. ¡Como si los pueblos pudieran vivir al día! ¡Como si la vida nacional no se compusiera por partes iguales de recuerdo y previsión!

Y cuán fácilmente olvidamos. ¿Quién leyendo hoy nuestra prensa diaria hubiera sabido que es el aniversario de una muerte gloriosa, ocurrida hace bien poco? Pues tal día como hoy murió, cargado de merecimientos por sus servicios a la patria, Salvador Cisneros Betancourt, dos veces Presidente de la República en armas; insigne ejemplo de constancia patriótica, de firmeza y magnanimidad, que puso su estoicismo espartano sobre el pueril blasón de su título de Castilla.

Pero aquí estamos, aquí estáis vosotros, señoras y señores, en conmovido concurso, probando que permanece bien vivo en nuestro pecho el recuerdo de la patria y de sus servidores. Habéis venido a rendir merecido tributo a Carlos de Velasco; así demostráis que apreciáis en su obra fructuosa la entera dedicación al servicio y la gloria de Cuba.

Al cesar los aplausos con que fueron premiadas las elocuentes frases del Dr. Varona, dichas con vehemencia y calor extraordinarios, ocupó la tribuna—frente a la cual levantábase un atril donde se había colocado, envuelto entre los pliegues de la bandera cubana, un retrato al óleo del inolvidable compañero fallecido—, Dulce María Borrero de Luján, quien con robusta entonación y dicción impecable dió lectura a los siguientes inspiradísimos versos, por ella escritos, de fondo y forma difícilmente superables por ninguna otra de las grandes poetisas que cincelan versos en idioma castellano:

REENCARNACION

Hermano: Aquí nos tienes, con orgulloso gesto
renunciando al estéril consuelo de llorarte.
¿No estás aquí en espíritu? ¿No sigues en tu puesto?
¿No sentimos tu influjo como antes de marcharte?

El llanto es una mísera guirnalda, y bajo el soplo
más ligero, en el tiempo se deshace y se mustia.
¡Tallemos tu figura con el mágico escoplo
del amor, castigando nuestra secreta angustia!

Encarnación magnífica y ardiente imagen fuiste
de voluntad, de indómitas, viriles energías.
Si abatidos nos vieras por el éxodo triste
de un alma hacia el misterio, nos recriminarías.

La vida fué tu credo; la acción tu gran potencia;
tu culto el santo culto del sentimiento activo.
Aquel a quien ungiste de amor en tu conciencia
fué siempre en tus desvelos un elemento vivo.

Así, cuando la mano severa de la muerte
te robaba un hermano, tú, con tenaz ternura,
generoso abrazabas su corazón inerte
y lo resucitabas a una vida más pura.

"Querer" era en tus labios el sempiterno grito.
"Subir" era el designio supremo de tu alma;
en tus hirientes ojos ardía el Infinito,
tus alas aquilinas jamás te dieron calma.

De armiño la conciencia; de bronce el nervio tenso,
libre la mente y pródiga, la palabra encendida,
eras como la fronda de un viejo bosque inmenso
por donde van las ráfagas errantes y sin brida!

Hermano, aquí nos tienes! El dolor nos acerca
a ti, como en los días difíciles y rudos
en que tu gran quimera cristalizó, y tu terca
voluntad se abrió paso, sin viseras ni escudos.

Ahora que ya del Cielo la honda verdad posees,
descríbenos el vuelo de tu nueva esperanza!
Si en nuestros corazones como en el tuyo lees,
sabrás que perseveran en que todo se alcanza.

Explora nuestra ruta, vigila nuestros pasos;
verás como ninguno de nosotros claudica
antes del claro término prefijado en los trazos
sublimes de tu obra que el tiempo magnifica.

Seguirá siendo Cuba la luz en nuestras aras;
su libertad, el símbolo que nuestro amor inciense.
No alzarán nuestra hostia torpes manos avaras.
Sólo entrará a estas naves el que labore y piense...

Con tu implacable gesto nuestro índice, hermano,
seguirá señalando toda ignominia y todo
corruptor egoísmo; denunciando al gusano
que la flor del pasado trueca en copa de lodo!

En vez de frías lágrimas, la sangre te ofrecemos
de nuestras propias venas, para que en ellas arda
la llama de tu ensueño, y unidos realicemos
la regeneradora misión que nos aguarda!

¿A qué hablar de tus ansias postreras, peregrino
que entraste por tus pasos al engañoso huerto
suspirado?... En los años que te marcó el Destino
viviste demasiado para aceptar que has muerto!

Cual se escapa un perfume de un frasco cincelado
saturando el ambiente de una encantada estancia,
se evaporó tu espíritu tierno y apasionado
a la luz sonriente del bello sol de Francia.

Pero flotó en los aires como un pólem fecundo,
erró, volvió a nosotros, penetró en nuestros pechos,
¡y eterna reflorece tu vida sobre el mundo
nutriendo en nuestras almas la gloria de tus hechos!

¿A qué llorar, si existes? Tu voluntad nos mueva!
Tu ideal en nosotros alimente su llama!
Y en las horas solemnes oiremos que se eleva
tu voz inolvidable diciendo: ¡Así se ama!

Un largo, unánime y entusiástico aplauso premió la recitación de estos versos exquisitos; cumpliéndose después la última parte del programa, al dar lectura el Director de Cuba Contemporánea al panegírico del camarada desaparecido, que se publica en lugar preferente de este propio número, rindiendo con ese trabajo sincero

y fraternal tributo a quien fué uno de los fundadores y primer Director de esta revista.

Con la lectura de varias cartas y telegramas de adhesión al homenaje efectuado, entre ellos uno del Presidente del Ayuntamiento de Santa Clara, terminó la velada, a la cual asistió una gran concurrencia, que ocupaba totalmente el amplio local donde el acto tuvo celebración, y en la cual figuraban valiosos elementos representativos de nuestro mundo oficial, intelectual y social, familiares y allegados del compañero extinto, distinguidos miembros de la Academia de la Historia y de la Nacional de Artes y Letras, una nutrida representación del "Club Femenino de Cuba" y todos los redactores de CUBA CONTEMPORÁNEA a la sazón en La Habana. Entre las distinguidas personalidades concurrentes a dicho acto—cuya enumeración completa no sería posible—se contaban el doctor Gonzalo Aróstegui, ex Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; Sebastián Gelabert, ex Secretario de Hacienda; Francisco de P. Coronado, Director de la Biblioteca Nacional; José Manuel Carbonell, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras; José María Chacón y Calvo, Secretario de la Legación de Cuba en Madrid; el Dr. Juan M. Dihigo, catedrático de la Universidad Nacional; los Dres. Arturo Montori y Carolina Poncet y de Cárdenas, Profesores de la Escuela Normal para Maestros y Maestras, de La Habana, respectivamente; los Dres. Wenceslao Gálvez y Luis Vidaurreta, Teniente Fiscal y Abogado Fiscal, respectivamente, del Tribunal Supremo de Justicia; los señores Domingo Figarola-Caneda, Néstor Carbonell, Alberto Lamar Schweyer, Jorge Mañach, Aurelio Miranda, Dr. Luis A. Baralt, Mariano Brull, Dr. Evaristo Lamar, Dr. Adolfo Nuño, Dr. José A. Dowling, José Elías Entrialgo, Osvaldo Lamar, Dr. Félix Pérez Porta y otras muchas personas de representación intelectual y social, entre las que figuraban numerosas damas que contribuyeron con su presencia al mayor lucimiento y realce del acto celebrado.

NOTICIAS

El Comité francés del "Premio Femina", ha seleccionado este año los siguientes libros: *La Vigne et la Maison,* de Juan Baide; *La Femme inconue,* de Leandro Vaillat; *Le Flacon scellé,* de Margarita d'Eschola; *Amoret,* de Lapaquellerie y *La Réincarnation de Claude Le Petit,* de Ch. F. Féret.

Estas obras han sido propuestas al Comité inglés de citado premio, fundado por Lady Northcliffe.

*

Recientemente ha sido encontrado en Viena el piano que usaba Beethoven, el cual, habida cuenta de la sordera del gran compositor, fué construído de manera especial para que el sonido emitido fuera más alto. Se cree que el citado instrumento será adquirido por el Museo Beethoven, instalado en la que fué Real Biblioteca de Berlín.

*

Flor de Durazno, la célebre novela del afamado escritor argentino Hugo Wast, se publicó por primera vez en 1911, alcanzando en aquella época una tirada de 2,000 ejemplares. Recientemente se ha agotado en Buenos Aires, la última edición de la citada obra, que ha alcanzado una tirada de 93,000 ejemplares; y con el fin de completar los 100 millares, ejemplo único en la bibliografía argentina, se acaba de ordenar una nueva tirada de 7,000 ejemplares.

Si se exceptúan algunas novelas antiguas, tales como *María,* de Jorge Isaac, y *Amalia,* de Mármol, no existe precedente igual en los anales de las letras hispanoamericanas.

*

En París se están haciendo los preparativos para el próximo "Salón de Automóvil", que constará de dos exposiciones sucesivas: una para carros de turismo, del 4 al 14 de octubre; y la otra destinada a los vehículos de carácter industrial y transporte de mercancías, que durará desde el 24 de octubre hasta el 2 de noviembre. Ambas se celebrarán en el Gran Palacio.

*

En París se ha celebrado el centenario del nacimiento del célebre compositor Eduardo Lalo, autor de la obra maestra titulada *Symphonie espagnole.*

*

La población de Madrid aumenta de tal manera, que se calcula que pronto alcanzará la cifra de 1.250,000 habitantes.

J. V.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXI. La Habana, abril 1923. Núm. 124.

JURISCONSULTOS CUBANOS

JOSÉ MARÍA GÁLVEZ Y ALFONSO


L poner el nombre de Don José María Gálvez con objeto de escribir su biografía, instintivamente nos hemos detenido breves instantes. ¡Cuántos recuerdos han acudido a nuestra mente despertados por su nombre! ¡Cuántas ideas se han agolpado en nuestro cerebro evocando un pasado de la historia de Cuba, que tuvo como representante la figura noble y simpática de Gálvez!

Aunque en estas líneas hemos de ocuparnos en José María Gálvez como jurisconsulto, no nos es posible, sin embargo, desligar de su personalidad su actuación en la vida pública, en la que fué excelsa, encarnando en ella el símbolo de las aspiraciones del pueblo cubano. ¡Qué corto ha sido el tiempo pasado desde entonces acá! ¡Cuántas injusticias se han cometido! ¡Qué desconocimiento tan original se ha tenido de nuestra historia y de las ideas y actuaciones de los hombres que vivieron en el período comprendido desde 1878 a 1895! La evolución que ha sufrido nuestro pueblo en estos últimos años, ha sido, en el orden de las ideas, casi negativa.

En ese período de tiempo en que vivió el Partido Autonomista, el cubano perseguía un ideal, ajeno por completo a personalidades determinadas: anhelaba tener su carácter propio como pueblo;

tener sus derechos reconocidos y respetados por la Metrópoli; ideas todas que se condensaban en ese Partido, alrededor del cual se agrupaban, para conseguir con el común esfuerzo el logro de todas sus aspiraciones, hombres dignos e ilustrados. No existían en aquella época personas: había un Partido que las absorbía. Los Gálvez, los Del Monte, los Cueto, los Montoro, los Cortina, los Zayas, los Bruzón, los Varona, los Giberga, los Bernal, los Figueroa, los Conte, los Govín, los Saladrigas, y más y más figuras de esa tan alta talla intelectual y social, desaparecían ante la idea que representaba el Partido Autonomista. Su Junta Central hablaba, y todos callaban y aceptaban, sin discutir, sus decisiones, porque a éstas se las estimaba, y así en efecto eran, productos del más puro patriotismo y tendientes a la consecución de las aspiraciones del pueblo cubano. A Gálvez, a Montoro, a Cueto, a Govín, a Saladrigas, y a todos los demás, se les admiraba, se les veneraba, se les respetaba, no porque eran Gálvez, Montoro, Govín, o Saladrigas... sino porque ellos, juntos o separados, representaban en sí la idea por la cual luchaban los cubanos.

Ninguno de esos políticos llevó más genuinamente la encarnación de todas las ideas y aspiraciones del cubano, que Don José María Gálvez. Investido con el cargo de Presidente de la Junta Central del Partido, se veía en él al mismo Partido; se veía en él la honradez y sinceridad con que se afanaba por obtener ventajas para el país; se le veía—aunque entonces nadie se fijaba en este detalle, que hoy constituye un elemento importantísimo de la vida política—, que no lucraba ni medraba en su cargo; a pesar de que éste podía prestarle ancho campo para conseguir una posición desahogada en la vida social, con sólo no haber tenido conciencia de sus actos, honradez en sus procedimientos y un amor a Cuba, en muchos momentos probados.

Don José María Gálvez, fué nuestro símbolo durante el período más difícil de nuestra historia. El Partido Autonomista nos educaba y preparaba para obtener la independencia; nos enseñaba nuestros derechos políticos, y nos daba idea exacta de los deberes que debía tener un ciudadano. Por eso con razón sobrada ha dicho un escritor (1) que los dos grandes hechos que registra la historia

(1) Alfredo Martín Morales, *La autonomía y Gálvez. Diario de la Familia,* La Habana, 16 de mayo, 1906.

de la libertad cubana, fueron resultados de dos grandes ideas: la guerra de los Diez años y la guerra del 95 al 98; la primera fué consecuencia de la idea reformista; la segunda de la idea autonomista. Gálvez fué, repetimos, la encarnación de ese Partido; más que del Partido, de las ideas que representaban nuestras aspiraciones. Por eso su personalidad era tan respetada, tan querida. Nadie esperaba obtener de él un beneficio ni una ayuda, en cambio de la que se le prestaba, porque todos se agrupaban a su alrededor para obtener, no beneficios individuales o personales, sino generales: a favor de la patria.

El cubano de aquella época veía en Gálvez a Cuba, como veía a la patria en los demás hombres que formaban ese Partido Autonomista. Se eligió a Montoro, a Varona, a Cueto, a Giberga, a Labra, a Portuando, a Carbonell, a Cortina, a Figueroa... Diputados a las Cortes españolas, porque eran hombres capaces, cultos, ilustrados, honrados y exponentes de nuestra intelectualidad. Los llevamos a las Cortes, para que el Congreso español viera nuestra aptitud, lo que nosotros valíamos, de lo que nosotros éramos capaces. No se dió nunca el caso de elegir un diputado por su propia persona, o por influencia o por favoritismo. No eran en aquellos tiempos esos cargos meras recompensas, producto de la imposición de un grupo, o transacción de dos o más fracciones en que se dividían los cubanos: la Junta Central, compuesta de hombres dignos y honrados, designaba al candidato atendiendo a sus méritos, y—¡cosa rara!—nunca se equivocó ni frustró las esperanzas de los electores.

Gálvez luchó mucho. Da vergüenza hoy, cuando se relata la vida de un hombre, tener que decir de él que murió pobre, habiendo podido proporcionarse riquezas por medios ilícitos. Y, sin embargo, nuestra vida ha llegado a desarrollarse en tales planos, que ya esa afirmación constituye un tópico. Gálvez, sí, murió pobre; y murió pobre, como ya hemos dicho, habiendo podido disponer de medios para evitarlo, y lo que es más grande aun: llena el alma de desengaños, y asistiendo al desmoronamiento de nuestra personalidad política, a la cual consagró los mejores años de su vida, luchando por conseguirla y enaltecerla. Para nosotros la figura de Gálvez es tan excelsa, que no concebimos la guerra de independencia de 1895 sin la labor de estos dos hombres: José

Martí y José María Gálvez; éste como generador de la obra del primero.

Hoy no hay ideales; hoy no hay un Gálvez ni un partido político que simbolicen una idea, que representen un conjunto de aspiraciones nobles y levantadas. Hoy los partidos toman el nombre de personas, y éstas están por encima de las ideas. Hoy, ocupar un puesto en el Congreso no es una ejecutoria de valer y aptitud: hoy el puesto hay que buscarlo y hasta comprarlo en las asambleas del Partido postulante. Así se da el triste espectáculo de que Cuba, a los veintiún años de constituída en República independiente, no tenga apenas leyes de carácter general que regulen su vida civil y penal. Casi todo lo que tenemos lo ha hecho el Gobierno Norteamericano durante las dos intervenciones que hemos sufrido.

La personalidad política de Gálvez nos ha llevado a una serie de ideas ajenas por completo al objeto principal de este trabajo, en el cual sólo hemos de ocuparnos en Don José María Gálvez como abogado.

Todos los autores que hemos consultado (2) dan como cierto que José María Gálvez nació el día 24 de noviembre de 1835: ignoramos de donde ha nacido ese error. Según nuestras investigaciones, su nacimiento tuvo lugar en la ciudad de Matanzas, el día 5 de septiembre de 1834. Véase su partida de bautismo, que consta en el libro 18 de bautismos de blancos, folio 70 vuelto, número 280, de la Iglesia Catedral de San Carlos, de la ciudad, provincia y diócesis de Matanzas:

Jueves dos de octubre de mil ochocientos treinta y cuatro años. Yo Doctor D. Manuel Francisco García Caballero de la Rl. orden americana de Isabel la Católica, Cura Bdo. pr. S. M. de la Igla. Parroquial de S. Carlos de Matanzas, bauticé y puse los Santos Oleos a un niño que nació en cinco de setiembre próximo, hijo legítimo de José María Diez Gálvez y de Doña María de la Merced Alfonso, naturales y vecinos de esta ciudad. Abuelos paternos D. Juan José y Doña Gertrudis de Lamar, maternos D. Juan Alexandro y Doña Ana Gregoria del Portillo. En el cual niño exercí las sacras ceremonias y preces y nombré

(2) Calcagno, *Diccionario biográfico cubano;* Dollero, *Cultura Cubana;* Raimundo Cabrera, *Cuba y sus Jueces;* Domingo Figarola-Caneda, *Diccionario cubano de seudónimos;* Ricardo del Monte, *Gálvez, su vida pública,* en *El Nuevo País,* La Habana, 17 de mayo, 1906.

José María Lorenzo: fueron padrinos D. Pedro Antonio Alfonso y Doña Ana Escolástica Gálvez; a quienes advertí la cognación espiritual y demás obligaciones y lo firmé. Dr. Manl. Franco. García.

Su padre en aquella época desempeñaba el cargo de Alcalde de la ciudad de Matanzas. Hizo sus primeros estudios en el colegio *La Empresa,* de los hermanos Guiteras, quienes le dispensaron siempre señaladas preferencias, por su talento y aplicación, de los que dió prueba desde sus primeros años.

Muy joven vino Gálvez a La Habana, ingresando como alumno en el Colegio de *El Salvador,* dirigido por el sabio educador cubano Don José de la Luz y Caballero, en donde se le distinguió como alumno sobresaliente, y recibió una educación tan sólida, que le preparó convenientemente para recibir la universitaria.

En la Universidad de La Habana estudió leyes, comenzando sus estudios en 1853, a la edad de 19 años, y recibiendo la solemne investidura de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, el día 29 de septiembre de 1859. Junto con él se recibieron también varios licenciados en diversas Facultades, entre ellas en la de Medicina, correspondiendo al Sr. Joaquín García Lebredo, que pertenecía a esta última, leer el discurso doctrinal, y a Gálvez el de gracias.

Desde que se recibió de abogado entró a trabajar en el bufete del afamado jurisconsulto Isidro Carbonell y Padilla, quien le enseñó la práctica forense, adquiriendo muy pronto un conocimiento profundo de nuestras leyes y gran acierto y habilidad en la tramitación de los negocios.

Tenía Gálvez mucho talento y aspiraciones muy elevadas para someterse a la dirección de un letrado, aunque éste fuera Carbonell y Padilla, que gozaba por su saber de un gran renombre. Gálvez muy pronto se independizó y puso bufete aparte, y comenzó a trabajar por cuenta propia.

El período de tiempo que corrió desde esta época hasta el año 1878 en que se firmó la Paz del Zanjón, que puso término a la guerra de los Diez años, es el de mayor actividad de Gálvez, como abogado.

Al estallar la Revolución de 1868, no fué Gálvez de los que marcharon al campo a sostener con las armas en las manos los derechos ultrajados de la patria: prefirió quedarse en la ciudad para laborar, como laboró, con actividad incansable, còn celo y

abnegación en favor de la causa por la cual se combatía. Aquí luchó Gálvez: constantemente estuvo en inteligencia con los directores del movimiento, hasta tal punto, que cuando la Junta Revolucionaria cubana, de Nueva York, fundó un periódico titulado *La Revolución,* para que sirviera de órgano al movimiento separatista, Gálvez fué designado su corresponsal en La Habana, suscribiendo la correspondencia con el seudónimo de *Bainoa.* Pronto se descubrió éste, y Gálvez fué reducido a prisión en la fortaleza de la Cabaña, y no fué ejecutado, debido a la intervención que en este asunto tuvieron, en favor de Gálvez, el Coronel de Voluntarios Don Francisco de Paula Gay, y un cubano llamado Valmaseda.

Pero esta primera etapa de la vida de Gálvez, fué corta. No tenía fe en el triunfo. Se convenció pronto de que el cubano no podía obtener su independencia por ese medio sin que antes sufriera una preparación política adecuada, y no se equivocaba: el tiempo, en este, como en otros muchos casos, le ha dado la razón. Los trabajos de Saco, Pozos Dulces, Luz, Varela y otros muchos, aun no habían producido los frutos necesarios para obtener una educación política que nos diera conciencia exacta de nuestros deberes y derechos como ciudadanos de una nación independiente. Y esas ideas las ratificó Gálvez, mirando hacia el campo de la Revolución, en el que se daba el triste espectáculo de falta de afinidad entre los elementos directores de la misma, de la que fué expresión la actitud del Congreso revolucionario, compuesto de jóvenes elocuentes y fervorosos, pero inexpertos, deponiendo al primer caudillo de la guerra. Esto, unido a rivalidades entre los jefes militares y otros actos de la misma índole, llevó al convencimiento de Gálvez esta triste afirmación: el pueblo de Cuba no estaba aún preparado para el gobierno propio.

No era en aquellos momentos la oportunidad para comenzar esa educación. Gálvez tenía que esperar a que terminara esa guerra, para laborar en la paz a favor de esa preparación.

Mientras estos momentos llegaban, Gálvez se apartó de toda actuación política, y se consagró de lleno al ejercicio de su profesión de abogado.

Don Ricardo del Monte en *El Nuevo País,* de 17 de mayo de 1906, publicó un notable trabajo titulado: *Gálvez; su vida pública,*

en el que, refiriéndose al período que hemos indicado, dice lo siguiente:

Entristecido y desconcertado, consagró de lleno a sus trabajos profesionales su actividad y sus aptitudes especiales, que eran muy felices, pues estaba dotado de rápida concepción, tenaz memoria, ingenio perspicaz, y extraordinarias dotes oratorias. Su palabra era fácil, abundante, siempre clara y castiza. Convencía y persuadía con sólidos argumentos, con textos legales bien aducidos y una admirable y breve exposición de los hechos, recogidos y presentados, con precisión y escrupulosa exactitud. Su elocuencia era sencilla, serena, y conmovía sin frases altisonantes, sin estrépito, sin arrebatos apasionados. A estas dotes del intelecto juntaba otras morales de precio mayor: probidad ejemplar, y una conciencia en que imperaban el honor y la justicia. Con tan fuerte armadura subió, joven aun, a primera línea entre sus compañeros y pudo labrar, sin mancharse, una considerable fortuna, que habría sido mayor, si la moderación y delicadeza de sus tratos con clientes y curiales, no hubieran muchas veces provocado a éstos a abusar de su generosidad, sin pudor ni escrúpulo.

Hallábase en el apogeo de su brillante carrera, rodeado de prestigio, gozando de creciente renombre y riqueza muy bien ganada, cuando en febrero de 1878 la Paz del Zanjón vino a poner término a nuestra prolongada guerra civil; y se abrió entonces en la vida de Gálvez otra era crítica, más importante, más larga y azarosa que la anterior, pero para él más gloriosa si bien sembrada de quebrantos y sinsabores; porque en los veinte años que abarca, pudieron aquilatarse mejor la varonil constancia y las virtudes cívicas del cubano noble y generoso que sin provecho ni recompensas para él, aunque no estérilmente para su pueblo, consagró todas las fuerzas de su voluntad y de su inteligencia a la causa de la libertad y a la ventura de la patria, sacrificándole su descanso personal, el bienestar de su familia y el porvenir de sus hijos.

Fué Gálvez no sólo un gran abogado, sino también un gran orador. Como tal tenía una palabra correcta, precisa, elegante. Era completamente distinto cuando hablaba de cuando escribía: dos naturalezas diferentes guiaban en esos dos actos su inteligencia. Cuando escribía era humorista, satírico, mordaz; y nadie como él manejaba la ironía, siendo prueba de ello, aquellos artículos y *aguijonazos* que publicaba en el semanario *El Tábano,* en el que dió vida al personaje del integrista con el nombre de *Eleuterio.*

Desde que comenzó a ejercer su profesión de abogado, su fama como estradista fué grande. Sus informes cautivaban por la sere-

nidad de la expresión y la profundidad de sus conocimientos jurídicos. Su palabra reposada, hacía que el oyente fuera meditando cada una de ellas. No era aficionado a los giros retóricos, ni a los párrafos de relumbrón. Quizás durante el curso de sus discursos, no arrancaba aplausos, pero al final de ellos dejaba en el auditorio impresión viva de sus ideas y lo obligaba a meditar.

Como abogado, adquirió Gálvez no sólo un renombre envidiable, sino también grandes utilidades. Su bufete tenía una de las clientelas más numerosas y ricas, que pagaba con esplendidez los consejos y consultas de su letrado. Prueba esto, la gran fortuna que levantó con su trabajo, llegando a poseer los ingenios *Dos Mercedes*, en Bolondrón, *Dos Hermanos*, en Quivicán, y *San José de Caunabaca*, en Ceiba Mocha. Toda esta riqueza la perdió por su abandono de la carrera y consagración a la política, teniendo después un modesto vivir y necesidad de trabajar en su vejez.

Manuel Sanguily, en su trabajo *Los Oradores de Cuba*, publicado en la *Revista Cubana* (1886), dice de Gálvez:

En tiempos en que suena tanto el nombre de D. José María Gálvez, no detenerse en él un instante siquiera, sería inexcusable; mas como nunca lo he oído en estrados, debo ceñirme a decir lo que de él se piensa entre los abogados, como hombre de la profesión. Quién pretende que tiene mucha chispa, que escribe con gracia suma y concisión elegante; pero es lo cierto que dispone de un talento muy grande; de intención profunda y de positiva habilidad; por esto me aseguraba uno de sus colegas, que no está hecho para sobrellevar las prosaicas cargas del bufete, para resistir sus rutinas; sino para dirigir los asuntos, ingeniar recursos, desarrollar planes convenientes y exponerlos en estrados, o en cualquier parte, con brillantez poco común. Quién asegura que posee una memoria colosal de casos forenses, de sentencias, de disposiciones legislativas, lo que equivale a una mina riquísima de conocimientos prácticos, que él sabe aprovechar a tiempo.

La vida pública de Gálvez es un ejemplo a imitar por las generaciones presentes y futuras. Ha sido pintado de mano maestra por Don Ricardo del Monte. Desde que se constituyó el Partido Autonomista, su vida estuvo ligada tan íntimamente a la de él, que una y otra serían difíciles de separar: forman un bloque. No hay quien hable de la historia de Cuba durante el período que corrió de 1878 a 1895, sin que forzosamente tenga que hablar

de Gálvez. Nosotros decimos más. Si el Partido Autonomista, que fué el que tuvo a su cargo durante ese tiempo, la preparación y educación políticas del pueblo cubano, no hubiera tenido la clarividencia de elegir a Gálvez su Presidente, no habría realizado su obra con el éxito que la realizó. Fué una gran suerte haber escogido a Gálvez para esa Presidencia. Entre todos los que formaban el Partido—como dice Morales muy bien—había otros oradores elocuentísimos, otros jurisconsultos esclarecidos, otros pensadores sesudos, otros admirables periodistas, otros patriotas desinteresados; pero ninguno, ninguno en Cuba, era como él, a la vez desinteresado, patriota, admirable periodista, sesudo pensador, esclarecido jurisconsulto y orador elocuentísimo. He ahí el éxito de su empeño. Permítasenos transcribir el hermoso párrafo que escribió Alfredo Martín Morales *(Diario de la Familia,* 16 de mayo de 1906), exponiendo la fundación del Partido Autonomista.

Imponente fué además—dice—la labor de los autonomistas, enfrente o, si se quiere, al lado de España... Restaurada en ella la monarquía, es decir, puesta en relieve la imposibilidad constitucional de nuestra antigua metrópoli de adaptarse a la forma de un gobierno democrático y republicano—cuya duración lo fué de una anarquía sin grandeza positiva demoledora de iniquidades políticas; esto es, vuelta la madre patria a la reacción, con su famosa teoría, acto continuo practicada de dividir sus partidos en legales e ilegales; reafirmados enérgicamente el predominio militar, el eclesiástico y el nobiliario; llamados al seno amoroso de la legalidad los absolutistas y clericales que habían combatido a sangre y fuego las libertades públicas; llena de suspicacia para con la isla desleal que la había desacatado con las armas diez años mortales; sumados esos antecedentes a la tradición, ya castiza, de atribuir, desde el divino Argüelles hasta el monstruo Cánovas, la pérdida de los virreinatos americanos al régimen liberal; así, ante una nación de tal modo constituída y en tan hondas y seculares preocupaciones sumidas, un puñado de hombres ilustres, casi todos jóvenes y los más jurisconsultos, escritores, instruídos, elocuentes, reflexivos, pero harto enamorados de la virtualidad de las ideas, volvió la mirada, la inteligencia y el corazón a la pobre tierra cubana, desarmada, creyente en la eficacia de la misma propaganda periodística y tribunicia que, por ineficaz, determinó la dura y larga guerra recién extinguida, acometió la temerosa empresa de recabar de nuevo de España las propias libertades que no habían antes conseguido, en la paz, ni el insigne Saco y sus amigos, ni el esclarecido Conde de Pozos Dulces y sus poderosos auxiliares. Su fe, no obstante la enseñanza magistral de la experiencia, "no tuvo ocaso"; y, a fuerza de ciencia y paciencia,

formuló un programa autonómico, inspirado en el sistema colonial inglés, como si España hubiera hecho en su vida de potencia ultramarina, una cuidadosa fe de erratas, a imitación de la monarquía británica, o como si en los Consejos del rey en Madrid hubiese un Chattam, previsor, o un Russell, ejecutivo. Y aquellos hombres eminentes, que pertenecían por su linaje intelectual y ardiente y su acendrado civismo, a la raza moral del patriciado cubano, cuya grandeza testifican las brillantes Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País, diéronse un Jefe, mejor dicho, un guía, un verdadero *leader,* y ese *leader,* ese guía, ese jefe, fué Don José María Gálvez.

Morales pintaba en ese mismo trabajo los tres aspectos principales que ofrecía Gálvez, como jefe del autonomismo cubano, de este modo:

Hombre político, adunaba en sí los dotes del oportunismo, la consecuencia, la inflexibilidad de carácter—que maravillosamente se armonizaba con una tolerancia amable y reflexiva—y el arte exquisito y supremo de convertir en seriedad de procedimiento la variedad de los que en la Junta Directiva del partido mantenían sus correligionarios, cada cual conforme a su temperamento. Si pudieran aplicarse a las escabrosidades de la política militante y batalladora, sin incidir en irreverencia ni violentar los conceptos, celebérrima teoría metafísica, diría, a la cabeza de los autonomistas, reducía a la identidad todos los *contradictorios.*

Los últimos años de su vida fueron muy penosos. Hacía ya tiempo que el hombre público había ahogado al profesional, y por excepción se ocupaba en alguno que otro pleito. Le recordamos cuando intervino (1891) en aquella célebre causa llamada de la Junta de la Deuda, en la que fueron procesados y condenados, el Intendente General de Hacienda Don Federico Prado, y el Secretario de la Junta Don Luis de Oteiza. Allí, al lado de Don Pedro González Llorente, Don Antonio Govín, Don Miguel Gener, Don José A. González Lanuza, Don José de Jesús Ponce, y otros, llevó la defensa de uno de los procesados, cuya absolución obtuvo, demostrando que los años y la vida pública, a la cual estaba consagrado, no habían apagado su talento jurídico. Aun recordamos las sesiones de ese juicio oral, en las que el Fiscal de S. M., representado en ellas por Don Antonio Romero Torrado, hizo patentes la consideración y el respeto que le merecía Don José

María Gálvez. El Fiscal, hombre de gran talento, sabía lo que era y representaba Gálvez en esta sociedad.

Al cesar la soberanía de España, se le consideró, quizás a él más que a ninguno, como un *fracasado;* y las penas y el desaliento que invadieron su alma, fueron profundos. Los que sin historia vinieron a última hora a recoger el fruto maduro de la independencia, miraban a Gálvez como un adicto aun a España, sin comprender que aquel fruto se les ofrecía en esas condiciones gracias al esfuerzo y labor que realizaron los autonomistas durante el período de 1878 a 1895. En ese período todos los autonomistas pusieron grandísimo empeño en la obra de educación que realizaban; pero Gálvez puso, además, su fortuna y su vida, abandonando por completo sus tareas profesionales, que le habían proporcionado una buena posición pecuniaria y consumido su salud. ¿Hay quien pueda afirmar que la obra de la Revolución de 1895 no fué una consecuencia lógica, o mejor dicho, el complemento forzoso de la actuación autonomista? El error de la Revolución consistió precisamente en adelantarse, en no esperar a que las ideas del autonomismo maduraran bien el fruto, para que su obra —la de la revolución—fuera todo lo eficaz y duradera que debía ser. La Revolución cometió también el error de desconocer la labor realizada por esos autonomistas y prescindir de ella, llevando a cabo una obra que no tiene la consistencia que debiera tener. La educación, la preparación es esencial en todos los momentos de la vida para llevar a cabo una obra. Es un principio fundamental de colonización, repetido con insistencia en los libros, que nuestro Rafael María de Labra expuso en una conferencia pronunciada en 1870 en el Ateneo de Madrid (3), y Don Pedro González Llorente, en 1893, en el Círculo Reformista de La Habana (4), que el destino de las colonias no es mantenerse eternamente unidas a las metrópolis por medios y vínculos puramente jurídicos, ni con el carácter de provincias, ni menos aun con el de dependencias; sino que en la ley de la historia está que esas sociedades, educadas y preparadas con discreción y buena voluntad para la vida independiente, llegan a ésta, sin precipitación ni retraso, sin abandono por parte de la metrópoli, ni impaciencia por

(3) *La Colonización en la Historia.*
(4) *La Reforma y la fantasma.*

parte de la colonia, constituyendo por sí, en la hora oportuna, naciones libres y robustas cuando su importancia es de tal, y cuando no, agregándose a otras comarcas o atrayendo otros países de análogo carácter, próximos a ellas y con ellas en íntima relación, bajo los auspicios de la madre patria, encargada desde entonces de una alta misión moral sobre aquella nueva sociedad (5).

Estas ideas fundamentales fueron olvidadas; y desconociendo ese error, se reaccionó de modo incomprensible contra Gálvez y sus amigos, que estaban realizando esa obra de educarnos y prepararnos con discreción y buena voluntad para la vida independiente. Pero quizás si, aun conocido ese error, se hubiera llamado a colaborar en la vida independiente de la colonia a hombres como Gálvez, que tenían indiscutible derecho para ello, quizás, repetimos, nuestra obra no padecería de la falta de consistencia de que adolece. Desde que nos constituímos en Estado libre, hemos tropezado y caído varias veces por falta de educación y preparación, y hemos pasado por situaciones indefinidas, con relación a nuestra soberanía, como la que atravesamos actualmente, que da dolor al pensar en los sacrificios que ha costado conseguir la independencia.

La injusticia que se cometió con Gálvez, fué inexplicable; sólo tiene su explicación en el desconocimiento absoluto de su obra, que fué constante y pertinaz en favor de nuestra educación política y social. Pero así son los pueblos: impresionables y capaces de levantarle una estatua a un mediocre simpático, y chiflar y escarnecer al primer hombre de talento de la nación. ¿Quién no recuerda todo lo que fué el gran Colbert para Luis XIV? ¿Quién ignora el pago que éste le dió, hasta el extremo de hacerle exclamar al célebre ministro, en el lecho de muerte, refiriéndose al rey: "si yo hubiera hecho por Dios lo que he hecho por este hombre, estaría salvado dos veces, mientras que ahora no sé lo que me pasará"?

Estas líneas se harían interminables, si tratáramos de decir todo lo que se merece Gálvez y la obra por él realizada. Si el tiempo y nuestras ocupaciones nos lo permiten, pensamos escribir,

---

(5) Labra, op. cit.

con alguna extensión, sobre su vida y la influencia que tuvo en nuestra patria. Ahora no podemos hacerlo: el libro del cual este estudio es un fragmento, sólo contendrá ligeros bocetos, escritos sencillamente, para que sirvan de ejemplo a nuestra juventud, muy necesitada de tener presente vidas como la de Gálvez, consagradas al bien de su patria.

Gálvez fué Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, de 1882 a 1890, y Vicepresidente de la misma Corporación de 1880 a 1881. Colaboró con diversos seudónimos (6) en *La Independencia, La Verdad, La Revolución* y *La América,* de Nueva York; *La Semana, El Triunfo, El País, El Nuevo País, El Tábano, El Foro Cubano,* de La Habana; y otros varios cuya enumeración sería muy extensa, pues muchos de los artículos políticos doctrinales que se publicaban en *El Triunfo, El País* y *Nuevo País,* órganos sucesivos del Partido Autonomista, se debieron a su pluma, así como también muchos de los manifiestos que la Junta Central del Partido Autonomista lanzó al país protestando del régimen colonial español.

Don José María Gálvez murió en esta capital el día 12 de mayo de 1906, a la edad de 71 años y cuatro meses. Es excusado que digamos el efecto que causó su muerte. El entierro, efectuado en la tarde del día 13, fué una verdadera manifestación de duelo. La prensa le dedicó artículos encomiásticos, y la Sociedad Económica de Amigos del País, a propuesta de Don Miguel Melero, acordó manifestar a los familiares:

la más sentida expresión de condolencia por su fallecimiento, tanto por los méritos personales, de aquél, como por haber, entre otros cargos, desempeñado con el mayor celo, el de Presidente desde 1882 a 1890, por lo que, en el Salón de Sesiones, ha figurado siempre su retrato, teniéndole, en justicia, entre los personajes ilustrados de Cuba.

Mucho debió sufrir Gálvez en sus últimos días, cuando en una carta que escribió a un amigo, decía:

Los amigos y correligionarios que no me conceden espacio sobre la tierra, no podrán impedirme que ocupe tranquilamente un lugarcito debajo de ella cuando me llegue el turno.

---

(6) Véase el *Diccionario Cubano de seudónimos,* de Don Domingo Figarola-Caneda, La Habana, 1923.

Sirvan para terminar estas líneas, las que sirvieron también a Don Ricardo del Monte para concluir su artículo citado:

Sobre su féretro han caído frescas coronas; un brillante y numeroso cortejo lo siguió al cementerio; muy sentidas han sido las manifestaciones de duelo; la prensa de todos los matices ha rendido tributo a su memoria y señalado sus merecimientos y sus servicios. Pero ese soldado de la libertad nunca cansado; ese apóstol de la moralidad política, héroe a la vez y mártir, muere con el alma herida por la injusticia y la ingratitud, deja sin amparo una familia desvalida.

¡Ah! hay que ser indulgente con las flaquezas de una sociedad perturbada donde el sentimiento moral vaga todavía sin rumbo, desquiciado por las crisis terribles que lo han sacudido.

José María Gálvez, alma fuerte, murió sereno y resignado. Mucho tiempo aguardó en vano el desagravio; ya no lo esperaba. Pero vendrá la reparación. La posteridad no odia ni envidia ni tiene rencores, y en la historia de los hijos mejores y más grandes de Cuba pondrá su nombre entre el del maestro político de Cuba, José Antonio Saco, y el de aquel férvido patriota a quien su pueblo glorifica con el nombre de Padre de la Patria, José Martí.

Sólo nos resta llamar la atención de nuestra juventud sobre la vida de Don José María Gálvez, para que la tome por ejemplo. Si tuviéramos unos cuantos hombres de su temple moral e intelectual, ¡cuán distinto sería el porvenir de nuestra patria! Cuba le debe, en una de sus plazas públicas, un monumento que recuerde sus altas virtudes cívicas, por muy pocos igualadas.

ANTONIO L. VALVERDE.

Abogado y Notario de gran ilustración y cultura, y ex Catedrático de la Universidad de La Habana, el Dr. Antonio L. Valverde fué fundador y Director de la bien acreditada *Revista del Foro,* que durante muchos años se publicó en esta capital. Es autor, entre otros varios libros y opúsculos, de los que llevan por títulos *Abordaje marítimo, La Intervención,* estudio de Derecho Internacional, premiado por el Círculo de Abogados de La Habana, *Derecho de familia,* obra también premiada en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo de La Habana en 1908, y de un valioso *Compendio de Historia del Comercio* (Madrid, 1915), en el que el autor ha demostrado su excepcional competencia en esta materia, cuya enseñanza tiene a su cargo en la Escuela de Comercio de La Habana, de la cual es profesor titular por oposición. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece el envío de este muy interesante estudio, que es un fragmento del libro próximo a publicarse bajo el título de *Jurisconsultos Cubanos* (Biografías y Retratos), permitiéndole dar las primicias de dicha obra.

UN PRECURSOR OLVIDADO: EL ARGENTINO JOSE ANTONIO MIRALLA

SU AMISTAD Y RELACIONES POLITICAS CON JOSE MARIA HEREDIA


LVIDO lamentable e injusto ciérnese sobre la interesante personalidad del argentino José Antonio Miralla, uno de los precursores del separatismo cubano, cuyos trabajos literarios y políticos en esta isla, bien merecen el reconocimiento de nuestra gratitud. Un compatriota suyo, Juan María Gutiérrez, escribió su biografía, bastante completa, titulándola con sobrada razón: *Un forastero en su patria* (1), y salvo las noticias brevísimas de algunos diccionarios enciclopédicos, las referencias de Vidal Morales en su obra *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana,* las de Menéndez y Pelayo en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana,* y los pormenores sobre la residencia de Miralla en Bogotá, publicados en la *Revista del Río de la Plata,* por el Dr. Florentino González, nadie se ha ocupado de aquel gallardo joven amante fervoroso de la libertad, que tan anhelosamente pusiera su inteligencia y su cívica energía al servicio de la causa emancipadora americana. De ahí, que me proponga ofrecer en estas líneas algunos detalles de su vida que completan el trabajo de Gutiérrez; principalmente sus activas gestiones en pro de nuestra independencia, así como también sus relaciones amistosas, íntimas e invariables, con nuestro gran lírico José María Heredia, puntos no bien dilucidados todavía y que pueden ayudarnos a fijar de modo claro los ideales patrióticos de Heredia hasta el año de 1825, en que muere Miralla cuando pre-

---

(1) Publicóse en la *Revista Cubana,* Tomo XVII.

cisamente ambos habrían de reunirse en Puebla de los Angeles, para obtener de México auxilios eficaces a sus trabajos políticos.

En Córdoba, Tucumán, nació el año de 1789—glorioso en los fastos de los derechos del hombre—José Antonio Miralla. De sus primeros años sólo se recuerda que ingresó en el célebre colegio de *San Carlos,* de Buenos Aires, y que comenzó a estudiar Teología en 1808, abandonando antes del año las disciplinas eclesiásticas. Avispado e inquieto, de talento natural, acredita en plena adolescencia su carácter aventurero, pues bajo la protección de un genovés, artífice de alhajas, apellidado Boqui, que lo adopta como hijo, marcha al Perú en busca de la región de las minas.

Llegan a la Ciudad de los Reyes en 20 de julio de 1810; y a los dos meses escasos el virrey Abascal dicta un decreto de expulsión contra Boqui y Miralla, por acusárseles de conspirar contra el régimen establecido. Circunstancias especialísimas del momento histórico determinan la prisión de Miralla. Y después de una corta estancia en la cárcel, logra, acaso por sus pocos años, permanecer en Lima, donde reanuda sus estudios. Obtiene en la Universidad de San Marcos el grado de Bachiller y con este pasaporte comienza a cursar medicina en el Colegio de *San Fernando,* el año de 1812.

En aquel mismo año de 1812—dice Gutiérrez—encontramos nuevas huellas del Bachiller de San Fernando, en el terreno de la literatura propiamente dicha, y con el motivo que vamos a referir. El hijo adoptivo de Boqui había conquistado en Lima la amistad, la protección de un personaje, que por su título de conde, sus brillantes talentos, sus altos empleos en la magistratura, sus maneras cortesanas, su lujo y disposición, se había granjeado gran fama, tanto en el Perú, su patria, como en Madrid, en donde había residido por dos ocasiones con anterioridad al año que queda señalado. Don José Baquijano y Carrillo, Conde de Vista Florida, que tal era el nombre y título de aquel personaje, era miembro de la Audiencia de Lima y casi rival por su influjo y popularidad del mismo virrey. Sus ideas liberales y su activa participación desde años atrás en los trabajos literarios de reforma en la *Sociedad de Amantes de Lima,* cuyo eco fué el afamado *Mercurio Peruano,* le colocaban naturalmente a la cabeza de los hombres liberales que no faltaban en Lima y formaban lo que podía llamarse el *Partido Constitucional,* cuyas aspiraciones tendían a plantear en ambos mundos de la monarquía española las formas de gobierno estampadas en el malogrado código político dictado por las Cortes. Burladas aquellas sanas aspi-

raciones por las veleidades absolutistas de Fernando VII, Baquijano y sus amigos dirigían sus esperanzas y sus miradas hacia la princesa Carlota, y créese por algunos, que meditaron una revolución armada con el objeto de desconocer las autoridades que gobernaban el Perú en nombre y representación de la Metrópoli. Pero, si no está bien averiguado que Baquijano llegase a levantar tan alto su pensamiento, no cabe duda de que el conde aprovechó la ocasión que le ofrecía el nombramiento de miembro del Consejo de Estado de la Península, hecho en su persona por la Regencia del reino, para separarse de Lima para siempre, y desentenderse de los compromisos que hasta allí había contraído para con los liberales del Perú, quienes estaban destinados a no ser verdaderamente libres sino con el auxilio armado de los independientes de Chile y Buenos Aires. La noticia de aquel nombramiento halagó la vanidad de todas las clases de Lima. El primero de entre sus hijos iba a ser colocado al frente de los destinos de la patria, y los intereses del Perú tendrían desde entonces un abogado interesado y elocuente en la capital de la monarquía. ¡Ilusiones y nada más! Mientras tanto, la población alegre e impresionable de aquella simpática ciudad se entregó al regocijo por tres días consecutivos, celebrando la promoción de Baquijano con fiestas públicas, iluminación, fuegos artificiales y saraos, cuya descripción escribió su joven y reciente amigo D. José Antonio Miralla, publicándola en un cuaderno de 40 páginas en 4º cuyo título es el siguiente: *Breve descripción de las fiestas celebradas en la capital de los Reyes del Perú, con motivo de la promoción del Excmo. Sr. D. José Baquijano y Carrillo etc., al Supremo Consejo de Estado, con una regular colección de algunas poesías relativas al mismo objeto...* Esta breve descripción en honra de un *Conde* está dedicada al Marqués de Torre Tagle, así como fueron dedicados los exámenes de fisiología y sociología al Excmo. Sr. D. José Fernando Abascal y Souza, virrey y capitán general del Perú.

Esta es la primera de las publicaciones de Miralla.

En unión de Baquijano, emprende viaje Miralla a Madrid, foco entonces de enconada lucha entre los partidarios de la Constitución y los absolutistas. Muchos americanos prominentes radicaban en la Corte española por aquel tiempo; unos como el Conde de San Carlos del Perú, y Lardizabal, mexicano, ministros de Fernando VII, al servicio del despotismo; y otros, como Vicente Rocafuerte y Rivero, diputados por Guayaquil y Arequipa respectivamente, sufriendo los rigores y persecuciones del Gobierno, dadas sus francas ideas de progreso.

Con Don Vicente Rocafuerte—más tarde auxiliar de los conspiradores cubanos y Presidente de la República del Ecuador—, se

identifica Miralla; y esa identificación le aleja de su protector Baquijano que se muestra partidario del monarca y parece decidido a correr la suerte de Fernando VII en lucha con los elevados propósitos de los españoles amantes de la dignidad nacional.

A la Inquisición, siempre al servicio de la tiranía, se le hacen sospechosas las creencias filosóficas de Miralla, y vese obligado a trasladarse clandestinamente a Inglaterra. Allí perfecciona sus conocimientos en la lengua de Shakespeare, y de allí parte para La Habana, adonde llega en 1816, estableciéndose como comerciante en la casa San Ignacio No. 6.

Su labor cultural más intensa fué en la capital cubana. El mismo año de su arribo ingresó en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Y en 1817, fué calificada de sobresaliente una memoria suya sobre la necesidad de aumentar la población blanca de la Isla, en la que hacía la siguiente proposición:

> El aumento de población blanca, en esta Isla, es el establecimiento a que debe darse preferencia, por su mayor necesidad y ventajas, y por la facilidad y oportunidad de su *execución.*

Conquista prontamente Miralla generales simpatías en La Habana, relacionándose con los elementos sociales e intelectuales mejores de la Isla. El 26 de noviembre de 1818 es elegido por aclamación Secretario de la Junta de Gobierno de la Real Casa de Beneficencia, en sustitución de Don Rafael O'Farrill y Arredondo; cargo que desempeña hasta el 2 de diciembre de 1819, en que es designado para ese puesto Don José de Ibarra. Vínculos espirituales indestructibles líganle por esta época a tres hombres de fama continental y representativos de la cultura cubana: a Don Domingo Delmonte, al Dr. José Fernández Madrid—colombiano— y a José María Heredia. Los tres se identifican en memorables bregas políticas y literarias; los tres se hermanan en la conspiración separatista de los Soles de Bolívar, laborando en el secreto de la masonería; y los tres viven en esta ciudad por igual época e intervienen en los principales acontecimientos públicos que se ofrecen durante el tiempo que media entre los años de 1818 a 1822.

Fernández Madrid, médico, agrónomo y doctor en Derecho Canónico, había tomado parte en la Guerra de Independencia; electo Presidente de la República de Colombia, fué capturado por

los españoles y deportado a La Habana. Aquí se granjeó la confianza y los afectos, hasta de los peninsulares integristas, por su caballerosidad y dotes intelectuales. Y con Miralla se compenetra de tal modo, que Gutiérrez da esta sensación de la vida que ambos hacían:

En horas en que el atractivo de la hamaca, de la bañadera o de la indolente siesta, derramaban sueño y silencio sobre los vecinos de La Habana, heridos de lleno por el sol del trópico, deponía el doctor su bastón de borlas, el comerciante cerraba su caja y dando de mano a las tareas serias, incluso las de la redacción del periódico político, evocaban las musas ligeras y se daban de todo corazón a la esgrima de las agudezas sazonadas con la rima y el consonante, los cuales cuando son fáciles y oportunos, levantan el relieve de las obras de imaginación. Miralla era la inspiración, Madrid quien devolvía en versos suaves, naturales y espontáneos, como hebras de seda de un hermoso capullo que se devana, las ideas sugeridas por el amigo. Bastaba el más mínimo toque a aquellas dos cuerdas simpáticas para que produjeran el mismo sonido y la misma harmonía; y sobre tema cualquiera, al parecer trivial, elevaban un canto digno de conservarse entre las más selectas inspiraciones del ingenio sudamericano.

No de tan subido valor, pero sí demostrando fáciles disposiciones, se consagraban a las musas aquellos dos espíritus inquietos, a pesar de recomendar Miralla a su compañero:

No más el tiempo en versos malgastemos
Porque a la sombra del laurel de Apolo
Coronados y hambrientos moriremos.

Un acontecimiento histórico, curioso por demás, ha de unir ahora el nombre de Heredia con los de Fernández Madrid y Miralla. Los conspiradores separatistas aprovechan la división entre los propios peninsulares y ayudaban, desde luego, a los partidarios del régimen constitucional: eran los avanzados y a ellos se inclinaban. Llega a La Habana la noticia de que Fernando VII había jurado la Carta Fundamental de 1812, y ocurre el motín de la Plaza de Armas (15 de abril de 1820). Dos oficiales del Regimiento Cataluña, al frente de su tropa, obligan al Capitán General, Cagigal, a salir casi en paños menores a los balcones de Palacio, para prometer a la multitud que él también juraría el preciado documento y lo implantaría en la Isla. Corre la versión de que

los partidarios de la independencia absoluta de la Isla aprovecharían el movimiento para separar a Cuba de España. El Alcalde de La Habana en esa fecha, Don Carlos de Castro Palomino, ordena la formación de un proceso al Ldo. Pedro de Alcántara, asistido de su escribano Miguel García Alayeto. Del proceso no resulta nada; y en el *Diario del Gobierno Constitucional de La Habana,* lunes 15 de mayo de 1820, aparece un dictamen y decreto de orden del Alcalde, sobreseyendo la causa, y dirigiéndose a los habitantes de la capital les participa que pueden vivir tranquilos porque la acción de los perturbadores ha de ser ineficaz para separar a esta Isla del dominio español.

Sin embargo; oficialmente se reconocía la existencia de perturbadores. ¿Quiénes eran esos perturbadores? José María Heredia, testigo presencial de los hechos, no ajeno ya a los trabajos secretos del indeciso movimiento, compone su oda *A España Libre;* desborda su entusiasmo en admiraciones altisonantes por el triunfo de la libertad, y dice:

Y aquesta exclamación noble y sagrada
Derramando doquier contento y vida,
De la fama en las alas conducida
Suena en Asia y América preciada,
Y doquier que se adora el nombre ibero:
La Habana fué quien la aclamó primero.
¡Gloria eterna a mi patria! Honor al suelo
Que me viera nacer! Honor a Ponce,
A *Miralla,* Valdés, *Madrid* y Tanco,
Que sus glorias alzando al alto cielo
De O'Dail, Quiroga y de Giral y Riego
Las ínclitas hazañas celebraron,
Y arrebatados del divino fuego
Con entusiasmo ¡Libertad! clamaron.

Que el motín debió alcanzar proporciones que los diarios oficiales no acreditan ni reconocen, y que el ascendiente de Miralla ertre la multitud enardecida fué notable, lo sugiere un soneto de Fernández Madrid, publicado en el tomo de sus poesías, junto con un *Dityrambo* a la memoria de Porlier y Lacy y una oda *A la Restauración de la Constitución Española,* que dice así: *Al Ciudadano Miralla, con motivo de haber sosegado el furor del pueblo el día 15 de abril de 1820.*

¿Vísteis alguna vez del mar airado
Encresparse las olas agitadas,
Cuando de opuestos vientos contrastadas
Bramando sin piedad se han levantado?

Ya descienden de un cielo encapotado
Las centellas por Júpiter lanzadas;
Ya no atiende a las velas destrozadas
El marinero absorto y consternado?

Sale Neptuno, empuña su tridente;
Sosiéganse las olas del Oceano,
Y la calma renace de repente?

Imagen de ese mar fué el pueblo Habana
Y de Neptuno el joven elocuente,
Que aplacar supo su furor insano.

En este mismo año de 1820 publicó Miralla dos folletos sobre asuntos de candente actualidad, replicando a un manifiesto del Dr. Tomás Romay, que respiraba fuerte olor a españolismo. Tituláronse así: *Observaciones políticas.* Su autor: D. José Antonio Miralla. Habana. Imprenta de D. Pedro N. Palmer. 1820. Cuatro páginas en octavo; y *Análisis del papel titulado "Lo más y lo menos"*. Su autor: D. José Antonio Miralla. Habana. Imprenta de Palmer e hijos. (Sin año.) Veinte páginas en cuarto.

Y el 3 de junio de 1820, con el Dr. Fernández Madrid y el poeta colombiano Vargas Tejada, comenzó a publicar la revista *El Argos,* de carácter literario y político, cuya vida terminó el 5 de marzo de 1821.

En 1822 imprimió en La Habana también, un volumen de 241 páginas, en octavo (Imprenta Fraternal), con la traducción de las *Ultimas Cartas de Jácopo Ortis,* de Hugo Fóscolo, que tituló Miralla: *Ultimas cartas de Jacobo Dortis;* obra novelesca de poco valor, muy parecida al *Werther,* y sólo digna de mención por la pintura de la sociedad de su tiempo y por sus alusiones políticas y fiera invectiva, que le dieron extraordinario interés. Don Domingo Delmonte, en su revista *La Moda*—tomo primero, año 1829—publicó un juicio crítico sobre dicha traducción, en la que advirtió "algunas construcciones exóticas y pasajes mal entendidos

o débilmente trasladados". Y Menéndez y Pelayo, en cambio, observa que:

Miralla hizo dos traducciones muy notables: las de las cartas de Jacobo Ortis, de Hugo Fóscolo, donde los pasajes de Dante y Alfieri que Fóscolo cita están puestos en verso castellano con notable propiedad y acierto; y la literarísima versión casi improvisada que en 1823 hizo de la elegía de Tomás Gray *En el Cementerio de una aldea,* hecha verso por verso.

Indablemente muy ceñida al original, y algo seca por su escrupulosidad como traductor. Gutiérrez observa que

las dos obras principales a cuya traducción se contrajo Miralla, demuestran que en el fondo de su carácter, aparentemente tan jovial, existía una gran predisposición a la melancolía, que le llevaba a preferir en las literaturas extranjeras las producciones que se han llamado del género romántico. Es verdad que la novela de Fóscolo respira por todas sus páginas el sentimiento de la patria, las aspiraciones a la libertad y los dolores de la servidumbre política, y que esta circunstancia puede explicar la simpatía del traductor hacia ella. Sin embargo, su elección no parece del todo acertada, pues Dortis es un personaje de la enfermiza familia de Wherter, a quien vencen moralmente los contratiempos y la desgracia hasta precipitarle en la demencia del suicidio.

Miralla, que dominaba el francés, el italiano, el latín y el inglés, daba clases a Heredia de este último idioma; nuestro gran poeta,

arrebatado por huracán imprevisto de los risueños campos de su patria a las márgenes nublosas del Hudson, quiso penetrar en los misterios del genio sombrío de la vieja Albión

y tradujo el poema de Osiam *La Batalla de Lora* (1824) dedicándolo en señal de gratitud al amigo y maestro, en estas líneas afectuosas:

Proscriptos ambos tenemos algo de común en nuestra suerte. Si atravesando los centenares de leguas y las olas del océano que nos separan, llega a tus manos este cuaderno, dí: aún dura mi amistad en el corazón de José María Heredia.

Hasta 1822 Miralla reside en La Habana. Cada vez más com-

prometido en las labores separatistas, aprovechó la facilidad que le brindaban sus negocios mercantiles para emprender un viaje a los Estados Unidos y ponerse en relación con los cubanos que allí trabajaban por la independencia. Que el móvil de su ausencia de Cuba obedece a los planes de los conspiradores, lo acredita su indiscutible participación en los trabajos secretos de los Soles de Bolívar y su entrevista con Tomás Jefferson. Pocos meses después de su partida el gobierno español descubre la conspiración y entre los delatados aparecen José María Heredia y José Antonio Miralla. Heredia se esconde en una finca de las cercanías de Matanzas y después huye a los Estados Unidos. A Miralla se le declara en rebeldía y a los dos "se les manda a prender y a embargar sus bienes" participándose a todos los capitanes de los partidos judiciales que investiguen su paradero "y den cuenta cada ocho días de las diligencias que hubiesen practicado". Todavía en 1828, tres años después de muerto Miralla, las autoridades judiciales lo buscaban por la isla y su nombre aparecía constantemente en el proceso por conspiración. En Norte América, Heredia y Miralla continúan sus trabajos separatistas; y aquél se cartea constantemente con Don Domingo Delmonte, encausado también en los Soles de Bolívar.

Sólo Fernández Madrid, que sostenía continua correspondencia con Don Andrés Bello, logró alejar el recelo de los gobernantes de la metrópoli y permaneció en Cuba hasta el año 1827. Tiempo después, en Londres, representando a su país, escribió verdaderas diatribas contra los españoles, quizá no tanto porque sintiera odio hacia ellos como para que sus compatriotas olvidaran la conducta tímida que observó al ser apresado el año 16.

Al llegar Miralla a los Estados Unidos, toca primero en Nueva York. Allí encuentra a su camarada y compañero de bregas constitucionalistas Don Vicente Rocafuerte, a quien desde su estancia en Londres no veía y lo pone en relación con el grupo de cubanos emigrados mantenedores del ideal republicano, principalmente con *El Lugareño* e Iznaga. Después marcha a Boston donde se hace amigo del eminente hispanista Ticknor, y se enamora de una muchacha de Virginia, amores fugaces sin mayor trascendencia. Por este tiempo, Tomás Jefferson, tercer Presidente de los Estados Unidos, aunque ya contaba ochenta años de edad y vivía en su

retiro de Monticello, dirigía la diplomacia de Washington. Y su voz y su consejo como el de un patriarca reverenciado por todos, de continuo se solicitaba en los difíciles problemas internacionales.

Dos graves asuntos se debatían y altamente preocupaban entonces a los poderes públicos: el reconocimiento de las nuevas nacionalidades hispanoamericanas y las reclamaciones rusas sobre las costas del Pacífico. Y preocupaba además extraordinariamente a Jefferson, la preponderancia inglesa en América, su creciente influencia por la simpatía que supo conquistarse entre los pueblos liberados del Continente del Sur. Sólo habían transcurrido ocho años de la segunda guerra de independencia y Jefferson concedía importancia vital a una posible agresión británica en Cuba, en cuyo caso debería sobrevenir nueva contienda entre Inglaterra y los Estados Unidos. Desde otro punto de vista, atemorizaba al estadista norteamericano que si en Cuba surgía una fuerte insurrección capaz de derrocar el dominio de España, acaso la población negra, tan numerosa en aquella fecha, se adueñaría del poder, y al repetirse el caso de Haití, veía en ello un grave peligro para la organización social de la Unión americana, máxime cuando el problema de la esclavitud alboreaba en la política yankee con carácter virulento. En tales circunstancias, y bajo la presión de esos recelos y prejuicios, celebróse la entrevista entre Jefferson y Miralla, a la cual concede Callahan en su estudio *Cuban and International Relations* especial significación. Cuando en el Gabinete de Washington—15 de marzo de 1823—el Presidente Monroe y su Secretario de Estado Quincy Adams, previa consulta a Jefferson, consideró la posibilidad de que Cuba cayese en manos de Inglaterra, pareció una hábil solución provocar una alianza anglo-americana para garantir el dominio de España en Cuba; pero al informarle Miralla a Jefferson el verdadero estado del espíritu público en la Isla, y los genuinos sentimientos de sus habitantes, que nunca solicitarían, ni aceptarían mansamente, una dominación británica en vez de la española, cambió de opinión el ex Presidente, y consideró entonces alejado el conflicto por el momento, y a los Estados Unidos capaces por sí solos de impedir el predominio de Albión en el Golfo de México, y desistió de llevar adelante el convenio de alianza en que primero hubo de pensar.

Fué larga esa conferencia y en ella Miralla expuso los propósitos de los conspiradores nativos, que no se creían suficientemente fuertes para acometer la magna empresa de libertar a Cuba merced a sus recursos propios, y que planeaban solicitar el auxilio de las armas de Colombia, primero, y de México después, para borrar totalmente en América el gobierno colonial español.

Con seguridad, estos planes no fueron muy del agrado de Jefferson, dispuesto a "garantizar la independencia de Cuba contra todo el mundo, excepto España" y más que nada porque era su deseo ferviente—y así lo hizo público luego—anexar la Isla de Cuba a su patria por estimarla como la continuación propicia de la "punta de la Florida"; y creerla conveniente para el desarrollo de la Unión y resguardarla del hipotético adversario que quisiese situarse en sitio tan estratégico y tan cercano a sus costas. Fuera por este pensamiento de Jefferson, producto de su profunda meditación sobre el problema antillano, o fuera la actitud de la Santa Alianza, que hubo de provocar la protesta de Monroe en su Mensaje del 2 de diciembre de 1823, donde se contiene su discutida doctrina, el hecho cierto es que la obstrucción vigorosa y tenaz de los Estados Unidos impidió el desarrollo del proyecto emancipador de Bolívar y convirtieron en ineficaces todos los trabajos de los patriotas cubanos a quienes secundaban, identificados en sus anhelos sus hermanos del Continente como Vidaurre, Rocafuerte y Miralla.

En el cuarto que ocupaba *El Lugareño,* en Nueva York, se reunían constantemente, Antonio Abad Iznaga, Aniceto Iznaga, José Agustín Arango, Fructuoso del Castillo, Miralla, Rocafuerte, el matancero González y el peruano Vidaurre, que luego fué Presidente del Congreso de Panamá. De allí brotó la idea de pedir el concurso de las armas de Colombia para libertar a Cuba. Se acordó enviar una Comisión compuesta por Miralla, *El Lugareño,* José Agustín Arango y Fructuoso del Castillo, presidida por José Aniceto Iznaga, que debía entrevistarse con el General Santander, en Bogotá, Vicepresidente de la República, que a la sazón ejercía de Jefatura del Poder Ejecutivo por encontrarse Bolívar en la campaña del Perú. Después de un largo y penoso viaje en la goleta *Midas,* la Comisión llegó a la Guayra a fines de 1823.

En la Guayra conocieron al general Antonio Valero, de Puerto Rico, que había renunciado a seguir las banderas imperiales de Itúrbide y ofrecido su espada a la República de Colombia que le reconoció en su ejército el grado y empleo que había tenido y ganado en el de México. Valero anhelaba llevar a cabo, con elementos del Ejército Libertador, la independencia de su isla natal, y puesto al habla con los comisionados de la tertulia de Filadelfia, que la constituían los emigrados cubanos e hispanoamericanos en casa de Bernabé Sánchez en esa ciudad, convino en hacer causa común con ellos. En las conferencias que antecedieron a este pacto, el argentino Miralla llevó siempre la palabra, y ya asociados a Valero, se trasladaron en un buque de guerra que el gobierno les dispuso, al puerto de Maracaibo, desde donde se encaminaron a Santa Fe de Bogotá. En Caracas conoció la Comisión las dificultades que tendría que vencer para avistarse con Bolívar, que se hallaba empeñado en la guerra que libraba en los campos del Perú, y acordó por su consecuencia, que José Agustín Arango siguiese a avistarse con el Libertador, continuando ellos su peregrinación a Bogotá, en donde el Vicepresidente de la República, General Santander, Restrepo y otros personajes, los acogieron con la mayor cordialidad, lamentando que la campaña trasandina impidiese toda acción eficaz en Cuba y Puerto Rico. En aquellos días (principios de 1824) Bolívar reclamaba de Colombia refuerzos y recursos, y poco después circuló impresa la noticia de que España, agradecida a Francia por los servicios del Duque de Angulema, iba a cederle o venderle la Isla de Cuba. Alarmados los Comisionados, resolvieron que Miralla, Valero y Castillo permaneciesen en Bogotá, esperando noticias de la misión de Arango y del resultado de la guerra de independencia del Perú, y que Ignaga (Don Aniceto) y Betancourt Cisneros regresasen a los Estados Unidos para conocer la opinión y actitud de su gobierno ante el anunciado proyecto de la venta de Cuba (2).

Inútiles resultaron al fin los viajes y gestiones de los patriotas José Aniceto Ignaga y Arango para obtener la cooperación del Libertador, como es bien sabido. Bolívar, una vez que terminó su campaña en el Perú y sofocó la revuelta de Bustamante, vióse imposibilitado de iniciar la última guerra con España debido a la actitud contraria de los gobiernos de los Estados Unidos e Inglaterra, impidiéndosele así llevar a cabo la liberación de Cuba y Puerto Rico.

En Bogotá hubo de permanecer un año y meses, Miralla, cumpliendo cuantas comisiones los patriotas le encomendaban. Mermada su modesta fortuna, tuvo que emplearse como profesor de

(2) *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana.* Vidal Morales.

idiomas en el Colegio Nacional de *San Bartolomé;* y por este tiempo fueron sus desposorios con la señorita Eloísa Zulueta, con quien tuvo una niña. Fructuoso del Castillo que prefirió quedarse también, sentó plaza en el Ejército de Colombia.

El auxilio militar de una de las repúblicas del Continente, apoyo material y moral que viniera a robustecer la confianza en la dura empresa, se estimó, a medida que mejor se conocía por los patriotas del exterior la situación de Cuba, como una necesidad imperiosa, sin satisfacer la cual no se lograría mover la opinión de emigrados y habitantes de la Isla en sentido favorable a la causa. Los conspiradores, al mismo tiempo que acudían a Bolívar por medio de sus incansables Iznaga y Arango y que esperaban del Congreso de Panamá consecuencias provechosas, se dirigían también a México en petición de apoyo. Tanto el Presidente Guadalupe Victoria, amigo y protector de Heredia, como el General Santa Ana, Gobernador de Yucatán, pública y ostensiblemente, secundaron el separatismo cubano.

Se creyó por un momento que si los *Soles de Bolívar* no podían alumbrar los días de la Redención, el Aguila Negra, "el Aguila de los Aztecas remontaría su vuelo majestuoso sobre la antigua Cubanacán" y con su fuerte pico y sus raudas garras abatiría el pabellón de España de los últimos mástiles donde se empinaba en América. ¡Efímeras ilusiones!

Compenetrado Miralla con los nuevos planes de invasión de la Isla y relacionado con los diversos grupos conspiradores, estimó necesario su viaje a México, único refugio ya para las esperanzas de los patriotas. Y en julio de 1825, en unión de su esposa y de su hija, de pocos meses de nacida, embarcó en una goleta inglesa rumbo a Puerto Alvarado, a doce leguas de Veracruz. Poco después, en Veracruz, fué recibido con vivas muestras de simpatía por los emigrados revolucionarios, y muy principalmente por sus fieles amigos Don José Ignacio de Basadre y José Joaquín Calvo. De Veracruz fué a Jalapa, y allí contrajo unas fiebres malignas que comenzaron a minar su organismo. Con la esperanza de vencer el mal al influjo de la temperatura fresca, continuó su camino hasta Puebla de los Angeles, en donde debía de reunirse con él, José María Heredia, a fin de realizar ciertas gestiones cerca del Presidente Guadalupe Victoria. Tres días antes de que

Heredia llegara (3), el 4 de octubre del mismo año y a los treinta y cinco de edad, agobiado por la estrechez económica, en brazos de su joven compañera, se apagó la llama de su vida. En sus últimos momentos dijo estas palabras que la dulce esposa —flor que perfumara sus postreros días—recogió como el mejor legado para su pequeñuela: "No me acuerdo de haber causado mal a ninguna persona en mi existencia. A nadie he engañado; siempre me indignó la mentira y no la admito ni aun en chanza."

Así fué la vida y así fué la muerte del cultísimo y simpático argentino que consagró sus energías, su entendimiento y su caudal a la independencia cubana, rendido amante de la libertad en todas las latitudes de América y precursor fervoroso de nuestros ideales patrios.

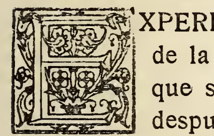
ANTONIO IRAIZOZ.

La Habana, febrero, 1923.

(3) Heredia en una carta a Silvestre Alfonso cree que la ignorancia de los médicos de Puebla de los Angeles fué causante de la muerte de Miralla.

EL PROBLEMA DE MEXICO (*)

(Conferencia pronunciada en el salón de la Academia Brasilera de Letras, el día 28 de agosto de 1922, por el Dr. José Vasconcelos.)



XPERIMENTO en estos momentos la noción precisa de la grave responsabilidad que sobre mí pesa, puesto que soy como el heraldo de un pueblo distante, que después de tantos y tantos años de aislamiento, llega para deciros un poco de lo que México ha sido en lo pasado, de lo que es hoy, y de lo que pretende ser en lo futuro. Y a mí mismo me pregunto: ¿Por qué azar de los acontecimientos he venido a ser yo ese heraldo, cuando cuenta nuestro país con tantos hombres distinguidos y hábiles en el manejo de la palabra, que mucho mejor que yo, con su elocuencia, habrían podido disertar sobre el estado actual de la patria mexicana?

En mi persona, no vino de México un orador; vino nada más un hombre de trabajo que con dificultad y pobreza de expresión procurará exponer al preclaro auditorio, algunos de los antecedentes del problema mexicano, y la situación en que hoy se encuentra.

Por esto mismo, continúo preguntándome: ¿Por qué he acep-

(*) Este muy notable estudio del ilustre político mexicano que es actualmente Ministro de Educación Pública en su país y fué Embajador Especial de México en las ceremonias conmemorativas del centenario de la Independencia del Brasil, sólo se ha publicado hasta la fecha, en portugués, por el diario *Jornal do Commercio,* de Río de Janeiro, en su número correspondiente al día 13 de septiembre del año último. Cuba Contemporánea debe a la bondad de su estimadísimo colaborador Manuel F. Cestero, que le ha enviado desde México esta traducción, la complacencia que tiene al dar las primicias en castellano de tan interesante bosquejo histórico-crítico acerca del problema de la vecina República hermana.

tado semejante representación cuando tantos de mis compatriotas la desempeñarían mucho mejor?

Una sola excusa me asiste: la de que tal vez hemos pasado del período en que los pueblos confiaban la expresión de sus ideas a los individuos de gran elocuencia verbal. La época es demasiado seria para que los problemas de los pueblos se conviertan en frases, que sacuden un instante al auditorio, que lo hacen vibrar profundamente, pero que en seguida, con mucha frecuencia, revelan su completa esterilidad, tanto en el ánimo de los que escucharon, como en el del propio orador.

Es de tal orden el tiempo actual, tan grave lo siente todo el mundo, que podemos transformar en oradores personalidades que se suponían todo, menos eso; servir para todo, menos para hablar.

Precisamente porque el mensaje que traigo de México tiene extrema importancia, no sólo para el pueblo mexicano, sino también para el Brasil, y el de toda la América Latina, no sé cómo me animé a presentarme ante vosotros sin otro mérito que el de portador de la verdad, sin otras credenciales que la de representante de una época que quiso en México sacrificar a la verdad todo lo demás, y está resuelta, por la generación que represento, a proseguir laborando por el progreso de nuestra patria dentro del mismo puro ideal, sin inquietarse de las consecuencias que de ahí sobrevengan. Porque si está probado que los destinos de los pueblos los maneja la Providencia, sólo les puede dar lustre y valor, la sinceridad de los hombres que intervienen en esos destinos.

Señores, pertenezco a una raza calumniada, como hemos sido calumniados todos los pueblos de este Continente, hasta llegar a los últimos diez o veinte años, en que los demás pueblos del mundo necesitaron de la América Latina, en que se acordaron de que existíamos y pensaron que tal vez podríamos significar alguna cosa en el concierto de las naciones.

Hasta entonces, a los ojos de los pueblos fuertes éramos apenas poblaciones de indios o de mulatos, mal preparados para copiar la civilización europea y buenos apenas para gastarnos en París el dinero que nos sobraba, pero incapaces de hacer cualquier cosa útil por nuestra propia cuenta.

Ahora, a pesar de eso, tenemos la convicción, sin importarnos por el momento los que puedan ser más grandes que nosotros, de

que en nuestra patria existen los gérmenes de una civilización que ha de sustituir a la antigua, que ha de quedar en lugar de ella, que ha de sobrepujarla.

¿Es nuestra historia, en su totalidad, la confirmación del desprecio que nos han dedicado los pueblos que hicieron, por ejemplo, la civilización del siglo XIX? Pues bien, en México ese mismo hecho se transformó en impulso motor, en el verdadero resorte de nuestra salvación, porque cuando nos sentimos abandonados de todos, fué cuando nos reconocimos más fuertes, más libres para afrontar el futuro.

Sacudimos todas las tradiciones, y en la falta absoluta de apoyo extraño procuramos, vigorosamente, mexicanos y latinoamericanos, no quedar abajo ni de la ciencia, ni de la sabiduría, ni de la civilización de los otros pueblos.

Nuestra formación constituyó un fenómeno nuevo en la historia del mundo: jamás se había visto, desde la antigüedad, un caso como el de la América Latina; el de la formación de una raza nueva, compuesta de elementos tan opuestos como son los europeos y los indios.

La colonización ibérica en México llegó a formar una civilización casi completamente española: civilización construída sobre la base de un contraste, puesto que por una parte tuvimos la generosidad de los frailes, de los sacerdotes, del clero español representante de la religión católica de España, y por otra, primero, la crueldad del conquistador y después, peor que ella, porque al fin la ferocidad del guerrero se justifica por el mismo ímpetu de la lucha, la ferocidad del explotador, del encomendero, del hombre que nada arriesgaba y gracias al poder, al favor que le dispensaba el soberano, oprimía, despojaba a las razas llamadas "inferiores".

Ese es el contraste que se observa en la historia de la colonización española en México: por un lado, el ideal sublime de una parte de la raza española que quería levantar el nivel moral del indio, hacer de él un hermano de los españoles; y por el otro, el abuso de los hombres que la Metrópoli enviaba a la Colonia para constituir lo que en México se llamó "encomienda" y que no pasaba de ser una forma disimulada de esclavitud, de explotación.

A pesar de eso, a pesar del contraste, y quizás, por el hecho

de haber en ese contraste un fuerte elemento de ideal, surgió la raza de los criollos y la raza de los mestizos, compuesta de sangre española y de sangre indígena; y fueron los criollos, los mestizos, quienes aprovechándose ya no diré, como tanto se ha repetido, de la Revolución Francesa y del entusiasmo que ella despertó, sino del desorden que dominó en España después de la invasión napoleónica; se propusieron separar la Colonia del trono español. Este, en efecto, estaba ocupado por un hombre como Fernando VII, rechazado dentro de su propio país por los patriotas, porque no representaba las virtudes españolas, sino solamente la sumisión ante el extranjero poderoso, que en ese instante era Napoleón I.

Por tanto, la independencia de la colonia española no fué, como después imaginaron algunos, un movimiento de rebeldía de nuestra parte contra el espíritu español, de odio contra España; al contrario, la historia de nuestra independencia registra, por ejemplo, el caso de uno de los mayores héroes que tenemos: Mina, que siendo Teniente del ejército del Rey de España, luchó en España por las libertades públicas, puso su espada al servicio de las Cortes de Cádiz que querían establecer en el país la monarquía constitucional, y habiendo sido vencido allá, vino a la Nueva España, esto es, a México, a batirse contra el Rey, no contra España. Efectivamente, los reyes no son los pueblos; las masas humanas, pobres, honestas, trabajadoras, no son los malos gobiernos. Mina, desde aquel instante, comprendió su deber de patriota y renunció a su Rey y volvió contra él la espada que el Rey le diera, y vino a colaborar en la Nueva España en la fundación de una nación libre, ya que no pudo hacerlo en la España Vieja.

Por esta razón, es uno de los héroes más enaltecidos por el alma mexicana, porque con el sacrificio de su sangre no vaciló también en hacer el de su lealtad militar, para venir a unir su destino con el de la raza despreciada de los mestizos, de los criollos que éramos nosotros los mexicanos, antes de la independencia.

Fué por tanto aquél, un movimiento de profundas raíces sociales. Lo que se deseaba era separar el país mexicano del trono español; y sólo por un error, en el transcurso del primer siglo de emancipación, se insistió en querer exagerar tal movimiento, tra-

tando de llevarlo a extremos que la experiencia demostró ser injustificados.

Es necesario hablar con toda claridad: pienso que uno de los obstáculos que se presentan para la integración del espíritu latinoamericano consiste en haber exagerado el alcance del movimiento de ruptura con España, entregándonos sin mayor reflexión, a la influencia de otros países, a la política de los que en esa época eran enemigos de España.

Los ejemplos son reveladores, y os podría señalar, en México, la enorme influencia francesa sustituyendo a la española. En Chile (es peligroso para la gente meterse a hablar de países que no conoce bien), no me parece muy atrevido afirmar que en los albores de esa República fueron los ingleses quienes mayor influencia ejercieron.

De todo eso ¿qué resultó? El primer siglo de vida autónoma de América Latina; siglo en el cual, por regla general, no tuvimos personalidad; en el que atravesamos la existencia prendidos a la última novela de Francia, o a las doctrinas que venían de Inglaterra, solamente porque traían nombres que no eran los de la Península Ibérica; de la cual, a pesar de todo, dependíamos por los orígenes de nuestra propia patria.

Fué sin embargo, como he dicho, una exageración, porque la verdad es que solamente se pretendía con la independencia de México, verbigracia, la realización de un estado social que permitiese el desarrollo de la raza mexicana, producto de la fusión del español y del indio.

En México la mayoría de la población es india: indios somos por la sangre y por el alma; el lenguaje y la civilización son españoles. Y fueron los mestizos, los que sentían la necesidad de ser libres siguiendo su sangre india, y de estar, además, de acuerdo con las tradiciones españolas, quienes hicieron la independencia. Y entre todos los hombres eminentes que dirigieron ese movimiento, y lo llevaron a su fin, ninguno se distinguió tanto, ya por sus triunfos militares como por su clara visión del problema de la emancipación, como el patriota José María Morelos.

Para dar una idea completa de la grandeza de la obra de Morelos, recordaré que luchó por la independencia después de que fué vencida la revolución contra la Corona de España. Hidalgo,

que había sido el iniciador de la contienda, cayó vencido, prisionero, y en seguida fué fusilado por las fuerzas españolas; Morelos, que ya se encontraba en el campo, combatiendo contra España, pasó, por la muerte de Hidalgo, a ser Jefe de la Revolución. Había sido padre, sacerdote católico, y desde aquel instante era el Comandante Supremo de las huestes que luchaban por la independencia. No era un hombre vulgar que desease el triunfo sin saber qué haría de él: al contrario, era el cerebro y el brazo de la Revolución, y en un célebre manifiesto que, para todo historiador moderno de México, representa la base de nuestra organización política, no sólo de la actual, sino también de la futura, Morelos proclamó los motivos y fines del movimiento libertador; y luego afirmó—mucho tiempo antes de que idéntica declaración fuera hecha en otros puntos del mundo—, que, victoriosa la Revolución, todos los hombres en México, cualquiera que fuese su raza, cualquiera que fuese su cultura, serían libres, desde el momento en que entransen al territorio del país.

Quiere decir: que proclamó la libertad del indio, del negro, de todos los hombres, mucho antes de que se hubiese hecho en los Estados Unidos o en cualquier otro lugar del Continente. Merece, pues, Morelos, el título de "libertador de los esclavos" más que ningún otro de los grandes patriotas de América.

Después de proclamar de este modo la libertad de todos los hombres, no sólo de los mexicanos, hizo Morelos el análisis de la situación económica del país, y definió claramente la necesidad de hacer del indio un propietario.

Cumple retroceder un momento para examinar el estado en que se creó la propiedad territorial durante el régimen colonial. Como era natural, los conquistadores recibían como recompensa las tierras, y está claro, las cultivaban; pero reduciendo a servidumbre a los indios y convirtiéndose en dueños del suelo por esta sola ocupación.

La Corona española, sintiendo la necesidad de premiar a sus servidores, instituyó lo que se llamaba "mercedes reales", dando a los capitanes españoles el derecho de propiedad sobre las tierras que conquistasen. No soy muy conocedor de los dichos usuales en los actos reales de aquellos tiempos; pero lo cierto es que el sistema consistía en lo siguiente: Después de las frases sacra-

mentales, el título otorgaba al Capitán Fulano un territorio que se deslindaba diciendo: "desde el cerro tal para un lado hasta donde la vista alcanza; para tal otro lado, hasta donde la vista alcanza", y así sucesivamente, iba siendo medida a ojo, la propiedad de que el indio era despojado. Nadie prestaba atención a que, frecuentemente, dentro de esos vagos límites había aldeas enteras, cuyos habitantes quedaban privados de esa manera y sin recurso alguno, de lo que habían heredado de sus mayores.

Ese fué el sistema de formación de la propiedad territorial en México; y tal es su fuerza que, hoy, después de un siglo de independencia, que se ha proclamado que triunfó la civilización, todavía son tenidos por válidos semejantes títulos, y en ello se fundan los que se oponen a una justa distribución de la riqueza pública en el país. Constituyen la base de los alegatos de los actuales propietarios de latifundios, de esas "mercedes reales" que sin respeto a lo ajeno, concedían tierras "hasta donde alcanzaba la vista". Y aquellos capitanes eran hombres fuertes y de mirada aguda.

Morelos comprendió que no podría fundar una paz verdadera, que sería inútil la libertad política, si no se ponía término al inicuo régimen colonial a que obedecía la propiedad privada. En su Manifiesto se declaró, desde luego, por leyes que devolviesen a los indios la propiedad de sus tierras, usurpadas durante la conquista. De otro modo, ¿para qué la guerra de Independencia? Su objetivo quedaría reducido a substituir al Monarca español por un monarca o presidente mexicano sin que se redimiese la injusticia de la conquista.

Todo eso, Morelos lo puso en claro en su Manifiesto; y en derredor suyo se juntaron los elementos del pueblo, la raza explotada; y en contra, quedaron solamente los grandes propietarios, el clero español y los soldados de España. Por desgracia, como sucede muchas veces, eran los más fuertes, y Morelos se encontró apremiado por la fuerza de sus enemigos y también por un error que cometió; error que señalo para que se pueda apreciar mejor qué especie de hombre era. Morelos pareció comprender el peligro que amenazaba a la América Latina; advirtió que, desaparecido el poder de la monarquía española, habían de trabarse constantes disputas entre los generales de la República, pretendiendo cada

uno apoderarse del mando; y para evitar esas contiendas, para alejar la hipótesis del militarismo, organizó un Consejo, un Congreso; en éste hizo que tomasen parte los representantes de la clase más ilustrada entre los mestizos, y a ese Congreso dió todos los poderes. Hizo redactar una Constitución y, una vez promulgada, entregó el poder ejecutivo en manos del Congreso, del cual se declaró él mismo servidor.

Desde ese momento, la espada vencedora que había manejado no fué guiada ya por su cabeza luminosa, y Morelos prefirió sacrificar hasta las intuiciones de su genio, a las órdenes del Congreso de sabios que él había hecho constituirse.

Ese acto de abnegación del patriota perdió al General, porque habiendo tenido necesidad de alejarse de la sede del Congreso, para combatir a los españoles, y siendo las distancias muy grandes ya no pudo obrar con libertad. Por esto, teniendo que esperar siempre las deliberaciones del Congreso, fué de fracaso en fracaso, hasta que, derrotado definitivamente, sucumbió ante el poder español, después de haber sido raspadas sus manos porque siendo sacerdote, con esas mismas manos había empuñado la insignia patriótica, liberal de los mexicanos; que no era otra que la Virgen de Guadalupe, consagrada por la Iglesia Católica! A pesar de todo, sufrió ese tratamiento por parte de los españoles, que lo hicieron morir como a un sacrílego. Así fué como acabó sus días el primero de nuestros grandes hombres: José María Morelos.

Después de él, a pesar de todo, se consumó la independencia; ésta sin embargo, fué poco menos que inútil, porque si es cierto que nos libertamos del poder español, poder que de antemano estaba batido y vencido, permanecimos a merced de las mismas clases sociales que apoyaba el gobierno de España.

En verdad, tan luego como los hacendados, los dignatarios del clero mexicano, los ricos propietarios advirtieron que no podían esperar nada más de España, se volvieron apresuradamente hacia un antiguo Coronel del Rey, un individuo llamado Iturbide, que había luchado encarnizadamente contra los héroes de la independencia, que había perseguido y fusilado a los patriotas mexicanos. Le propusieron que traicionara al Rey de España y, con el Ejército del Rey, que proclamase la independencia. El

cuartelazo triunfó; las fuerzas españolas, abandonadas por la madre patria, siguieron a Iturbide, se juntaron a los mexicanos y proclamaron la independencia de México. ¿A quién, entonces, fué entregado el poder? ¿A los mexicanos? ¿a los "indios"? ¡No! "Los indios habían nacido para obedecer, no para mandar", como decía una antigua ordenanza del gobierno español. El poder fué entregado a los soldados españoles, representados por Iturbide, y la corte de Iturbide quedó constituída por los mismos capitalistas, por los propietarios, por los grandes hacendados.

Entonces principió la comedia, de República, primero; de Imperio después; comedia que repudió el alto genio de Bolívar, cuando dijo que no envidiaba la suerte de Iturbide, porque antes que Emperador de un pueblo prefería ser el Libertador, y no había título mayor que éste.

Por nuestra fortuna, sin embargo, Iturbide se proclamó emperador, porque ese exceso sirvió para abrir los ojos al pueblo mexicano, que poco después lo destronó; y ante una nueva tentativa de Iturbide para escalar el poder, lo hizo fusilar.

Debo decir de paso que en la trágica historia de México, aparecen muchos fusilamientos; pero la verdad es que si han caído víctimas inocentes, también es cierto que casi sin excepción no ha habido un tirano en México que los mexicanos hayan dejado de fusilar.

Después de la caída de Iturbide, durante cerca de cuarenta años, se abrió un período idéntico a otros por los que ha atravesado la generalidad de las democracias latinoamericanas, y del que, por su fortuna, escapó el Brasil; período durante el cual el poder era un despojo conquistado por el más afortunado. No me detendré en esa triste época de destrucción, de desaliento, y solamente me referiré, como episodio doloroso que la caracteriza, a nuestra guerra con los Estados Unidos en 1847.

La lucha fué provocada por el mal gobierno que teníamos en Texas, y que dió lugar a quejas de parte de los colonos norteamericanos; quejas que, por lo demás, partían también de los mexicanos que allí habitaban y dieron origen a los movimientos por la independencia de Texas; los que, al principio, tal vez, no tendían a otra cosa que a libertarse de la dictadura de Santa Anna. Pero como predominaba allí el elemento norteamericano, la solución

se encaminó hacia la anexión a los Estados Unidos, con la separación de México.

Frente a esos hechos, México se encontraba en la situación de quien o acepta un hecho consumado y se conforma con él, o desesperado lucha contra su destino. Si los mexicanos fuesen un poco menos vehementes, si hubiesen firmado un tratado con los Estados Unidos, cediendo Texas, la guerra se habría evitado. Pero es imposible modificar el temperamento de los pueblos: México, en vez de someterse a la vergüenza de firmar un tratado que le parecía indigno, prefirió pelear; fué a la guerra, acabó siendo vencido y perdió tres o cuatro veces más de lo que hubiera perdido con el arreglo de la cuestión.

Esta es nuestra historia, en 1847.

Después de ese hecho, se acentuó todavía más el desaliento del país, y pasamos por la humillación de ver tornar al poder al mismo hombre que nos atrajo la derrota en la guerra con los Estados Unidos. Era Santa Anna, que contaba con el apoyo de la parte más envilecida de la población, a la que embriagaba con pulque y, a imitación de los peores emperadores romanos, todavía la corrompía más por la distribución de dinero.

Con todo, ese individuo que así parecía minar nuestro carácter, acabó por provocar el fenómeno de salvación espiritual que presentan los pueblos llamados a altos destinos. Como reacción en contra de aquellas miserias, y en el recinto de las escuelas, y en el ámbito de la vida privada, se comenzó a formar una generación de hombres honrados y dignos que fueron reuniéndose, congregándose, hasta que al fin consiguieron hacer una revolución.

Aquí es necesario hacer otra observación. Es posible que muchos de los presentes sientan cierta repugnancia por este término: "revolución"; pero la verdad es que en México "revolución" ha sido, muchas veces, "una palabra sagrada" porque a lo que tiende, es a destruir un estado de cosas infame.

Así fué como, frente a la abominable dictadura de Santa Anna, capaz de cubrir de aprobio a cualquier pueblo, la reacción se organizó, y, para no alargar esta exposición, diré sencillamente que los revolucionarios lograron derrocarlo.

Fué entonces cuando surgió la personalidad mexicana más conocida fuera de nuestras fronteras: Benito Juárez, que nada

tenía de español, nada de europeo, ¡que era un indio! El fué, como prueba evidente de que la salvación de México está en el indio, quien encabezó la revolución contra Santa Anna.

Éste ¿con quién contaba? Con los peores elementos populares, conquistados como ya expliqué, pero también con las clases que habían apoyado a Iturbide, las que en otro tiempo iban a la Corte de España a solicitar favores ejerciendo oficios serviles, porque el dominio sobre las tierras de México se daba, y no raras veces, a los hombres de Cámara de Su Majestad, a sus lacayos; y los mismos, los que se apegan a los poderosos del momento para obtener protección, eran los que habían rodeado a Santa Anna. Entonces fué cuando la población educada, las clases medias, ilustradas e independientes, hicieron la revolución encabezada por Juárez.

A semejanza de Morelos, era un hombre que comprendía el problema social de México; no quería derrocar a Santa Anna para colocarse en su lugar, como tantas veces sucede en las naciones latinoamericanas, sino resolver las cuestiones que interesaban al país. Sesenta años después de Morelos, estudió de nuevo el problema, reconociendo que se encontraba de nuevo frente a la misma situación que encontró su predecesor, y, como él, llegó a la conclusión de que no podía haber tranquilidad para México ni prosperidad, ni vida verdaderamente civilizada, mientras la tierra fuera poseída por unos pocos privilegiados y la gran masa de la población no tuviese de qué vivir.

Yendo al fondo del asunto, no se contentó con proclamar los derechos del hombre, imitando la Constitución francesa o norteamericana, lo que era muy fácil, pues ninguna dificultad existe en copiar textos que corren impresos. Atacó en su base el problema mexicano, problema que era bien conocido, y en seguida el Obispo Abad y Queipo, publicó un examen de México colonial e independiente, una estadística en la que demostraba que la llamada "mano muerta" esto es, el clero, las instituciones de beneficencia y otras análogas; todas las corporaciones viejas y poderosas poseían más de las tres cuartas partes de las tierras cultivables, y la otra cuarta parte pertenecía a media docena de familias privilegiadas, y la enorme mayoría de los mexicanos

nada poseía, estaba condenada al papel de siervos, de esclavos, que le había tocado durante tantos siglos.

De esta suerte, había sido inútil la guerra de Independencia: los mexicanos permanecían en la esclavitud.

En esta emergencia, Juárez y los hombres eminentes que lo rodeaban, cuyos nombres no citaré para no convertir esta conferencia en una fastidiosa clase de historia, elaboraron la Constitución de 1857, vaciada en moldes liberales tomados de la Constitución norteamericana, pero de manera que se adaptara, como se adapta perfectamente, a las necesidades del pueblo mexicano. Y hago esta afirmación porque en tiempos recientes, durante la dictadura de Porfirio Díaz, se decía que el mal estaba en la Constitución, la cual era buena para los blancos, no para los indios; que era un texto propio para alguna nación europea, no para nosotros que no somos blancos. ¡No! La verdad es que esa Constitución fué dictada por un amplio espíritu liberal y progresista, y que se adapta al blanco, al negro, al indio, a cuantos son hombres, a cuantos tienen un alma!

Decía que Juárez no se limitó a hacer una Constitución teórica sino que atacó el problema económico, al menos como lo veía en su tiempo.

El gran propietario era el clero mexicano; Juárez comprendió que ese punto era el que tenía que ser abordado y lo abordó, promulgando las Leyes de Reforma, llamadas también "Leyes de Desamortización", que declaran que las asociaciones religiosas o de beneficencia no tienen derecho a la propiedad de las tierras, que éstas solamente pueden ser poseídas por individuos.

Como era lógico, esa ley de Juárez avivó la guerra; era una ley extremadamente radical, y mucha gente, que hasta entonces no había entrado en lucha contra los liberales, al tener conocimiento de la promulgación en Veracruz de ese texto que, además, tenía carácter político, al establecer la separación entre la Iglesia y el Estado; mucha gente, decía, fué a engrosar las filas de los conservadores, porque encontraban hasta sacrílegos a los liberales.

A pesar de todo, Juárez siguió adelante con ese criterio con que han procedido los que se deciden a resolver los problemas sociales, criterio que se puede llamar "heroico", que deja a un lado los términos medios y va en línea recta a su objetivo, franca,

limpia y sinceramente, diciendo la verdad entera y ejecutando cuanto es menester ejecutar.

Recrudeció la guerra civil, pero los liberales, que siempre contaron con el apoyo de la masa, y es natural, puesto que por ella trabajan, que siempre contaron con los más humildes, más que con los ricos o las clases altas; los liberales, con los indios, derribaron la injusticia del pasado que aun estaba en vigor en México.

Acabo de hablar de las clases conservadoras y en un paréntesis cabe explicar lo que ese término significa en México: allí "Conservador" quiere decir, ceguera absoluta ante el progreso; cuando en realidad puede haber y en muchos países hay, conservadores progresistas, que desean el progreso, pero dentro del orden, siguiendo la divisa comtista de que tanto se ha hablado a propósito de México y a la que aludiré dentro de poco.

Esta última concepción puede ser muy laudable; pero lo cierto es que en una situación como la que se deparó a Juárez, no era posible hacer el progreso dentro del orden, siendo indispensable por el contrario, como sucede frecuentemente, provocar el propio desorden. Allí no es un caudillo cualquiera quien lo provoca, sino la misma situación la que lo produce.

Habiendo promulgado Juárez la Reforma, los conservadores, cuando ya vencidos en el campo de batalla, comprendieron que nada podían hacer dentro de México, fueron a llamar a las puertas de Europa, y aprovechándose de la circunstancia de que Francia se hallaba bajo el mal gobierno de Napoleón III, consiguieron, por intrigas de antecámaras palaciegas, que viniera a México una expedición francesa, que apoyase las pretensiones conservadoras y derrotase a los liberales.

Con los franceses vino un pobre hombre que era Archiduque en su tierra y no tenía la menor noción de lo que fuese México; esperaba con certeza, que el pueblo lo recibiría con los brazos abiertos y que lo aclamaría como un Dios, cuando tal cosa no podía ser; al principio, porque nadie lo conocía, y más tarde, porque nadie lo estimaba, como jefe de estado por lo menos.

Al llegar Maximiliano, con su cortejo de franceses y austriacos, se le unieron algunos conservadores y lograron ocupar una parte del país, viéndose Juárez obligado a retirarse al Norte. Pero

no se desanimó, mantuvo siempre su título de presidente electo de la República, de representante del pensamiento liberal de los mexicanos, y después de una lucha de dos o tres años, acabó por derrotar a Maximiliano, que fué hecho prisionero y fusilado.

Este es un episodio que conviene esclarecer, porque ha servido para acusar de crueldad a los mexicanos; habiendo quien piense que México debía haber perdonado a Maximiliano, devolviéndolo a Europa, ridiculizado como estaba. Es muy cómodo juzgar de los acontecimientos de ese orden cuando no estamos dentro de la lucha. El hecho es que Maximiliano, al instituirse Emperador de México, intimó a los liberales que combatían al lado de Juárez, que se rindiesen al gobierno imperial, añadiendo la amenaza de que si no lo hacían dentro de cierto plazo que señalaba en su ofrecimiento de amnistía, quedaba reservada la pena de muerte para los que fuesen capturados.

En esa ocasión, Juárez, no desde el solio de la victoria, sino desde el campo de batalla, replicó que cuando un día fuese capturado por las tropas republicanas, por las tropas liberales, ese mismo Maximiliano que no había vacilado en firmar un decreto que tendía a sacrificar la vida de tantos mexicanos, no habría de ser exceptuado: que al príncipe austriaco le estaba reservada la misma suerte que él había destinado al indio, al criollo que lograse hacer prisionero.

Y de ese modo se cumplió el decreto de Juárez, expedido, repito, desde el campo de batalla.

Después de la derrota de Maximiliano vino un período de florecimiento como tal vez no se había observado otro hasta entonces en mi país.

Juárez llegó a la capital cubierto de gloria, aclamado por el mundo entero; en la América Central fué apellidado "Benemérito"; aquí en Brasil he encontrado poesías dedicadas a él. Fué, en realidad, el héroe de la América Latina, porque representó la defensa de la integridad territorial de este Continente, contra la ambición de las monarquías europeas.

Para nosotros, representa eso y mucho más: la República, la Democracia, la Honradez, el Patriotismo, todo lo que caracteriza a un estadista moderno.

Durante su gobierno, de cuatro a cinco años, reorganizó la

administración pública, entregó los puestos a hombres honrados, acabó con el caudillaje militar. Dos o tres generales se rebelaron y Juárez los sometió. Parecía estar salva la República.

Por desgracia, su vida fué corta; murió pocos años después del triunfo, siendo substituído por otro hombre igualmente íntegro, pues el movimiento de la Reforma se caracteriza, como todos los movimientos sociales, por la circunstancia de no ser obra de un personaje único; si he insistido más sobre Juárez es, porque como advertís, su nombre es el más conocido fuera de México; pero la verdad es que tuvo a su lado una generación de patriotas ilustres, de ciudadanos honrados, que nos dejaron enseñanzas que pueden ser comunes a otros países; pero a las que tengo que referirme, en relación con México, porque allí fueron combatidas más tarde, en nombre de una doctrina que se llamó "científica". Todos los patriotas de la época de Juárez, que llegaron a ser ministros, el presidente de la República, los generales que tuvieron mando, todos murieron pobres; vivían de su sueldo, no hacían negocios y legaron a sus hijos la pobreza, pero a la República tradiciones que honran nuestra historia.

El sucesor de Juárez fué Lerdo, tipo de hombre de gabinete, ilustrado e inteligente, pero sin un poco de lo que se llama "magnetismo personal". No sabía aproximarse al pueblo, no le era simpático. En Juárez agradaba mucho el hecho de ser indio de raza pura; cuando la gente del pueblo lo veía, Presidente de la República, sentía que era uno de ellos.

Lerdo, al contrario, estuvo siempre muy alejado de la masa, tal vez por el mismo hecho de su educación, sumamente culta. Después, a pesar de ser un hombre inmaculado, se aprovecharon de las circunstancias de ser, como queda dicho, un hombre de gabinete, algunos caudillos ambiciosos que gozaban de prestigio entre el pueblo, porque de cada revolución quedan siempre algunos generales en esas condiciones, que no pocas veces vienen a constituir verdaderas calamidades para el país.

Uno de esos generales, prudente, enérgico y honrado, se llamaba Porfirio Díaz. Gozaba de grande influencia y valiéndose de la debilidad de Lerdo, trató de satisfacer su ambición: se levantó en armas, venció al Presidente, y, contra todas las leyes, a pesar de haber sido éste electo, Porfirio Díaz se hizo proclamar presi-

dente, so pretexto de que la elección había sido fraudulenta: ¡el eterno pretexto de los cuartelazos!...

Al subir Porfirio Díaz, separó del gobierno a la mayor parte de la gente que guardaba las tradiciones liberales y fué colocando en su lugar, a los hombres que lo habían ayudado a escalar el poder, a sus coroneles, a sus generales, a los caudillos, y a veces hasta a los bandidos que disponían de fuerza en alguna región. A éstos los hacía Prefectos, Jefes Políticos, dábales funciones de mando y así, sucesivamente, se aseguraba el dominio, mantenido por la fuerza de las armas, y ya no por la fuerza de la virtud y del afecto, como ocurriera con Juárez.

El país, cansado de las largas luchas de la reforma y de la invasión francesa, se conformó, aceptó los hechos consumados. Porfirio Díaz, a su vez, hombre inteligente, evitó la práctica de abusos notorios; inauguró un sistema de gobierno hipócrita, pero que al mismo tiempo tenía la ventaja de mantener las tradiciones republicanas. Se gloriaba de no violar la Constitución, difería en esto de los que después vinieron a ser sus consejeros, los que sostenían que la Constitución no servía, que era indigna del pueblo mexicano. No: Porfirio Díaz había sido soldado de esa Constitución, se había batido y sacrificado por ella, de modo que siempre conservó por el Pacto de 1857 cierto fetiquismo benéfico para las tradiciones republicanas, como dije antes.

Sin violarla, ponía en práctica otros recursos. Por ejemplo, un periodista que lo atacaba, no lo hacía procesar por lesa majestad, por ultrajes al Poder Ejecutivo, sino que en cierta ocasión aplicó este procedimiento: hizo que un operario del periódico introdujese a última hora un tópico ofensivo para cierto particular que estaba en complicidad con el mismo Porfirio Díaz; al día siguiente, el Director del periódico, que ingnoraba la inserción de tal comentario, recibió una citación judicial por el delito de difamación; se decretó la suspensión del periódico, fué confiscada la maquinaria; el Director fué sentenciado a dos o tres años de cárcel y así se puso fin a aquella oposición.

Esa es una muestra del sistema porfirista, sistema que fuera de México los enemigos de mi país encuentran perfecto: perfecto, es claro, porque minaba el alma nacional.

El mal, sin embargo, no se limitaba a la política. Al principio,

Porfirio Díaz era un hombre honrado y desinteresado, un soldado acostumbrado a vivir sin el goce de los bienes materiales; pero a medida que se prolongaba su permanencia en el poder, adquiría el gusto por las riquezas fácilmente conquistadas. Lo fueron corrompiendo sus propios amigos, la mala gente que lo rodeaba, y, al final, el antiguo general de la República llegó a ser uno de los más fuertes multimillonarios mexicanos.

He aquí cómo procedía: Porfirio Díaz no era un bribón que tomase para sí los dineros del tesoro; hasta tenemos que reconocer, agradecidos, que en su tiempo se moralizó la administración pública; que los productos aduanales y todas las demás fuentes de ingresos eran manejadas escrupulosamente, y los culpables de desfalco sufrían su castigo.

Bajo ese aspecto, su gestión fué relativamente buena. Ahora bien, si no robaban el director de la aduana y el cobrador, se iba estableciendo el régimen de los grandes negocios, en que estaban interesados los altos funcionarios del gobierno, los individuos con influencia en él. La base de tales transacciones era la concesión de los servicios y de las riquezas públicas.

Se organizaba, por ejemplo, un empresa de ferrocarril; para construirlo, se pedía al gobierno una subvención de tantos pesos por kilómetro. Otorgada la concesión, y antes de que la empresa empezara a funcionar, el contratante, por regla general extranjero, ofrecía a la esposa, a los hijos del Presidente, veinte, cincuenta, cien o doscientas acciones. Se daba también el caso de concesión de terrenos y éste era un punto más grave, porque los ferrocarriles al fin de cuentas dejan beneficios al país, por más que puedan ser compensados por sacrificios no pequeños; y un Ministro porfirista, llamado Pacheco, que había sido general y perdió en la guerra contra los franceses un brazo y una pierna, que habían de costar muy caro a la nación, se hizo notable por ese capítulo.

Ocupaba la Secretaría de Fomento y era, a lo que decían, muy progresista: abría el pecho a los extranjeros y a los negociantes. En su despacho tenía sobre la mesa, mapas de las diversas regiones de México. Allí, como en todos los países que aun no alcanzan cierto grado de preparación administrativa, el catastro es casi inexistente y la mayor parte de los títulos de propiedad to-

davía se aproximan bastante de los del tiempo de los españoles. Pues bien, cuando se presentaba algún señor fino, de buenas maneras y de dinero, y alegaba que era preciso colonizar México, atraer a los extranjeros, desarrollar las riquezas, pero que para esto era indispensable el auxilio del gobierno, se necesitaban tierras; el ministro de Porfirio Díaz tomaba luego uno de los mapas e iba repartiendo las tierras nacionales. Con esa concesión, el individuo constituía una empresa de la que generalmente entraban a formar parte los altos funcionarios del gobierno.

Todo eso se tenía por legítimo, no se pensaba que en aquellas tierras repartidas sobre la mesa, había poblaciones indígenas, poblaciones mexicanas, que las trabajaban desde hacía muchos años, tal vez desde hacía siglos!

Como no constaba la propiedad de los terrenos en los registros públicos oficiales, eran dados en aquella forma, considerados como baldíos, sin la más mínima atención al derecho de los humildes que iban a ser despojados.

Gracias a ese sistema, Porfirio Díaz fué siendo rodeado por personajes que la propaganda extranjera y de los negociantes, en muchos casos hizo célebres. Me excuso de repetir nombres, porque no debo para eso abusar de la situación actual; pero de esa manera es como se hacían entonces las grandes fortunas.

Narraré nada más un episodio interesante, que pinta bien lo que era la situación mexicana en aquel tiempo.

Al Norte de la República hay un Estado, cerca de tres veces mayor que Francia, y ese Estado fronterizo fué dado a un compadre de Porfirio Díaz, a un célebre poseedor de tierras mexicano. Era emprendedor y activo; compró ganados y estableció la cría; cuando llegó a poseer muchos miles de cabezas, con el lucro de la venta construyó pueblos cuyas casas permanecían siendo suyas, porque tenía el cuidado de no vender una sola; únicamente las alquilaba. Después se dedicó al cultivo del trigo, construyó molinos para hacer harina, que vendía. Todo esto sería muy poco extraño, dentro del régimen de propiedad existente; pero él no se detuvo ahí; era rico, era compadre y compañero de armas de Porfirio Díaz, y consiguió que fuese prohibida la construcción de otros molinos en aquella zona, donde ya era dueño de la tierra y de las casas! Cuando resolvió montar una cervecería,

logró que se prohibiese la entrada, a ese territorio, de la cerveza procedente de otros Estados. Si el general Porfirio Díaz hubiese permanecido en el poder, claro es que en poco tiempo aquel concesionario habría obtenido cesión del aire, para venderlo por peso y medida a los habitantes del Estado...

Por otra parte, y como correspondiendo a ese régimen, en las universidades y colegios se predicaban las teorías que defendían semejantes injusticias.

Cuando Juárez reorganizó la educación, quiso barrer de las escuelas mexicanas, como se hizo en todo el mundo en ese tiempo, el sistema de escolástica, de literatura que antes predominaba y que producía hombres teóricos, incapaces para la vida social, quiso acabar con el sistema de formar poetas, pero no hombres útiles.

Juárez propuso, que se llevase a la escuela el trabajo, la ciencia bajo la forma positiva, importada en México por un discípulo de Augusto Comte, el mexicano don Gabino Barreda.

Cabe aquí una explicación, que me es sugerida por una carta que recibí ayer o antier, en la que se dice que en uno de los asuntos que forman el programa de esta conferencia, yo hacía alusión, que podía ser injusta, a las doctrinas positivistas. Y con el mayor placer declaro que los hombres que introdujeron el positivismo en México, eran pocos y de buena fe, y la juventud mexicana, las generaciones mexicanas sólo tienen frases de afecto para don Gabino Barreda, para todos los sabios positivistas que esparcieron sus enseñanzas en México y nos llevaron el criterio científico para substituir los criterios verbales que antes habían prevalecido.

Sin embargo, la doctrina que en México se propagó con el nombre de positivismo y después se extendió en todo el país, era una doctrina que, a la luz de nuestro criterio actual, se nos presenta como injusta y absurda. Convenía muy bien a los amigos de don Porfirio Díaz; a todos cuantos en este mundo entienden que debían oprimir a los otros; pero era incompatible con las tendencias modernas de generosidad, de confraternidad entre todos los hombres, porque en cuanto a la cuestión social, se resumía en el precepto darwiniano de la lucha de los individuos, de la lucha de las especies, y los sabios del tiempo de Porfirio decían en los diarios y revistas, en los libros y en la cátedra, que la situación del pueblo mexicano, en su mayoría, era la más natural, puesto

que se trataba de un pueblo inferior, ignorante; y que las clases superiores, educadas, descendientes de los europeos, ricos y poderosos, triunfasen sobre la masa, conforme a las doctrinas de que, en la lucha, el apto tiene que vencer al inepto.

De modo que, el infeliz mexicano, que ya no tenía del Estado el amparo de la religión, porque las Leyes de Reforma habían decretado la separación de uno y otra; ese infeliz que, en compensación, debía contar con la escuela, perdía esta última esperanza, porque ahí se preconizaba la doctrina positivista darwiniana, según la cual a él solamente le tocaba ser vencido!

¿Se resignó el pueblo mexicano? ¿Se conformó con esta situación?

No; los pueblos nunca abdican, y mucho menos el mexicano, que respondió: "La ciencia que sostiene semejante cosa es una ciencia malvada y si ella dice eso, vamos a acabar con la ciencia!"

Entonces, el odio a Porfirio Díaz se volvió en contra de los hombres ilustrados que lo rodeaban y que abogaban por la teoría de la incapacidad absoluta del pueblo. Se declaró la lucha.

Era el choque de la falsa ciencia con la nada que ella consideraba ser el mexicano. Se formaron las dos corrientes eternas del bien y del mal: en un campo, los ricos, los poderosos de la tierra; en el otro los pobres, los desvalidos, para combatir ciegamente, aun sin saber adonde iban...

Entonces se creó un término muy conocido en la política mexicana y que tal vez haya llegado hasta el Brasil; en la última revolución el grito fué: "mueran los científicos".

Eran los falsos sabios, que rodeaban a Porfirio Díaz, así llamados porque algunos de ellos habían afirmado en sus discursos que muerto aquél, proseguirían gobernando como él lo hizo; de acuerdo con la ciencia, de acuerdo con su ciencia positiva, que nada reconocía más allá de la materialidad, y dejaba sin esperanza a los oprimidos. La revolución contemporánea en México es la reacción en contra de esa creencia absoluta en las fuerzas de la materia.

Todos los movimientos sociales, sin embargo, tienen que encarnar en conciencias humanas, y cuando se extrema la lucha entre el bien y el mal, al punto se produce ese milagro que es el santo.

En medio del caos de perfidias y de pasiones que era el porfirismo, el observador superficial habría declarado que para la raza mexicana ya no había remedio. No me sorprendería que algún europeo que hubiera estudiado nuestra situación en ese momento, hubiese declarado con sinceridad, como vemos hasta en libros firmados por latinoamericanos, que no pasan de cobardes incurables, las razas mezcladas hispanoamericanas.

Pues bien, surgió uno de nuestros espíritus más altos: Francisco Madero, hombre que poseía todas las ventajas sociales, que era rico, cuya familia es todavía hoy una de las más opulentas de México, que era ilustrado, que reunía todas las condiciones de que hablaban los señores "científicos": había estudiado en una Universidad, siguió sus cursos, cultivó su inteligencia.

Durante algún tiempo, se dedicó a la agricultura; pero en medio de su situación, tan favorecida, se sentía impresionado por la del pueblo mexicano. Se rebeló, primero, espiritualmente; la rebelión espiritual debe preceder a todas las demás; se rebeló contra la odiosa doctrina y, en su exceso espiritualista, llegó a las mayores exaltaciones, hasta en materia religiosa. Escribió artículos y folletos, fustigando a los sabios de la época, las teorías económicas y políticas del porfirismo positivista.

Poco después, uniendo la acción a la creencia, cuando Porfirio Díaz, después de treinta años de gobierno iba a ser reelecto por sexta vez, publicó Madero un libro, en el que examinaba la situación de México y presentaba el remedio.

No era como los libros de los sabios del porfirismo, de ciencia positiva, practicantes del principio de "laisser faire" y para quienes la ciencia se limita a observar los fenómenos sociales, sin poder modificarlos; no; él venía a indicar cómo poner término a todos aquellos males, predicando y repitiendo la verdad indestructible de que la salvación del hombre está en el hombre, y de que nada hay por encima de la conciencia humana y de los principios del bien.

Madero, inspirado por su cristianismo atento a toda secta y a todo interés, hizo lo que hace todo cristiano que comienza a aplicar su doctrina en este mundo: distribuyó gran parte de lo que poseía, vendió lo restante, destinó cierta cantidad a la manutención de familias pobres que de antes venía socorriendo, y con lo que quedó

del patrimonio que heredara y que había aumentado con su trabajo, promovió una propaganda democrática. Inició en México la revolución que había de derrocar a Porfirio Díaz.

El método que adoptó fué el más sencillo; era un hombre que no creía en las realidades—y no conozco grande hombre que crea en ellas—y aseguró que el mejor medio de vencerlas era no tenerlas en cuenta sino estar animado por un ideal tan poderoso que en un instante las destruyera.

Fué, por todas las poblaciones, en una prédica que provocaba la risa de los porfiristas, porque se limitaba a decir: "La solución es la más fácil: se aproximan las elecciones, vamos todos a votar contra Porfirio Díaz, no permitiendo que se reelija."

Le respondían: "Él como acostumbra, mandará soldados, se apoderará de las urnas, no consentirá que votemos". Madero replicaba: "Poco importa: habremos cumplido nuestro deber yendo a votar y si quiere destruir nuestro esfuerzo, el país decidirá lo que tiene que hacer."

Y esto fué diciendo por todo el país: "Es imprescindible votar contra el gobierno, que es un gobierno infame"; y agregaba solamente alguna que otra observación para esclarecer la opinión pública.

Cuando algunos periódicos afirmaron, como sucede en todo tiempo, que Porfirio Díaz era bueno, que los malos eran los que lo rodeaban y bastaría un cambio de Ministerio para que todo mejorase, Madero insistía con la verdad, como lo debe hacer todo hombre superior: "No crean lo que dice esa prensa de oposición a medias: el malo es Porfirio Díaz, que mandó perseguir a éste, o encarcelar a aquél, matar a aquel otro; él es la causa de todo; no debemos atacar a los Ministros, sino a Porfirio Díaz."

Iba de pueblo en pueblo; los soldados, las autoridades de Porfirio Díaz encontraban tan insignificante a un hombre que decía cosas tan sencillas, que ningún obstáculo le opusieron al principio. Unicamente le hicieron una campaña de ridículo, juzgando que bastaría para destruirlo.

El pueblo, entretanto, que siempre sabe comprender a los hombres sinceros, comenzó a acompañar a Madero, a dejarse sugestionar por su gran energía espiritual; y cuando llegaba a una población los habitantes lo rodeaban. Si la autoridad ya había prohibido el

mitin en el punto en que se tenía que realizar, la reunión se trasladaba a otro lugar y se efectuaba.

Ya después, para evitar que Madero fuese aprehendido, los hombres del campo, una especie de gauchos, lo acompañaban al salir de un pueblo, hasta que otros venían del que quedaba próximo, para escoltarlo a su turno, acompañándolo desde la entrada hasta el local en donde había de tener lugar la conferencia. De esta manera, caminaba guardado por hombres armados que lo defendían.

Por fin tuvo Porfirio Díaz noción del peligro y consiguió aprehender a Madero; éste, poco después, ya fuese por la influencia de su familia, ya porque, a pesar de todo, todavía no lo tomaban muy en serio, logró escapar de la prisión y tras de breve permanencia en los Estados Unidos, para que le perdiesen la pista, regresó al país.

Ya se habían hecho las elecciones, y Madero publicó el "Plan de San Luis", en el que declaraba que la elección llevada a cabo por Porfirio Díaz era una burla, que debía ser rechazada y era menester proceder a una nueva.

Madero volvió a hacer lo que habían hecho Morelos y Juárez; no se limitó a resolver la cuestión política del momento sino que abordó otra vez el problema económico mexicano; problema fundamental en todos los pueblos y especialmente en los oprimidos como aquél. Aumentó, por tanto, al "Plan", las bases de la cuestión económica, que hasta hoy es la bandera de la discordia en México.

En el Plan se explicaba que las tierras cedidas a extranjeros u otorgadas por medio de las célebres "mercedes" habrían de ser devueltas a los indios, por un procedimiento rápido y sumario, porque el indio no tiene dinero y menos para demandar; de suerte que cumple al Estado acudir en su auxilio. De ese modo, Madero tendía a la restitución de las tierras usurpadas y, al mismo tiempo, a la reducción de los latifundios, estableciendo que de ellos, definidos de acuerdo con las condiciones de cada Estado, la tercera parte fuese tomada, indemnizada por el gobierno y vendida a pequeños propietarios que la desearan.

Esto, junto con las cláusulas políticas, es lo que constituye la esencia del "Plan de San Luis".

Se realizó entonces uno de esos fenómenos extraordinarios en la existencia de los pueblos: la Revolución triunfó casi sin sangre. La presión de la opinión pública fué tal que el mismo Porfirio Díaz, ya viejo y bajo el peso de la impopularidad, se retiró después de una o dos acciones sin importancia, en las que los rebeldes derrotaron a las fuerzas gobiernistas, que peleaban sin ardor.

Después de una interinidad, subió Madero a la presidencia.

Cometió un solo pecado, que le es sumamento honroso: no era un estadista, sino un apóstol, un verdadero santo, repito, y en el poder menos le importaba el triunfo de tal o cual medida que el de la doctrina por la que luchaba.

Podría citar, a este propósito, innumerables casos, pero como tomaría demasiado tiempo, me contentaré con uno, que es típico.

Se encontraba Madero, una ocasión, en su gabinete de trabajo; era ya Presidente; vino un amigo a pedirle audiencia para un asunto urgente; le contestaron que el presidente estaba ocupado con otra persona; el amigo insistió, y Madero mandó pedir que esperase. En eso, la puerta se abre y el visitante reconoce con sorpresa que quien así ocupaba el tiempo de Madero era un antiguo general de Porfirio Díaz, que había combatido a la revolución y que merecía hasta ser procesado, porque se le acusaba de haber comprado para el ejército, cañones que no servían y había quedado comprobado que no correspondían al precio de adquisición.

Pues bien, el amigo de Madero, viendo como trataba a su antiguo enemigo, le dijo con toda naturalidad—porque a Madero sólo se le hablaba como se debe hablar a los grandes hombres: de frente y sin bajeza—"¡cómo trata a esa gente!"

A lo que el Presidente replicó: "Mira, Fulano, con los amigos, con los que ya profesan nuestras ideas, no vale la pena que perdamos tiempo: ya están convertidos. Es preciso, en cambio, cuidar de convertir a los enemigos, de traerlos al buen camino."

Ese hecho pinta bien al hombre que iba a ser después sacrificado por la reacción.

La generosidad de Madero, su indiscutible superioridad sobre su época, fué una de las causas de su caída. Esas causas han sido muy discutidas; mas para mí, que he aceptado el compromiso de decir toda la verdad, y hasta por qué los mexicanos no me per-

donarían si en una ocasión como ésta, en que por ellos entro en contacto con nuestros hermanos brasileros, y ocultase la más pequeña parte de la verdad sobre México; para mí, debo decir, que una de esas causas provino de él mismo, porque cuando estuvo en el poder careció de la energía violenta de Juárez, y no procedió como éste, no fué radical. El "Plan" estableció que serían devueltas a los indios las tierras que les habían sido robadas; pero el Plan quedó un poco olvidado. Madero pensó: "Vamos primero a hacer las elecciones, para que venga una Cámara de Diputados, libremente electa, a estudiar las leyes agrarias, de modo que se mejore la situación económica del pueblo de México." Ahora bien, esto evidentemente aplazaba la reforma y ponía el proyecto en peligro, porque daba tiempo a que los ricos, que siempre son poderosos, se ganaran a los diputados y demorasen indefinidamente la promulgación del acto legislativo.

La circunstancia de que Madero hubiera querido llevar a cabo la reforma por medios legales lentos, en vez de implantarla, como tenía derecho, con fundamento en el Plan de San Luis, por el que había luchado el pueblo, y no por la demora en su ejecución, ésta fué una de las causas de que provino cierto enfriamiento para Madero.

Además tenía en su contra el hecho de pertenecer a una familia rica, muy rica. Mucho sabíamos de las nobles intenciones que lo animaban para llevar a cabo el Plan de reformas por intermedio de una ley, pero sus enemigos, los mismos grandes propietarios de tierras, se encargaron de propalar entre los humildes, entre los pobres, que Madero los traicionaba, que ya no se acordaba del Plan y que solamente quiso derrocar a Porfirio Díaz para quedar en su lugar.

Esa propaganda, hábilmente desarrollada, ya por la prensa, ya privadamente, hizo que Madero perdiera gran parte de su fuerza.

Por otra parte, ya cité el caso del General de Porfirio Díaz: otros, que se encontraban en las mismas condiciones, fueron también perdonados generosamente, y Madero llegó hasta este punto: cuando se trataba de algún ascenso, de dar pruebas de consideración a algún general, por ejemplo, los que se habían quedado con Porfirio Díaz eran preferidos a los revolucionarios, pues decía

que eran más prácticos en la guerra, que tenían la educación de soldados, y que los otros, sus compañeros, debían dar ejemplo de abnegación, como buenos patriotas.

Pues bien, esa generosidad fué tomada por necedad idiosincrática, como un manejo por demás ingenuo.

Contra él se encarnizaba, además, la raza de los "*sabios*", de la "*gente culta*", del porfirismo. Madero soportaba todo, con su elevado espíritu cristiano; pero si personalmente salía triunfante, si su figura crecía cada vez más, su causa perdía terreno.

El gobierno fué siendo minado y, aprovechando esa situación, año y medio después de iniciada la administración de Madero, un ébrio, que había llegado a ser general de Porfirio Díaz, y que de Madero recibiera toda clase de favores, se levantó contra él, con la misma fuerza que el presidente le confiara. Ese hombre prendió a Madero en palacio y le exigió que renunciara, con el pretexto de que el pueblo no lo quería; Madero se rehusó, fué encarcelado y, al cabo de dos días, muerto por Victoriano Huerta. Así terminó sus días el tercer grande hombre de nuestra historia nacional, en el desastre, como los otros dos.

Con la muerte de Madero, el pueblo de México comprendió la situación y se levantó en masa: nunca hubo revolución más nacional que la que irguió contra Huerta; de todas partes se ponían los hombres en marcha, sin saber de cierto adonde iban; pero con el propósito de castigar a Huerta, de acabar con el ejército que traicionara los principios de la República, y triunfó ese movimiento, bajo la jefatura de Carranza.

Desgraciadamente, éste temió que procediendo generosamente como lo hiciera Madero, correría la misma suerte, temor que no asalta a los grandes hombres, sino solamente a los mediocres. Con una generosidad relativa, podría haber establecido un gobierno libre, pero no supo conducirse como patriota y sí como dictador. Se aprovechó de su victoria para extender las redes de la dictadura; pero el país, que ya no quiere saber de despotismos militares, volvióse unánime, contra Carranza.

De ahí se originó el gobierno actual, del que no diré una sola palabra puesto que de él soy parte; el juicio que sobre él tenga que ser formulado lo será por todos los mexicanos, por todo el mundo, no por mí.

Deseo solamente poner de relieve la tendencia que hoy predomina en México, después de tantos sacrificios, de tantas luchas: la creación de un sistema de organización que se aleje un poco de lo anterior.

Buena parte de nuestros males proviene de que, al hacerse la Independencia, Iturbide estableció un imperio, copiado de los imperios europeos; cuando Juárez venció, copió una Constitución extranjera. Se puede decir que hemos vivido constantemente como siervos de otras civilizaciones, y éste es uno de los motivos de nuestros fracasos.

Hoy, por las circunstancias en que México se encontró, por las luchas que tuvo que emprender contra los intereses arraigados allí y que ya no son, como en otro tiempo, únicamente mexicanos, porque a la sombra de Porfirio Díaz muchos extranjeros obtuvieron concesiones y beneficios; hoy, digo, la administración mexicana ya no quiere otorgar esos favores, está regida por una Constitución que nació de la Revolución contra Huerta, y en la que se declara que ciertas riquezas nacionales son propiedad del Estado y no pueden pertenecer a extranjeros.

Me refiero, en este caso, a la tan comentada cuestión del petróleo, sobre la cual necesito detenerme, todavía, unos instantes.

Porfirio Díaz dió concesiones que entregaban el petróleo a los extranjeros; muchas veces es muy posible que no supiese cuánta era la riqueza que iba a dar, y de esta manera la había despilfarrado.

Por tanto, hoy, que ya se conoce bien el asunto, ha sido menester fijar normas más estrictas, cuando menos para las nuevas concesiones. Así que, la concesión no transfiere ya la propiedad; se modificó ligeramente el derecho antiguo, el derecho romano; el dueño del suelo es propietario de la superficie, pero el petróleo queda exceptuado, teniendo por verdadero propietario a la Nación. Los interesados, naturalmente, levantaron el grito, haciendo aparecer que se trataba de una medida extraordinaria; no es exacto; porque una legislación análoga existe en nuestro país y en todos los demás sobre las minas. Ya el gobierno español había aplicado ese régimen cuando se descubrió que las colonias tenían metales preciosos, como el oro y la plata; las minas existentes en terreno que pertenece a determinado individuo,

pueden ser denunciadas por cualquier otro, y tienen que ser explotadas de acuerdo con la ley relativa. Ésta, en la República, ha venido continuando las ordenanzas del reino; sencillamente, no se hablaba de petróleo, al principio, porque era desconocida tal riqueza en México y en el mundo y, sin embargo, ya las leyes hablaban de "materias carbónicas".

El legislador mexicano moderno, al ver el error de Porfirio Díaz lo que hizo, nada más, fué aplicar al petróleo el régimen relativo a las minas.

De otros asuntos importantes se preocupó también nuestra Constitución, como el establecimiento del día obligatorio de ocho horas, para los operarios. Esta medida social provocó disgustos entre los industriales; pero la verdad es que solamente entre los que están iniciando o tratan de iniciar su industria, porque los establecidos hace algún tiempo, han hecho, hasta de "motu propio", valiosas concesiones a los trabajadores.

La Constitución mexicana moderna, al velar de esta manera por la defensa de los derechos de los obreros, se aparta enteramente de la teoría positivista que servía de base al gobierno de Porfirio Díaz, y según la cual, el Estado no debía intervenir en las relaciones entre particulares: repudia esa economía política que se cruza de brazos ante el sufrimiento de los humildes. Al contrario, prescribimos que esa intervención tiene que llevarse a cabo en favor del humilde, del ignorante, porque el Estado no es un poder frío y ciego, sino un poder justo y generoso, que tiene la obligación de ayudar a quien lo necesita.

Es lo que preceptúa nuestra Constitución, y los resultados han sido de tal naturaleza, tan excelentes, que, hace poco, una gran empresa constructora que tiene intereses en México y en otros países, hacía notar el hecho de que las utilidades allí obtenidas, eran buenas, y la situación del trabajo superior a la de los Estados Unidos y de cualquier país europeo. Quiere decir, que ha tenido menos dificultades con los trabajadores que en aquellas naciones que en todo se reputan más adelantadas que México. La mencionada compañía, después de experimentar la nueva ley, se declaraba satisfecha, encontrando que su texto da garantías al operario, individualmente, y al mismo tiempo facilita el funcionamiento de la industria, porque reduce el número de

disenciones entre empresas y obreros y los que colaboran con el gobierno, transformándose en un elemento, no de desorden, sino de orden, porque ven amparados los intereses legítimos de la gente que trabaja y no los de quienes pretenden explotar a sus semejantes.

Sobre esa base social se desarrolla actualmente la nacionalidad mexicana y sólo me resta añadir, para terminar que, con la corriente liberal, con la corriente económica que ha habido en México, vino también, en los últimos tiempos, una fuerte tendencia de buscar el concurso de los países del Sur, no con propósito alguno de alianzas a la antigua, para agredir a quienquiera que sea, sino con el deseo de integrar el espíritu de nuestra raza.

Creemos, en México, que hemos pasado ya la época de prueba, que fué el siglo XIX, época en la cual todo lo tomábamos de fuera; todo lo juzgábamos bueno, si venía de fuera. Ha llegado el instante en que debemos construir por nosotros mismos nuestro futuro, nuestro progreso, nuestra propia alma nacional.

Sin embargo, como los factores que formaron a México, no lo constituyeron en un pequeño país, aislado en el mundo, sino que son comunes a muchos otros pueblos del Continente, creemos que es ridículo estar copiando las formas de organización de los pueblos de Europa, que bien podemos llamar formas de la antigüedad; creemos que es necesario establecer ya un nuevo sistema de organización nuestro.

Todas las nacionalidades contemporáneas se han formado en tratados políticos, y bien puede decirse, que el proceso seguido fué siempre más o menos el mismo. Al principio, desde la Edad Media, fueron las alianzas dinásticas, los casamientos de príncipes, las combinaciones entre las familias reales; más tarde, entraron en juego las necesidades y ventajas del comercio; y, hasta para muchos estadistas americanos, la guerra de Independencia en nuestro país no fué sino un fenómeno económico: la Metrópoli, del mismo modo que Portugal, no nos quería abrir los mercados y nosotros deseábamos negociar con todo el mundo.

Hagamos notar, de paso, que ese fué en verdad, uno de los factores; pero no el único. Pensamos, sin embargo, estar en camino de una situación en que ya no prepondere más el factor

llamado económico, entre los gobiernos y los pueblos, sino que, también, para la educación y desarrollo de las nacionalidades, existan los factores espirituales, contenidos en nuestra propia conciencia, que nos impulsan a reflexionar en que debemos dar preferencia en las cuestiones culturales y de organización, a nuestros elementos raciales.

En México, por ejemplo, se verificó este fenómeno muy significativo: en los primeros tiempos de la Independencia, los textos oficiales, lo mismo que exclamaciones del pueblo en las fiestas nacionales; todo era, en apariencia, una expresión de profundo rencor contra los españoles. Pues bien, eso se fué apagando y casi ha desaparecido por completo. Hoy existe la acentuada tendencia de retornar a las raíces de nuestra nacionalidad, para fortalecernos.

La situación es ahora totalmente diversa de la de otros tiempos, y los orígenes de nuestra raza reúnen todas las condiciones para ser nuestros mejores amigos.

El primer siglo de vida independiente lo empleamos nosotros en fijar los límites de la patria, en enriquecerla, en organizarla socialmente: ha llegado el momento de afocar su espíritu, de crearle un alma, un alma propia!

Para crear esa alma, las fuentes en que queremos beber, en primer lugar, son las fuentes iberoamericanas; las fuentes latinoamericanas.

Por esto mismo, es sincero y vehemente, como os dije, el impulso de los hijos de México, hacia los pueblos del Sur. Se trata de un fenómeno imposible de contener; y he tenido la gran fortuna de ver, en los pocos días de mi permanencia en vuestro suelo, que no fuimos nosotros los iniciadores de este bendito movimiento: aquí lo he encontrado, definido, tan poderoso como es capaz de serlo en mi país.

Y no podría llevar, del Brasil, mayor satisfacción que ésta, que me ha sido deparada aquí, con quienes nos precedieron en la tendencia de construir, en el Continente, una civilización iberoamericana, un espíritu latinoamericano, fuerte y digno, noble y poderoso!

LA UNIVERSIDAD DEL PORVENIR (*)

I

La crisis de las universidades contemporáneas



OS grandes cambios sociológicos suelen coincidir con variaciones fundamentales del pensamiento colectivo. Cada época tiene su ideología. El devenir de nuevas condiciones sociales determina la renovación incesante de las ideas, engendrando orientaciones que corresponden a la realidad que siempre se transforma y excluyendo las rutinas que traban la acción continua del hombre sobre la naturaleza que le rodea.

En las naciones civilizadas contemporáneas, la Universidad aspira a ser el laboratorio donde se plasma la ideología social, recogiendo todas las experiencias, auscultando todas las aspiraciones, elaborando todos los ideales. Ningún problema vital para la sociedad puede serle indiferente; si pensar bien es la única manera de obrar con eficacia, la Universidad debe ser una escuela de acción social, adaptada a su medio y a su tiempo.

Las corrientes ideológicas no se forman al azar. Los hombres de genio las comprenden antes que otros o las expresan mejor que los demás, pero no las determinan arbitrariamente; llegan hasta

---

(*) Por resultar de palpitante actualidad y digno de ser conocido en nuestro país—en el que existe desde hace tres meses un intenso movimiento estudiantil que propende a conseguir la reforma y renovación universitaria en todos sus aspectos—, este importante estudio del notable sociólogo argentino que dirige la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires, Cuba Contemporánea hace una justificada excepción en su criterio de publicar trabajos inéditos exclusivamente, al transcribirlo en sus páginas, tomándolo del boletín mensual bonaerense *Renovación*, que lo insertó en su primer número, correspondiente al mes de enero del año en curso.

ellos desde la experiencia social misma, encendiéndolos, como la invisible corriente eléctrica se torna luminosa cuando atraviesa el carbón sensible de una lámpara. Cada sociedad, en cada época, engendra "sistemas de ideas generales" que influyen de manera homogénea sobre la conciencia colectiva y son aplicados a la solución de los problemas que más vitalmente la interesan.

Ese conjunto de ideas generales constituye su pensamiento y presenta varios aspectos. En primer lugar es un "cuerpo de doctrinas", en el que se sintetizan las verdades fundadas en la experiencia; en segundo lugar es un "plan normativo", que establece los medios de conducta individual y de acción social; en tercer lugar es una "previsión de ideales", que elabora futuros perfeccionamientos derivándolos de la experiencia.

La ideología de un pueblo, en cada momento de su devenir, compónese de las doctrinas, normas e ideales que se elevan hasta la conciencia social; la función específica de la Universidad consiste en coordinar esos elementos, organizándolos en disciplinas científicas, conforme a los métodos más eficaces para cada una.

Reflexionando con amplitud de criterio llegamos a comprender que las más de las Universidades contemporáneas no llenan su función, por dos causas: 1º, la arquitectura de sus estudios no concuerda con los resultados menos inseguros de las ciencias; 2º, la finalidad de sus aplicaciones no está adaptada a las sociedades en que funcionan. Podemos expresar mejor estas ideas diciendo que, en general, *la enseñanza en las Universidades no se ajusta a los modernos sistemas de ideas generales; y que, en particular, cada Universidad no desempeña las funciones más necesarias en su propia sociedad.*

*

Atrasadas por su ideología, inadaptadas para su función. Son esos los términos precisos del problema. En su casi totalidad, las Universidades son inactuales por su espíritu y exóticas por su organización. Las de nuestra América, en particular, han sido instituídas imitando modelos viejos y conservan el rastro de la cultura medioeval europea.

Justo es reconocer que, en muchas de ellas, las Facultades que se destinan a la formación de profesionales están excelentemente

organizadas y producen abogados, ingenieros, médicos, etc., cuya preparación es muy completa. Pero lo que ha desaparecido, al mismo tiempo que se han desenvuelto esas excelentes Facultades, es la Universidad: actualmente no existe una organización de las escuelas especiales de acuerdo con una ideología que sea actual (es decir, científica) y social (es decir, americana).

Las ciencias, al renovar ciertos dominios de la enseñanza pública superior, disgregaron la vieja arquitectura universitaria sin reemplazarla por otra nueva. Cada Facultad especial, instituto técnico o escuela profesional, se ha organizado separadamente, prescindiendo de todas las demás; no existe una dirección sintética del conjunto, según el nuevo "sistema de ideas generales" que va reemplazando al antiguo. *El desarrollo de las Escuelas profesionales ha muerto a la vieja Universidad, pero no ha creado todavía la nueva;* la agrupación de altos estudios que conserva ese nombre no responde ya al sistema de ideas que era propio de la teología medioeval, pero aun no ha sido organizada de acuerdo con las nuevas orientaciones ideológicas.

En la actualidad, en casi todo el mundo, la Universidad es un simple engranaje administrativo, parásito de las Escuelas especiales; creemos innecesario insistir sobre la diferencia que existe entre una dirección ideológica y un mecanismo burocrático.

Con excepción de sus relaciones administrativas, las escuelas especiales son autónomas de hecho. Cada Facultad aislada se interesa solamente por un aspecto particular de las cosas y de las ciencias mirando un fragmento del saber o de la vida social, y siempre con el criterio incompleto del especialista. Se desconoce el trabajo ajeno y no se sospecha la posibilidad de una colaboración. Se olvida que cada grupo de ciencias se renueva aprovechando los resultados obtenidos por las ciencias de otros grupos; ignorar el horizonte de los demás importa estrechar considerablemente el propio. La función de la Universidad debe consistir en la coordinación del trabajo de los Institutos y Facultades especiales conforme a un criterio general, procurando la convergencia de todos los esfuerzos hacia determinados fines. Cuanto más se divide el trabajo, más necesario es conservar el espíritu de síntesis. Y si *cada Facultad debe dar la competencia necesaria para ejercer dignamente una profesión de utilidad social,* no debe olvidarse que ella

debe ser, al mismo tiempo, la parte de un todo más amplio y más alto: la *misión de la Universidad consiste en fijar principios, direcciones, ideales, que permitan organizar la cultura superior en servicio de la sociedad.*

*

El siglo XIX ha introducido en todos los ramos del saber humano un anhelo de renovación incesante, extendido por igual a los fenómenos que son objeto de la experiencia actual y a las hipótesis que sirven de orientación hacia la experiencia futura. En la ideología social domina ese mismo concepto: ideas nuevas rectifican sin cesar a las viejas, permitiendo un mejor conocimiento de la naturaleza en que vive adaptándose la especie humana. Esta continua perfección no ha sido uniforme en el tiempo ni homogénea en el espacio; en determinadas épocas el ritmo innovador se ha acelerado; en ciertas sociedades la renovación ha presentado variaciones especiales.

Desde la sacudida vigorosa del Renacimiento, y con el pujante impulso de la Revolución Francesa, dos tipos de civilización se encuentran en lucha: la sociedad feudal y la cultura teológica, frente a la sociedad democrática y la cultura científica. En esa lucha secular, que se prolongará todavía durante muchas décadas, han sido grandes las alternativas entre el misticismo supersticioso y el idealismo experimental; entre esas ideologías opuestas se han inventado, en vano, los más absurdos eclecticismos para conciliar lo viejo con lo nuevo, los dogmas fundados en el absurdo y las hipótesis surgidas de la experiencia.

Los hombres de mayor estudio y de más libre criterio afirman que la humanidad civilizada está en vísperas de una honda renovación social e ideológica; desde hace medio siglo ha sido prevista, como consecuencia de una guerra general entre las naciones europeas. *La crisis contemporánea determinará una aceleración del ritmo innovador durante algunos lustros;* parece justo pensar que en los diez o veinte años que seguirán a esta crisis, la organización democrática de las naciones encontrará nuevas formas de equilibrio y se acentuará definitivamente el predominio de los métodos científicos modernos sobre los dogmatismos dialécticos medioevales.

Podemos prever, en general, esa renovación de las instituciones y de las ideas; sería arriesgado definir, en particular, las formas y los límites que le fijará la experiencia social. Partiendo de las orientaciones generales ya definidas podemos, sin embargo, preguntarnos: ¿de qué manera deberían evolucionar las Universidades para ser la expresión organizada de la nueva ideología? Pues, entiéndase bien, quien dice ideología nueva, dice nueva Universidad: con nueva arquitectura, con nuevos métodos, con nuevas aplicaciones.

II

Renovación de la ideología universitaria

Adoptando un punto de vista estrecho—y erróneamente llamado práctico—podría decirse que las naciones democráticas solamente necesitan buenas escuelas técnicas destinadas a preparar profesionales competentes. Según ese modo de ver, la Universidad sería inútil; bastarían las escuelas autónomas y habría que trabajar con toda lealtad por la supresión de las Universidades.

Creemos que ningún hombre ilustrado se atrevería a sostener ese programa.

La Universidad es útil; pero conviene cambiar radicalmente las ideas relativas a su organización y sus funciones. La Universidad debe representar el saber organizado y sintetizar las ideas generales de su época; ideas que son productos de la sociedad, derivadas de sus necesidades y aspiraciones. Para ello necesita adaptarse incesantemente a las nuevas orientaciones ideológicas; si no lo hace, deja de ser un instrumento útil para la civilización, es un obstáculo antes que instrumento de progreso.

La ideología contemporánea implica un nuevo modo de plantear, tratar y resolver todos los problemas que interesan al hombre y a la sociedad; la Universidad deberá reflejarla, o no tendrá razón de existir como nexo entre las Facultades especiales. *La Universidad debe ser una entidad viva, pensante, actuante, capaz de imprimir un ritmo homogéneo a la enseñanza de todas sus escuelas.*

*

Los viejos sistemas de ideas, cuya inexactitud está probada, no pueden servir de esquemas para la reconstrucción ideológica de la Universidad; sus síntesis carecen de interés constructivo desde que se ha probado la inexactitud de sus elementos particulares. No hay error más funesto que confundir la cultura actual con la historia de las culturas precedentes, o la filosofía actual con la historia de las precedentes filosofías.

Las ideas sobre la naturaleza, la sociedad y el hombre, profesadas en otros siglos, correspondían a la experiencia de sus épocas respectivas; las ideas actuales, cimentadas en un caudal de experiencia infinitamente mayor, obligan a plantear y resolver de muy distinta manera todos los problemas naturales, sociales y morales.

Los nuevos sistemas de ideas tienden a ser antidogmáticos, críticos, perfectibles; partiendo de ellos será más fecunda la función social de la Universidad, como organismo de coordinación y de síntesis. No es de temer que ella obstruya la tarea particular de las escuelas especiales, cuyos dominios podrán anastomosarse, sin confundirse. Las ciencias físicas procurarán conocer cada vez mejor el sitio de la tierra entre los otros cuerpos del universo que sobre ella influyen. El estudio de la configuración geográfica y de los otros seres vivos que habitan cada región será el fundamento para apreciar las condiciones de existencia de la sociedad que la habite: el suelo, la fauna, la flora, elementos esenciales para la adaptación y subsistencia de un pueblo en una zona cualquiera de la superficie terrestre. Las ciencias biológicas permitirán conocer a la humanidad como especie zoológica y al hombre como individuo de esa especie, así como el desarrollo de las funciones psíquicas destinadas a la mejor adaptación de las variedades y razas que componen la especie. Las ciencias sociales, partiendo de las precedentes, mostrarán las causas y resultados de la asociación de los individuos en la lucha por la vida, el crecimiento de la solidaridad social dentro de cada sociedad y entre las diversas sociedades, la formación de una ética en cada agregado social como resultado de su propia experiencia, y el perfeccionamiento indefinido de las hipótesis colectivas sobre el ideal moral, abstractamente representado por la virtud individual y la justicia social.

Cada uno de esos grupos de ciencias será cultivado en escuelas especiales; *la función de la Universidad consistirá en mantener la*

unidad dentro de la variedad y coordinar la síntesis sobre la especialización.

*

Nunca se insistirá bastante sobre la conveniencia de la educación integral, más necesaria en los estudios universitarios que en los elementales e intermedios. Las Facultades autónomas tienden a formar especialistas, sin preocuparse de formar hombres; esta última tarea debe incumbir a la Universidad y es la razón que justifica su existencia.

Lejos estamos, sin embargo, de considerar deseable una regresión a las humanidades clásicas, que todos los misoneistas recomiendan como una defensa del espíritu conservador contra el espíritu de renovación. Esas viejas humanidades tendían a ejercitar el ingenio en una elegante gimnasia espiritual, juego de imaginación y de retórica, que se desarrollaba principalmente en el comentario y la glosa del pensamiento, llamado clásico, de los antiguos. Ese culto de lo que otros hombres pensaron, en otro tiempo y en otro medio, impedía hacer de nuevo lo que ellos habían hecho: construir el saber sobre las ciencias de su época. Y el objeto esencial de ese viejo humanismo no era enseñar a pensar bien, observando y experimentando, sino enseñar a hablar bien sobre lo que otros pensaron, sin pensar por cuenta propia, sin observar ni experimentar.

Los problemas de la naturaleza y de la sociedad, que los humanistas clásicos plantearon con sofismas y resolvieron con palabras evasivas, pueden hoy plantearse con otros criterios y resolverse con otros métodos. Las ciencias físicas, sociales y biológicas siguen renovando toda nuestra concepción del universo, de la sociedad y del hombre; los problemas, planteados ahora de muy distinto modo, exigen ser estudiados por hombres que tengan un sentido de la verdad fundado en la experiencia, que deseen conocerla de manera clara y exacta, y que sepan utilizar los métodos menos inseguros para alcanzarla en cada dominio.

Este nuevo tipo de cultura consolidará necesariamente sistemas ideológicos esencialmente experienciales e imprimirá nuevos caracteres a la Universidad, permitiendo *unificar las ideas generales de las ciencias y restaurar sus síntesis de conformidad con los resultados de una experiencia incesantemente perfectible.*

Esa renovación es indispensable para coordinar eficazmente los dominios particulares de la Universidad, representados por sus Escuelas Técnicas y sus facultades. La nueva orientación, el "nuevo sistema de ideas" es lo esencial; de otro modo las partes procurarán en vano ir hacia adelante mientras el conjunto se retrovierte o permanece estacionario.

*

Al decir que la ideología contemporánea debe ser el armazón de la nueva arquitectura universitaria, afirmamos criterios, métodos e ideales cuyas líneas directrices ya están claramente definidas: *poner la experiencia como fundamento de la investigación y de la enseñanza, extender la aplicación de los métodos científicos, aumentar la utilidad social de los estudios universitarios.*

El nuevo criterio importa la necesidad de que todas las escuelas se desprendan del verbalismo racionalista heredado de los siglos pasados, poniendo sus bases en la observación y en el experimento; las viejas "ciencias de palabras" deben transformarse en "ciencias de experiencia". Es indudable que algo se ha avanzado en esa orientación; pero se engañaría quien creyese que la renovación es ya completa, pues son muchas las resistencias de la rutina y no escasas las argucias capciosas con que el palabrismo antiguo conspira contra las ideas modernas. Las ciencias abarcan todos los problemas reales que se refieren al universo, al planeta que habitamos, a la vida, a la función de pensar, al desenvolvimiento social; los abarcan, aunque no los resuelvan; indican los caminos menos inseguros para resolverlos; sus resultados, aunque incompletos, son los puntos de partida para imaginar hipótesis legítimas que los exceden, sin contradecirlos. En la Universidad del porvenir todas las disciplinas naturales, sociales y morales serán "ciencias de experiencia", antidogmáticas, críticas, incesantemente perfectibles. La ideología de cada época, elaborada por hombres que evolucionan en un ambiente que también evoluciona, representa un equilibrio inestable entre la experiencia que crece y las hipótesis que se rectifican.

El nuevo método implica la conveniencia de aceptar como instrumentos de trabajo los que ofrecen una menor inseguridad condicionada por la experiencia; sólo cuando ésta es inaccesible,

podemos partir de sus resultados actuales para explicar lo desconocido mediante hipótesis que no la contradigan. La exclusión de todo criterio dogmático obligará a tener presente que los métodos científicos no pretenden resolver todos los enigmas planteados a nuestra curiosidad, ya que un problema resuelto equivale a cien nuevos problemas planteados; pero el resuelto queda y cada día sabemos más que en el anterior, aunque no podamos agotar el conocimiento de la realidad porque ella sin cesar se transforma.

El nuevo ideal se manifiesta como tendencia a ampliar la función social de la cultura, que no debe considerarse como un lujo para entretener ociosos sino como un instrumento capaz de aumentar el bienestar de los hombres sobre el planeta que habitan. Mientras la enseñanza superior fué un monopolio reservado a las clases privilegiadas, se explicaba que las Universidades viviesen enclaustradas y ajenas al ritmo de los problemas vitales que mantenían en perpetua inquietud a la sociedad; las ciencias estaban reservadas a pocos especialistas. La cuestión, en nuestros días, tiende a cambiar sustancialmente; las Universidades comienzan a preocuparse de los asuntos de más trascendencia social y las ciencias se conciben como instrumentos aplicables al perfeccionamiento de las diversas técnicas necesarias a la vida de los pueblos.

*

Fácil es comprender que estos puntos de vista no tienden a propiciar simples reformas administrativas o burocráticas de las Universidades actuales; consideramos más importante renovar el espíritu mismo de los altos instrumentos de cultura, para que puedan seguir el ritmo de la gran palingenesia ideológica que se está operando en la sociedad contemporánea.

Las nuevas posibilidades educacionales han sugerido el pensamiento de la extensión universitaria, que en pocos años se ha ampliado en proporciones imprevistas. Comenzóse por dictar cursos públicos en las Universidades del Estado y por fundar Universidades Populares; pero, poco a poco, se ha comprendido que el ideal consiste en *utilizar todos los institutos de cultura superior para la elevación intelectual y técnica de todo el pueblo.*

Es evidente el beneficio que significa, para la sociedad, la creciente capacitación técnica de todos los individuos. En este sentido puede afirmarse que todo instituto habilitado para enseñar debe ser accesible a todos los ciudadanos que están en condiciones de aprender; no para expedir, como hoy ocurre, títulos doctorales que autorizan para practicar las llamadas profesiones liberales, sino para que todo estudioso pueda perfeccionar su capacidad técnica de acuerdo con el trabajo de utilidad social que desempeña. La casi totalidad de los oficios y ocupaciones humanas pueden ser beneficiados por enseñanzas impartidas en los institutos universitarios, sin necesidad de exigir a los oyentes otra cualidad que el deseo de aprender. Es indudable que al efectuarse esta *exclaustración de la cultura universitaria* el Estado obtendría una centuplicada compensación, por el aumento de capacidad moral y técnica en todos los hombres a quienes pueda extenderse su influjo benéfico.

*

La unidad y la exclaustración de la cultura universitaria no pueden realizarse sin una previa *renovación de su mecanismo administrativo y de su dirección ideológica.* Se comprende—y poco importa—que ella no se podrá ensayar sin hacer frente a grandes resistencias, pues en todas las Universidades existen poderosos "intereses creados", opuestos a todo plan de renovación. Pero hay ya síntomas de que el nuevo espíritu universitario reclamará nuevas formas de técnica directiva.

En las antiguas Universidades medioevales el organismo deliberativo y ejecutivo representaba a la autoridad política o eclesiástica que lo nombraba, sin controlar alguno. Desde la Revolución Francesa, en general, esos organismos representaron la voluntad nacional, por delegación de las autoridades constitucionales. Más tarde se dió alguna representación al profesorado en los cuerpos deliberativos de las Facultades, creando consejos académicos privilegiados que se integraban por sí mismos. Pronto se advirtió la necesidad de extender el derecho de representación a todo el personal de profesores, que al fin constituyó los cuerpos deliberantes y eligió las autoridades ejecutivas, alcanzándose la llamada autonomía universitaria. Pronto se advirtió, sin embargo,

que este paso de la representación política a la representación técnica era incompleto desde el punto de vista funcional; y con buen acierto, en algunos países, se ha extendido el derecho de representación en los organismos deliberativos a los profesores suplentes y a los estudiantes. Se marcha, pues, hacia formas de representación cada vez más funcionales, que permitan *dirigir y orientar los estudios universitarios de acuerdo con los intereses e ideales de todos los que enseñan y aprenden.* No sabríamos prever hasta qué limites convendrá extender esa nueva orientación interna de las universidades; la experiencia, y sólo ella, enseñará cuáles son los resortes más eficaces para llegar a un nuevo estado de equilibrio que suprima los privilegios y la coacción de cualquiera de las partes interesadas en la vida universitaria.

No es menos importante la necesidad de imprimir a cada Universidad una dirección ideológica concordante con las necesidades y los ideales del medio social en que funciona; es forzoso reconocer que ello dependerá del grado de exclaustración que alcancen los estudios universitarios, tomando contacto con el pueblo, sirviendo sus intereses, reflejando sus aspiraciones, comprendiendo sus problemas vitales. No es posible, desgraciadamente, contar siempre con el factor extraordinario y providencial representado por los hombres de genio, cuya función consiste en ver más lejos y adelantarse a su tiempo.

III

Adaptación de las universidades al medio social

No bastará renovar la enseñanza universitaria de acuerdo con la ideología contemporánea; la crisis actual reconoce, además, otra causa fundamental: las Universidades no desempeñan las funciones culturales más necesarias en su propia sociedad.

Los ideales comunes a toda la humanidad asumen caracteres propios en cada pueblo, conforme a las variadas condiciones de su medio físico y de su organización social. La especie humana no evoluciona homogéneamente en la superficie habitada del planeta; existen variedades regionales que determinan formas distintas de experiencia social, creando nacionalidades sociológicas

que no coinciden con los estados políticos. De estas heterogeneidades naturales dependen legítimas diferencias ideológicas que conviene sean reflejadas en cada Universidad o grupo de Universidades; baste pensar que los estudios de minería son tan indispensables en una región minera como superfluos en una región agrícola; la investigación de las enfermedades tropicales será más útil en las Universidades de la zona tórrida que en las de climas subpolares; la arqueología incásica se estudiará con mayor provecho en el Continente americano que en el asiático; la oceanografía no puede estudiarse en regiones que carecen de costas marítimas.

Las diferencias sociológicas naturales permiten, pues, concebir que las *Universidades de cada Continente y de cada región deben adaptarse a las funciones culturales más necesarias en sus respectivos ambientes.* Comparando las Universidades de diversos países europeos se advierte que ellas se han diferenciado progresivamente, al adaptarse a medios sociales que no han evolucionado de manera homogénea; la constante internacionalización de la cultura artística, científica y filosófica no ha excluído la acentuación de variedades regionales, que se han formado exactamente como las razas diversas de una especie que se adapta a medios diferentes. En este sentido, puramente natural y de ningún modo político, puede asegurarse que existe para las Universidades de nuestra América un punto de vista americano, sin que él excluya un punto de vista regional propio de cada Universidad.

*

Las sociedades americanas se han constituído diversamente de las naciones orientales y europeas, en otro medio y con otra amalgama inicial. El ambiente, los elementos étnicos en él refundidos, los orígenes de su cultura, las fuentes de su riqueza, la evolución de sus ideales directivos, todo lo que converge a plasmar una mentalidad propia, difiere en mucha parte de los modelos conocidos. Por eso—aunque incesante en la humanidad y distinta en cada punto del espacio o momento del tiempo—*la renovación de las ideas generales podrá operarse en el Continente americano con ritmo diverso que en las naciones formadas con elementos y tradiciones distintas.*

No implica ello que nos falte una orientación ideológica; significa que la existente es pequeña. Y si esto puede ser motivo para no envanecernos del pasado, como acostumbran los que no tienen porvenir, bien podría serlo de regocijo: es de óptimo presagio para un mañana inminente. Nos faltan las malas rutinas y la herencia medioeval, que tanto pesa sobre las naciones europeas que están por cerrar su ciclo en la historia humana; tenemos, en cambio, el pie ligero para *encaminarnos hacia eras nuevas y ocupar un puesto de avanzada en la cultura humana, que los siglos renuevan sin descanso.*

No tendremos el trabajo de olvidar: lucha agotadora para los que viven de recuerdos. De la ideología contemporánea tomaremos todo lo que sirva, desechando cualquiera filtración dogmática que la contradiga; lo que sea futuro, en el mundo de la experiencia y del ideal, podremos sembrarlo en nuestra virgen mentalidad, *libre de ideales muertos que impiden sembrar ideales vivos.*

Cuando esa hora llegue—que llegará, en años o en décadas—los nuevos pueblos americanos podrán tener sistemas de ideas generales propios, que se reflejarán necesariamente en las obras de sus grandes pensadores e influirán sobre la arquitectura ideológica de sus Universidades.

*

Por una mentira convencional muy difundida, cada pueblo se inclina a creer que posee una cultura superior a todos los demás, suponiendo que siempre ha sido así y deduciendo que no perderá esa hegemonía en el porvenir. Esta absurda ilusión, fomentada por las castas políticas que se atribuyen el mérito de esa excelencia tradicional, tiene su desmentido en la historia humana, cuyo estudio permite corregir los frecuentes espejismos de cada historia lugareña. La cultura de la humanidad, además de variar de siglo en siglo, se intensifica y especializa diversamente en pueblos varios; su centro de mayor irradiciación nunca ha sido fijo, emigrando de raza en raza, de nación en nación. *Ninguna sociedad humana ha conservado perennemente la hegemonía de la cultura.* La historia del pensamiento remonta hasta las civilizaciones primitivas, toma grandes nombres en Oriente, se detiene en

Grecia, observa en Roma y asiste al crepúsculo transitorio en que se constituyen las teologías medioevales; renace con el espíritu y los métodos de las ciencias, ora en Italia, ora en Francia; se desenvuelve con solidez en Inglaterra y se abstrae nebulosamente en Alemania; encuentra, al fin, un relativo equilibrio en la Europa contemporánea, inquietada por el conflicto entre las ideologías medioevales que aun perduran y las modernas que comienzan a consolidarse.

Hay un hecho, sin embargo, que es común en la experiencia de todos los tiempos y lugares. Los intereses creados en cada sociedad madura, se han convertido siempre en obstáculo para el florecimiento de ideales nuevos; la verdad imperfecta de ayer se opone a la verdad de hoy, que se opondrá a su vez a la verdad menos imperfecta de mañana. Por eso *las sociedades de más reciente formación son las más propicias el progreso de la cultura y al florecimiento de las nuevas ideologías.*

Los grandes problemas son hablados, por cada época, en un idioma nuevo. Las razas viejas y sus filósofos, tienen ya su idioma enmohecido y siguen pensando en él; las nuevas, que aun no tienen definido uno propio, aprenden a pensar en el de su época. En la continuidad de la reflexión humana sobre los grandes problemas que son el coronamiento de la experiencia, las razas viejas no consiguen pensar con un idioma nuevo, y si lo hacen, no pierden el acento originario; ellas van pasando la antorcha simbólica a las razas jóvenes, que lo adoptan más fácilmente y en él expresan sus nuevas maneras de pensar, hasta conformarse a otro tipo, más consonante con la ideología de su época.

Estas reflexiones autorizan a creer que las Universidades nuevas tienen más posibilidades de renovarse que las viejas, adoptando criterios actuales y adaptándose mejor a su medio; así lo confirman ciertas novedosas Universidades de los Estados Unidos, libres del rutinario tradicionalismo que traba el paso a las otras famosas Universidades europeas.

*

No es aventurado suponer que cuando nuestros pueblos americanos hayan definido su constitución social, podrán imprimir al-

gún carácter propio a las corrientes ideológicas que incesantemente se renuevan en la humanidad; y lógico será que sus Universidades lo reflejen, con las variantes propias de cada adaptación regional. En las naciones nuevas están menos arraigados los gérmenes seniles y sus pueblos tienen la mente libre para, en la hora oportuna, seguir las orientaciones de las ideas venideras; es probable que en el porvenir puedan definirse matices particulares según los climas, las regiones, las razas.

Esto no significa que todo será autóctono en el ritmo de sus ideales, en la visión de sus pensadores o en la arquitectura de sus Universidades. No hay, sin duda, una ciencia europea y otra americana, una verdad distinta para cada raza, una cultura y una ideología específica de cada Continente; el conocimiento relativo de la naturaleza en que vivimos y la elaboración de ideales humanos como resultado último de la experiencia, son una obra de progresiva integración, en la que se suma el esfuerzo de todas las razas de todos los tiempos. Pero los aspectos experimentales e ideales de la cultura humana se presentan diversamente según el punto de vista desde donde se los observa, su función difiere en cada medio, e impulsa desigualmente a plantear y resolver problemas que para cada sociedad son distintos; por eso cada una, al constituir su mentalidad, orienta en algún sentido nuevo la ideología de su época. *Concebimos los "ideales americanos" como el sentido propio que los pueblos nacientes en estas partes del mundo padrán imprimir a los ideales de la humanidad.*

Y decimos, por ende, que al adaptarse al medio, las Universidades americanas desempeñarán mejor las funciones culturales necesarias en sus sociedades respectivas.

IV

Arquitectura de la Universidad

¿Cuál es el camino para acercarse a ese resultado? Sería, sin duda, prácticamente imposible reorganizar fundamentalmente, por decreto, las Universidades existentes, pues sus Facultades tienen intereses muy difíciles de remover. Por otra parte, además

de su función profesional, cada Facultad tiene su mentalidad propia, fundada en diferencias naturales que no podrían borrarse, ni convendría hacerlo aunque se pudiera; lo pertinente es infundirles el espíritu común de la época y del medio, haciéndolas converger hacia nuevos métodos y direcciones. Sin necesidad de una subversión brusca, pueden efectuarse cambios graduales, en serie, no sujetos a un plan definitivo o inmutable; a medida que se realicen, la experiencia sugerirá las variaciones convenientes.

En síntesis: *los institutos existentes pueden y deben usarse, para ir dando a las Universidades una nueva arquitectura espiritual, conforme a las modernas corrientes de ideas generales.*

Nos parece fácil de explicar.

Cada Facultad consta actualmente de dos clases de estudios: los técnicos o profesionales y los generales o científicos.

La distinción es fácil: en las facultades jurídicas es profesional el derecho de minas y es general la sociología; en las médicas es profesional la anatomía topográfica y es general la fisiología; en las físico-matemáticas es profesional la resistencia de materiales y es general la física, etc.

Cada Facultad especial podría tener dos órdenes consecutivos de estudios y expedir dos clases de títulos: el uno habilitaría para el ejercicio profesional (abogado, ingeniero, médico, etc.) y el otro constituiría el doctorado respectivo (en Ciencias Jurídicas, Biológicas, Físico-Matemáticas, etc.).

Para el primero bastaría cursar un plan técnico establecido por cada Facultad; para el segundo, además del perfeccionamiento en los estudios científicos de la Facultad propia, sería indispensable cursar las materias generales de las otras Facultades.

Según este modo de ver, *cada carrera profesional sería organizada por su Facultad respectiva, pero los doctorados de altos estudios serían coordinados por la Universidad.* Las Facultades prepararían técnicos en un dominio especial; la Universidad, hombres de ciencia sólidamente preparados por una cultura general en las diversas disciplinas científicas.

*

Utilizar lo existente, como punto de partida; no importa creer que ello basta. Si la Universidad ha de expresar una síntesis har-

moniosa de la cultura, es conveniente vincular a ella las academias, ateneos, museos, conservatorios que pueden elevar la mentalidad del pueblo, educando los sentimientos estéticos, y también las instituciones de economía social que representan verdaderos campos de experimentación para las doctrinas.

Las letras y las artes son el complemento necesario de toda educación integral. Enseña la historia que casi todos los grandes renacimientos se han extendido simultáneamente a diversos dominios; y la observación diaria demuestra que los más grandes ingenios son poliédricos, multiformes, aunque su obra culmine en un ramo particular del saber.

Llevados por su pequeñez mental, los especialistas de cada arte o ciencia, suelen mostrarse reacios a toda iniciativa de coordinación harmónica; temen, acaso, que la competencia técnica directiva disminuya por el contacto forzoso con las demás especialidades. La observación sería justa si los instrumentos directivos de la vida universitaria conservaran su forma actual; dejará de serlo, sin embargo, cuando la organización universitaria perfeccione su tipo federativo, respetando la autonomía técnica para lo particular y estableciendo la unidad ideológica para lo general.

Concebida cada Escuela como una realidad diferenciada dentro de la unidad del conjunto, parece necesario que ella tenga su representación propia dentro de los Consejos Superiores universitarios; este principio de la representación funcional, admitido ya en muchas Universidades, podría extenderse a las instituciones de índole artística y literaria que se le fueran incorporando.

Se comprende fácilmente que *la dirección universitaria tendría más alto vuelo y más vastos horizontes cuando entraran en su composición elementos de vida intelectual menos estrecha que los actuales especialistas* de tres o cuatro profesiones técnicas. No es admisible que los abogados, médicos, ingenieros o veterinarios representen la ideología de su época; parece evidente que la presencia de representantes de las artes y de las letras elevaría el nivel de la dirección universitaria.

*

Estos primeros aspectos del problema, cuya practicabilidad no puede ponerse en duda, necesitan complementarse con otro, también fundamental.

El instrumento ideológico de la nueva Universidad, adaptada al tipo de cultura moderno, debería coordinarse en torno de una Facultad que existe ya en muchas Universidades y que podría organizarse sin erogación sensible en las que aun no la tienen: la Facultad llamada de "Ciencias Morales", de "Humanidades" o de "Filosofía y Letras".

Donde actualmente existe—no lo ocultemos—es una Facultad de lujo. Sus profesores son prestados por otras facultades, sus alumnos escasean, su función es casi nula; con buen propósito algunas Universidades han optado por convertirla en instituto superior de pedagogía. Las que aun conservan su vieja estructura, se van convirtiendo en organismos inútiles, simples prolongaciones de la cultura medioeval entre las otras facultades que procuran difundir la cultura moderna. Prescindiendo de las cátedras literarias y científicas que se le incorporan sucesivamente, rompiendo la unidad de su vieja arquitectura, su función es todavía la antigua: estudiar la filosofía con un concepto retrospectivo, en relación estrecha con las disciplinas históricas y literarias.

En este dominio particular de las llamadas "humanidades" puede efectuarse la transubstanciación de la Universidad. Las disciplinas filosóficas, como suele estudiárselas actualmente, carecen de vinculación con las corrientes ideológicas contemporáneas. Suelen ser disciplinas muertas, historias, glosas, críticas, comentarios de los sistemas de ideas generales propios de otros siglos y de otros medios, que fueron utilísimos para la cultura de su tiempo, pero que no se han renovado siguiendo el ritmo del pensamiento contemporáneo.

Fácil será *transformar las Facultades de Filosofía en organismos destinados a la coordinación de las ideas generales que excedan los dominios particulares de cada Facultad profesional, manteniendo en ellas la especialización en las disciplinas propiamente filosóficas.*

*

En esta arquitectura universitaria las Facultades de Filosofía pasarían a ser los ejes espirituales de las Universidades; pero no

debe olvidarse que se trataría de organismos nuevos, juveniles, en constante desarrollo, muy distintos de los que actualmente conocemos. Se comprende que al hablar de estudios filosóficos no hacemos referencia a los literarios e históricos, aunque los tres grupos suelen coexistir bajo una misma administración.

Ciertos estudios preliminares, peldaños indispensables de las disciplinas propiamente filosóficas, podrían cursarse en las otras Facultades; comprenderían materias de todas ellas, con exclusión de las técnicas o profesionales. El doctorado en Filosofía obtendríase cursando previamente las materias generales de las Facultades de ciencias físico-matemáticas, jurídico-sociales, médico-biológicas, etc. No se trataría de enseñar todos los detalles particulares de cada ciencia y todos los aspectos técnicos de las distintas profesiones, sino de presentar sistemáticamente los grandes resultados de la experiencia, formando un criterio general y adquiriendo un método que más tarde podría ser aplicado a los campos de investigación filosófica que cada cual desee explorar. Se enseñaría, de esa manera, a mirar la realidad, y a inferir los posibles perfeccionamientos de la adaptación humana a la naturaleza, haciendo trabajar la imaginación sobre la base de la experiencia.

Así se podría dar a la Universidad el espíritu de generalización y de síntesis del que tienden actualmente a apartarse las Facultades profesionales, y al mismo tiempo *reemplazar los restos fósiles de la cultura medioeval por los resultados ilimitados y siempre renacientes de la cultura contemporánea.*

Los grandes problemas ideológicos serían estudiados con criterios y métodos actuales.

El problema del Universo y de la materia se comprendería con el auxilio de las disciplinas físico-matemáticas, únicas que pueden ayudar a resolverlo.

El problema de la vida en general, y de la humana en particular, sería abordado con los métodos de las ciencias biológicas; y las funciones todas del hombre, considerado como un ser vivo que se adapta a un ambiente físico, encontrarían en ellas su punto de partida.

El problema de la vida social, con sus aspectos numerosos y siempre variables en cada particular sociedad humana, sería estu-

diado con los criterios de las disciplinas sociológicas, cuyos horizontes se renuevan sin cesar.

Con ello se evitará la situación ridícula de ciertas Facultades contemporáneas, en que se discute del universo sin saber astronomía, de la materia sin saber física, de la vida sin saber biología, del hombre sin saber antropología, del alma sin saber fisiología y de lo ideal sin conocer lo real.

*

Surge naturalmente de lo expuesto una conclusión esencialísima: *la interdependencia ideológica de las diversas Facultades e Institutos de cada Universidad,* muy distinta de su actual nexo administrativo o burocrático. Cada estudiante debe seguir algunos cursos en otras Facultades que no sean la de su carrera profesional; para los doctorados esa necesidad es mayor. Esto permitiría corregir la inútil repetición de cátedras análogas en Institutos diferentes de la misma Universidad, despilfarro debido a una falsa interpretación de la autonomía de cada Facultad que se resuelve en una disolución de la unidad universitaria.

Conviene atribuir mucha importancia al intercambio de alumnos entre las diversas escuelas; en la actualidad no existen estudiantes universitarios, sino estudiantes de una profesión determinada. Conviene que los jóvenes posean un espíritu integral, que sólo pueden adquirir contemplando variados horizontes ideológicos. Cierta educación literaria mejora los resultados de los estudios científicos y el conocimiento de los métodos científicos aumenta la eficacia de los estudios literarios. La cultura unilateral es contraria a la amplitud de criterio e impide abarcar los diversos aspectos de cualquier problema. Es seguro que muchos ingenios especializados se malogran por no sospechar siquiera las cuestiones que podrían resolver si tuvieran una cultura general; otros, en cambio, pierden su tiempo en estériles tanteos por ignorar la existencia de otros métodos que multiplicarían el resultado de sus esfuerzos. En cualquier dominio analítico son de inestimable utilidad los conocimientos sintéticos, cada disciplina es auxiliar de las demás, en ciertos casos por la extensión posible de sus propios resultados, en otros porque sugiere fecundas analogías de principios o de métodos.

*

La especialización directa, sin una base previa de cultura general, es contraria al desenvolvimiento de la personalidad. Los especialistas son amanuenses perfeccionados, ruedas de un vasto engranaje, piezas de un mosaico; pueden ser utilísimos al servicio de otros, sin tener conciencia de la obra a que contribuyen con su esfuerzo. Es preferible que todos los que cooperan en la investigación o en la enseñanza posean un concepto global de la obra común, para que, además de trabajar, sepan para qué trabajan. Se puede ser especialista sin ignorar que existen más vastos dominios en las ciencias, en las letras y en las artes; se puede tallar una piedra y conocer los planos del edificio a que está destinada.

La ética de los hombres de estudio se ennoblece por la cultura integral, pues enseña a valorar con exactitud los méritos de la obra propia y de la ajena. El especialista cree que su hoja es la principal de todo el árbol, sin sospechar que todas las demás, como la suya, reciben la misma savia desde raíces comunes, por troncos y ramas que viven en armónica interdependencia. La Universidad debe readquirir la unidad de espíritu que ha perdido por inadaptación a la época y al medio; y debe, a su vez, infundir en todos los que la frecuenten—profesores, alumnos, oyentes—esa cultura general que refluirá sobre toda la sociedad cuya ideología aspira a representar.

Renovar la Universidad es un problema de moral y de acción. Las instituciones se tornan inútiles cuando permanecen invariables en un medio social que se renueva. *La educación superior no debe mirarse como un privilegio para crear diferencias en favor de pocos elegidos, sino como el instrumento colectivo más apropiado para aumentar la capacidad humana frente a la naturaleza, contribuyendo al bienestar de todos los hombres.* Las ciencias no son deportes de lujo, sino técnicas de economía social. La filosofía no es un arte de disputar sobre la que se ignora, sino un proceso de unificación de ideas generales para ensanchar el horizonte de la experiencia humana. La Universidad no debe ser un cónclave misterioso de iniciados, sino un organismo representativo de las más altas funciones ideológicas: elaboración de doctrinas, determinación de normas, previsión de ideales. Hará más dignos a los hombres, aumentando su capacidad para la vida civil; hará más justa

a la sociedad, multiplicando los vínculos de la solidaridad humana.

El mundo ha entrado en una era de renovación más importante que el Cristianismo, el Renacimiento y la Revolución Francesa. Sería estéril seguir escuchando a sofistas y escépticos, envenenados por la ideología del pasado; en horas como ésta conviene escuchar a los optimistas y a los creyentes, iluminados por la ideología del porvenir.

José Ingenieros.

BIBLIOGRAFIA (*)

Los grandes hombres. PASTEUR. Casa editorial Franco-Ibero-Americana. 222, boulevard Saint-Germain, 222. París. [1922]. 8º, 92 p. Con retratos.

Esta es la contribución que en nuestro idioma aporta la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana al centenario de Pasteur, celebrado en todo el mundo con gran solemnidad el año anterior.

La vida de Pasteur, estudiada con cariño, exaltada en sus aspectos más nobles, se halla en las pocas páginas de este opúsculo. El lector lo sigue desde su infancia hasta su muerte, y se conmueve ante su estudiosa adolescencia, su seriedad, y sobre todo ante su perseverancia en la observación de los fenómenos patológicos que lo llevaron a descubrir la causa de numerosas enfermedades y el tratamiento para su curación. De la investigación puramente científica de los cristales a la de los fermentos, se advierte la evolución de Pasteur hacia la utilidad. Encuentra primero el origen de la fermentación de la cerveza, la causa de la mortandad de los gusanos de seda, la razón de las infecciones de las heridas, y se lanza por los senderos de la beneficencia humana. Todo quedará dicho con sólo recordar sus triunfos para combatir la bacteridia carbuncosa, la fiebre puerperal, el cólera de las gallinas, el mal rojo del cerdo, la difteria, el tétanos, la peste, la tifoidea, la tuberculosis, la septicemia hemorrágica del caballo, el pneumococo, el cólera, la rabia, etc.

Pocos hombres han llevado a cabo una labor tan grande, tan noble, tan desinteresada como Pasteur. Por ello su memoria gana terreno en el mundo, y así se ha dado el espectáculo hermoso de que todos los países cultos le hayan tributado un homenaje más o menos público o grandioso.

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibimos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

A. Hernández Catá. La muerte nueva. Editorial Mundo Latino. Madrid. [1922]. 8º, 390 p.

Pasa por la humanidad que encontramos en *La muerte nueva* el soplo fecundo y poderoso de las grandes concepciones. Hay aquí novela, con todas sus características, con todos sus atributos: personas, sucesos, paisajes, reflexiones, todo es ponderado, sobrio. En todo se nota la sencillez del artista, la seguridad del maestro. Ante la arquitectura elegante de este edificio que nos muestra el doloroso espectáculo de varias vidas, sólo cabe el aplauso a los que admiramos al autor por su obra múltiple y por su talento.

Escribir bien es fácil. Se reduce a un problema de mecánica y de autoeducación, al conocimiento del idioma y a la costumbre. Lo difícil es describir bien, expresar las emociones de otros seres imaginarios o reales de modo que sus ideas no reflejen las del autor, que sus palabras sean las que dijo o pudo decir; lo difícil es llevar con decoro artístico, hasta el final de la trama, a una muchedumbre o a un grupo de personajes. Hernández Catá lo ha hecho en su obra. Muchos de sus anteriores libros tienen algunas de esas cualidades, pero no tan plenamente ni en el grado en que se hallan en *La muerte nueva.* Este libro es como el anuncio de que ha comenzado para el novelista su etapa de creaciones perfectas, definitivas, sencillamente notables.

La muerte nueva es la del que muere antes de que la vida desaparezca de su cuerpo, del que muere un poco todos los días y se agota en la indiferencia, sin esperanzas, sin ilusiones, sin deseos. Ramiro Ochoa y su tío Abelardo se abandonan al lento correr del tiempo, muertos ya, desengañados de la vida y del ensueño. La única verdad es la muerte. Es lo único en que pueden encontrar la quietud y el silencio.

Ramiro vivió en Inglaterra once años, adonde fué con el propósito de estudiar comercio. Empezó otras varias carreras. Y así regresó a Madrid, sin títulos universitarios aunque fuerte y con el recuerdo de muchos triunfos deportivos. El padre lo había separado del hogar, en el que podía ser un testigo molesto de la vida que llevaba, peligrosa para la felicidad de la madre ingenua y humilde. Ahora se sentía extraño en su casa. En ella cada uno se había hecho una vida: su prima Ermitas y su madre eran dichosas "porque soñaban; era dichoso su padre porque vivía; era dichoso el primo Jenaro porque sabía esperar... El único desdichado era él." El carácter de Ramiro podría ser incomprensible si no se conociera su infancia en medio de padres burgueses, su juventud en el extranjero, su absoluto desarraigamiento cuando al volver notó lo difícil que era mezclar su vida a la de aquellos seres tan lejanos y extraños a su vida espiritual. El panorama que veía en su propia familia lo asqueaba: la madre ignorante y sumisa, la prima enamorada de él, sucia y fanática, el primo hipócrita, laborioso y paciente.

La evidez de su alma amenguó en seguida. Todas las demás personas fueron para él otros títeres de la farsa. Isabel, buena pero envilecida por Jaime Urgell, socio de su padre; Victoria, *demi-vierge* sin grandeza; Jaime, brutal, cínico, bravucón; el propio padre, usurero, negociante dudoso, atacado de satiriasis; el tío Abelardo, misántropo sin atenuaciones. Sólo Teresa es la amiga noble, la que no engaña, la que reconcilia con la existencia al desilusionado. Y Teresa es la que él no puede amar porque vive enamorado de Isabel y encenagado en el charco de la pasión de Victoria.

El tío Abelardo simboliza el otro yo que llevamos escondido y que nos habla, en los reveses, de la inutilidad de la lucha, de la insignificancia de todo, y que a ratos nos sugiere "la necesidad de estar muertos". Figura simbólica, sus trazos son imprecisos como para que la imaginación le preste las líneas convenientes. Si logra vencer de la juventud pujante de Ramiro es por la sucesión de circunstancias que alejan a éste de la vida, por la infecunda vaciedad en que se ha hundido. Y todavía son necesarios los sucesos trágicos para que el joven, destruída su resistencia natural, empiece "a entrar en la muerte". En un accidente de automóvil, Isabel había caído, con el cráneo destrozado, mientras que Urgell surgía indemne de las ruinas de la máquina, sin un rasguño, como el que mata a mansalva. Sin provocación, sin motivos, algún tiempo después Ramiro y Urgell riñen, y sucumbe el adversario. Un oportuno incendio oculta el drama a la justicia. Ramiro sufre una terrible y larga enfermedad como consecuencia. Ya rota su voluntad, se ausenta. Va a la playa en donde lo espera su tío. Los dos parecen un mismo hombre con treinta años de diferencia: tal es su sorprendente semejanza. Hasta aquel lugar solitario va la civilización a decirle que Victoria ha tenido un hijo, un hijo suyo, que llevará el nombre del marido crédulo; le dice que Teresa se ha casado; que la madre y la prima piensan en su retorno. Las cartas se quedan sin respuesta. Los dos hombres se dedican a nadar. Cada día van más lejos. Se internan en el mar, "y cada día piensan que un calambre les impida volver. Hoy no ha sido; quizás mañana. A no ser que otro día, la repentina galerna, sin darles tiempo siquiera para mirar a tierra, los sepulte."

En *La muerte nueva* el ambiente es sombrío, como los personajes, como los acontecimientos. Es la fuerza del drama, que ha hecho desaparecer los colores amables y las cosas alegres. Hasta las figuras secundarias, el inglés espía, el mendigo mutilado, la dama de compañía de Victoria, se mueven en un medio nebuloso y trágico, ensombrecido por el dolor.

Nada falta en esta obra: ni la perfección artística, ni la limpieza del lenguaje, ni la armonía en todo el conjunto, ni el interés en la acción, ni la importancia del tema, ni la belleza, que el autor estima como la suprema finalidad de su labor. *La muerte nueva* es, hasta ahora, la obra maestra de Hernández Catá.

María Monvel. FUÉ ASÍ... Santiago-Chile. Editorial Nascimento. Ahumada, 272-Casilla 2298. 1922. 8º, 116 p.

En la revista bonaerense *Nosotros* llegaron a Cuba los primeros versos de esta poetisa. Eran expresiones sencillas pero notables de un pensamiento fuerte, de una vigorosa personalidad. Aquella robusta entonación, muy humana, de *Me pesaba su nombre*, de *Y para amarte así* y de sus otras poesías allí publicadas, anunciaban una escritora de visión personal y de innegable exquisitez artística.

No es María Monvel la poetisa sentimental, anhelosa de amores de la carne y de románticas emociones femeninas. Es la mujer serena que deja traslucir en su obra algo de sus tormentos y dudas, de sus esperanzas y exaltaciones, de sus alegrías, de sus sueños. "Ya no está junto al mío la injuria de su nombre—y... me pesa", dice acerca de un desengaño, y es lo único que dice. Nada de lágrimas o de vituperio. La poetisa conoce cuánto vale, y no resuelve su dolor en llantos ni en insultos. Y en la desolada *Meditación profana* se encierra todo el trágico pesar del hombre. Piensa que ha de perpetuarse en otra vida, y se abisma "en un placer infinito". Pero piensa también que su hijo ha de tener alma, tristeza, dudas, melancolía, su perpetuo ensoñar, sus ansias de ternura y su ''pobre alma hecha de mil contradicciones", y pide que sean sus entrañas estériles, que no se prolongue su vida en otra vida.

Este libro es la manifestación de una juventud que no tiene grandes exaltaciones, que vive una existencia de apasionamiento concentrado y atormentador. La naturaleza y los conflictos exteriores influyen poco en la poetisa que canta su propio drama y que hasta ahora parece únicamente sensible a su dolor y a sus ensueños.

Selección de novelas breves. Enrique Sienkiewicz. Premio Nobel de Literatura. LOS EMIGRANTES. Editorial Cervantes. Rambla Cataluña, 72. Barcelona. [1922]. 16º, 124 p.

En el *Blücher* van hacia los Estados Unidos, en busca de fortuna, dos emigrantes polacos. Lorenzo Toporek y su hija Marysia. Allá en la aldea, la tranquila Lipince, tuvieron poco tiempo antes una buena situación, pero un pleito malhadado y su testarudez en un litigio lo llevaron a la cárcel y a la quiebra. Y ahora, liquidados sus últimos bienes, se dirigen a Norteamérica, de la cual un tudesco embaucador les había referido estupendas maravillas. El viaje, largo, penoso y fecundo en incidentes, termina al fin en Nueva York. La gran ciudad es inhospitalaria para los míseros labradores deslumbrados por el alemán parlanchín, y después de haber esperado al Comisario del Gobierno encargado de preguntar por ellos para proporcionarles tierras,

consumido su corto capital, empezaron a sentir todos los rigores de la miseria: el frío, el hambre, el abandono. Un polaco enriquecido los descubre el día de mayor amargura y les facilita el viaje hacia Borovina, en Arkansas, donde los polacos fomentaban una colonia. Allí, los infelices emigrantes tienen que secundar a sus paisanos en la tala de bosques inmensos para edificar sus casas y hacer sitio a las siembras y el ganado. Lejos del mundo, sin jefe y sin ley, la colonia empezó a consumir sus provisiones, los rebaños sucumbían por la falta de cuidados. Antes de que los claros del bosque llegaran a ser campos de cultivo, podían faltar los víveres. Al fin se extinguió en el bosque el ruído de los hachazos. Nadie trabajaba ya. Y los directores de la colonia no aparecían. Eran como abandonados en la desolación de una selva americana. Pero la colonia quedó destruída por la riada que inundó aquellas enormes llanuras y arrasó los campos de los polacos. En un tabique de madera se salvaron Lorenzo y Marysia, auxiliados por el Aguilucho Negro, un terrible hombre de presa que aspiraba al amor de la muchacha. Llegaron al cauce del río y tuvieron que ir sorteando los peligros en la oscuridad de la noche. Lorenzo, muy enfermo ya, empeora, muere. El Aguilucho se lanza al agua para pedir socorro a un barco distante cuya luz ve desde su tabique. Antes de llegar le faltan las fuerzas y se hunde en la corriente. Quedó Marysia sola. Fué recogida y llevada al Hospital del Little-Rock, de donde salió a los dos meses. Volvió a Nueva York a buscar el auxilio del polaco enriquecido. El buen anciano había muerto, y otra vez volvió a vagar miserable por la gran ciudad. Trató de que la admitieran en alguno de los barcos que retornan a Europa. La última vez que la rechazaron se sentó desfallecida junto a un pilar del puerto. Deliraba. El hambre le había hecho perder la razón. Luego iba siempre al puerto, a esperar a Jasko, su novio de Lipince. Un día no se presentó más. La policía anunció el hallazgo del cadáver de una joven de nombre y origen desconocidos...

Sienkiewicz desarrolla el argumento de esta pequeña obra con su maestría habitual, y pone en los tres personajes la vida y el vigor característicos en el autor de *Quo Vadis?*

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, marzo, 1923.

NOTAS EDITORIALES

EL ENTIERRO DE VELASCO

En las primeras horas de la mañana del día 8 de marzo último, en el trasatlántico francés *Lafayette*, llegó a La Habana el cadáver de nuestro inolvidable compañero Carlos de Velasco, primer Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, fallecido en París el día 1º de febrero del corriente año.

A recibir los restos mortales del ilustre escritor desaparecido, y a su viuda, que vino acompañándolos en ese último y triste viaje, acudió un grupo numeroso de familiares, amigos y compañeros del extinto, cuyo cadáver fué trasladado al edificio de la Capitanía del Puerto de La Habana, donde quedó depositado hasta la hora del sepelio, que fué dispuesto por la Secretaría de Estado para las cuatro de la tarde del propio día.

De acuerdo con lo que estatuye el Protocolo, y en atención a que nuestro compañero desempeñaba al morir las funciones de Vicecónsul de la República, rindiéronse al cadáver los honores correspondientes al grado de Capitán del Ejército, siendo conducido el féretro hasta el Cementerio en un armón, envuelto en la bandera cubana. Formaron la Guardia de Honor, a ambos lados del armón, los Capitanes Alfredo Sardiñas, Domingo Delmonte, Francisco Iznaga, Arturo de Lamerens y Francisco Espinosa, y el Teniente César Lorié. La Compañía que abría la marcha del cortejo fúnebre, perteneciente, al igual que todos los Oficiales citados, al arma de Artillería, iba al mando del Teniente Luis Heredia.

Una banda de música militar, dos carrozas fúnebres conduciendo las ofrendas florales y un numeroso acompañamiento, que marchó a pie hasta la Plaza de Albear, donde ocupó los coches y automó-

viles, seguían al armón que conducía los restos mortales de nuestro camarada fallecido, los cuales recibieron cristiana sepultura en la Necrópolis de Colón mientras que las fuerzas militares hacían las descargas de ordenanza, en medio de un silencio profundo y conmovedor.

Despidieron el duelo el Subsecretario de Estado, Guillermo Patterson, en nombre del Gobierno de la República; los hermanos del extinto, Tomás y Rafael, en nombre de los demás familiares; y el Director y el Jefe de Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, Mario Guiral Moreno y Julio Villoldo, en nombre de sus demás compañeros, quienes reiteran el testimonio de su agradecimiento a cuantos los acompañaron en dicho acto, al que concurrieron altos funcionarios del Gobierno, distinguidas damas que se asociaron espontáneamente al duelo, médicos, abogados, ingenieros, escritores, periodistas, amigos, y empleados y obreros de la *Sociedad Editorial Cuba Contemporánea,* cuyos talleres y oficinas vacaron desde el mediodía del jueves 8, en señal de respeto a la memoria del que fué su fundador y Gerente General.

Entre las coronas de flores naturales que le fueron ofrendadas eran dignas de especial mención: una, muy hermosa, de la que fué virtuosa compañera del primer Presidente de la República, con la siguiente expresiva dedicatoria: "A Velasco, nuestro fiel amigo, Genoveva G. Viuda de Estrada Palma"; otra del ex Presidente de la República general Mario G. Menocal; una del Secretario de Estado, Ldo. Carlos Manuel de Céspedes; otra del Ldo. Jorge Alfredo Belt; una del Coronel Matías Betancourt; y otra, la mayor de todas, que dedicaron "A Carlos de Velasco, sus compañeros de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Descanse en paz nuestro inolvidable camarada, cuyos despojos mortales reposan ya en esta tierra cubana, a la que él tanto amó en vida y con tan alto desinterés sirvió, honrándola y enalteciéndola siempre con su actuación como ciudadano, y con su pluma como escritor.

LOS FINES DE LA SOCIEDAD DEL FOLK-LORE CUBANO

En el número correspondiente al mes de enero último, Cuba Contemporánea se hizo eco de la constitución de la Sociedad del Folk-lore nacional, y ahora se complace en dar cuenta de haber sido ya aprobadas las bases que han de regir para su organización y funcionamiento, la primera de las cuales expresa los fines de la Sociedad en los siguientes términos, que ponen de relieve la importancia y trascendencia de la labor que aquélla se propone realizar:

La Sociedad del Folk-lore Cubano tiene por objeto acopiar, clasificar y comparar los elementos tradicionales de nuestra vida popular. Así, son materias propias de esta Sociedad: la recopilación y el estudio de los cuentos, las consejas y las leyendas conservados por al tradición oral de nuestro pueblo; los romances, las décimas, los cantares, los boleros, y otras manifestaciones típicas de nuestra poesía y nuestra música populares; las locuciones, los giros típicos, los trabalenguas, los cubanismos y tantas otras formas de la filología popular; los refranes, proverbios, adivinanzas, y otros modos de expresión característicos del ingenio de los pueblos; los conocimientos populares, conservados por la tradición, referentes a los distintos ramos de la ciencia, (geografía, botánica, medicina, agricultura); las creencias fantásticas y sobrenaturales, las supersticiones en que expresa nuestro pueblo su sentido de lo maravilloso; la descripción y el estudio asimismo de las costumbres locales, las fiestas y ceremonias populares, los juegos infantiles, los bailes, y, por último, el estudio descriptivo, encaminado a un fin de verdadera terapéutica social, de ciertas prácticas morbosas, como los actos de brujería y ñañiguismo en que de manera tan expresiva se manifiesta la baja vida popular. Promoverá también la Sociedad investigaciones referentes a nuestro pasado precolombino, procurando señalar los rastros que pudieran existir, en nuestra vida tradicional, del espíritu de los aborígenes de Cuba.

Basta lo transcripto para poder apreciar, además, la vastísima tarea encomendada a los elementos directores de la nueva Sociedad y para reconocer que, según se consigna en el párrafo final de la propia base, "el círculo de la actividad folklórica necesariamente toca los de otras ciencias afines, como la Antropología, la Etnología y la Arqueología" y que "un fin nacionalista, un fin de reconstrucción nacional presidirá los trabajos de la Sociedad."

Cuba Contemporánea se propone coadyuvar en cuanto le sea posible a esta obra meritísima de afianzamiento de la personalidad cubana mediante el estudio del pasado, la depuración de los actuales hábitos y prácticas nocivos, profundizando en el análisis de sus causas, y la reconstrucción moral de nuestro pueblo dentro de su carácter y fisonomía peculiares.

EL CONGRESO PANAMERICANO DE SANTIAGO DE CHILE

El día 25 de marzo último ha comenzado sus sesiones en la capital de la República Chilena el Congreso Panamericano que ha de estudiar y tratar de resolver muchos de los importantes problemas que afectan a las naciones del hemisferio colombino, como lo demuestra el siguiente programa, confeccionado y aprobado por la Junta de Gobierno de la Unión Panamericana que radica en Washington:

Primero: Estudio de los acuerdos tomados en Conferencias anteriores y forma en que han sido aplicados, especialmente la Convención sobre marcas de fábrica y propiedad literaria.

Segundo: Organización de la Unión Panamericana por medio de una Convención.

Tercero: Estudio de los trabajos de codificación del Derecho Internacional efectuados por el Congreso de jurisconsultos de Río de Janeiro.

Cuarto: Medidas para prevenir la propagación de las enfermedades infecciosas.

Quinto: Acuerdo panamericano sobre reglamentación de la cooperación de comunicaciones, mejorando los transportes marítimos, impulsando el ferrocarril panamericano y el transporte automovilístico; legislando y reglamentando la aviación comercial, cuyo objeto es crear una Comisión internacional que uniforme las rutas aéreas y los procedimientos aduaneros, y cooperando a la extensión de las comunicaciones inalámbricas.

Sexto: Cooperación mercantil, uniformando reglamentos y procedimientos aduaneros, documentos de embarque y seguros, principios de interpretación del Derecho Marítimo, nomenclatura para la clasificación de mercancías, procedimientos en materia de paquetes postales; conveniencia de impedir el establecimiento de derechos aduaneros prohibitivos sobre materias primas.

Séptimo: Simplificación de los pasaportes y adopción de un modelo común.

Octavo: Cooperación en los estudios astronómicos, uniformidad de las estadísticas agrícolas, persecución en común de las plagas agropecuarias y organización de un intercambio de plantas, semillas y útiles.

Noveno: Consideración de las medidas tendientes hacia una más estrecha asociación de las Repúblicas del Continente americano, con el propósito de promover los intereses comunes.

Décimo: Consideración de los mejores medios para dar amplia aplicación al principio del arreglo judicial o arbitral de las diferencias entre las Repúblicas del Continente americano.

Undécimo: Consideración de los mejores medios para promover el arbitraje de las cuestiones comerciales entre ciudadanos de diferentes países.

Duodécimo: Consideración de las diferencias en la reducción y limitación de gastos militares y navales, sobre una base justa y practicable.

Décimotercero: Consideración de la unificación de estudios universitarios e intercambio de títulos profesionales entre las Repúblicas americanas.

Décimocuarto: Consideración de los derechos de los extranjeros residentes dentro de la jurisdicción de cualquiera de las Repúblicas americanas.

Décimoquinto: Consideración de los hijos de extranjeros nacidos dentro de la jurisdicción de cualquiera de las Repúblicas americanas.

Décimosexto: Consideración de las cuestiones que se produzcan por un agravio inferido por un Poder no americano a los derechos de una nación americana.

Decimoséptimo: Plan para establecer un sistema uniforme de protección de los documentos arqueológicos necesarios para la formación de la Historia americana.

Décimoctavo: Consideración de las medidas tendientes a disminuir progresivamente el consumo de bebidas alcohólicas.

Las cuestiones mencionadas en los números primero, segundo, tercero, cuarto, quinto, séptimo, undécimo y decimoséptimo de este programa fueron incluídas en él a propuesta de los Estados Unidos de Norteamérica; las consignadas en los números sexto y octavo lo fueron por iniciativa conjunta de los Estados Unidos y la Argentina; las comprendidas en los apartados noveno, décimo, décimocuarto, décimoquinto y décimosexto se deben a la República Oriental del Uruguay; a Chile se debe únicamente la inclusión a que se refiere el número duodécimo; al Ecuador la mencionada en el apartado décimotercero; y, finalmente, la cuestión incluída en el número décimoctavo fué iniciativa de Venezuela.

Aunque de un orden distinto, tiene también importancia y ha de ser motivo de controversia la elección de la ciudad en que habrá de efectuarse la siguiente Conferencia, pues mientras que el Brasil ha sugerido y favorece la designación de Montevideo (Uruguay), siendo apoyado en este propósito por la Argentina, la delegación cubana se dispone a realizar los mayores esfuerzos por conseguir que el próximo Congreso tenga lugar en esta ciudad de La Habana, aspiración que probablemente contará con el apoyo de las Repúblicas Centroamericanas y acaso también con el de los Estados Unidos.

Cuba Contemporánea hace votos por que culminen en un éxito los trabajos que ha de realizar la gran Conferencia Panamericana que acaba de iniciar sus labores, y estima innecesario consignar cuán grande es su anhelo de que el deseo de nuestra patria se vea cumplido, eligiéndose a La Habana para la celebración del próximo Congreso.

NOTICIAS

Recientemente han sido publicadas en París las siguientes obras sobre literatura: *Histoire de la littérature contemporaine (1870 a nos jours)* 1 vol., por René Lalou; *Histoire de la littérature française* [nueva edición], 1 vol., por G. Lanson; *La littérature française au XIXe. siècle,* 2 vol., por René Conat; *Notre littérature étudiée dans les textes,* 2 vol., por Marcel Braunschvig; y, por último, *Nos manuels d'histoire littéraire,* 1 vol., por Fernando Vandérem.

Todas estas obras han merecido juicios contradictorios de la crítica.

*

M. Delcassé, el famoso estadista francés que tanto contribuyó, en unión de Eduardo VII, a la llamada *Entente cordiale* entre Francia e Inglaterra, ha muerto en la villa Mont-Boron, en los Alpes Marítimos, el 23 de febrero último. Según reconoce la prensa inglesa, la muerte del ilustre ex Ministro de Relaciones Exteriores, a quien tanto odió Guillermo II, ha sido una gran pérdida para las dos naciones.

*

El Consejo Superior de Instrucción Pública, en Francia, creó, en 20 de enero último, el título de *Ingeniero Doctor* en las facultades de ciencias.

*

M. Frédéric Masson, Secretario perpetuo de la Academia Francesa, ha fallecido recientemente en París.

*

L'Ecole des amants es el título de la última comedia en tres actos, de Pierre Wolf, que ha sido estrenada con gran éxito en París, en el teatro de *Nouveautés.*

*

En presencia de un gran concurso de hombres ilustres y damas distinguidas, el Profesor Bayet, renombrado sabio belga, pronunció, en los salones de Mme. C. André, de París, una conferencia acerca de las enfermedades venéreas, las cuales, según el distinguido hombre de ciencia, pueden y deben desaparecer.

J. V.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMOPRIMERO

(ENERO-ABRIL, 1923)

POR MATERIAS

Págs.

BIBLIOGRAFÍA.—Enrique Gay Calbó.
Juan Beltrán.—*Biografía de la señora Ana Aguado de Tomás* 100
James Brown Scott.—*La política exterior de los Estados Unidos* 204
Casa Editorial Franco-Ibero-Americana.—*Pasteur*........... 397
A. Hernández Catá.—*La muerte nueva*.................... 398
√ Luis Machado y Ortega.—*La Enmienda Platt*............... 101
Alfonso Maseras.—*La conversión de Leukainoia*............ 206
María Monvel.—*Fué así*.................................. 400
Gabriel Picón-Febres.—*Anécdotas y apuntes*.............. 206
Paul Rougnon.—*La música y su historia*.................. 104
Enrique Sienkiewicz.—*Los emigrantes*.................... 400
Manuel Ugarte.—*Mi campaña hispanoamericana*............. 206
Ciana Valdés Roig.—*La fuente sonora*.................... 208
CARLOS DE VELASCO.—Mario Guiral Moreno.................... 213
EL CREDO DE UN INCRÉDULO.—Paul Gsell. (Traducción de Enrique Gay Calbó... 85
EL FASCISMO.—Adolfo Zerboglio. (Traducción del Dr. Julio Villoldo) 186
EL LENGUAJE INFANTIL Y SU DESARROLLO.—Jesús Saiz de la Mora. 165
EL PROBLEMA DE MÉXICO.—José Vasconcelos.................. 345
EL SOCIALISMO EN YUCATÁN.—Carlos Loveira.................21, 155
INFLUENCIA DE LAS BELLAS ARTES EN LOS PUEBLOS.—Julia Crespo de Aguado... 29
JOSÉ JACINTO MILANÉS Y SU OBRA POÉTICA.—Carolina Poncet y de Cárdenas... 117
JURISCONSULTOS CUBANOS. JOSÉ MARÍA GÁLVEZ Y ALFONSO.—Antonio L. Valverde....................................... 317
LAS SIETE JORNADAS. (Poesía).—Enrique M. Amorim............ 201
LA UNIVERSIDAD DEL PORVENIR.—José Ingenieros.............. 375
LOS ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN CUBA.—Fernando Ortiz.. 54

Págs.

NOTAS EDITORIALES.—La Dirección.
"Cuba Contemporánea" ante la opinión de la prensa nacional y extranjera.... 209
El Congreso Panamericano de Santiago de Chile.... 405
Elección de miembros en la Academia Nacional de Artes y Letras.... 108
El entierro de Velasco.... 402
El fallecimiento del ex Director de "Cuba Contemporánea" y la prensa nacional.... 299
Honrando la memoria de Céspedes.... 109
La Plaza "Carlos Manuel de Céspedes".... 284
La Sociedad del Folk-lore cubano.... 106
Los fines de la Sociedad del Folk-lore cubano.... 404
Nuestros últimos artículos comentados y reproducidos.... 211
Una gran pérdida: Carlos de Velasco.... 212
Un nuevo redactor: Emilio Roig de Leuchsenring.... 110
Velada en honor de Velasco.... 310
NOTICIAS.—J. V....112, 316, 408
NUESTRA PRIMERA DÉCADA.—La Dirección.... 5
OFRENDA PÓSTUMA A LA MEMORIA DE CARLOS DE VELASCO.—Julio Villoldo, Max Henríquez Ureña, Ricardo Sarabasa, Leopoldo F. de Sola, Francisco G. del Valle, Enrique Gay Calbó, Dulce María Borrero de Luján, Emilio Roig de Leuchsenring, José Antonio Ramos, Juan C. Zamora y Ernesto Dihigo.... 235
UN LIBRO VALIOSO: "ENSAYOS DE DERECHO ADMINISTRATIVO".—Juan Marinel-lo Vidaurreta.... 95
UN PRECURSOR OLVIDADO: EL ARGENTINO JOSÉ ANTONIO MIRALLA.—Antonio Iraizoz.... 331
VERSOS INÉDITOS Y DESCONOCIDOS DE RUBÉN DARÍO.—Regino E. Boti 260

POR AUTORES

AMORIM, Enrique M.—*Las siete jornadas*. (Poesía).... 201
BORRERO DE LUJÁN, Dulce María.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la].... 249
BOTI, Regino E.—*Versos inéditos y desconocidos de Rubén Darío* 260
CRESPO DE AGUADO, Julia.—*Influencia de las Bellas Artes en los pueblos*.... 29
DIHIGO, Ernesto.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la].... 258
GAY CALBÓ, Enrique.—*Bibliografía*.
Juan Beltrán.—*Biografía de la señora Ana Aguado de Tomás* 100
James Brown Scott.—*La política exterior de los Estados Unidos* 204

Págs.

Casa Editorial Franco-Ibero-Americana.—*Pasteur*........... 397
A. Hernández Catá.—*La muerte nueva*.................... 398
Luis Machado y Ortega.—*La Enmienda Platt*............... 101
Alfonso Maseras.—*La conversión de Leukainoia*............ 206
María Monvel.—*Fué así*.............................. 400
Gabriel Picón-Febres.—*Anécdotas y apuntes*.............. 206
Paul Rougnon.—*La música y su historia*.................. 104
Enrique Sienkiewicz.—*Los emigrantes*.................... 400
Manuel Ugarte.—*Mi campaña hispanoamericana*............ 206
Ciana Valdés Roig.—*La fuente sonora*..................... 208
GAY CALBÓ, Enrique.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco.* [Fragmento de la]........................... 248
G. DEL VALLE, Francisco.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco.* [Fragmento de la]..................... 245
GSELL, Paul.—*El credo de un incrédulo.* (Traducción de Enrique Gay Calbó).. 85
GUIRAL MORENO, Mario.—*Carlos de Velasco*................. 213
HENRÍQUEZ UREÑA, Max.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco.* [Fragmento de la]....................... 239
INGENIEROS, José.—*La Universidad del porvenir*............. 375
IRAIZOZ, Antonio.—*Unu precursor olvidado: el argentino José Antonio Miralla*.. 331
J. V.—*Noticias*....................................112, 316, 408
LA DIRECCIÓN.—*Notas Editoriales.*
"Cuba Contemporánea" ante la opinión de la prensa nacional y extranjera.................................. 209
El Congreso Panamericano de Santiago de Chile............ 405
Elección de miembros en la Academia Nacional de Artes y Letras... 108
El entierro de Velasco................................. 402
El fallecimiento del ex Director de "Cuba Contemporánea" y la prensa nacional................................. 299
Honrando la memoria de Céspedes........................ 109
La Plaza "Carlos Manuel de Céspedes".................... 284
La Sociedad del Folk-lore cubano........................ 106
Los fines de la Sociedad del Folk-lore cubano.............. 404
Nuestros últimos artículos comentados y reproducidos...... 211
Una gran pérdida: Carlos de Velasco..................... 212
Un nuevo redactor: Emilio Roig de Leuchsenring........... 110
Velada en honor de Velasco............................. 310
LOVEIRA, Carlos.—*El socialismo en Yucatán*..................21, 155
MARINEL-LO VIDAURRETA, Juan.—*Un libro valioso: "Ensayos de Derecho Administrativo"*................................ 95

Págs.

Ortiz, Fernando.—*Los últimos descubrimientos arqueológicos en Cuba*.. 54
Poncet y de Cárdenas, Carolina.—*José Jacinto Milanés y su obra poética*.. 117
Ramos, José Antonio.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la]........................... 253
Roig de Leuchsenring, Emilio.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la].................. 251
Saiz de la Mora, Jesús.—*El lenguaje infantil y su desarrollo*.... 165
Sabarasa, Ricardo.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la]................................ 240
Sola, Leopoldo F. de—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la]............................ 243
Valverde, Antonio L.—*Jurisconsultos Cubanos. José María Gálvez y Alfonso*.. 317
Vasconcelos, José.—*El problema de México*................... 345
Villoldo, Julio.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la]................................ 235
Zamora, Juan C.—*Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco*. [Fragmento de la]................................ 256
Zerboglio, Adolfo.—El fascismo. (Traducción del Dr. Julio Villoldo)... 186

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041848340